



Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

“La construcción *desde abajo y desde afuera*: La diseminación del poder político nacional y las experiencias regionales. La creación del PNR determinada en su contenido por las nuevas formas de negociación surgidas de la Revolución (1920-1929)”

Tesis

Que para obtener el título de
Licenciado en Ciencia Política y Administración
Pública (Ciencia Política)

PRESENTA:

CARLOS **J**OSUÉ **C**ALDERÓN **A**LTMIRANO

Director de tesis:

Maestro Samuel León y González

Ciudad Universitaria 2014.





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*D*edico, como siempre, mis logros

A mi papá Josué, a mi mamá Lilia, a mis hermanos Miguel, Alma y Tere, porque, con su ejemplo, me enseñan que el esfuerzo, la dedicación y el trabajo duro tienen su recompensa; porque son el soporte de mi vida, mi motivación, amor absoluto y modelo de dignidad.

A mi amada Lucía que sacrificó su tiempo para que yo pudiera realizar mis sueños, creyó en mí en todo momento; su paciencia, comprensión, bondad y absoluto apoyo en los momentos más inciertos son el tesoro más grande que se esconde en estas páginas.

*A*gradezco

A la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, es un orgullo ser puma.

Al Maestro Samuel León y González por darme su apoyo, confianza y amistad; porque su guía, sus observaciones en el aula y toda su bibliografía son una verdadera fortuna. ¡Muchas, muchas gracias, Maestro!

A mi jurado, Doctor Rafael Loyola, Doctor Manuel Zúñiga Aguilar, Doctor Jorge Márquez Muñoz y, en especial, al Doctor Salvador Mora Velázquez, sus correcciones son invaluable.

CONTENIDO

	TÍTULO	PÁGINA
	Introducción.	1
	<u>PRIMER MOMENTO: de la concentración a la dispersión.</u>	
	1. Del orden a las disputas.	
1.1	El viejo orden porfirista: concentración y centralización del poder.	16
1.1.1	Génesis regional: el héroe de Oaxaca.	18
1.1.2	El camino a la concentración y centralización del poder.	24
1.1.3	Las riendas del poder.	28
1.2	El fenómeno impulsivo: el fin de la estabilidad.	42
1.2.1	Condiciones económicas: los vientos de la guerra.	43
1.2.2	El desmoronamiento de la hegemonía.	49
1.2.3	La entrevista: "Hero of the Americas".	52
1.3	La dispersión del poder político: numerosas fuerzas políticas centrífugas.	58
1.3.1	Un mismo sistema: los caudillos y los caciques.	64
	2. La profunda heterogeneidad: génesis de los hombres fuertes.	
2.1	El estudio desde un espacio regional: desde afuera y desde abajo.	71
2.2	Un obstáculo para la construcción de un nuevo orden político: los movimientos armados.	81
2.2.1	"Van a ver cómo muere un presidente de la República".	83
2.2.2	La muerte del Centauro del Norte.	86
2.2.3	El rompimiento de la triada sonoreense.	88
2.2.4	¡Viva Cristo Rey!	92
2.2.5	La sombra del caudillo: de Balbuena a Huitzilac.	97
2.2.6	Los caudillos frustrados: la oposición al nuevo juego político.	101
2.3	El caudillismo revolucionario: estabilidad y cohesión política, un viejo pacto.	104
2.4	El nuevo mapa de unicidad política: jefes natos y partidos políticos locales.	108
a.	La cuna de la Revolución Mexicana: Saturnino Cedillo y San Luis Potosí	111
i.	Al tema: el entorno y el hombre; el hombre y el entorno.	111
ii.	1910: los orígenes y la bola.	114
iii.	1920-1934: el esplendor y consolidación.	124
b.	Territorio sin Dios: Tomás Garrido Canabal y Tabasco.	141
i.	La región y la bola: los primeros años antes del hombre fuerte.	142
ii.	1920: de la unicidad política a enemigo personal de Dios y de los vicios	150
iii.	Exaltación de la obra garridista.	161

c. Las huellas más profundas del agrarismo: Sixto Adalberto Tejeda Olivares y Veracruz.	179
i. El hombre y su entorno: las raíces del cacicazgo.	180
ii. Las bases sociales del tejedismo.	196
iii. 1920-1930: el hombre fuerte de Veracruz.	202
iv. La unicidad política.	220
d. Ensayo de un gobierno incesante: Lázaro Cárdenas del Río y Michoacán.	232
i. La influencia: entre el crecimiento económico y la frustración social.	233
ii. Lázaro Cárdenas del Río: el hombre fuerte de Michoacán.	241
iii. El gobernador: más constructores que combatientes.	256
e. Un modelo de partido oficial: Emilio Portes Gil y Tamaulipas.	266
i. El hombre.	266
ii. Al tema: la formación revolucionaria.	269
iii. El entorno: Tamaulipas y los vientos de la Revolución.	271
iv. La década de 1920: la hegemonía.	284
v. La unicidad política del portesgilismo: un modelo de partido oficial.	301

SEGUNDO MOMENTO: hacia la centralización.

3. El Partido del Estado: confederación de hombres fuertes y partidos locales.

3.1 La crisis política de 1928: una nueva amenaza de diseminación.	304
3.2 Mensaje político del 1º de septiembre de 1928: “nación de instituciones y leyes”.	321
3.3 La posibilidad: “Calles no está ya en el poder, pero el poder sigue estando en Calles”.	332
3.3.1 El hombre y su circunstancia.	332
3.3.2 Hay que cortar el mal a tiempo.	337
3.4 La unicidad política nacional: la formación del Partido Nacional Revolucionario.	341
3.4.1 Antes del Partido Nacional Revolucionario.	341
3.4.2 La idea y el partido.	344
3.5 El Comité Organizador y las mediaciones con los partidos locales y regionales.	351
3.6 El partido único.	355

Conclusiones.

Bibliografía.

INTRODUCCIÓN.

La Revolución Mexicana de 1910 siempre me apasionó. El hecho de que una sociedad se decida, por las razones que se quiera, a modificar, a cambiar, a renovar su vida cotidiana, lo que le ha sido común por mucho tiempo, su día a día, es, como proceso, desde cualquier ángulo, fascinante. Implica muchos aspectos como sociedad: identidad, unidad, colectivismo, organización, participación, movilidad, etcétera. Esta tarea requiere de la convicción de aquéllos arrojados a la búsqueda por modificar su realidad, la dominación de su circunstancia política y socioeconómica, a ganarlo o perderlo. Y es que, de hecho, no hay cabida a términos medios; aunque, en la práctica y para la desgracia de un movimiento como el mexicano, existen. Existen postergando, retardando, frenando, creando la vaga ilusión de que la revolución triunfó y es exitosa; que se concretó, que se liquidó; sometiéndolo, de a poco, al ímpetu revolucionario. No hay nada más dañino para el desarrollo de las sociedades.

A través de los años posteriores a que concluyera la etapa más violenta de la Revolución, apareció una vasta producción de trabajos en torno a la naturaleza, desarrollo y fines de ésta, sus aspectos fundamentales y la consecuente centralización, reconstrucción e institucionalización del sistema, que planteó la homogeneidad de la vida política; sin embargo, la tarea de interpretar su naturaleza y sus consecuencias quedó lejos de ofrecer señales de haber sido liquidada y, más aún, produjo profundas controversias. Resulta que de esa vasta producción literaria sobre la Revolución han surgido, pues, nuevas perspectivas de estudio que, lejos de generalizaciones, ofrecen diversas interpretaciones y puntos de vista sobre su génesis, desarrollo y alcances. La complejidad se incrementó partiendo del hecho mismo de cada interpretación revolucionaria: por ejemplo, la lucha no se desarrollaba únicamente contra el antiguo régimen; surgió una disyuntiva entre las formas en cómo concebir el *ser* de la revolución, sus acciones, metas y transformaciones, alcances y limitaciones. Los estudios sobre la Revolución Mexicana en las diferentes regiones del país -*las muchas revoluciones*- se han incrementado. Como corresponde, naturalmente, con un México múltiple, se da mayor énfasis a las particularidades de la historia.

Desde la perspectiva de la Revolución Mexicana, se vuelve preciso adentrarnos en las peculiaridades locales y regionales del movimiento y profundizar, para comprender, su heterogeneidad regional con el fin de reconstruir una visión global que, por compleja, precise nuevas propuestas investigativas. Y, no es para menos, la Revolución Mexicana no fue homogénea, tuvo múltiples causas, motivaciones, desarrollo, limitaciones y alcances en las

diversas entidades y regiones del país, que, en definitiva, marcan nuevas formas de conocimiento sobre este complejo e intrincado proceso. Estas propuestas no se limitan a enfatizar determinados tipos de estudios ni de especialidades. Un punto medular en esta visión lo constituyen las continuidades y no sólo las transformaciones en relación con el porfiriato. Partimos de una base muy conocida y simple: hasta qué punto y en dónde la vida política y el nuevo orden a que dio origen el movimiento de 1910 significa un verdadero rompimiento con el porfiriato, es decir, con su pasado inmediato y de qué manera éste se mantuvo presente.

El trabajo de investigación que estamos presentando es una extensión generalizada de nuestra formación académica sobre el estudio de los procesos de la Revolución Mexicana de 1910. Desde que comencé mis estudios de licenciatura elegí, por muchas razones, dedicar mi tiempo al estudio de la Ciencia Política a través de su enfoque histórico. Hoy, más que nunca, estamos convencidos de lo valioso que resulta para el análisis político. Este trabajo es, ante todo, una investigación político-histórica.

Nuestro análisis se presenta en el marco del tema central en el siglo XIX y en las tres primeras décadas del siglo XX: la era del cacique, del jefe regional, del jefe nato; de esta manera, a la luz de los estudios de corte regional, se nos muestra una riqueza de detalles sobre la Revolución Mexicana en general, y sobre las diversas revoluciones locales y la complejidad que entrañan los diversos actores revolucionarios en particular. Por lo demás, este trabajo se ciñe a los estudios que comúnmente se ha tendido a llamar “revisionistas”.

Ahora bien, ¿cómo justificamos el estudio de un fenómeno histórico que, a la luz de este nuevo siglo, sigue siendo, incluso, negado categóricamente? Creemos indispensable tocar más profundamente esa *desafortunada* concepción que, las más de las veces, se ha ostentado, más que como justificación, como una razón para desacreditar una investigación como ésta. Estamos convencidos de que el carácter de la Revolución y la forma en que se configuró el nuevo Estado y el Sistema Político Mexicano contemporáneos, recogieron una complejidad de experiencias y pautas de reconstrucción de las diferentes entidades de la República, de sus formas específicas de interacción y participación, que estaban gestando nuevos derroteros de intermediación y nexo. Creemos, como ya muchos investigadores lo han planteado, que las negociaciones también se hacen “*desde abajo*” y “*desde afuera*”.

Los cambios y las transformaciones ocurridas con la Revolución de 1910 fueron profundas y en mucho se distinguieron del viejo orden porfirista, aunque la esencia del pasado logró sobrevivir. Ocurrió, entonces, con los *procesos*, una suerte de simbiosis de lo viejo y lo nuevo que envolvió la obra revolucionaria en una etapa de *destrucción-conservación-construcción*, sentando, de alguna forma, las bases sobre las que se dio la modernización del país; acciones, todas éstas, como afirma el Maestro Samuel León, arraigadas en la cultura política que subiste hasta nuestros días¹. En otras palabras, estamos ante un periodo de *transición* entre dos etapas históricas donde confluye lo viejo y lo nuevo con gran fuerza, donde cada uno lucha por sobreponerse al otro. Donde se *destruye conservando y se conserva construyendo*.

Sería muy provechoso decir, quizá como *advertencia*, que no, en lo absoluto, pretendemos mirar hacia esta etapa nodal en la génesis del Estado y el Sistema Político Mexicano contemporáneos, como una especie de utopía regresiva; más bien, la presentamos como una de las diversas formas de construcción de una historia crítica de la modernización mexicana. Creemos, por lo demás, que las experiencias recogidas de corte regional no fueron sino respuestas obligadas de su tiempo, a circunstancias de su tiempo. Como la Historia es un inmenso depósito de experiencias, el método histórico-político nos permite sentenciar cuán *anti-histórico* sería juzgar la diseminación del poder político y el uso de las disputas de la posrevolución con criterios de nuestro tiempo y, asimismo, cuán *anti-histórico* sería juzgar nuestro tiempo con los criterios que emergieron de la dispersión del poder político y las disputas posrevolucionarias; todo esto, al cobijo del análisis de la construcción de la historia de la modernización mexicana. Reflexiónese, pues, bajo ese tenor.

Entonces, ¿por qué es importante hacer investigación político-histórica? Estamos convencidos de dos cosas: 1) no hay un sólo fenómeno social que no pueda explicarse por su historia; 2) todo aquello que genera conocimiento sobre la humanidad merece, por ese simple hecho, un lugar en la investigación social. Todo parece importante, porque todo es historia, es herencia viva. Sentimos la imperiosa necesidad de tratar este periodo de nuestra historia porque creemos firmemente que la configuración de la historia de la modernización mexicana, los grandes acontecimientos del Estado mexicano moderno, contemporáneo, los cambios, los avances, los estancamientos e, incluso, los retrocesos más funestos, adquieren sentido (lo que no determina *per se*), precisamente, en el periodo que hemos decidido estudiar. Los hemos pensado como un *parteaguas*, los hemos estudiado como el rompimiento de un ciclo que, de cierta manera,

¹Samuel León y González (coordinador), *El cardenismo 1932-1940*, Tomo 5, Fondo de Cultura Económica, México, 2010, p.13

conserva vestigios del pasado, los mezcla con modernización y cambio y, de esa manera, sin apologías ni detracciones, los queremos presentar.

Comprender los alcances que nos significa aquel periodo histórico tiene una importancia decisiva, no sólo para nuestra obligada *tarea* de investigación histórico-política, sino, más bien, para la *tarea* que se nos presenta como sociedad mexicana, una *tarea* que la Revolución no logró terminar, porque, simplemente, ésta va reinventándose a diario. Nuestra *tarea* es la de alcanzar una sociedad democrática, más justa, más igualitaria, más equitativa, más libre, independiente y en paz. Tarea, pues, la de preguntarnos por el sentido de los tiempos, enfrentando nuestro tiempo con el pasado. Tarea que en mucho está conectada con una comprensión del país, de la sociedad, desde sus regiones, para enfocar de manera diferente el sentido de los estudios tradicionales. Nos resulta difícil tratar de pensarnos, pensar en nuestro país, su política, su economía y sus relaciones sociales, lo cotidiano, lo común, el día con día (sistematizadas labores todas éstas), sin, antes, hacer un recorrido mental por su génesis, la que está decididamente conectada, en lo general, con la Revolución y, en lo particular, con el proceso posrevolucionario. Deseamos explicarnos en función del pasado. Somos lo que fuimos y, en esa medida, la historia nos marca, es herencia viva.

Estudiar, investigar, pensar, reflexionar, para comprendernos, a través de un periodo que creemos decisivo en la configuración de lo que somos, nos hace también protagonistas, actores, constructores de nuestra Historia. Y es en ese contexto en el que ubicamos la importancia de nuestro estudio, de la investigación objetiva, legítima, de lo que hemos sido llamados a protagonizar.

Nuestro trabajo encuentra legitimidad e importancia investigativa a la luz de dos aspectos: primero, nuestra intención ha sido, desde la primera idea que despertó nuestra curiosidad científica, regresar a los cambios y las transformaciones que fueron ocurriendo en un lapso de tiempo dado y que fueron enérgicas manifestaciones del proceso posrevolucionario; segundo, creemos que el *camino* que nos ha traído hasta donde hoy por hoy estamos parados como sociedad mexicana, tuvo su origen en el periodo histórico que intentamos descifrar; sostenemos que las estructuras políticas, económicas y sociales, así como la cultura política, que alimentan al Sistema Político Mexicano contemporáneo, tienen su origen en el proceso desatado por la Revolución.

Cabe decirlo: no pretendemos hacer, por ningún motivo, juicio de valor alguno; no queremos entendernos como apologistas o detractores de esta génesis, nuestro objetivo se satisfizo con el hecho mismo. Pero, sería poco responsable no detenernos un instante para, por lo menos de principio, manifestar nuestra postura ante lo que encontramos durante la indagación de nuestra información: es común, por las detecciones, encontrarse con la idea generalizada de que las inherentes insuficiencias históricas del Sistema Político Mexicano, los severos problemas de ahora, tienen su origen en las acciones que devinieron de la Revolución, cuya manifestación más vigorosa la hemos aterrizado en las disputas por la dominación y ejercicio del poder; creemos, abiertamente, que es una visión errada; pero, de la que, lo confieso, partíamos al principio. Es muy sencillo adherirse a esa visión porque la franja que divide la influencia en los orígenes del Sistema Político Mexicano contemporáneo -y en la cultura política que aún subsiste-, con la inherente posibilidad de fracaso del mismo, es muy frágil y, en muchas ocasiones, cuando no se es responsable con los dichos, ni siquiera se cree posible que exista. Pero, está más presente que nunca.

Lo anterior, tiene que ver con los resultados, a la luz de los años, de las decisiones y acciones emprendidas a raíz de esta época y de la que son consecuencia: la incursión en el escenario nacional de un poder exclusivo, de un poder que el Presidente de la República, y nadie más, detentaría, el *presidencialismo* mexicano; el corporativismo del apoyo de las bases sociales, paternalismo, autoritarismo y; el clientelismo político; pero, asimismo, nos significa nuevas formas de hacer política; reconstrucción, el imperio de las instituciones y no de los *hombres únicos*, a través de la creación de una multiplicidad de instituciones verdaderamente nacionales basadas en la organización e inclusión social.

Nuestro estudio adquirirá valía en la medida que nos permita reflexionar este periodo en toda la riqueza de sus detalles, matices, transformaciones y complejidad de cambios, en la medida que nos exhiba la gran importancia que este periodo tiene para la historia política del México contemporáneo, en la medida que nos permita pensar la historia no de manera lineal, sino como una construcción inclusiva, donde hemos sido llamados a ser actores, protagonistas, agentes de cambio, porque la historia se escribe, también, *de abajo para arriba y de afuera para adentro*. No podemos seguirla entendiendo como la voluntad *divina* del grupo dominante, del Estado mismo. Y es esa, precisamente, la aportación más significativa que tiene el periodo que hemos estudiado. El Estado no es *el concepto organizativo fundamental para el entendimiento de la historia* -nadie, por

supuesto, duda de su importancia-, pero, la Historia no se escribió por los grupos dominantes, tampoco por el papel de un sólo actor o su pequeño grupo originario, sino por un abanico de agentes, de protagonistas, de actores colectivos, negociantes: los que vienen *desde abajo* y *desde afuera* y que, comúnmente, son los vencidos.

Nos encontramos ante un cambio sustancial en la manera cómo se ha de estudiar la Revolución Mexicana: el interés histórico por ésta se ha llevado del nivel nacional al nivel local y regional, lo que significa, por lo demás, una valiosísima y enriquecedora mezcla de aspectos y características a las que sólo podemos tener acceso mirando *de abajo para arriba* y *de afuera para adentro*, es decir, reconociendo a la *microhistoria* por su inherente importancia y calidad investigativa. Quizá, en mucho, nuestra tarea, como sociedad mexicana, ha quedado incompleta porque hemos negado nuestra diversidad, nuestra complejidad, al amparo de una concepción unilateral, unitaria y homogénea imputada por los *vencedores*.

Por demás, sostenemos que la política se debe *historizar*. Apelar a la historia local y regional como base fija para enfocar la Revolución Mexicana está ofreciendo nuevas perspectivas sobre los acontecimientos que forjaron el México contemporáneo. En muchos sentidos, por lo tanto, la abundancia en los detalles para la investigación que nos permiten los estudios de este tipo, han sido usados por sus detractores para argumentar dificultades a la hora de ofrecer una conclusión general sobre la naturaleza y el significado de la Revolución. Nosotros creemos que, aunque considerado en forma parcial, desestimar estos valiosos detalles de la *microhistoria* significaría suprimir tendencias constantes y patrones que se manifestaron durante la Revolución en diversas zonas geográficas que, sostenemos, fueron determinantes y dieron contenido a los hechos trascendentales a nivel nacional. En resumen, adelantamos, las experiencias locales, los detalles constantes, patrones y tendencias regionales son valiosos porque: 1) su máxima expresión, caciques, caudillos y hombres fuertes regionales, dada la debilidad del gobierno central, dotaron de estabilidad y cohesión al sistema, en los momentos de mayor incertidumbre, siendo nuevas formas de negociación, intermediación y nexo entre el centro y la periferia; 2) determinaron y dieron contenido a acontecimientos de corte nacional, como la creación de un único *Jefe Máximo de la Revolución* y un único -reconocido por la carencia de oposición real- partido político, el partido del Estado, el Partido Nacional Revolucionario. La lógica que el estudio de corte regional nos presenta es la correcta y acertada lectura que los actores nacionales, como Plutarco Elías Calles, hicieron desde la crisis política de 1928 y que, posteriormente, se materializó en 1929.

Por lo tanto, recalcando que nuestro trabajo es una investigación histórico-política, pretendemos, desde el principio, ofrecer que dicha investigación no sea una narración “lineal” e “impoluta” del fenómeno y sus procesos, sino, mejor, una explicación de la complejidad y riqueza, de altibajos, de ensayos, aciertos y errores, que significó para la construcción crítica de nuestra Historia. Somos conscientes de las complejidades del registro histórico. Estamos convencidos de que la construcción de este periodo de nuestra historia está plagado de múltiples y variadas interacciones entre sus componentes, demandas y apoyos, decisiones y acciones, respuestas de retroalimentación; así, pues, no creemos en la noción óptima de la *evolución, del cauce natural de las cosas*, sino que, presentamos, como lo demostraremos a lo largo del texto, nociones menos “fijas” y más dinámicas de nuestro desarrollo histórico; asimismo, rechazamos una transición “tosca” e “instantánea” de los acontecimientos. Nada, ningún acontecimiento, obedeció a planes preestablecidos. De ninguna manera, la Revolución colocó al país en un curso *fijo e inmutable*.

Debemos advertir que nos fueron de enorme utilidad trabajos como *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* de Luis González y González; los trabajos de Romana Falcón y Soledad García Morales como *La semilla en el surco, Revolución y caciquismo. San Luis Potosí 1910-1938, El agrarismo en Veracruz*, y “Revisionismo revisado”; el excelso ensayo -publicado en *Cuadernos Políticos*- “La revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista, o simplemente 'gran rebelión'?” de Alan Knight; *Los fundamentos socioeconómicos del cacicazgo en el México posrevolucionario y Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo* de Victoria Lerner; *Caciquismo y orden público en Michoacán 1920-1940*, de Enrique Guerra Manzo; la extensa literatura de Carlos R. Martínez Assad, con trabajos como *El laboratorio de la Revolución. El tabasco garridista* y *Los sentimientos de la región*; así como la serie *Breves Historias de los Estados de la República Mexicana*, coeditada por El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica.

No más que el *fenómeno* de la Revolución, los *procesos* de la posrevolución se nos presentan como intrincados y complejos. Lejos quedó, en aspiraciones y más aún en la realidad, aquello que la originó dándole, simultáneamente, su arrojo combativo, aquello que fue llamado a ser “*la bandera de la Revolución*”: en el ámbito político, renovación de los métodos y los hombres; en lo económico-social, un modesto anhelo de justicia.

Muy pronto, los *procesos* se ligaron generándole otra cara, marcando, en definitiva, el derrotero que siguió la obra de la Revolución. Las demandas originales, primitivas, viscerales, inacabadas y malogradas de 1910 fueron bajando su ritmo, frenando su impacto y desapareciendo del campo

de acción que los gobiernos posrevolucionarios estaban llevando a cabo. A la sombra de ese tenor, el *fenómeno* de la Revolución y sus eminentes *procesos* posrevolucionarios no lograban *cuajar*. Muchas y variadas han sido las interpretaciones que los investigadores han ofrecido a este respecto tanto en la dimensión nacional como en el corte regional. Nosotros buscamos precisar, a través de una perspectiva regional, una de ellas: aquella que ve en la dispersión del poder político nacional del porfiriato -en numerosos núcleos de poderes regionales- su mayor y más grave obstáculo.

La Revolución Mexicana, armada de carácter político, económico y social, ha sido un proceso inacabado, indefinido, no liquidado. Es decir, los impulsos más recios en su arroj, no encontraron sano cauce y solución después del movimiento armado. Éste, aún en su etapa más sangrienta, no representó, por ningún motivo, un verdadero rompimiento con el régimen al que trataba de echar por tierra. Desde luego que la Revolución introdujo profundas modificaciones en el viejo orden, pero importantes vestigios del pasado lograron sobrevivir. Partimos de un supuesto: la Revolución generó un *alejamiento* del centro, la dispersión de la nación; una de las consecuencias más notables de la Revolución Mexicana fue que desencadenó muchas fuerzas centrífugas. Con la caída el régimen porfirista, se fue la figura central que, a falta de una real tradición institucional, había dado unidad, estabilidad y coherencia a todos los actores y procedimientos políticos durante décadas. La lucha armada y encarnecida había generado el desmantelamiento del poder central. Aquélla concentración y centralización del mando que logró el general Díaz, en sus 3 décadas al frente del Poder Ejecutivo Federal, habían degenerado en pequeños núcleos de poder dispersados por todas las regiones del territorio nacional, cuya máxima expresión se cristalizó en hombres fuertes, caudillos y nuevos caciques que, ejerciendo su poder absoluto de “jefes natos”, lograron transformaciones que impactaron en la construcción del nuevo Estado posrevolucionario y en la génesis del Sistema Político Mexicano contemporáneo.

Estos hombres habían logrado implantar un sistema político que, durante la década de 1920, conocimos como “*caudillismo revolucionario*”, donde los caudillos fueron, ahora, el único elemento de cohesión social e identidad que el sistema político reconocía y que, en definitiva, había contrarrestado, el incipiente de por sí, régimen democrático mexicano y amenazado el lento andar de la Revolución. El papel que jugaron en los procesos mediante los cuales se fue estructurando el Estado posrevolucionario y el Sistema Político Mexicano contemporáneo fue decisivo tanto en el ámbito local como, a la postre, determinante a nivel nacional.

En efecto, como lo puntualiza Romana Falcón: “fueron los caciques estatales y regionales quienes hicieron posible que las autoridades federales dieran alguna estructura a la vida política nacional. Estos jefes revolucionarios, o las personas estrechamente ligados a ellos, se encargaron entonces de mediar entre el centro político del país y las localidades, así como de mantener la tranquilidad –aunque relativa- en los territorios que controlaban”². Sin lugar a dudas, estas nuevas formas de nexo e intermediación entre un corte regional y una visión nacional subyace en dos ideas básicas: 1) son los caudillos, los caciques y los hombres fuertes regionales quienes dotaron de estructura organizativa, nexos e intermediaciones, en los años posteriores a la caída del general Díaz, al sistema; 2) estos jefes natos aprovecharon las necesidades y debilidades del gobierno central para fortalecer su figura personal y convertir las demandas primitivas de la Revolución en sus regiones, de las que se consideraban con el derecho de dirigirlo políticamente, en ventajas personales y económicas a su alcance.

En relación a lo anterior, y como un claro ejemplo de las vicisitudes que conlleva la Revolución, una de las ideas fundamentales de este trabajo es la aportada nuevamente por la excelente visión de Romana Falcón: “...la Revolución Mexicana no fue un movimiento único y general, sino más bien un mosaico de levantamientos locales, disímiles en sus raíces y objetivos [...] la gama de revoluciones locales o, más propiamente, de los movimientos que tuvieron lugar a lo largo y ancho del país a partir de 1910, fue más amplia y contrastante de lo que se había supuesto”³. El abanico se estira, se abre, se despliega y nos presenta numerosos levantamientos estatales y regionales que, muy a su modo, permearon a lo largo y ancho del país: desde sus orígenes, los participantes, las razones y motivos que los orillaron a la sublevación, los fines y los objetivos que buscan alcanzar, así como los cambios que se originaban a cada paso y que, en definitiva, influyeron en el derrotero de la Revolución.

Si algo nos muestran los estudios de corte regional es lo heterogéneo que fue tanto el *Fenómeno* de la Revolución, como su consecuente *Proceso* posrevolucionario. Olvidarnos de esta parte del estudio sería encasillarnos en generalizaciones que sesgan nuestra visión científica. La Revolución de 1910 representa un cambio en el orden establecido por el porfiriato, con una reconfiguración que guardó, por algunas décadas, como verdadera continuidad, vestigios del viejo orden a través

²Romana Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*. México, El Colegio de México, 1984, p.15

³Ibid. p.12

de la realidad política desarrollada a nivel local por fuertes cacicazgos⁴ que Porfirio Díaz había permitido y del cual él fue el único caudillo. La Revolución, pues, ha logrado un cambio sustancial en el viejo orden, sin embargo, ese viejo orden se niega a morir en la figura de poderes fácticos muy fuertes en el orden local.

La revolución marcó un hito de cambio político para nuestro país, pero ese cambio sólo se logró gracias a los remanentes del viejo orden. Nuestra historia contemporánea describe fielmente nuestro pasado inmediato: la configuración del Sistema Político Mexicano responde puntualmente a dichos remanentes. La forma de configuración que encontró nuestro Sistema Político tiene, en gran medida, su génesis en los fuertes poderes locales y regionales, creados por el porfiriato, que se negaban a morir con el cambio del nuevo orden político. El cambio de un viejo orden político porfirista a la más *sagrada* pretensión revolucionaria se alcanzaría sólo a través de sopesar la influencia local en la configuración nacional y el proceso histórico que este cambio describe es fielmente la prueba empírica. Sólo si podemos mirar la influencia de los procesos locales y regionales en la configuración de un poder político nacional, podremos ser capaces de entender nuestro actual Sistema Político Mexicano. Los cambios y reconfiguraciones van de la *Periferia* al *Centro*, y no al revés.

La dispersión del poder que sobrevino al movimiento armado de 1910 originó un vacío en la figura política y de concentración de mando que el general Porfirio Díaz había ostentado, generando una excelente oportunidad para que los “jefes natos” configuraran sus núcleos regionales de poder. Con la desaparición de esta figura y la falta inminente de instituciones, los nuevos gobiernos revolucionarios se vieron rebasados e incapaces de dar cauce a la multiplicidad de movimientos armados que se desató por todo el territorio nacional. La autoridad del Poder Ejecutivo pronto se deterioró generando condiciones propicias para los movimientos políticos estatales y locales que lograron imponer sus intereses -los que más de las veces eran verdaderas alternativas a las que desde el centro se enarbolaban para la Revolución- disuadiendo u obligando con armas en las manos. La dispersión del poder llegó a un punto crucial cuando acontecía la lucha de facciones entre 1914 y 1915 donde, incluso, al no ponerse ningún grupo al mando, desapareció el gobierno federal. La consecuencia inminente fue el surgimiento de una diversidad de poderes regionales donde, incluso, como afirma Romana Falcón, las funciones del Estado se dispersaron encontrándose regidas por la determinación de caciques y hombres poderosos que las volvieron

⁴Según Romana Falcón, un cacique puede ser descrito como alguien que domina la vida política y en ocasiones la economía de determinada región, frecuentemente por medio de procedimientos extralegales.

indiferentes y las confundieron entre sí. Con estos hechos, sobrevino una consecuencia inaplazable: el uso de las armas fue el modo en que se trató de llenar el vacío de poder. Los jefes revolucionarios comenzaron a ser los amos de sus respectivos territorios, ejerciendo un poder de *facto* que superaba a las autoridades formales, o lo que aún quedaba de éstas.⁵

Los caciques cimentaban, generalmente a través de clientelismo, su núcleo de poder generando una profunda relación de dominio y dependencia. Pero, en última instancia, estos caciques, caudillos y jefes natos habían sido el enemigo natural de las fuerzas que buscan centralizar el poder del Estado y su consecuente modernización. Ante esto, irremediablemente, su poder tendría que socavarse continua y sistemáticamente; pero, la relación entre el centro y la periferia no iba a ser tema sencillo de resolver, convirtiéndose, incluso, en el tema principal del periodo posrevolucionario. La teoría chocaría muy pronto con la realidad y, de no dársele el trato que requería, sus consecuencias resultarían en severas amenazas para la estabilidad.

Éste era el panorama nacional posrevolucionario: un escenario de continuismo político, económico y social que no pretendía, en ninguna forma, lograr las máximas del *Fenómeno* revolucionario para, de esta manera, liquidarlo; el poder político nacional, que otrora concentrara el general Díaz, se había dispersado. A la luz de estas circunstancias, se estaba llevando a cabo la creación del Estado posrevolucionario y la consecuente modernización del país.

La relación del gobierno nacional con los núcleos regionales que ostentaban el poder político, otrora central, hallaba su base y sustento en una simple ecuación: reconocimiento y lealtad al centro, a cambio de libertad absoluta al accionar de los caudillos y caciques en sus regiones y estados. Dichos líderes habían echado mano de organizaciones políticas, de *partidos políticos* que, sin una cultura verdadera de partidos, se habían vuelto simples y burdos mecanismos de control político, económico y social de sus estados y regiones. La lógica que siguieron fue ésta: cada cacique local, cada jefe nato había apuntalado su dominio territorial a través de una organización política; existía un partido político de este tipo por cada región controlada por algún cacicazgo. Éstos serían conminados a formar parte de una nueva creación institucional, a la formación de un nuevo partido de Estado. El PNR siguió la misma lógica de control que se ejercía en las regiones. El nuevo partido se creó de la “periferia” hacia el “centro”, de “afuera” hacia “adentro”. A un sólo partido por estado, por región, por hombre único, entonces, le correspondió un único partido

⁵Para Romana Falcón estos dominios, por muy breves que pudieran ser, sirvieron para abrir las puertas a la movilidad social, rompiendo la profunda exclusión social característica del porfiriato.

político nacional que se nutriría de esos partidos locales. El PNR de 1929 fue llamado a ser una *confederación* de caudillos, de caciques, de jefes natos; un *partido de partidos*, que habían intercambiado hacia el centro lealtad, reconocimiento y disciplina por libertad y autonomía irrestricta de acción en sus regiones, piedra angular de su propia fuerza de negociación disciplinada. Se había logrado evitar que la historia de diseminación y asonadas militares -consecuente con la caída de Díaz- se repitiera con la crisis política de 1928.

Al formarse el PNR, el Estado logró una gran cohesión. Así, pronto, y desde diciembre de 1928, Calles usó la fuerza, el derecho y las ideologías para erigir un poder *personal-impersonal* con apego a las nuevas formas institucionales. Entonces comenzó el Maximato, con un Poder Ejecutivo bicéfalo⁶ (donde Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, tres mandatarios, lucharon contra la tutela de Calles) en un sistema ni delimitado ni legalizado. Ante ese panorama nacional, la obra de la Revolución, la liquidación del fenómeno, estaba lejos de ser alcanzado.

Estamos presentando un estudio de los procesos revolucionarios a través de dos grandes momentos históricos: 1) a raíz de la Revolución de 1910 y la consecuente caída de la figura de Porfirio Díaz, ocurrió una dispersión de la nación cuya máxima expresión fueron numerosas fuerzas centrífugas (caudillos, hombres fuertes y nuevos caciques regionales) que lograron dotarle, de alguna manera, estabilidad y cohesión al sistema político, mientras entorpecían los intentos centralizadores y la obra de la Revolución; 2) para julio de 1928, con el asesinato de Álvaro Obregón, el sistema político pierde de nueva cuenta –como ocurrió con la caída de Díaz- la única figura que ha reconocido como capaz de proveerle estabilidad y unión; la coyuntura político-histórica amenaza con repetir la diseminación de poder y mando y, con ello, por consiguiente, obstaculizar el impulso centralizador, agudizar más la crisis política y paralizar drásticamente la obra de la Revolución. Es entonces que las pasadas experiencias regionales, recogidas por la acertada lectura de Plutarco Elías Calles, tienen peso específico en el derrotero de la modernización del Estado mexicano, en general, y de la creación del partido del Estado, en particular.

Con la ausencia de la figura que cohesionaba y daba identidad al sistema político, con la desaparición del general Díaz, el proceso revolucionario sufrió un obligado desmantelamiento del

⁶José Manuel Puig Casauranc, *Galatea rebelde a otros pigmaliones: de Obregón a Cárdenas: antecedentes del fenómeno mexicano actual*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 2003.

poder central que se hacía más complejo por las asonadas militares y los levantamientos armados. Pronto, se originó un nuevo mapa de poderes locales y regionales por todo el país.

Este esfuerzo investigativo diserta sobre el desarrollo de la Revolución mexicana: continuismo estructural, destrucción, conservación y reconstrucción, cambio y readaptación, dispersión de la nación en núcleos regionales de poder político, cacicazgos y asonadas originadas en la inestabilidad del sistema político, abandono de la obra revolucionaria, el asesinato de Obregón y la promesa del reino de las instituciones, el Partido Nacional Revolucionario como confederación de caciques y partidos regionales, la participación de la sociedad, el clientelismo y el corporativismo. En suma, la historia que se escribe *desde afuera* (de la Periferia al Centro) y *desde abajo* (de la sociedad y sus relaciones microsociales); con el título, “La construcción *desde abajo* y *desde afuera*: la diseminación del poder político nacional y las experiencias regionales. La creación del PNR determinada en su contenido por las nuevas formas de negociación surgidas de la Revolución (1920-1929)”.

Concretamente, nos hemos suscrito a una serie de cuestionamientos clave que nos sirven como guía para el desarrollo de nuestra investigación: 1)¿Cómo es que el fenómeno de la Revolución afectó la estructura de poder del antiguo régimen y, a su vez, cómo encontró cabida en un proceso posrevolucionario que mezcló *destrucción-conservación-construcción*?, asimismo, ¿de qué forma podría sobrevivir a las nuevas condiciones nacionales?, 2)¿Por qué se dispersó el poder político, luego de la Revolución Mexicana de 1910?, 3)¿Cómo se produjeron y modificaron las nuevas formas de intermediación y nexos que aparecieron luego de la dispersión del poder político nacional y que durante los años de posrevolución fueron la única forma de cohesión e identidad que el sistema político reconocía?, 4)¿De qué manera se entrelazan las experiencias, las negociaciones, las tendencias locales y regionales con la dinámica nacional, la edificación del Estado y el Sistema Político Mexicano contemporáneos?, 5)¿Por qué no se produjo una nueva diseminación del poder, como la ocurrida en 1910, cuando la crisis política de 1928 parecía generar las condiciones para ello?, 6)¿Cómo operó la lógica regional (“*abajo para arriba*” y “*afuera para adentro*”) a nivel nacional y de qué manera se logró echar mano de ella?

El trabajo que estamos presentando tiene los siguientes objetivos:

- Describir y analizar cómo de la Revolución Mexicana se originó una estructura de poder que, mientras negaba el viejo régimen, se sustentaba, de la misma manera, en éste; a la vez, estaba introduciendo cambios que, en mucho, eran la esencia misma del pasado.

- Contribuir a la línea que describe, conduce y explica, para poder ahondar y entender mejor, el proceso inmediato de la Revolución Mexicana, su devenir posrevolucionario y la manera en que se gestaron las nuevas formas de negociación política.
- Aportar a la obra, de conjunto, objetiva y crítica de la historia que, al menos en sus orígenes, tiene la construcción y la modernización del Estado y el Sistema Político Mexicano contemporáneo.
- Esclarecer los orígenes, desarrollo y formas en que se dispersó el poder político después de la Revolución de 1910.
- Señalar la manera en que los diversos actores y procedimientos políticos le han articulado unidad, coherencia y cohesión al sistema político: explicar la mecánica del orden porfirista a través de la unidad, coherencia, cohesión y estabilidad que le confería al sistema.
- Señalar el momento en que el viejo orden porfirista y la Revolución chocan para dar origen a las nuevas formas de negociación y operación política.
- Exponer que, a través de una interpretación de corte regional, el proceso de movilización, negociación, construcción y modernización del periodo posrevolucionario, surgió de una presión emergida, *desde abajo* (la sociedad y sus relaciones microsociales) y *desde afuera* (de la Periferia al Centro), de actores políticos y sociales.
- Analizar las disputas del proceso posrevolucionario a través de los nuevos movimientos armados y las numerosas fuerzas políticas centrífugas.
- Estructurar el nuevo mapa del poder político surgido de la Revolución desde un corte regional, para responder a la necesidad de conocer la forma en que éstas operaron y su influencia local y nacional, desde la Periferia y desde la sociedad, mediante la descripción de 5 experiencias regionales y locales.
- Mirar la profunda heterogeneidad del movimiento revolucionario para comprender las limitaciones y los alcances de éste.
- Demostrar que sólo fueron las experiencias regionales y locales las que determinaron y dieron contenido a la creación del Partido Nacional Revolucionario y a la investidura consecuente de un *Jefe Máximo de la Revolución*, y no al revés.
- Presentar un estudio del Proceso posrevolucionario a la luz de dos grandes momentos histórico-políticos: uno de diseminación del poder político y otro de conservación y consecuente concentración del mismo.
- Evaluar las nuevas expresiones de negociación, estructuración, intermediación y nexo posrevolucionarios que entorpecieron, como consecuencia inherente a su proceso de estabilización, las fuerzas centralizadoras y, consecuentemente, la obra de la Revolución Mexicana.
- Registrar las formas de sistematización de las experiencias regionales y locales, vistas a través de las nuevas formas de negociación, nexo e intermediación que representan los hombres fuertes únicos, y su unión sistemática con la dinámica nacional posrevolucionaria.

Entonces, este documento se encuentra articulado, básicamente, en cuatro Apartados, a saber: 1) Del orden a las disputas, 2) La profunda heterogeneidad: génesis de los hombres fuertes, 3) El Partido del Estado: confederación de hombres fuertes y partidos locales, y 4) Conclusión.

El primer apartado, *Del orden a las disputas*, expone una revisión sobre el orden porfirista, la forma en que se concentró y centralizó el mando en manos de Porfirio Díaz, el fenómeno

impulsivo de la Revolución, cómo se desmoronó la hegemonía y, finalmente, ofrece un primer acercamiento a las numerosas fuerzas centrífugas en que se dispersó el poder.

El segundo apartado, *La profunda heterogeneidad: génesis de los hombres fuertes*, presenta un panorama sobre los estudios de corte regional, los obstáculos desatados por la Revolución para la construcción de un nuevo ordenamiento político, las asonadas y levantamientos armados, y el sistema de caudillismo revolucionario como medio para la estabilidad y cohesión política. Asimismo, nos exhibe el nuevo mapa de unicidad política, con jefes natos y partidos políticos locales únicos, a través del estudio concreto de cinco casos de cacicazgos: el cedillismo en San Luis Potosí, el garridismo tabasqueño, el Veracruz tejedista, el cardenismo michoacano y el portesgilismo en Tamaulipas.

El tercer apartado, *El Partido del Estado: confederación de hombres fuertes y partidos locales*, plantea el momento en que el sistema político mexicano perdió el único elemento de estabilidad y cohesión que conoció durante los procesos posrevolucionarios, y cómo se sortearon las circunstancias para el nacimiento del partido del Estado. A través de un análisis de las implicaciones sociopolíticas del asesinato del *Caudillo*, Álvaro Obregón, el mensaje político contenido en el último informe de gobierno de Plutarco Elías Calles, la promesa de un sistema institucionalizado y el ascenso del *Maximato*, planteamos que las experiencias regionales son la base para la unicidad política nacional: la formación del Partido Nacional Revolucionario, apuntalamiento para la modernización del Estado y del Sistema Político Mexicano.

Finalmente, el cuarto apartado, *Conclusión*, plantea los puntos de llegada de la investigación.

PRIMER MOMENTO: de la concentración a la dispersión.

1. Del orden a las disputas.

1.1 El viejo orden porfirista: concentración y centralización del poder.

Si algo hubo en el periodo que abarca los gobiernos de Porfirio Díaz (1876-1880 y 1884-1911) y el interregno de Manuel González (1880-1884), que llamamos “*Porfiriato*” –el cual, por lo demás, es uno de los más estudiados en la historia de México-, es una férrea concentración de poder. A través de una importante bibliografía sobre el régimen de Porfirio Díaz, podemos argüir acerca de las razones y, más aún, de las implicaciones que producen aseveraciones como ésta.

Porfirio Díaz fue un hombre dominador, callado, riguroso, ordenado, fuerte, de unidad y solidez que no vacilaba en sentenciar: *la paz a todo trance, cueste lo que cueste*. Para don Porfirio, ni los recursos económicos –y demás recursos, por añadidura, de su añorado progreso material-, ni los recursos humanos, habrían de ser precios altos por ese anhelado objetivo.

Aquel indígena mixteco de buena salud, buena talla, notable desarrollo físico, de longevidad incalculable, sin inclinaciones emocionales, sin sentimientos ni pasiones, la *Esfinge* que marcaba un alto en las *puertas del alma*, dialéctico, sin comprometerse, *tapando y destapando*, de genio memorioso, reservado, silencioso, impenetrable, melancólico por tanto poder asumido, de perfidia, inspirado ideológicamente en el liberalismo decimonónico mexicano y en la tradición caudillista de autoridad patriarcal, de ejercicio del poder personal, autoritario -no institucional-, debido a la vaguedad lingüística y política, se encontraba con severas contradicciones, con severos dilemas, en la medida que su régimen iba tomando solidez. La habilidad para mantener el equilibrio entre tradiciones opuestas sería la clave del éxito y del fracaso de la administración porfirista.⁷

Visto a la distancia, el ascenso de Porfirio Díaz a la presidencia de México marcó el inicio de uno de los periodos más largos de crecimiento y estabilidad política y económica desde que nuestro país se independizó. Asimismo, conducido por el poder y bordeando el sacrificio –sin traicionarlo-, Porfirio Díaz logró la pacificación social, luego de que gran parte de la vida del México decimonónico había estado sometida por la anarquía, los levantamientos intestinos, las

⁷Paul Garner, *Porfirio Díaz*, México, Editorial Planeta, 2003, primera edición en español, p.30.

intervenciones extranjeras y las crisis políticas y hasta financieras.⁸ Su dominio político se convirtió en el pilar que sostuvo esa estabilidad. Don Porfirio ascendió a la presidencia en medio de una crisis política, económica y social; en medio de fuertes tensiones y de una profunda diseminación del mando, consiguió dotar de estabilidad al país, a través de la *recentralización* y *reconcentración* que logró del mando político.

Nacido en Oaxaca, desde muy joven optó por la carrera de las armas, se abrió camino en la revolución de Ayutla, maduró en la Guerra de Reforma –siendo coronel- y se consolidó en la Intervención Francesa, donde abandonó, definitivamente, su ámbito local para pasar a ser un verdadero caudillo nacional.

Cuatro años después, en 1871, los logros alcanzados en la guerra le otorgaron las credenciales para encabezar la rebelión de La Noria y, aunque fracasó, jamás claudicó en sus intentos por hacerse del máximo poder de la nación. Nuevamente, cuatro años más tarde, se opuso violentamente a la reelección de Sebastián Lerdo de Tejada, enarbolando así el Plan de Tuxtepec que lo conduciría al triunfo que afianzó mediante dos de sus políticas personales: centralizar el poder y lograr conciliar, a través de él mismo, los intereses de varios sectores de la sociedad.⁹ De su personalidad militar derivó su personalidad política: la imposición y el personalismo, instituidos por el poder, constituirían la identidad del porfiriato.

A partir de la total consolidación del régimen, luego de 1888 y hasta el final del siglo, Porfirio Díaz se volvió *El Caudillo Indispensable* y gozó de poder absoluto, un poder que utilizó tanto para realizar sus deseos de autoridad como para promover un crecimiento material sin precedentes. Sin embargo, aún a la luz de los notables avances económicos, los anhelos y sueños de los viejos liberales seguirían latentes, pensado que el sacrificio de la libertad y la democracia era inaceptable y, a la larga, insostenible. Mientras más se adelantaba en lo económico, más se retrocedía en lo político. Fueron décadas de oro, aplausos, odas, procesiones, desfiles de carros alegóricos, lambisconería y banquetes para el *Héroe de la Paz*. Pero, también, fueron décadas de rebeliones, oposición, protestas, antirreeleccionismo, encarcelamientos y asesinatos.

En medio del posicionamiento divergente, en la Gran Convención Nacional de la Unión Liberal - donde suenan los nombres de Justo Sierra, José Yves Limantour y Francisco Bulnes-, Pablo Macedo

⁸Pablo Serrano Álvarez, *Porfirio Díaz y el porfiriato*, 146pp., [en línea], México, INEHRM, 2012, Dirección URL: http://www.inehrm.gob.mx/cdigital/libros/cronologias/porfirio_porfiriato.pdf, [consulta: 12 de abril de 2013.]

⁹Ibid., p.7.

pugna por una dirección “científica”. La palabrita resuena y surgen “los científicos”. Don Porfirio siempre trató de calmar los ánimos con *máiz*. Ofrecía puestos en la administración pública. Ante la *necesidad*, algunos aceptaron. En manos de don Porfirio quedaba todo: lo trascendental –la solución de lo público- y lo infinitamente mínimo –los divorcios de matrimonios desavenidos.¹⁰ Así se zanjeaba su régimen.

Para que el proyecto liberal triunfara se exigió un desmantelamiento hábil y cuidadoso de las estructuras coloniales, así como la inminente creación de nuevos modelos económicos y políticos capaces de sustituir el orden establecido: primero, la creación de infraestructura para sanear el comercio y el intercambio para restaurar la fragmentada economía; segundo, infundir la ciudadanía, el concepto de nación, la participación popular y la vigencia de la ley en una sociedad de castas herida por la discriminación étnica; tercero, la preservación de un equilibrio precario entre, por un lado, el poder local y central y, por el otro, la representación política y el autoritarismo.¹¹ Sin embargo, a diferencia de sus predecesores, para Porfirio Díaz fue muy claro: la clave no estaría en la libertad política, sino en el orden, la paz y el poder. Por tres décadas, al amparo de la búsqueda del progreso material, así se dirigió.

1.1.1 Génesis regional: el héroe de Oaxaca.

Fábrica nacional de políticos y soldados, tierra de “místicos de la política”, tierra de ídolos detrás de los altares, zona de teocracia, santuario indígena, tierra de guerreros mixtecos y diplomáticos zapotecas, Oaxaca guardó por muchos años el recuerdo vivo de tiempos y culturas precolombinas y, al mismo tiempo, *montada en locomotoras*, fue una de las “cunas” del liberalismo decimonónico.¹² En aquel lugar nació, en 1806, el zapoteca *Benemérito de las Américas*, Benito Juárez. Allí nació también, al marco del décimo aniversario como nación independiente, el 15 de septiembre de 1830, el mixteco José de la Cruz Porfirio Díaz Mori.¹³

Apenas a los tres años de edad, Porfirio pierde a su padre debido al cólera, José Faustino Díaz, industrial herrero y curtidor; mientras que su madre, Petrona Mori Cortés, atiende el “*Mesón de la Soledad*” (en honor de la Virgen de la Soledad), cultiva cochinilla y se encarga de una escuela de niños; en tanto, el hijo mayor, no menos emprendedor, hace sillas, mesas, pupitres, zapatos; labra culatas, arregla pistolas y fusiles. Surgido de un ambiente provincial, iniciado en el Seminario

¹⁰ Enrique Krauze, *Porfirio Díaz: Místico de la autoridad*, México, Fondo de Cultura Económica, serie: Biografía del Poder, 1987, número 1, p.59-63.

¹¹ Paul Garner, op. Cit., p.35.

¹² *Ibid.*, p.32.

¹³ Enrique Krauze, op. cit., p.2 y 3.

Conciliador de la Santa Cruz, primo y protegido del arzobispo de Oaxaca, José Agustín Domínguez, Porfirio abandona, en 1850, la senda religiosa y se pasa al bando de los liberales, donde se acercaría a Benito Juárez y Marcos Pérez, su nuevo protector. Con esta incursión, muy pronto, sus inclinaciones cambiarían radicalmente: en el Instituto de Artes y Ciencias –que dirige Benito Juárez- estudia leyes y trabaja como bibliotecario. Entre 1850 y 1854 cursa derecho natural, romano y canónico; su maestro en derecho civil fue el gobernador del estado, Juárez.¹⁴

Al tiempo en que el joven Porfirio Díaz se acercaba a los liberales, México atravesaba una severa crisis debido a la asolada vorágine de guerras civiles e internacionales, de las que no se libraría hasta 30 años después, cuando Díaz ocupa por primera vez la Presidencia. En medio de estas guerras, el joven Díaz se va moldeando y, muy pronto, en Ayutla, encuentra la madurez e impulso definitivo a un paso acelerado: en 1855 arremete públicamente contra el once veces poderoso Antonio López de Santa Anna, abandona el derecho e inicia una meteórica carrera que lo colocaría en la jefatura política de Ixtlán, donde organizaría el gobierno y la hacienda.

Según parece, la experiencia de Ixtlán fue básica en su aprendizaje político: comprendió que el mando militar está ligado al sentido de iniciativa, la capacidad de seducción y la popularidad; sin embargo, al parejo del *realpolitik*, estuvo, asimismo, en profundo contacto con sus raíces indígenas. La población criolla y mestiza se inclinaba por el bando conservador, pero los indígenas indiscutiblemente seguían, desde entonces, a Porfirio: los lazos de sangre y el origen geográfico común aseguran la fidelidad a una persona que está en los orígenes de una política cuyas consecuencias se rechazan.¹⁵ Como muchos otros hombres políticos de los periodos inciertos, Díaz no es comprensible sin el conocimiento de su base local. Esta inminente plataforma de poder lo convertirá en hombre de Estado a nivel nacional, porque logró, en efecto, unificar consciencias.

Ya como capitán, al estallar la Guerra de Reforma, Porfirio Díaz tiene su bautizo de fuego al mando de una compañía de granaderos, sufre su primera herida e interviene en el primer sitio de Oaxaca. Juárez le encomienda el gobierno y la comandancia militar del Istmo de Tehuantepec, donde, en medio de un país belicoso y enteramente hostil, tuvo que lidiar con las tensiones entre su bando liberal y el conservador y, a través de concesiones, comienza a hacer una semiorganización de Guarda Nacional, donde admite, a manera de premio, en una escuela de gimnasia y en bailes populares a todos aquellos que se enlistaran; así, por un año, logró sostener “casi diariamente un

¹⁴François-Xavier Guerra, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, tercera reimpresión, tomo 1, p.74.

¹⁵Ibid., p.75; Enrique Krauze, op. cit., p.7 y 11.

combate con el enemigo”. Ése era el panorama general de la región. En aquella encomienda, Porfirio aprendió de las labores de la administración civil, de los negocios públicos, de sus raíces y desarrolló sus latentes facultades de gobernante.¹⁶ Mientras los indígenas zapotecas adoraban dioses de barro, las grandes compañías norteamericanas construían un ferrocarril transístmico. En aquella región, el pasado parecía más vivo que el presente.

La madurez no se hace esperar y, en muy poco tiempo, Porfirio se enfila a lo que sería en definitiva su carácter: mientras guerrea y convive con sus soldados, desafía, confronta y fusila sin recato a los que se han atrevido a cuestionarlo; sufre peritonitis, instala una fábrica de parque, emprende obras civiles y organiza el Batallón Independencia -un ejército personal de juchitecos de los que se ha ganado aprecio, dominio y halago. Se vuelve experto en escaramuzas, en ataques súbitos y victoriosos; afina su instinto de manejar las pasiones y ambiciones de los hombres, y las aprovecha. Allí, su palabra se vuelve ley; se convierte en gobierno.

En 1860, a los 30 años de edad, sale por primera vez de Oaxaca. Una brillante carrera militar lo respalda, suficiente para que, desde Veracruz, el presidente Juárez exclame: “Díaz es el Hombre de Oaxaca”. Porfirio cobró fama y notoriedad nacional gracias a sus logros en combate, gracias a su imagen como militar glorioso y su imagen de salvador patriótico y providencial de la soberanía nacional. En esa medida, con el tiempo, adoptaría la tradición caudillista de patriarcado y de una amplia red de lealtades y deferencias personales que serían trascendentales para su encumbramiento.¹⁷ Por lo demás, el triunfo liberal lo llevaría de nuevo a la *patria chica*.

En su tierra natal, el *pelón* Díaz –como lo apodaban sus compañeros- es diputado por el distrito de Ixtlán. Sin embargo, luego del asesinato de Melchor Ortega, define su destino ante el Congreso: “Yo soy un soldado. Pido permiso para ir a pelear”. La iniciativa y el valor le valen el grado de general de brigada, pero, al mismo tiempo, en la batalla del 5 de mayo en contra de los franceses, deja muy claro su carácter rebelde frente a cualquier superior.

En la toma de Puebla, en 1863, cae prisionero, pero escapa disfrazado de *indio*. Juárez lo designa comandante del Ejército de Oriente. Así comienzan casi cuatro años de campaña. Tal vez por ser más diestro en la guerrilla que en grandes despliegues, cae preso en Puebla. Hasta su celda en el Fuerte de Loreto le llegan propuestas de unirse a Maximiliano. Al tiempo que rechaza las

¹⁶José López-Portillo y Rojas, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Porrúa, 1975, segunda edición, p.62.

¹⁷Paul Garner, op. cit., p.45.

propuestas conservadoras, escapa de su prisión. Forajido, las autoridades ofrecen mil pesos por su cabeza.¹⁸

El 2 de abril de 1867, “digno de la patria”, se apunta el triunfo mayor de su larga carrera militar: con la mayor habilidad política, Díaz toma Puebla. Una cadena de victorias se inicia. Recibe nuevas y desesperadas propuestas de Maximiliano. Está en la cima de su carrera militar; es ya el *Héroe de la patria*. Comienza, entonces, la avanzada liberal a la ciudad de México. El 15 de julio de 1867 el presidente Juárez entra a la capital y restaura la República. La victoria de don Porfirio significa el triunfo definitivo del republicanismo liberal mexicano.¹⁹ El general Díaz entrega sus 35 mil hombres y su renuncia estratégica, ha decidido ser participe por omisión. En el fondo, abriga con convicción la idea de haber sido él –y no Juárez- el verdadero promotor de la *gloria*. Juárez, el licenciado, cree que la victoria ha sido de la ley; Díaz, el militar, cree que la gloria pertenece a las armas. Con ambos encarnando el triunfo, las desavenencias no se harían esperar. En muy poco tiempo, se hizo evidente que las victorias liberales no lograron reflejarse en un periodo de estabilidad política sostenida.

Porfirio Díaz detenta gloria gracias a su patriotismo, constancia y valor; no en balde había recibido aplausos y homenajes, clamor y admiración pública; naturalmente, la ambición es uno de las características más exaltadas en el comandante del Ejército de Oriente. Consecuentemente, las dos figuras más importantes de la época eran Juárez y Díaz. Inexorablemente, la caída de uno habría de elevar al otro.²⁰

Benito Juárez se había formado con la pluma, estaba sometido al reino de las leyes; Porfirio Díaz se sostenía en la espada. Ya desde entonces, don Porfirio pensaba que Juárez, Lerdo e Iglesias se ufanaban de “un triunfo que no les pertenecía”. Ante la inminente sucesión presidencial, Porfirio, un hombre de 37 años y de intachable expediente, estaba siendo consumido por la impaciencia. Esta vez tratará de participar apegado a la omisión, cobijando ambiciones, las ambiciones del *hombre glorioso*. Busca influir en la política de su región; se retira a Oaxaca y, como *Benemérito de Oaxaca*, se hace de la hacienda de La Noria; construye presas, siembra caña de azúcar, instala una fábrica de pólvora, cañones y municiones. En 1871 pierde los comicios presidenciales frente a Juárez y Lerdo, alega fraude y, con los caminos legales cerrados, se lanza, el 8 de noviembre, a la rebelión de La Noria con una paradójica consigna: “No dejemos que ningún ciudadano se imponga

¹⁸Ibid., p.18.

¹⁹Ibid., p.31.

²⁰José López-Portillo y Rojas, op. cit., p.64.

y se perpetúe en el poder y ésta será la última revolución”. La suerte no lo asiste. Mientras hilvana derrotas, debe tragarse los designios del poder central, enarbolado en las palabras de su paisano licenciado: “el militarismo levanta su odiosa banderola ante la bandera de la legalidad...”²¹

Durante sus andanzas como forajido, mientras lo sorprende la muerte de Juárez, Díaz, acogiendo la amnistía, arropara nuevamente sus viejas ambiciones. Con Lerdo como el presidente legal, Porfirio se retira a Tlacotalpan, Veracruz, donde se refugia en una finca azucarera. No pasaría mucho tiempo en la quietud jarocho. Destacando las diferencias entre “militarismo” y “legalidad”, siendo un militar y no un orador, oprimiendo su garganta por sollozos, en 1874, regresa al Congreso como diputado. Durante sus días como congresista, don Porfirio aprendió a ver con desdén y desconfianza a los hombres de ideas, característica de la política porfiriana. La enseñanza es la misma: no es un hombre hecho para un escaño de diputado.²²

A su tiempo, Díaz volvió a presentar su candidatura a la presidencia de la República. Derrotado nuevamente, el 10 de enero de 1876, lanzó el Plan de Tuxtepec –reformado en Palo Blanco el 21 de marzo siguiente- e inició hostilidades desde el norte del país. Sufriendo severos reveses e inclemencias que, según sus historiadores, rayan en lo “inverosímil”, la rebelión logra el anhelado triunfo. Con las armas como fundamento de su poder, don Porfirio irrumpe con una generación de jóvenes e imperiosos militares sobre el predominio de los licenciados. Pero no sólo eso, con Porfirio Díaz se desplomaba la era del progreso moral y político y comenzaba la etapa desigual y paradójica de la imposición mecánica y del progreso material. Díaz sólo continuó un camino ya empezado a andar muchos años atrás.²³

La debilidad inherente del Estado posterior al imperio dejó un legado profundo de ruptura, conflictos faccionales, guerra civil y pronunciamientos militares. Como resultado, en la etapa inicial del México independiente, y como tradición autoritaria, el caudillo cubrió el vacío político y el caudillismo surgió como la forma predominante de autoridad política. En nuestro país, una de las características particulares fue que el mantenimiento de la autoridad dependía no sólo del dominio de las redes de poder informales, personalistas o clientelistas, sino también de la habilidad para movilizar el apoyo del ejército. Así, como resultado de la fragmentación política, los militares habrían de tener una importancia fundamental para la política mexicana del siglo XIX y en el primer tercio del siglo XX. Por consiguiente, los jefes militares regionales combinaron, con

²¹Paul Garner, op. cit., p.23.

²²François-Xavier Guerra, op. cit., p.76 y 77.

²³Enrique Krauze, op. cit., p.26.

frecuencia, funciones civiles y militares y creaban feudos que estuvieron más allá del alcance o influencia del gobierno central. De esta manera, los oficiales del ejército regular se convertían en salvadores de la soberanía nacional.²⁴

En una época donde las vías de comunicación estaban supeditadas a largos y tortuosos viajes a pie, caballo y, con el tiempo, ferrocarril, por peligrosos y salvajes caminos, donde las noticias más remotas tardaban meses en llegar, formar parte de las filas del ejército podía volverse pieza fundamental para conocer la realidad del país. Durante sus extensas campañas militares, Díaz había estudiado al país “*microscópicamente*”, conocía los problemas políticos de México y, en esa medida, se planteaba sus posibles remedios. Con la percepción como su realidad, entendía que la solución “se encontraba en satisfacer el anhelo de seguridad y la satisfacción económica de los individuos y en satisfacer un deseo colectivo e innato de autoridad patriarcal, y no en la realización de una ideología o de ideales abstractos.”²⁵

Francisco Bulnes escribe que Díaz entendía la *psique* mexicana; que, a menudo, escuchó al *glorioso general* decir que en México “el problema de la paz era un problema de hambre; el problema de la justicia, una cuestión de mano de hierro; el problema de la libertad, una jaula con alpiste”. En otras palabras, producto de las andanzas, para Díaz, los problemas de la democracia y la libertad de elección eran menos importantes que la paz y la seguridad.²⁶ Conocía –según su visión- el ser de los mexicanos y sus miedos:

“los mexicanos están contentos con comer desordenadamente antojitos, levantarse tarde, ser empleados públicos con padrinos de influencia, asistir a su trabajo sin puntualidad, enfermarse con frecuencia y obtener licencias con goce de sueldo, no faltar a las corridas de toros, divertirse sin cesar, tener la decoración de las instituciones mejor que las instituciones sin decoración, casarse muy jóvenes y tener hijos a pasto, gastar más de lo que ganan y endrogarse con los usureros para hacer 'posadas' y fiestas onomásticas. Los padres de familia que tiene más hijos son los más fieles servidores del gobierno, por su miedo a la miseria; a eso es a lo que tienen miedo los mexicanos de las clases directivas: a la miseria, no a la opresión, no al servilismo, no a la tiranía; a la falta de pan, de casa y de vestido, y a la dura necesidad de no comer o sacrificar su pereza.”²⁷

En el transcurso de su carrera militar, Porfirio Díaz demostró con frecuencia su afinidad natural con el papel de caudillo, patriarca y patrón, al moldearse una reputación de generosidad, valentía y crueldad, y al desarrollar una relación personal y cercana con los oficiales y los hombres que estaban bajo sus órdenes. Según narra Paul Garner, para don Porfirio era de suma importancia

²⁴Paul Garner, op. cit., p.43.

²⁵Ibid., p.84.

²⁶Francisco Bulnes, citado en Paul Garner, op. cit., p.84.

²⁷Citado en Enrique Krauze, op. cit., p.80 y 81; Paul Garner, op. cit., p.84.

que sus hombres estuvieran satisfechos física y materialmente. Se aseguró que los salarios de las tropas se pagaran antes que el de los oficiales y buscó, encarecidamente, que su gente no se quedará sin *la preciada bebida de los dioses*, el pulque. Con todo esto, muy pronto, cultivó, efectivamente, la confianza, la lealtad y el respaldo de su milicia local, la cual buscó, en el contexto de un estado central débil, no sólo “mantener la paz” en las áreas de inestabilidad rural, sino también asegurar la dominación y ejercicio del poder.²⁸

1.1.2 El camino a la concentración y centralización del poder.

Luego de una década de lucha contra las fuerzas conservadoras, después de la guerra contra los franceses y el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo, en julio de 1867, los liberales y el presidente Benito Juárez pudieron regresar a la ciudad de México y restablecer su gobierno. A pesar de todo, la victoria fue pírrica, pues, en medio del derrame de sangre, inmediatamente después, resultaba casi imposible para los vencedores pacificar al país; mientras, tuvieron que enfrentarse con una economía estancada, con los pagos a la deuda extranjera detenidos y sin buenas relaciones con los países europeos. Los gobiernos de Juárez y Lerdo de Tejada tuvieron que hacer frente a estas nuevas cuestiones, en tanto buscaban derrotar la tortuosa amenaza de las sublevaciones. Pareció entonces que lo más natural sería reformar la Constitución y actuar en consecuencia.

Tras una convocatoria para renovar los poderes federales, el presidente Benito Juárez buscó modificaciones a la Carta Magna de 1857, para adicionar y acondicionar el marco jurídico a los nuevos requerimientos de la nación. En medio de todo, el presidente trató de convencerse acerca de la celeridad del momento. Para Juárez era perfectamente comprensible que el Congreso Constituyente de 1856 pensara en una constitución donde el Poder Legislativo predominara sobre el poder del presidente; sin embargo, ahora estaba convencido de que estas limitaciones –reflejo de la caída de un gobierno personalista como el de Antonio López de Santa Anna- eran anacrónicas, debido a que las necesidades eran otras y las circunstancias del país habían cambiado. Amén de su solicitud, el presidente Juárez tuvo que enfrentarse con muchas y peligrosas reacciones de todo tipo que, por lo demás, profundizaron el vacío que había en la lucha por la pacificación del país y la inminente institucionalización de un sistema que resultaba altamente amenazante.

²⁸Ibid., p.50 y 51.

Durante los últimos años del juarismo se atestiguaron intestinas luchas que buscaban consolidar, ciertamente, cotas de influencia que algunos líderes regionales y locales venían ostentando desde los periodos más aciagos y de mayor incertidumbre. Estas visiones localistas no buscaron un enfrentamiento directo con el poder del presidente; sin embargo, sí constituían una prueba fiel de las debilidades que el poder central manifestaba, debilidades que le permitirían al general Porfirio Díaz –de una visión francamente más amplia sostenida en las glorias militares- disputarle el poder a Benito Juárez y a Lerdo de Tejada, y que, después de 1876, precisamente, el *Héroe de Oaxaca* habrá de sortear.

En 1876 habían transcurrido 55 años de vida independiente, consumidos casi todos en guerras, en la imperiosa necesidad de echar abajo el edificio de los privilegios coloniales y colocar, al mismo tiempo, los cimientos elementales para erigir una nación: un territorio definido y seguro, un gobierno legítimo, un cuerpo constitucional y una identidad.²⁹ Era condición natural que se buscara la paz como apuntalamiento del orden y el progreso. La clave no era la libertad, como los liberales del calibre de Juárez y Lerdo pensaban, sino la paz. A don Porfirio no le habría de importar el progreso político –la libertad política, la democracia-, sino el progreso económico –el bienestar material: comunicaciones, caminos, correos, ferrocarriles, fábricas y talleres-; con eso, afirmaba Díaz, la paz estaría asegurada por sí misma y el orden no necesitaría del apoyo militar porque todos estarían interesados en conservarlo. No es casual que su periódico de combate se llamara “*El Ferrocarril*”.³⁰

La fracasada rebelión de La Noria se ha interpretado como la abrumadora ambición personal de Díaz; sin embargo, es mejor entenderla en el contexto del fracaso general del proyecto liberal de la República restaurada, la profundización del cisma faccional dentro del Partido Liberal, del creciente uso de prácticas no constitucionales por parte de Juárez, Lerdo y Díaz para conservar o conseguir el poder, y la creciente insatisfacción hacia las políticas reformistas del gobierno de Juárez, quien ya buscaba su reelección en 1871. Es entonces que, preso de las viejas glorias, don Porfirio buscó la dominación.³¹

Díaz acepta que su nombre se presente formalmente como candidato opositor de Juárez hasta 1871. A través de un manifiesto publicado en *El Mensajero*, promete respetar la Constitución de 1857, asegurando elecciones libres y la soberanía de todos los estados de la Federación, además

²⁹ Enrique Krauze, op. cit. P.27 y 28.

³⁰ Ibid., p.29 y 30.

³¹ Paul Garner, op. cit., p.65.

de combatir la corrupción y el derroche burocrático, así como, irónicamente, la intervención militar en la política. El resultado de la elección demostró que ningún candidato obtuvo la mayoría absoluta; los votos quedaron como sigue: Juárez 5 837; Díaz 3 555; Lerdo 2 874. Sin embargo, ninguna maniobra política logró evitar que, en octubre, Juárez fuera reelecto de manera oficial.

El 8 de noviembre de 1871, producto de una paradoja del momento, buscando “defender las instituciones representativas” -¡a través de la insurrección!-, Porfirio Díaz lanza el Plan de La Noria, publicado por el gobierno del estado de Oaxaca, que estaba bajo el control de su hermano Félix. El gobernador Díaz se declaró parte de la rebelión contra el gobierno de Juárez, en tanto procedían una serie de levantamientos regionales antijuáristas dirigidos por los generales Treviño (Nuevo León), Trinidad de Cadena (Zacatecas) y Manuel González (Durango), que habían ocupado la atención de las fuerzas federales en el norte, lo que permitió que don Porfirio concentrara sus fuerzas de Oaxaca y Puebla en un ataque a la ciudad de México. La capacidad defensiva del ministro de Guerra, Ignacio Mejía, así como de los generales Ignacio Alatorre y Sóstenes Rocha, logró que la campaña militar subversiva fuera un fracaso.

Es importante mencionar que la rebelión ni siquiera logró atraer la atención adecuada en Oaxaca, donde los caciques locales, Fidencio Hernández y Francisco Meixueiro, siguieron fieles a Juárez. Asimismo, destaca el hecho de que la función primaria de Díaz en la rebelión era la de símbolo de una coalición suelta, heterogénea y, sencillamente, descoordinada. Con todo, finalmente, en julio de 1872, la sublevación perdió su razón de ser cuando, repentinamente, murió el presidente Juárez, foco de la insurrección. La presidencia interina fue asumida por Lerdo de Tejada quien, una semana después, organizó elecciones y ofreció amnistía al grupo de rebeldes porfiristas. Desalentados, desorganizados y sin una justificación política para seguir la insurrección, muchos de los jefes del movimiento aceptaron los términos lerdistas. La estocada final provino de la elección casi unánime de Sebastián Lerdo de Tejada como presidente constitucional.³²

Desde muy temprano, se patentizó que el nuevo gobierno seguiría con la misma estrategia política que Juárez había mantenido desde 1867: defender la supremacía del poder civil, mantener el imperio de la ley, pero, al mismo tiempo, adecuarla a las nuevas circunstancias a través de la implementación de reformas constitucionales que mejorasen las funciones del ejecutivo aumentando la autoridad del gobierno central *vis à vis* la autoridad de los estados y la del presidente con relación al congreso. Innegablemente esta estrategia legalista y moderada

³²Ibid., p.67.

encontraría la oposición, al igual que la tuvo don Benito desde 1867, de parte de los radicales, quienes veían en Porfirio Díaz el símbolo de su causa y, desde ahora, el principal adversario de Lerdo. Pero, don Porfirio no la tendría fácil después del desastre de La Noria. La tarea era sólo una: reorganizar la coalición de oposición y lanzarse, de nueva cuenta, a la rebelión militar.³³

El nuevo gobierno empezó con calma aparente y paso firme después de la derrota de Díaz; sin embargo, muy pronto se vería alterado por diferencias provenientes de la injerencia del presidente en asuntos locales y por su enfrentamiento con el Poder Legislativo, presidido por José María Iglesias. Al igual que Juárez, Lerdo –y más tarde Díaz- estaba convencido de que la Constitución de 1857 imposibilitaba el gobierno y se convencía más de la necesidad de modificarla, a través de contrapesos, para darle poder efectivo al presidente de la República. La creación de una segunda cámara encontró oposición en el Congreso, y la elevación de Las Leyes de Reforma a rango constitucional le valió ser acusado de anticlericalismo, lo que alentó rebeliones cristeras en el norte del país. Evidente fue que, lejos de concertar alianzas y reconciliaciones capaces de generarle una base amplia social y política que le permitiera mantenerse en el poder, el presidente Lerdo cosechó desacuerdos con muchos sectores de la sociedad.

Sin que el gobierno lograra tener la situación bajo control y cometiendo una de las intervenciones a la soberanía estatal más recalcitrantes en el estado natal de Juárez y Díaz –de fuerte influencia en el derrotero de los acontecimientos dada la solidez que le conjuró a don Porfirio-, en noviembre de 1876 estalló una segunda rebelión porfirista, esta vez en Tuxtepec, Oaxaca. Con una base sólida y enarbolando, irónicamente, la bandera de la no reelección lerdistista de 1876, Díaz se subleva. Esta vez las condiciones cambiarían para siempre.³⁴

La concentración del poder se planteó en medio de una gran dificultad: la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma. Como afirmaba Andrés Molina Enríquez, “por fortuna, el señor general Porfirio Díaz era todo un político”. Desde muy temprano, don Porfirio comprendió que no era posible gobernar bajo el imperio de esos marcos jurídicos: respetando, modificando y adicionando las formas constitucionales, comenzó a concentrar en sus manos todo el poder subdividido y pulverizado en todo el aparato gubernamental. Respetó las formas, pero violó el fondo: poco a poco, logró eliminar el derecho a la libre elección, sin que se abrogara una sola ley electoral o se dejaran de llevar a cabo elecciones periódicas. Del mismo modo, abrogó toda prerrogativa del

³³Ibid.

³⁴Ibid., p.69.

Poder Legislativo y Judicial Federal y, al mismo tiempo, logró que los gobernadores llevaran a cabo las mismas prácticas en sus estados. Pero, la concentración del poder requería, por fuerza, la dominación y sometimiento efectivo de todos los elementos políticos y de acción social.³⁵

Surgiendo como una verdadera esperanza para el país, haciendo extensiva la invitación a todos los gobernadores y comandantes militares regionales, creando múltiples centros de rebelión, capitalizando, con mucho mayor cuidado, las viejas glorias y la derrota de 1871, con un ser intensamente político y muy ambicioso, respaldado por una base genuinamente popular e innumerables alianzas en todo el amplio espectro de la sociedad mexicana, con el prestigio de un *héroe nacional*, declarando la “inviolabilidad de la Constitución del 57”, luego de justificar el Plan de Tuxtepec, el 16 de noviembre de 1876, y gracias al auxilio de las tropas de Manuel González en Tecuac, Porfirio Díaz logra la victoria militar y política que ambicionaba desde 1867. Pocos días después, el día 23 de noviembre, entra en la ciudad de México y asume provisionalmente la presidencia, para después dejarla al general Juan N. Méndez. “Elegido” en elecciones donde es el único candidato, el general Díaz asume su cargo el 5 de mayo de 1877.³⁶ Sus palabras resonarían 30 años después: “...y esta será la última revolución”.

1.1.3 Las riendas del poder.

Antes que nada, don Porfirio se propuso instaurar el orden interno del país; creyó en la personificación de la autoridad, única relación admisible –según sus propias palabras- entre el gobierno y el pueblo. Valiéndose de la autocracia, con mano firme, cual árbitro de la situación, prevaleciendo las formas antes que el fondo, desplegó sus excepcionales facultades. Hasta aquí, es conveniente, por lo demás, destacar algunas estrategias de suma importancia en la práctica política porfiriana que serían vitales para la consolidación del régimen después de 1876.

Porfirio Díaz abolió la constitución de 1857. Pero la abolió de hecho; no de palabra, ni mucho menos por escrito. Protestó por *enésima* vez respetarla, defenderla, morir por ella; pero, en realidad, no le dejó *hueso sano*. Por fuera, a los ojos de cualquier espectador, la Constitución conservó sus formas, pero, por dentro, tenía corroída toda sustancia constitucional.³⁷ Desde los primeros días del régimen, a pesar de las promesas liberales de respeto irrestricto a la Carta Magna, el sistema político porfiriano estuvo basado en una administración pragmática, más que

³⁵ Andrés Molina Enríquez, “El secreto de la paz porfiriana”, *El positivismo en México*, núm. 140, México, UNAM, 2005, p.157.

³⁶ François-Xavier Guerra, op. cit., p.79.

³⁷ José López-Portillo y Rojas, op. cit., p.350.

en principios constitucionales, fruto, en mucho, del debate ideológico intenso que se desarrollaba en México cuando Díaz accede al poder.

A partir de la derrota del conservadurismo en 1867, la hegemonía del liberalismo radical se veía cada vez más amenazada por la creciente influencia del positivismo. En nuestro país se adoptaron las teorías de Henri de Saint-Simon, Augusto Comte y Herbert Spencer. Esta ideología defendía la aplicación del método científico para el análisis de las condiciones sociales, económicas y políticas, pero, también, veía en sus principios teóricos remedios a deficiencias que aseguraban el progreso material y científico. El positivismo era un desafío para el idealismo excesivo del liberalismo y su hincapié en la soberanía popular; en lugar de eso, defendía la reforma constitucional y el fortalecimiento de un gobierno central que evitara caer en anarquías y revoluciones. Es decir, en ese sentido, la tentativa de adoptar la filosofía comtiana encontraba propósito al poner fin a la “anarquía liberal”.³⁸ Por lo demás, la *ley de los tres estados* parecía venirle bien al México del transcurso del régimen porfirista; el positivismo ejercería una fuerte influencia en la camarilla patriarcal de lazos y lealtades personales y políticas del presidente Díaz, soporte del que, ciertamente, carecieron sus compañeros de lucha y predecesores.³⁹

Más que simple rima *–positivismo y porfirismo–*, el positivismo se adoptó con fines pragmáticos: antes que buscar el debate político y la competencia electoral, el general Díaz se inclinó por la administración de la política. Esto dio lugar a la máxima de Ignacio Vallarta (presidente de la Suprema Corte en el primer gobierno de Díaz) y que describe a cabalidad el carácter de la política porfirista: “*Poca política, mucha administración*”.⁴⁰ La marcada aversión del positivismo por los principios idealizados del liberalismo de tradición y la libertad política se denota en su promoción de un gobierno central fuerte que, finalmente, reflejaba la preferencia de Díaz por la autoridad y el poder. Según el positivismo, la indagación científica debía aplicarse con fines prácticos al desarrollo económico, la regeneración social y la unidad política. Por lo tanto, “orden y progreso” se ajusta perfectamente a las preocupaciones esenciales del régimen porfirista.⁴¹ Más aún, el positivismo había sido adoptado para justificar la permanencia y concentración de poder en manos de don Porfirio y, al mismo tiempo, legitimar el régimen en ciernes.

³⁸Ibid., p.382.

³⁹Paul Garner, op. cit., p.78

⁴⁰Ibid., p.105.

⁴¹Ibid., p.79.

Régimen liberal por sus principios y por la proveniencia de sus hombres, régimen de vínculos personales y clientelares por su funcionamiento. El positivismo sería uno de los rasgos esenciales del México porfirista, pero ese estilo comtiano fue, si acaso, la ideología oficial de una parte de las elites: “los científicos” –de los cuales, Manuel Romero Rubio y José Yves Limantour Marquet fueron los más influyentes-; paradoja estabilizadora que devoró a los que la habían creado.⁴²

El orden sería el elemento fundamental para alcanzar el progreso. Para que el país se enfilara hacia el progreso material no había más camino –en palabras del propio presidente Díaz- que atender “*las muelles, no las leyes*”; despreciando notoriamente el análisis intelectual, su preferencia fue siempre la acción política y no el debate ideológico. No hubo principio constitucional que Díaz no burlara, no hubo poder alguno que dejara en pie, no hubo estado al que permitiera ser soberano. Reconcentrados en su persona todos los departamentos del gobierno y resumidas en sí mismo todas las facultades, los tres Poderes se volvieron uno solo, el de Díaz; toda la Constitución fue reducida a una sola norma: su voluntad.⁴³ Mientras prometía respetar las instituciones progresistas que Juárez y Lerdo habían establecido, instauró un sistema propio, en el que su propia persona es la figura central y dominante. Sin embargo, a penas en 1876, restaba mucho camino por andar.

El primero de abril de 1877, desde el Congreso, y luego de haber derrotado a Lerdo e Iglesias, Porfirio Díaz sentenciaba:

*“cansado el país de los abusos del gobierno anterior, buscó en la insurrección, suprema razón de los pueblos ultrajados, el remedio de males; y espera tranquilo gozar de los bienes que de la revolución (de Tuxtepec) le ha prometido [...] Restablecer por completo el imperio de la Constitución, afirmar la paz, proteger bajo su benéfico influjo todos los intereses legítimos, para desarrollar los grandes elementos de riqueza del país...”*⁴⁴

El alegato político de Díaz durante la revuelta tuxtepecana fue el restablecimiento de la Constitución; sus objetivos primordiales habían quedado manifiestos: imponer la paz y promover, lo que llamó, los “intereses legítimos”. Por tanto, y es que de hecho fueron los que prevalecieron, cuidar la paz, el orden y el progreso económico fueron los más altos intereses de la nación. Para Díaz, los gobiernos anteriores habían disimulado conducirse de acuerdo con los principios plasmados en la Constitución; en tanto, el porfirismo ofrecía un gobierno fuerte capaz de imponer el orden y alcanzar la estabilidad; todo al servicio de la tranquilidad del país.

⁴²François-Xavier Guerra, op. cit., p.376.

⁴³José López-Portillo y Rojas, op. cit., p.350.

⁴⁴Citado en Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana: la formación del nuevo régimen*, México, Ediciones Era, 2003, decimotercera reimpresión, p.39.

En *La Constitución y la dictadura*, Emilio Rabasa ve en la dictadura porfirista una *utilidad* y, de ésta, la señal más contundente de la imposibilidad del gobierno con la Constitución del 57. Para Rabasa, la dictadura de don Porfirio satisfizo “las necesidades del desenvolvimiento nacional, que la Constitución era incapaz de impulsar ni de proteger; la dictadura sirvió para [...] crear el trabajo olvidado y la riqueza desconocida”; así, sorteando la inactividad y la anarquía, la única alternativa del presidente fue poner diques al Legislativo y, a través de su corrupción y prácticas anticonstitucionales, forjar un gobierno efectivo.⁴⁵

Sin embargo, después de la rebelión de Tuxtepec, el gobierno de Porfirio Díaz todavía estaba lejos de ser “fuerte” y de desarrollarse sin contratiempos. Seguía amenazado por la persistencia de los conflictos internos y por las hostilidades internacionales. Bajo el análisis de Paul Garner, para el año de 1876 el país seguía careciendo de las necesidades básicas para lograr la estabilidad política: fronteras claramente definidas y seguras, relaciones estables con los países vecinos, había poca evidencia de un sentido coherente de identidad nacional, de integración social o económica, o de un profundo desarrollo social, material o político. La inestabilidad financiera seguía siendo un severo problema para el crecimiento y desarrollo económico. El país adolecía de un gobierno legítimo, de instituciones estables y en deuda estaba aún la construcción del Estado.

Los cimientos sobre los que se erguía el proyecto liberal seguían siendo inestables; la secularización de la sociedad civil, el establecimiento de instituciones representativas de participación política libre y el fortalecimiento del “mercado libre” no habían logrado *curar los males de la nación*. Previamente a que se pudieran lograr estos objetivos, era necesario, establecer, antes que nada, un periodo de paz interna. Al margen de una amistad –si quiera simulada- con todos los estratos de la sociedad, ésta fue la tarea principal del primer gobierno del general Díaz: establecer la *pax*. Para ello, se valió, desde que sentara sus cimientos en 1876, de la fuerza, la represión, la coerción, la intimidación y el asesinato de sus oponentes políticos. Pero, al mismo tiempo, se complementaba con mediación, manipulación y conciliación: pragmatismo distintivo del régimen. Asimismo, el patronazgo fortaleció, a través de lazos de lealtad personal, las vías para la consecución de dicha empresa: el mantenimiento de un delicado equilibrio entre el poder central y las autoridades estatales.⁴⁶

⁴⁵Emilio Rabasa, *La Constitución y la dictadura*, [en línea], 194pp. (p.180-182), México, Comité de Asuntos Editoriales de la LVII Legislatura, Cámara de Diputados, 1999, Dirección URL: http://www.diputados.gob.mx/cedia/biblio/virtual/dip/rabasa/Rabasa_Const.pdf, [consulta: 24 de mayo de 2013].

⁴⁶Paul Garner, op. cit., p.76 y 77.

Según Enrique Krauze, para instaurar el reino del orden y la paz, mientras disimulaba-simulaba la ley y se adaptaba el gobierno a las debilidades de su pueblo, Porfirio Díaz dominó simultáneamente doce riendas. Como un religioso del mando, desde su primer gobierno hasta su segunda reelección, entre 1876 y 1888, se volvería evidente que sus adhesiones políticas estaban basadas en un fuerte pragmatismo. De ese modo, buscado las bases de la dominación, adaptando los principios ideológicos de la Constitución a las necesidades de la administración, intentando mantener siempre el orden y la paz, con doce riendas, se mantuvo en la silla presidencial;⁴⁷ a saber:

- 1) *Represión o pacificación.*
- 2) *Divide y vencerás con los amigos.*
- 3) *Control y flexibilidad con los gabinetes y los gobernadores.*
- 4) *Sufragio inefectivo, sí reelección.*
- 5) *Domesticación del Poder Legislativo.*
- 6) *Domesticación del Poder Judicial.*
- 7) *“Pan y palo” con el ejército.*
- 8) *Política de conciliación con la Iglesia.*
- 9) *Gallardía en la política exterior.*
- 10) *Acoso a la prensa.*
- 11) *Doma de intelectuales.*
- 12) *Culto a la personalidad.*

Durante las tres décadas de su gobierno, Porfirio Díaz nada había dicho, nada había proclamado. Entendía que no debía dar cuentas, explicaciones o aclaraciones de lo que hacía, sino que, con vigor aparente de la Constitución y evitando el escándalo, debía ponerlo en obra. Fue hasta los albores de su ocaso, durante la memorable entrevista crepuscular con el periodista norteamericano James Creelman, en 1908, que don Porfirio habló. En esa ocasión sentenció: “Fuimos muy duros, algunas veces hasta llegar a la crueldad [...] fue mejor derramar un poco de sangre para salvar mucha”. En 1879, en el contexto de la llamada “masacre de Veracruz”, en San Juan de Ulúa, Porfirio Díaz tuvo la sangre fría para escribir lacónico al gobernador de Veracruz, Luis Mier y Terán, que había apresado a unos supuestos sublevados lerdistas, a mansalva y sin una investigación o juicio: “Mátalos en caliente”⁴⁸. Esta política sumaria no reconocería límites: “infraganti matará a los comprometidos y diezmará a la guarnición”.⁴⁹ Como pieza clave de la pacificación, Díaz consolidó un cuerpo armado instituido en el tiempo de Juárez: los Rurales. Comenzaba la época del dominio absoluto derivado de la astucia política intensamente personalista.

⁴⁷ Enrique Krauze, op. cit., p.32 y 53.

⁴⁸ José López-Portillo y Rojas, op. cit., p.175.

⁴⁹ José C. Valadés, *Breve historia del Porfirismo*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1971, p.26.

Siempre que había una rebelión, sin importar cual fuese la petición de justicia, don Porfirio sentenciaba su aprehensión y su severo castigo “para poner el ejemplo”. En el contexto de la inestabilidad política que se vivía en 1876, con mano dura, las prácticas autoritarias eran un componente clave del arsenal estratégico de Díaz. A la luz de las pertinaces protestas y rumores de asonadas regionales, la fuerza se usó con mayor frecuencia para el logro de la paz.⁵⁰

En otra ocasión, don Porfirio recordaba: “en política no tengo ni amores ni odios”. Fue verdad. Don Porfirio tejió, sin pasiones, toda clase de relaciones con lógicas políticas y económicas: perdonó al jefe juchiteco que dio tormento y muerte a su hermano Félix, *el Chato*, rebanándole la planta de los pies, castrándolo y asesinándolo después. Al grupo de los “tuxtepecanos netos” que lo secundaron en 1876, fue muy cuidadoso en pagarles, aunque lo hizo con ingratitud: los incluyó en su primer gabinete, pero con el tiempo los removió. Uno de los ejemplos más ilustrativos de sus alianzas personales –que más tarde daría lugar a una relación de más largo plazo- es el caso del general Manuel González, quien con el tiempo se convirtió en su fiel aliado y compadre más íntimo. Cuando llegó el tiempo de la sucesión presidencial, en 1880, Porfirio *destapó* al *Manco* González. El propósito era poner a González para que éste lo pusiera después a él. Sin miramientos, sacrificó políticamente a sus compañeros tuxtepecanos de lucha y, más tarde, también a su compadre. Mientras ocupa la gubernatura de Oaxaca, acusa de peculado al hombre que le había servido como militar desde la invasión francesa y como pieza clave en la toma de Puebla. Manuel González murió en 1895 con el consuelo de, al menos, como dice Enrique Krauze, el epitafio perfecto: “*tuvo un brazo nomás, pero de hierro; y una mano nomás, pero de amigo*”.⁵¹

Como muestra de un patronazgo que busca recompensar la lealtad política, en 1876 el gabinete porfirista se integraba, casi en su totalidad, por los alzados tuxtepecanos. En 1884, durante la primera reelección, el gabinete se abrió a una propuesta más variada: hay juaristas, lerdistas, positivistas y hasta viejos imperialistas. El criterio favorito de Porfirio no era el *amiguismo*, sino la eficacia y el equilibrio. Asimismo, con los gobernadores tenía comunicación estrechísima al grado de intervenir directamente en las decisiones políticas y económicas de los estados. Paternalmente, don Porfirio intervenía en cientos de asuntos, desplegaba un estricto control y concentraba, ciertamente a través de todo su aparato político, el poder. Más aún, la Carta Magna del 57 permitía la reelección indefinida. En abril de 1877, Porfirio elevó a rango constitucional el lema de sus levantamientos: *no reelección... inmediata*. En 1880 *destapó* a González, su compadre. En 1884

⁵⁰Paul Garner, op. cit., p.94.

⁵¹Enrique Krauze, op. cit., p.37.

Porfirio es el tapado de sí mismo y cuatro años más tarde, Porfirio se reelige modificando la Constitución, que ya permite la reelección por un solo periodo. En 1890 se admite la reelección indefinida y, por fin, en 1892 se vuelve al texto original de 1857 –“*hasta que Dios quiera*”, satirizaba *El Hijo del Ahuizote* en aquel año.⁵²

Su principal interés fue siempre mantener la paz –*cueste lo que cueste*, diría-, esto implicaba que el resultado de las elecciones era muy importante como para dejarlo a la suerte, por lo tanto, se volvió evidente la marcada manipulación electoral.⁵³

A diferencia de sus predecesores liberales, Porfirio Díaz era una persona impaciente y odiaba la deliberación; su política era ampliamente personalista. En franca oposición a la separación de poderes -instituida con la restauración de la República-, corrompió al Poder Legislativo y lo convirtió en una pieza a su servicio personal. Prolongadamente, todos los candidatos, en lugar de ser elegidos, serían nombrados y supervisados por el propio Díaz. A la larga, cultivando deferencias, después de 20 años, el Congreso parecía más un club de amigos del presidente, donde lo único que se discutía eran las corridas de toros. Nunca se contradijo una iniciativa presidencial ni prospero alguna que no contara con la venía del *Gran Elector*. Porfirio Díaz tampoco permitió la independencia del Poder Judicial. El *viejo dictador* nombraba a los magistrados de la corte. El patronazgo se usaba ampliamente para la selección de los cargos no electos dentro del sistema porfirista.⁵⁴ Con todo esto, resulta fácil advertir la prosperidad que vivieron prácticas como el tráfico de influencias, las sesiones secretas, la incompetencia y el servilismo. El contacto personal fue el medio preferido de Díaz para comunicarse con sus leales. Fraternalista o paternalista, Porfirio Díaz siempre buscó la convención social, con tacto y cortesía, hacía un despliegue de habilidades interpersonales; pragmáticamente, seducía, satisfacía y conciliaba todos los intereses.⁵⁵

Precisamente, es en el plano de la política electoral donde destacan, con mayor claridad, las contradicciones entre la cultura democrática liberal y el personalismo piramidal caudillista del régimen. El gobierno central siempre estuvo comprometido con la realización de elecciones regulares, conforme la pauta marcada en la Carta Magna de 1857. Sin embargo, preocupado por el control, en este caso la suerte no está permitida -y sentenciaba, no sin un toque de ironía: “los

⁵²Ibid., p.43 y 55.

⁵³Paul Garner, op. cit., 79.

⁵⁴Ibid., p.86.

⁵⁵Ibid., p.80 y 81.

candidatos deberían ser más o menos amigos míos”-: se vigila de cerca la nominación y selección de candidatos. Esto aplica a las elecciones para gobernadores, diputados federales y senadores, así como para diputados en las legislaturas locales y magistrados en el ámbito estatal y nacional. Con todo, parece ser que, una vez nominados, el proceso electoral era una mera formalidad.

Después de su primera reelección, en 1884, el general Díaz modificó paulatinamente los usos políticos que venía desarrollando desde sus campañas militares en la década de 1850. La lealtad de Díaz a su camarilla tuxtepecana se transformó; en adelante, sus viejos partidarios debían competir entre sí -asegurando que cada uno reconociera la autoridad del presidente como árbitro-; mientras, afirmaba la subordinación progresiva de todos los actores políticos ante su autoridad patriarcal de presidente. El objetivo de Díaz fue establecerse como mediador o árbitro entre las facciones o camarillas rivales. Para garantizar que la estrategia tuviera el éxito deseado, el patronazgo se extendió para supervisar y controlar el nombramiento de los puestos electos y no electos en todos los niveles.⁵⁶ El oportunismo (*carpetbagging*) ilustra esta característica de la política electoral porfirista, pues, a menudo, los candidatos eran “electos” para representar territorios que nunca en su vida habían visitado; es decir, más allá de la manipulación selectiva misma, representaban áreas en las que no tenían una base política independiente –condición, por lo demás, indispensable para el ejercicio del verdadero poder e influencia- y donde, como consecuencia, no eran más que nombrados e impuestos con base en el patronazgo.⁵⁷

Durante su primera reelección, en 1884, Díaz suprimió los mandos castrenses, dividió al país en 12 zonas militares y creó más de 30 jefaturas de armas. En tanto, los caciques y los caudillos regionales fueron relegados a las sombras. Al mismo tiempo, producto de estas medidas, hizo sentir en todas las regiones el peso del poder central. Enviaba a sus generales a las regiones a desplegar su poderío armamentístico y neutralizar, con base en un férreo control militar, sus ambiciones subversivas; cuando no podía aniquilarlos, los atraía con pan –concesiones y prebendas- o les daba palo: amenazas, vergüenza, exilio.⁵⁸

El equilibrio de poder entre el gobierno central y los estados de la federación fue una de las fuentes de conflicto político más importante en el siglo XIX y, todavía, en el primer tercio del siglo XX en México. Porfirio Díaz mantenía múltiples relaciones personales y políticas con cada uno de los poderes locales de acuerdo a la situación particular prevaleciente en cada región; estas

⁵⁶Paul Garner, op. cit., p. 105-107.

⁵⁷Ibid., p.109.

⁵⁸Enrique Krauze, op. cit., p.45.

estrategias buscaban la implementación de la autoridad central, identificada, con frecuencia, como un proceso constante y forzado de centralización política. Dichas relaciones discrecionales son decisivas para entender la naturaleza cambiante de la mecánica política porfirista.⁵⁹ Más aún, paradójicamente, estas relaciones entre don Porfirio y los poderes locales y regionales fortalecieron sus posiciones en la medida que truncaban, al menos hasta que el régimen pudo vivir sus mejores años, reconocimiento, lealtad y sometimiento a cambio de autonomía e independencia. Naturalmente, al margen de un poder central en construcción, este “*pacto*” centro-periferia generaría y fortalecería muchos cacicazgos locales.

Al comienzo de la administración, durante la etapa tuxtepecana, el régimen porfirista experimentó una relativa debilidad -dado su indeterminado resguardo de la descentralización liberal pura- que, consecuentemente, dotó de cierta autonomía a los poderes locales. Bajo estas condiciones, el general Díaz tuvo que tener más tacto y negociar para mantener su precaria autoridad política en las regiones. Sin embargo, después de la primera reelección en 1884, cuando se fueron *agarrando* las riendas y los tentáculos del gobierno central no cesaban de expandirse, en medio de un proceso innegable de consolidación del poder ejecutivo, cobijado por una clásica mezcla porfirista de conciliación, negociación y despliegue de tropas militares, la independencia de los poderes regionales fue reducida de manera gradual, pero progresiva.⁶⁰

Don Porfirio era un masón de grado 33 y, en su momento, había sido un famoso *comecuras*. Pero, en muy poco tiempo, las circunstancias habían cambiado. A diferencia de Juárez y Lerdo, Díaz buscaba ponerle fin a la discordia religiosa: al finalizar el primer periodo presidencial, don Porfirio -viudo de 50 años- conoció a Eulogio Guillow⁶¹ -un joven sacerdote poblano hijo de hacendados y educado en Inglaterra-, la amistad floreció entre ambos. Buscando el armisticio entre la Iglesia y el Estado, el presidente Díaz suspende la aplicación de las Leyes de Reforma, a cambio recibe la bendición de Guillow -primer arzobispo de Oaxaca- para su matrimonio con la joven hija del lerdista Manuel Romero Rubio, Carmelita Romero Rubio -soltera de 17 años, de quien don Porfirio aprendió a no escupir en los tapetes, usar mondadientes, recortarse el bigote y, como por ósmosis, blanquearse.⁶²

⁵⁹Paul Garner, *op. cit.*, p.90-92.

⁶⁰Ibid.

⁶¹José C. Valadés, *op. cit.*, p.47.

⁶²Enrique Krauze, *op. cit.*, p.52.

Los mejores tiempos llegaron y, durante la época porfiriana, el clero mexicano amasó gran fuerza. Pero Díaz no concedía sin recibir: a cambio, los obispos secundaron la “obra pacificadora de Díaz”,⁶³ ordenando a todos los files que respetaran y obedecieran a las autoridades civiles. Fiel a sus convicciones, más aún, aquí buscó dividir para vencer, siempre tratando de no dejar cabos sueltos. Su matrimonio con Carmelita Romero Rubio se ha interpretado como un intento de conciliación entre la Iglesia y el anticlericalismo liberal, así como la unificación de lerdistas y porfiristas.⁶⁴

Pertinaz en el hermosamiento de su figura personal y con la *Ley Mordaza* como antecedente inmediato, Porfirio Díaz acosó y trató de alcanzar el sometimiento y dominio de la imprenta, último reducto de liberalismo original y clásico. Cuando había quienes se atrevieran a disentir del *dictador*, tirando de la rienda -sin reventarla-, don Porfirio acallaba estas voces mediante la censura, la supresión, las clausuras y recluyéndolas en los rincones más fríos y más oscuros de una prisión. Adormecidos en los sueños de bienestar material, libertad política y democracia parecían, ciertamente, una patraña. A los intelectuales los incorporó, según se le oía decir, con *máiz*. Ahogando varias plumas críticas, arrojaba curules para acallar a los pensadores, les daba puestos; había que domarlos teniéndolos siempre “colgados de las tripas”.⁶⁵

El poder se personifica, no se institucionaliza. Giraba en torno a un personaje. En todos los niveles, la práctica porfirista hacía hincapié en la negociación, la conciliación y los arreglos. El pragmatismo porfirista estaba basado en un sistema personalista que se alimentó de patronazgo y se mantuvo bajo un amplio espectro de estrategias que iban desde la adulación, la duplicidad, la lealtad, el patriotismo, hasta el uso de amenazas, intimidación y sometimientos. Esta estrategia exigía, por lo demás, un flujo constante de información desde su amplia red de informadores y comisionados militares y civiles. Al más puro estilo de un negociador, un árbitro o un mediador, evitando la “sorpresa”, Díaz buscaba enterarse de todos los acontecimientos, haberes y puntos de vista conflictivos de los interesados en cualquier altercado. Este conocimiento era mucho más útil al momento de evitar rebeliones que el mero despliegue militar.⁶⁶

Como lubricantes del engranaje del mecanismo político, todas estas relaciones personalistas y de patronazgo no se formaron de la noche a la mañana; se iniciaron, articularon y consolidaron a

⁶³Paul Garner, op. cit., p.106.

⁶⁴José C. Valadés, op. cit., p.44.

⁶⁵Enrique Krauze, op. cit., p.51.

⁶⁶Paul Garner, op. cit., p.80.

través de las tres décadas de su mandato. Días fue cuidadoso. El mantenimiento de una red personalista requería no sólo de la *comprensión microscópica* de la sociedad mexicana y de su manipulación con fines políticos, sino también de la distribución de recompensas tangibles. Como un padre, y a través de todo el espectro social, don Porfirio siempre se encargó de aplicar sus poderes de patronazgo hasta el último momento del régimen.⁶⁷

El secreto del poder de don Porfirio radicaba precisamente en su “paternalismo de política integral”, donde, en su persona, encarnó todos los atributos de un juez o un árbitro y, al mismo tiempo, un verdugo que detenta la autoridad necesaria para la organización coercitiva, de cooperación obligatoria e integral. La forma en esa política fue la personalidad del general Díaz, pero el fondo está en la concentración del poder.⁶⁸ Es en todo esto donde radica la complejidad del régimen: la tradición liberal y el positivismo -orientados pragmáticamente- constituyen la justificación para la consolidación de una autoridad personal incuestionable y de un sistema intensamente personalista de poder tradicional y comúnmente ostentado como necesario para la consolidación de la estabilidad del país. En otras palabras, don Porfirio, patriarca y árbitro de la nación, funge como un puente necesario entre las estructuras tradicionales de dominación en el país y las instituciones de la República:

“el sistema político de Díaz rebela a la perfección la 'ficción democrática' con la tranquila seguridad de un régimen aceptado que, sin cesar, viola los principios que invoca [...] la autoridad de Porfirio Díaz [...] se apoyaba sobre una importante pirámide de clientelas típicas de la sociedad antigua, en la que el jefe del Estado actúa como la unión o articulación entre las dos sociedades antagónicas [...] para asegurar la paz tanto tiempo comprometida...”⁶⁹

Al buscar mantener la paz, los principios centrales del liberalismo decimonónico, incluyendo el sagrado principio de la no reelección, quedaron cada vez más desplazados e ignorados, aunque nunca abandonados por completo. Careciendo de una doctrina coherente –que no fuera la subordinación a la voluntad incuestionable y necesaria del presidente–, en lugar de mantener el equilibrio entre la ley constitucional y el personalismo autoritario, como resultado la administración del general Díaz, después de su primera reelección, se comprometió, cada vez más, a fin de conservar la paz, con un personalismo patriarcal y autoritario. Por lo demás, legitimado a través de dos enmiendas a la Constitución del 57 –soporte legal en 1887 y 1890–, permitió las siete reelecciones del general oaxaqueño. La combinación de la reelección permanente de los

⁶⁷Ibid., p.86.

⁶⁸Andrés Molina Enríquez, op. cit., p.155.

⁶⁹François Chevalier, “Prefacio”, François-Xavier Guerra, op. cit., p.11 y 12.

candidatos cada vez más envejecidos y la concentración de poder en manos del ejecutivo, generó que el régimen llegara a parecerse más a una *gerontocracia* que a un gobierno representativo y democráticamente electo.⁷⁰

Dada la debilidad del gobierno central, Díaz le dedicaba mucha atención a los gobernadores estatales, donde la incidencia de la reelección es reveladora. Después de la reforma constitucional de 1892, Joaquín Obregón González fue gobernador de Guanajuato durante 17 años, Abraham Bandala fue gobernador de Tabasco por 15 años, Teodoro Dehesa lo hizo en Veracruz durante 18 años, Mauricio Martínez fue gobernador de Puebla por 17 años y Francisco Cañedo hizo lo propio en Sinaloa por 17 años; sólo la muerte, la revocación antirreeleccionistas o la misma Revolución les arrancaría el cargo de las manos y el poder a través del cual aseguraban el control en los estados. Revelador es también que, sin lugar a dudas, esta reinstalación permanente del cargo político representaba peligros potenciales para el régimen. A medida que la autoridad personal de Díaz se hacía más indiscutible, al eliminar el factor “ficción” de la competencia electoral, el régimen debía preocuparse cada vez más por generar pruebas tangibles y legítimas de aprobación popular alternativas –como la publicación de periódicos y folletos de candidatos específicos, plebiscito o referéndum, manifiestos, planes de acción y el apoyo a candidatos de parte de intereses comerciales privados- para un ritual político de elecciones sin competencia, que cada vez tenía menos sentido y de cuyo resultado no había la mínima duda.

Con esto, se vuelve posible sostener que la reelección sucesiva e indefinida para el cargo político jugó un doble papel: por un lado, a nivel estatal, y cuando la selección provenía de la base de poder personal que ostentaba un líder regional, al principio, Díaz se vio comprometido a dar a los gobernadores estatales la libertad que les permitiera mantener tanto su cacicazgo como la autoridad del gobierno central en las regiones; por otro lado, a nivel nacional, y en lo que concierne al fortalecimiento del Poder Ejecutivo, la independencia de los caciques regionales fue un claro obstáculo para el establecimiento de la autoridad presidencial, de modo que, muy pronto, la destrucción de los cacicazgos fue una prioridad del régimen en la búsqueda del proceso de consolidación y centralización del poder.⁷¹

El camino fue lento, pero progresivo. Como uno de los pilares más importantes que sostenían el régimen, en el plano práctico, los caciques regionales, los jefes militares y los gobernadores

⁷⁰Paul Garner, op. cit., p.103.

⁷¹Ibid., p.111 y 112.

estatales tuvieron toda clase de jugosas recompensas –precisamente, gubernaturas, concesiones ferroviarias, ampliación de propiedades territoriales, etcétera- a cambio de su apoyo al gobierno, con lo cual podían controlar todas las actividades económicas, políticas y sociales de la región, convirtiéndose éstas en pequeños feudos casi autónomos, en los cuales hicieron que su voluntad se obedeciera ciegamente. El propósito era eliminar y reducir cualquier brote de insurrección y evitar así posibles rebeliones dentro del grupo en el poder. Quien se oponía a la voluntad de don Porfirio era, simplemente, *eliminado* del plano directivo. Sin embargo, mientras gozaban de un poder ilimitado, Díaz comenzó a crear diques para poder controlarlos. Acudió a una de sus prácticas más socorridas: los enfrentó entre ellos mismo. El cohecho fue el medio a través de cual logró cohesionar y pacificar a la élite militar, a los caciques regionales y al aparato burocrático. La paz y la estabilidad estaban sustentadas en la lealtad hacia don Porfirio.⁷²

Con la afirmación de la autoridad personal sobre las instituciones que regían la conducta de la vida política, menospreciando la ley y desafiando un entramado cúmulo de cuestionamientos, protestas, enfrentamientos, desafíos, críticas y resistencias –características inherentes del porfiriato-, Díaz integró y acrecentó gradualmente el poder, haciendo al régimen cada vez más centralizado y autoritario; lo que no significó, a propósito, que se haya tratado de una paz política inalterable. Hubo un gran número de conflictos serios, sin embargo, es notable el logro del régimen al mantener la autoridad central y el alto grado de estabilidad política alcanzado entre 1884 y 1906.⁷³

El impacto colectivo de las diversas estrategias y manipulaciones adoptadas por Díaz produjo dos décadas de paz política efectiva sin precedentes. Esto siempre fue la razón de ser del régimen, pero en sus últimos años se intensificó y, ciertamente, no fue un logro insignificante, sobre todo en comparación con el número de protestas, conflictos y asonadas que se producían por todos los rincones del país.

Como parte del proceso de consolidación política, el régimen que se desarrollaba corría al parejo con muchos desafíos graves. Primero, don Porfirio se enfrentaba con los poderes regionales que trataban de resistir la autoridad central; segundo, con aquéllos que se oponían a la eliminación de todas las restricciones para la reelección permanente; tercero, con las comunidades indígenas que se oponían de manera sistemática a la intromisión del Estado en sus formas de vida y autonomía, y

⁷²Sergio Hernández Díaz y Marco Antonio Jacobo Gutiérrez, "Calles y la institucionalización del poder político", *El proyecto histórico del PNR*, México, Partido Revolucionario Institucional/IEPES, 1990, p.24.

⁷³Paul Garner, op. cit., p.105 y 110.

al proceso porfirista de modernización económica, producto, en mucho, de rebeliones tradicionales de campesinos –como las de Yucatán y Sonora- contra abusos de las autoridades locales, hacendados o caciques. La habilidad para mantener el equilibrio entre estas contradicciones fue, en su momento, la clave del éxito y, más tarde, del inminente fracaso de la administración.

El 16 de septiembre de 1897, mientras el presidente caminaba en la Alameda, Arnulfo Arroyo intentó matarlo golpeándolo en la cabeza. La policía aprehendió, torturó y asesinó al agresor. Don Porfirio se puso de pie, se colocó su sombrero, se limpió las ropas y siguió su camino sin detenerse un sólo instante a reflexionar lo sucedido. Producto del contexto, no fue capaz de leer en ese atentado un signo de los tiempos que estaban por venir. Más aún, hasta antes de 1906, la disidencia política y el descontento popular siguieron contenidos; sin embargo, sin lograr su eliminación absoluta, durante la última década del régimen, expusieron la fragilidad de la base en la que reposaba el control político, hasta lograr la inaplazable destrucción de Díaz. Un silogismo⁷⁴ simple revela la naturaleza personalista del régimen:

® *El progreso y la paz dependen de Porfirio Díaz.*

® *Porfirio Díaz es mortal.*

Δ *El progreso y la paz morirán con él.*

Este razonamiento deductivo también sirvió como justificación para la *necesidad* de las siete reelecciones del general oaxaqueño; de ser falso el silogismo, no habría razón para la reelección. Que la estabilidad del régimen encontrara cabida en la figura personalista de Díaz fácilmente anunciaba que, con la desaparición del *dictador*, vendría la debacle de un sistema -instaurado en su figura de poder personal-, del orden, del progreso, de la paz, del crecimiento. Este razonamiento, con la naturaleza de sus matices, resultó ser más engañoso de lo que aparenta.

⁷⁴Enrique Krauze, op. cit., p.93.

1.2 El fin de la estabilidad: el fenómeno impulsivo.

Parte de los objetivos de este trabajo son definir la relación del antiguo régimen porfirista con la Revolución y posrevolución, a través de su intrínseca mezcla de *destrucción-conservación-construcción*, y explicar la mecánica del orden porfirista a través de la unidad y estabilidad que le confirió al sistema político. Sobre todo, en lo que concierne a este primer apartado, tratamos de señalar el momento en que el viejo orden porfirista y la Revolución chocan para dar origen a nuevas formas de negociación y operación política venidas desde las regiones; proceso que enfrentó don Porfirio luego del triunfo del movimiento tuxtepecano y que se repetiría con el movimiento armado de 1910.

La conceptualización historiográfica revolucionaria ha acentuado la suerte del régimen después de 1908 en sus fallas y debilidades, olvidando, ciertamente, sus logros. Producto de la gran cantidad de estudios sobre las condiciones que dieron origen al movimiento maderista de 1910, comúnmente las atenciones se centran en las insuficiencias que, por esmerar los anhelos sólo en la parte del crecimiento –los números, la parte cuantitativa-, hubo del desarrollo -de la parte, palpablemente, cualitativa. Para nosotros, en el último de los casos, las acciones promovidas por Díaz no son sino una respuesta de su tiempo a problemas propios –heredados, si se quiere- de su tiempo. En esos años, el régimen luchaba por descubrir una respuesta adecuada a los problemas políticos causados por la reelección permanente y los problemas socioeconómicos creados por la rápida transformación de la economía mexicana después de la década de 1890; producto, efectivamente, de su inclinación por el liberalismo y el positivismo pragmático, por su obligada – como lo entendía don Porfirio- tendencia a supeditar la libertad y la democracia al progreso material, el cual exigía el establecimiento de una hegemonía política.

Pero no hay para que insistir en ello. Establecidas las circunstancias políticas, el acercamiento a las condiciones económicas, como prolegómeno de la impulsiva irrupción revolucionaria, es, de grado o por fuerza, atractivo al calor de las contradicciones creadas por el crecimiento –sin desarrollo-, la distribución inequitativa de la riqueza, de los recursos económicos y de los beneficios sociales, además de que no pudo ampliar el alcance de la participación política y de la legitimidad democrática. Sin dad, una etapa estaba por cerrarse.

1.2.1 Condiciones económicas: los vientos de la guerra.

Es innegable que, durante el porfiriato, México experimentó una transformación económica sin precedentes, aumentó en gran escala su comercio nacional e internacional, recuperó la confianza, atrajo la inversión extranjera y se embarcó en la construcción de ferrocarriles y obras públicas que transformaron la infraestructura económica y social de una gran parte (pero no de todo) el país. En la política, su mayor contribución fue la formación del Estado y, económicamente, el comienzo de una nueva economía nacional. Las ilusiones de progreso echaron raíces en los individuos y en el Estado. Los recursos agrícolas entraron en movimiento. La moneda mexicana ascendió entre las extranjeras. Las exportaciones compitieron con las importaciones. El crédito quedó fundado. Los bancos abrieron cauces insospechados. Las teorías económicas pretendieron concertar lo futuro del país a la inversión de capitales extranjeros. En fin, se avanzó en hacer un solo mercado de los muchos regionales que existían. A la distancia, se ve libre el camino, sin embargo, esto no fue así.

A mediados de 1883, en aras de la primera reelección de don Porfirio, el secretario de Hacienda, Matías Romero, advirtió que la nación estaba empobrecida. La medida tomada por el gobierno fue abrir las puertas al inversionismo; fue entonces que la situación mejoró. Sin embargo, depender de las economías extranjeras conlleva siempre un peligro: las crisis económicas de los capitales extranjeros agobiaron a la República. En Francia y Estados Unidos se desató una epidemia de quiebras y suspensiones de pagos. En México, el capital mayor era de origen estadounidense y se utilizó principalmente para los ferrocarriles; ahora, también Francia se preocupó por acrecentar sus intereses en nuestro país. Su desplome era altamente amenazante.⁷⁵

El régimen que heredó Díaz en 1876 estaba sumido en severos problemas económicos: la industria textil reflejaba una severa condición de pobreza. La industria minera, dependiente casi en su totalidad del capital extranjero, vivía también en dificultades económicas. Asimismo, la condición de la agricultura era deprimente. Sin refacciones para el campo y sin créditos, no era más venturoso el comercio que la agricultura, puesto que el mercado estaba dominado por extranjeros, reduciendo a la pobreza al pequeño comercio lugareño.⁷⁶ Se calculó que, después del *boom* económico a finales del periodo colonia, México experimentó una caída en el producto

⁷⁵ José C. Valadés, *Breve historia del Porfiriato*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1971, p.17.

⁷⁶ *Ibid.*, p.20.

interno bruto *per capita* de más del 30 por ciento entre 1800 y 1860,⁷⁷ incrementado el impacto por el indiscutible ambiente institucional deficiente para cualquier actividad empresarial.

A partir de que la lucha por la independencia terminó, México se embarcó en la búsqueda del capital extranjero y en aumentar sus exportaciones, pero la latente amenaza a su endeble soberanía significó un duro problema para sus dos objetivos primordiales. Las guerras intestinas, las invasiones extranjeras, los altibajos de la industria minera, la imposición de alcabalas al flujo del comercio interregional y la falta de infraestructura y mercados contribuyeron a limitar su expansión.

Durante la primera administración de Díaz (1876-1880), sólo hubo un par de indicadores de la transformación que estaba por venir. Fue durante la presidencia del *Manco* González (1880-1884) que se volvió más clara la línea económica que habría de seguirse, con el rápido incremento del comercio y de la inversión de Estados Unidos. Después de 1884, cuando don Porfirio retomó el poder de la nación, las obsesiones comenzaron a patentizarse en las redes que se tejieron con los inversionistas internacionales. La evolución de la revolución industrial en Europa y Norteamérica demandó materias primas provenientes de América Latina, el régimen porfirista coincidió históricamente con esa expansión en el comercio mundial; mientras se exportaban materias primas, se importaba capital y tecnología extranjeras.

Como consecuencia de la expansión del comercio mundial, de la creciente confianza internacional en México y del profundo compromiso adquirido por Díaz con el progreso material, la economía nacional sufrió una gran evolución. Se registraron mejoras formidables en el transporte y en la infraestructura, sobre todo con el crecimiento exponencial de la red ferroviaria. Hubo un crecimiento demográfico continuo, aunque con escaso crecimiento en la tasa de urbanización.

Tanto el comercio nacional como el internacional se expandieron, fundamentalmente con el surgimiento de la minería y, durante los últimos años del régimen, el adelanto de la industria del petróleo. Sucedió, además, una notable expansión y una diversificación de la producción industrial estimuladas mediante incentivos fiscales y legislativos y mediante la introducción de nuevas tecnologías y de nuevas fuentes de energía. Finalmente, la economía rural, intensamente

⁷⁷Carlos Tello Macías, "México independiente: los primeros cien años", *Crecimiento y desarrollo económico de México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2010, colección Conmemorativa de las Revoluciones Centenarias, p.21.

heterogénea en México, estuvo sometida a nuevos estímulos y presiones como consecuencia de la propensión hacia la privatización de la tierra y a la expansión de la agricultura comercial.⁷⁸

Durante el porfiriato, muchos de los obstáculos al desarrollo económico, que habían atormentado a México desde 1821, se fueron eliminando: la ausencia de un mercado nacional integrado, aranceles internos prohibitivos, transporte costoso e inadecuado, un aparato estatal débil, la falta de regulación del comercio y escasez crónica de la inversión.⁷⁹ El kilometraje del ferrocarril se incrementó en 12 por ciento anual⁸⁰; la producción industrial creció un promedio anual de 6.5 por ciento; la minería alrededor de 7 por ciento, las exportaciones más de 6 por ciento y las importaciones cerca de 5 por ciento. En 1900, México produjo alrededor de 8 000 barriles de petróleo, pero, tan sólo 10 años después, en 1910 la cifra se elevó a 8 000 000.⁸¹ El progreso se medía en números.

Entre 1877 y 1910, el ritmo de crecimiento de la economía nacional es acelerado. En promedio, el PIB *per capita* creció 2.5% al año en términos reales. El crecimiento y la modernización se sintieron en varios sectores de actividad y en diferentes regiones del país. Al principio, el crecimiento de la economía se apoyó en el aumento de las exportaciones -mineras, principalmente-, la construcción de ferrocarriles y la expansión de otras actividades tradicionales. Posteriormente, a partir de 1895, se diversificaron las actividades productivas: cerveza, papel, cemento, siderurgia, vidrio, entre otras. Las exportaciones se diversifican: la participación de la plata, dentro del total, pasa de 60% en los años setenta a sólo 20% en 1910. Las importaciones de bienes de consumo bajan de 75% en 1876 a sólo 43% en 1911.

Por su parte, creció la inversión -en especial la extranjera- en prácticamente todas las actividades. Se avanza en la integración de un solo mercado nacional y, a su vez, en la integración subordinada y dependiente del mercado mundial. La red ferroviaria se multiplica: en 1880 había 1 073 kilómetros, 5 731 en 1884, 12 081 en 1898 y 19 280 en 1910. Asimismo, el servicio de banca y crédito crece a un ritmo acelerado; se transforma el sistema normativo; se promulgan leyes para el comercio, la minería, la banca y la moneda, el comercio con el exterior, de patentes y muchas

⁷⁸Paul Garner, *Porfirio Díaz*, México, Editorial Planeta, 2003, primera edición en español, p.174.

⁷⁹Carlos Tello Macías, op. cit., p.23.

⁸⁰Enrique Krauze, *Porfirio Díaz: Místico de la autoridad*, México, Fondo de Cultura Económica, serie: Biografía del Poder, 1987, número 1, p.106.

⁸¹Paul Garner, op. cit., p.165.

otras más. Sin embargo, para su desgracia, el bienestar y la prosperidad sólo alcanzaron a unos cuantos, era sólo visible en las ciudades, y siempre a costa de la mayoría.⁸²

Es indudable que la longevidad del régimen debe leerse en términos políticos y económicos. La recuperación de la economía se acompañó del enorme esfuerzo de integrar físicamente al país con la construcción de ferrocarriles y caminos. El régimen encontró ventajas políticas y estabilidad en su crecimiento económico; particularmente, la extensión de las comunicaciones –el ferrocarril y el telégrafo- pudieron incorporar grandes extensiones de territorio a la órbita política de la capital y, de esa modo, contribuyeron al proceso de consolidación política. Las nuevas líneas de comunicación permitieron el despliegue militar de las fuerzas del gobierno central a los rincones del país, asegurando, consecuentemente, la autoridad del presidente y la imposición de la paz. Políticamente, el establecimiento de “la paz fue considerado como el requisito esencial para la construcción de una nación y del desarrollo económico y justificó la imposición autoritaria del orden en nombre del progreso como un medio necesario para tal fin.”⁸³

A partir de 1880, a medida que el capital extranjero comenzó a fluir, los frutos de la integración a la economía mundial comenzaron a mostrarse tangiblemente. En esa medida, el crecimiento económico tendió mayores redes de lealtad entre la elite política, con mención especial para aquellos individuos que fueron los principales captos del patrocinio gubernamental en la distribución de concesiones. Asimismo, la clase media crecía y, en ese sentido, el desarrollo de la burocracia estatal, la infraestructura de las obras públicas y el ritmo de desarrollo urbano proporcionaron nuevas oportunidades de empleo. Sin embargo, al mismo tiempo, el impacto del rápido crecimiento económico tuvo, sin duda, el potencial para generar un conflicto socioeconómico profundo y para alterar la paz política de los años porfirianos.

A partir de la llegada del “científico” Limantour a la Secretaría de Hacienda, en 1893, se redujeron sueldos, sacrificaron prebendas, se abolió de un plumazo las alcabalas, se reorganiza el sistema bancario y monetario, se reconvierte todas las deudas, se duplica el valor de los bonos mexicanos en Europa y, por primera vez en la historia independiente de México, se logra nivelar, en 1894, los presupuestos. Se gesta el *milagro*: el año siguiente se obtiene un superávit. El primer avance, el decisivo, se había emprendido: la integración física del país gracias a la red de ferrocarriles.

⁸²Carlos Tello Macías, op. cit., p.45-47.

⁸³Ibid.

Con las vías de comunicación sobrevino el crecimiento del mercado interno y una vinculación mucho más activa del país con el mercado externo. En 1903 nace la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey; en las 140 fábricas textiles que tenía el país en 1910 hay 700 mil telares activos, siete veces más que en 1845. En 1910, México era el quinto productor mundial de oro, el primero de plata y el segundo de cobre. Con todo, no hay duda de que Díaz abrió en exceso las puertas a la inversión extranjera, representando, en 1910, las dos terceras partes de la inversión total.⁸⁴ Irónicamente, los años anteriores a 1910 pueden verse como un periodo en el que el régimen se volvió víctima de su propio éxito económico. Ya no tardaría en estallar la *burbuja*.

Mientras que en 1820 tan sólo el 1 por ciento de la población adulta sabía leer y escribir, en 1910 la cifra había aumentado a cerca del 20 por ciento. Con el triunfo de las ideas liberales, se reafirma el principio de la educación primaria gratuita, laica y obligatoria, y se crea la Escuela Nacional Preparatoria. Se avanza, asimismo, en servicios de atención a la salud, sobre todo en el Distrito Federal: el Hospital Juárez, el Hospital General de México, el hospital psiquiátrico La Castañeda. También se establecieron hospitales privados que atendían a las colonias extranjeras: Hospital Francés, Hospital Anglo-Americano, Hospital Americano, Sanatorio Español. Pero, desgraciadamente, la concentración de la riqueza y del ingreso originario de la Conquista permaneció en los primeros años de vida independiente- inclusive creció- y en poco mejoraron las circunstancias generales de la mayoría de la población.⁸⁵

Efectivamente, aunque hubo progreso económico, incluso, prosperidad en México durante las tres décadas que estuvo al frente del gobierno Porfirio Díaz -sobre todo entre 1888 y 1904-, la prosperidad se reflejó en muy pocos y empobreció a la mayor parte de la población. El grueso de los campesinos, nacía, vivía y moría humillado en las haciendas. Los indígenas, cuando no estaban sometidos y explotados por el hacendado, eran perseguidos por la leva. Los obreros recibían bajos salarios y laboran jornadas interminables en condiciones insalubres. Los empleados y los profesionales prácticamente no tienen esperanza de progreso. Sólo los ricos, que no se comprometieron con el país, se favorecieron del crecimiento económico mexicano.⁸⁶

Los beneficios de la creciente expansión económica fueron mucho menos tangibles para la población urbana y para la gran masa campesina, como lo prueba la integración de las huestes del movimiento que estalló en 1910. Con un incremento exponencial de la población –la cual pasó de

⁸⁴ Enrique Krauze, op. cit., p.103-108.

⁸⁵ Carlos Tello Macías, op. cit., p.56.

⁸⁶ Ibid., p.47.

12.6 millones en 1895 a 13.6 millones en 1900 y a 15.2 millones en 1910⁸⁷-, en lugar de proporcionar una mayor demanda de mano de obra o mayores oportunidades de empleo, para 1910, hay señales de estancamiento del mercado laboral y del rápido incremento de precios que había sobrepasado los aumentos salariales. El empobrecimiento de los trabajadores de la industria, de los artesanos urbanos y de la gran masa campesina ha sido una de las causas primigenias del descontento popular, de la Revolución.

La concentración de la tierra en un número reducido de manos y la existencia de campesinos sin ésta definían, hacia finales de 1910, la estructura de tenencia de la tierra en México. Existía una relación directa y proporcional entre el crecimiento material y la desigualdad social: mientras los números crecían, las desigualdades se ampliaban. Naturalmente, en esa medida, la resistencia no tardaría en manifestarse. La cuestión emanaría, en una sociedad rural, de los campesinos.

Durante el porfiriato, México es una sociedad rural. Aún en 1910, 80 por ciento de la población vive en localidades de menos de 5 000 habitantes. Entre 1895 y 1910, los principales centros urbanos del país, los de más de 20 000 habitantes, pasaron de 22 000 a 29 000. Sólo 11 por ciento de la población vive en éstos. La ciudad de México contaba con cerca de medio millón de habitantes -alrededor de 3 por ciento del total de la población del país-, Guadalajara con 120 000, Puebla con casi 100 000, Monterrey con cerca de 80 000, San Luis Potosí y Mérida con más de 60 000. Empero, en los centros urbanos las ideas se propagaban. La organización de los obreros avanza conforme se urbaniza el país, y se multiplican las actividades industriales, mineras y de transporte. La falta de condiciones dignas de salubridad y seguridad para los trabajadores, los bajos salario y muchos abusos flagrantes -como multas y tratos desiguales e inequitativos con relación a obreros extranjeros que realizaban el mismo trabajo-, fueron relacionando a los obreros hasta darles la fuerza para organizarse y luchar contra el patrón y el régimen.⁸⁸

En ese *México bárbaro*, de esclavitud por deudas o por contratos, de peonaje, de *tiendas de raya*, de injusticia social, de pobreza e ignorancia, en medio de numerosas huelgas y conflictos, desde 1904, las relaciones obrero-patronales estaban severamente diezmadas y alcanzaron el cenit dos años después -1906, "año de las huelgas"⁸⁹-, en vísperas del movimiento maderista, en la huelga minera de Cananea, Sonora, y de textiles en Río Blanco, Veracruz, paradigmas obligados del movimiento revolucionario en ciernes. A partir de entonces, el régimen adoptó tácticas cada vez

⁸⁷Ibid., p.51.

⁸⁸Ibid., p.52-54.

⁸⁹Paul Garner, op. cit., p.210.

más represivas para hacer frente a las crecientes manifestaciones de descontento. Por lo demás, se exhibió los inicios de la decadencia y el fin inevitable de un régimen eficazmente establecido por tres décadas.

La respuesta del régimen a la crisis posterior a 1906 fue timorata, ineficaz, inepta y excesivamente represiva. La exaltación de las prácticas autoritarias después de 1906 fue muestra de la desesperación cada vez más evidente. La debilidad y fragilidad de un sistema político basado en el personalismo quedó demostrada con la creciente crisis política y económica; asimismo, demostró, por encima de todo, que las tácticas mecánicamente asociadas al autoritarismo patriarcal de Díaz ya no podían corresponder con las nuevas circunstancias en desequilibrio.

El crecimiento de la población, la disminución del salario real, la concentración del ingreso, el crecimiento del proletariado, la represión política, la pobreza creciente de los campesinos, entre otros hechos, caracterizan el último año del gobierno de Díaz. Al no existir una clase obrera organizada en un partido revolucionario, los campesinos, la inmensa mayoría de la población, se unen a los elementos progresistas de la burguesía y bajo los lemas de “Sufragio efectivo; no reelección” y, en algunas zonas, “Tierra y libertad”, se alzan en busca de la caída de Díaz, poniendo fin a una etapa de la historia de México. Con la Revolución, gloriosamente se inicia una nueva etapa.

1.2.2 El desmoronamiento de la hegemonía.

El régimen se desmoronó, se cayó a pedazos. Con la frustración social por los drásticos cambios socioeconómicos, la cohesión del sistema no tardaría en quebrarse. Sin ser, en lo más mínimo, un proceso homogéneo, las razones de la caída del general Díaz pueden analizarse desde diferentes frentes: en los ámbitos nacional y regional, el complejo patrón de fractura interna y de ruptura de la estructura y del tejido de la sociedad porfirista constituyó uno de los factores más importantes para la movilización popular que derruyó el régimen en 1910-1911, desarrollándose en distintos niveles y en diversas magnitudes; cuando Díaz se acercaba a los ochenta años, los cismas internos habían debilitado profundamente la confianza del régimen y el frágil equilibrio del consenso de la elite generó rivalidades; no se había encontrado solución a los problemas socioeconómicos surgidos por la vertiginosa transformación de la economía mexicana después de 1890 –y sus implicaciones políticas-, ni a los concernientes al problema de la sucesión de poderes. Aunque, ciertamente, a partir del llamado maderista a las armas, la caída del régimen de Porfirio Díaz se

efectúo con extrema velocidad -en sólo seis meses-, éste fue un proceso y, como tal, puede -debe- rastrearse, como lo hemos visto, en distintas dimensiones, muchos años atrás.

Siendo que la Revolución de 1910 ha sido uno de los temas más ampliamente estudiados, a los que más atención historiográfica se ha puesto, dentro de una enconada obsesión por encontrar y distinguir la “ruptura” temporal, la división tradicional, entre los periodos de “porfiriato” y “revolución”, no han faltado explicaciones para la rápida caída del régimen de don Porfirio. Más aún, la usanza “popular” ha exaltado las diferencias entre los dos periodos, rechazando, de grado o por fuerza, su relación de *destrucción-conservación-construcción*, pues pone toda su atención en la vertiginosa hecatombe promovida por Francisco I. Madero; negándole, no obstante, toda su enorme riqueza explicativa. Nosotros consideramos que no se puede entender a la Revolución haciendo hincapié sólo en el autoritarismo expresado por el porfiriato en los momentos de su agonía. Simplemente, son procesos que, por un lado, no reconocen homogeneidad y, por otro, son estructuras que, mientras se superan, se sustentan, de la misma manera, en sus pasados.

Ciertamente, a través de una mezcla de *destrucción-conservación-construcción*, existe relación entre el antiguo régimen, la Revolución y la posrevolución. Esta revisión rechaza la división tradicional -tajante- de periodos, así como su categorización como fenómenos y procesos separados; en cambio, se adhiere a la propuesta de verlos como manifestaciones del creciente, diverso y complejo proceso de una sociedad frustrada por su anacronismo tradicional, producto de las fuerzas “modernizadoras”. La conclusión natural ha sido que, dicho proceso, no fue, en absoluto, homogéneo. La movilización popular, como indicador de las condiciones económicas desfavorables e ingrediente básico de la Revolución, fue muy amplia y respondía a la diversidad y disparidad de las condiciones de desarrollo y experiencias regionales a lo largo del porfiriato. Pero, esta movilización tampoco fue homogénea: en mucho, la Revolución desató un gran número de fuerzas regionales disimiles que el régimen, eficazmente implantado por más de tres décadas, había sometido mecánicamente; las fisuras que aparecieron en la sociedad porfirista tuvieron mayor o menor intensidad en algunas regiones. Hay una relación directa entre los niveles de transformación socioeconómica a lo largo del régimen y los conflictos durante su ocaso, la Revolución y la posrevolución. A riesgo de ofrecer un análisis excesivamente simplista, dado sus particulares alcances demográficos, políticos y económicos, las demandas primigenias de la Revolución fueron más, evidentemente, políticas en el norte -“Sufragio Efectivo. No reelección”-,

y más, consecuentemente, económicas en el centro y sur del país –“Tierra y Libertad”. Aunque, sin ser exclusivo, todavía caben, indudablemente, matices.

El horizonte se muestra inmensamente variado y múltiple. Con todo esto, si se realiza una revisión más definida de las particularidades de cada región, ya no resulta tan difícil comprender que, ciertamente, existe una relación proporcional entre las transformaciones socioeconómicas y los conflictos políticos; sin embargo, también se hace notorio que dicha relación no es, *per se*, determinista.

Producto de la cambiante dinámica de la política regional de Díaz, las disparidades regionales, en el impacto del desarrollo económico, indican la marcada heterogeneidad del México porfirista y como, innegablemente, serían herencia viva para la Revolución. Sin embargo, como lo explica Paul Garner, a nivel nacional, es muy importante no olvidar que todo esto tiene significado y valor a la luz de la figura personalista de don Porfirio; es decir, a la luz de los alzamientos en contra del *corazón* del régimen.⁹⁰

Como hemos apuntado antes, la imagen de paz, orden, estabilidad y progreso inalterables debe tomarse con recelo. Mucho tiempo antes de que Francisco I. Madero enarbolará la bandera antirreeleccionista, hubo indicadores de fisuras dentro del sistema político porfirista que, ciertamente, se agravaron después de la crisis económica de 1907 y la carga a costas de los dichos del presidente al periodista James Creelman en marzo de 1908: por ejemplo, el periódico radical *Regeneración*, de los hermanos Jesús y Ricardo Flores Magón, sentaba las bases de la lucha frente al hombre que 30 años atrás dirigía rebeliones nacionales contra la reelección y, ahora, perpetraba su traición. Al cabo de ese hilo, la reelección permanente –constitucional a partir de 1892- se constituyó en un peligro para los intereses de la nación y, sin duda, para la vida del propio Díaz.

Durante el régimen porfirista, se multiplicaron las frases y los conceptos vacíos: “liberalismo constitucional”, “voluntad popular”, “democracia” o “soberanía del Estado”, se quedaron sin significado. Sin instituciones, de la vida de un hombre dependió la paz, el orden y la estabilidad: a corto plazo, quizá, esto representó estabilidad, pero a un plazo más largo –¡30 años!-, terminaría por desmoronar no sólo la estabilidad, sino el régimen mismo. La determinación de don Porfirio de someter a su voluntad personal todas las instituciones y su marcada inclinación por velar las

⁹⁰Ibid., p.204.

formas más que los contenidos del constitucionalismo, fueron dos de los más grandes defectos del régimen que, después de 1900, exaltaron los obstáculos para su funcionamiento.⁹¹ Sin cauces, sin los medios que canalizaran las demandas, con la exclusividad de un hombre, se incrementaron las protestas y las oposiciones.

1.2.3 La entrevista: “Hero of the Americas”.

Una entrevista publicada en la *Pearson’s Magazine* de Nueva York entre James Creelman y don Porfirio sorprendió a la opinión pública. *El Héroe de las Américas* –como lo llamó el publicista norteamericano- tenía 78 años de edad y, en sus 32 casi ininterrumpidos en el poder, había manifestado el gran interés que tenía en el orden y la paz “de la caballada”. Muchos historiadores han consensado que dicha entrevista fue el acabose del régimen. En marzo de 1908, a través de una serie de dichos, echó por tierra todo su cometido. Se juntó *fuego con estopa*: sus palabras a Creelman encendieron los anhelos de toda una generación marginada del juego político. Aunque, ciertamente, las declaraciones de Díaz fueron leídas de muchas maneras, su carga política inequívoca: abrió grandes expectativas en varias personalidades y grupos. La oposición se convenció de una mayor apertura política y electoral y, casi de inmediato, empezó a organizar su estrategia para la inminente contienda electoral, en 1910, que evitara una séptima reelección.

El Imparcial se encargó de reproducir la entrevista, pero no fue muy claro en cuanto a los legítimos propósitos que buscaba Díaz. Enrique Krauze está convencido de la pesada carga de conciencia que arrastraba el presidente. El intervencionismo del mandatario norteamericano, Teodoro Roosevelt, el cinismo, la credulidad, la fuerza moral, la política de las ideas democráticas también llevan a cuentas a don Porfirio y lo doblegan.⁹² La recepción de la entrevista en México, por lo pronto, expuso las contradicciones políticas y la falta de legitimidad democrática del régimen de Díaz. El impacto que tuvo la entrevista fue devastador. Las revelaciones fueron sensacionales y, en muchos sentidos, extraordinariamente francas.

A continuación reproduzco algunos de los dichos de don Porfirio de mayor impacto. No he aprovechado la versión original de la entrevista, ni tampoco la traducción mexicana de *El Imparcial*, pero sí la que retoma José López-Portillo y Rojas del diario colombiano *La Ilustración*:

“Es un error suponer que el porvenir de la democracia en México se haya puesto en peligro por mi larga permanencia en la Presidencia [...] Puedo decirlo con toda sinceridad, el ya largo periodo de la

⁹¹Ibid., p.207.

⁹²Enrique Krauze, op. cit., p.130.

Presidencia no ha corrompido mis ideales políticos, sino antes bien, ha logrado convencerme más y más de que la democracia es el único principio de gobierno, justo y verdadero, aunque en la práctica es sólo posible para los pueblos ya desarrollados [...] Puedo separarme de la presidencia de México sin pesadumbre [...] Es cierto que cuando un hombre ha ocupado un puesto investido de poder por largo tiempo [...] está bien que un pueblo libre se ponga en guardia contra tales tendencias de ambición personal [...] Confiar a las masas [...] el gobierno hubiera traído consecuencias desastrosas [...] Varias veces he tratado de renunciar a la presidencia, pero se me ha exigido que continúe en el ejercicio del poder [...] Hemos conservado la fórmula de Gobierno republicano y democrático [...] pero hemos adoptado [...] una política patriarcal [...] en el conocimiento de que bajo una paz forzosa, la industria y el comercio desarrollarían elementos de estabilidad y unión [...] He esperado con paciencia el día en que la República Mexicana esté preparada para escoger y cambiar sus gobernantes en cada periodo sin peligro de guerras, ni daño al crédito y al progreso nacionales. ¡Creo que ese día ha llegado! [...] El porvenir de México está asegurado [...] Tengo firme resolución de separarme del poder al expirar mi periodo [...] y no volveré a ejercer la Presidencia [...] Si en la República llegase a surgir un partido de oposición, le miraría yo como una bendición y no como un mal [...] No deseo continuar en la presidencia. La nación está bien preparada para entrar definitivamente en la vida libre [...] Fuimos severos y en ocasiones hasta la crueldad [...] los resultados la han justificado [...] Para evitar el derramamiento de torrentes de sangre fue necesario derramarla un poco [...] Un gobierno justo es, sencillamente, la colectividad de aspiraciones de un pueblo traducidas en una forma práctica [...] las condiciones han exigido la adopción de medidas fuertes para conservar la paz y el desarrollo que deben preceder al gobierno libre. Las teorías políticas aisladas no forman una nación libre...”⁹³

Sin la más mínima intención por desmentir la publicación neoyorkina –en caso de ser mentira todo cuanto Creelman escribió-, don Porfirio “liberó” una gran fuerza que, mientras se encontraba encadenada, engendraba los anhelos de las nuevas generaciones hambrientas de libertad, justicia, igualdad y, desde luego, poder. La revelación acogida con más entusiasmo fue su declaración de dejar el poder al culminar el periodo corriente, dando la bienvenida, y dejando así el camino libre, a la organización de la oposición a través de instituciones democráticas –las que, según sus dichos, serían una “bendición”- y la libre elección de su sucesor.

Díaz había declarado que la democracia era el mejor sistema político, ciertamente el único sistema válido, pero que, cuando asumió el gobierno en 1876, México no estaba listo para ejercerla. Reflejando su pragmatismo positivista, Díaz explicó que el régimen se había visto obligado a adoptar prácticas patriarcales en el ejercicio del poder, a fin de mantener la estabilidad y la paz como condición *sine qua non* para que el progreso nacional y material pudiese desarrollarse sin la menor amenaza de “anarquía”. Asimismo, Díaz había admitido que la reelección permanente era contraria al espíritu de la democracia liberal y a sus propios principios. Puntualizaba que se había hecho necesaria debido a las circunstancias; pero, puesto que el país había alcanzado paz, estabilidad, progreso material y social, podían implantarse, finalmente, esos principios liberales y practicar la democracia política.

⁹³Citado en José López-Portillo y Rojas, op. cit., p.362-369.

Muchas han sido las interpretaciones del objetivo que buscó el presidente al dejarse entrevistar por la prensa norteamericana. José López-Portillo y Rojas explica que la psicología de don Porfirio era bastante complicada y, en mucho, es la razón de sus dichos: “Porfirio Díaz pasó la vida pronunciando palabras falaces y ocultando sus sentimientos”. En una palabra: simulando. Sus palabras fueron –según López-Portillo y Rojas- una invitación a la *comedia del ruego* para su séptima reelección. En realidad, sus declaraciones estaban encaminadas a no mostrarlo a los ojos del mundo civilizado como un desenfrenado ambicioso, dispuesto a continuar en el poder a cualquier costa; tampoco le convenía confesar que su obra autocrática habría de morir con él; conceder que el pueblo mexicano nada ganó con la paz forzosa le habría costado las simpatías del elemento no mexicano. Por consiguiente, soltó sus eternas frases de desprendimiento, falta de ambición y cansancio. La parte democrática y desprendida de la entrevista iba dirigida a la galería internacional; como era su costumbre repetir las mismas falsedades cada fin de periodo de gobierno, Díaz esperaba que los mexicanos simplemente *entendieran* que había llegado el tiempo de una séptima reelección. Pero, como la entrevista formaba un solo cuerpo, todos los que no estaban iniciados en los secretos de la intrincada psicología del presidente se apegaron a aquellas palabras en su totalidad, sin hacerles interpretaciones *innecesarias*.⁹⁴ El equilibrio político alcanzado por la eficaz instauración de un régimen estaba a punto de romperse.

En 1910, se realizarían elecciones para la Presidencia de la República. Nada de lo publicado por Creelman reflejaba al verdadero Díaz. Don Porfirio no estaba preparado para soltar las riendas. Sin prever la reacción que suscitarían sus palabras, cuando, tomando por verdad lo leído, surgieron partidos y clubes políticos que eligieron a sus candidatos para la contienda electoral, como una verdadera trampa, el octogenario presidente estalló colérico. Sus lectores, aquellos que no lo conocían de cerca y que, familiarizados o no con sus conceptos y frases vacías, creyeron y tuvieron fe en el dictador y se apresuraron para la batalla electoral.

Díaz nunca imaginó el alcance de aquella entrevista; no imaginó que la oposición saldría de su inactividad, no creyó que los mexicanos tomarían con seriedad y verdadero compromiso aquellas palabras; jamás tuvo la capacidad para leer los cambios que se estaban avecinando; como un verdadero simulador renuente, no fue capaz de interpretar las nuevas condiciones, aquellas que no reconocen más la imposición mecánica. Díaz alimentó una ilusión latente, con la esperanza de que sus palabras quedasen escritas como *letra muerta* y nunca fuesen válidas; sin embargo, los

⁹⁴Ibid., p.376-379.

tiempos ya no estaban para eso. En junio, por séptima ocasión, Díaz se reelige. Los resultados se pronosticaban catastróficos.

Desde 1909, don Porfirio manifestó sus deseos reeleccionistas. Haciendo caso omiso a lo que sentenció al periodista neoyorkino, Díaz buscó su séptima reelección. Tal y como acostumbraba, en medio de frases sin significado, su decisión -dijo el general de casi 80 años- la había hecho con base en las circunstancias excepcionales que le exigían asumir su deber patriótico para preservar la estabilidad de la nación. Creyó que, como lo venía haciendo en los últimos treinta años, la opinión general –todos los interesados en la continuación de su gobierno- buscaría retenerlo en el puesto, exaltarlo como el hombre victorioso e indispensable y, además, como el ciudadano desinteresado que sacrifica su tranquilidad por el bien público. Sin embargo, la entrevista *alborotó la caballada*. Sin quererlo realmente, la entrevista fue el revulsivo del desmoronamiento; se soltaron las riendas y en lugar de restaurar la estabilidad, la decisión de Díaz alteró aún más la situación política.⁹⁵

Irónicamente, la entrevista tuvo el efecto que Díaz siempre quiso evitar. *Con la caballada alborotada*, no tardaron en brotar los partidos que Díaz debería bendecir. La actividad política en todo México se incrementó con la publicación de libros y panfletos. Entre las múltiples publicaciones, hubo una de gran importancia: “*La sucesión presidencial en 1910*”, del coahuilense Francisco I. Madero. Sin duda, la reacción más consistente a la entrevista Díaz-Creelman fue, precisamente, ésta, la de Madero. Su libro tuvo un impacto inmediato en el debate político. Don Francisco criticó el sacrificio de la libertad política en aras de la paz y el progreso material. Muy pronto, su prestigio como antirreeleccionista creció.

En los días venideros, el antirreeleccionismo creyó que aún había forma de concertar con Díaz -era posible la negociación y la conciliación en torno a la sucesión presidencial de 1910-, de manera que se garantizara la elección, por lo menos, de la vicepresidencia. Para ello, Madero envió, el 2 de febrero de 1909, su libro a Díaz. El coahuilense creía que si don Porfirio no mantenía su postura y no respetaba la efectividad del sufragio y la no reelección, en México habría una revolución capaz de restaurar el militarismo.

La organización del antirreeleccionismo se configuró en los meses posteriores a la publicación del libro. El 22 de mayo de 1909, un grupo de intelectuales, profesionistas y periodistas

⁹⁵Paul Garner, op. cit., p.213 y 214.

independientes, encabezados por el propio Francisco I. Madero, fundaron el Centro Antirreeleccionista de México en las calles de Tacuba en la ciudad de México. La lucha se emprendería, consiguientemente, por la efectividad del sufragio y la no reelección. En menos de un mes, Madero inició sus giras por la República abarcando 28 ciudades entre el 18 de junio de 1909 y el 10 de junio de 1910.

El 16 de abril, en la calle de Cadena, Madero se reunió con el presidente Díaz para negociar que la vicepresidencia fuera obtenida por la oposición antirreeleccionista -como se lo patentó en su libro-, pero esta negociación fue un fracaso. Con desprecio e ironía, Díaz prometió a Madero respeto al voto y a la legalidad de la acción antirreeleccionista, pero, por desgracia, no era posible negociar nada con el dictador, como los hechos lo demostrarían más tarde.

En ese mismo mes, el Centro Antirreeleccionista se convirtió en el Partido Nacional Antirreeleccionista. Fue entonces que Madero se convirtió en candidato a la presidencia, junto con Francisco Vázquez Gómez como aspirante a la vicepresidencia. Esta formalización extendió las posibilidades de triunfo. Sin embargo, debido a la sorprendente fuerza adquirida, sus giras se vieron interrumpidas por su detención en Monterrey, el 5 de junio, y su traslado, días después, a la cárcel de San Luis Potosí. Con su detención, se aseguró su ausencia durante el periodo de elecciones. El fraude electoral se efectuó: 18 625 votos fueron para Díaz, 196 votos para Madero en la presidencia; para el cargo de vicepresidente, 17 177 votos para Corral, frente a 187 para Vázquez Gómez. Durante la votación hubo presiones de las fuerzas del orden, errores en el padrón electoral, casillas que no se instalaron y enfrentamientos.⁹⁶

Huyendo de la cárcel y del país, como lo había anticipado, Madero lanzó el *Plan de San Luis Potosí* donde llamó a la sublevación nacional a partir de las seis de la tarde del domingo 20 de noviembre. Como lo predijera don Porfirio tres décadas atrás -“...y ésta será la última revolución”-, era indispensable la revolución armada. A partir de entonces, el régimen tendría contados sus días y don Porfirio estaría sentenciado. Su gobierno comenzó con una revolución, la de Tuxtepec, y terminó con otra, la de Madero.

Fiel a su tradición, simulando o disimulando, renuente y sin la capacidad para leer las nuevas condiciones sociopolíticas, durante su renuencia ante el Congreso, Díaz niega estar al tanto de

⁹⁶Pablo Serrano Álvarez, *La emergencia de la Revolución, el anhelo por la democracia*, México, [en línea], s/páginas, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2013, dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-revolucion-articulo>; [consulta: 8 de mayo de 2013].

algún hecho que se le pudiera imputar y que fuera motivo de la rebelión social. Sigue cegado. Empero, el 31 de mayo de 1911, desde Veracruz, un Porfirio Díaz senil, derrotado, desmemoriado, achacoso y desterrado -mientras escucha al pueblo de México gritar “¡Viva Madero!”-, parte a Francia en el vapor *Ipiranga*; en él se va, también, el núcleo -casi infalible- de estabilidad, coherencia y unidad política, que fuera capaz de concentrar y centralizar el poder por más de treinta años.

La Revolución cambió las cosas: sin la figura central de articulación del sistema político porfirista, inmerso en un sistema cuya pieza nodal había sido la figura patriarcal de Díaz, nuevamente, un gran número de pequeñas fuerzas centrífugas se disemina por todo el territorio nacional, existiendo por la debilidad del Estado y obstaculizando, por lo demás, los proyectos nacionales de los sucesivos gobiernos centrales. Vendrían serias dificultades: las frecuentes asonadas militares y la violencia se vuelven, de nueva cuenta, la característica más ilustrativa del sistema político, pues el ejército que se construyó durante la gesta revolucionaria se convirtió en una institución altamente politizada. Pasarían casi dos décadas para que el sistema encontrara un nuevo mecanismo capaz de cubrir esa función estabilizadora.

Uno de los primeros efectos que produjo la Revolución Mexicana sobre el sistema político porfirista fue el resquebrajamiento de la centralización del poder. Ciertamente, el gobierno del general Díaz había logrado establecer una maquinaria política afinada que respondía exclusivamente a los designios del dictador. Sin embargo, funcionando exclusivamente bajo la voluntad personal del presidente, esta maquinaria no pudo sobrevivir por sí sola tras el destierro de su creador. Díaz instauró un centralismo político informal -de relaciones personales y no institucionales- muy sólido y eficiente en conjunto, pero, visto desde alguna de sus partes, no gozaba de más unidad que la provista por don Porfirio. Por ello, su desaparición se convirtió en la ruina del sistema, la fractura del poder y el auge del “regionalismo político”.⁹⁷

⁹⁷Alejandra Lojous Vargas, *Los orígenes del partido único en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, serie de Historia Moderna y Contemporánea, núm. 11, 1979, p.13.

1.3 La dispersión del poder político: numerosas fuerzas políticas centrífugas.

La Revolución Mexicana suscitó grandes dificultades para la formación de un nuevo ordenamiento político que sustituyera al régimen derrocado. Una de las primeras dificultades fue la dispersión de la nación: movimientos revolucionarios en diversas regiones del país y una sociedad en armas que construyó un nuevo ejército altamente politizado y que, por sus escisiones, representó uno de los mayores obstáculos para la centralización política. Con el movimiento armado, se desataron numerosas fuerzas políticas centrífugas. Cuando Díaz abandonó el país, desapareció la figura central que había conferido unidad y coherencia a todos los actores y procedimientos políticos durante décadas, así lo explica don Luis Medina:

“La Revolución produjo lo que ya había acontecido en el siglo XIX; al igual que las guerras civiles entre liberales y conservadores, aquella dispersó un poder previamente centralizado y rígido [...] La revolución maderista quedó en pequeña escaramuza comparada con la revolución constitucionalista y la lucha de facciones que le sucederían [...] políticamente destacan por el profundo proceso centrífugo del poder que impuso en el país...”⁹⁸

Desde que los gobiernos emanados de la Revolución tomaron el poder, la autoridad central manifestó su incapacidad para controlar a los líderes regionales que se habían diseminado por todo el país. Por principio, y miope político, el presidente Madero no pudo dar una rápida solución a las demandas de la Revolución y, muy pronto, su autoridad se deterioró generando la caída de lo que había sido la clave de la estabilidad y la centralización política del porfiriato: la capacidad personal del presidente para ser respetado como el árbitro supremo e incuestionable de todas las decisiones políticas importantes. Con el desgaste del ejecutivo, los movimientos políticos estatales y locales lograron imponer sus puntos de vista e intereses con el poder ejercido mediante las armas. El asesinato del presidente Madero y la derrota del gobierno del general Huerta agudizaron el vacío de poder, pues ningún jefe revolucionario o sus huestes consiguieron el grado de profesionalización o centralización del mando que don Porfirio había ostentado.

La consecuencia inmediata fue, ciertamente, el fortalecimiento de las fuerzas centrífugas. No pocos se consideraron *herederos naturales* para el ejercicio del poder en la zona que los había visto nacer, o donde se habían *naturalizado*. Los hombres que ejercían el poder por medio de las armas y que se colocaron al frente de los movimientos regionales trataron de llenar el vacío de poder dominando esos territorios y ejerciendo su poder personal *de facto*. Surgió un México diverso. Los poderes regionales hicieron posible que las autoridades federales dieran alguna

⁹⁸Luis Medina Peña, *Hacia el nuevo Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, sexta reimpresión, p.50 y 51.

estructura a la vida política nacional. Estos jefes revolucionarios mediaron entre el centro político del país y sus regiones para mantener la tranquilidad en los territorios que controlaban.

De esta manera, la Revolución de 1910 representó, más que innovación, muchas continuidades con el viejo régimen derrocado. Así como el porfiriato se desarrolló en diversos grados y formas de acuerdo a las particularidades de cada región, la Revolución armada y sus inminentes repercusiones posrevolucionarias también fueron heterogéneas. Si uno revisa más detalladamente las relaciones personales y políticas que Porfirio Díaz mantuvo con las regiones, podrá darse cuenta que, en este caso específico, la continuidad está más claramente marcada. Como parte de los obstáculos más severos que enfrentó la federación y el régimen en ciernes durante el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, el equilibrio entre el poder central y regional y la presencia de nuevos movimientos armados ocupan la atención de esta investigación.

Los estudios históricos sobre la Revolución Mexicana han proliferado en los años recientes, acentuado cada vez más el interés de estudiar sus etapas por regiones y periodos específicos. Como lo explica claramente Romana Falcón, el análisis de la Revolución de 1910 “en la actualidad consiste en comprender su profunda heterogeneidad, que permita, en suma, construir una visión global más compleja y precisa que las originalmente propuestas”.⁹⁹ En efecto, quizá el punto fundamental de esta revisión sea la valoración no sólo de los cambios, sino también de las continuidades con el régimen derrocado; es decir, hasta qué punto la vida política a que dio origen el movimiento de 1910 significa un verdadero rompimiento con el pasado.

Para muchos investigadores, sólo fue la acción del Estado la que pudo definir política, económica y socialmente a la nación. La promulgación de la Carta Magna de 1917 y el restablecimiento de un gobierno nacional por Carranza, representó el punto crítico de la obra revolucionaria. Según esta visión, estos acontecimientos marcaron en definitiva la centralización política del gobierno federal. Más aún, esta interpretación hace hincapié en los métodos que, a partir de la década de 1920, usó el *triumvirato sonoreño* para dominar las principales organizaciones políticas y sociales, mientras ponían en vigor las acciones sociales más radicales contenidas en la constitución, referidas a la educación, el trabajo, la tierra y la cuestión clerical. Esta óptica tiende a homogeneizar al proceso revolucionario y sentencia su devenir como único.

⁹⁹Romana Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984, p.13.

El fenómeno opuesto, la otra vía de interpretación que más ha venido desarrollándose en los últimos años, señala la debilidad del gobierno central. La Revolución, como un fenómeno social complejo, originó una profunda debilidad en el seno del gobierno federal. Este ambiente político fomentó el surgimiento de una multiplicidad de poderes regionales, fortalecidos durante la década de 1920, y suscitó la aparición de una nueva forma de liderazgo en el que los programas económicos y sociales regionales se propusieron como alternativas ante los que estaba impulsando el gobierno central; es decir, su existencia es posible por el trastorno de la autoridad central.

Durante el porfiriato, el presidente mantenía relaciones personales y políticas con cada uno de los poderes locales de acuerdo a la situación particular de cada región; el propósito fue la implementación de la autoridad central, identificada, con frecuencia, como un proceso firme y forzado de centralización política, capaz de dotar al sistema de estabilidad. Paradójicamente, estas relaciones entre don Porfirio y los poderes locales y regionales robustecieron sus posiciones en la medida que truncaban reconocimiento, lealtad y sometimiento a cambio de autonomía e independencia. Consecuentemente, al margen de un poder central en ciernes, esta suerte de “pacto” centro-periferia crearía y fortalecería, por la misma línea, muchos cacicazgos. La debilidad del régimen dotó de autonomía a los poderes locales. Bajo estas condiciones, como lo hiciera el general Díaz –quien tuvo que tener más cuidado y negociar para mantener su frágil autoridad política en las regiones-, luego del desmoronamiento del poder central en 1910, los intentos centralizadores del Estado para asegurarse el control político, aun en las zonas más alejadas, sólo podía realizarse a través de la imposición del ejército o a través del consenso con todos los caciques dispersados por el territorio nacional. En la medida que se hizo más evidente que los poderes locales contaban con el control político de sus regiones, dicho pacto encontró una poderosa justificación. En efecto, el apoyo venía *de abajo para arriba* y, muy pronto, se truncó *de afuera para adentro*. Esta forma de dominación -consensada o violenta- aseguraba el control de las regiones y la mediana aplicación de las leyes del Estado. En momentos aciagos, no se puede ser más exigente.

Sin embargo, después de la primera reelección de Díaz en 1884, cuando se tomaron las riendas y el gobierno central no cesaba de expandirse, en medio de un proceso indiscutible de consolidación del poder ejecutivo, cobijado por la reconocida mezcla porfirista de conciliación, negociación y despliegue de tropas militares, la autonomía de los poderes regionales fue sometida de manera

lenta, pero progresiva. En suma, como explica el Maestro Samuel León, la Revolución obligó a un nuevo proceso de desmantelamiento del poder central, aquél que don Porfirio concentró por más de treinta años.¹⁰⁰ En efecto, la Revolución rompió con la unidad alcanzada hasta el porfiriato; la rapidez y la violencia con la que se llevó a cabo el desmoronamiento del viejo régimen desencadenó un conjunto de diversas fuerzas regionales con la capacidad para interpretarlo de diversas maneras y, en ese sentido, ajustar su realidad particular, resultando, de esta manera, una heterogeneidad de concepciones sobre cómo alcanzar y ejercer el poder.

Después de la Revolución de 1910, perdido el centro rector, cuando la figura estabilizadora de centralización y concentración cayó, se trastocó toda la estructura de poder local y regional; el poder de nueva cuenta quedó diseminado por aquellas regiones que el régimen había sometido. Al tiempo, ocurre un proceso muy lento de destrucción-construcción en el que van a surgir nuevos liderazgos locales. El México surgido de la Revolución es, en este sentido, continuidad del que Porfirio Díaz encontró y moldeó después de 1876. El primer tercio del siglo XX se caracteriza, pues, de nueva cuenta, por ese desafío al equilibrio entre el poder central y los cacicazgos regionales. Asimismo, la herencia de la Revolución había sido, ciertamente, una prolongada ola de violencia. La desaparición de un sistema de gobierno central favorece la formación de cacicazgos nuevos, que en muchas ocasiones surgen a costa de los cacicazgos tradicionales. La historia se repite; sin embargo, no fue copia y reproducción de combinaciones políticas anteriores. La Revolución traería algunas novedades que, como la modernización de las relaciones de poder, habrían de influir para que esta nueva etapa durara menos tiempo que las tres décadas de porfiriato.¹⁰¹

Las dificultades del gobierno de la República para asegurar el control político favorecieron, en 1876 y después de la caída del viejo dictador, la existencia de cacicazgos fuertes en las regiones que expresaban el poder de un gobierno alejado territorialmente; distancias que se veían ampliadas por la inexistencia de vías de comunicación efectivas, así como por un sinnúmero de accidentes geográficos característicos de muchas regiones del territorio nacional. La naturaleza de cada región, sus condiciones particulares y sus elementos explicativos -tales como el control de los medios de producción, su capacidad para llevar a cabo alianzas personales en su región y a nivel nacional, su relación con las clases populares, la facultad para lograr establecer organizaciones

¹⁰⁰Samuel León y González (coordinador), *El cardenismo 1932-1940*, México, Fondo de Cultura Económica, serie: Historia Crítica de las Modernizaciones en México, 2010, Tomo 5, p.14.

¹⁰¹Luis Medina Peña, op. cit., p.51.

políticas o la utilización de medidas coercitivas¹⁰²- nos brindan información para poder realizar aseveraciones como la relativa a un “pacto” entre el centro y la periferia: el apoyo mutuo entre el gobierno central y los jefes locales y regionales, la independencia y autonomía para poder realizar determinadas prácticas políticas en sus zonas de influencia y el sostén del gobierno central para poder hacer frente a la violencia desatada por las diversas asonadas militares que buscaban deponer, precisamente, ese gobierno.

Con el resquebrajamiento del poder central surgieron líderes, caudillos y nuevos caciques por todas las regiones del país. De esta manera, el mapa de hombres fuertes se formó por personajes como: Enrique Osornio en Aguascalientes, Abelardo L. Rodríguez en Baja California, Raymundo Enríquez en Chiapas, Rodrigo M. Quevedo en Chihuahua, Pedro Rodríguez Triana y Manuel Pérez Treviño en Coahuila, Carlos Del Real en Durango, Abundio Gómez y Carlos Riva Palacio en el Estado de México, Melchor Ortega en Guanajuato, Francisco Figueroa Mata y Rómulo Figueroa Mata en Guerrero, Bartolomé Vargas Lugo en Hidalgo, José Guadalupe Zuno en Jalisco, Lázaro Cárdenas del Río en Michoacán, Plutarco Elías Calles Chacón en Nuevo León, Genaro V. Vázquez en Oaxaca, Maximino Ávila Camacho en Puebla, Saturnino Osorio en Querétaro, Saturnino Cedillo en San Luis Potosí, Manuel Páez en Sinaloa, Rodolfo Elías Calles en Sonora, Tomás Garrido Canabal en Tabasco, Emilio Portes Gil en Tamaulipas, Sixto Adalberto Tejeda Olivares en Veracruz, Felipe Carrillo Puerto y Bartolomé García Correa en Yucatán, y Matías Ramos en Zacatecas.

Todos ellos adquirieron fortaleza al distinguirse por su capacidad para promover la cohesión local y el desarrollo de organizaciones sociales regionales, que en su mayoría se pronunciaron en partidos políticos locales; ésta era la base sobre la que se erguía un poder central débil. Según Luis Javier Garrido, estos hombres eran considerados “*jefes natos*” de sus regiones y de las organizaciones políticas que habían fundado, imponiéndoles su voluntad.¹⁰³

En efecto, con ese personalismo dominando la vida política, se fomentó el surgimiento de agrupaciones de corte local. Sin permitir la oposición, los jefes natos se dedicaron a crear bases sociales que les aseguraran el control de su entidad. Nada más natural en aquellos años, en que

¹⁰² Carlos R. Martínez Assad, *Los sentimientos de la región*, México, INEHRM/Océano, 2001, pp.21.

¹⁰³ Luis Javier Garrido, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo estado en México (1928-1945)*, México, Siglo XXI Editores, 2005, undécima edición, p.97.

una nueva relación entre el centro y la periferia estaba por establecerse, que la relación local defensiva ante el riesgo de la intromisión del gobierno federal.¹⁰⁴

Más adelante, durante toda la década de 1920 y principios de los treinta, el escenario se fue modificando. Ante la profunda ola de violencia desatada en 1910, se requirió de un nuevo mecanismo político capaz de legitimar los usos y las costumbres que el sistema político caudillista había adquirido e implementado del porfiriato. La etapa de reconstrucción modernizadora del Estado necesitaba de la institucionalización y de la centralización política. Los anacronismos se hacían cada vez más evidentes y, en medio de las disparidades temporales, México transitó por un largo periodo donde los gobiernos centrales eliminaron a los cacicazgos regionales que, por peligrosos, se negaron a adaptarse a los nuevos requerimientos nacionales, a la vez que mantenían las viejas alianzas con aquellos que aceptaban el dominio del centro, en tanto se siguieran otorgando ciertos márgenes de autonomía. Finalmente, los feudos políticos regionales tendrían fecha de caducidad.

Por lo demás, sentenciada la inminente dispersión del poder después de la caída del general Díaz, el interés de este apartado se vuelve solamente uno: subrayar la importancia que los movimientos regionales obtuvieron al imprimir su sello específico no sólo en su área de influencia natural, sino su incidencia –que efectivamente existe- en la definición del Estado y del Sistema Político Mexicano, llegando, incluso, a manifestarse como verdaderas alternativas de poder.

Los movimientos regionales que hemos elegido para este estudio coinciden con el auge del *Triángulo de Sonora*, con la sombra que proyectaba el caudillo desde su pináculo en el Estado surgido de la Revolución. Con ello, luego de la firma del Plan de Agua Prieta, en 1923, iniciada la época de las lealtades políticas, los militares se imponen como el nuevo grupo hegemónico. Con el tiempo, sin que adelantemos conclusiones, el ejército -que tantos dolores de cabeza daba a la búsqueda de la nueva estabilidad política-, luego de la caída del régimen porfirista, pasó a convertirse en un verdadero apéndice del Estado. Por lo demás, la suerte de muchos gobiernos estatales, de muchos cacicazgos regionales, de muchos líderes y jefes militares, se definiría con el triunfo sonoreño, sellando el pacto de reconocimiento implícito de su poder y la posibilidad de ejercer el control irrestricto de su región, lo que, indirectamente, aseguraba el control político a escala nacional.

¹⁰⁴Luis Medina Peña, op. cit., p.60.

Cuando se destruyó el viejo orden porfirista y se comenzó a construir el nuevo orden posrevolucionario, muy pronto se pudieron advertir las continuidades que éste periodo de “transición” –donde confluye lo viejo y lo nuevo con gran fuerza- presentaba. Como ya hemos apuntado, hay fenómenos del porfiriato que siguieron vivos por lo menos dos décadas más. El desmantelamiento del poder central generó el surgimiento de nuevos líderes regionales, caudillos y caciques. En el fondo, el gran vacío de poder y el inmenso caos que se desató luego del movimiento armado de 1910, generó esta dispersión de las fuerzas políticas. Paradójicamente, éstos, por lo demás, en tanto acentuaban el desorden, dieron cierta estructura y unidad a la vida política nacional de los años veinte. Ellos se constituyeron en los nexos intermediarios que instrumentaron los proyectos del gobierno central; mientras, como antaño –en el porfiriato-, recibían beneficios –autonomía e independencia- para velar por el orden y la paz.

1.3.1 Un mismo sistema: los caudillos y los caciques.

Distintos autores han tratado el tema de los hombres fuertes de diferentes maneras. Los significados varían tanto como las condiciones políticas y socioeconómicas en que estos jefes pueden encontrarse. Para este trabajo, como muchos autores, hemos pensado en los hombres fuertes, caudillos y caciques no desde una definición preestablecida; pensamos, antes bien, en ellos en función de lo más sobresaliente que le dio contenido a su actuación en México en términos de la construcción del Estado y del Sistema Político Mexicano contemporáneos. Pensamos, pues, en una suerte de *definición funcional*. En suma, para los efectos de nuestra investigación, trataremos a los hombres fuertes en función de su papel como agentes de negociación, nexo e intermediación en sus localidades y con el gobierno central; es decir, como las nuevas formas de operación política que la Revolución desató; definición de organización política que no está exenta de poder militar ni de poder político.

Como explica Carlos Martínez Assad, el caudillismo, como forma peculiar de organización política, fue por mucho tiempo la piedra que amortiguó los golpes de los conflictos sociales debido a la diversidad de las fuerzas en pugna. Asegurando el control político, aun en las zonas más apartadas del centro; este tradicional sistema de organización política terminaría por nutrir los ejércitos revolucionarios. Esta conceptualización insiste en la acción catalizadora que representó para el descontento campesino con el reparto agrario; cruentas luchas, consensos sociales y múltiples alianzas los colocan al frente de un movimiento reivindicador que sólo logrará sus objetivos a través de la pacificación del país, vía, precisamente, el cumplimiento de las demandas primigenias

que empujaron a miles de campesinos a nutrir las huestes de batalla. El dominio del débil aparato estatal estuvo asegurado por la presencia del caudillo.¹⁰⁵ Así, imbuido en sus propios orígenes, durante la década de 1920, se inauguró, de esta forma, un sistema político que, por lo demás, ciertamente, confería estabilidad y unidad: el *caudillismo revolucionario*.

Sin embargo, el caudillismo revolucionario no lograría cuajar como el nuevo mecanismo político capaz de llenar el vacío dejado a raíz de la destrucción de un régimen eficazmente instaurado por más de 30 años, pues provenía de la herencia violenta de la Revolución, una herencia que impedía la pacificación y el control efectivo del país, condición para la construcción de un poder político nacional hegemónico capaz de instrumentar un proyecto de nación, lo que se haría más evidente durante el verano de 1928.

En medio de una herencia social sumamente violenta, al cobijo de un sistema que difícilmente habría de *cuajar* debido a su incapacidad para asegurar la paz, sobre un cuadro social altamente amenazante y muy limitado en sus propuestas tácticas y organizativas, no resulta tan difícil pensar en la imposición de la voluntad de un hombre sobre los grupos sociales. La presencia del caudillo se volvió vital para asegurar el precario orden alcanzado, garantizado por la capacidad unificadora que le proporcionaban las glorias alcanzadas en batalla, así como su ingenio para forjar alianzas y alimentarse de la retórica de la eterna promesa de la Revolución social.

De un gobierno nacional distante, en medio de tropiezos y con el objetivo de afianzar el control político, y quizá menos por voluntad, se impulsó la existencia de cacicazgos regionales poderosos. Paradójicamente, la solidez de que gozaron algunos cacicazgos regionales radicaba en las pretensiones del gobierno nacional. La autonomía e independencia con que llevaron a cabo muchas de sus líneas políticas en sus zonas de influencia hallaba sustento en las intrínsecas contradicciones de un pacto como éste: la dominación de los medios de producción locales, la capacidad de los hombres fuertes para concretar alianzas personales en los ámbitos regional y nacional, la facultad para mantener movimientos políticos únicos en su área, la retórica de sus discursos, el consenso social alcanzado y, finalmente, la coerción.

Caudillos y caciques forman un mismo sistema; en ocasiones, un cacique tiene características de caudillo y viceversa.¹⁰⁶ Más aún, dado el alejamiento y los accidentes geográficos de muchas regiones del territorio nacional, los caciques son condición *sine qua non* en el fortalecimiento de

¹⁰⁵ Carlos R. Martínez Assad, op. cit., p.44.

¹⁰⁶ Ibid., p.45.

un caudillo nacional, pues, como hemos visto, los caciques controlaban dichas regiones. Muchos autores han sugerido que la Revolución dio un golpe mortal al poder de los hombres fuertes; sin embargo, aceptando que el régimen atacó severamente a los jefes natos, éstos seguían siendo, indudablemente, sus representantes –formales e informales- a nivel local.

Los caudillos y los caciques tienen sus raíces en las instituciones políticas coloniales y precolombinas. Según Alejandro Quintana, el término “caudillo” se identifica con líderes nacionales poderosos y carismáticos, y en muchas ocasiones se les acredita como “héroes de guerra” y, más tarde, como “líderes autoritarios”. En términos generales, su poder personal tiene origen en el gran carisma con el que logran unir muchos grupos dispares bajo la bandera de un ideal, con lo que, en su zona de control, su palabra valía igual o más que la ley escrita, en gran medida porque el gobierno formal carecía de poder y recursos suficientes para competir con los del caudillo.¹⁰⁷

A nivel local, los caciques se asemejan a los caudillos, pero con diferencias importantes: controlaban sus regiones con base en su carisma personal y de manera un tanto independiente de la estructura formal del gobierno. La autoridad del cacique, a diferencia de la autoridad del caudillo, está basada en su identificación personal con los habitantes de las regiones que controla, como un patriarca que protege los intereses de su comunidad. Por esta razón, la afinidad con esa comunidad es esencial para su legitimidad. No estamos diciendo que esto sea exclusivo del lugar de nacimiento, pues, efectivamente, ha habido caciques “forasteros” y que, para ser aceptados como miembros de la comunidad, establecieron alguna modalidad de vínculos culturales o sanguíneos con la comunidad a su cuidado. Sin embargo, a diferencia de los caudillos, la dependencia de la afinidad limita la posibilidad de los caciques de ampliar su poder más allá de su localidad. Empero, esta condición no es definitiva y un cacique puede trastocar el ámbito nacional y, mediante una “transición”, convertirse en un caudillo. En ocasiones, la “división” entre ambos términos es muy estrecha y, en definitiva, independientemente de sus diferencias, los términos llegan a usarse indistintamente para definir al mismo líder.¹⁰⁸

Para Dudley Ankersen, los caudillos de la Revolución se encontraban en dos categorías: tradicionales y modernos. La primera categoría era la de los jefes militares que habían estado activos durante las guerras del siglo XIX. Vivían en el campo o tenían lazos estrechos con la

¹⁰⁷Alejandro Quintana, *Maximino Ávila Camacho y el Estado unipartidista*, México, Ediciones de Educación y Cultura, 2011, primera edición en español, p.34 y 35.

¹⁰⁸Ibid., p.36.

población campesina; generalmente pertenecían a la clase media -como rancheros, pequeños comerciantes o artesanos calificados-, y gozaban de cierta movilidad social que les permitía conocer y estar en contacto con los sucesos fuera de su localidad. Asimismo, se movían dentro del ámbito provincial y se sentían vulnerables fuera de su territorio natal. Gozaban de prestigio en sus comunidades y, por consiguiente, eran los jefes naturales de cualquier movimiento armado que en ella surgiera; posteriormente, con la Revolución, extendieron su influencia al usurpar los poderes de la antigua clase gobernante de terratenientes y políticos. Esto les dio la posibilidad de ofrecer a sus seguidores acceso a la tierra, por lo general en forma de ejidos o colonias, y, rara vez, cuando ocupaban propiedades de sus enemigos, les ofrecían a sus partidarios los derechos de rentar o trabajar la tierra a medias. Sus objetivos -ya fuera sociales, políticos o económicos-, eran locales, y, ya que se derivaban de una oposición al cambio, eran conservadores. Carecían de una estrategia general para el desarrollo nacional.¹⁰⁹ Dentro de esta categoría, podemos encontrar, entre otros, jefes natos de la talla de Saturnino Cedillo, en San Luis Potosí.

El otro tipo de caudillo estaba representado por hombres como José Guadalupe Zuno, Adalberto Tejeda, Tomás Garrido Canabal, Emilio Portes Gil, Lázaro Cárdenas o Abelardo L. Rodríguez. Aunque, ciertamente, compartían con el primer grupo su procedencia provinciana, sus antecedentes eran más bien urbanos que rurales. Generalmente, habían recibido educación de nivel secundario y hasta superior, y, sin perder su identidad local, tenían ideas muy claras sobre los sucesos políticos y económicos nacionales. No habían dirigido fuerzas militares importantes durante los años del conflicto armado y no obtenían la lealtad mediante el carisma o una historia de triunfos militares; obtenían apoyo a través del control del aparato de gobierno. Ayudaban a los sindicatos que los apoyaban y los crearon donde no los había. De modo similar, establecieron organizaciones campesinas a través de las cuales otorgaban tierras ejidales a cambio de votos. Trabajando en los centros de la burocracia de los estados ampliaron su influencia al sector rural. Sus objetivos eran obtener puestos de alta jerarquía dentro de la burocracia nacional, en donde podían crear una base de poder de naturaleza similar, pero en mayor escala que la que habían tenido en sus estados natales.¹¹⁰

Por otra parte, la definición que da Kalman Silvert del caudillismo hace hincapié en sus orígenes históricos:

¹⁰⁹Dudley Ankerson, "Saturnino Cedillo, un caudillo tradicional en San Luis Potosí, 1890-1938", *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, cuarta reimpresión, p.180-181.

¹¹⁰Ibid.

“...es un gobierno individualista, casi militar, de origen provinciano y con intereses económicos que sirven a una función de integración en los periodos de decadencia o cuando no hay una autoridad central eficaz. El caudillismo no es socialmente revolucionario, pero los caudillos no siempre han carecido de compromisos ideológicos...”¹¹¹

Mientras que Wolf, Hansen y Chevalier consideran requisitos necesarios una personalidad carismática, la fuerza militar, un sistema paternalista y una red de vínculos familiares para la transformación del cacique rural local en un caudillo durante el siglo XIX, estas fuentes de poder cambiaron drásticamente con el desarrollo socioeconómico del siglo XX.

Durante la década de 1920, los nuevos liderazgos surgidos de la Revolución se vieron obligados a buscar partidarios entre las capas más bajas y desprotegidas de la sociedad ofreciéndoles reformas sociales más radicales que las ofrecidas por los sonorenses; o bien, se veían obligados a conseguir partidarios entre los grupos antirrevolucionarios, principalmente en el clero, los inversionistas extranjeros, los rancheros y los grandes terratenientes. Así surgieron, según Heather Fowler Salamini, dos tipos de caudillos: conservador y revolucionario.¹¹²

Roger Bartra nos dice que “estos caciques actúan como 'mediadores' políticos y culturales, reduciendo al mínimo el abismo que hay entre los campesinos en la comunidad rural y las costumbres, entre la ley y el gobierno del estado y el de la nación”.¹¹³ Los caciques, como mediadores, le brindan auxilio al régimen revolucionario, lo que simultáneamente les ayuda a legitimar su gobierno con el régimen y con los campesinos locales, porque tienen que desempeñar un papel ideológico para apoyar al régimen. Esta concepción los coloca como nuevas formas de operación política venidas de la periferia al centro. Precisamente, los caciques deben demostrarle al poder central que poseen vínculos estrechos con la sociedad de su región y que, por eso, son capaces de concertar *–de abajo para arriba–* el apoyo de dicha región.

Alejandra Lajous explica al caciquismo como “una solución mecánica” local:

“el cacique es el intermediario informal entre las autoridades gubernamentales y políticos de alto nivel, y el pueblo comprendido en su área de dominio. La tarea del cacique consiste en poner en práctica, en su región o localidad, la política dictada desde el exterior, pues cuenta con el suficiente conocimiento y apoyo de la base popular como para asegurarse la obediencia política [...] El origen del caciquismo, desde el punto de vista político, se puede rastrear en la necesidad funcional de delegar influencias en diferentes jerarquías: del caudillo al cacique regional y de éste a los caciques subalternos [...] Los caciques cumplen su función, pues su mediación logra el control deseado por un sistema autoritario [...] la fuerza personal del cacique se deriva

¹¹¹Citado en Heather Fowler Salamini, “Caudillos revolucionarios en la década de 1920: Francisco Múgica y Adalberto Tejeda”, *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, cuarta reimpresión, p.211 y 212.

¹¹²Ibid.

¹¹³Gilbert M. Joseph, “El caciquismo y la revolución: Carrillo Puerto en Yucatán”, *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, cuarta reimpresión, p.245.

*de su posición como intermediario entre dos mundos que, sin él, no tendrían comunicación [...] Su funcionamiento era idéntico al del engranaje de una maquinaria en la que la pieza mayor acciona el movimiento de otras piezas menores...*¹¹⁴

Como afirma Salamini y Ankerson, podemos diferenciar entre caudillos tradicionales o conservadores y modernos o revolucionarios. Los caudillos tradicionales obtenían partidarios casi exclusivamente entre las clases campesinas. Recurrían a lo que Eric Wolf llamó “campesino medio” o el campesino que ha obtenido bastante estabilidad política y teme perderla o que ha perdido todo y ya nada teme perder. El interés primordial de este grupo era conservar o recobrar las tierras que creían que eran suyas o recobrar el dominio político de sus regiones. Este grupo está representado por el movimiento encabezado por Saturnino Cedillo en San Luis Potosí. En contraste, el caudillo revolucionario obtenía apoyo popular no sólo entre las clases campesinas, sino en especial en el movimiento obrero urbano emergente y en la burocracia del Estado. Reconociendo las debilidades políticas básicas del campesino como clase, el caudillo revolucionario intentó formar una federación o alianza de varias clases sociales, uniendo a los grupos de campesinos y trabajadores en algún tipo de “partido” político. La autoridad del caudillo moderno en última instancia no se apoya en su capacidad militar ni en su atractivo carismático, sino en su habilidad para crear una burocracia estatal moderna que satisfaga las necesidades inmediatas de sus seguidores y ofrecerles protección.¹¹⁵

Los programas de los caudillos conservadores se basaban en los intereses individualistas de las clases campesinas de una región, eran limitados y provincianos. Ejercían su poder a través de redes políticas y socioeconómicas informales, y no por medio de partidos y de instituciones formales. Comúnmente se ceñían a la adquisición o readquisición de tierras privadas o comunales y el regreso al autogobierno local. Estos objetivos los lograban por el dominio político y militar de una región, y no mediante un movimiento revolucionario. Esta forma de caudillismo no era socialmente revolucionaria, porque no alteraba la estructura socioeconómica de la sociedad; igualmente, el caudillo revolucionario no deseaba cambiar de nuevo toda la estructura de la sociedad mexicana de 1920. Pero, estaban convencidos de los beneficios que traería el uso de las fuerzas que había puesto en movimiento la Revolución. A su juicio, debía crearse una sociedad en la que desapareciera el clero, los grandes terratenientes y los empresarios extranjeros, por ser la clase dominante.

¹¹⁴Alejandra Lojous Vargas, *Los orígenes del partido único en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, serie de Historia Moderna y Contemporánea, núm. 11, 1979, p.39 y 65.

¹¹⁵Heather Fowler Salamini, op. cit., p.237.

Los métodos que usaron estos caudillos para imponer su autoridad regional fueron muy diferentes a los implementados por el grupo tradicional. No buscaron formar ejércitos particulares de campesinos para afirmar su dominio en la región. Ejercieron su dominio político por medio de la burocracia estatal. Como veremos en el segundo capítulo de este trabajo, Adalberto Tejeda, por ejemplo, convirtió a la Liga de Comunidades Agrarias del Estado de Veracruz en una organización estatal de control político; lo mismo sucedió en Tabasco con las Ligas de Resistencia de Tomás Garrido Canabal o en Michoacán con la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo de Lázaro Cárdenas. Sus esfuerzos por dominar a las fuerzas contrarrevolucionarias en sus estados fueron extraordinarios y, aunque fracasaron, una gran cantidad de técnicas y programas que iniciaron las adoptó posteriormente el partido del Estado y las usó para fortalecer exactamente lo que estos poderes regionales habían combatido: un poderoso gobierno federal centralista.¹¹⁶

¹¹⁶Ibid., p.238.

2. La profunda heterogeneidad: génesis de los hombres fuertes.

2.1 El estudio desde un espacio regional: *desde afuera y desde abajo*.

La Revolución Mexicana no se desarrolló homogéneamente en el país, las formas a las que recurrió a nivel regional le dieron contenidos y significados diferentes, aunque orientados hacia el mismo fin. Como hemos apuntado antes, el estudio de la Revolución Mexicana ha comenzado a atravesar una profunda etapa de revisión, apareciendo una vasta producción de trabajos en torno a la caracterización de ésta. Hoy más que nunca se nos presenta con mayor impulso la necesidad de regresar a los estudios sobre la naturaleza, desarrollo y consecuencias del movimiento social más representativo del siglo pasado, señalando, inherentemente, que aún estamos lejos anunciar su liquidación; porque, la cuestión es clave para entender que la homogeneidad del Estado –un afán por igualar las diferentes concepciones de organización política, de vida cultural y de desarrollo económico- se topa con la heterogeneidad de las regiones: la Revolución Mexicana no tuvo el mismo arraigo ni la misma intensidad en el norte, por ejemplo, que en el sur del país.

Hoy se nos presenta la tarea singular del estudio y reinterpretación de la historia: reconstruir el orden establecido, la forma reinante, tradicional, clásica, homogénea, para mirar en el pasado los orígenes de una historia compartida, heterogénea en toda su riqueza y complejidad. Una historia, ésta, la de las experiencias venidas *desde afuera y desde abajo*. La historia que surge en los espacios reducidos, en las agrupaciones sociales pequeñas, en lo particular y que exalta las diferencias e inequidades que la interpretación oficial desdibujó.

Pronto nos resulta muy natural que surgieran un sinnúmero de recuentos y análisis de nuestra Revolución, todos ellos muestran una severa y marcada heterogeneidad en cuanto a sus dos principios de estudio: su parte *descriptiva* y su parte *funcional*.¹¹⁷ Sin embargo, sí podemos, de alguna manera, encontrar alguna lectura general al respecto, podemos citar, por lo demás, su carácter popular y agrario, y desprender de ello, por meritos intrínsecos, una problemática de origen social que está presente desde el momento más encarnizado y encantado de la lucha, hasta su momento más triste, desolador y olvidado.

¹¹⁷ Alan Knight hace una excelente disertación al respecto en “La revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista, o simplemente 'gran rebelión'?”. Ver Alan Knight, “La revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista, o simplemente 'gran rebelión'?”, [en línea], revista Cuadernos Políticos, no.48, 38 pp. (5-32), México, ediciones Era, octubre-diciembre 1986, Dirección URL: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.48/48.3.AlanKnight.pdf>, [consulta: 6 de junio de 2013].

La Revolución Mexicana ha cumplido a cabalidad, incluso, con los requerimientos más recalitrantes de los estudios sobre su carácter descriptivo. Hemos de dejar, por lo pronto, en el tintero la ardua tarea funcional, pues creemos, primero, que esta tarea se está reconstruyendo día con día y, en esa medida, es amenazante para el conocimiento obtuso, para la mirada corta; segundo, adentrarnos en las metas, en los resultados, en los objetivos cumplidos o no, nos desviaría de nuestro propósito general. Por lo pronto, la Revolución Mexicana es, como lo argumentaremos en lo siguiente, una revolución en toda su extensión, significando, incluso, fuente obligada de las grandes revoluciones sociales del siglo XX. Nuestro propósito, lo hemos anotado antes, queda satisfecho al reconocer ese hecho.

Al tiempo, México se plagó de estudios de *microscopio* y los participantes del movimiento, sus relaciones más ínfimas y su día a día, fueron parte de la nueva forma de mirar la Revolución. Es entonces que las relaciones entre maestro y alumno, vencedores y vencidos, hacendados y campesinos que habían perdido sus tierras, carcelero y preso, patronos y trabajadores sindicalizados, indígenas, amas de casa, burócratas, hambrientos, ricos y pobres, vivos y muertos, en fin, llenaron las páginas de los libros que pretendían plasmar la historia del mexicano *de a pie*, de aquél que con su desestimada historia particular también escribe la Historia, una historia tan valiosa como la que reinaba hasta entonces. Se habían encontrado nuevos canales, nuevas formas de ver la historia nacional: aquella que se construye por las experiencias más ínfimas, por los que comúnmente están olvidados y que nutren el tema de estudio, los que aparecen *desde afuera y desde abajo*.

Gracias a la nueva forma microscópica de mirar los estudios de la Revolución, en tela de juicio quedaron todos los principios que tradicionalmente habían sido aceptados como “verdades únicas”. Surgió el México múltiple. Se dudó, incluso, del adjetivo “revolucionario” del movimiento.¹¹⁸ A ese respecto, urgía que los estudios de la Revolución Mexicana tomaran en cuenta el cúmulo de detalles, precisiones y matices que estaban surgiendo de los estudios revisionistas, de la historia regional. Dentro de la heterogeneidad de la Revolución, las tendencias regionales se mostraban como patrones de los que se pudo construir una nueva y nutrida “teoría general” de la Revolución Mexicana. No se trata, como afirma Carlos Martínez Assad, de cuestionar los estudios globalizantes que mucho han aportado; por lo que vale la pena contemplar

¹¹⁸ *Ibid.*, Romana Falcón, “Revisionismo revisado”, [en línea], revista Estudios Sociológicos, vol. 5, núm. 14, 11 pp. (341-351), México, El Colegio de México, mayo-agosto 1987, Dirección URL: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/YNRSCRDEVX9D28AUFBX7QCFBA4587L.pdf, [consulta: 6 de junio de 2013].

las regiones es por lo excelente que resulta como herramienta para la historia de un México diverso.¹¹⁹

El estudio que aquí presentamos está dictado desde una perspectiva regional. Un estudio de corte regional sobre la Revolución Mexicana nos exige, por fuerza, caracterizar ese movimiento, por dos razones: 1) de su carácter descriptivo, es decir, de cómo se ve una revolución (por lo general se ocupa de violencia en gran escala, los conflictos políticos —tal vez de clase— serios y el cataclismo social resultante; en esta definición la revolución se distingue de una rebelión menor o de un cuartelazo)¹²⁰, surgirá una magnífica “pista” sobre lo genuino que son los estudios de corte regional en general y para la Revolución de México en particular; 2) la definición funcional de todas las revoluciones nos conminan a su liquidación, a su concreción, a la satisfacción y resolución de las demandas que la han originado y, por ende, liquidar la Revolución Mexicana requerirá de especial atención en esas demandas olvidadas, es decir, liquidar la revolución exige, por innegable principio, en una palabra, definirla.¹²¹

La cuestión regional está vinculada a la modernización del Estado y del Sistema Político Mexicano. El estudio que nos hemos planteado está ceñido al hecho de que la Revolución Mexicana no fue un movimiento único, nacional y general, sino, antes bien, un compuesto de levantamientos armados, heterogéneos, disímiles, con características propias, raíces y objetivos diferentes. Esta forma que hemos adoptado para indagar en nuestra Revolución nos mostrará muy rápido que, precisamente, esa heterogeneidad nos arroja una maravillosa diversidad de detalles regionales que complejizan y abonan los nuevos estudios sobre la Revolución Mexicana y que, como tales, representan nuevas formas de mirar hacia esa parte de nuestra Historia. Todos esos detalles propios de cada región, nosotros los hemos de tratar como tendencias que, por patrones, se encuentran, de muchas y variadas formas, presentes en todas las experiencias locales; nuestro trabajo, más allá de observarlas, será valioso, en mayor medida, si logramos describir, primero, el origen de las nuevas formas de intermediación y, segundo, el nexo y la influencia que presentaron para los acontecimientos a nivel nacional.

Al sentar nuestro estudio en un marco geográfico, estamos echando mano de una concepción que ya ha sido bien recibida por los investigadores del tema: un líder está marcado por su lugar de origen. Tiene una especial relación con ese lugar: en éste encuentra seguridad, alimento, refugio y

¹¹⁹ Carlos R. Martínez Assad, *Los sentimientos de la región*, México, INEHRM/Océano, 2001, p.25.

¹²⁰ Alan Knight, op. cit.

¹²¹ Ibid.

seguidores, incluso allí están sus más acérrimos rivales. El apego al territorio es un tema significativo porque es allí donde comienza su poder, es su origen y núcleo: en ese lugar están sus clientes, familiares, amigos, seguidores, simpatizantes y todos aquellos con los que puede contar en todo momento. *Líder y lugar de origen* van de la mano: el espacio geográfico es indispensable, pues el lugar influye en el líder en la medida que el líder va influyendo en el lugar. Para decirlo en palabras de José Ortega y Gasset: “yo soy yo y mi circunstancia”.¹²² Es, pues, el hombre producto de su entorno y, al tiempo, el entorno se vuelve producto del hombre.

Los estudios geográficos nos brindan información desde muchos enfoques teóricos y campos de estudio diversos y específicos, muchos de estos son contradictorios o se complementan; lo que genera, sin embargo, que se confirme la enorme complejidad de los agudos contrastes en la intrincada variedad y posibilidades de vida.

El marco geográfico lo hemos caracterizado como el estudio “desde afuera”. Es decir, para nuestro estudio específico, como la “Periferia”, desde los estados, desde las regiones, en las localidades. Con ello, estamos diciendo que la concepción reinante de la historia, la escrita desde el Estado central, la historia nacional, ha encontrado eco en “otras formas” de escribirse. Creemos que los enormes detalles provenientes de las regiones, los patrones y las tendencias, también marcaron el derrotero de los acontecimientos durante la posrevolución; que los caciques, los caudillos y los hombres fuertes de cada región, en su posición de “jefes natos”, fungieron como *operadores* de los proyectos del gobierno central, es decir, llevaron a cabo un papel trascendental como *intermediarios* y *nexo*, dotaron de estabilidad, cohesión, unidad, coherencia y sentido al sistema político en los momentos de mayor incertidumbre, en los momentos en que el gobierno central no podía hacerse cargo de sus funciones vitales y que, por ello, vivía constantes amenazas.

Pero la historia no solamente está escrita a la manera tradicional. Además de replantearse *de afuera para adentro*, también se ha establecido su valía “desde abajo”, de abajo para arriba; desde la sociedad. Los estudios de corte regional rinden, sin duda, su atención en las relaciones sociales. *Desde abajo* significa, en conjunto, que son los sujetos de la sociedad quienes detentan, en originaria y última instancia, el poder a través de sus relaciones microsociales. Con ello nos enfrentamos directamente a la argumentación que le da un gran peso al Estado; éste se presenta como la máxima expresión de poder y decisión desde el que se maneja toda la vida política, socioeconómica y cultural, en una jerarquización vertical. Esta concepción anula el hecho de que el

¹²²José Ortega y Gasset, “Meditaciones del Quijote”, *Obras completas 1902-1915*, España, Taurus/Santillana, 2004, tomo I, p.757.

poder radica en la sociedad, en muchos grupos y relaciones microsociales y que son éstas quienes determinan las conductas generalizadas de las sociedades. Es decir, en palabras menos, como nunca se nos dijo, la verdadera lucha contra el viejo orden comenzó así: *de abajo para arriba*.

Por lo tanto, el origen de la Revolución Mexicana está en los círculos más bajos de la sociedad; dicho de otra manera, la lucha contra el régimen de Porfirio Díaz empezó en el ámbito de las relaciones microsociales.¹²³ En lugares ínfimos -a través de los enfrentamientos de hacendados y pequeños propietarios con campesinos, trabajadores y patrones, campesinos y el gobierno, seguidores y líder, por ejemplo- el aparato estatal empezó a sufrir estragos. Asimismo, la lucha no se desarrollaba únicamente contra el antiguo régimen; la situación de las clases sociales, sus relaciones, sus nexos entre sí y con el sistema político, nos permiten entender la caída del viejo régimen y la figura de Díaz. La Revolución nacional maderista se encargó sólo de articular y agrupar el movimiento para derrocar una estructura que había empezado a desmoronarse muchos años antes. Adolfo Gilly lo explica así:

“en junio de 1910, Porfirio Díaz se hizo reelegir en su encargo [...] en el norte, en Chihuahua, bajo la protección del gobernador del estado y partidario de Madero, se produjeron los primeros alzamientos. Villa y Orozco –desconocidos hasta entonces, salvo en sus regiones de origen-, encabezaron pequeñas partidas campesinas [...] Las primeras victorias trajeron más y más campesinos [...] Era un nuevo sentido de la vida el que ganaba a las masas campesinas y el alud hacia las armas, largo tiempo contenido o reprimido, se iba volviendo incontenible [...] No la política de Madero, sino la conquista de la tierra por las armas era lo que atraía más y más hombres a las distintas partidas campesinas [...] Mientras tanto, los campesinos comenzaban la revolución. Pequeños grupos armados de indios y peones tomaron la tierra [...] y sembraron bajo la protección de sus fusiles [...] La iniciativa de los campesinos estaba resolviendo, desde abajo, con sus propios métodos directos y claros, sin esperar leyes ni decretos, el problema de la tierra. Así empezó la revolución mexicana.”¹²⁴

Es así que, en lo posterior, en este trabajo vamos a tratar sobre los cambios que se efectuaron *desde afuera y desde abajo* y, para ello, hemos de volver al *México pequeño*, a la *Patria chica*, a los sucesos ocurridos en los rincones y cuya importancia es, por principio, meramente local, pero que, como veremos, pronto se volvió piedra angular a nivel nacional. Nuestra tarea, más allá de sentenciar su innegable influencia, será la de describir cómo aquellas “desestimadas historias particulares” determinaron y dieron contenido a los sucesos nacionales; particularmente, sostenemos que la creación del Partido Nacional Revolucionario solamente fue la acertada lectura que Plutarco Elías Calles había hecho, a través de las alianzas con los hombres fuertes, de las

¹²³ Victoria Lerner Sigal, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, Archivo Histórico el Estado de San Luis Potosí, número 5, México, 1989, p.14.

¹²⁴ Adolfo Gilly, *“La revolución interrumpida”*, México, Ediciones El Caballito, 1975, séptima edición, p.45-47.

experiencias locales y regionales durante la década de 1920, una época de mayor incertidumbre, los años de caudillismo revolucionario, la posrevolución; una lógica diferente a la centralista.

Nadie puede negar la existencia de estas nuevas formas de negociación *de afuera para adentro*, de intermediación y nexos, entre los poderes regionales y el gobierno central. Pero son las condiciones particulares de la sociedad en la región estudiada, su dinámica y sus orientaciones lo que permite explicar el sentido del movimiento mismo. La situación espacial y temporal, así como los actores, determinan la investigación del movimiento social, particular y globalmente.¹²⁵

Como el movimiento revolucionario maderista, después de su triunfo en el poder, no tuvo la capacidad de recuperar las demandas de los sectores marginados, de las clases populares, campesinos y obreros que lo habían seguido en la lucha, el Estado que surgió de la Revolución, muy pronto, comenzó a dar síntomas de debilidad, pues, como es sabido, la agitación -relaciones que dan sentido a una sociedad-, continuó a lo largo y ancho del país.

Periodo de incertidumbre, con las demandas incumplidas de la Revolución, vino una constelación de movimientos regionales que, de a poco, lograron, ciertamente, autonomía. Sería en la década de 1920 -aquella década de caudillismo revolucionario- cuando lograron definirse, evidentemente, los distintos poderes *-formales y de facto-* estatales, los cacicazgos y los hombres fuertes regionales, sellando, desde una dinámica propia y con leyes internas, un "pacto" de reconocimiento, poder, lealtad y autonomía, que parecía, en ese momento, inquebrantable.

Se trata de verdaderos procesos sociales con sus propias fuerzas políticas, con sus propios hechos, con características propias bien definidas¹²⁶, con influencias en ámbitos específicos de la Revolución, con unicidad política que bien podríamos definir como "sistemas políticos locales únicos".

Sin embargo, es más complicado que sólo dos enfoques¹²⁷: uno, la óptica global -según ésta lo nacional está a un palmo de lo general- que considera el fenómeno como algo que se ha venido desarrollando e imponiendo desde el centro político-administrativo, como la construcción jerárquica *-de arriba para abajo-*, aquélla que narran, formal y tradicionalmente, los vencedores; dos, aquélla, la que hemos venido describiendo, que prefiere enfocar lo general desde lo particular. Pero, la cuestión no es tan simple, pues, de muchas maneras, la adecuación de una ha

¹²⁵ Carlos R. Martínez Assad, op. cit., p.26.

¹²⁶ Ibid., p.19.

¹²⁷ Ibid., p.19.

estado, en la teoría y en la praxis, sistemáticamente empeñada en el menoscabo de la otra, y viceversa. Más aún, cada movimiento particular está vinculado al universo de lo nacional. Cabría, pues, un tercer enfoque que se encargara de demostrar la construcción histórica a través de la influencia de ambos; vale decir, una simbiosis con efectos benéficos al mismo fin.

Los intentos centralizadores sólo podían dar frutos a través de la imposición -acción alcanzada a través del ejército- o a través de la negociación -todos los caciques diseminados por las regiones del país. En aquel tiempo, el ejército se encontraba profundamente politizado. Entonces, producto de un fenómeno paradójico, los esfuerzos centralistas sólo podían rendir frutos en la medida que su dependencia a las fuerzas centrífugas crecía: reforzaban la unidad política del país acentuando las tendencias separatistas y brindándoles mayor autonomía, es decir, con la Revolución sobrevino una dispersión del poder político en numerosos núcleos regionales, el mando se traslado a las zonas de influencia de estos núcleos de poder, de los que se valió el propio poder central para asegurar su poder político. Con todo esto, se aseguraba, aunque indirectamente y a través de intermediarios, el dominio político en las regiones y la aplicación de las leyes del Estado. Lo que no debe entenderse como la imposición centralista: los caciques usaban la violencia para sus propios fines y, además, de manera discrecional, decidían si las leyes se aplicaban o no en sus regiones. La problemática de lo regional se inserta, necesariamente, en dos ejes fundamentales:

“el primero está dado por la forma como se imbricó la conflictiva regional con el proceso nacional, puesto que la revolución rompió con la unidad alcanzada hasta el porfiriato y la radicalidad del proceso despertó un conjunto de diversas fuerzas regionales con capacidad para interpretarlo de variadas maneras, resultando una heterogeneidad de concepciones sobre el poder y de las reformas sociales. La consolidación del proceso en el plano nacional obligó a definir un solo proyecto que sería resultado de las distintas oposiciones que existían regionalmente. El segundo eje es la construcción de un Estado moderno que [...] necesitaba de la institucionalización y de la centralización política; en esta medida [...] el poder central eliminó a los cacicazgos regionales [...] a la vez que mantenía alianzas con aquéllos que aceptaban el dominio del centro en tanto les otorgaba márgenes de cierta autonomía, hasta finalizar con los feudos políticos regionales [...] en plena fase de institucionalización.”¹²⁸

El fenómeno revolucionario esclareció una serie de movimientos regionales que estaban fraguándose mucho antes del Plan de San Luis. En realidad la Revolución nació en los pueblos, en los ranchos, en las haciendas donde los estragos del porfiriato se hacían sentir realmente. Esos movimientos regionales no fueron en un principio realmente autónomos, pero en la medida que, como ya lo hemos apuntado, suplían, por llamarle de alguna manera, las funciones estabilizadoras, de orden, de estructura al sistema, su existencia se volvía necesaria.

¹²⁸Ibid., p.20 y 21.

El distanciamiento geográfico de esas regiones en relación al centro político-administrativo del país, más la necesidad del Estado por mantener el orden en las distintas entidades, elevaron la autonomía de los líderes y su movimiento. Las autoridades regionales con poder real, factico, de hecho, comenzaron a contar con el apoyo del centro. Se tejió, entonces, una alianza muy poderosa cuya fortaleza más significativa fue también su más grande debilidad: la informalidad -relaciones personales de dominación y ejercicio del poder. Su fuerza radicaba en las posibilidades que tenían sobre ciertas prácticas políticas que los alejaran del gobierno central en sus zonas de influencia: el control de los medios de producción en sus zonas; bases sociales leales al cacique fuertemente apegadas e identificadas con sus decisiones –por más suicidas que estas fueran- o, simplemente, clientelas donde se ofrecía apoyo y reconocimiento a su autoridad local a cambio de prebendas de todo tipo -hasta de las que de meras promesas no pasaban-; alianzas políticas y personales con el centro, con los dirigentes y con las clases populares a través de la ideología que profesaron y; por último, el uso de medidas coercitivas para someter a quienes se oponían.¹²⁹

Las dificultades del gobierno de la República ayudaron al fortalecimiento de los núcleos de poder regional, el alejamiento territorial –distancia agrandada por la carencia de medios de comunicación e información efectivos-, así como por un sinnúmero de accidentes geográficos – naturales del territorio mexicano-, además de la eterna amenaza de levantamientos armados, asonadas y cuartelazos, favorecieron que “las autoridades regionales contaron con todo el apoyo del gobierno del centro y que el federalismo sólo (fuera) utilizado para sostener los despotismos regionales”, además de que estos cacicazgos se veían nutridos de las prácticas autónomas que efectuaban en sus zonas de influencia.¹³⁰

El fenómeno paradójico en los intentos de las fuerzas centralistas puede ser rastreado a los elementos más significativos de las fuerzas regionales: el control de todos los ámbitos de la vida local, sus alianzas en la región como en el plano nacional, su relación personal y paternalista con las clases populares, la facultad para mantener apego con su región de influencia y sus clientelas, el consenso social o las medidas coercitivas para lograr sus fines. Estos hechos, presentes en las particularidades de las regiones, son, por lo demás, el elemento que ha permitido satisfacer las intenciones de esta investigación. Estos hechos fueron la contradicción más evidente entre el gobierno del centro y los poderes regionales encarnados en los jefes natos y en sus seguidores.

¹²⁹Ibid., p.30.

¹³⁰Ibid., p.21.

Estos jefes locales se colocaron al frente de la agitación en sus regiones o localidades, debido a la incipiente respuesta que las demandas de las clases populares estaban recibiendo por parte de un débil Estado -que se estaba fortaleciendo día con día-; estos hombres con amplio poder político representaban la máxima esperanza de los campesinos –en San Luis Potosí, por ejemplo, existió una fuerte devoción por Saturnino Cedillo- de ver resueltos sus problemas de tierra con los hacendados. Sin embargo, sucedió, en los azares de la Revolución y en su encarnación institucional, que los movimientos políticos de las regiones fueron desarticulándose a través de diferentes medios: se les alejaba de su zona natural de influencia con encomiendas diversas –se les nombraba jefes de Operaciones Militares en regiones alejadas de su zona de influencia natural o, incluso, se les exiliaba-, se iniciaba una abierta ofensiva contra el corazón de su poder local –sus bases sociales eran desarmadas y desarticuladas-, eran perseguidos y hasta asesinados. Apoyados y fortalecidos por organizaciones nacionales creadas desde el centro –como la Confederación de Trabajadores de México y la Confederación Nacional Campesina-, y por nuevas instituciones políticas –como el Partido Nacional Revolucionario o por el Ejército Federal- el gobierno central logró hacer respetar con decisión sus principios.¹³¹

Las alianzas entre los poderes en las diversas regiones y el gobierno central quedaron manifiestas en las ventajas o riquezas que obtuvieron aquellos estados que entraron a *la bola* desde sus inicios y que más pronto se unieron a los poderes federales, es decir, que de inmediato entablaron buenas relaciones con el centro. Por ejemplo, Carlos Martínez Assad trata el tema del reparto agrario: “véase el reparto agrario posterior a la Revolución y se encontrará que fueron más favorecidos los estados que más pronto se sumaron a la contienda.” En las entidades, esta situación tenía verdadero peso, campesinos de San Luis Potosí, por ejemplo, -aquéllos que materialmente no tienen nada y por lo tanto nada han de perder- se sumaron a la lucha cedillista en busca de alcanzar el reparto o restitución de tierras. Saturnino Cedillo buscó entablar buenas relaciones con el centro político del país para obtener una posición ventajosa en las nuevas circunstancias políticas y económicas.¹³²

Al tiempo, dos elementos se volvieron definitivos en la orientación del proceso posrevolucionario: *caudillismo* e *institucionalización*. Como ha sido el hilo conductor de este trabajo, durante el largo camino que llevó de la política caudillista a una política con predominio de las instituciones, se volvió definitiva la orientación que comenzó a tomar la sociedad y que encontró una de sus

¹³¹Ibid., p.22.

¹³²Ibid., p.23.

expresiones básicas en la pérdida de poder de los cacicazgos regionales, los que habían servido de unidad y coherencia al sistema político caudillista y como muralla a las numerosas intentonas rebeldes, y que perdían sentido frente a la fuerza cada vez mayor el poder central.¹³³

El Ejército, la Iglesia, la escuela y el partido oficial -Partido Nacional Revolucionario- fueron las instituciones fundamentales en el fortalecimiento del poder central y en la legitimación del Estado frente a las masas populares. Cada una de estas instituciones es merecedora de un amplio trabajo propio. Los fines de este estudio versan únicamente sobre la génesis, el contenido “modernizador” y la función centralizadora del partido oficial, del partido del Estado, del PNR. Como todo se buscó que se resolviera de manera autónoma por los gobiernos locales, las razones, muy pronto, entraron en contradicción: los problemas intrínsecos y naturales para las fuerzas centralizadoras, surgidos de la autonomía a los gobiernos locales, hicieron evidente que la iniciativa local generó severos obstáculos para los fines de ambas partes. La autonomía de los poderes regionales se volvió anacrónica y contradictoria con los avances de la centralización político-administrativa. Aquellos poderes que habían servido al gobierno central para dar, de una u otra forma, estabilidad al sistema, ahora, que ya no eran necesarios, estaban siendo destruidos.

El Partido Nacional Revolucionario fue un apuntalamiento de las fuerzas centralizadoras. Surgido como una confederación de caciques, de hombres fuertes, de jefes natos locales, vinculados en su gran mayoría a partidos políticos regionales cuya unicidad determinó su fortaleza y la del líder mismo, el PNR, nacido al calor de las experiencias locales y bajo la misma lógica de unicidad, con el asesinato del último *Caudillo* de la Revolución, Obregón, tenía el objetivo de abrazar la causa de la *familia revolucionaria* y que nuevamente el poder político no se diseminara.¹³⁴

El gobierno central, con un ejecutivo cada vez más fuerte, pasará a controlar definitivamente a los cacicazgos con lo que Obregón y Calles habían mantenido lazos estrechos salvaguardados a través de pactos políticos informales en los que se comprometían a respetar áreas de influencia, siempre y cuando los caciques pusieran a disposición del gobierno central sus contingentes de apoyo durante alguna crisis, casi siempre política.

¹³³ Carlos R. Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución. El tabasco garridista*, México, Siglo XXI Editores, 2004, quinta edición aumentada, p.12.

¹³⁴ Carlos R. Martínez Assad, 2001, op. cit., p.25.

2.2 Un obstáculo para la construcción de un nuevo orden político: los movimientos armados.

*“...para gobernar en México, es necesario matar.”
Alberto J. Pani.*

La búsqueda de un nuevo mecanismo político capaz de llenar el vacío dejado tras la caída del régimen porfirista matizó la década de 1920. En medio de tiempos aciagos, como nunca antes, se hizo más evidente el vacío de poder dejado tras el derrumbe del viejo dictador. Como legado histórico de la Revolución¹³⁵, la profunda ola de violencia desatada luego del llamado maderista, provocó que las aspiraciones de los sectores más vulnerables –quienes nutrían las huestes revolucionarias- pasaran, de una u otra forma, a segundo término. Muy pronto, el legado político y social de la Revolución instó a que el caudillismo revolucionario buscara nuevas formas capaces de armonizar ese legado violento con las fuerzas populares desatadas por el movimiento mismo. Evidente se volvería que de no hacerlo así, la existencia misma del grupo revolucionario estaba en peligro: desde Francisco I. Madero hasta Álvaro Obregón, pasando por Venustiano Carranza, Adolfo de la Huerta, Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez -víctimas trágicas de esta herencia revolucionaria-, la legalidad impuesta por la Carta Magna de 1917 distó mucho de regir realmente la vida diaria de la nación.

Como herencia política, la Revolución dio origen a una encarnizada asonada de violencia que fungía como marco para la imposición, por la fuerza de las armas, de los jefes del Poder Ejecutivo federal, siendo el “Sufragio Efectivo” –bandera primigenia de la Revolución- meramente imaginario. Enmarcado en esa violencia del caudillismo revolucionario, los vencedores se toparon con una nueva etapa de la Revolución, cuya principal característica fue una serie de nuevos desafíos constructivos.

Al comienzo de la década de 1920, los hombres fuertes locales y regionales, así como el ejército, constituían una de las mayores fuerzas del Estado y, además, la única con organización nacional. La milicia, como única estructura de gran alcance, detentaba un enorme poder, lo que le valía influir en las decisiones políticas trascendentales del país; fue ésta, en mucho, quien impulsó, influyó, apoyó, promovió –y destruyó- a las organizaciones políticas y a las incipientes instituciones.

¹³⁵Tzvi Medin, *El minimato presidencial: historia política del maximato*, México, Ediciones Era, serie: Problemas de México, 2003, novena reimpresión, p.16.

Herencia misma del movimiento armado de 1910, móvil sangriento de la lucha por el poder, paradójicamente, todavía en la década de 1930, seguía pendiente la tarea de estructurar un poder político nacional; arrojando, antes bien, una serie de caudillos, caciques y hombres fuertes –todos ellos con organizaciones o partidos locales cuyo síntoma más representativo era la unicidad política- con un profundo dominio de sus regiones y, con ello, viviendo y amortiguando el poder central. La gran paradoja del periodo se nutrió por el obstáculo que representaron las constantes asonadas militares y los poderes regionales y locales.

Desde el triunfo de la Revolución hasta mediados de la década de 1930, la política mexicana se desarrolló en medio de una infinidad de fuerzas políticas centrífugas, reacción intrínseca de la lucha armada, el desentendimiento y la falta de soluciones reales a las demandas sociales y la agitación natural que éstas seguían produciendo por todos los rincones del país. El problema central al que se enfrentaba la sociedad mexicana en esos años era la necesidad de construir una dirección, una hegemonía política que le permitiera una perspectiva nacional. Por tal motivo, cobraba importancia progresiva la construcción de un nuevo orden político donde la estabilidad del sistema no dependiera ni de la figura de un hombre –el dictador, Porfirio Díaz, el *Caudillo*, Obregón o el *Jefe Máximo*, Calles- ni del apoyo de fuerzas paralelas al Estado, sino de organizaciones estables y permanentes. El camino a la institucionalización y modernización del sistema político, así como del Estado mismo, está inscrito, al margen de las insipencias formales, en un “pacto” paradójico entre el poder central y las regiones.

Durante más de una década, los diversos poderes centrífugos desatados luego de la Revolución y los levantamientos armados y rebeliones militares constituyeron un gran obstáculo para la pacificación del país; en esa medida, también, lo constituyeron para emprender las funciones propias del Estado mexicano. Por lo demás, los movimientos y rebeliones armadas no sólo se configuraron al margen de las incipientes instituciones, sino que, incluso, dentro de las fuerzas sostenedoras del régimen.

Como afirma el Maestro Samuel León, los militares de este periodo jugaron un doble papel: por un lado, fueron los encargados de vigilar la paz pública y salvaguardar las incipientes instituciones, con lo que contribuyeron a conformar el Estado revolucionario en ciernes. Y por el otro lado, le produjeron inestabilidad al régimen debido a sus constantes insurrecciones; incluso, en determinados momentos, constituyeron un obstáculo para el fortalecimiento del poder nacional. A continuación, con base en la cronología de una recopilación periodística de 1916 a 1994 de

Francisco Galindo Ochoa de *El Universal*, vamos a realizar un desglose de los principales levantamientos armados, obstáculos, todos ellos, para el fortalecimiento del poder central; obstáculos que, sin embargo, a su tiempo, irían desapareciendo. No entraremos en el detalle de las campañas militares –creemos que nuestro objetivo queda satisfecho con el hecho mismo del levantamiento armado-, y, en cambio, nos adentraremos en su repercusión política más importante –las deficiencias del juego político-; todo esto, consecuentemente, con el hilo conductor de este trabajo.

2.2.1 “Van a ver cómo muere un presidente de la República”.¹³⁶

La lucha por el poder ha sido, sin lugar a dudas, luego de la consolidación de los objetivos del Ejército Constitucionalista de Venustiano Carranza, *Primer Jefe de la Revolución*, el factor principal para desencadenar los hechos sangrientos que, muy pronto, se convirtieron en la sustancia primigenia del principio rector de la conformación de las instituciones nacionales. Para muestra bastaría mencionar, por principio, los meses previos a la sucesión presidencial de Carranza, cuando éste trato de imponer a un civil en la silla presidencial que ya habían reclamado, para sí mismos, a través de las armas, los militares revolucionarios. Ante el rechazo del general Obregón de aceptar a un civil –el licenciado y embajador en Washington Ignacio Bonillas- para que ocupara la silla presidencial, una rebelión se suscita y muchos militares con mando de tropas simpatizan con la causa del *Manco de Celaya*. Los acontecimientos de sublevación orillan a Obregón a huir de la Ciudad de México para evitar ser capturado y enjuiciado como traidor al carrancismo. El 13 de abril de 1920, disfrazado de maquinista de tren¹³⁷, acompañado de Margarito Ramírez, ferrocarrilero de México-Iguala, Obregón, secretario de Guerra y Marina, abandona la ciudad de México.

A estos sucesos, se produce un levantamiento de tropas leales al general sonoreense, integradas en el Ejército Liberal Revolucionario, al mando del general Jacinto Blas Treviño, quienes obligan a Carranza a emprender una huida con rumbo al estado de Veracruz. A través de *El Universal* –que presume de conserva la segunda copia inmediata al carbón-, el día 23 de abril, ve la luz pública el Plan de Agua Prieta, programa del Movimiento Reivindicador de la Democracia y la Ley.¹³⁸ El plan del gobernador civil sonoreense, Adolfo de la Huerta, fue secundado y apoyado por los generales

¹³⁶John W. F. Dulles, *Ayer en México: una crónica de la revolución (1919-1936)*, Fondo de Cultura Económica, México, séptima reimpresión 2003, p.48

¹³⁷Francisco Galindo Ochoa, *Los movimientos armados en México 1917-1994*, Tomo I, El Universal, México, 1994, p.112.

¹³⁸*Ibid.*, p.106 y 116-117.

Plutarco Elías Calles, Salvador Alvarado, Benjamín Hill, Jacinto B. Treviño y Arnulfo R. Gómez, entre otros.

Ese mismo día, tres de los principales carrancistas, Francisco Murguía, Juan Barragán y Cándido Aguilar, son detenidos. El gobierno queda acéfalo y es nombrado presidente interino el general Antonio I. Villarreal, con la venia de los dos principales líderes del movimiento anticarrancista, Álvaro Obregón y Pablo González. Mientras tanto, Carranza, con una comitiva de cerca de 70 hombres, huye a caballo por la sierra de Puebla. Muchos generales y jefes militares se habían adherido al plan que desconocía su gobierno. Muy pronto, la situación se oscurece para el presidente coahuilense. Su huida era inminente. El carrancismo se negaría a morir y el Primer Jefe, tratando de repetir su hazaña de 1915, buscaría replegar sus fuerzas en Veracruz.¹³⁹ Sin embargo, Tlaxcalantongo, Puebla, sería testigo de “la muerte de un presidente de la República”.¹⁴⁰

Con la llamada “huelga de los hombres del ejército” en puerta, Venustiano Carranza se dispuso a preparar una gran salida de la Ciudad de México con rumbo a Veracruz, con la firme idea de establecer su gobierno allí. A pesar de las dificultades para hacerse de transporte -ya que la gran mayoría de los trabajadores ferrocarrileros eran partidarios de Obregón-, un conjunto de trenes, incluyendo el *Tren Dorado* presidencial, salieron de la capital el 7 de mayo de 1920. El presidente Carranza, antes de salir de Palacio Nacional, atinó a sentenciar: “van a ver cómo muere un presidente de la República”. En medio de un éxodo mal organizado -así lo demostró su trágico final-, los trenes llevaban entre 8 y 10 mil personas. No sólo Carranza y miles de empleados gubernamentales; llevaban a sus familiares, amigos, amigos de sus amigos, miles de bienes de las familias, archivos del gobierno, equipo militar, fondos de la Tesorería mexicana con valor de once millones de pesos oro, ¡y hasta los cuños de la Casa de Moneda del gobierno! Pero, para su desgracia, no llevaban suficiente agua para la gente y las maquinas, y, para colmo, los medicamentos eran escasos.

La situación empeoraría cuando un general rebelde, Jesús N. Guajardo, los pudo alcanzar y, con una locomotora, se las arregló para obstruir y descarrilar casi la mitad de los carros del convoy. Con aquella maniobra, logró miles de muertes, prisioneros y numeroso equipo militar. Aquella parte de la comitiva que logró huir sólo lo hizo para encontrarse con una grave catástrofe en Aljibes, Puebla.

¹³⁹Romana Falcón y Soledad García Morales, *La semilla en el surco*, México, El Colegio de México, 1986, p.105.

¹⁴⁰John Dulles, op. cit., p.48.

En las cercanías de la sierra de Puebla, el tren presidencial, ya sin agua, encontró las vías levantadas. Trago amargo para el *Primer Jefe* fue la adhesión de las tropas de Veracruz, al mando de Guadalupe Sánchez, a los rebeldes aguaprietistas. Con ello, don Venustiano ya no tenía adonde ir. El 13 de mayo la lucha se desató en Aljibes. Carranza huyó a caballo por la sierra. Según la visión de John Dulles, “lo que le faltaba en número, le sobraba en calidad”: lo acompañaba Francisco Murguía, Luis Cabrera, Ignacio Bonillas, Juan Barragán, Federico Montes, Manuel Aguirre Berlanga, entre muchos otros distinguidos miembros de lo que alguna vez fuera el poderoso régimen del coahuilense. A través de la sierra, las condiciones del estado del tiempo, las montañas escarpadas y angostas llenas de vegetación se volvieron el nuevo enemigo. La situación era desalentadora, el *Primer Jefe* no contaba más con nadie, muchos generales asiduos a él lo había traicionado adhiriéndose al plan rebelde. Sólo se le oyó decir: “¡Adiós, señores. Estamos perdidos!” Y, sereno, se fue rumbo a la montaña.¹⁴¹

Con 60 años de edad, entre caminos peligrosos y con una amarga sensación, el presidente de la República buscó el apoyo de Francisco de Paula Mariel, quien durante mucho tiempo fuera comandante militar de las regiones de Puebla. El 20 de mayo, Mariel y el general Rodolfo Herrero –quien por largo tiempo permaneció como anticarrancista y hacía dos meses se había rendido a Mariel-, resolvieron que la comitiva pasara la noche en San Antonio Tlaxcalantongo. Así lo hicieron.

Mariel se apresuró a ir a Villa Juárez en la búsqueda del coronel Lindoro Hernández para inquirir acerca de su lealtad al *Primer Jefe* y, sin más, dejó la comitiva al cuidado de Rodolfo Herrero. Por las montañas, encontraron un lugar deshabitado: Tlaxcalantongo sería su nuevo Palacio Nacional, mientras esperaban el regreso del general Mariel. Carranza se alojó en una choza con piso de tierra y sin muebles, al lado de Pedro Gil Farías, Mario Méndez y dos capitanes del ejército, y les dijo: “Que Dios esté con nosotros durante estas 24 horas”.

Rodolfo Herrero tuvo que salir a Patla tras recibir la noticia de que su hermano, el teniente coronel Hermilo Herrero, había sido herido. Por la madrugada, un mensajero entregó a Carranza un escrito de Mariel: “Lindoro Hernández es leal. Muy temprano por la mañana una parte de sus fuerzas saldrá a encontrar a la columna expedicionaria y llevarla a Villa Juárez”. Carranza, más sereno, extinguió el pequeño cabo de su vela, todo siguió en silencio. A las 4 a.m. del 21 de mayo, gritos y alaridos de “¡muera Carranza, viva Obregón!” despertaron a la comitiva que se alojaba en las

¹⁴¹Francisco Galindo Ochoa, op. cit., p.122 y 124.

chozas. En medio de la oscuridad, entre disparos, traicionado por Rodolfo Herrero, con una pierna rota, sin poder moverse y sin esperanzas, el *Primer Jefe de la Revolución Constitucionalista* murió.¹⁴²

A las diez y cuarto de la noche, en el cuartel general de Obregón se leyó:

*“Se han recibido partes oficiales diciendo que el ex federal Rodolfo Herrero, rendido en el mes de marzo al general Mariel y perteneciente a las fuerzas del propio general, quien acompañaba al señor Carranza y a su comitiva, atacó a éstos a la una de la mañana de ayer, en un punto denominado Tlaxcalantongo, habiendo resultado muerto el señor Carranza y sus acompañantes, sin que se conozcan aún los nombres de éstos [...] el ex federal Herrero se había rendido a las fuerzas de Mariel el mes de marzo último”.*¹⁴³

La triada sonoreense que dio vida al Plan de Agua Prieta constituyó así, de la oposición, la génesis del moderno Sistema Político Mexicano. El ataque a la cabaña donde dormía el *Barón de Cuatro Ciénegas* fue perpetrado por hombres al mando de Facundo Garrido y Ernesto Herrero. Toda la operación fue dirigida por Rodolfo Herrero, una traición le costó la vida al *Primer Jefe de la Revolución*. El 9 de mayo de 1920, Obregón entraba triunfante a la capital de la que, hacia menos de un mes, había huido disfrazado de ferrocarrilero. La posición ventajosa que los rebeldes encontraron en los jefes natos y hombres fuertes de las regiones del país fue, en gran medida, la razón de que todo se cumpliera. Desde esa lógica, el *pacto* comenzaba a parecer irrompible: ya Obregón y Calles vigilarían que el suyo, el triunfo del *Manco de Celaya*, fuera el último levantamiento militar de éxito.

2.2.2 La muerte del Centauro del Norte.

En Chihuahua, Pancho Villa se comunica con el general Plutarco Elías Calles para externarle su rendición con motivo del asesinato del *Primer Jefe*. Lo mismo comenzó a hacer otros tantos generales anticarrancistas como Manuel Peláez y Félix Díaz. A este último, Adolfo de la Huerta, el nuevo presidente interino, le negó la rendición debido a su participación en el *cuartelazo* que privó de la vida al *Apóstol de la Democracia*.

Sin embargo, el gobierno sigue fiel a su tendencia combativa y considera improcedente amnistiar a Villa, luego de cuatro años de venir combatiéndolo a un muy alto costo de vidas y recursos, y renueva la lucha en su contra. La campaña contra el *Centauro del Norte* la encabeza Joaquín Amaro, jefe de Operaciones Militares en el estado de Chihuahua. Fracasa en su intento por

¹⁴²John Dulles, op. cit., p.51.

¹⁴³Francisco Galindo Ochoa, op. cit., p.126.

infringirle una derrota total, no obstante que la *División del Norte* estaba muy diezmada, luego de haber perdido a dos de sus mejores hombres: Felipe Ángeles y Rodolfo Fierro. De esto, ocurren nuevos intentos de negociación a cargo del ingeniero Elías Torres. El gobierno firma un documento con Villa donde se compromete a dar cauce a sus demandas a cambio de que los sublevados no ataquen trenes, poblaciones o guarniciones por un plazo de una semana.

Sin embargo, días después, el nuevo secretario de Guerra y Marina, Álvaro Obregón, informa que el gobierno no aceptará las condiciones de Villa, pues hacerlo sería “concederle personalidad y fuerza, que no tiene”. Al conocer la respuesta del gobierno, Francisco Villa amenaza con desatar, una vez más, su fuerza militar en el norte del país. La situación se complica cuando el general Pablo González es encontrado culpable de sedición y es detenido por órdenes del presidente De la Huerta.

Por fin, luego de que es acorralado por un ejército de 6000 hombres, Villa, de 43 años de edad, se rinde incondicionalmente, el 26 de julio.¹⁴⁴ El general Eugenio Martínez es el encargado de acudir a entrevistarse con el sublevado, quien en muestra de buena voluntad deja en libertad a 60 soldados que tenía prisioneros. Para el 28 de julio, luego de pláticas en Sabinas, Chihuahua, se acepta su rendición y se ordena que viva en la Hacienda de Las Nieves, Durango, retirado de la vida pública. Poco después, se decide que se domiciliará en la hacienda de Canutillo, habiendo reunido una buena cifra de dinero, incluyendo una suma importante que el gobierno le pagaba como general jubilado.¹⁴⁵ Con la negativa de los sonorenses para aceptarlo en su movimiento – alegando su bandolerismo-, Villa y sus tropas se comprometen a entregar sus armas y retirarse a cultivar la tierra. El licenciamiento de las fuerzas villistas terminó el 29 de agosto y representó para el gobierno un costo de 600 000 pesos.¹⁴⁶

Pacho Villa se retiró de la vida pública y prometió a De la Huerta no mezclarse en la política durante la administración del célebre *Manco de Celaya*. Los cuatro años de la presidencia de Obregón trajeron a la República notables avances institucionales, como la creación de la Secretaría de Educación Pública, bajo la tutela de José Vasconcelos; y un positivo encauzamiento de los asuntos hacendarios, por parte de Adolfo de la Huerta, pero, también enlutó al país cuando, en diciembre de 1923, se desató la rebelión delahuertista, el movimiento armado más importante después del constitucionalismo carrancista. Este movimiento se inició con la publicación de la

¹⁴⁴Ibid., p.131.

¹⁴⁵John Dulles, op. cit., p.165.

¹⁴⁶Francisco Galindo Ochoa, op. cit., p.109, 118, 124 y 131-139.

Plataforma política del Partido Cooperativista Nacional, el cual lanzó la candidatura del secretario de Hacienda, Adolfo De la Huerta, contraviniendo la voluntad del general Obregón, quien deseaba, como su sucesor, a su gran amigo y secretario de Guerra y Marina, Plutarco Elías Calles.

Aunque separado de la política, Pancho Villa nunca dejó de hacerse de nuevos enemigos. Después de perder una fuerte cantidad de dinero en peleas de gallos con Melitón Lozoya, Villa se enteró que este hombre era el que había vendido todo el mobiliario de la propiedad de Canutillo en beneficio del dueño anterior. Por consiguiente, dio a Lozoya plazo de un mes para que devolviera los muebles, que, dicho sea de paso, nunca habían sido propiedad de Villa, “o de lo contrario...”¹⁴⁷

Para Melitón Lozoya era imposible restituir ese inmobiliario, por tal razón decidió que debía matar a Villa antes de que éste lo hiciera con él. Un grupo de ocho de sus familiares decidió elucubrar un plan para acabar con el *Centauro del Norte*. En Parral, Chihuahua, José Barraza y Jesús Salas Barraza alquilaron una casa que daba a la calle Juárez, por la que a diario pasaba Villa cuando iba en busca de sus amoríos.

La mañana del 20 de julio de 1923, en una emboscada, se puso fin a la vida del *Centauro del Norte*, quien volvía a la vida pública para respaldar la candidatura de Adolfo de la Huerta, amenazando con poder reunir un ejército de 40 000 hombres, si así se lo exigía la situación. No se le dio el tiempo para cumplir sus palabras, hecho que podría darle el triunfo a la rebelión delahuertista. En apoyo a Adolfo de la Huerta se alzaron en armas, el 5 de diciembre, 23 000 soldados, 3 000 jefes y oficiales y 103 generales, contingente que aumentó en pocos días al extenderse en casi toda la República dicho movimiento. El gobierno se quedó con la mitad de las tropas del ejército, pero con el 60% de los oficiales y equipo bélico.

2.2.3 *El rompimiento de la triada sonoreense.*

La coalición sonoreense formada por Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta se mantuvo unida gracias a la búsqueda del poder –enarbolada en el Plan de Agua Prieta-, pero, también los separó cuando el poderoso triángulo se rompió en uno de sus vértices. Esta alianza de fuerzas marcó, sin lugar a dudas, mucho de los acontecimientos de la Revolución Mexicana y de la construcción del nuevo Estado emergido de ese proceso histórico. Como protagonista indiscutible, la triada sonoreense tomó forma y fuerza a través de un proyecto de nación en el que, personalmente, tenían muchas influencias.

¹⁴⁷John Dulles, op. cit., p.166.

Como podía adelantarse, una figura con tres ángulos difícilmente lograría un nuevo equilibrio de fuerzas. La sucesión presidencial condujo al grupo triunfante de la revolución a un callejón sin salida que sólo podía resolverse, una vez más, derramando sangre.¹⁴⁸

En los albores del cambio presidencial de 1923, el general Plutarco Elías Calles fue postulado por el Partido Socialista del Sureste. Todo parecía indicar que esta vez el poder se transmitiría de forma pacífica y sin mayores contratiempos. Sin embargo, los partidarios de Adolfo de la Huerta – cooperatistas que veían amenazada su posición-, persuadieron –y presionaron- a don Adolfo para que aceptara ser candidato a la presidencia, haciéndose oficial el 19 de octubre a través de la Plataforma Política del Partido Cooperatista Nacional. La lucha sería intensa. En tanto, el gobierno central, conocedor de las intenciones rebeldes de los partidarios de Jorge Prieto Laurens, apresuraba fuertes sumas de dinero como medio para fortalecer las posiciones y lealtades de otros generales, caciques y hombres fuertes desperdigados por las regiones del país. La intención era sólo una: ensanchar más el viejo pacto, truncar autonomía a cambio de reconocimiento y apoyo en el campo de batalla ante el inminente enfrentamiento.

Asimismo, las conferencias de Bucareli, celebrados entre representantes de los gobiernos mexicano y norteamericano, de mayo a agosto de 1923, ocupan un lugar destacado en el trasfondo de la rebelión. En dichas conferencias, se discutieron asuntos relacionados con reclamaciones de guerra, tanto originadas en el siglo XIX como las producidas durante la Revolución. El secretario de Relaciones Exteriores, Alberto J. Pani, tenía desavenencias con una serie de acuerdos que el secretario de Hacienda, Adolfo de la Huerta, había celebrado, en 1922 en Nueva York, con banqueros internacionales–los convenios De la Huerta-Lamont. Durante la organización y desarrollo de las pláticas de Bucareli se hizo a un lado al secretario de Hacienda, cuando en éstas se afrontarían temas que De la Huerta ya había negociado con el gobierno estadounidense.

Cuando el secretario de Hacienda se encontraba en Hermosillo, Sonora, en abril de 1923, se enteró de la noticia a través de un diario neoyorquino. Inmediatamente después, De la Huerta le escribió a Obregón haciendo hincapié en que él ya había logrado, “al más alto nivel”, la aceptación de la política obregonista sin ninguna objeción. El presidente respondió que la celebración de las conferencias de Bucareli sólo se realizarían para un “cambio de impresiones” entre ambos grupos

¹⁴⁸Pablo Serrano Álvarez, *La rebelión delahuertista*, [en línea], México, INEHRM, 2013, Dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-rebelion-delahuertista-articulo>, [consulta: 11 de abril de 2013].

de representantes. Con todo, leyendo las minutas, durante la primera semana de agosto de 1923, De la Huerta concluyó que los acuerdos “vulneraban nuestra soberanía y afectaban nuestra legislación, al grado de que echaban por tierra nuestra Constitución”. Finalmente, después de que Obregón tachara sus impresiones como “*quisquillosidades*”, don Adolfo renunció al ministerio de Hacienda. A partir de entonces, el rompimiento entre De la Huerta y el presidente era un hecho contundente.¹⁴⁹

Las diferencias entre Obregón y De la Huerta comenzaban a agravarse. Los acuerdos de Bucareli eran sólo un eslabón más en la cadena de marginación que don Adolfo comenzaba a sufrir frente al franco respaldo oficial a la inminente candidatura presidencial de Plutarco Elías Calles. Tales circunstancias políticas se convirtieron en “caldo de cultivo” de una rebelión que se veía venir de manera casi inevitable.

La ruptura del *triángulo sonorense* coincidió con una serie de acontecimientos que ambos bandos utilizaron en la refriega: el asesinato de Francisco Villa en julio de 1923; las elecciones gubernamentales de San Luis Potosí, Zacatecas y Nuevo León; la ruptura del líder del Partido Cooperatista, Jorge Prieto Laurens, con Obregón por acusarlo de querer imponer al general Calles como candidato oficial; la actitud de apoyo de Calles al presidente Obregón después de la renuncia de De la Huerta al ministerio de Hacienda; tres supuestos intentos de asesinato en contra del ex ministro; las presiones de los diputados y líderes cooperatistas para que De la Huerta lanzara su candidatura presidencial con el apoyo y el debate en torno a la controversia Pani-De la Huerta por los informes del 19 de octubre, que en los siguientes días involucró también al Congreso de la Unión.

El 4 de diciembre Adolfo de la Huerta se enteró de un complot que pretendía acabar con su vida; de inmediato, hizo los preparativos para viajar a Veracruz y encontrarse con el general Guadalupe Sánchez, líder del movimiento en dicha entidad y que tenía a su mando cerca de 20 mil soldados; desde allí siguió la marcha de los acontecimientos. Casi de inmediato, el general Enrique Estrada, comandante de las fuerzas de Jalisco y Colima, secundó el movimiento.¹⁵⁰ A esta lista insurrecta al gobierno central podemos añadir los nombres de divisionarios como Manuel M. Diéguez, Salvador Alvarado, Antonio I. Villarreal, Cándido Aguilar, Marcial Cavazos y Rafael Buena, por distintas partes del país. Al cabo de dos semanas, los insurrectos se abrieron nuevas rutas de apoyo por el

¹⁴⁹Ibid.

¹⁵⁰Francisco Galindo Ochoa, op. cit., p.153-155.

país con el sostén de generales como Rómulo Figueroa, Manuel Chao, Hipólito Villa, Domingo Arrieta, Manuel García Vigil, Fortunato Maycotte y Nicolás Fernández. Estas adhesiones al movimiento por parte de divisionarios de mucho mérito pronto trajeron como resultado fuertes derrotas al gobierno. El *Plan de Veracruz* fue el sustento del movimiento y en él se llamó a De la Huerta "*Jefe Supremo de la Revolución*". La rebelión hondeaba la misma bandera que la de Obregón contra Carranza: evitar la imposición, respeto inviolable por el voto.¹⁵¹

La Secretaría de Guerra y Marina, al mando del general Francisco R. Serrano, tuvo que intensificar sus labores; según datos del Poder Ejecutivo, el ejército a su mando se componía de 508 generales, 2 758 oficiales y 29 030 individuos de tropa. De este número, defecionaron: 102 generales, 576 jefes, 2 477 oficiales y 23 224 soldados. Estas cifras resaltan la amplitud que la rebelión alcanzó.¹⁵² Sin embargo, cuando se calcula que la rebelión fue secundada por cerca del cuarenta por ciento del ejército¹⁵³, la correspondencia de fuerzas cambió cuando los rebeldes comenzaron a sufrir escasez de municiones y pertrechos de guerra.

Fiel a su manera de actuar, ante la situación, el presidente Obregón pidió un préstamo por 15 millones de dólares a las compañías petroleras extranjeras en México. Obregón había garantizado el pago a través de la firma de los Tratados de Bucareli, mediante los cuales el gobierno mexicano se comprometía a pagar al norteamericano los daños ocasionados por la Revolución a capitalistas del vecino del norte, convenio dañino, sin lugar a dudas, a los intereses de la nación. La oposición a tales convenios le había costado la vida al senador Francisco Field Jurado. Obregón había empotrado su poder político en la CROM, organización obrera al mando de Luis Napoleón Morones.

No obstante que la rebelión fue de gran envergadura, ésta tampoco prosperó. En febrero de 1924, por fin, el movimiento fue perdiendo fuerza y De la Huerta se vio obligado a abandonar Veracruz. Huyó primero a Tabasco intentando resistir¹⁵⁴ y, sin éxito, salió derrotado rumbo a Estados Unidos. Como una verdadera "purga", la mayor parte de los generales del movimiento delahuertista fueron pasados por las armas, mientras que miles de soldados quedaron muertos en los campos de batalla. Al final de la sangrienta guerra, la Secretaría de Hacienda anunció que el alzamiento había costado al erario nacional 40 millones de pesos¹⁵⁵, una cifra muy alta para tan sólo cuatro

¹⁵¹Ibid., p.156.

¹⁵²Héctor R. Olea, *La tragedia de Huitzilac*, México, B. Costa-Amic Editor, 1971, p.80.

¹⁵³Pablo Serrano Álvarez, op. cit.

¹⁵⁴Ibid., p.168.

¹⁵⁵Héctor R. Olea, op. cit., p.81.

meses de combates. Sin lugar a dudas, el triunfo del gobierno se debió al gran apoyo que venía desde abajo -obreros y campesinos- y desde afuera –poderes locales y regionales-, y, a la vez, a la falta de apoyo de las compañías petroleras y de los Estados Unidos de Norteamérica al movimiento delahuertista.

2.2.4 ¡Viva Cristo Rey!

Plutarco Elías Calles asumió la presidencia de la República el 1º de diciembre de 1924. Su gobierno, culminado en la figura del Jefe Máximo –muerto el caudillo (Obregón) en manos de José de León Toral, fanático católico-, buscó consolidar avances institucionales y construir las bases del progreso nacional. Su visión: un presidente enérgico, de una moralidad muy por encima de la de los políticos en general, dedicado ardientemente a la reconstrucción económica, como lo sostienen estudios del periodo callista¹⁵⁶; lo que ocasionó contradicciones que habrían de generar nuevos brotes de violencia. Calles frenó drásticamente la reforma agraria, proceso al que Obregón ya le había dado un revés muy serio, que no fue tan notorio porque en los estados los hombres fuertes seguían enarbolando ciertas ideas reformistas y, quienes por su cuenta, llevaron a cabo entregas de tierras a campesinos.

Al tiempo, Calles se decidió a imponer el poder del Ejército central sobre los caudillos, caciques y hombres fuertes regionales, lo cual obstaculizó seriamente el proceso agrarista. Pero, a diferencia de sus predecesores, Calles no se enfrentó sólo contra militares y hombres fuertes locales y regionales, sino que, además, se enfrentó con una institución de gran fuerza y poder: la Iglesia.

Los conflictos entre el Estado y la Iglesia han existido desde siempre, pero fue en 1926 que “una chispa” provoca el cisma. Los excesos anticlericales de algunos gobiernos estatales (los embates de Múgica, las *campañas desfanatizadoras* o el radicalismo en el Tabasco garridista, por ejemplo) hacen meritos para anunciar que, en efecto, una *guerra santa* se aproxima. Tales acontecimientos enmarcaron las declaraciones, publicadas en *El Universal*, que mencionan al arzobispo José Mora y Del Río, censurando los artículos 3º, 5º, 27º y 130º de la Constitución.¹⁵⁷

A principios de 1926 comienza el crepúsculo de la presidencia del general Calles. Por todas partes hay indicios amenazadores. Desde los primeros días de la campaña presidencial del general Obregón, Calles se ve arrinconado. El *gran Caudillo nacional* ha logrado reunir los ánimos de todos

¹⁵⁶Jean Meyer; Enrique Krauze; Cayetano Reyes, *Estado y sociedad con Calles*, México, El Colegio de México, Historia de la Revolución Mexicana: 1924-1928, 2002, tomo 11, tercera reimpression, p.215.

¹⁵⁷Ibid., p.222.

aquellos que el régimen callista no consiguió aniquilar y que, en la sombra, han aquilatado su desavenencia al gobierno de don Plutarco. No existe grupo alguno de verdadera envergadura que sostenga la bandera del callismo. Y en cuanto al ejército, ni soñarlo; éste sigue siendo obregonista. Como sucede en las horas de dificultad nacional, todo el mundo cree que a Calles le ha llegado la hora. Envuelto en la amenaza de un complot, las rencillas con el presidente Calles unifican a los ambiciosos, a los conservadores, a los antirreeleccionistas, a los católicos, a muchos imprudentes provocados por el mismo Calles.¹⁵⁸

Una ideología distante recobra vigor. Los campesinos, que nada tienen que ver con ese conflicto, son las primeras víctimas, las afectadas más duramente, y deciden negarse a sufrir más, ellos, que hasta entonces lo han soportado todo. En el campo había condiciones objetivas para que el alto clero político encendiera el fervor de los campesinos, sobre todo en la región del Bajío. Si bien el móvil del movimiento cristero fue religioso o ideológico, el trasfondo puede hallarse en las condiciones de vida de los habitantes del campo, deploradas por la inflación reinante y la escasez de insumos para las labores agrícolas. Un boicot, que el gobierno negó y que no consiguió sus fines, tuvo graves repercusiones sobre la vida económica; con mucha fuerza en las regiones, el boicot preparado por la Iglesia agravó una situación que ya era delicada por las malas cosechas debidas a condiciones desfavorables del estado del tiempo, los efectos negativos de la reforma agraria, el descenso de la producción petrolera, la caída en las exportaciones de henequén y la baja internacional de la plata.¹⁵⁹ La sangre había empezado a correr entre tanto: la Iglesia choca con el Estado en todos los terrenos, la guerra tenía que ser total desde el momento en que ambos pretendieron el dominio universal.

El anticlericalismo era de una minoría, pero de una minoría dirigente, de tal manera que se engrana con todas las estructuras de poder, en un momento en el que el Estado no había terminado de moldearse, vulnerable aun en su mal endurecido caparazón. Este es el momento en que el Estado se ve amenazado por los católicos emboscados al amparo de la Iglesia, institución de gran calado, fuera del Estado. Por todos lados, amenaza la Iglesia el creciente monopolio hegemónico en ciernes, razón por la cual el anticlericalismo pasa a convertirse en política militante.¹⁶⁰

¹⁵⁸Ibid., p.215.

¹⁵⁹Ibid., p.231.

¹⁶⁰Ibid., p.217.

La ocasión era la oportunidad que justificaba el cierre de escuelas católicas y de los conventos, la expulsión de sacerdotes extranjeros y la limitación del número de curas en los estados. En tanto, los gobernadores reciben la orden de aplicar la Constitución –cuotas locales de sacerdotes autorizados a solicitar su registro- “pase lo que pase”. Entre marzo y mayo, comienza una persecución descarada en los estados de Tabasco, Jalisco y Colima. Desdeñando la fuerza de la juventud católica, el 14 de junio Calles firma el decreto que provoca la ruptura: la llamada Ley Calles, que reglamenta el artículo 130º constitucional. Calles sentencia el ultimátum: el 31 de julio entrará en vigor la Ley en el país.¹⁶¹ El comité episcopal, como medida de otros tiempos, respondió suspendiendo todos los servicios religiosos. Los momentos decisivos estaban por venir. En una entrevista con Monseñor Díaz –representante del Comité Episcopal-, publicada en la prensa nacional el 22 de agosto de 1926, Calles, con su sentido de soberanía del Estado, sentenció: “pues ya lo saben ustedes, no les queda más remedio que las Cámaras, o las armas”. Conocido fue que Calles precipitó y subestimó el poder, la influencia, la visión y el plan de los alzados. Requirió tres años de *Cristiada* para enterarse.

Con todos los caminos legales cerrados, con casi todas las incógnitas despejadas, sin poder reformar la Constitución –a pesar de haber reunido casi dos millones de firmas en un país donde la población era de 14 334 780 habitantes¹⁶²-, anhelo irrealizable -dado que el Congreso desechó sus peticiones alegando que los solicitantes habían perdido su calidad de ciudadanos mexicanos y, por ende, su derecho de petición al desconocer la Constitución-, de esta manera, agotada la opción de las Cámaras, como lo sentenció Calles –había calificado al movimiento cristero como carente de líderes reales, “acaso uno que otro cura de pueblo”-, sólo quedaban las armas: “no hay más remedio nomás que echar cocolazos”.

Por primera vez, sin ser una lucha intestina –un levantamiento completamente distinto a los tradicionales-, al grito de “¡Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe!”, sin que las oraciones y la penitencia dieran remedio, el 11 de noviembre de 1926 es atacada una escolta de tropas federales en San Juan de los Lagos, Jalisco.¹⁶³ Dos meses después, el 11 de enero de 1927 se produce el primer brote rebelde en el estado de Guanajuato. La hora había llegado por fin: “morir antes que perder la fe”. A partir de allí los levantamientos armados por motivos religiosos se multiplican por

¹⁶¹Ibid., p.223.

¹⁶²Censo General de Habitantes, [en línea], México, Talleres Gráficos de la Nación, Departamento de la Estadística de la Nación, INEGI, 30 de noviembre de 1921, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1921/EUM/RCGH211.pdf, [consulta: 9 de abril de 2013].

¹⁶³Francisco Galindo Ochoa, op. cit., p.178.

todo el país, haciendo muy sangrienta la lucha y alargando el periodo de inestabilidad social. Al cabo de un tiempo, el movimiento llega a Durango y Coahuila, donde ataca bajo el lema de “*Por Dios y por la Patria*”. Como en tiempos del cura Hidalgo, la muchedumbre se apertrecha, se aquilata, vive de instantes gloriosos y asalta los palacios municipales; irremediamente, sabe que en cualquier momento se presentará el ejército a matar.

Los generales José Gonzalo Escobar y Saturnino Cedillo -el hombre fuerte de San Luis Potosí y ostentador de poderosas huestes campesinas de gran calado para el gobierno central- son los principales combatientes de los rebeldes,¹⁶⁴ quienes, como en los viejos tiempos de las luchas contra tropas invasoras, en el siglo pasado, se organizaron en guerrillas aisladas, lo que dificultó su exterminio. Más que enfrentamientos de grandes contingentes, se producen batallas *aquí y allá*, con un alto costo de tiempo y dinero para el gobierno central. Sin embargo, para el mes de febrero, como lo demuestran las numerosas rendiciones de líderes cristeros, el movimiento está casi controlado.

No obstante, quedan rencillas por allí. En marzo, el presidente Calles decide enviar al propio secretario de Guerra, Joaquín Amaro, a luchar contra los rebeldes en los Altos de Jalisco, pues es la zona con el frente más compacto. La situación empeora cuando es aprehendido el arzobispo de Aguascalientes, Ignacio Valdespino, a quien se le encontró correspondencia altamente comprometedora. Con todo, queda en libertad al día siguiente, pues no se le pudo imputar ningún delito en concreto. El 21 de abril hay un asalto a un tren de Guadalajara, por una partida en la que se encontraban varios párrocos.

Para junio, el movimiento adquiere un aspecto novedoso al ser descubierto un complot organizado por la Liga Nacional de la Libertad Religiosa. En Puebla se realizan cateos y aprehensiones a militantes de la Liga de Defensa Religiosa, a varios, de un total de 180, se les lleva a las Islas Marías. La capacidad combativa de los cristeros queda, cada vez, más diezmada. Muchos líderes se rinden y otros son encarcelados. A pesar de ello, el movimiento continúa con enfrentamientos cada vez menos sangrientos. Sin embargo, la situación se agrava cuando Álvaro Obregón, de visita en la Ciudad de México, el 13 de noviembre, sufre un atentado en el Bosque de Chapultepec, recibiendo pequeñas lesiones sin mayor consecuencia. Por lo demás, la combatividad del clero había quedado manifiesta y, por lo menos para Obregón, el conflicto distaba mucho de llegar a su fin: la vida del *Caudillo* nacional había sido emplazada.

¹⁶⁴Ibid., p.185.

Cuatro días después, se descubre que el atentado dinamitero es autoría material de militantes del movimiento cristero. Uno de ellos, Lamberto Ruiz, detenido en el lugar de los hechos, confesó que los autores intelectuales del atentado eran los dirigentes de la Liga Nacional de la Libertad Religiosa, el ingeniero Segura Vilchis, el padre Miguel Agustín Pro y su hermano Humberto, así como Antonio Tirado. En el *stand* de tiro de la Inspección General de Policía, todos fueron pasados por las armas.¹⁶⁵ Durante varios días continuaron las detenciones de presuntos involucrados, hechos que encolerizaron los ánimos de la población católica más recalcitrante, ahora de las ciudades.

Para abril de 1928, la tensión seguía en el país, incluso cuando la Secretaria de Guerra informó que cesó las campañas contra los cristeros en los estados de Jalisco, Nayarit y Colima. El general Obregón, ya como candidato a la presidencia de la República, emite un discurso donde reprueba que la Iglesia compita institucionalmente con el Estado, critica al movimiento cristero, le exige que “se meta en sus iglesias” y sentencia que no importan las armas que se usen contra el gobierno, que pueden ser incienso o dinamita, ya que al final se derrotará a la reacción. En julio, pocos días antes de que el *Manco de Celaya* sea asesinado, se produce, cerca de León, Guanajuato, un enfrentamiento entre tropas del gobierno y un fuerte contingente de religiosos. Estos últimos son derrotados y sufren severas bajas. Sin embargo, la Iglesia sigue empeñada en obstruir el camino del Estado.

Por el mes de julio de 1928, específicamente el día 18, se produce un atentado cristero en “La Bombilla” que le cuesta la vida al general Obregón, de inmediato es detenido el autor material del homicidio. Un “hombres desconocido” había asesinado nada más y nada menos que al presidente electo de la República, al *Hombre* victorioso, al *Gran Caudillo* de la Revolución. El magnicida resultó ser José de León Toral, dibujante ligado al clero, según confesiones de la época que afirman que actuó bajo consigna religiosa. Sin embargo, el Episcopado declara que el clero católico “no es responsable” y afirma que Toral es “un pobrecito exaltado” y su cómplice, la Madre Conchita, “una enferma mental”. Este hecho reaviva la revuelta cristera. Vuelven a aparecer grupos rebeldes en los estados que, supuestamente, estaban pacificados. Ante esta situación, el 3 de enero de 1929, el presidente interino, Emilio Portes Gil, emite una declaración en la que se compromete a dotar toda clase de garantías -así como de tierras- a los cristeros que se rindan.¹⁶⁶

¹⁶⁵Ibid., p.182.

¹⁶⁶Ibid., p.183.

Lo curioso es que a pesar de incontables rendiciones de rebeldes, no cesan las hostilidades en diversos estados. El *Jefe Máximo*, como secretario de Guerra y Marina, se pone al frente de la campaña contra los cristeros, esta vez con la firme convicción de erradicar todo alzamiento en contra del gobierno. Calles viaja a Durango y dispersa a los alzados, luego se dirige con sus tropas a Chihuahua y pasa por Torreón. Avanza, mientras tanto, el registro de sacerdotes en el país, plazo que terminó el 20 de marzo de 1929. El 3 de junio, desde Atotonilco el Alto, Jalisco, el general Saturnino Cedillo informa acerca de una victoria sumamente importante: es muerto en batalla, en los Altos de Jalisco, el principal líder cristero, general Enrique Gorozieta Jr. Todo su estado mayor es hecho prisionero y se le somete a un consejo sumario. A partir de entonces, el movimiento cristero sufre una profunda desmoralización -paso previo a deponer las armas-, la caída del líder cristero significó la derrota militar de todo el movimiento.

Por fin, el 22 de junio, aparece en *El Universal* una esperada e impactante noticia: “Llega a su fin el conflicto religioso”, pero eso habría costado mucha sangre. El mismo presidente Portes Gil lo anunciaría.

Como apunta Jean Meyer, una característica muy extraña del movimiento cristero fue su falta de programa y su carencia de jefes notables, ausencias singulares en un país de caudillos y de planes políticos. Aunque religión y armas es una mezcla explosiva de fanatismo y defensa de derechos civiles, jamás un movimiento insurreccional había tenido frente a sí un ejército tan fuerte como el que logró poner en pie Joaquín Amaro, pero, de la misma forma, jamás un movimiento insurreccional había tenido, con tan pocos medios, tantos partidarios animados por tanta perseverancia. Tres años, condenada a prolongarse por no poder ganar una batalla decisiva, los alzados controlaron los campos, mientras el gobierno mantenía a raya las ciudades y las vías férreas.¹⁶⁷

2.2.5 La sombra del caudillo: de Balbuena a Huitzilac.

Después de reformar los artículos 82 y 83 de la Constitución -referentes a la no reelección- y que Obregón hiciera públicas sus aspiraciones de volver a la presidencia de la República para el periodo 1928-1934, los generales Francisco R. Serrano, ex secretario de Guerra y Marina y gobernador del Distrito Federal, y Arnulfo R. Gómez, jefe de Operaciones Militares en Veracruz, se consideraron posibles sucesores de Calles y lanzaron su candidatura en junio de 1927. A tan sólo

¹⁶⁷Jean Meyer; Enrique Krauze; Cayetano Reyes, op. cit., p.249.

cuatro meses, se haría nuevamente evidente que la sucesión de poderes no pasaba por las urnas, resolviéndose, una vez más, por la violencia.

En el transcurso de las semanas previas al 1º de julio, Francisco R. Serrano se entrevistó en Sonora con su amigo el general Obregón, le hace saber sus deseos de participar en la contienda electoral. Joaquín Amaro, secretario de Guerra y Marina, le comunica a Serrano las intenciones que también guarda Arnulfo R. Gómez de contender por la presidencia; a través del Partido Nacional Revolucionario, los trabajos para conseguir ese objetivo empezaran tan pronto regrese a la ciudad de México y renuncie al cargo de gobernador.¹⁶⁸

Luego de desplegar su “Manifiesto a la nación”, el sábado 1º de octubre de 1927, Serrano, con un grupo de amigos, se traslada a su quinta “La Chicharra”, hacienda aledaña a la población de Cuernavaca, para hacer el plan de su campaña electoral. Al tiempo, la noticia de un tercer candidato llega hasta la hacienda morelense: Álvaro Obregón ha decidido “sacrificarse” una vez más. Al amparo de la Carta Magna, trata de convencer, a través de lagunas y ambigüedades legales, que no existe ningún escollo para la reelección; es por eso que, desde abril de 1926, Obregón sentencia que, de quererlo, regresaría a contender por la presidencia sin que fuera necesaria modificación alguna a la Constitución.¹⁶⁹

Al saberse, en definitiva, la resolución de Obregón, muchos aconsejan a Serrano retirarse de la contienda y unirse a los trabajos reeleccionistas; otros más, lo alientan a seguir por el sendero del “Sufragio efectivo, no Reelección”, a lo que el candidato responde:

“Miren ustedes, no es que yo tenga ambiciones presidenciales. Lo que sucede es que me parece indigno dejar abandonados a mis partidarios, quienes tendrán mucho derecho en decirme traidor y otras lindezas, por dejarlos y sumarme a las huestes del hombre fuerte, cuando han depositado su confianza en mí. Yo sé que no ganaré nunca [...] yo sé que me van a matar, a mí y a muchos de los míos; al señor general Arnulfo R. Gómez, mi amigo, también le pasará lo mismo. Pero queremos dar –Gómez y yo- un precedente en la historia política de México, no tolerando, bajo ningún concepto, la reelección de Álvaro Obregón.”¹⁷⁰

Las palabras se volverían hechos lamentables. En medio de la lucha electoral, reeleccionistas contra antirreeleccionistas, Serrano y Gómez creen saber sus destinos y, sin embargo, no flaquean ni un momento. Desde Chihuahua, para Gómez es muy claro que, “para triunfar, Obregón necesita matar a todos los antirreeleccionistas”; Serrano, por su parte, desde Puebla, se había postrado frente

¹⁶⁸Héctor R. Olea, op. cit., p.101.

¹⁶⁹Ibid., p.103-105.

¹⁷⁰Ibid., p.106.

a una placa en honor de los “heroicos mártires Aquiles y Máximo Serdán, que ofrendaron su vidas en aras del sagrado concepto Revolucionario 'Sufragio efectivo. No reelección'”.¹⁷¹

Mientras Serrano y sus amigos salían rumbo a “La Chicharra”, el candidato Gómez hablaba por teléfono con Félix F. Palavicini para informarle de una supuesta rebelión tramada para el 2 de octubre, un día después del éxodo.

Extremando la vigilancia en Chapultepec, la mañana del 2 de octubre Joaquín Amaro recibe, en “La Hormiga” –una casona oculta en el Bosque de Chapultepec-, la visita del general Claudio Fox, jefe de Operaciones Militares en Guerrero. Los rumores de una posible asonada han inquietado al ministro de Guerra y Marina. A sus ojos, los rumores parecen ser ciertos. En tanto, en Balbuena se preparan una serie de ejercicios militares –aéreos como terrestres- bastante lucidos y vistosos. El general Amaro, preocupado porque los objetivos de la celebración se vuelven rebeldes, asiste a tal espectáculo. Sin novedad alguna, esa noche, el ministro de Guerra gira órdenes para vigilar cada paso del candidato presidencial, general Francisco Serrano, localizado en el hotel “Bella Vista” de Cuernavaca, por el servicio secreto.¹⁷²

La extrema vigilancia a la que está sometido el hotel justifica un cambio en la sede de los antirreeleccionistas. En tanto, Serrano busca entrevistarse, para bandear apoyos, con Juan Domínguez, jefe de Operaciones Militares en Morelos, pero, sin éxito –debido a que no se pudo dar con su paradero-, la intranquilidad, vuelta silencio, se apodera del candidato: sin ocultarse, sin substraerse de la vigilancia de las autoridades locales, sin hacer algo para huir, sin preparativos bélicos, sin mando directo de tropas, sin dinero, sabedor de su potencial derrota militar, pone todas sus esperanzas de triunfo en las urnas. Por desgracia, Serrano sigue teniendo fe en su compadre y amigo, Juan Domínguez.

En tanto, Joaquín Amaro, después de presenciar el espectáculo militar en Balbuena, al regresar a su casa, recibe informes de que las tropas que han hecho las vistosas maniobras aéreas y terrestres se han sublevado contra el gobierno. Confirmando sus preocupaciones, el ministro parte inmediatamente rumbo al Castillo de Chapultepec. Con muy poco, la asonada es sofocada. En medio de un fuerte operativo federal desplegado por todos los hoteles de Cuernavaca, nuevas órdenes se giraron desde la capital del país: aprehender a Serrano y a todos sus acompañantes.

¹⁷¹Ibid., p.133-135.

¹⁷²Ibid., p.146 y 147.

Los cateos al hotel donde se hospedaron los serranistas no arrojan ninguna conexión entre los alzados de Balbuena y el candidato, Francisco Serrano.

La mañana del lunes 3 de octubre llega un telegrama con una noticia hasta Chapultepec: el gobernador morelense, Ambrosio Puente Gutiérrez, comunica al presidente Calles la aprehensión de Francisco R. Serrano y su grupo de acompañantes. En la recámara de la Emperatriz Carlota, improvisada como Salón de Acuerdos, Calles, Amaro y el candidato reeleccionista, Obregón, discutían la suerte de aquellos desdichados. Obregón sentenció: “Que los fusilen donde quiera que se les encuentre. ¿Para qué traerlos a México si de todos modos se ha de acabar con ellos? Es preferible ejecutarlos en el camino”.¹⁷³

Al amparo de esta discusión, Plutarco Elías Calles envía un mensaje al gobernador Puente Gutiérrez con la instrucción de sacar, con rumbo a la capital del país, a los detenidos, haciendo entrega de ellos, a su encuentro en la carretera, al general Claudio Fox.

A las 14:30 horas del lunes 3 de octubre, en Cuernavaca, se saca a los detenidos y son acomodados en dos automóviles de Serrano, en un pequeño camión de pasajeros y otros vehículos del servicio postal. Dentro de los vehículos se escuchan comentarios en voz alta: “el general Domínguez es un traidor asqueroso”. Después de esto, todo se mantiene en silencio. Serrano aún acaricia la idea de que, frente a Obregón, todo se resolverá, dado que –según sus propias palabras- el problema se ha originado sin su culpa, por la traición a la amistad que le debe el general Domínguez.

Finalmente, en el kilómetro 51 de la carretera, en Huitzilac, la columna de autos se encuentra con el contingente del ejército federal al mando del general Fox. El general Enrique Díaz González – nombrado por Calles jefe de la plaza militar de Morelos, sin sustituir a un Juan Domínguez absuelto de encarar su traición-, quien comandaba la columna, recibe el mensaje lacónico del presidente donde se le ordena obedecer las disposiciones del militar callista y hacer entrega de los catorce prisioneros, con la promesa solemne de que éstos habrían de ser trasladados a Santiago Tlatelolco con toda clase de consideraciones. Para desgracia de los serranistas, las órdenes provenientes de la ciudad de México eran, ciertamente, otras.¹⁷⁴

Apenas habían avanzado tres kilómetros cuando el general Fox ordenó que se ataran, por las muñecas, las manos de los prisioneros. Con indignación, Serrano grita los atropellos e injurias a las

¹⁷³Ibid., p.149-155.

¹⁷⁴Ibid., p.166-169.

que están siendo sometidos. De un golpe en la cabeza, Hilario Marroquín Montalvo lo obliga a callar. Inmediatamente después, Claudio Fox ordenó un cerco de treinta metros a la redonda y el cierre, por el norte y el sur, de la carretera. Todo se ha de cumplir: la muerte se acerca con lentitud, pero irremediable. Los reos son bajados de los autos. La orden es una sola: “¡Cada uno de ustedes agarre un reo y fusílelo!”. Con crueldad, sin el más mínimo miramiento, comienza la bestial masacre a sangre fría. Los acompañantes del candidato antirreeleccionista son brutalmente liquidados. Con el rostro ensangrentado y el cráneo deshecho por las balas, a Serrano le toca la peor parte. Huitzilac, desde entonces, es un patíbulo.¹⁷⁵ Un mes después, Arnulfo Gómez, después de una serie de acciones armadas de poca relevancia, fue capturado y fusilado en Coatepec, Veracruz, el 5 de noviembre. La concordia entre Obregón y Calles parecía perfecta. Pero, la armonía difícilmente es para siempre.

La versión oficial, la versión callista entregada a la prensa, coloca al general Serrano *como el autor de la sublevación de Balbuena*, además alude a un *Consejo de Guerra* –hechos completamente falsos, pues el general Serrano no tenía a su mando tropas ni se le encontró documento alguno que comprobara su responsabilidad; asimismo, no hubo ningún juicio- y se le hizo acreedor, junto con sus compañeros, a *ser pasado por las armas*. Con estas acciones, fracasado el movimiento antirreeleccionistas, Álvaro Obregón estaba siendo ya, prácticamente, reelecto presidente. El 1º de julio de 1928, sin oposición, gana las elecciones. Quince días le duró el gusto: el 17 de julio, en “La Bombilla”, es asesinado por José de León Toral.

2.2.6 Los caudillos frustrados: la oposición al nuevo juego político.

Con los fatídicos sucesos de La Bombilla, que le costaran la vida al general Álvaro Obregón, presidente electo de la República, asumió el cargo, con carácter provisional, el licenciado tamaulipeco Emilio Portes Gil, el 17 de abril de 1928. Con su gobierno, se dio el gran paso que apuntalaría el proceso de institucionalización, con miras a asegurar la transmisión pacífica del poder. El 1º de marzo del año siguiente, se llevó a cabo, en Querétaro, la Convención que formaría al Partido Nacional Revolucionario, cuyo propósito era, por lo demás, integrar a todos los caudillos, caciques y hombres fuertes, a fin de que existiera un nuevo mecanismo político capaz de resolver las divergencias de la *familia revolucionaria* por la vía de la negociación y nunca más por la vía armada. Por lo demás, su comportamiento sería inequívoco ante cualquier fuerza real que se opusiera al sistema formal naciente y al poder que lo respaldaba.

¹⁷⁵Ibid., p.184 y 191.

A pesar de esto, y debido en gran parte a la situación en que el asesinato del caudillo dejó a los obregonista –producto de un *botín* que les pertenecía y que ya habían empezado a saborear-, dos días después, el 3 de marzo, apareció en Sonora el *Plan de Hermosillo*, por el cual se desconocía a Emilio Portes Gil como presidente interino, reconociéndose, en cambio, al general José Gonzalo Escobar, jefe de Operaciones de La Laguna, como “*Jefe Supremo de este Movimiento Libertador y del Ejército Renovador*”,¹⁷⁶ a quien se unió Francisco Urbalejo, de Durango, y Marcelo Caraveo, de Chihuahua. Los rebeldes sumaban 15 000 elementos dispersados por los estados de Sonora, Coahuila, Chihuahua, Veracruz y Durango.

El documento buscaba justificar la insurrección, culpando al general Calles de ser el “verdadero e indirecto” responsable del asesinato del presidente electo y de haber “señalado el camino a los puñales” que acabaron también con la vida de los generales Flores, Gil, Villa, Serrano, Gómez y Samaniego.¹⁷⁷ El general Francisco R. Mazo firmó el plan, desconociendo también a Portes Gil. En tanto, el general Jesús M. Aguirre se rebeló en Veracruz contra el gobierno.

Dicho plan hacía, asimismo, un llamado a la población a tomar las armas en contra de la imposición de Calles. Paradójicamente, el momento no fue el propicio. A pesar de que la nación se encontraba profundamente sumida en una violencia generalizada debido al movimiento cristero, los escobaristas no encontraron eco a su llamado.

Para su desgracia, la coyuntura presentada por la crisis política de julio de 1928 era ya impensable en marzo de 1929. El movimiento, que no era para nada desconocido ni por el *Jefe Máximo* ni por Portes Gil, se fraguaba al calor de la designación, como candidato del partido oficial, entre Aarón Sáenz y Pascual Ortiz Rubio. El presidente de la República conocía, de viva voz de Fausto Topete, quiénes eran todos los que estaban dispuestos a salir contra Calles; sin embargo, como lo hiciera Obregón en 1923 –quien sabía de las violentas aspiraciones delahuertistas-, el Jefe Máximo esperó a que se conjurara la rebelión para no convertir a los insurrectos en mártires y, de esa manera, con una estimulada justificación moral, eliminarlos definitiva y cruelmente.¹⁷⁸ Calles había logrado dividir a los obregonistas, se había hecho de los servicios de, incluso, el núcleo más recalcitrante del Centro Director Obregonista y tendido un puente conciliador a través de Emilio Portes Gil y, el (des) “tapado” hasta el último momento como candidato a la presidencia, Aarón Sáenz. Ahora, sin

¹⁷⁶Tzvi Medin, op. cit., p.50.

¹⁷⁷Ibid.

¹⁷⁸Ibid., p.48 y 49.

todavía otra forma de pacificar el asunto, el *Jefe Máximo* se preparaba para liquidar la base militar de los residuos obregonistas.

Posiblemente, la situación de los rebeldes hubiera cambiado si se hubieran aliado con los cristeros para darle a la lucha contra Calles un tinte político y no solo religioso. Para el general Goroztieta, los generales Escobar y Manzo sólo eran tipos sin escrúpulos y un par de “políticos hundidos”, cuya improbable victoria no habría cambiado en nada la situación de la República y si, en cambio, la hubiera agravado. Los escobaristas, en efecto, sólo buscaban aprovecharse de los cristeros, pues nunca les dieron parque como se los solicitaban algunos jefes religiosos.¹⁷⁹

A dos meses de la publicación del plan rebelde, con una rebelión muerta antes de nacer, las tropas de Escobar fueron aniquiladas en Jiménez, Chihuahua, por Plutarco Elías Calles, lo que permitió seguir el combate frontal contra los cristeros. Para José Vasconcelos –líder del movimiento de oposición legal en el marco de las elecciones presidenciales de 1929- la rebelión escobarista no era más que una “disputa de militares callistas, contra militares obregonistas”.¹⁸⁰ De este modo, la destrucción de la rebelión militar implicó el esclarecimiento de una situación política arrastrada desde el 17 de julio de 1928, al eliminar definitivamente toda esperanza política del grupo obregonista. Ésta fue otra rebelión frustrada; paralelamente, se afianzó el poder de Calles como el *Jefe Máximo de la Revolución*.

¹⁷⁹Jean Meyer, *La Cristiada, la guerra de los cristeros*, México, Siglo XXI Editores, 1973, p.287-289.

¹⁸⁰Tzvi Medin, op. cit., p.51.

2.3 El caudillismo revolucionario: estabilidad y cohesión política, un viejo pacto.

La Revolución Mexicana tiñó la vida nacional de una intensa ola de violencia e introdujo en su política una desenfundada y descarnada lucha por el poder luego de que Porfirio Díaz se embarcara al exilio. Como ya hemos dicho, a raíz de ese violento conflicto, se desgajaron las viejas estructuras de dominación y se diseminó notablemente los poderes político y militar. Buena parte de la estructura formal del gobierno se vino abajo. La intensa lucha que envolvió al país permitió a muchos líderes locales gozar de una creciente independencia con respecto al gobierno central, o lo que todavía había de él. Regidos por meras notificaciones orales o por decretos, los hombres fuertes tomaron en sus manos, cada quien por su cuenta, la solución de todo tipo de cuestiones.

El resquebrajamiento de la centralización del poder que aconteció con el movimiento armado de 1910, generó un vacío en la figura política y de concentración del mando que el general Porfirio Díaz había ostentado, creando una excelente oportunidad para que los *jefes natos* configuraran sus núcleos regionales de poder. Así, luego de la dispersión del poder político nacional, se produjeron y modificaron nuevas formas de intermediación y nexos, y durante los años de posrevolución, ciertamente, fueron la única forma de cohesión e identidad que el sistema político reconoció.

La dispersión del poder corrió pareja con la debilidad de las instituciones, los procedimientos políticos y la incapacidad del gobierno nacional para imponer sus decisiones. Del vacío de poder y la desorganización imperante, el único poder efectivo era, justamente, el de los dirigentes revolucionarios convertidos en *amos y señores* de alguna zona. Fue así que, a través del uso de las armas, se trató de llenar el vacío de poder.

El derrocamiento de un régimen eficazmente instaurado por más de treinta años, y, consecuentemente, el exilio de Porfirio Díaz, provocó en el país un clima de inestabilidad política y social. El sistema político, basado en el dominio personal de un individuo, no estaba preparado para cubrir la ausencia del dictador. La consecuencia inmediata fue la inestabilidad política y el florecimiento de fuerzas centrífugas: pequeños feudos de poder desperdigados por toda la nación ejerciendo sus esferas arbitrarias de influencia local. Sin mecanismos institucionales que permitieran diezmar los conflictos políticos inherentes a la búsqueda del poder, la sangre se derramaba incesantemente.

Lo hemos dicho antes, pero en esta parte del texto lo vamos a reafirmar: primero con don Porfirio y después con los gobiernos sonorenses, entre las fuerzas políticas centrífugas y el gobierno central, es decir, entre las regiones y el centro, existió un “pacto” que truncaba autonomía e independencia -del centro a la periferia- y lealtad, reconocimiento y apoyo en el campo de batalla -de la periferia al centro. Esto accidentó más lo que debía ser el proceso de reconstrucción de la nación. Los intentos centralizadores por pacificar al país y por recomponer la estabilidad política se topaban con dos severos obstáculos: los levantamientos armados y el poder que ostentaban los jefes políticos y militares en las regiones.

Fue, precisamente, con una asonada -la de los sonorenses-, diez años después de la caída del régimen porfirista, que las fuerzas políticas centrífugas dieron la estocada final. Mediante un largo proceso seriamente contradictorio, en la medida que el *Grupo de Sonora* se fortalecía por la lealtad y apoyo recibidos desde las regiones, pudo, asimismo, poner un dique a las ambiciones locales. Nuevamente, como en el porfiriato, el poder se concentra, personaliza y adquiere el rostro de un hombre, pero no se institucionaliza.

Fue con el *Héroe de Celaya*, Álvaro Obregón, que un nuevo mecanismo de mediana estabilidad política se inauguraría: el *caudillismo revolucionario*. A través de la década de 1920, con la herencia heterogénea de violenta lucha armada, se buscó un mecanismo político que permitiera a la Revolución encausarse positivamente, eliminando definitivamente las guerras fratricidas que constituían su rasgo distintivo. Obregón, como lo hiciera el viejo dictador, se convirtió en el centro de unidad nacional y de cohesión política de un grupo heterogéneo y disímil. El Estado mexicano contemporáneo empezaba a vislumbrarse: arrancaba una nueva etapa de poder centralizado que, aunque carente de instituciones que permitieran el libre juego político, medianamente rendía frutos.

En el ambiente creado por la Revolución, la figura personal del caudillo seguiría siendo el motor de todo el movimiento. Efectivamente, la rebelión de Agua Prieta significó el ascenso hegemónico de los militares. En tiempos aciagos, sin que las instituciones dejaran de ser meros proyectos en el texto constitucional, el ejército, ampliamente politizado, no apoyaría a nadie más que al *Caudillo*. Es decir, nadie que no fuera Obregón, un caudillo victorioso y de gran ascendencia guerrera, iba a

comandar al ejército, integrar en un nuevo organismo político un país desmembrado por las guerras y, finalmente, gobernarlo.¹⁸¹

Mientras que el glorioso *Manco de Celaya* desplegaba su sombra, las alianzas y lealtades personales crecían y le cobijaban como el nuevo estandarte de la reelección. Nuevamente, un caudillo expandía un gran poder de negociación y los respaldos no se harían esperar. El general Obregón desplegó toda su fuerza carismática y su prestigio como militar victorioso para establecer también, precisamente, alianzas con las fuerzas regionales del país, que se tradujeron en el apoyo de organizaciones políticas de escala nacional y estatal, gobiernos y caciques locales. Con ello, don Álvaro se convirtió en el nuevo centro de unidad nacional y de cohesión política. Él era todo para el sistema; era el sistema mismo. Obregón era el único líder que podía contar con el respaldo de la totalidad en la contienda electoral. En torno a él giraría la vida política de la nación. Por lo demás, se reafirmaba el único modelo de cohesión político-social.

Obregón pudo gobernar con cierta centralización política. Hasta entonces, la hegemonía se sustentaba exclusivamente en el poder de carisma del caudillo. Obregón era el único que podía unificar alrededor suyo a los grupos más dispersos y disímbolos políticamente; tanto a caciques regionales como jefes militares y políticos con gran influencia a nivel nacional. El sistema de caudillismo revolucionario había encontrado, con sus accidentes, los mecanismos propios para lograr cierta estabilidad, hegemonía -basada en el centralismo personalista- y el mediano deshago de la violencia que azotaba al país: “de nuevo nos topamos con centralismo personalista carente de instituciones. El sistema político de Díaz resurgió, pero ahora en manos de una nueva élite”.¹⁸²

Sin embargo, todo moriría en manos del fanatismo religioso y la situación se tornaría especialmente grave. José de León Toral no sólo había privado de la vida a un hombre, sino también le arrebató a México el único elemento de cohesión en una sociedad políticamente caracterizada por la fragmentación del poder en manos de individuos autónomos, independientes y dominantes regionalmente, y por la carencia absoluta de instituciones; en tanto, se dejó muy claro que el mecanismo del caudillismo revolucionario, sustentado en la sangre, jamás iba a lograr una hegemonía política; más aún, se había agotado como sistema. Como explica Alejandra Lajous, el magnicidio evidenció que la lealtad basada en el carisma personal es tan efímera como lo es la

¹⁸¹Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana: la formación del nuevo régimen*, México, Ediciones Era, 2003, decimotercera reimpresión, p.263.

¹⁸²Alejandra Lajous Vargas, *Los orígenes del partido único en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, serie de Historia Moderna y Contemporánea, núm. 11, 1979, p.15.

vida misma.¹⁸³ Con la muerte de Obregón se cerraba la lista de muertes violentas por la búsqueda del poder y, entonces, los intentos centralizadores tomaron un mayor impulso: el de la modernización política. En adelante, las ambiciones debían sopesar la habilidad política y no la fuerza militar.¹⁸⁴

¹⁸³Ibid., p.22.

¹⁸⁴Sergio Hernández Díaz y Marco Antonio Jacobo Gutiérrez, "Calles y la institucionalización del poder político", *El proyecto histórico del PNR*, México, Partido Revolucionario Institucional/IEPES, 1990, p.69-75.

2.4 El nuevo mapa del poder político: jefes natos, caudillos y caciques en la década de 1920.

En este trabajo nos hemos propuesto describir las nuevas formas de intermediación que aparecen durante la conformación del nuevo orden político posterior a la Revolución de 1910 y como éstas marcaron el derrotero de los acontecimientos a nivel nacional. Partimos de una idea ya muy bien aceptada: la Revolución Mexicana dispersó a la nación.

Desmantelado el poder central porfirista, luego de la Revolución de 1910, surgieron nuevos líderes regionales, caudillos y caciques por todas las regiones del país. Finalmente, el poderoso núcleo de poder porfirista se atomizó. Como anotábamos antes, todos estos hombres fuertes adquieren fortaleza al sobresalir por su capacidad para promover la unidad y cohesión local, así como el desarrollo de las organizaciones políticas locales; sustento, por lo demás, de un débil poder central.

Al seleccionar un marco geográfico –el estudio, no desde el centro político administrativo sino, desde la periferia- partimos de una concepción que ya ha sido bastante bien aceptada por muchos historiadores. Según este pensamiento, los líderes suelen tener una relación sumamente especial con su lugar de origen. *Desde afuera* significa que estos líderes regionales, al ostentar autonomía e independencia, al tener las riendas y controlar sus regiones, marcaron el derrotero de los hechos a nivel nacional.

Esta elección del *hábitat* tiene que ver, por lo demás, con la segunda óptica que despliega al poder *de abajo para arriba*. Como ya hemos dicho, estos personajes surgieron gracias a la debilidad del Estado central –la cual se debe, en este caso, al largo y suntuoso proceso revolucionario. En efecto, a raíz de aquel *fenómeno impulsivo*, el poder del presidente fue difuminándose, el ejército se desmembró y los otros poderes se desmoronaron. Esa es la forma, pero, en el fondo, se creó un vacío de poder. En medio del caos, surgieron hombres que muy pronto se pusieron al frente de la agitación política y social en su lugar de origen. Estos hombres comúnmente se asumieron como *jefes natos* de su localidad, dándole cierta estructura y unidad a la vida política nacional en la década de 1920. Ellos instrumentaron los proyectos del gobierno central y, en no pocas ocasiones, llevaron a cabo las funciones del Estado en sus regiones.

Sin embargo, aquí es conveniente destacar que, si bien esta argumentación pudiera darle mayor peso al Estado, no pretendemos perder de vista que el poder radica en la sociedad; que, en efecto, es en los grupos y relaciones *microsociales* donde existieron los primeros enfrentamientos con el

aparato político. En realidad, la lucha en contra del porfiriato comenzó *desde abajo*. El jefe nato de cada región se puso al frente de un movimiento que ya había empezado muchos años antes del llamado maderista. Aprovechando el descontento por la lenta respuesta a las demandas sociales que el movimiento de don Francisco estaba implementando, los líderes regionales se colocaron al frente de aquel ímpetu social. Al tiempo, cuando ostentaron el control, fungirían como intermediarios, como nexos entre sus regiones y el poder del gobierno nacional.

El análisis de la reconstrucción del Estado y el Sistema Político contemporáneo que hemos venido realizando, lo hemos planteado, básicamente, desde una perspectiva de corte regional en la que destacamos la debilidad del Estado surgido de la Revolución, a la par de la enorme diversidad de prácticas políticas en las regiones. Sostenemos que dichas prácticas serían, con el tiempo, retomadas a nivel nacional. Decimos, pues, que en las diversas regiones ocurrieron “otras revoluciones” locales con muchos otros actores políticos que nos proporcionan otras formas de construir una nueva perspectiva general.

Esta forma de mirar la construcción de nuestra Historia propone dar un peso específico a los “detalles” sobre la Revolución, a las diversas revoluciones locales y sus diversos actores revolucionarios, para encontrar en ello caminos de conocimiento alternativos a los aceptados generalmente. Formas que no desestimen el poderoso instrumento de conocimiento que significan las negociaciones de actores que comúnmente no son tomados en cuenta.

Esta perspectiva regional propone, pues, mirar el desarrollo de la Revolución y la forma en que se construyó el Estado de manera opuesta a como tradicionalmente se ha trabajado desde una dimensión nacional. Nosotros creemos, en el caso específico que hemos trabajado, que son las experiencias locales y regionales las que dotan de contenido y coherencia el rumbo de los eventos a nivel nacional. Estamos convencidos de que la investigación no se agota y que estas nuevas alternativas complejizan y enriquecen el conocimiento sobre la Revolución Mexicana, los actores que tomaron parte en ella, la reconstrucción del Estado y el Sistema Político, así como el espacio y tiempo en el que se desarrollaron.

La formalización nacional sentenció que, como resultado innegable de la Revolución, fue el Estado quien poderosamente logró imponerse a los núcleos regionales de poder mientras que, a la par, el mando estaba centralizado, con ello, gradualmente, sometió a las diversas fuerzas desde el centro a la periferia. Nosotros, como ya muchos destacados investigadores lo sentenciaron, pensamos

que, por el contrario, la reconstrucción del Estado y el sistema encontraron sentido en las experiencias de las regiones. Con ello, destacamos la debilidad del Estado en ciernes, desmantelado por la acción revolucionaria, máxima expresión de los poderes regionales autónomos. Para decirlo rápido: sencillamente pensamos al revés. La construcción del Estado y el Sistema Político Mexicano contemporáneo se efectuó de la periferia al centro, *desde afuera*, a través de negociaciones originadas *desde abajo*, desde la sociedad y no desde el pináculo representado por el Estado.

A continuación presentaremos un cuadro general sobre el estudio de los hombres fuertes a partir del la óptica que despliega el poder *de afuera para adentro* y *de abajo para arriba*. Para ello hemos elegido, a propósito, cinco casos específicos de hombres fuertes regionales -cuatro pertenecen a la clasificación de hombres fuertes modernos o revolucionarios; en tanto, sólo uno es de corte tradicional. A partir de éstos, vamos a esbozar la manera en que las nuevas formas de negociación, intermediación y nexos, surgidas por el desmantelamiento del poder central, fueron retomadas por el poder nacional para la construcción de un nuevo mecanismo político que llenara el vacío dejado por la destrucción de un régimen eficazmente instaurado por más de 30 años.

A nuestro juicio, fueron las experiencias de las regiones las que dieron contenido a los acontecimientos nacionales. Concretamente, postulamos que la formación del Partido Nacional Revolucionario en 1929 obedece, únicamente, a la acertada lectura que Plutarco Elías Calles hiciera de las experiencias venidas desde la periferia y nutridas desde las relaciones microsociales. La problemática teórica de este trabajo es la inicial dispersión –luego del porfiriato- y la posterior concentración del poder político a través de los cinco casos aquí estudiados. Con esto, pretendemos evitar meras generalizaciones apoyándonos en material delimitado y empírico que nos permita llegar a resultados concretos.

a. La cuna de la Revolución Mexicana: Saturnino Cedillo y San Luis Potosí.

Saturnino Cedillo Martínez fue el hombre fuerte del estado de San Luis Potosí tras la eminente dispersión del poder político central que ocurriera a raíz de la Revolución. Figura común durante las primeras décadas del siglo XX, Saturnino Cedillo, jefe campesino independiente, fue un personaje complejo y controvertido: respetado héroe revolucionario para algunos, villano-renegado-traidor para otros. Proscrito por muchos años en la historia oficial, formó un cacicazgo pétreo gracias al apoyo de las huestes campesinas que le siguieron al campo de batalla y que le permitieron ocupar el lugar de jefe de Operaciones Militares obregonista y callista. Pronto despegó como la cabeza de un amplio sector campesino que pugnaba, en la reforma agraria, por la pequeña propiedad y no por el ejido. Debido a que su presencia local trascendió al ámbito nacional, es menester detenernos a su estudio.

La influencia de Saturnino Cedillo se dejó sentir en la historia política de San Luis Potosí y, como lo postula el hilo conductor de este trabajo, de todo el país. Poseedor de un linaje de caudillos provincianos, cuya base de poder surge del posicionamiento dentro de su estado, logró, a través de grandes movilizaciones, dominar por completo el estado de San Luis Potosí. Por lo demás, Cedillo es un ejemplo de la utilidad que ofrecieron los hombres fuertes regionales a las autoridades federales: intermediarios entre el centro y su región, dieron estructura a la vida política nacional en tiempos de incertidumbre. Este apartado es un intento más por penetrar en el estudio de las nuevas formas posrevolucionarias de intermediación, negociación y nexos desde un espacio regional. A partir del caso concreto de Saturnino Cedillo vamos a esbozar cómo se construyó este poder local en San Luis Potosí y de qué manera, el proceso en su conjunto, fue llamado a ser protagonista de la Historia nacional.

i. Al tema: el entorno y el hombre; el hombre y el entorno.

Saturnino Cedillo Martínez, según narra una versión electrónica de *Los Municipios del Estado de San Luis Potosí*¹⁸⁵, nació cerca de Ciudad del Maíz y murió en la Sierra de San Luis Potosí, en condiciones nunca aclaradas. Bajo las órdenes de uno de sus hermanos, Magdaleno, se unió a la lucha revolucionaria en 1911. Al igual que su hermano, fue orozquista, huertista y convencionista. Al triunfo del carrancismo operó por cuenta propia al frente de un pequeño grupo que operaba en

¹⁸⁵Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal, Gobierno del Estado de San Luis Potosí, *Enciclopedia de los Municipios de México/Estado de San Luis Potosí*, [en línea], México, dirección URL: <http://www.e-local.gob.mx/work/templates/enciclo/sanluispotosi/hist.htm> [consulta: 18 de septiembre de 2012].

la huasteca potosina. En 1920 participó en la rebelión de Agua Prieta en contra de Venustiano Carranza. Por tal motivo, Álvaro Obregón lo nombró jefe de Operaciones Militares en San Luis Potosí, iniciando un fuerte cacicazgo que sólo desapareció con su muerte.

En 1923 se opuso a los delahuertistas y en 1926 combatió a los cristeros en varias ocasiones. Fue gobernador de San Luis Potosí de 1927 a 1931. Nombrado General de División en 1928. Secretario de Agricultura con el presidente Ortiz Rubio (solamente 40 días en 1931), misma posición con Lázaro Cárdenas (1935-1937). Semanas después de la expropiación petrolera, se levantó en armas contra el gobierno federal asesorado por militares extranjeros. Perseguido en la sierra, finalmente, murió por las fuerzas del general Miguel Henríquez Guzmán.

Maricela Fonseca Larios del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), argumenta, como la fecha de nacimiento de Cedillo, el 29 de noviembre de 1890, y nos dice que el lugar específico fue La Salitrera (hoy Ejido Las Palomas) en las cercanías del Valle del Maíz, municipio al sureste del estado de San Luis Potosí, exponiendo que su muerte fue un asesinato, ocurrido el 11 de enero de 1939.¹⁸⁶

Saturnino Cedillo Martínez nació en uno de los estados más ásperos de la República Mexicana. Situado en el noreste, donde las tierras cultivables son escasas y pobres debido a la aridez de la región. La importancia estratégica del estado está dada “por su vecindad con Monterrey y Tampico (puerto marítimo de mayor importancia), y porque desde allí se domina el centro del país. Además es un punto de salida a los Estados Unidos; una vía ferrocarrilera atraviesa Aguascalientes, la ciudad de San Luis Potosí y pasa por la zona cedillista en su camino a Tampico; y otra termina en Laredo. Por esta situación ventajosa para el comercio y el control militar, la capital del estado fue nombrada plaza militar número 1 en 1909”.¹⁸⁷

Para Victoria Lerner Sigal, el estudio de los cacicazgos se trabaja a partir de las condiciones económicas y sociales, a partir del entorno, de sus circunstancias, lo que le permite al líder surgir como tal. Son éstas las que nos brindan su naturaleza, desarrollo, conversión final en cacique, su consolidación y, por último, su destrucción. Saturnino Cedillo es un caso muy especial en el recuento de esta investigación, pues su desaparición, merecedora de por sí de un apartado

¹⁸⁶Maricela Fonseca Larios, *Saturnino Cedillo, el cacique y su circunstancia*, [en línea], INEHRM, 13 de enero de 2012, dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-saturnino-cedillo-articulo>, [consulta: 18 de septiembre de 2012].

¹⁸⁷Victoria Lerner, *Los fundamentos socioeconómicos del cacicazgo en el México posrevolucionario*, [en línea], 70 pp., México, El Colegio de México, 1977, dirección URL: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/YAAY1NNPE89QLK4B5VIBAFPLRVYJN.pdf, [consulta: 18 de septiembre de 2012].

especial, es el prolegómeno, diríamos, de la más enriquecedora fuerza centralista del siglo XX, la única capaz de acabar con su cacicazgo “vitalicio”, la única capaz de proveerle al Sistema Político Mexicano la mayor contribución: un poder político nacional hegemónico. Echar un vistazo a su carrera nos permite acercarnos a las razones de su encumbramiento y de su posterior eclipse como el último jefe militar independiente que tuvo poder político en México.¹⁸⁸

En Las Palomas, Ciudad del Maíz, don Amado Cedillo, padre de Saturnino, tenía una pequeña propiedad. Las Palomas alguna vez había formado parte de la hacienda vecina de Angostura, pero fue vendida en el siglo XIX en varias pequeñas propiedades. En los preludios de la Revolución, en Las Palomas vivían unos 100 jefes de familia; unos cuantos, como Amado, eran pequeños propietarios, el resto eran medieros o rentaban tierras. La comunidad vivía de la explotación de las plantas fibrosas y de la cría de vacas y chivos. Amado tenía una tienda para completar sus ingresos; en la época en que Saturnino nació, él era figura respetada en la localidad, y, para ser ranchero, era un hombre rico. Además de Saturnino, tenía otros tres hijos: Homobono, Magdaleno y Cleofas; y dos hijas: Higinia y Elena.¹⁸⁹

Para estudiar el caso de Saturnino Cedillo, vamos a *retroceder* a 1910-11, fecha en que la figura de Porfirio Díaz cae y la familia Cedillo entra a la Revolución, afianza su poder entre 1925-1935 y, aunque somero -por no ser el objetivo principal de este apartado-, finalmente, en 1938-39, mediante un intento fugaz por aferrarse a una realidad ya inimaginable, es asesinado, fecha en la cual nadie ni nada podría hacerle frente al poderoso Estado posrevolucionario cardenista. Por lo cual, desde 1935, siendo más exigentes, los días del cacicazgo más poderoso de San Luis Potosí ya tenían fecha de caducidad. Los intentos cedillistas por aferrarse a una realidad, ya entonces, impensable, su levantamiento armado en mayo de 1938, la pérdida irreparable de su posición local al trasladarse a ocupar puestos en la administración federal, sus diferencias ideológicas con Cárdenas, el triunfo del civilismo, el poder inexorable del Ejecutivo Federal y, sobre todo, los anhelos, cada vez más poderosos, por centralizar el poder, habrían de destruirlo.

La historia de Saturnino Cedillo comienza cuando entra a *la bola* en 1911. Él junto con los varones de su familia -conocidos campesinos que gozaban de relativa fortuna- y un grupo de hombres de su localidad, se unen a la causa maderista. Pronto asumieron un papel fundamental para su ulterior historia caciquil. En la causa maderista encontraron las ansias de *los olvidados*, de los

¹⁸⁸Victoria Lerner Sigal, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México, UNAM/FCPyS, 1989, Colección Posgrado, núm. 5, p.9-16.

¹⁸⁹Dudley Ankerson, “Saturnino Cedillo, un caudillo tradicional en San Luis Potosí”, *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, cuarta reimpresión, p.181 y 182.

campesinos que no tienen nada –materialmente hablando– que perder, del agrarismo más combativo y del que, pronto, se valió su poder local. Asumidos como *defensores del desprotegido*, “recorrieron las rancherías circunvecinas e invitaban a los campesinos a sumarse a la Revolución Mexicana para combatir las injusticias que ellos habían sufrido. Fueron adquiriendo popularidad a medida que demostraban estar a favor del campesinado. Algunas de sus acciones, en esta etapa temprana de la Revolución, consistieron en destruir los libros de contabilidad de las haciendas para librar a los peones de sus deudas; además, repartían los víveres que encontraban en los graneros para ayudar a aliviar la pobreza del campesinado”¹⁹⁰.

Los actos que realizaban tenían una enorme carga simbólica: al apropiarse de un rancho o una hacienda y quemar los libros de contaduría, repartían entre “su gente” todo lo que había en la finca: caballeros, monturas, maíz, azúcar, rifles, pertrechos, dinero, etcétera, a fin de que más inconformes se unieran a la Revolución. Con todas estas sacudidas, muy pronto engrosaron sus filas. Comenzaron como simples protestas contra los ricos y sus empleados, pero, en los albores de la guerra, las condiciones los volvieron la grieta en el orden social, ideológico y moral del campo. Al tiempo, las circunstancias harían al hombre; al tiempo, el hombre haría el entorno.

ii. 1910: los orígenes y la bola.

En este trabajo nos hemos planteado un criterio básico para el estudio de los cacicazgos posrevolucionarios y del que ya hemos hecho alusión en muchas partes: creemos en la circunstancia, creemos en la influencia del entorno, creemos en los factores de posibilidad y, por ello, creemos indispensable esbozar, al menos de manera general, las condiciones económicas y sociales en las que surgiera el cacique, porque éstas marcan, sin duda, un derrotero. Los trazos de la geografía son determinantes en la conformación del carácter de un pueblo¹⁹¹, están presentes en su vida cotidiana, en su historia, sus formas de vida, sus costumbres, organizaciones económicas, sociales, políticas y culturales. Por lo demás, es lo que a continuación vamos a hacer.

San Luis Potosí es un estado de profundos contrastes. Su conformación está dada por tres regiones naturales: el Altiplano, la región Media y la Huasteca. La más grande es el Altiplano; por esta razón, recientemente se dividió en región del Altiplano y de San Luis. La mayor parte del territorio de San Luis Potosí es árida y montañosa, la totalidad de su territorio suma 63 820km² y representa

¹⁹⁰Maricela Fonseca Larios, op. cit., s/páginas.

¹⁹¹María Isabel Monroy Castillo, Tomás Calvillo, *Breve Historia de San Luis Potosí*, México, FCE-COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 1999, Primera reimpression, p.15.

el 3.2% de la superficie total del país; más de 90% de su superficie es incultivable y su vegetación es la característica de las zonas semidesérticas: mezquite, maguey y arbustos. Sin embargo, la Huasteca es una región surcada por muchos ríos que, rociada por la humedad proveniente del Golfo de México y su baja altura, cuenta con una flora y fauna prodigiosa.¹⁹² Estos contrastes se encuentran también en la gran variedad de sus climas: seco, seco desértico, seco estepario, tropical lluvioso y templado¹⁹³.

Los contrastes también son socioeconómicos. Según el *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos*¹⁹⁴, realizado en 1910, la población total de nuestro país era de 15 160 369 habitantes, de los que le correspondían a San Luis Potosí 627 800 habitantes. De acuerdo con el *Censo General de Habitantes*¹⁹⁵ (el cuarto de su tipo), en 1921 -puesto que no fue posible realizarlo en 1920 dadas las condiciones en que se encontraba el país-, la población total de la República Mexicana era de 14 334 780 habitantes, le corresponde una densidad relativa de 7.27 habitantes por kilómetro cuadrado. De esa cifra, San Luis Potosí aportaba 445 681 habitantes lo que le confería la posición ordinal número 18 con 7.05 habitantes por kilómetro cuadrado y el decimoprimer más poblado de la República. El *Quinto Censo de Población*¹⁹⁶ se realizó en 1930, para entonces la población total de nuestro país había aumentado a 16 552 722 habitantes. En San Luis Potosí se mostraba, de igual manera, un incremento en el número de su población aportando a la cifra total 579 831 habitantes.

En lo que respecta a su geografía económica, San Luis Potosí se ha regido históricamente por su explotación agrícola y su riqueza mineral. La infraestructura económica de la región se debe a su posición geográfica. La Huasteca y la región Media son, sobre todo, zonas agrícolas. Mientras que el Altiplano ha atraído por sus ricas vetas de plata, y es entonces que surgen los distritos mineros de El Catorce, San Pedro, Matehuala, Cedral, Venegas y Guadalcázar, que le produjeron un sostenido auge económico.

¹⁹²Romana Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984, p.21.

¹⁹³María Monroy Castillo, op. cit., p.17-39.

¹⁹⁴Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos, [en línea], México, Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento, INEGI, 27 de octubre de 1910, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1910/1910_p1.pdf, [consulta: 20 de septiembre de 2012].

¹⁹⁵Censo General de Habitantes, [en línea], México, Talleres Gráficos de la Nación, Departamento de la Estadística de la Nación, INEGI, 30 de noviembre de 1921, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1921/EUM/RCGH211.pdf, [consulta: 20 de septiembre de 2012].

¹⁹⁶Quinto Censo de Población, [en línea], México, Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, INEGI, 15 de mayo de 1930, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1930/EUM/QCPRG301.pdf, [consulta: 20 de septiembre de 2012].

En 1910 la explotación de ferrocarriles era la actividad económica más importante. El capital se invirtió en las vías férreas. La construcción del ferrocarril se inició en 1879, para cuando éste surca los suelos potosinos, el estado se encuentra abiertamente comunicado con la capital del país hacia el sur y con los Estados Unidos de Norteamérica hacia el norte, además de que se vuelve referente obligado para el Golfo de México y Tampico con el interior de la República.

San Luis Potosí es la entidad de la República que colinda con más estados: al norte, con Nuevo León y Coahuila; al noreste, con Tamaulipas; al sureste, con Veracruz; al sur, con Hidalgo, Querétaro y Guanajuato; al suroeste, con Jalisco y al oeste con Zacatecas. El crecimiento del ferrocarril va de la mano con la minería potosina, pues el objetivo es entrelazar a las minas con las fundiciones y dar salida al mineral hacia los mercados internacionales. También, como subproducto, el ferrocarril impulsó la agricultura, la ganadería y una incipiente industria potosina¹⁹⁷.

En los albores de la Revolución, los efectos de las inversiones extranjeras fueron decisivos en San Luis Potosí. Como en el país en su conjunto, fueron los norteamericanos quienes más invirtieron. Fue a la actividad minera a la que más recursos se destinaron. Las inversiones norteamericanas estaban en la minería. La empresa más importante del estado, la Compañía Metalúrgica Mexicana, subsidiaria de la American Smelting and Refining Company (ASARCO), en unión con el interés de familias locales como los Barragán, Barrenechea y Espinosa y Cuevas, terminaron la construcción de la red férrea potosina. Con el inicio del siglo XX, las empresas extranjeras mantenían fuertemente controlada la industria extractora minera, la fundidora de oro, plata, acero y fierro, localizadas en la capital, en Matehuala y Wadley, las divisas del exterior surgían de sus productos.

Pronto, fructificó la industria petrolera en El Ébano con la exploración que venía realizando la Mexican Petroleum Company. El resto de las actividades industriales potosinas avanzaban de manera más lenta, cuyo destino generalmente era el mercado local y nacional: textiles de lana y algodón, harina, mosaicos, vidrio, cuero, ropa, pintura, sombreros, muebles, tabaco, goma elástica, ixtle, chile, guayule, cerveza, mezcal y otras bebidas.

Las haciendas no dominaban el paisaje ni los hacendados la estructura del poder porque tenían la poderosa competencia de las minas. Mientras que la industria minera atravesaba por un profundo auge, las haciendas no eran rentables debido a que, como lo hemos señalado, la mayor parte de la

¹⁹⁷Romana Falcón, op. cit., p.22.

superficie es árida y montañosa lo que la hace incultivable; a la par, la inmensa mayoría de la inversión se dirigía a la extracción de minerales, poniendo en desventaja la irrigación y la maquinaria. A pesar de ello, una gran parte de la población económicamente activa estaba en ese ramo: “los 26 000 trabajadores de San Luis Potosí que no se dedicaban a labores agrícolas y ganaderas representaban el 14% de la población económicamente activa. A pesar de la importancia de las actividades industriales, San Luis Potosí era eminentemente rural”.¹⁹⁸

Los obreros potosinos, como los del resto de México, tenían salarios relativamente bajos, cumplían jornadas de hasta catorce horas diarias, durante los siete días de la semana (sólo descansaban los días de fiesta religiosa) y padecían deficiencias en higiene y seguridad. El 80% de los potosinos vivía en un campo pobre y la riqueza se concentraba en las manos de unas cuentas familias poderosas y estrechamente vinculadas. En los inicios de la Revolución, la mayor parte de las familias que conformaban la sociedad rural de San Luis Potosí carecía de tierras, mientras que los hacendados, propietarios de más del 80% de la totalidad del territorio potosino, representaban un mínimo porcentaje de población. De los 627 800 potosinos que habitaban la entidad en 1910, el 80% eran campesinos, de ellos, el 98% carecía de tierras, mientras que los hacendados, que representaban el 0.01% de ese total, poseían fincas de entre mil y un millón de hectáreas.¹⁹⁹

Junto a los hacendados locales se encontraban los extranjeros que, sin más, envilecían en mayor medida la profunda marginación que se vivía en San Luis Potosí. Los estadounidenses habían desarrollado corporaciones como la Río Tamasopo Sugar Company que tenía una enorme influencia en el control de la explotación cañera. Asimismo, los ingleses dominaban la inversión agrícola a través de una enorme finca salinera, The Salinas of Mexico Limited. Los hacendados constituían una aristocracia que detentaba un inmenso poder. En San Luis Potosí, como en el resto del país, un pequeño círculo de familias (como los descendientes de Felipe Barragán dueño de 700 000 hectáreas, Pedro Díez Gutiérrez, los Hernández Toranzo, los Soberón, los Ipiña, los Moctezuma Ortiz de Zárate, los Verástegui, etc., quienes, por merito propio, merecen su propio estudio minucioso) relacionadas por vínculos, arreglos, negociaciones económicas, políticas y matrimoniales, determinaban la vida en el estado porque ocupaban los cargos más importantes y por la costumbre extendida y tradicional de algunos funcionarios de usar el poder público para el autoenriquecimiento. Sin embargo, más que los nombramientos formales, eran las relaciones personales entre autoridades y hacendados lo que les permitía tomar las decisiones políticas. Ya,

¹⁹⁸María Monroy Castillo, op. cit., p.225.

¹⁹⁹Romana Falcón, op. cit., p.23.

desde entonces, estos hombres sentían que era su derecho e, incluso, su obligación, por la vía que fuera, tomar las riendas de su territorio.

El factor económico y social de la inversión extranjera favoreció muchos aspectos de la producción y la capacidad de desplazamiento de bienes y personas fue, quizá, el mayor beneficio que se lograba hasta entonces; sin embargo, al mismo tiempo, manifestó, de manera paradójica, el anquilosamiento de las estructuras políticas. Muy pocos se beneficiaron de las inversiones, a muy pocas familias les llegó un cambio sustancial en su forma de vida, pues se mantuvieron los viejos sistemas de explotación de recursos materiales y humanos. Sobrevino, en general, el agravamiento de la crisis nacional y, en particular, local.²⁰⁰

A principios del siglo, la economía de Las Palomas se perturbó por el auge de las fibras, lo que incrementó el valor de las tierras. Pronto despertó la codicia de los terratenientes locales para obtener los derechos de las propiedades fértiles de Moctezumas, otra comunidad de rancheros vecina a Ciudad del Maíz. Aunque no tuvieron éxito, sí produjeron una profunda hostilidad popular hacia los hacendados recrudesciendo la lucha de clases.²⁰¹

En 1909, una baja en el precio de la fibra redujo drásticamente las ganancias de las haciendas locales de Ciudad del Maíz. Los propietarios y los administradores buscaron la manera de reducir los costos, lo que generó conflictos con los pobladores de Las Palomas, a los que acusaron de robarse el ganado y la fibra. En dos ocasiones las autoridades municipales de Ciudad del Maíz encerraron el ganado de Amado Cedillo, porque le permitía vagar por las propiedades vecinas.²⁰²

Francisco I. Madero estuvo encarcelado en San Luis Potosí en julio de 1910, su presencia se haría decisiva para la incursión de ese estado en la lucha armada. Gracias a una extensa campaña por toda la República como candidato de la oposición, muy pronto, sus ideas y propuestas comenzaron a proliferar por las regiones potosinas, la población asimiló sus demandas y encontró un fuerte eco su llamado a la armas. Muchos sectores respondieron con entusiasmo al llamado maderista: desde los sectores más ricos de la población (debido a que era miembro de una de las familias más prominentes del estado de Coahuila) quienes no vieron en la aspiración maderista un reto a la preeminencia de las clases altas mexicanas sino, antes bien, hasta una seguridad para el mantenimiento del *statu quo*; los sectores medios, como el doctor Rafael Cepeda, Librado Rivera,

²⁰⁰ María Monroy Castillo, op. cit., p.226.

²⁰¹ Dudley Ankersson, op. cit., p.182.

²⁰² Ibid., p.182.

Juan Sarabia, Antonio Díaz Soto y Gama, Camilo Arriaga, que fungieron como un medio de inmovilidad política y frustración social, se convirtieron en una fuerza potencialmente desestabilizadora; fue precisamente en ese sector que surgió una de las oposiciones más importantes al régimen de Díaz: el Partido Liberal Mexicano; los rancheros, los pequeños y medianos propietarios con una capacidad enorme de convocatoria, que lograron ejercer su dominio en las áreas donde vivían, ya que eran la expresión de una autoridad sustentada en tradiciones familiares, cierto poder militar y destreza para establecer lazos con otros grupos de áreas circunvecinas; campesinos, obreros, indígenas y todas las clases desprotegidas.²⁰³

Para entonces, el viento revolucionario había soplado en Las Palomas y los Cedillo se mezclaron con los acontecimientos de la política nacional y con el llamado de don Francisco I. Madero. El sector rural, donde las quejas contra el régimen eran más bien económicas y sociales, reaccionaba lentamente ante los problemas planteados por la oposición: demandas políticas -como la libertad electoral, la no reelección y un gobierno honrado.²⁰⁴

Madero fungía como punto de unidad de todas las fuerzas revolucionarias que comenzaron a surgir y a adherírsele. No es sorprendente que, cuando se vio truncado el movimiento antireeleccionista, Madero se dirigió al sector urbano en busca de ayuda para rebelarse. Cuando fracasó su plan, volvió la mirada hacia los sectores del campo. Una vez que el movimiento maderista llegó al poder no pudo resolver las demandas sociales y económicas de los que se le habían unido en la lucha, por ello la revuelta continuó y la agitación comenzó a llegar a más poblaciones del país.²⁰⁵ Sin embargo, estos grupos querían resultados inmediatos -lo que no pudo ocurrir-, la suerte estaba echada, por lo que la mayoría se manifestó algunos meses después de la promulgación del Plan de San Luis. Entre estos destacaron los hermanos Homobono, Magdaleno, Cleofas y Saturnino Cedillo, en Ciudad del Maíz, el puente entre las regiones de la entidad.

A raíz del movimiento armado de 1910, la vida potosina se tiñó de una intensiva violencia que se produjo por la descarnada competencia por el poder. De ese conflicto continuo, ocurrió un desgajamiento de las estructuras de dominación y se dispersaron los poderes político y militar.

La intensa lucha que acontecía en el país permitió a los dirigentes de San Luis Potosí, como ocurrió en el resto del país, gozar de una creciente independencia con respecto al gobierno central, o lo

²⁰³ María Monroy Castillo, op. cit., p. 227.

²⁰⁴ Dudley Ankers, op. cit., p.182.

²⁰⁵ Ibid.

que aún quedaba de él. Esa autonomía alcanzó su punto culminante entre 1914 y 1915, cuando, tanto en la capital del país como en muchos de los estados y sus regiones, ninguna facción revolucionaria pudo imponerse a sus rivales. Desaparecieron las funciones del Estado. Esta independencia de los acontecimientos potosinos se basaba, como en el resto de las regiones del país, en la debilidad de las instituciones y los procedimientos políticos, y la incapacidad del centro por imponer decisiones. Así, el único poder efectivo era, precisamente, el de los dirigentes revolucionarios convertidos en amos y señores de alguna zona.

A partir de entonces, una serie de rebeliones comenzaron a suscitarse por todas las regiones del estado, la efervescencia campesina creció, el clima se volvió propicio para el surgimiento de pequeñas bandas armadas apoyadas en la población rural. Los Cedillo no estaban dispuestos a esperar tranquilamente a que el lento andar de la obra revolucionaria alcanzara su estado, pues el ixtle, que se producía en la zona cedillista de Ciudad del Maíz, atravesaba un severo descenso en la demanda (además de las sequías de 1909), lo que generaba crisis a la elite agraria. Los cedillistas querían resultados rápidos del gobierno maderista emanado de la Revolución, esperaban que las condiciones de trabajo de los campesinos cambiaran inmediata y radicalmente. Pero, como el paso de nuestra Revolución siempre ha sido lento, entre septiembre y diciembre de 1912, brotó el levantamiento de Saturnino Cedillo y sus hermanos.

La rebelión comenzó con la estación ferrocarrilera de Las Tablas, para el 18 de octubre de 1912 se apoderaron de Ciudad del Maíz. A partir de ese momento el gobierno federal se mantuvo a la expectativa de los levantamientos en San Luis Potosí. Para entonces, los Cedillo se habían enfocado en luchar contra las arbitrariedades de los terratenientes, lo que los hizo coincidir con el movimiento agrarista en Morelos encabezado por Emiliano Zapata, quien, por aquellas fechas, ya se había levantado en contra del gobierno maderista.²⁰⁶ La Revolución en San Luis Potosí había sido especialmente agraria, pues, dadas las condiciones en las que vivían, los campesinos del estado no tenían nada que perder, no tenían tierras, agua ni libertad, y, en efecto, todo que ganar.

Entre 1911 y 1912, el grupo cedillista tuvo muchas lealtades políticas, aunque muy cambiantes, con los gobiernos del centro. Primero fue maderista, después terminó aliándose con los antimaderistas de la zona, Pascual Orozco y Emilio Vázquez Gómez. La liga con el centro del país era tenue debido a los obstáculos para comunicar su zona, además de que el líder del grupo, Magdaleno, estaba más interesado en la lucha local. En año y medio cambiaron tres veces de

²⁰⁶Maricela Fonseca Larios, op. cit., s/páginas.

facción: fueron maderistas, huertistas y carrancistas. Así las cosas, Saturnino Cedillo, a los 24 años de edad, ya había respaldado a Francisco I. Madero, combatido a Victoriano Huerta y apoyado momentáneamente a Venustiano Carranza. Estaban por llegar los años más cruentos de la Revolución: cuando los que habían sido compañeros de lucha se dividieron en facciones que pugnaron por ejercer el poder.²⁰⁷

La importancia que los Cedillo concedían al problema agrario resultó evidente en 1913. Los Cedillo se vincularon al grupo del tamaulipeco profesor de primaria Alberto Carrera Torres, el "*Chueco*", quien se volvió el ideólogo del agrarismo regional con la expedición, el 4 de marzo de 1913, de la "*Ley Ejecutiva de Reparto de Tierras*", la cual "proponía por primera vez un ordenamiento legal agrario de la República Mexicana"²⁰⁸, establecía la primera Junta Agraria y señalaba que todas las haciendas propiedad de Díaz, los científicos, Huerta y sus seguidores debían ser confiscadas y divididas en lotes de 10 hectáreas para aquellos que no tuvieran tierras y los soldados del ejército federal que se abstuvieran de combatir a los constitucionalistas; asimismo, proponía la reorganización del ejército federal y que el gobierno auspiciara sistemas de riego.²⁰⁹

Con esto, los Cedillo estaban implementado un poderoso aparato clientelar de campesinos: a éstos, que eran el grueso de sus milicias, no se les paga con moneda por su servicio de soldados. En cada poblado había casas de comercio que les proveían de lo más indispensable: maíz, chile, frijol, una chiva, huaraches, sombreros de palma, calzones y camisas de manta, vestidos de percal y rebozos a las mujeres, todo esto al calor del truque. Lo que recaudaban por la explotación del ixtle lo usaban para comprar armas y parque en los Estados Unidos. Los Cedillo empezaban a encaminarse a ser amos y señores de San Luis Potosí.

El 26 de marzo de 1913, Venustiano Carranza acordaba el Plan de Guadalupe, que inmediatamente secundaron los Cedillo, no por ser muy cercanos a Carranza sino, porque, como lo establecía la misma Ley Ejecutiva de Reparto de Tierras, estaban en contra del golpe de Estado de Victoriano Huerta.

A fines de 1913 y principios del año siguiente, con buenos resultados, formaron parte del ejército del noroeste al mando del general Pablo González. Sus tropas y las de Jesús Carranza tomaron la

²⁰⁷Ibid.

²⁰⁸Ibid.

²⁰⁹María Monroy Castillo, op. cit., p.237.

capital potosina el 20 de julio de 1914. No tenían planteamientos claros en esta etapa porque la Revolución significó un despertar ideológico, ciertamente, confuso.²¹⁰

Para finales de 1913, los hermanos Cedillo ya dominaban la región que va desde Rio Verde hasta la Huasteca. De esta manera, continuaron engrosando sus, socialmente variadas, filas. La Revolución aumentó la combatividad de las clases sociales. Todos los habitantes de la región se habían vuelto espías; sus seguidores se reunían para los asaltos y después de eso volvían a sus hogares a trabajar la tierra. Su tropa militar estaba formada por campesinos armados lo que, pronto, vislumbraría sus errores en combate. En lugar de la organización militar prevalecía la espontaneidad y el asalto rápido similar al de las guerrillas. Su organización era simple y, en ocasiones, hasta suicida, pues prevalecía la falta de racionalidad o el desperdicio: quemaban trenes con mercancías y gente adentro, levantaban rieles, aventaban máquinas al vacío, quemaban poblaciones enteras, asaltaban y mataban a hacendados mexicanos y extranjeros. Era un momento en que el movimiento campesino no tenía planteamientos positivos, claros y definidos, y los que había no se llevaban a la práctica.²¹¹

En 1914 es derrotado Victoriano Huerta y los Cedillo cambian de facción según las fuerzas dominantes de su región. En esta ocasión se unen a las filas carrancistas triunfadoras; después a la facción villista en la Convención de Aguascalientes, desconociendo a Carranza. Entonces, Saturnino acudió a la Convención en representación de los Cedillo, había llegado a la conclusión que el *Centauro del Norte* estaba más interesado en la reforma agraria que Carranza. También sentía más afinidad con Villa, tosco pero efectivo, que con Carranza y sus consejeros oportunistas. Del mismo modo, los otros jefes del centro y el oeste de San Luis Potosí se pusieron de parte del villismo.

En 1915, cuando el villismo sufre severas derrotas, los Cedillo participan en la batalla de El Ébano en la que Cleofas, el hermano menor, fue mortalmente herido, falleciendo en la ciudad de San Luis, donde había sido trasladado para recibir atención médica. La rebeldía de los hermanos Saturnino y Magdaleno continuó en las montañas que circundan Ciudad del Maíz; para entonces, Saturnino ya había sido nombrado general y Magdaleno coronel. El clímax del movimiento cedillista llegó en 1916. Desde ese momento, las fincas urbanas y rústicas estaban en sus manos; a la par, sus campesinos armados tenían un control de las vías férreas que atravesaban la zona

²¹⁰Victoria Lerner, 1977, op. cit., p.402.

²¹¹Ibid.

entorpeciendo la actividad económica del estado, ya que era la ruta de transporte de materias primas, alimentos y petróleo. Además, se acercaban de forma muy peligrosa a la capital del país. De haberlo querido, pudieron tomarla sin ningún impedimento, pero se limitaron a depredaciones en los alrededores. Los carrancistas que iban avanzando eran impotentes ante ellos.²¹² La fuerza política del general Saturnino Cedillo se consolidó con base en las fuerzas campesinas.

A principios de 1917 los constitucionalistas realizaron elecciones en San Luis Potosí, resultó electo Juan Barragán, candidato apoyado por Carranza. El nuevo gobernador poco hizo por la reforma agraria, lo que significó que la intranquilidad y la agitación continuaran por parte de Saturnino Cedillo, activo opositor al gobierno.²¹³ El 3 de noviembre de 1917 ocurrió la muerte de Magdaleno cuando sostenía, con escasos recursos y hombres, su lucha contra el carrancismo, cerca de Ciudad del Maíz. Sin embargo, Saturnino se mantuvo en lucha hasta 1920, cuando unió sus tropas al Plan de Agua Prieta, organizado por el *Triángulo de Sonora*, que desconocía a Venustiano Carranza.²¹⁴

En 1917 el ejército Constitucionalista logra imponerse a nivel nacional, con ello, termina una etapa del cedillismo en la lucha, pues, desde julio, combatirían con una fuerza centrípeta estable. El gobierno de Venustiano Carranza se encontraba en decidida guerra contra las fuerzas regionales, lanzó una gran ofensiva en contra de los Cedillo en su intento por centralizar y controlar al país. El ejército se volvió el brazo derecho de las fuerzas centralizadoras, pero los militares locales y los gobernadores civiles obstaculizaban su labor. Con todo, Carranza fue afianzando su gobierno y los zapatistas, villistas y cedillistas fueron debilitándose.

Para octubre de 1917, los asiduos a Villa fueron derrotados por las fuerzas federales del general Manuel M. Diéguez. Es entonces que Saturnino toma las riendas de las huestes que aún resistían, sin los mejores términos. El cedillismo atravesaba por una de sus etapas más desoladoras, pues, además de que era perseguido por el gobierno federal, la zona había quedado francamente abandonada y sus actividades económicas estaban paralizadas generando hambre y desempleo, lo que, por desgracia, estaban sufriendo sus escasos habitantes, las tropas estaban hambrientas y andrajosas, desatándose un profundo bandolerismo y saqueo de lo que todavía quedaba.

Con la muerte de sus dos hermanos y cientos de soldados-campesinos en campaña, Saturnino había adquirido un rol más: debía ver por “los suyos”, “su gente”, por sus 11 sobrinos, un ejército

²¹²Victoria Lerner, 1977, op. cit., p.407.

²¹³Dudley Ankerson, op. cit., p.185.

²¹⁴Maricela Fonseca Larios, op. cit., s/páginas.

de viudas y muchos más huérfanos de jefes y soldados desaparecidos.²¹⁵ Era un momento en el que el cedillismo estaba en decadencia. Sin embargo, el general Saturnino Cedillo había adquirido madurez militar para emprender esta nueva etapa en su vida. No quedó solo, por el contrario, su capacidad de liderazgo en las bases campesinas, aunada a la movilidad social que generó la Revolución Mexicana, le dieron acceso a posiciones políticas relevantes, no obstante el haber sido, en su origen, un pequeño propietario. No se le había asentado la estocada final, lo que significaba que el movimiento potosino seguía vivo. La revuelta de los sonorenses lo salvó del exterminio. Al de Ciudad del Maíz, la historia le tenía preparado otro final.²¹⁶

iii. 1920-1934: el esplendor y consolidación.

Nuevos actores políticos y sociales surgían desde ese otro México soterrado, la crisis se agudizaba en la medida que éstos se negaban a permanecer en el anonimato mediando sus diversos movimientos revolucionarios. Ese fenómeno social representaba lo “nuevo”, aquello que buscaba, al menos de principio, hacer eco en una sociedad más justa. Entonces, a la luz de los nuevos movimientos que estaban gestándose *desde abajo*, desde *los olvidados*, desde los más empobrecidos y marginados, era tiempo de que se encausaran las fuerzas a construir un orden en el que ya no fueran los dictadores o el capital quienes tuvieran una función esencial. Uno de ellos fue Saturnino Cedillo, quien ascendió gradualmente: fue miembro del ejército nacional, gobernador de su estado y, por último, ocupó la cartera ministerial. Aunque en otras latitudes, estábamos ante un verdadero proceso de cambio. El cacicazgo comenzaría a tomar forma y, muy pronto, Saturnino Cedillo comenzaría a ejercer el poder *de facto*, real, en la zona.

En mayo de 1919 se celebraron en San Luis Potosí elecciones para el gobierno y el Congreso del estado. En ellas compitieron por la gubernatura dos candidatos: Severino Martínez y Rafael Nieto. A Severino Martínez se le criticaba por representar un continuismo en las políticas de, el aún gobernador, Juan Barragán, así como considerarlo un intento de imposición. En cambio, Rafael Nieto, aunque carrancista, no contaba con el apoyo del gobernador ni de don Venustiano, pero sí con el apoyo de las organizaciones sociales potosinas más combativas. Las elecciones no favorecieron a Rafael Nieto, lo que se tomó como una imposición parecida a la que estaba llevando a cabo Carranza a nivel federal con el embajador Ignacio Bonillas. Los inconformes pronto se unieron a la revuelta sonorenses que ya estaba en puerta.

²¹⁵Plutarco Elías Calles, *Correspondencia personal (1919-1945)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, primera reimpresión, p.374.

²¹⁶*Ibid.*, p.410 y 411.

El 23 de abril de 1920, desde Sonora, Adolfo de la Huerta proclama el Plan de Agua Prieta. En él se desconocía a Venustiano Carranza como Jefe del Poder Ejecutivo; asimismo, a través del artículo II, se desconocía a los funcionarios públicos cuya investidura tuviera origen en las últimas elecciones de Poderes Locales, verificadas en Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Nuevo León y Tamaulipas.²¹⁷ Carranza trató de resistir los embates sonorenses y después del desastre de Aljibes, traicionado, terminó muerto la madrugada del 21 de mayo de ese mismo año en las montañas de Tlaxcalantongo, Puebla.²¹⁸ Con su asesinato, triunfó el Plan de Agua Prieta y Adolfo de la Huerta tomó, como lo sentenciaba el plan, provisionalmente la presidencia de la República. Con su incorporación, Saturnino Cedillo resultó altamente beneficiado ganándose la buena voluntad de las nuevas autoridades centrales. Todo habría de cambiar para el oriundo de Las Palomas.

Este suceso a nivel nacional tiene especial relevancia para el caso específico de San Luis Potosí, pues, como el artículo II del plan lo sentencia, se desconoce a los funcionarios electos en 1919 y será el *Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista*, Adolfo de la Huerta, quien nombre gobernadores provisionales en esos estados. Así, Rafael Nieto es designado el nuevo gobernador potosino, pero éste no la tendría nada fácil.

El presidente De la Huerta aplicó de inmediato una política de reconciliación nacional. Con esta política llegó a un acuerdo con Saturnino Cedillo, entre otros rebeldes. Con el fin de asegurar una paz verdadera, promovió entre los jefes revolucionarios el establecimiento de “colonias-agrícolas” para sus veteranos y más leales seguidores. Cedillo las fundó en San Luis Potosí y comenzó a repartir las tierras. Con ello, y quizá sin que el gobierno central lo previera, Cedillo dio un paso decisivo en la consolidación de su poder político dentro de sus límites regionales y dentro de los límites, también, de las alianzas nacionales coyunturales²¹⁹, pues, las colonias agrícola-militares serían un cuerpo muy poderoso independiente del ejército regular; serían, en una palabra, poder, puro poder. La piedra angular de un cacicazgo.

A pesar de que el Plan de Agua Prieta prometió la sustitución del personal político, Nieto no logró imponer a sus leales en todos los cargos, ni dominar a los otros dos poderes locales. Muy pronto encontró una severa oposición en los diputados, en los terratenientes -como la familia Santos- y en la policía montada estatal: el Congreso rechazó dos de sus propuestas más significativas, la de

²¹⁷ *Plan de Agua Prieta*, [en línea], 8 pp., México, Senado de la República, Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM, 2010, dirección URL: <http://www.senado2010.gob.mx/docs/bibliotecaVirtual/1/2615/35.pdf>, [consulta: 21 de septiembre de 2012].

²¹⁸ John W. F. Dulles, *Ayer en México: una crónica de la revolución (1919-1936)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, séptima reimpresión, p.49.

²¹⁹ María Monroy Castillo, op. cit., p.254.

otorgar el voto a la mujer y la de reforma agraria. Estas contiendas por la hegemonía entre los centros formales de poder se verían frente a frente con el poder de los caciques regionales.

La afrenta entre el gobernador y los Santos –quienes controlaban el congreso estatal, ya sea por cohechos y asesinatos- sólo podía ser librada por la injerencia, más que del Ejecutivo Federal, Álvaro Obregón, por el ejército irregular del único en la localidad capaz de detener a los santistas: el general Saturnino Cedillo, cacique de Ciudad del Maíz y sus alrededores. El poder de los Santos y de Cedillo se midió frente a frente. Los Santos fueron derrotados y tuvieron que regresar a sus antiguos dominios, los diputados locales de su clan fracasaron en su intento de tomar por la fuerza el recinto legislativo, su clan perdió el control del congreso y, con ello, sus aspiraciones de gobernar San Luis Potosí. La derrota de los Santos fue decisiva en el panorama local: entraron en apogeo el ala radical y los partidos obreros y campesinos. En tanto, Cedillo se consolidó como el único cacique verdaderamente poderoso y capaz de seguir extendiendo su influencia y perpetuar, al mismo tiempo, la mecánica sistémica especial con la que se dirimen los conflictos políticos luego de la Revolución: el enfrentamiento armado.²²⁰

A raíz del triunfo de los sonorenses, Cedillo pudo crecer a través de alianzas con los caudillos y presidentes nacionales en turno, los generales Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles; los licenciados Emilio Portes Gil y Pascual Ortiz Rubio y, finalmente, los generales Abelardo L. Rodríguez y Lázaro Cárdenas. La dominación que éstos ejercían se postraba como legal; dadas las circunstancias arcaicas de la política, la década de 1920 fue una década de particular *caudillismo revolucionario*, sin un ejército profesional y abundantes partidos y banderías políticas que, sin una tradición realmente democrática e institucional, habían servido, en realidad, como cambiantes mecanismos de control político-social. La contradicción era innegable. Una *regla sociológica*²²¹ comenzaba a escribirse en las regiones y a nivel nacional: las fuerzas que habían ayudado a construir el poderío de los caudillos y los caciques, serían las mismas que, más tarde, los destruirían.

En 1920, Obregón y Calles habían aceptado a Cedillo como general brigadier en el ejército nacional, nombrándolo jefe de Operaciones Militares de la 28ª zona, en Ciudad del Maíz, a pesar de su pasado revolucionario confuso. El principal atributo de Cedillo había sido, ciertamente, haber quedado del lado de los vencedores. Muy pronto Cedillo construyó un cacicazgo militar en

²²⁰Romana Falcón, op. cit., p.145-149.

²²¹Victoria Lerner, 1977, op. cit., p.413.

su estado natal: obtuvo el permiso para quedarse con los hombres que le habían mostrado lealtad, la “reserva informal”, los armó y reforzó las, entre 10 y 12, colonias agrícola-militares que había establecido en su zona, el corazón de su cacicazgo. Con ello, se iba percibiendo la consolidación del poder político cedillista. El gobierno federal fue desprendido con Cedillo, a tal grado que les permitió guardar caballos, armas, parque y compró la tierra a los antiguos dueños para obsequiarla a sus soldados-campesinos, todo con el fin de que, ante alguna perentoria amenaza, lucharan por el gobierno federal, el cual seguía, para entonces, muy debilitado. Además, en tiempos de paz, cuando labraban la tierra, el gobierno federal les dio dos meses de paga, arados y semillas.²²² Desde su feudo agrario, en Ciudad del Maíz, Cedillo mantuvo a raya a los ricos de la capital potosina, así como a los trabajadores urbanos.²²³

Cada colonia tenía pastura, bosques y 100 parcelas de seis hectáreas de tierra cultivable. La mitad de estas parcelas fueron destinadas a los veteranos de Cedillo, la otra mitad se repartió entre los herederos de los fieles cedillistas muertos en combate. La demanda de estas parcelas aumentaba en la medida que la paz retornaba a la región. En teoría, las colonias estaban ocupadas por agricultores y Cedillo solamente era el líder de esta guarnición de Ciudad del Maíz. Pero en la práctica, Cedillo controlaba una importante reserva del ejército. Sus colonos eran una pieza fundamental en la estabilidad política de su estado, como del gobierno mismo. El reparto era el precio que el gobierno estaba pagando para pacificar a los seguidores de Cedillo y garantizar su lealtad; un viejo pacto cada vez más vivo.²²⁴

Saturnino habría de participar en la formación del Partido Nacional Agrarista, organismo que le permitió acercarse más a Obregón a quien apoyaría a cambio de la promesa de un extenso programa de redistribución de tierras. Es entonces que el pacto con los sonorenses quedaba sellando.²²⁵

Para 1923, Cedillo tenía mucho poder militar, aunque también intervenía en asuntos agrarios. Para convertirse en cacique le hacía falta el mando político. La manera en que Cedillo lo consiguió fue a través del apoyo que brindó a la candidatura a gobernador de Aurelio Manrique.²²⁶ La gubernatura de Rafael Nieto estaba por terminar y Cedillo, como hombre dominante, apostó por la figura de

²²²Ibíd.

²²³Carlos R. Martínez Assad, *El camino de la rebelión del general Saturnino Cedillo*, México, Editorial Océano, 2010, p.10.

²²⁴Dudley Ankerson, op. cit., p.187 y 188.

²²⁵Carlos R. Martínez Assad, *Los rebeldes vencidos*, México, FCE/UNAM, 1990, p.22.

²²⁶Victoria Lerner, 1977, op. cit., p.427.

Manrique, hombre culto y de trayectoria agrarista, quien, además, con peso específico, contaba con el apoyo de Plutarco Elías Calles.

Frente al candidato de Cedillo estaba Jorge Prieto Laurens, líder del cooperatismo, quien contaba con la simpatía de Adolfo de la Huerta, el candidato opositor a la presidencia de Calles. Saturnino Cedillo dio dinero para la campaña de su candidato, utilizó la violencia para favorecerlo, poniendo a disposición de éste su ejército de campesinos para ser usado como grupo de choque.

Los cedillistas amenazaron de muerte e hirieron a varios diputados partidarios de Prieto Laurens, destituyeron ayuntamientos e impidieron la entrada de fuerzas de oposición a su territorio. Manrique era el candidato de Calles. Cedillo, en su posición de operador del gobierno central, como lo fueron prácticamente todos los hombres fuertes locales, apoyó los designios que venían del centro. A través de gente como Cedillo se lograba estructurar, de alguna manera, la vida política nacional en la década de 1920; estos hombres, como operadores, intermediaban entre el centro y las regiones. Dos hechos lo prueban: primero, los cedillistas eran financiados directamente por la Secretaría de Guerra y; segundo, las fuerzas federales eran parciales con Manrique. En estas elecciones locales había mucho en juego a nivel nacional: Prieto Laurens era cabeza importante del Partido Cooperatista que lanzaría la candidatura presidencial de Adolfo de la Huerta; mientras que Manrique era amigo personal del presidente Álvaro Obregón, quien ya había destapado su inclinación por su amigo y paisano Plutarco Elías Calles. La relación, indirecta si se quiere, que se estaba tejiendo desde el nivel local entre Saturnino Cedillo y Plutarco Elías Calles sería fundamental en el derrotero nacional.

Las elecciones locales del 5 de agosto fueron una farsa cubierta de violencia. Ambos candidatos se declararon ganadores. El gobierno federal guardó silencio y, en ausencia de una guía, la junta electoral del estado, cuya mayoría apoyaba a Prieto Laurens, declaró triunfador al candidato delahuertista. Éste, bajo la protección del general Gutiérrez -comandante de la guarnición federal local- ocupó su cargo el 20 de septiembre. Parecía que todo marcharía bien para el nuevo gobernador, pero los acontecimientos a nivel nacional sabotearon su posicionamiento en San Luis Potosí. El 19 de octubre Adolfo de la Huerta decidió presentarse como candidato a la presidencia por el Partido Nacional Cooperatista en contra Calles, mientras, desde San Luis Potosí, Prieto Laurens iniciaba una campaña a su favor. Obregón no permitiría que uno de los dirigentes de la campaña opositora controlara un estado tan importante y estratégico. Los días del gobernador ya tenían fecha de caducidad.

Obregón llamó a consulta al general Gutiérrez a la ciudad de México; ordenando que la guarnición federal permaneciera en la capital del estado, autorizó un pago a Cedillo por 500 pesos, como bendición a sus actos. Inmediatamente Cedillo y Manrique comenzaron la maniobra contra Prieto Laurens. Todo se rompió violentamente con el surgimiento de la rebelión de Adolfo de la Huerta. En San Luis Potosí el estallido de la rebelión significó el triunfo de Manrique y el derrocamiento de la administración de Prieto Laurens, quien se unió a De la Huerta y a los rebeldes en Veracruz. En tanto las luchas se tornaban reñidas, Cedillo aclaró a sus colonos que si no luchaban con el gobierno federal perderían sus ejidos. El valor de Cedillo para las autoridades federales seguía creciendo.²²⁷

A mediados de los años veinte se pudo superar en San Luis Potosí la etapa de anarquía política y militar que había traído consigo la Revolución Mexicana. Por primera vez desde 1911, alguien concentraba la fuerza y el mando necesario para imponer sus decisiones, pues, con el inminente triunfo de Manrique, Cedillo había sido ascendido a jefe de Operaciones Militares de toda la entidad, lo que significaba, por lo demás, la dominación cedillista no de una zona, sino de todo San Luis Potosí.²²⁸ El cacicazgo comenzaba un fenómeno muy interesante. A nivel nacional, rendía fidelidad, reconocimiento y apoyo al gobierno en las luchas armadas, a cambio recibía autonomía, independencia, manos libres y prebendas para fortalecer su cacicazgo local. Peleó por el gobierno federal en la rebelión delahuertista de 1923, entre 1926 y 1929 contra los cristeros, en 1927 apoyó la matanza de Huitzilac y en 1929 contra los escobaristas. Gracias a ello, Cedillo consiguió el reconocimiento del gobierno central para crear el cacicazgo más poderoso de San Luis Potosí y uno de los más sólidos de la posrevolución.²²⁹ El viejo “pacto” de intercambiar lealtad por autonomía seguía vivo. Cedillo se convirtió en la figura política más importante de su estado, un hombre sin el cual las autoridades no habrían logrado mantener el orden.

Con todo esto, el cacicazgo de Saturnino Cedillo sufrió una serie de transformaciones que lo estaban encaminando a la vía civilista. La gente más cercana al cacique fue colocada en puestos gubernamentales (diputados, por ejemplo, pues los caciques se introducían en la política a través de la Cámara), en los ayuntamientos, en los puestos militares y otros negocios privados, incluso llegaron a supervisar la reforma agraria manriquista. A la par, cambió su base económica: ya no vivirían del “botín de guerra”, sino de sueldos dentro de una economía monetaria. Con estos

²²⁷Dudley Ankerson, op. cit., p.189.

²²⁸Victoria Lerner, 1977, op. cit., p.429.

²²⁹Romana Falcón, op. cit., p.175.

acontecimientos, se dejaban ver los intentos que, desde el centro, se estaban implementando para legalizar y modernizar los cacicazgos y, en última instancia, centralizar, de nueva cuenta, el poder político.²³⁰

La relación del cacique con el gobernador siempre será un tema muy interesante. La unión entre ambos fue provisional, pues, desde 1924, comenzaron sus diferencias en cuanto a la reforma agraria: Manrique otorgó 300 mil hectáreas a más de doce mil ejidatarios²³¹, “considerando que antes de 1920 sólo se habían dotado 6 000 hectáreas al año, durante el gobierno nietista este promedio aumentó 15 veces... y durante el de Manrique se llegó a las 150 000 anuales. Durante 1924 y 1925 fue San Luis donde más tierras se entregaron de toda la República, con la excepción del vasto estado de Chihuahua [...] Manrique radicalizó al extremo la dotación ejidal repartiendo también cosechas, animales, implementos agrícolas y, en ocasiones, todas las propiedades de las fincas, haciendo caso omiso de amparos y hasta de la oposición abierta que su reparto suscitó entre algunas autoridades federales.”²³² Cedillo se convertiría en el agente de destrucción del manriquismo. Mientras el gobernador potosino trataba de crear sus propias bases de leales, Cedillo trabajaba política y militarmente en dos frentes: el local y el nacional. Existía una gran diferencia entre los planteamientos del gobernador y los del cacique: para Manrique la política agraria debía darse en torno a un gobierno netamente civil de tono radical; Cedillo lo pensaba como un dominio tradicional basado en lealtad y reconocimiento revolucionario, aquello que los hacendados querían y que Cedillo les podía dar.²³³ Estas diferencias terminarían aniquilando al gobernador.

Aún no terminaba 1924 cuando circulaban los rumores de que el gobierno no tardaría en caer. Las pugnas aumentaron durante todo 1925. Cedillo usó siempre su influencia ignorando públicamente al gobernador Manrique. Saboteó deliberadamente los intentos del gobernador por entablar relaciones con las clases populares y organizó corridas de toros estando prohibidas por el gobernador. Cedillo había logrado algo inimaginable: contaba con el apoyo exclusivo de las clases sociales potosinas, mientras recibía elogios provenientes del centro del país. Con ese poder, el cacique se enfrentó abiertamente con el gobernador y su gente más leal, como Graciano Sánchez quien fuera el “elegido” por Manrique para sucederlo. Eso no lo permitiría el oriundo del Las Palomas.

²³⁰Victoria Lerner, 1977, op. cit., p.430 y 431.

²³¹Maricela Larios Fonseca, op. cit., s/páginas.

²³²Romana Falcón, op. cit., p._

²³³Maricela Larios Fonseca, op. cit., s/páginas.

Para el mes de agosto de 1925, en ausencia del gobernador, los colonos cedillistas tomaron, por la fuerza, el Palacio de Gobierno, mientras sus diputados desconocían al ejecutivo local. El gobierno logró controlar la situación, pero Cedillo había comenzado algo que no pararía hasta verse a sí mismo como gobernador. Para octubre controlaba la Comisión Permanente del Congreso (usando métodos ilegales, a los diputados les ofrecía duplicarles el sueldo, la reelección inmediata –aunque la ley lo prohibiera-, “puestos en México ya que tenía influencias con el presidente Calles”²³⁴) y deponía, como antaño, por la fuerza, a los ayuntamientos leales al gobierno. Cedillo no respetaba las leyes, acondicionaba el aparato político formal al real. Manrique intentó reconciliarse con Calles, pero sus intentos fueron desechados, pues el Partido Nacional Agrarista había roto sus lazos públicamente con la CROM e, indirectamente, con Calles quien, como en cada nueva administración federal, se estaba deshaciendo, en esta ocasión, de los remanentes obregonistas.

La madrugada del 16 de noviembre la toma del Palacio de Gobierno se repitió, esta vez el golpe de Estado tuvo éxito. Se desconoció a Manrique como gobernador, pasando interinamente (¡por casi cuatro años!) el gobierno a manos de un antiguo manriquista y ahora adicto a Cedillo: el diputado Abel Cano. Su tarea, una mera formalidad: llamar a elecciones para que Cedillo tomara la gubernatura en septiembre de 1927. Aquella *regla* se reafirmaba: las fuerzas que construían poderíos serían las mismas que, más tarde, los destruirían: primero Nieto, después Prieto Laurens, finalmente Manrique; ya, al tiempo, la realidad alcanzaría a Cedillo. El golpe para tirar a Manrique vino *desde arriba*, desde Calles –con quien tenía severas diferencias en cuanto a las inversiones extranjeras y la política anticlerical-; Cedillo sólo fue el *operador* de ese cambio de elite política. A partir de ahora, abiertamente Cedillo intermediaba, negociaba y servía de nexo entre San Luis Potosí y el gobierno de la federación. Este caso, ya de por sí, nos demuestra cómo los nexos entre el centro y la periferia eran cada vez más valiosos y especiales.²³⁵

Todas estas acciones tenían como objetivo reforzar el posicionamiento del cedillismo con el gobierno central. Cedillo reforzó, asimismo, su base de poder local a través del fomento a la distribución de la tierra en el estado. Durante los años veinte, utilizando las leyes agrarias para confiscar y crear ejidos, movilizó, aunque sin un rumbo claro y definido²³⁶, a un gran número de colonos que le brindaron efímeros triunfos locales y, en menor medida, nacionales. Saturnino Cedillo ejercía un poder absoluto pero, presa de una corta visión política, se condenaría a los

²³⁴Victoria Lerner, 1977, op. cit., p.432.

²³⁵Romana Falcón, op. cit., p.184-187.

²³⁶Dudley Ankerson, “La memoria viva del general Saturnino Cedillo”, *El camino de la rebelión del general Saturnino Cedillo*, México, Editorial Océano, 2010, p.26.

azares de las, cada vez más sólidas, fuerzas centralizadoras. Nunca mostró interés por utilizar su influencia para construir una maquinaria política en San Luis Potosí, como lo hicieron, por ejemplo, sus homólogos Lázaro Cárdenas y Adalberto Tejeda en Michoacán y Veracruz, respectivamente. Tampoco construyó un partido político local, como Tomás Garrido Canabal en Tabasco o Emilio Portes Gil en Tamaulipas. Siempre vivió a las expensas de sus vínculos personales, su relación, su afinidad natural y contacto frecuente con la población rural de su estado, sin procurar el establecimiento de organizaciones agrarias formales. Su fortaleza sería, al tiempo, también su debilidad más evidente.²³⁷

Según Victoria Lerner Sigal, el auge del cacicazgo cedillista se explica, también, por lo que ella llama *la característica general de los cacicazgos*:

*“México era, todavía en esos años, una nación mal cimentada (por falta de carreteras, mercados y relaciones socioeconómicas), difícil de gobernar y controlar. Para hacerlo se echaba mano de gente como Saturnino Cedillo [...] que nacen en regiones lejanas e inhóspitas, como la cedillista, en momentos de dificultades políticas. Así, se transformó la antigua turba de campesinos, que vivían del botín con cierto compañerismo, en un grupo paramilitar, compuestos por ciudadanos de medio tiempo y soldados el resto, que algunas veces recibían paga y otros regalos; parte de las anomalías de un estado que se estaba construyendo”.*²³⁸

Esto se debía, nos dice Lerner, a que no existía un ejército profesional capaz de promover el orden, sino, apenas, una población civil –campesina- altamente movilizada por la eterna promesa de la Revolución: la tierra. A ese ímpetu se le sacaba, generalmente –aunque no era exclusivo- por medio de clientelismo, el mayor provecho.

La zona cedillista había sufrido mucho daño. Para entonces, el bandolerismo y la violencia revolucionaria habían acabado con la vida de muchas personas. Las guerras cobran muchas vidas y así lo demostraba el recuento poblacional de 1921, donde la población de todo México había disminuido con respecto a 1910. La población de San Luis Potosí había disminuido considerablemente, ya fuera que murieran en la guerra o que emigraran a los estados vecinos. Paradójicamente, Saturnino Cedillo, quien fuera uno de los causantes de esta situación, era el encargado de remediarlo. Emprendería una labor de repoblador, la que, sin más, no había sido muy efectiva, pues, para 1930, aún había muchos ranchos deshabitados. Quizá, como afirma Victoria Lerner, precisamente ese tipo de situaciones sean el “campo de cultivo” de los caciques como Saturnino Cedillo: zonas solitarias y absolutamente rurales donde reina el atraso, la pobreza,

²³⁷Ibid., p.27.

²³⁸Victoria Lerner, 1977, op. cit., p.415-416.

la desigualdad, la ignorancia o la dificultad para crear una conciencia de clase y, de esa manera más estructurada, luchar por la reivindicación de sus derechos.²³⁹

Para 1930 las condiciones en San Luis Potosí no habían cambiado mucho en comparación con 1910. Las colonias agrícola-militares no habían logrado sus objetivos económico-sociales, pues la economía no había renacido. La zona no recuperaba las pérdidas agrícolas, la cual, en esencia, era de autoconsumo y, más aún, la ganadería se encontraba en severo atraso: no existían maquinarias, las inversiones en infraestructura eran mínimas, no existían medios para comunicarse con el exterior, no existía el mercado regional y nacional y, por ello, los colonos tenían que vender sus productos en poblaciones cercanas. Esto facilitó la dominación. Las condiciones facilitaron un sistema patriarcal de autoridad, donde Saturnino Cedillo, desde Ciudad del Maíz, atendía todo tipo de asuntos económicos y políticos donde, además, recibía, a manera de “renta”, una sexta parte de las cosechas anuales. Al parecer, la crisis agrícola es, precisamente, la que favorece la consolidación del poder local de Saturnino Cedillo, pues, los campesinos, desprotegidos y relegados, veían cómo el campo era sometido a los procesos de industrialización, cómo quedó en el olvido la promesa de la Revolución y, sin tener otra salida, tuvieron que recurrir a los caciques en busca de protección.²⁴⁰

Aunado a esta situación, la piedra angular del cacicazgo cedillista, las colonias agrícola-militares, estaba sometida a intercambios clientelares. Cedillo y sus soldados-campesinos establecieron una relación profunda, personal y cotidiana de deberes y beneficios. El carácter impreciso de esta relación estuvo presente en prácticamente los 18 años que Saturnino Cedillo fuera el hombre fuerte de San Luis Potosí. Al principio, su clientela empuñaba las armas por la profunda identificación personal que sentían hacia él, a cambio éste les proveía lo necesario para subsistir y el “botín de guerra”; después, con la relación más estable, le ofrecían al cacique su apoyo militar y político a cambio de trabajo, dinero y tierra, aquella promesa originaria que sirvió como instrumento de estabilidad y fortaleza al cacicazgo. El apego fue tan fuerte que se mantuvo a pesar de que el cacique ya nada tangible les podía ofrecer, acompañándolo, incluso, en 1938, en su último intento suicida por mantener su poderío.

El cacicazgo cedillista era especialmente agrarista, pero también trató de partir plaza entre los obreros. A partir de 1928, con la caída de la CROM, intentó mediar a favor de los obreros

²³⁹Ibid., p.419.

²⁴⁰Ibid., p.423.

potosinos para poder incorporarlos a su estructura clientelar; sin embargo, su cacicazgo nunca logró impactar definitivamente en los trabajadores, lo que sería, a la larga, prueba irrefutable de sus debilidades más sobresalientes.

Su trato con los campesinos no privó que entablara buenas relaciones con las clases altas tradicionales. Nunca buscó, a pesar de sus ligas eminentemente agrarias, lesionar los intereses de los industriales, los comerciantes y los terratenientes o, ni decir, un enfrentamiento directo con ellos. En cambio, mostró su capacidad moderadora controlando las demandas populares.

Su forma de gobernar fue la del caudillo rural tradicional: patriarcal y sumamente personal. En lugar de crear un aparato de organización política, imprimió a su gobierno el ambiente de los municipios rurales de donde provenía él y sus compañeros. La relación que entabló con sus seguidores fue de patrón y clientes, no de gobernante electo y votante. El conservadurismo social, el parentesco, el compadrazgo y la lealtad personal fueron las bases de su gobierno. Prefería pasar su tiempo en Las Palomas, recluso, repartiendo regalos de manera personal e individual; organizó pocos esquemas para el desarrollo de caminos o para mejorar servicios médicos y sociales; sin embargo, como pilar fundamental de su régimen, siempre escuchaba las peticiones: encontraba trabajo a quien se lo solicitaba; agilizaba las demandas legales pasando, incluso, por encima de la ley; resolvía disputas por la tierra indemnizando con pequeñas cantidades de dinero. Su base de poder era informal. Sus colonias agromilitares le funcionaban como estancias para su ejército de campesinos, el cual estaba sumido en formas tradicionales de organización, muy acordes con su estilo paternalista de gobernar, sostén eficaz de su poder local y su papel dentro del gobierno central.²⁴¹

Como podemos ver, su régimen estaba altamente personalizado y carecía de cualquier organización formal de partido, tomaba cuerpo mediante una entramada red informal de amistades, pactos, lealtades y favores personales; la coyuntura político-económica, arrojada por las consecuencias latentes de la guerra, le había favorecido: los terratenientes estaban diezmados por la Revolución y la reforma agraria que los perjudicaba; la burguesía industrial carecía de fuerzas, pues la industrialización estaba en ciernes; los campesinos y obreros estaban más interesados en continuar su lucha por tierra y mejores condiciones de trabajo²⁴²; al mismo tiempo que, como en el resto del país, dotaba al sistema de estabilidad y cohesión político-social. Así tejía

²⁴¹Dudley Ankersen, op. cit., p.29 y 30.

²⁴²Victoria Lerner, 1977, op. cit., p.431.

su red de influencia. A la par, el Sistema Político Mexicano encontraba estructura, equilibrio, unión e identidad. Estas nuevas formas de negociación servían de intermediación y nexos entre las regiones y los estados con la federación. Saturnino Cedillo estaba, justamente, en medio: *de arriba para abajo y de afuera para adentro*.

Como gobernador, Saturnino Cedillo logró que San Luis Potosí tuviera un centro mínimo de control efectivo. Resulta revelador el hecho de que fuera el primero de los gobernadores posrevolucionarios en terminar su periodo²⁴³. La debilidad del sistema político nacional seguía siendo la clave del esplendor cedillista. La relación con el entonces presidente Calles era más estrecha: ocurriría un hecho que marcaría en definitiva su, ya de por sí, estrecha relación con el centro.

A principios de 1926 la política antirreligiosa del gobierno de Calles exigió a los ministros de culto su registro y limitó su número. El episcopado protestó suspendiendo los cultos y haciendo un llamado al pueblo para que se rebelara en contra del gobierno. Ante tales acontecimientos, estalló una guerra de cuatro años entre el Estado y la Iglesia en la que Saturnino Cedillo, aunque católico confeso, combatió exitosamente al lado del gobierno federal, sus razones fueron más políticas que doctrinales. Con el asesinato de Obregón el 17 de julio de 1928, la confrontación se hacía cada vez más sangrienta. Cedillo fue uno de los elementos decisivos de la respuesta federal a tal grado que se ganó el mote de *“el terror de la sierra”* –el movimiento cristero no prosperó entre los campesinos, pues éstos eran adictos a Cedillo. Ese año, junto con Genovevo Rivas Guillén, peinó la Sierra Gorda en busca de las cabezas de los generales cristeros Gallegos y Goroztieta. El método de *“el terror de la sierra”* para acabar con los enemigos del gobierno fue brutal pero efectivo: fusilaba tanto a alzados como a meros sospechosos.

Para 1928, Cedillo había logrado aniquilar casi por completo a los religiosos de San Luis Potosí. En 1929 los cedillistas se hicieron más importantes que nunca, pues, a la par que lograron pacificar el territorio potosino, en el resto del país la lucha cristera alcanzaba su punto culminante. Para el mes de marzo, mientras el gobierno federal combatía a los escobaristas, Cedillo estaba al mando de 12 mil soldados. En abril, el general de Las Palomas sufrió una terrible derrota en Tepatitlán, en los Altos de Jalisco; sin embargo, la federación lo respaldó y reforzó. Para Cedillo se hizo evidente que la táctica debía cambiarse. En aquel año se confesó católico, cesó los fusilamientos sumarios y saqueos, se volvió tolerante con las creencias religiosas y continuaron celebrándose misas de

²⁴³María Monroy Castillo, op. cit., p.276.

manera discreta sin que las autoridades intervinieran. Los resultados se dieron muy pronto, pues, primero, consiguió asesinar a Gallegos y, después, ya como gobernador, en junio de 1929, logró asesinar a Goroztieta, el máximo jefe rebelde. A partir de entonces, las negociaciones entre Iglesia y el presidente, Emilio Portes Gil, fructificaron y la lucha terminó. Cedillo había dado un paso más en la consolidación de su mando:²⁴⁴ permitió que los ministros de culto se refugiaran en San Luis Potosí a fin de evitar su persecución. Más tarde, cuando la rebelión se debilitó y los cristeros abandonaron la resistencia, los esfuerzos de Cedillo rendían frutos: siguiendo la tradición caciquil del país, mantuvo bajo su control el estado; contaba con el apoyo del gobierno central, al que, a su vez, le ofrecía el apoyo de su región.²⁴⁵

Sin embargo, conviene hacer una precisión. El ejército cedillista había comenzado en aquellas colonias agrícola-militares como un grupo de campesinos indígenas cuya enseñanza militar era prácticamente nula. Para los años venideros, estos hombres se fueron fogueando. En 1923 en contra de Adolfo de la Huerta, en 1927 lucharon marginalmente contra los adversarios políticos de la potencial reelección de Obregón, Arnulfo R. Gómez y Francisco Serrano. Mientras participaban en el conflicto cristero, se desarrollaban a la par en contra del último levantamiento militar de importancia en México. El 3 de marzo de 1929, mientras los trabajos constitutivos del nuevo partido del Estado se llevaban a cabo -y a los cuales también se había comprometido Cedillo-, el general Gonzalo Escobar, junto con un número considerable de tropas, se alza en contra del gobierno. Los cedillistas formaron parte de una de las tres divisiones que aplastaron a Escobar en Torreón. La promesa manipulada de tierras a cambio de servicios militares, pilar de todo el cacicazgo cedillista, volvió a escena, pues, para esta ocasión, el 24 de junio, se realizó una ceremonia para recompensar a los cedillistas con parcelas de tierra. Ese día, el presidente Portes Gil, Joaquín Amaro, Cedillo y su poder en el estado -su clientela y su alianza con el poder central-, encabezaban la entrega de títulos ejidales por más de 100 000 hectáreas. Los agraristas de Cedillo no entregaron sus armas, su ejército privado lo convertía en factor importante en la política nacional; Cedillo, su familia y sus "favoritos"²⁴⁶ fueron el mejor testimonio de que la Revolución pasó por San Luis Potosí.²⁴⁷

²⁴⁴Romana Falcón, op. cit., p.187-190.

²⁴⁵Carlos R. Martínez Assad, op. cit., p.10.

²⁴⁶De Plutarco Elías Calles-Correspondencia Personal podemos recuperar este claro ejemplo de las prerrogativas que el general solicitaba al centro para sus "favoritos": el 17 de abril de 1932, Cedillo le escribió al general Calles una carta, entre su vasta correspondencia, con la siguiente súplica: "...le suplico influir en el señor Presidente (Pascual Ortiz Rubio) para que en el Departamento de Estadística, que va a quedar vacante [...] sea nombrado uno de mis amigos para que éste pueda meter a algunos otros empleados..."

²⁴⁷María Monroy Castillo, op. cit., p.274 y 277.

El poder que Saturnino Cedillo había logrado era notable. La independencia que logró estaba muy por encima de la que tendría el resto de los caciques de la época. Sus fuerzas militares alcanzaban los 15 mil hombres²⁴⁸, lo que le permitía verdadera hegemonía en su territorio; más aún, Cedillo usó siempre el erario con extrema libertad para establecer y modernizar su ejército. Poder regional puro al servicio del poder central. Su presencia era evidente y la Secretaría de Guerra no consideraba prudente la presencia de tropas federales en esa jefatura. Cedillo supervisaba el nombramiento de los jefes de las “defensas rurales”. Colocó desde 1927 a Francisco Carrera Torres como jefe de Operaciones Militares y como prueba del poder que ostentaba, Carrera Torres permaneció en el cargo por más de 10 años, a pesar de que, desde el centro, se estaban rotando a los jefes de zonas de operaciones militares con el fin, añadido desde el comienzo de la década de 1920, de impedir la formación de más redes de clientela caciquil.

Pero no todo, y no siempre, sería ascenso. Durante las elecciones de 1930, Cedillo echó mano de su poderoso aparato local para asegurar el triunfo del candidato del Partido Nacional Revolucionario, Pascual Ortiz Rubio, del cual fungió, aunque por un período muy corto, como Secretario de Agricultura y Fomento. Ante todo lo que aquí hemos venido describiendo, ni *la cruzada* vasconcelista lograría hacerle frente al aparato hegemónico.

A Cedillo lo sustituyó Ildelfonso Turrubiartes, mientras que Abelardo L. Rodríguez asumía el Ejecutivo Federal. La incursión de un rancharo iletrado como gobernador de San Luis Potosí - Turrubiartes era amigo de Cedillo desde sus campañas en los albores de la Revolución- indicaba el dominio de Cedillo en el estado. Controlaba un amplio aparato político que operaba en todos los niveles de la administración. El congreso local se encontraba compuesto por sus colaboradores íntimos; sus partidarios tenían todos los puestos importantes en la burocracia de ese estado y la representación local del gobierno federal; el jefe de la guarnición federal era su antiguo amigo Carrera Torres y todos los oficiales eran sus hombres de confianza. De manera similar, tenía control del gobierno municipal y no existía nadie que representara oposición en ningún nivel del gobierno o de la prensa local. Sin embargo, ese poder solamente era posible por su amplia popularidad entre las clases bajas rurales. El sistema de San Luis Potosí era paternalista y personal, quizá estaba fuera de tono con el desarrollo de las instituciones en otras partes del país o del

²⁴⁸Romana Falcón, op. cit., p.190.

centro mismo, pero el hecho era el mismo: Cedillo contaba con un apoyo popular considerable y genuino, su más grande fortaleza y, al mismo tiempo, su mayor debilidad.²⁴⁹

Por esos días, Calles ya era reconocido como “*Jefe Máximo*” de la Revolución y Cedillo era considerado uno de los callistas más leales. El liderazgo del general potosino en la vida local transcurrió paralelo al liderazgo del *Jefe Máximo* en la política nacional. Es probable que el divisionario sonoreense no haya contado con un intermediario local más eficaz y constante que Saturnino Cedillo Martínez.²⁵⁰

1932 fue un año en que los cambios efectuados respondían a los designios del *Jefe Máximo*. Ese año fue muy conflictivo en lo político, pero, sobre todo, en el aspecto económico. Una profunda caída en los precios generó afectaciones para las economías sostenidas en la minería y en la agricultura, como la potosina. Ante las condiciones, el gobierno trató de reactivar la política agraria y creó el Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización; además, el Partido Nacional Revolucionario, organismo político oficial del gobierno federal, dio a conocer un Plan Sexenal (1934-1940) que fijaba el proyecto a seguir en todo el país. Mientras tanto, Cedillo junto con Graciano Sánchez, impulsaban la candidatura del general y hombre fuerte de Michoacán, Lázaro Cárdenas; con esto, como la misma *regla* lo sostenía, los días de uno de los cacicazgos más sólidos de país y el más poderoso de San Luis Potosí, estaba por llegar a su fin.

Ante las nuevas formas políticas del sistema, Cedillo comenzaba a ser incongruente.²⁵¹ Debido, en gran parte, a que su fuerza se basaba en relaciones clientelares tradicionales –no existía un organismo político a través del cual legitimara su dominación tradicional-, muy pronto, sus servicios ya no serían necesarios, pues, en la medida en que Cárdenas se sacudía la sombra del *Jefe Máximo*, el Estado posrevolucionario se encontraba más centralizado, estable y capacitado para ejercer sus funciones; disminuyó su dependencia de los hombres fuertes regionales; asimismo, Cedillo había descuidado su base local al movilizarse fuera de su estado para sustituir al licenciado Tomás Garrido Canabal en la cartera ministerial. Fue evidente que la intervención de Cárdenas minó la gran fuerza política de Cedillo. Para entonces, el gobierno central había encontrado los canales adecuados para tener comunicación directa –sin la necesidad de intermediarios- con los beneficiarios de la reforma agraria –por medio de una liga campesina nacional.

²⁴⁹Dudley Ankerson, op. cit., p.196.

²⁵⁰Plutarco Elías Calles, op. cit., p.369.

²⁵¹María Monroy Castillo, op. cit., p.280.

Los poderes regionales estaban descubriendo que su autoridad se había debilitado. El corazón del poder cedillista, su máxima fortaleza, se tornaba en su más grande debilidad. Un nuevo sistema de patrocinio burocrático, bajo el control de los funcionarios del partido y del gobierno central, remplazaba la imperfecta protección personalista, política y militar que había sobrevivido en San Luis Potosí. La vieja *regla* estaba a punto de repetirse, esta vez era el turno de Cedillo, aquel cacique que dominó todo el territorio potosino, que intermediara y negociara con el gobierno federal a tal grado de participar de los trabajos constitutivos del Partido Nacional Revolucionario y brindar su apoyo a la candidatura de Lázaro Cárdenas -su ulterior verdugo-, se había negado a aceptar las ofertas del gobierno, a acondicionarse, a renovarse, a ajustarse a las nuevas reglas del juego, a la nueva política de educación socialista, al nuevo trato del Estado con la Iglesia, al nuevo programa de reforma agraria –como buen ranchero creía en la pequeña propiedad privada y no en el ejido-, diferencias, todas ellas, ideológicas.

Ilusorio conservadurismo en contradicción con su pasado revolucionario, una administración cada vez más anacrónica, las que terminaron por acorralarlo y, sin grandes luces, orillado a una rebelión condenada al fracaso inevitable, sin esperanzas, obsesionado, enfermo, a “*salto de mata*”, fue trágicamente asesinado.²⁵² Nunca una rebelión había sido tan desbalanceada en cuanto a los pertrechos y armamento de los bandos contrincantes. La rebelión, ciega y sin esperanzas, de Saturnino Cedillo tuvo el infortunio de enfrentarse a algo nunca antes visto: el presidencialismo cardenista impuesto como la fuerza fundamental del sistema político institucionalizado. La rebelión sólo mostró la insolvencia de un grupo cuyo proyecto era nulo y aislado territorialmente; como estaba, sufría incapacidad para formular sus concepciones sobre el futuro del país.²⁵³ Estamos ante la presencia de un verdadero choque histórico: el poder formal –y fáctico- del presidente demostró el rumbo que habría de seguir México, mientras que, la rebelión del jefe potosino, anclada en las viejas glorias, representaba al país que había quedado atrás y lo que nunca más volvería a ser.

Con fuerte disgusto, encolerizado, y en voz del secretario de la Defensa Nacional, Manuel Ávila Camacho, a primera hora del 12 de enero, Cárdenas recibió por teléfono la noticia. Las instrucciones precisas habían sido que se le respetara la vida, no quería la sangre de un ex compañero revolucionario ya derrotado militarmente. Lamentó su muerte, siempre fue su deseo

²⁵² Carlos R. Martínez Assad, op. cit., p.20-23.

²⁵³ Carlos R. Martínez Assad, *El camino de la rebelión del general Saturnino Cedillo*, México, Editorial Océano, 2010, p.152.

que se acogiera a la amnistía que se le anunció.²⁵⁴ Empero, nadie podrá negar que fue una figura notable para la reforma agraria y una pieza fundamental, como el hombre fuerte de San Luis Potosí, en la consolidación del Estado mexicano contemporáneo.

²⁵⁴Lázaro Cárdenas, *Obras: I-Apuntes 1913/1940*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, p.406.

b. Territorio sin Dios: Tomás Garrido Canabal y Tabasco.

*Yo soy enemigo personal de Dios. Dios no existe, ¿quieren ustedes pruebas? Si Dios existiera me mataría en este preciso momento [...] ¿Ven ustedes? ¡Dios no existe!**

Tomás Garrido Canabal, *el Hombre del sureste*, ha sido uno de los personajes más polémicos de la Revolución. Terrateniente, enemigo confeso de Dios, Garrido Canabal formó parte de las filas constitucionalistas y, al paso de unos años, llegó a ser dos veces gobernador de Tabasco, el estado que lo vio crecer. Héroe revolucionario para algunos y tirano-dictador para otros, Garrido Canabal fue un hombre de acciones radicales siempre reconocido por su éxito: el presidente Obregón llamó al Tabasco garridista “*Baluarto de la Revolución*”, y Cárdenas, durante su campaña presidencial, en 1934, exaltó a Tabasco como un “*Laboratorio de la Revolución*”. De filiación callista, su campaña radical para eliminar el alcohol y la religión en Tabasco hizo eco por todo México, atemorizando el rumor de violencia y terror de los que supuestamente se valía para hacer de su estado un feudo privado. Pero, el rico estado de Tabasco es una tierra diferente al resto del país.²⁵⁵ Como secretario de Agricultura en el primer gabinete de Lázaro Cárdenas, pretendió “*Tabasqueñizar*” a México, lo que le significaría, para su desgracia, el principio de su fin.

El Tabasco garridista representa un universo político y social particularmente coherente por su obra material como por la movilización política e ideológica que mantuvo por quince años. Aquel *Laboratorio de la Revolución* se abrió a la modernidad tanto en las técnicas de producción como a los patrones culturales y sociales, llegando a los extremos permitidos por la autonomía regional para ejercer su poder internamente. Dictador arbitrario, intolerante, extremista para unos, líder indiscutible para otros; Garrido Canabal logró determinar por más de una década toda la vida tabasqueña. Desde una visión histórica, Garrido Canabal aparece como el líder regional indiscutible, audaz, decidido, el hombre de acción convencido de sus propios ideales. En este apartado vamos a tratar al hombre fuerte de Tabasco de los años de caudillismo revolucionario, a Tomás Garrido Canabal, el hombre de acción que llevó la enseñanza progresista, las escuelas racionalistas y las cooperativas a Tabasco, y su influencia a nivel nacional en el surgimiento del Estado y el Sistema Político Mexicano contemporáneos.

*Visto en John W. F. Dulles, *Ayer en México: una crónica de la Revolución (1919-1936)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, séptima reimpresión, p.569.

²⁵⁵ Alan M. Kirshner, *Tomás Garrido Canabal y el movimiento de las camisas rojas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, p.7 y 8.

Todos los cacicazgos pueden –y merecen- ser estudiados en forma particular por el universo político y social que representan, pero, sin lugar a dudas, es Tomás Garrido Canabal quien merece mención especial por la coherencia tanto en su obra material –sus tendencias modernizadoras- como por la movilización político-ideológica que mantuvo, efectivamente, por quince años. Ciertamente, constituyó uno de los casos más sobresalientes del caciquismo revolucionario por la importancia que le dio a la autonomía regional y por su radicalismo ideológico –que lo llevó, incluso, a la persecución de sus enemigos políticos dentro y fuera de Tabasco-, creó formas avanzadas de organización social adelantándose a las transformaciones a nivel nacional y, a través del Partido Socialista Radical Tabasqueño, mantuvo una verdadera alternativa de poder regional –cuidando de no oponerse directamente al centro- cuando otras estructuras de unicidad regional se supeditaban a los dictámenes centralistas del Partido Nacional Revolucionario.²⁵⁶

i. La región y la bola: los primeros años antes del hombre fuerte.

El propósito general de este texto sería inalcanzable si no tomáramos en cuenta algunos de factores prolegómenos de la obra de los hombres fuertes regionales. De ahí que, como paso inicial, destaquemos las condiciones geográficas, políticas, económicas y sociales en las que se desarrollaron los llamados “*jefes natos*”. Asimismo, se vuelve imposible entender la determinación y el contenido de estas experiencias regionales si omitimos su formación ideológica. No existe la generación espontánea de revolucionarios, ni en las ideas ni en las acciones. Los revolucionarios son producto de su tiempo; la secuencia de la historia no se explica de otra forma. Para estos hombres la Revolución fue más que una conjetura.

En Tabasco, como en todos los rincones de México, la Revolución fue heterogénea, tuvo contenido y significado propio, aunque encaminado hacia el mismo fin que en el resto del país. Ese Tabasco, dominado política y económicamente por el licenciado Tomás Garrido Canabal por quince años - entre 1920 y 1935-, se encontró estrechamente vinculado a los acontecimientos que afectaban la vida nacional: del Plan de Agua Prieta, pasando por el gobierno de Obregón, la rebelión delahuertista, el gobierno de Calles, la guerra *contra Cristo Rey*, el asesinato de Obregón, la creación del PNR, el maximato -periodo en el cual los cacicazgos más afines al *Jefe Máximo* alcanzaron su esplendor local y nacional- hasta la elección del general Cárdenas y su rompimiento con el *Jefe Máximo de la Revolución*, momento del declive del hombre del sureste -en que por

²⁵⁶Carlos Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución. El tabasco garridista*, México, Siglo XXI Editores, 2004, quinta edición aumentada, p.13 y 14.

encima del poder del presidente de la República no habrá nada ni nadie.²⁵⁷ Para entonces, el gobierno central, con un ejecutivo más fuerte, controlará definitivamente las fuerzas centrífugas que habían sido tan útiles al gobierno de Obregón y Calles –que habían dado, en última instancia, coherencia al sistema político caudillista a través del apoyo de las masas, fundamentalmente grandes conglomeraciones de campesinos, en los que se encontró la muralla que impediría las numerosas asonadas y rebeliones en contra del gobierno central, y que, desde entonces, perdía sentido.

Anclado en la región sureste del país, el estado de Tabasco se encuentra entre los paralelos 18° 39' (al norte) y 17° 15' (al sur) de latitud norte, y entre los meridianos 91° 00' (al este) y 94° 07' (al oeste) de longitud oeste. Tabasco se extiende desde la llanura costera del Golfo de México hasta las sierras del norte de Chiapas. Limita al norte con el Golfo de México, al este con Campeche y con la República de Guatemala; al sur con Chiapas y de nuevo con Guatemala, y al oeste con Veracruz. Su superficie es de 25 337km², y cuenta con más agua que tierra porque, además de los ríos que la atraviesan, recibe la precipitación pluvial más alta del país. La historia de Tabasco es muy atractiva como particular. Sus caudalosos y abundantes ríos, su exuberante vegetación y su rica fauna hacen que en Tabasco las “cosas suceden de otro modo”.

En efecto, desde la más tierna caricia del rocío de las aguas del Golfo de México hasta la fuerza devastadora de los huracanes, la naturaleza hace de Tabasco un estado lleno de contrastes. Este escenario se encuentra en la zona del trópico, donde los rayos del sol penetran con mayor intensidad, por lo que tiene las temperaturas más elevadas del país, las lluvias más tempestuosas –llueve casi todo el año- y las pasiones más desbocadas. Tabasco es una tierra de agua por sus abundantes ríos, lagunas, albuferas, y por sus litorales del Golfo de México. Es una región de aire por el viento de sotavento. Es tierra de fuego por las muchas batallas que albergó y por los mecheros del gas –de los pozos petroleros- que alumbran las noches oscuras.²⁵⁸

Este pequeño estado sureño sobre el Golfo de México, recibe su nombre de una palabra indígena que significa “tierra mojada”. Aquí Hernán Cortés pisó el suelo mexicano por primera vez y, aunque no fue abundante en el preciado y tan buscado metal dorado, su vegetación lo convirtió en un baluarte de la conquista. Tabasco es tan rico en ríos y corrientes que es conocido como “el estado mejor regado de México”. Su suelo es tan fértil que la abundancia del *oro verde* –plátanos,

²⁵⁷Ibid., p.12.

²⁵⁸Carlos R. Martínez Assad, *Breve historia de Tabasco*, México, FCE/COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 2006, segunda edición, p.17-21.

cocos, cacao, arroz, frijol o tabaco, caoba, cedro y otras maderas finas- así como la extensa y rica ganadería, lo distinguen del resto de los estados del sureste como el estado que no depende de un único producto.²⁵⁹

En Tabasco existen tres tipos de climas: Cálido Húmedo con lluvias todo el año, este se registra en las regiones montañosas del estado siendo el más húmedo; Cálido Húmedo con abundante lluvias de Monzón, este se registra en las llanuras costeras del Golfo Sur, se da a notar cuando en el verano empieza a llegar las lluvias, aumentando su nivel los ríos. Cálido Húmedo con lluvias en verano, este se registra, en las pequeñas parte de los municipios que colindan con las partes limítrofes de Campeche.²⁶⁰

Según el *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos*²⁶¹, realizado en 1910, la población total de nuestro país era de 15 160 369 habitantes, de los que le correspondían a Tabasco 187 574 habitantes. La abundancia de comunicaciones pluviales generaba que las vías férreas no lograran buen desarrollo. Sin embargo, contaba con ferrocarriles como: el ferrocarril de Cárdenas al río Grijalva; el de San Juan Bautista al Paso del Carrizal; el de San Juan Bautista al Paso de Tierra Colorada; el de San Juan Bautista al Payón y los Tranvías Urbanos de San Juan Bautista, todos de tracción animal. De acuerdo con el *Censo General de Habitantes*²⁶² (el cuarto de su tipo), en 1921, la población total de la República Mexicana era de 14 334 780 habitantes, le corresponde una densidad relativa de 7.27 habitantes por kilómetro cuadrado. A esa cifra, Tabasco aportaba 210 437 habitantes. A diferencia de la disminución en el número de habitantes a nivel nacional, Tabasco mostraba un incremento en su población de poco menos de 23 mil habitantes con relación al censo de 1910. El *Quinto Censo de Población*²⁶³ se realizó en 1930, para entonces la población total de nuestro país se había elevado a 16 552 722 habitantes. En Tabasco el incremento continuó y de la cifra total 224 023 habitantes vivían en la entidad.

Tabasco es un estado tropical formado por selvas, sabanas y pantanos. Se divide en cuatro regiones, para fines geográficos y administrativos: *Los ríos, la sierra, el centro y la Chontalpa*. El

²⁵⁹John W. F. Dulles, op. cit., p.559.

²⁶⁰Gobierno del estado de Tabasco, *Historia del estado de Tabasco: clima*, [en línea], México, 2007-2012, dirección URL: <http://www.tabasco.gob.mx/estado/geo-clima.php>, [consulta: 17 de octubre de 2012].

²⁶¹Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos, [en línea], México, Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento, INEGI, 27 de octubre de 1910, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1910/1910_p1.pdf, [consulta: 17 de octubre de 2012].

²⁶²Censo General de Habitantes, [en línea], México, Talleres Gráficos de la Nación, Departamento de la Estadística de la Nación, INEGI, 30 de noviembre de 1921, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1921/EUM/RCGH211.pdf, [consulta: 17 de octubre de 2012].

²⁶³Quinto Censo de Población, [en línea], México, Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, INEGI, 15 de mayo de 1930, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1930/EUM/QCPRG301.pdf, [consulta: 19 de octubre de 2012].

gran número de ríos que cruzan el estado, más la inmensa productividad y generosidad de la tierra –se cultivan plátanos, cacao, coco, caña de azúcar, aguacate, almendro, anona, cabeza de negro, cacahuate, caimito, calabaza, capulín, cidra, ciruelo, chicozapote, pagua, chirimoya, granada, grosella, guanábana, guayaba, gogo, higo, jagua, jobo, lima, limón, mamey, mango, marañón, melocotón, melón, nance (o nanche), naranja, papaya, petaste, piña, piñón, piñuela (o timbiriche), pitahaya, pomarrosa, poncidre, sandía, tamarindo, toronja, tuna, zapote, zarzamora y otras frutas y legumbres tropicales- hacen de Tabasco un territorio propicio para la agricultura, porque “Tabasco es obra del agua”. Por lo anterior, se comprenderá que la principal actividad económica en el estado es la agricultura, explotada en sus distintas ramificaciones, entre las cuales pueden señalarse la tala de los bosques, la cría de los diversos ganados y el aprovechamiento de todos sus productos. La cría de ganado incrementa una rica economía agrícola. Los animales salvajes y los moscos plagan la tierra, allí reside la brutal fuerza de la naturaleza. Ese ambiente geográfico moldea la personalidad de quienes lo padecen.

Cuando, como “en Tabasco, hay que luchar cotidianamente para sobrevivir, el ambiente produce individuos duros, brutales e independientes. Tomás Garrido Canabal creció en ese estado”.²⁶⁴ Muchos tabasqueños consideran que Garrido Canabal, al haber nacido en Chiapas y no en Tabasco, era un extranjero. Sin embargo, su familia era dueña de grandes haciendas tanto en Tabasco como en Chiapas y el lugar de nacimiento no borra el hecho de que su formación “fue obra del agua”.

Como afirma Alan Kirshner, la personalidad de Garrido Canabal era un reflejo del ambiente. La brutal fuerza de la naturaleza se refleja en el poderío de sus acciones. Para sobrevivir a las condiciones de una selva o una sabana tabasqueña deben suprimirse y eliminarse otras formas de vida más endebles, más débiles, menos preparadas: el Tabasco garridista hace un oda de estas condiciones. La pistola es parte de la vestimenta, el traje de charro, la montura, el caballo. Tomás Garrido Canabal gustaba de mostrarse ostentoso, redentor, enemigo de los vicios y el fanatismo religioso; progresista, racionalista, sincero, activo, un verdadero hombre de acción que, según narra el corrido, “*al pueblo oprimido, al obrero, al campesino, al de abajo, trajo redención*”.²⁶⁵

²⁶⁴ Alan M. Kirshner, op. cit., p.8.

²⁶⁵ Carlos Martínez Assad, 2004, p.323.

Enarbolar la palabra y la acción le permitió llevar las riendas de Tabasco por quince años. En términos generales, Tomás Garrido Canabal recurrió al jacobinismo, sobre todo en su expresión anticlerical y racionalista.²⁶⁶

Sentenciar y dominar a través de lealtad, respeto y hasta amor, enemigo del “vicio”, Garrido Canabal estableció sus objetivos como un revolucionario que trabajaba a toda su capacidad. Terrateniente heredero del ideal de una hacienda productiva, sabedor de que el alcohol y Dios obstaculizan la materialización de las máximas revolucionarias, de la modernización, del crecimiento, ofreció a los tabasqueños la grandeza de su estado como sustituto de la búsqueda de un lugar en el Cielo o de aquel vino que enmascara los horrores de la vida y evitaba las rebeliones. Tomás Garrido Canabal estaba convencido de que un campesino bajo los dominios del alcohol o sometido a “los cauces naturales del orden de las cosas” y sin quejas -para asegurarse un lugar en el Cielo a su muerte-, no podía nunca producir en la medida de su capacidad. La máxima producción de su *gran hacienda* (Tabasco) fue su ideal revolucionario, consideraba que el control absoluto era la condición *sine qua non* para el bienestar de sus vasallos, semejante al de un padre que procura a sus hijos; por principio, paternalismo y personalismo precisaban su proyecto y, desde los primeros años de la Revolución Mexicana, en que definió su filosofía sobre la sociedad, podía decir: “la ley no me interesa. Lo que me interesa es la forma de la sociedad.” Así, en dos cortas frases definía su cacicazgo.²⁶⁷

Bajo las contrastantes condiciones de Tabasco se crió Tomás Garrido Canabal. Nacido el 20 de septiembre de 1890, en el seno de una familia de terratenientes, en la hacienda El Tinto en Punta Gorda de Playas de Catazajá, distrito de Palenque, en los límites de Tabasco y Chiapas.²⁶⁸ Cuando cumplió apenas tres meses de vida, su familia se trasladó a la hacienda de Buenavista en territorio tabasqueño, donde transcurrieron los primeros años de su vida. Como hijo de hacendado rico, realizó sus estudios en la ciudad de San Juan Bautista, hoy Villahermosa. Siendo aún muy joven, en el primer año de secundaria en el Instituto Juárez, fue expulsado del estado por participar en una manifestación en contra del gobernador porfirista Abraham Bandala -estos primeros síntomas de descontento tienen poca consistencia, lo cual dificulta entender sus alcances. Se trasladó entonces

²⁶⁶ *Ibid.*, p.11.

²⁶⁷ Alan Kirshner, op. cit., p.11.

²⁶⁸ Roberto Espinosa de los Monteros, *Tomás Garrido Canabal: el paladín infatigable*, [en línea], INEHRM, 2011, dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-tomas-garrido-canabal-articulo>, [consulta: 17 de octubre de 2012].

a Veracruz para concluir sus estudios de secundaria y, después, a Campeche para continuar su carrera en el Instituto Campechano donde terminó, a los 25 años, los estudios de abogado.²⁶⁹

Tomás Garrido Canabal, siendo muy joven, fue nombrado por el general constitucionalista Salvador Alvarado como vocal de la Junta Revisora de Procesos Penales de Mérida. En 1915, a su regreso a Tabasco y por recomendación de su primo, el coronel José Domingo Ramírez Garrido, – quien se encontraba ligado al gobierno de Yucatán–, el gobernador interino Francisco J. Múgica, enviado por Carranza al mando de 700 hombres para controlar la situación política del estado, lo designó jefe del Departamento Legal del Tribunal del Pueblo del gobierno del estado, su primer empleo en la Administración Pública. Por lo demás, la presencia de Múgica fue uno de los pilares sobre los que se edificó el garridismo. Desde entonces su carrera política fue meteórica, y, sin hacer meritos entre los grupos revolucionarios que se batieron en el campo de batalla, fue el hombre que daría solución a las querellas de éstos. La influencia, tanto de Alvarado como de Múgica, moldeó en gran medida su carácter.²⁷⁰

Sus estudios en Tabasco, Veracruz y Campeche, así como su incorporación a los gobiernos locales de Salvador Alvarado, Francisco J. Múgica y, finalmente, a la administración de Carlos Greene, definen sus atributos radicales. No llegó a ser ni soldado, ni intelectual, ni orador público. Su fortaleza provenía de otra parte: aquéllos de quienes dependía su poder estaban impresionados tanto por su aparente utilidad como por el camino que eligió para unirse a la Revolución. La forma en cómo actuó indicaba su conformidad con el curso que a las cosas le daban los sonorenses y, a la par, navegaba por *el reino de los ríos* con más tranquilidad, más atrevimiento y más espectacularidad que el propio *Jefe Máximo de la Revolución*. Garrido lograba, bajo principios revolucionarios, además, infundir disciplina entre sus subordinados. En sus métodos no le frenaban las enseñanzas religiosas.²⁷¹

El vecino estado de Yucatán fue uno de los semilleros de las ideas socialistas de la Revolución. Ya como abogado, trabajó a las órdenes del general socialista y gobernador de Yucatán Salvador Alvarado. En Yucatán, Garrido Canabal entró en contacto con las ideas de Felipe Carrillo Puerto y otros líderes socialistas. En Tabasco se encontró con las ideas revolucionarias del gobernador Francisco J. Múgica. Determinar hasta qué punto estas ideas eran comprendidas por Garrido es

²⁶⁹Gobierno del estado de Tabasco, *El garridismo, esplendor y fin*, [en línea], México, 2007-2012, dirección URL: http://www.tabasco.gob.mx/estado/hist_16garridismo.php, [consulta: 17 de octubre de 2012].

²⁷⁰*Ibid.*, s/páginas.

²⁷¹John W. F. Dulles, op. cit., p.561.

algo difícil de averiguar, pero, sin lugar a dudas, resulta aún más difícil negar que éstas estuvieran presentes en la ideología garridista.

Con mentalidad de patrón de hacienda, estaba empeñado a convertir en acción su filosofía mediante una sociedad cooperativista en Tabasco, a través de decretos y coerción. Su mentalidad reconocía la necesidad del control absoluto del territorio: para lograr este objetivo organizaría una corporación paramilitar llamada Bloque de Jóvenes Revolucionarios, conocida comúnmente como “Camisas Rojas”, por el color de su uniforme.²⁷²

Influenciado seriamente por los socialistas de Yucatán, Garrido Canabal regresó a su tierra con la idea de sembrar la semilla del socialismo estilo yucateco en Tabasco. Ya en su tierra, Garrido Canabal encontró que la Revolución se movía a toda fuerza bajo la hábil administración del general Múgica, quien, además de haber exportado la Revolución al estado, fundó el Partido Radical Tabasqueño -del que, más tarde, Garrido se vale para llegar, por primera vez, a la gubernatura del estado-: se habían establecido ejidos, el trabajo estaba bien organizado, se habían construido escuelas y la Iglesia estaba en proceso de separarse del Estado.²⁷³ El general Múgica, imbuido de un jacobinismo propio de la época, cambió el nombre de la capital “San Juan Bautista” –de evidente referencia religiosa- por el de “Villahermosa”, que en otra época la había acompañado. Cuando el general Álvaro Obregón levantó su voz contra el clero en marzo de 1915, en el estado de Tabasco, el gobernador Francisco J. Múgica, quemaba imágenes en el marco de una gran “*campaña desfanatizadora*”. Ese ambiente encontró Garrido a su regreso a Tabasco: una situación bastante propicia para que germinaran las ideas que había recibido del general Salvador Alvarado y de Felipe Carrillo Puerto en Yucatán.²⁷⁴

En la ofensiva anticlerical del coronel Adalberto Tejeda en Veracruz, Garrido Canabal encontró un aliciente más para su decidido radicalismo modernizador. La cercanía de Tabasco con Veracruz liga sus acciones abiertamente con Calles al apoyar el Plan de Agua Prieta. Tanto Garrido como Tejeda ocupan durante dos periodos las gubernaturas de sus respectivos estados, con un periodo de intervalo.

Cuando Múgica fue llamado por Carranza para participar en el Congreso Constituyente de 1917, dos grupos se disputaban el poder, uno representando los intereses del Partido Liberal

²⁷²Alan Kirshner, op. cit., p.12.

²⁷³Ibid., p.15.

²⁷⁴El garridismo, esplendor y fin, op. cit., s/páginas.

Constitucionalista, y otro los del Partido Radical Tabasqueño. En el primero destacaba el general Mario Domínguez, y Carlos Greene dirigía el segundo. Ambos generales tenían una vieja historia que había enfrentado a dos grandes regiones –la Chontalpa y los Ríos- en los albores de la Revolución. Los rojos se impusieron a los azules, como se le conocía a ambos partidos, y Carlos Greene tomó, a punta de pistola, posesión como gobernador constitucional el 10 de marzo de 1919.

En ese mismo año, después de los acontecimientos que llevaron al gobierno del estado a Carlos Greene, los famosos azares de la Revolución –entre ellos las malas relaciones de Greene con Calles- permitieron que el licenciado Garrido Canabal se hiciera cargo de la gubernatura interina del estado de Tabasco. Cinco meses de interinato, del 5 de agosto de 1919 a enero de 1920, le bastaron para empezar a poner en práctica algunas de sus ideas: inició nuevos procedimientos en materia administrativa, dio los primeros pasos para integrar las Ligas Campesinas y las Agrupaciones Obreras y formó los primeros grupos juveniles identificados con la Revolución. Una de las medidas más radicales fue la concerniente a la reglamentación de los cultos, el 13 de diciembre de 1919: limitó el número de sacerdotes con posibilidades de continuar su ejercicio a uno por cada treinta mil habitantes.²⁷⁵

Para entonces, el país hervía en medio de la agitación revolucionaria. Se acercaban las elecciones para la presidencia de la República y la disputa política entre Carranza y Obregón iba alcanzando matices cada vez más peligrosos. Los obregonistas, encabezados por el entonces gobernador del estado de Sonora, Adolfo de la Huerta, se rebelaron contra el gobierno de Carranza y promulgaron el Plan de Agua Prieta. Venustiano Carranza había optado por apoyar a un civil para sucederlo en la presidencia, lo que provocó la inconformidad de Álvaro Obregón y de otros generales que se adhirieron al plan para desconocer al régimen carrancista y derrocarlo. Las primeras adhesiones al movimiento obregonista surgieron de Yucatán y Tabasco, de donde partió Garrido Canabal rumbo a Sonora para brindar su apoyo incondicional a Álvaro Obregón, quien le confirió amplios poderes en toda la región del sureste. De esta manera, Garrido se adhirió a los sonorenses y luchó, desde su trinchera, contra Carranza.²⁷⁶

Con la muerte de Carranza triunfó el Plan de Agua Prieta, al mismo tiempo, Garrido quedó, esta vez, a la cabeza del gobierno interino de Yucatán, mientras se convocaba a elecciones

²⁷⁵ Carlos R. Martínez Assad, "Los trabajadores en tabasco y el liderazgo de Tomás Garrido Canabal", *75 años de sindicalismo mexicano*, México, INEHRM, 1986, p.225.

²⁷⁶ *El garridismo, esplendor y fin*, op. cit., s/páginas.

constitucionales. En este cargo, Garrido permaneció por breve tiempo, del 13 de mayo al 26 de junio de 1920. Las reformas y acciones emprendidas por el general Alvarado en la entidad habían conformado un nuevo Yucatán, del que se nutrió Garrido al mantener un estrecho contacto con los socialistas de esa entidad, lo que le permitió, cuando retornó a Tabasco, aplicar ese mismo socialismo “estilo yucateco”.²⁷⁷

Trabajó entonces con empeño en favor de la candidatura del general Obregón para el período presidencial de 1920-1924. Garrido había apoyado a los vencedores y, con la simpatía de Obregón -que una vez en la presidencia le ofreció todo su apoyo para convertirse en el hombre fuerte de Tabasco-, tras vencer al primo que le abrió las puertas de la política, José Domingo Ramírez Garrido, decidido desde el centro del país, fue electo gobernador el 21 de agosto de 1922, para el período 1922-1926. Así, con el apoyo de Álvaro Obregón, del Partido Radical Tabasqueño y del Partido Cooperatista, empezaba la era garridista.

ii. 1920: de la unicidad política a enemigo personal de Dios y de los vicios.

Si nos detenemos justo un momento antes de la primera gubernatura constitucional del licenciado Garrido Canabal, surge una cuestión medular: ¿cómo fue posible que el licenciado Garrido se encumbrara en el poder formal del estado de Tabasco, rebasando a prestigiados combatientes revolucionarios como José Domingo Ramírez Garrido -su primo hermano y, además, subsecretario de Gobierno de Francisco J. Múgica y secretario general de Carlos Greene-, cuando ni siquiera había tomado las armas contra Porfirio Díaz, Victoriano Huerta o Carranza? Como explica Carlos Martínez Assad, la respuesta está en las negociaciones cupulares y, sobre todo, en las buenas relaciones entre el centro y la periferia. La fuerza del centro sobre la región -y la promesa de la fuerza de la periferia sobre el centro- es lo que puede explicar este hecho, pues, sin duda, el licenciado Garrido Canabal supo contar con los apoyos del presidente Álvaro Obregón y de su secretario de Gobernación, Plutarco Elías Calles.

Garrido Canabal tenía justamente lo que el presidente Obregón y el general Calles necesitaban en un momento que, por lo demás, fue altamente amenazante para el gobierno central: gran capacidad negociadora y buen pragmatismo político.²⁷⁸ Veamos, a continuación, de qué manera.

²⁷⁷Roberto Espinosa de los Monteros, op. cit., s/páginas.

²⁷⁸Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.159.

La disputa electoral entre los primos Garrido trató de llevarse por buenos cauces. El 5 de julio de 1922, el Partido Liberal Constitucionalista Tabasqueño (PLCT), con distintivo azul, postuló al general Ramírez Garrido como candidato a gobernador. Su programa era altamente atractivo para la coyuntura política, porque planteaba utilizar los recursos para el bienestar de la población; seleccionar a los hombres más “aptos” para la administración, sin tomar en cuenta su filiación política; la libertad de sufragio como “una cuestión de honor”; la independencia municipal apegada a las disposiciones del artículo 115 constitucional; el desarrollo de la riqueza agropecuaria y apoyo a la industria; el mejoramiento de las relaciones capital y trabajo, según lo establecido en el artículo 123 constitucional; garantías a la pequeña propiedad, y evitar “los atropellos” a la gran propiedad por malas interpretaciones de la Ley. Sin embargo, su programa no sería suficiente para alcanzar la gubernatura tabasqueña.

Sabedor del poder de su primo, se reunió con él para negociar su candidatura. Ofreció que la legislatura quedaría integrada por cinco elementos del PLCT y 12 de Garrido Canabal, en tanto éste apoyara su candidatura. Asimismo, se formalizó que en las siguientes elecciones, en las que se elegiría a tres diputados y un senador, cada una de las partes propondría a dos candidatos. Sin embargo, tres días después de esta reunión de “negocios familiares”, el licenciado Garrido Canabal anunciaba, junto con sus partidarios, su candidatura por el Partido Radical Demócrata Social Tabasqueño (PRDST), con distintivo rojo. Muy pronto, ante un conflicto entre los diputados de ambos bandos, se logró la ruptura de Obregón con Ramírez Garrido.

Una razón para que Garrido Canabal fuera elegido gobernador constitucional de Tabasco en 1922 consistió en la oposición del secretario de Gobernación, Calles, al Partido Liberal Constitucionalista, y era tal la presión de la ciudad de México, que los dos opositores de Garrido, incluyendo a su primo, tuvieron que relegarse antes de las elecciones. El asesinato del diputado Miguel Torruco –fuerte partidario de Garrido Canabal- provocó que Obregón tomara la decisión final. Esta vez, abiertamente, el presidente Álvaro Obregón se declaraba en favor de la candidatura de Garrido Canabal²⁷⁹, con lo que José Domingo se vio obligado a retirarse de la contienda –como buena noticia, inmediatamente después, Garrido se dio a la tarea de impulsar la formación de “el hombre nuevo surgido de la Revolución”.

La situación, necesariamente, debió leerse en dos niveles: en lo nacional, Obregón y Calles estaban muy interesados en dismantelar el PLC para fortalecer un nuevo partido; asimismo, Adolfo de la

²⁷⁹Ibid., p.160-162.

Huerta y el antiobregonista Rafael Martínez Escobar ya se habían dirigido con simpatía a Ramírez Garrido –el último criticaba a Garrido Canabal por la supuesta maniobra política de imponer como gobernador sustituto a Pedro Casanova para asegurar su regreso al poder en 1922. A nivel local, Tomás Garrido Canabal había realizado, quizá sin darse cuenta de ello, su primera encomienda como operador intermediario: el interés primigenio que movió al gobierno central iba más allá de una mera simpatía por el licenciado Garrido; las alianzas a nivel nacional con el PLC ya no eran posibles, tampoco lo serían a escala regional y esa bandera la enarbolaba, precisamente, el futuro hombre fuerte. Vale decir, Garrido Canabal le aseguraba una posición ventajosa al centro, al mismo tiempo que ponía en jaque al Partido Liberal Constitucionalista frente a los intentos de Calles por fortalecerse a través del Partido Cooperatista. Muy pronto, los intentos callistas se encontrarían con una realidad diferente surgida en el seno mismo del triunvirato sonorenses: la sucesión del *Caudillo*.²⁸⁰

Al finalizar el gobierno constitucional de Obregón, el relevo vendría de Plutarco Elías Calles o de Adolfo de la Huerta. Parecía que la sucesión presidencial iba a transcurrir en paz, pero el “*madrugete*” callista se volvió la gota que derramó el vaso; a la par, se consideraba que los sonorenses habían violentado el pacto federal al intervenir de las campañas gubernamentales en San Luis Potosí –por ejemplo, con el derrocamiento de Jorge Prieto Laurens-, Michoacán, Coahuila y Nuevo León, que afectaban directamente los intereses del Partido Nacional Cooperatista. La rebelión sobrevino en 1923 y el 7 de diciembre, De la Huerta estableció su “gobierno” en Veracruz, plaza estratégica del sureste de la República, pero pronto sufriría los estragos de los leales Saturnino Cedillo y Adalberto Tejeda. Allí se encontró con muchos líderes rebeldes que fortalecieron su movimiento, entre ellos el depuesto gobernador Carlos Greene, quien, desafortunado, fuera encarcelado en Tlatelolco por órdenes del entonces secretario de Gobernación obregonista, Plutarco Elías Calles.

Todo parecía apuntar a que Carlos Greene podía ser la pieza que uniera a los rebeldes con el recién electo gobernador y hombre fuerte de Tabasco, Tomás Garrido Canabal. Calles pronto hizo saber al gobernador tabasqueño su inquietud por los rumores que sonaban sobre un acuerdo entre él y los rebeldes a través de Greene. De inmediato, Garrido contestó a Calles deslindándose categóricamente de los rebeldes y reprobando las actitudes de “sus enemigos políticos”. Pero eso

²⁸⁰Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.159.

no bastaría, al tiempo y en los azares de la guerra, Tabasco se convirtió en uno de los bastiones del delahuertismo.

Debido a su lejanía con el centro, Tabasco, “baluarte inexpugnable”, se convirtió en el reducto más seguro de los rebeldes, quienes nombraron como gobernador provisional al general Manuel Antonio Romero, quien por seis meses, del 18 de enero al 20 de junio de 1924, ocupó el cargo. Tabasco pareció la mejor opción para los rebeldes. El mismo De la Huerta abandonó Veracruz y se refugió en Villahermosa hasta que las fuerzas obregonistas retomaron el control de Mérida y marcharon sobre Tabasco, el último fuerte rebelde. La rebelión había durado seis meses, el mismo lapso que Tabasco estuvo sustraído del poder federal, pues Garrido se había visto obligado a huir para salvar su propia vida. A partir del triunfo del gobierno federal, Garrido Canabal regresó a Tabasco donde, con ayuda de Obregón y Calles, ajustó cuentas con los rebeldes, con los enemigos de su mandato —a los que, sin distinción, llamó “delahuertistas”-, encontrando fundamentos ideológico-políticos para su acción y su retorno al poder.²⁸¹ Garrido no se había equivocado de bando y, además del valiosísimo instrumento que fue el Partido Socialista Radical, esta vez estaba en camino a convertirse en amo y señor de Tabasco.

La rebelión delahuertista tuvo dos consecuencias en Tabasco: uno, Garrido encontró fundamentos ideológicos para organizar una gran represión que alcanzó a diferentes sectores de la población y se captó la existencia de aparatos para colocarlo por encima de la sociedad; dos, se lograba una mayor caracterización de los grupos favorables al gobierno central. Esto es decisivo en Tabasco: el grupo garridista se fortalece y el dominio regional de su líder se hace efectivo en todo el territorio.²⁸²

Este hombre “alto, fuerte, erguido, de pasos firmes, de mirada perspicaz y penetrante, producto de unos ojos verdes, de vivacidad reveladora, de un grande y recio carácter; inmovible, por lo general, en sus decisiones, leal en el compromiso, macho en la paz y en la guerra; jugador decidido a la política, independiente en sus dominios, desde donde jamás, reconoció sino a un jefe; combatiente tenaz contra la adversidad propia, fiel a la amistad hondamente fincada”²⁸³;

²⁸¹ Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.167.

²⁸² Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.163.

²⁸³ *El garridismo, esplendor y fin*, op. cit., s/páginas.

admirador de Obregón y de sí mismo, daba la impresión de que se encontraba más a sus anchas usando un sombrero de amplias alas en un rancho ganadero que en cualquier puesto de mando.²⁸⁴

Garrido apoyó tanto a Obregón como a Calles y supo brindarles la fidelidad que en el momento merecían como los hombres con mayor proyección nacional; de esa manera, pudo, al mismo tiempo, ejercer con la mayor libertad su poder internamente. La rebelión delahuertista ayudó a definir las cosas del lado de Garrido Canabal quien, a pesar de que sus más cercanos amigos apoyaron la rebelión, optó por los vencedores. El líder tabasqueño encontró en la coyuntura la posibilidad de ejercer un verdadero liderazgo equilibrando las fuerzas políticas internas y conquistando, como prácticamente se volvió obligación para este tipo de liderazgos, el reconocimiento del exterior. La hegemonía surgió de su capacidad para atraer amigos y deshacerse de sus enemigos.²⁸⁵

Al reasumir su puesto en Tabasco se concretó a eliminar a la oposición. El motivo para actuar estaba dado por las complicadas relaciones entre la Iglesia y el Estado -cuando en el gobierno Calles se empeñaba en erradicar a los insurrectos cristeros-, la enseñanza racionalista, la campaña antialcohólica, la organización de profesores y de las mujeres, así como la estructuración social con base en la Liga Central de Resistencia.²⁸⁶

Los puestos más importantes del estado recayeron en su familia y amigos: por ejemplo, Pío, su hermano, ejercía gran control en Puerto Álvaro Obregón; otro hermano, Manuel, actuó como administrador de la planta eléctrica de Villahermosa y gerente de la Compañía de Transportes Fluviales, S.A.; otros primos y tíos de Tomás eran diputados²⁸⁷; sin embargo, no se enriqueció en forma desmesurada y lo que llegó a acumular lo hizo por medio de sus negocios. Las finanzas de la tesorería del estado no le sirvieron para enriquecerse personalmente, sin embargo, si las usó para obtener un mayor provecho: con dinero de la Tesorería hacia contribuciones, anticipos de honorarios y obsequios a importantes callistas de la ciudad de México; asimismo, para conservar el poder en todo el estado, nombró presidentes municipales adictos a su gobierno. Pronto estableció su poder con la organización de trabajadores y campesinos en uniones llamadas Ligas

²⁸⁴John W. F. Dulles, op. cit., p.561.

²⁸⁵Carlos R. Martínez Assad, 1986, op. cit., p.224 y 225.

²⁸⁶Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.175.

²⁸⁷John W. F. Dulles, op. cit., p.561.

de Resistencia, con ello estaba decidido a destruir el alcoholismo y la religión del estado.²⁸⁸ Por lo demás, Tomás Garrido Canabal sabía mediar a nivel local y a nivel nacional.

Mientras que desde el centro se pregonaba una afrente contra el clero, en Tabasco ya se quemaban miles de imágenes de santos en lo que sería una “*campaña desfanatizadora*” como ninguna otra. Al amparo del artículo 130 constitucional (“los poderes federales ejercerán en materia de culto religioso [...] el matrimonio es un contrato civil [...] la ley no reconoce personalidad alguna a las agrupaciones religiosas denominadas iglesias [...] las legislaturas de los estados... tendrán facultad para determinar según las necesidades locales, el número máximo de ministros de los cultos”²⁸⁹), fundamento jurídico de las actividades anticlericales, y luego de reducir el número de sacerdotes en 1919 a uno por cada treinta mil habitantes, en 1925, Tomás Garrido Canabal redujo a seis el número de sacerdotes oficiantes y, en 1929, dispuso, a través del gobernador garridista Ausencio C. Cruz, que solamente habría un ministro de culto por cada cien mil habitantes, al tiempo que logró llevar sus ideas hasta las últimas consecuencias; con tal disposición, y como ya hemos apuntado, el número de sacerdotes se reducía a únicamente dos, pues la población tabasqueña, según el censo de 1921, era de 210 437 habitantes. Precisamente, como dato significativo del poder detrás del gobernador Ausencio C. Cruz, se decretó que absolutamente todas las rancherías, villas y pueblos que detentaran nombres religiosos debían cambiarlos por los nombres de los héroes nacionales o locales.²⁹⁰

Más, tales indicios de violencia sólo eran el aviso del nacimiento de un nuevo poder. Durante el periodo garridista se establecieron las bases para una organización muy particular de la sociedad tabasqueña. Un rasgo predominante del garridismo fue la sujeción y control de personas y actividades, y la mano de hierro que empleó frecuentemente Garrido y sus subordinados para imponer disciplina. Quienes apreciaban su bienestar cooperaban en la forma que fuese necesaria. Pero aquellos que se negaban a someterse al poder del garridismo eran asesinados, humillados, castigados y torturados en la barbarie para mantener el régimen. En Tabasco, como en el resto de los estados cuyo poder enarbolaban los *jefes natos*, no estaba permitida la oposición organizada al régimen.²⁹¹ La única organización permitida era la que el mismo Garrido Canabal presidía. Como ya vimos en el caso concreto de San Luis Potosí, la unicidad enarbolaba el sistema político local.

²⁸⁸ Alan Kirshner, op. cit., p.17.

²⁸⁹ Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.17.

²⁹⁰ Carlos R. Martínez Assad, 1986, op. cit., p.225.

²⁹¹ John W. F. Dulles, op. cit., p.562.

El proyecto modernizador de Garrido incluía muchas propuestas de organizaciones colectivas, entre ellas, se proponía la creación de cooperativas para los productores. El presidente Calles había dado a ese sistema un fuerte impulso y en Yucatán se había experimentado ampliamente durante el gobierno de Felipe Carrillo Puerto. En Tabasco, la organización de los sectores agrupados en torno a Garrido comienza a desarrollar nuevas formas y un dinamismo, por lo demás, asombroso: para 1924, el Partido Socialista Agrario del Istmo y el Partido Radical Tabasqueño se fusionan formando el Partido Socialista Radical Tabasqueño -aunque más tarde el segundo recobra su autonomía y participa en las luchas electorales con su antiguo distintivo “Rojo”, continuaría siendo brazo garridista. Con dicha fusión, Garrido sentenciaba que la única forma de organización política permitida en Tabasco era la suya, la de su partido único.

La fusión permitió nuevas orientaciones a nivel organizativo, ya que, a su cobijo, se formaron ligas de campesinos y obreros en cada uno de los municipios de Tabasco agrupados en la Liga Central de Resistencia de Villahermosa –organización autoritaria bastante sólida que agrupaba en forma piramidal los poderes estatales-, al “estilo yucateco”.²⁹²

Garrido creó en Tabasco, durante su segundo periodo de gobierno (1930-1934), más de 176 cooperativas. De ellas 115 eran de consumo, 58 de producción y 3 mixtas, y lograron reunir más de 10 000 socios, con un capital de 11 597.4 pesos. A la par, los trabajadores se organizaban en Ligas de Resistencia del Partido Socialista Radical Tabasqueño. Dicho organismo siguió el modelo corporativista del Partido Socialista del Sureste de Felipe Carrillo Puerto en Yucatán.²⁹³

La experiencia de Garrido en Yucatán y su proximidad con Tabasco en el sureste, influyeron, sin lugar a dudas, en la organización del garridismo. Las Ligas de Resistencia creadas en Yucatán con el fin de encuadrar a los diversos grupos de trabajadores y campesinos, se volvieron fundamentales para Tomás Garrido Canabal desde que volvió a Tabasco en 1915 y había tantas como oficios podamos imaginar. La autoridad de Garrido Canabal logró que muy rápido los trabajadores y campesinos -tales como alijadores, de artes gráficas, albañiles, aguadores, abastecedores de cerdo, balseros, cocineros, choferes, panaderos, estibadores de fruta, peluqueros, paleteros, obreros nagateros, lancheros, meseros, carboneros, equipajeros, etcétera- se unieran a las Ligas de Resistencia. Si los trabajadores deseaban seguir trabajando era muy aconsejable que se unieran a ellas. Las Ligas de Resistencia ejercían un férreo control sobre la actividad laboral.

²⁹² Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.164.

²⁹³ Carlos R. Martínez Assad, 1986, op. cit., p.226.

Como prueba del ajuste de cuentas en Tabasco, los enemigos de Garrido no podían participar de las Ligas de Resistencia y, al quedar fuera, les era imposible trabajar. Si un trabajador deseaba seguir ganándose la vida, debía apoyar el orden establecido sometiéndose a las ligas. La expulsión de las ligas significaba la muerte por inanición lenta, por eso sus miembros debían cuidarse de no faltar a las reuniones de cada viernes, pagar puntualmente su cuota de un peso mensual, no provocar desorden o cuestionar un acuerdo tomado por la convención de su liga. En caso de expulsión permanente, el castigo era muy severo, pues, los trabajadores proscritos, no podían reintegrarse nuevamente. De esta manera, la libertad de ejercer el trabajo estaba supeditada a los designios de Garrido Canabal, por lo que los trabajadores y campesinos le daban una especial atención al cumplimiento de sus obligaciones.

Las reuniones eran semanales y comenzaban con la exaltación de sentimientos nacionalistas. Los conferencistas hablaban sobre marxismo y socialismo. Se creaba mella sobre el tabaco y la desgracia que el juego de azar atraía. Los salones se decoraban con propaganda que destacaba los efectos nocivos del alcohol y ridiculizaba a los sacerdotes. Se instaba a combatir enérgicamente el alcohol y el fanatismo religioso, en fin, eran "*Viernes Culturales*".²⁹⁴

Las ligas existieron en todo el territorio tabasqueño, se decía que tenían como objetivo principal "levantar el nivel económico de los obreros, defenderse de la rapiña de los capitales, salvarse de las lacras morales contraídas en un pasado de esclavitud y de ignorancia y llevar hacia un plano decoroso la condición intelectual de todos los gremios". Garrido insistía que en Tabasco se pagaban los salarios más altos del país: los recibidores de ratán ganaban 8.85 pesos, los motoristas 6.00 pesos, los estibadores de fruta 6.00 pesos, los marineros y fogoneros 3.00 pesos, los obreros de artes graficas 4.00 pesos, los obreros de diversas industrias 3.00 pesos y los campesinos 1.50 pesos. En efecto, los salarios no eran bajos en Tabasco.²⁹⁵ Gracias a la organización tabasqueña, Garrido podía implantar toda clase de reglas sobre el comercio y establecer precios y salarios a productores y trabajadores. Tal era el poderío regional del garridismo que ni la mismísima CROM pudo entrar a Tabasco, era claro que no había simpatía entre Morones y Garrido. Con los sucesos del 17 de julio de 1928 en La Bombilla, el enfrentamiento se agudizó. Garrido se definía inicialmente más vinculado al bloque obregonista. En los designios de la candidatura de 1930 para presidente de la República, en Tabasco se inclinaban por el obregonista Aarón Sáenz y no, como Calles, por Pascual Ortiz Rubio.

²⁹⁴ Alan Kirshner, op. cit., p.18.

²⁹⁵ John W. F. Dulles, op. cit., p.562.

El 23 de julio de 1924, Garrido creó *“Redención, Periódico Doctrinario de las clases laborantes”*, que era *“El órgano de la Liga Central de Resistencia del Partido Radical Socialista Tabasqueño”* y nombró director a Trinidad Malpica. Además de las noticias que deseaba difundir y las convocatorias a las Culturales, aparecían muchos artículos antirreligiosos, antialcohólicos, en apoyo a los derechos de las mujeres, y, por supuesto, alabando a Tomás Garrido Canabal, muchos poemas con títulos como *“El valiente líder rojo”* que enarbolaban lo que Garrido había ofrecido a los trabajadores. Para conocer sus influencias bastaba leer en el recuadro del ángulo superior izquierdo la consabida frase de Emilio Zolá: *“La humanidad no llegará a su perfeccionamiento hasta que no caiga la última piedra de la última iglesia sobre el último cura”*; o *“en cada aldea hay una vela encendida: el maestro de escuela; y una boca que sopla para apagarla: el cura”*, ésta última se atribuía a Víctor Hugo.

Durante los primeros años de la década de los treinta, *Redención* estuvo plagado de citas que buscaban reforzar el fervor anticlerical de la población, porque, en opinión de los intelectuales del garridismo, debía señalarse la traba cultural que la Iglesia católica había impuesto al desarrollo de los pueblos.²⁹⁶ Se reprodujeron frases condenatorias contra el autoritarismo de la Iglesia católica y se recurrió a Galileo (*“no porque me amenacen con la hoguera, voy a decir que hay dios y que el mundo no es redondo y no se mueve”*), Moisés (*“si no inventamos el nombre “dios”, no movemos a los israelitas”*), Napoleón (*“el ateo es preferible al fanático: el primero, obedece conscientemente; el segundo, cegado en su dogma, mata por la espalda”*), Mussolini (*“haber si implantando el fascismo, podemos contener la retirada de las masas persuadidas de las mentiras religiosas”*), Morelos (*“para ser insurgentes, necesitamos dejar la sotana, el dogma y el falso dios”*), Porfirio Díaz (*“yo sólo voy al templo, porque me lo exige mi mujer y costumbre de la aristocracia es”*) y Francisco Villa (*“no hay más dios que yo, y los curas sólo me hacen los mandados”*)²⁹⁷.

Muy pronto, *Redención* consigue la colaboración de prestigiosos intelectuales, escritores, poetas, maestros, actores, personajes tan conocidos, como Rosendo Taracena, José Ochoa Lobato, María Luisa Chacón de Ramírez Garrido, Carlos A. Madrazo, Vicente Lombardo Toledano, Gabriela Mistral y el mismo Tomás Garrido Canabal. Aunque, el diario debe cumplir con funciones más prácticas: amenaza con publicar los nombres de quienes no han pagado sus cuotas en la tesorería de la LCR, denunciar el incumplimiento de sus colaboradores, comunicar que las colaboraciones serán pasadas a imprenta sin corregir las faltas de ortografía, ventilar los nombres de los

²⁹⁶ Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.185.

²⁹⁷ Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.43.

miembros de las ligas que han sido sorprendidos en estado de ebriedad, se comunican los decretos del gobierno, informes anales, suspensiones de pagos, citas a las culturales, transcripción de programas, preparativos a las ferias regionales, concursos, elogios a tabasqueños distinguidos, discursos de personalidades políticas de la ciudad de México –sobre todo los que coinciden con Garrido-, etc. En resumen, el diario simboliza la unidad de la familia tabasqueña que, por las razones que fuera, se había acoplado a las disposiciones del *padre de familia*.²⁹⁸

El código laboral de Garrido, uno de los más avanzados por sus reivindicaciones sociales, surgido del Primer Congreso Obrero de Tabasco, ofrecía muchos beneficios: los trabajadores recibirían un salario mínimo de un peso con cincuenta centavos diarios, las horas de trabajo eran de 8 durante el día y 6 durante la noche, los jóvenes de 15 a 18 años podían trabajar, pero solamente 6 horas al día. El código también contemplaba la repartición de utilidades, ya que los proletarios tenían derecho a recibir el fruto de su trabajo cuando se jubilaran. Por decreto, debían existir condiciones adecuadas para el trabajo. Asimismo, se implementaron incentivos a la producción como las Medallas Juárez, Obregón y Calles, que se otorgaban el 20 de noviembre en el aniversario del inicio de la Revolución Mexicana.

Los seguidores de Garrido presumían que durante su gobierno no había habido huelga alguna, ignoraban el hecho de que las huelgas debían ser aprobadas por la Liga Central de Resistencia de Villahermosa, cuyo presidente era, precisamente, Tomás Garrido Canabal. Asimismo, estaba prohibido que las ligas tuvieran relación alguna con sindicatos fuera de Tabasco. Las ligas fueron un instrumento de control político al servicio de Garrido para mantener a los obreros bajo el control gubernamental, mientras, le proporcionaban la base social, la fuerza y el poder que necesitaba para emprender su control sobre Tabasco, su afrenta contra la Iglesia y, finalmente, funcionaron como precursor de su organización paramilitar, los Camisas Rojas.²⁹⁹

Garrido podía llegar a los extremos de organizar, el 1º de marzo de 1925, una asamblea cultural en el Teatro Merino de Villahermosa, para establecer la Iglesia Católica Apostólica Mexicana (ICAM) – iglesia dirigida y orientada por el hombre, independiente de Roma- y, al mismo tiempo, expulsar del estado –por supuesta sospecha de delahuertismo- al obispo Pascual Díaz Barreto, a cargo de la diócesis apenas desde 1922 y futuro arzobispo de México.

²⁹⁸Ibid., p.169 y 170.

²⁹⁹Alan Kirshner, op. cit., p.17-20.

Garrido se propuso incendiar todo el sureste con su prédica irreligiosa para erradicar la influencia del clero y poder difundir, con mayor profundidad, nuevas concepciones más acordes con la Revolución –por ejemplo, la actuación de León Toral en La Bombilla fue contestada por Garrido con la destrucción de la catedral de Villahermosa y, con el metal de sus campanas, la construcción de un busto del caudillo asesinado.³⁰⁰

Su época de mayor fuerza coincide con el maximato callista (1928-1935), cuando, como hemos apuntado, la debilidad del centro permitía a los hombres fuertes a nivel regional dictaminar los quehaceres de sus zonas de influencia e imponer su visión –precisamente es este el momento de definición del Estado surgido de la Revolución, es el momento de unir lo que había estado disperso. Estas nuevas formas trataban de dar una explicación a las cosas diametralmente opuesta a la tradicional religiosa. El garridismo apuntaba a lo científico, a la explicación positivista del universo y del hombre, a mejorar la técnica, a basar el conocimiento en la práctica, a poner el conocimiento al servicio de la colectividad, a enseñar sobre la agricultura, la ganadería y las actividades industriales. Su doctrina esencial fue el cooperativismo.³⁰¹

De las elecciones de 1926 dependía la continuidad del garridismo, por ello son especialmente disputadas. Desde el 21 de marzo de 1926 ya se anunciaba la expresión más acabada del corporativismo tabasqueño –del que luego se haría gala en 1929 para la fundación del PNR-, anunciando, con confianza, a los ganadores *indiscutibles* de las elecciones. Garrido, recientemente electo senador ante el Congreso de la Unión, tenía un candidato: el diputado Ausencio C. Cruz, un cercano colaborador del garridismo en la Liga Central de Resistencia y ahora candidato a la gubernatura por el Partido Socialista Radical Tabasqueño, su campaña no estuvo libre de sobresaltos y, según el mismo Garrido, era víctima de los “enemigos del proletariado” y de “delahuertistas”.

En tanto, Ausencio C. Cruz, por su parte, se dejaba retratar en un Ford descapotado, rodeado de obreros y campesinos –la fuerza de su campaña- y portando las banderas rojinegras del Partido Socialista Radical Tabasqueño. Después de realizar manifestaciones por el estado, ostentando la unidad conseguida por el dominio de Garrido, contando siempre con el apoyo de la fuerte organización de la Liga Central de Resistencia, fue el único candidato al cual se le otorgó el registro para fungir como el abanderado de ese partido. Sin embargo, los “ataques” poco importaban

³⁰⁰Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.30.

³⁰¹Carlos R. Martínez Assad, 1986, op. cit., p.226.

porque, incluso antes de la campaña, estaba decidido que Ausencio C. Cruz fuera el gobernador constitucional de Tabasco para el periodo 1926-1930. Con él, Garrido aseguraba su “maximato local”.³⁰²

De nada sirvieron los intentos de la oposición, el 1º de enero Cruz tomó posesión como gobernador de Tabasco, sin programa ni plataforma de gobierno para su desempeño -se demostraba al centro el poder que Garrido tenía en Tabasco; y a Tabasco el poder que Garrido tenía en el centro-; su capacidad de movilización no dejaba lugar a dudas. Durante esos cuatro años, Tomás Garrido Canabal actuó como senador electo por Tabasco y presidente de la Liga Central de Resistencia del Partido Socialista Radical. Por aquel entonces, en 1926, el senador tabasqueño sufre un atentado en la ciudad de México, donde perdieron la vida los diputados Santiago Caparroso y Marcos Díaz.

En Tabasco, inmediatamente, es atacada la oposición al garridismo. El Gobernador Cruz, cual *títere*, sólo estaba preparando el terreno para que, al culminar su periodo, en 1930, Tomás Garrido Canabal aprovechara los trabajos obregonistas y se reinstalara nuevamente como gobernador, algo que solamente él y Adalberto Tejeda en Veracruz lograron, con una gestión de por medio. Finalmente, como era de esperarse, por un segundo periodo, Garrido Canabal tomó posesión el 1º de enero de 1930.³⁰³

iii. Exaltación de la obra garridista.

La campaña más conocida de Garrido fue la que dirigió contra la Iglesia católica y cualquier referencia a Dios. En Tabasco nació la creencia de que Tomás Garrido Canabal era el *Anticristo*. Surgieron rumores de que le acompañaba Lucifer –de cierta forma, esto podía considerarse correcto ya que Garrido tenía un sobrino que le acompañaba frecuentemente llamado “Lucifer” (o “Luzbel”³⁰⁴). La reputación de Tomás Garrido Canabal se basaba en sus intentos por destruir la Iglesia y éste, al mismo tiempo, expresaba: “*la religión no se destruirá si permanecen sus representantes que son los curas, los ídolos y los templos*”³⁰⁵. Cumpliendo con las disposiciones de la carta Magna de 1917, podía fijar por ley el número de sacerdotes en función en su entidad. Para fines del decenio de 1920, Garrido Canabal podía presumir de haber eliminado a todos los

³⁰² Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.171.

³⁰³ *Ibid.*, p.173.

³⁰⁴ John W. F. Dulles, op. cit., p.567.

³⁰⁵ Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.36.

sacerdotes de Tabasco. Según parece, sólo un sacerdote llamado Macario Fernández Aguado se escondía en las selvas y pantanos de Tabasco, “a salto de mata” y a un paso de ser asesinado.³⁰⁶

Tabasco era el más radical de los estados en lo que se refiere a las medidas tomadas en contra de la Iglesia, pero no así el único. Muchas legislaciones antirreligiosas, con base en el artículo 130 constitucional, fueron aprobadas en los estados de Querétaro, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y Zacatecas. Pero Garrido no sólo quería separar la Iglesia del Estado, además quería eliminar a la religión. Según se consigna, cuando Garrido llevó su anticlericalismo a la ciudad de México en 1934, tan sólo 500 sacerdotes oficiaban en todo México³⁰⁷ y antes de 1935 no había uno solo en todo el sureste del país.³⁰⁸

Amparado en la ley, Garrido comenzó una fuerte propaganda contra la fe buscando formar las conciencias antidogmáticas de los hombres nuevos surgidos de la Revolución. Recogiendo los actos irreligiosos del paso del general Múgica por Tabasco –quien, entre otras cosas, hizo que su batallón se refugiara en la catedral de Esquipulas destruyendo el altar mayor³⁰⁹-, Garrido declaraba: *“para ser libres, es necesario destruir las raíces del virus religioso”*. Además, reflexionaba: *“¿cómo es posible que una persona en su sano juicio pueda leer la historia sin llegar a la conclusión de que la religión y el alcohol han sido las maldiciones más grandes de la humanidad?”* Para Garrido no había otro Dios que el trabajo, la verdad y la justicia, alcanzables sólo a través de la destrucción de la Iglesia; el objetivo: la libertad. Y así, sin mayor oposición, lo hacía.

Las iglesias católicas de Tabasco estaban vacías. Las leyes aprobadas en 1919 durante el interinato del licenciado Garrido Canabal –reducción en el número de sacerdotes por habitantes, no se podían construir iglesias en los campos, rancherías o comunidades agrícolas y, además, se prohibía que sacerdotes extranjeros oficiaran en el estado- fueron el comienzo de la eliminación de la religión en Tabasco. Como todavía, entonces, su intento por destruir la Iglesia católica no lograba los efectos esperados, el 6 de marzo de 1925 la legislatura de Garrido aprobó una ley en la que se definían los requisitos que debían cumplir los sacerdotes para officiar en Tabasco, a saber: 1) ser tabasqueño o mexicano por nacimiento, con cinco años de residencia en el estado; 2) ser mayor de 40 años; 3) haber estudiado la primaria y la secundaria en escuelas oficiales ; 4) tener buenos

³⁰⁶Alan Kirshner, op. cit., p.20.

³⁰⁷Ibid., p.21.

³⁰⁸Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.50.

³⁰⁹Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.175.

antecedentes morales; 5) ser casado; 6) no tener antecedentes penales ni estar sujeto a un litigio. Sin más, de manera efectiva, se eliminaba en Tabasco la Iglesia católica. Todo lo que restaba era sacar de los hogares y de la vida de las personas los vestigios del catolicismo.³¹⁰ Todo lo que restaba era “*desfanatizar*” la conciencia del pueblo. Garrido Canabal pensaba que el clero no tenía porqué regular las conciencias de los tabasqueños.

El objetivo, decía Garrido, era buscar la libertad –aunque la única libertad que, de hecho, había en Tabasco era su hija, “Zoila Libertad”³¹¹. Esa libertad quedaba supeditada a lo que Garrido sentenciaba: los templos fueron derribados o convertidos en escuelas y centros de artes, los sacerdotes expulsados, las imágenes de santos quemadas en grandes fogatas, los hogares allanados por grupos de asalto –jóvenes garridistas con órdenes de incautar todos los objetos y símbolos religiosos. Erradicar las creencias religiosas se volvió una verdadera obsesión para Garrido y sus acciones generaban más intolerancia de la que decían combatir.³¹²

Los discursos en el Congreso local estaban fervientemente dirigidos a suprimir la religión en toda la nación y a que todos los edificios religiosos se convirtieran en bibliotecas, escuelas, centros culturales, etcétera. Se prohibieron todos los escritos que hicieran alguna referencia a Dios; se ordenaba comer carne en los días de vigilia; se prohibió el uso de la cruz de Cristo sobre las tumbas –todas las costumbres religiosas fueron declaradas fuera de la ley³¹³ y sólo se colocaba una simple roca numerada³¹⁴–; las fiestas religiosas fueron sustituidas por ferias, exposiciones y congresos regionales –Garrido se preocupó por identificarse con el progreso en la agricultura y la ganadería, e hizo arreglos para importar semillas y animales a fin de mejorar las variedades locales, éste era el lado amable del garridismo–; el ateísmo se convirtió en el credo oficial del estado; la Navidad no se celebraba en forma alguna y se imponían multas a quienes suspendieran su trabajo con motivo de días de fiesta religiosa –¡hasta la palabra “adiós” se suprimió!³¹⁵–; finalmente, a su beneplácito, surgieron los “*enemigos personales de Dios*”.³¹⁶

Ligado a la *desfanatización*, en el campo de la educación había mucha actividad en Tabasco, aún cuando este estado, como toda la nación en esa época, carecía de planteles adecuados para atender a todos los niños en edad escolar. Con un plan pedagógico ensayado también en Yucatán,

³¹⁰ Alan Kirshner, op. cit., p.22.

³¹¹ John W. F. Dulles, op. cit., p.567.

³¹² *El garridismo, esplendor y fin*, op. cit., s/páginas.

³¹³ John W. F. Dulles, op. cit., p.567.

³¹⁴ Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.39.

³¹⁵ *Ibid.*

³¹⁶ Alan Kirshner, op. cit., p.22.

se implementó la nueva escuela racionalista para dar explicaciones científicas del hombre y el universo. Entre 1925 y 1926 se iniciaron las escuelas racionalistas eminentemente prácticas y técnicas cuya enseñanza solía iniciarse con, literalmente, un baño en *La laguna de las ilusiones* y terminar con danzas y canciones “optimistas y festivas”.³¹⁷ En ese mismo plan modernizador estaban incluidas la escuela productiva, las escuelas al aire libre y las escuelas-granja, destinadas a preparar a la juventud para dar servicio a la colectividad.³¹⁸

La escuela en Tabasco se encargaba de administrar fuertes dosis ideológicas de ateísmo y las muestras antirreligiosas se manifestaban en los niños que repetían frases como “*los santos no existen, están hechos de paja y sólo sirven para quemarlos*”; “*la Iglesia es el enemigo de los pobres*”; “*el fanatismo religioso es ignorancia*”. Las palabras a las que se recurría para el aprendizaje de las letras, por ejemplo, eran *rico y rojo* para la R, *Benito* para la B, *Tomás* para la T, *Obregón* para la O, *Plutarco* para la P, etcétera.³¹⁹ Pero la propaganda no fue la única arista de la escuela en Tabasco.

La escuela se hallaba estructurada con el fin de prepara a los estudiantes para su vida cotidiana. Para la Iglesia, la educación socialista y la educación sexual eran sinónimo. Las llamadas escuelas racionalistas dotaban de enseñanzas prácticas basadas en conocimientos reales. Las Ligas de Resistencia se encargaron del establecimiento de las escuelas racionalistas; la escuela era obligatoria hasta los doce años, no se permitía que los niños trabajaran en horario de escuela, los estudiantes pobres recibían atención médica y alimentos, todos los días el mismo Garrido enviaba leche, plátanos y frijoles a varias escuelas. Las escuelas tenían una función social: “formaban la moral de los estudiantes y fomentaban las relaciones sociales y fraternales, eliminando los parásitos sociales para crear una sociedad más productiva”.³²⁰ El sistema era co-educativo y obligatorio, y los padres que no cooperaban eran multados.

La contribución original de Garrido a la educación fue la “*Escuela al Aire Libre*”. Estas obras estaban abiertas por todas partes y sólo tenían un techo de palapa. Estas escuelas maravillaban porque se podían construir a un bajo costo y sus beneficios se apreciaban. Construidas en medio de campos donde los estudiantes podían sembrar, injertar, labrar y cuidar de los animales del campo, estas escuelas eran el vehículo para proporcionar educación práctica a los jóvenes de las

³¹⁷John W. F. Dulles, op. cit., p.564.

³¹⁸Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.176.

³¹⁹Ibid., p.188.

³²⁰Alan Kirshner, op. cit., p.24 y 25.

comunidades agrícolas. Según el mismo Garrido, estas escuelas rompían con las ataduras y las limitaciones propias de “las cuatro paredes de la escuela capitalista típica”. Para 1935, había aproximadamente 450 escuelas rurales y federales, primarias y secundarias en Tabasco.³²¹ Todas las escuelas eran mixtas y tenían un claro objetivo “*desfanatizador*”, democrático, activo, contra los dogmas, libre, nacionalista y por la razón. De allí que los profesores se organizaran en la Liga de Maestros Ateos.³²² El estado de Tabasco se hizo responsable de la educación de su población: la educación era gratuita y, en ocasiones, se proveía al estudiante de alimentos y transporte sin costo.

El alcohol fue otro de los vértices de la lucha garridista. Considerado como “un mal tan perjudicial como los dogmas religiosos, el alcoholismo era una de las armas de los burgueses en su lucha contra la emancipación del proletariado”.³²³ Durante la época de Porfirio Díaz, la producción de artículos alimenticios había disminuido considerablemente, a pesar de que la población había aumentado en un 50 por ciento. De manera simultánea aumentó la producción y el consumo de “alcohol homicida”. La relación entre estas dos variables puede ser discutible, pero al parecer – según narra Alan Kirshner- el licor sustituyó la producción y consumo de los productos alimenticios. Los dueños de las haciendas abastecían de alcohol a los peones, manteniendo el orden y sometimiento, a expensas de la productividad.

Cuando Garrido tomó las riendas de Tabasco, la producción de ron y brandy -la principal industria del estado- proporcionaba al erario un ingreso de casi 100 000 pesos al año.³²⁴ A pesar de ello, la batalla de Garrido Canabal sería por un *estado seco* y responsable. Sin saber con certeza de dónde le surge el odio por el alcohol, Garrido Canabal “se preocupa por su gente del mismo modo que lo haría un patrón instruido”. La afrenta estaba cantada: luego de que se derrotara a De la Huerta, a su regreso a Tabasco en 1924, Garrido ordenó que todas las cantinas debían estar alejadas de los centros de trabajo y las escuelas; decretó eliminar las puertas de las cantinas, de tal manera que cuando la gente pasaba, podía ver a los bebedores. Se removieron las barras de apoyo en las cantinas para evitar que los parroquianos descansaran los pies mientras bebían; los mostradores de las cantinas tenían únicamente 70 centímetros de altura, de tal manera que los bebedores adoptaran posturas ridículas mientras ingerían. Se emitió un decreto que ordenaba el pago de un impuesto a las personas que fumaran en público o transitaran por la calle en estado de ebriedad;

³²¹Ibid., p.26 y 27.

³²²Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.176.

³²³John W. F. Dulles, op. cit., p.566.

³²⁴Alan Kirshner, op. cit., p.28.

la lucha contra el alcoholismo y la prostitución llevó a la creación de un Departamento de Asistencia Social; no obstante, los resultados aún no satisfacían al hombre fuerte y la legislación tuvo que hacerse más severa con la aprobación de una “ley contra los vicios”, el 31 de mayo de 1928. Pero los resultados seguían sin satisfacer al hombre detrás del gobernador Ausencio C. Cruz. La estocada mortal vendría cuando éste reasumió la gubernatura en 1931.³²⁵

El 30 de abril de 1931 se emitió “La ley seca” que sancionaba la importación, exportación, compra, venta, abastecimiento y elaboración de bebidas alcohólicas de cualquier forma o cantidad, fuera de la cerveza, que consistía en hasta seis años de prisión y multas de 500 a 5 000 pesos. Cualquiera que fuera sorprendido bebiendo licor estaba sujeto a las mismas sanciones. La cerveza estaba permitida para beberse en las casas, pero cualquiera que se aventurara por las calles en estado de ebriedad, se exponía a pasar varios años en prisión. En términos generales, y de manera paradójica a sus condiciones naturales, Tabasco era un estado seco y Garrido podía jactarse de que su *gran hacienda* estaba produciendo artículos alimenticios y redituando ganancias.³²⁶

A finales de los años 20 y principios de los años 30, se crearon en Tabasco grupos o clubes de jóvenes revolucionarios, gracias, en parte, a los esfuerzos de Fernando Trilles, Antonio Ocampo y Napoleón Pedrero Fócil. En 1932 se organizó el Bloque de Jóvenes Revolucionarios, mejor conocido como “*Camisas Rojas*” debido al evidente rojo –color internacional del movimiento obrero- de su uniforme, grupo que se formó cuando los estudiantes del Instituto Juárez, en Villahermosa, decidieron combatir a Salvador Camelo Soler, enemigo político de Garrido. Otros jóvenes, en particular los empleados del gobierno estatal y municipal, se incorporaron y muy pronto Alfonso Bates Caparroso, primo del consejero de Garrido, Amado Caparroso, fue designado su jefe. Los “*Camisas Rojas*” se iniciaron asesinando a dos jóvenes partidarios de Camelo Soler. En agosto de 1933 el líder del bloque, Bates Caparroso, dijo a los jóvenes que debían vestir uniforme en toda reunión y festividad pública. Desde ese momento el Bloque de Jóvenes Revolucionarios se conoció por el color de la camisa de su uniforme, su presentación era parte del mensaje: “*revolucionar las conciencias*”.³²⁷

Tomás Garrido Canabal probablemente se encontraba en el momento culminante de su vida como líder regional, con la respuesta de una nueva generación cuya vida cotidiana había transcurrido en el garridismo, lograría, entonces, el control absoluto de Tabasco.

³²⁵Ibid., p.29.

³²⁶Ibid., p.30.

³²⁷John W. F. Dulles, op. cit., p.563.

Ejerciendo el poder y, como en Yucatán, una devoción al color rojo, Garrido Canabal emprendería, a través de un brazo de acción bien armado, su lucha contra “el vicio y la superstición”. Este movimiento tabasqueño fue el único que logró obtener prosélitos y aliados en todo el país. Los “*Camisas Rojas*” se iniciaron como un instrumento para dirigir a las grandes masas de jóvenes de Tabasco hacia la lucha para fortalecer al Estado en contra de los males de la Iglesia y el alcoholismo. La evolución de este grupo fue lenta. Las Ligas de Resistencia y sus cuerpos selectos, los “*Voluntarios de Tabasco*”, fueron las primeras fuerzas de choque que formó Garrido en su lucha revolucionaria. Estos hombres funcionaban como un pequeño ejército privado a las órdenes de Garrido, que los utilizaba para destruir toda clase de remanentes de rebelión y para hacer cumplir sus designios sobre la Iglesia y el alcoholismo, con ello, Garrido era grato para los sonorenses del gobierno central. Además de participar en la propaganda de las doctrinas revolucionarias de Garrido, apoyaban a los candidatos presidenciales nacionales. En el lento andar de la evolución del brazo armado del garridismo, a los “*Voluntarios de Tabasco*” siguió “*La Vanguardia de Tabasco*” y, finalmente, el “*Bloque de Jóvenes Revolucionarios*” o “*Camisas Rojas*”.³²⁸ Pero también contaba en su inminente éxito la debilidad del gobierno central al que, durante el maximato, le había apostado todo.

Al tiempo, se hizo obligatorio que todos los jóvenes de entre quince y treinta años pertenecieran a la organización, se aprendieran de memoria el “*Himno de la Juventud*” escrito por Napoleón Pedrero Fócil, secretario general del bloque, usar pantalones negros, camisa roja y boina militar rojinegra. Todos los grupos organizados de Tabasco se dedicaban a marchar, pero esta actividad era especialmente realizada por los de camisa roja, quienes se volvieron el arma oficial de choque cuando el gobierno quería tratar con sus opositores. Muy pronto, se organizó una sección del Bloque de Jóvenes Revolucionarios para que las mujeres pudieran usar camisa roja, desfilan y cuadrarse en distintas formaciones, el brazo derecho típicamente colocado en forma horizontal cruzando el pecho.³²⁹

Garrido Canabal nunca usó la camisa roja, pero su hijo mayor, Mayitzá Drusso, participó en las actividades de la organización durante un corto tiempo antes de salir del estado para continuar sus estudios. Lenin Garrido Llovera, su hijo menor, con frecuencia marchaba al frente de las filas en calidad de mascota. En fin, su hogar era Tabasco, el feudo personal de Tomás Garrido Canabal. Él era su líder y mentor ideológico. Cantaban alabanzas a la bandera mexicana, pero estaban

³²⁸ Alan Kirshner, op. cit., p.43-45.

³²⁹ John W. F. Dulles, op. cit., p.563.

organizados dentro del Partido Radical Socialista Tabasqueño para responder al mandato de su jefe. Garrido dictaba la filosofía del grupo, el cual, con frecuencia, era adicto a él sólo por necesidad. Los Bloques de Jóvenes Revolucionarios ayudaban al hombre fuerte a afianzar su control sobre Tabasco.³³⁰

Lázaro Cárdenas comentó: “cuánto daríamos para que en otros estados de la República existieran organizaciones de mujeres, jóvenes, obreros y campesinos, y de todos los componentes de nuestra economía, semejantes a las que existen en Tabasco”. Los dignatarios que visitaban el estado, particularmente los presidentes o los candidatos oficiales que hacían sus campañas políticas, eran acogidos en Tabasco con una impresionante recepción, que se caracterizaban por estandartes, bandas y desfiles compuestos por los grupos organizados y uniformados. Los uniformes de los *Camisas Rojas* diferían al del resto de las ligas, excepto por el sombrero. Cuando Cárdenas visitó, con motivo de su campaña presidencial, el estado de Tabasco en 1934, fue testigo de cómo treinta mil hombres y mujeres entre los quince y cincuenta años desfilaron para, con mucha facilidad, obtener las contribuciones financieras necesarias a la campaña cardenista.³³¹

Tomás Garrido era conocido por su notable interés amoroso y por comportarse en ese campo, según la creencia popular, como “todo un hombre”. Por aquel entonces se aprobó una ley de divorcios por la que los matrimonios podían disolverse a petición de una de las partes, con el resultado que “un sinnúmero de mujeres se acostaron casadas y amanecieron divorciadas sin saberlo”. Su sobresaliente interés por la música y la poesía tabasqueña lo llevaron a exigir una gran producción literaria en donde, a través de declamaciones y cantos, se exaltaban las figuras de Calles y del propio líder tabasqueño. Durante los años de garridismo no existió libertad de prensa, pero los tabasqueños no se quedaron sin lectura: tenían la obligación de suscribirse al periódico oficial garridista, *Redención*.³³²

Los vínculos entre el centro y Garrido siempre favorecieron, definitivamente, a este último. Desde las lejanas pugnas para ocupar la gubernatura de Tabasco en 1922, Garrido contó con el apoyo de Obregón. En esa ocasión, a través de una carta, el presidente Obregón le aseguraba que contaría con todas las autoridades del Estado y con el apoyo moral y material del Gobierno del centro. Así, la relación entre ambos fue adquiriendo un singular carácter y, para 1926, fecha en que Obregón anunció su interés por la reelección, Garrido Canabal comenzó a promover al caudillo sonorenses a

³³⁰ Alan Kirshner, op. cit., p.55.

³³¹ John W. F. Dulles, op. cit., p.564.

³³² Ibid., p.565.

nivel nacional. En ese mismo año, se denunció un complot para asesinar al *Manco de Celaya*, el hombre fuerte de Tabasco ofreció la ayuda personal de la Liga Central de Resistencia para “sofocar a los enemigos de las instituciones legales de la República”. Con esto el pacto estaba explícito: el cacique garantiza el control político de su región y, al mismo tiempo, acepta y asegura el apoyo a nivel federal. La muerte de “*el último Caudillo*” precipita la relación. Se llega a asegurar que Calles estaba detrás del atentado contra Garrido en 1926, por sus supuestas intenciones presidenciales.³³³

Garrido defendía que Tabasco no tenía los problemas generales de la Revolución. Para el hombre fuerte, en Tabasco no urgía una mayor distribución de tierras ni una mayor concesión de derechos a los trabajadores, conforme al Código Agrario Federal y a la Ley Federal del Trabajo, respectivamente. Como prácticamente ocurría en el resto de las entidades, en Tabasco, Garrido Canabal no estaba ni aceptaba sometimiento a la intervención federal -ni siquiera admitía ayuda financiera federal porque en Tabasco prevalecía la idea de que “ser revolucionario no significa tener buenas relaciones con el PNR”³³⁴-, el viejo pacto Centro-Periferia se supeditaba a apoyos y reconocimiento, autonomía y libertad de acción. El licenciado Tomás Garrido Canabal figuró entre quienes operaban la estabilidad al sistema político caudillista, a través de la eminente y absoluta dominación de toda la vida en Tabasco, hecho valiosísimo para el gobierno central.

En 1929, con la creación del Partido Nacional Revolucionario se pretendía evitar, precisamente, una nueva dispersión de las fuerzas políticas, la unidad de los grupos revolucionarios –así como anular el poder de las fuerzas regionales-, reacción natural a la crisis política de 1928. Las organizaciones que no aceptarían someterse al nuevo organismo serían combatidas por el mismo gobierno. Con esto, quedaba manifiesta la presencia de fuertes grupos políticos regionales que habían creado sus propios programas, que habían logrado inclinar las decisiones del centro en su favor y cuya actuación seguía siendo decisiva para el futuro político del país. Calles encontró en ellos la clave del *Maximato*.

Cuando Tomás Garrido Canabal recibió la convocatoria para unir sus fuerzas políticas a la creación del PNR en 1929, vio con recelo la idea del centralismo como medio para la unidad nacional. En el fondo, era evidente que la integración del nuevo partido nacional amenazaba su posición regional. Los garridistas estaban de acuerdo con la unificación de todos los grupos afines a la Revolución,

³³³ Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.170 y 171.

³³⁴ Ibid., p.172.

pero pensaban que ese objetivo se podía alcanzar mediante el federalismo y el equilibrio de poderes. Finalmente, su oposición a la intromisión del gobierno en su *feudo personal* y a la del Comité Ejecutivo Nacional del PNR en su Partido Socialista Radical, se traduciría, más tarde, en un paulatino –pero constante– debilitamiento de su poderoso cacicazgo.³³⁵

Sin embargo, con la idea fiel de “barco que se ladea se voltea”, finalmente, Garrido decidió colocarse del lado del general Calles. Bajo ese principio, en 1931, Garrido decide no dar su apoyo a la potencial candidatura del coronel Adalberto Tejeda porque eso significaría la disidencia y su completo alejamiento de Calles. Con el tiempo, prefirió reafirmar sus lazos con el *Jefe Máximo* – “su invariable y adicto amigo y correligionario”³³⁶– y participar activamente en la designación de Lázaro Cárdenas como el candidato oficial a la presidencia de la República por el PNR.³³⁷ Ya desde el asesinato de Obregón, le escribía:

*“Con la sinceridad y el cariño que siempre hemos tenido para usted, hoy no vacilamos en decirle que no debe dejarnos solos en estos momentos en que tantas ambiciones de hombres no capacitados para dirigir al país se perfilan ya para sembrar la discordia [...] así como nosotros hemos estado siempre con usted, le rogamos ahora que esté con nosotros, y piense en lo que sería el país sin un hombre fuerte y prestigiado que nos oriente. Al dar a usted esta opinión, interpreto solamente el sentir de los habitantes del estado de Tabasco, que cifran en usted todas sus esperanzas para que continúe esta región en el sendero de paz y trabajo en que ha entrado bajo la dirección de usted. Asegurándole una vez más que estamos dispuestos a obedecer las indicaciones que nos haga [...] En el actual régimen de Tabasco, hemos puesto toda nuestra buena voluntad, pero somos humanos y estamos expuestos a errores, deseo aprovechar la estancia en ésta de nuestro buen amigo el señor Ausencio C. Cruz, gobernador de este estado, para que por su conducto usted ordene lo que estime conveniente al buen éxito [...] de esta entidad...”*³³⁸

Con el objetivo de expandir su organización, en Tabasco, Garrido proporcionó muchas becas a los estudiantes leales al régimen para que continuaran su educación en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Esos subsidios servían para formar un cuerpo de jóvenes propagandistas que actuaban en la capital, bajo las órdenes de Garrido Canabal. Muy pronto, esos estudiantes adquirieron prominencia dentro de sus escuelas. Como es natural, el apoyo de Garrido y los discutibles procedimientos de elección con frecuencia propiciaron su éxito. Para 1933, estudiantes tabasqueños encabezaban el gobierno de la ENP y la UNAM. Carlos A. Madrazo, el futuro director del periódico oficial de los *Camisas Rojas*, *Juventud Roja*, era el presidente de la sociedad de estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria y, en el

³³⁵Pedro Salmerón, “La fundación”, *El Partido de la Revolución: institución y conflicto, 1928-1999*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p.70.

³³⁶Plutarco Elías Calles, *Correspondencia personal (1919-1945)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, primera reimpresión, p.402.

³³⁷Carlos R. Martínez Assad, 2004, op. cit., p.173.

³³⁸Plutarco Elías Calles, op. cit., p.418 y 419.

mes de junio de ese año, Alonso Garrido Canabal, hermano del gobernador de Tabasco, se postuló a sí mismo como candidato para el puesto estudiantil más importante de la Universidad.³³⁹

Pronto creció tanto el número de estudiantes tabasqueños en la capital del país que Garrido se dio cuenta de las ventajas que representaba para sus ambiciones políticas la organización de esos jóvenes dentro de un cuerpo bien estructurado. En febrero de 1933 supervisó la incorporación de esos jóvenes al Bloque de Jóvenes Revolucionarios. Para este momento, la organización sólo contaba con tabasqueños, pero muy pronto esta situación cambiaría gracias a la *ola socialista* que atravesaba el país y la eminente reacción católica. El *Plan Sexenal* se encargó de introducir conceptos clave y, en Querétaro, la Convención del PNR completó el formato final de este programa con la designación del general Lázaro Cárdenas como el candidato oficial a la presidencia, para suceder a Abelardo L. Rodríguez.

Una de las consideraciones del Plan Sexenal que produjo más preocupación entre la Iglesia católica fue la “educación laica y socialista”. Una fuerte protesta se dejó sentir por todo el país: grupos de derecha se opusieron al planteamiento del cambio en la educación. Garrido Canabal consideró que había llegado el momento de entrar en acción. Un encabezado del 11 de abril de 1934 del periódico *Redención* decía lo siguiente: “Organización de Bloques de Jóvenes Revolucionarios a través de toda la nación”. La razón, a decir de Garrido, era la de “contrarrestar la nefasta influencia que la reacción había ejercido en las familias ingenuas y en los estudiantes a quienes había convertido en instrumentos para liberar su antiguo odio en contra de los regímenes revolucionarios”. Y remataba: “cuando la Revolución ha sido insultada, tiene derecho a defenderse y deben ser los jóvenes y las organizaciones de trabajadores los que deben unirse para frustrar la acción que se opone a su progreso”. Garrido estaba convencido de la vital importancia que el cambio en la educación traería para todo México, como había sucedido en Tabasco, y sentenciaba: “no hay razón alguna para que se alarmen los padres de familia ni para que se conviertan en títeres del clero”. Había un aparente giro hacia la izquierda con el Plan Sexenal, pero la decisión garridista de organizar *Camisas Rojas* por toda la República reflejaba su ingenuidad política.³⁴⁰

Tomás Garrido Canabal había llegado a ser el hombre fuerte de Tabasco gracias a que supo mover sus *piezas, desde abajo*, dentro y fuera de Tabasco, en la periferia y en el centro. Con el apoyo de Álvaro Obregón llegó a la gubernatura de Tabasco; a la muerte del *último Caudillo*, recibió el

³³⁹ Alan Kirshner, op. cit., p.61.

³⁴⁰ *Ibid.*, p.61-63.

apoyo del Jefe Máximo y, posteriormente, de Lázaro Cárdenas, quienes alababan la obra revolucionaria del cacique. Ya sea como “Baluarte” o como “Laboratorio” de la Revolución, el Tabasco garridista recibía elogios sobre “el éxito que había tenido” en la profunda interpretación social de la Revolución Mexicana.

Antes de que Garrido anunciara a la prensa la formación de *Camisas Rojas* por todo el país, Cárdenas, aludiendo a la acción iconoclasta del garridismo, pedía al resto de la nación “estudiar el éxito de las campañas en contra del alcohol y la superstición”. Exaltaba la liberación femenina –las mujeres participaban de las duras tareas del trabajo agrícola con desinhibición y certeza en el papel que habían llegado a ocupar, educadas en el laicismo educativo y criadas alejadas de los prejuicios de la iglesia con una activa y equitativa participación política- y el hecho de que no hubiera crímenes sexuales en Tabasco. Felicitó a Garrido por su obra a favor de los indígenas, de la educación racional y “por saber responder a la confianza y responsabilidad que le depositó la Revolución”³⁴¹. Asimismo, el futuro presidente aplaudió las conquistas garridistas y afirmó que lo que había realizado el tabasqueño era lo que él deseaba hacer en todo el país. Finalmente, destacó lo que consideraba la interpretación fiel de la Revolución al poner en manos de los campesinos la maquinaria agrícola y prometió ser el vocero de lo que estaba sucediendo en Tabasco, *un verdadero Laboratorio de la Revolución Mexicana*. Ante los *Camisas Rojas* declaró: “seguramente no está muy lejos el día en que esta organización abarque a toda la República”.

Después de la lluvia de elogios, Garrido envió al líder de los Camisas Rojas, Bates Caparroso, a la ciudad de México para comenzar a formar organizaciones por todo el país.³⁴² Así, Garrido contó con el apoyo de Álvaro Obregón, de Plutarco Elías Calles y de Lázaro Cárdenas, lo que permitió establecer un radicalismo en las medidas de gobierno –ostentando una visión moderna de la política-, la autonomía estatal y la autosuficiencia económica.

La primera organización que se formó fuera de Tabasco fue el Bloque de Jóvenes Revolucionarios del Distrito Federal con un pariente del hombre fuerte, Agapito Domínguez Canabal, como su presidente. Tiempo después los residentes de la capital del país comenzaron a sentir los efectos del garridismo que por tantos años se había concentrado en Tabasco. El 10 de mayo de 1934, Bates Caparroso y un contingente de 25 estudiantes del Bloque de Jóvenes Revolucionarios del Distrito Federal, entraron a la Iglesia de San Francisco y arrojaron a los fieles a la calle; a los santos

³⁴¹Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.54.

³⁴²Alan Kirshner, op. cit., p.63-66.

y símbolos religiosos los quemaron. La policía que se encontraba allí nada hizo para impedirlo. Todo parecía indicar que, al menos por el momento, los jóvenes radicales y Bates Caparroso tenían el consentimiento del gobierno para iniciar una cacería como las de 1926. Tres días después del auto de fe, *El Nacional*, el periódico oficial, alababa la organización de los Bloques. A partir de ese momento, la organización de los *Camisas Rojas* se extendió por toda la nación.

En Michoacán, por ejemplo, donde Lázaro Cárdenas fundó la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, se formó un Bloque de Jóvenes Revolucionarios que adoptó las camisas rojas como uniforme y participó en las campañas antirreligiosas y proselitistas de los Camisas Rojas de Tabasco -se afirma, incluso, que fue el mismo Cárdenas quien impulsó la formación del Bloque en Michoacán, que dijo a los delegados de la CRMT que investigaran la posibilidad de llevar a Michoacán una organización semejante a las que había en Tabasco. Una vez que se le informó que la base de los *Camisas Rojas* era la coerción y no existía la democracia en las Ligas de Resistencia, Cárdenas replicó: “lleven todo lo bueno a Michoacán y guarden todo lo malo en sus mentes para que otros jóvenes no traten de imitarlo.” Cárdenas sólo tuvo presente “todo lo bueno” del garridismo pues, incluso, durante las elecciones del 1º de julio de 1934, acudió a las urnas a votar por Tomás Garrido Canabal para presidente, cuando éste ni siquiera era candidato.

Era evidente que, ya fuera por la imposición de Calles como el poder detrás del presidente o por un sincero reconocimiento al trabajo revolucionario realizado en Tabasco, Tomás Garrido Canabal estaría formando las filas de los hombres del presidente Cárdenas. A las 11am del 1º de diciembre de 1934, en el Palacio Nacional, el presidente Cárdenas escuchó la protesta formal de los miembros de su gabinete. Para aliviar de muchos, Garrido no había sido nombrado el hombre que apuntalara la nueva educación socialista en la Secretaría de Educación, se le había encargado la Secretaría de Agricultura.³⁴³ Independientemente de las razones que lo colocaron en ese puesto³⁴⁴, Garrido había sido el político mexicano más alabado por Cárdenas durante su campaña presidencial, había votado por él en las elecciones de 1934 y ahora le daba la Secretaría de Agricultura, un área donde Garrido Canabal había logrado grandes conquistas. Los tabasqueños

³⁴³John W. F. Dulles, op. cit., p.554.

³⁴⁴Alan Kirshner plantea algunas de las más sonadas entonces: 1) Garrido fue incluido en el gabinete cardenista gracias a la influencia del Jefe Máximo, por esa razón Cárdenas lo nombró secretario de Agricultura –un puesto donde las posibilidades eran mínimas- y no de Educación; 2) Calles no estaba a favor de Garrido, por lo tanto Cárdenas lo consideraba un virtuoso revolucionario y, al favorecerlo con el nombramiento, estaba desafiando las fuerzas del Jefe Máximo; 3) siguiendo los consejos de Manuel Ávila Camacho, Cárdenas esperaba darle suficiente cuerda a Garrido para que así se ahorcara él mismo. En fin, hechos como el voto anunciado y voluntario de Cárdenas por Garrido en las elecciones o los constantes apoyos de Calles al tabasqueño pueden colocarnos en cada una de estas consideraciones.

estaban convencidos de la fuerza de Garrido en la próxima administración y respaldaban su idea de “*tabasqueñizar*” al país.

Para hacerse cargo de la Secretaría de Agricultura, Tomás Garrido Canabal voló a la ciudad de México en su aeroplano rojinegro, el *Guacamayo*. Unos días antes, realizó un gran evento antirreligioso con el propósito de señalar el comienzo de una nueva era: miles de mujeres participaron en una gran “quema de santos” en el lugar donde se alzaba la antigua catedral de Villahermosa.³⁴⁵

El 28 de noviembre de 1934, cientos de *Camisas Rojas* hicieron su entrada a la capital. Marcharon por las calles de Tacuba y la Avenida Hidalgo. Al día siguiente viajaron a Cuernavaca para desfilar en honor de Plutarco Elías Calles. En Las Palmas, donde gritaban “mueran los curas, viva Calles”, el *Jefe Máximo* les dijo: “los he felicitado anteriormente y lo hago de nuevo porque Tabasco con Garrido ha puesto el ejemplo para la República con su movimiento que de manera vigorosa ha afectado a todo el país.” Esa misma tarde, despedazaron una estatua de la Virgen de Guadalupe que se encontraba en la entrada a la ciudad. La fe en sus ideales y en las enseñanzas de Garrido, reforzadas por Calles, fortalecían la creencia de los *Camisas Rojas* de que sus métodos radicales eran correctos y contaban con el apoyo oficial.³⁴⁶

Después de una memorable marcha y destacada presencia en la ceremonia de toma de posesión, la mayoría de los *Camisas Rojas* regresaron a Tabasco. Pero, muchos más permanecieron en el Distrito Federal para ocupar puestos en la Secretaría de Agricultura, ya que la intención de Garrido fue consolidar su posición a través de personal leal a sus mandatos.

Todos los empleados de la secretaría al mando de Garrido, fueran o no parte del Bloque de Jóvenes Revolucionarios, estaban obligados a usar camisas rojas. En las oficinas había carteles rojinegros con leyendas como: “*La religión es el obstáculo del progreso del pueblo*”. También, mientras se laboraba, se cantaban corridos tabasqueños antirreligiosos o en alabanza a Garrido, Calles y Cárdenas. Existían reuniones llamadas “Martes agrícolas” y “Jueves ganaderos”, a los que estaban obligados a asistir todos los empleados de la secretaría. Todas las actividades garridistas se transmitían por la radiodifusora oficial del PNR.³⁴⁷ Asimismo, existían los “Sábados rojos” donde se ridiculizaba al clero y, en ocasiones, se hacían disparos contra una pintura de Cristo. Así como

³⁴⁵John W. F. Dulles, op. cit., p.568.

³⁴⁶Alan Kirshner, op. cit., p.73.

³⁴⁷Ibid., p.71 y 72.

era obligatorio asistir a estas reuniones, los empleados debían suscribirse a las tres publicaciones oficiales inspiradas por Garrido: *Cristo Rey*, contra la Iglesia católica, *Juventud Roja*, el periódico oficial de los Camisas Rojas y, *El Rancho*, revista especializada en temas agrícolas. Garrido Canabal no permitía que los periodistas entraran a sus oficinas. Los *Camisas Rojas* saludaban al secretario en formal marcial y éste les preguntaba: “¿Existe Dios?”, para escuchar la respuesta obligada: “Nuca ha existido”.³⁴⁸

El radical activismo de Garrido Canabal en contra de la Iglesia y el alcoholismo en su estado natal y las acciones de los *Camisas Rojas* en la ciudad de México, lo convirtieron en el miembro más notable del gabinete cardenista. Fue entonces que la prensa nacional e internacional comenzó a hacer sonar el nombre de Tomás Garrido Canabal como “el hombre más importante en la escena política” y “el futuro presidente”. Pero la activa campaña antirreligiosa de los *Camisas Rojas* de Garrido provocaría un desastre en Coyoacán, una de las 16 delegaciones del Distrito Federal.³⁴⁹ Las cosas no serían igual para los *Camisas Rojas* en la capital del país que en Tabasco. Las prácticas de los Camisas Rojas tenían menos sentido fuera de Tabasco y, pese a toda la evidencia, los garridistas tenían en mente seguir realizándolas.

Su error radicó en querer extender, sin sopesar las particularidades, los éxitos de Tabasco. Otra realidad le esperaba: las relaciones entre el Estado mexicano y la Iglesia, luego de los acuerdos de 1929, establecieron una realidad diferente, que acabó derrotándolo. “*Tabasqueñizar*” a México, en realidad, no era tan viable como Garrido Canabal y sus partidarios lo creían. Los graves sucesos que ocurrieron desde entonces provocaron la repulsa de la opinión pública.³⁵⁰

Siguiendo las instrucciones de Garrido, los Camisas Rojas iniciaron una serie de reuniones dominicales antirreligiosas. En el segundo domingo de la serie de eventos programados, el 30 de diciembre de 1934, alrededor de setenta *Camisas Rojas* uniformados y armados, se reunieron para llevar a cabo “la cultural” en el jardín que se encuentra frente a la Iglesia San Juan Bautista, en Coyoacán. Esto ocurrió cerca de las 10am, justo cuando los devotos se encontraban dentro celebrando una misa.

³⁴⁸John W. F. Dulles, op. cit., p.569.

³⁴⁹Alan Kirshner, op. cit., p.74 y 75.

³⁵⁰Roberto Espinosa de los Monteros, op. cit., s/páginas.

Sobre una cruz de piedra en el jardín, los garridistas colocaron una bandera rojinegra y un gran retrato de Homero Margalli.³⁵¹ Convencidos de su posición, Julio Díaz Quiroz -presidente del Bloque de Jóvenes Revolucionarios de Coyoacán- y los *Camisas Rojas* decidieron arengar a los católicos su mensaje ateo. La confrontación no se haría esperar. Muy pronto comenzaron a reunirse decenas de oyentes no amistosos. La multitud crecía y los gritos de ambos grupos se habían vuelto considerables cuando, repentinamente, las puertas de la iglesia se abrieron y los files comenzaron a avanzar hacia los *Camisas Rojas*. Los gritos de ambos grupos aumentaron, se encendieron las pasiones y alguien disparó un arma. En la contienda cinco católicos se convirtieron en mártires. Ante la multitud enardecida, los *Camisas Rojas* se escondieron en un antiguo Palacio Municipal que se encuentra frente a la iglesia, sede de la delegación de Coyoacán. Allí el delegado de Coyoacán, Homero Margalli, colaborador tabasqueño de Garrido Canabal, ordenó a 150 policías defender a los *Camisas Rojas*. La policía resguardó el edificio, pero no pudo hacer nada contra el inminente linchamiento de Ernesto Maldo³⁵², joven que había llegado tarde a la iglesia portando una camisa roja. La policía intervino y arrestó a sesenta y cinco de los complicados en los hechos.³⁵³

Más tarde, los ciudadanos de Coyoacán asaltaron la cárcel, por lo que los prisioneros fueron trasladados a una penitenciaría federal con protección especial. La multitud se arremolinó en las inmediaciones de las oficinas del Bloque, en las calles de Aquiles Serdán y Tacuba, donde exigieron la destitución de Tomás Garrido Canabal y Homero Margalli. Cartas y telegramas denunciando “*la masacre de Coyoacán*” inundaron las oficinas de la presidencia, exigiendo la acción inmediata. En tanto, el Bloque denunciaba “el cobarde ataque de los 'cristeros'” y múltiples organizaciones de trabajadores y campesinos de todas partes de México protestaron por el ataque católico a los *Camisas Rojas*.³⁵⁴

Como Cárdenas, Tomás Garrido había salido de la ciudad. Estaba entregando la gubernatura de Tabasco a su tío y sucesor, Manuel Lastra Ortiz, cuando supo de los sucesos de Coyoacán. De inmediato, tomó su *Guacamaya* para tomar medidas que favorecieran a sus partidarios encarcelados. El 3 de enero de 1935, luego de la liberación de 25 *Camisas Rojas*, cuarenta restantes quedaron en libertad dos días después —a tan sólo 5 días de los hechos— cuando Garrido

³⁵¹John W. F. Dulles, op. cit., p.570.

³⁵²Alan Kirshner, op. cit., p.81.

³⁵³John W. F. Dulles, op. cit., p.570.

³⁵⁴Alan Kirshner, op. cit., p.83 y 84.

proporcionó una fianza de 200 mil pesos.³⁵⁵ Sin embargo, nuevamente, como lo demuestra la historia, la mayor fortaleza del poder regional era, al mismo tiempo, su *talón de Aquiles*. La caída del hombre fuerte de Tabasco era inminente, sus días ya tenían fecha de caducidad.

A raíz de la aprehensión del líder de los católicos descontentos con los sucesos de Coyoacán, Alberto Alejandro Delgado, los católicos estaban cada vez más convencidos de que el gobierno suscribía los ataques. Cárdenas había definido su postura frente a la Iglesia: el clero debe respetar –dijo– en forma integral las leyes establecidas y abstenerse de participar en el terreno político, jurídico, económico y social. Asimismo, responsabilizó a la Iglesia de haber retrasado la evolución social y económica de la nación.³⁵⁶ El presidente no hizo nada para desmentir la conclusión de los religiosos. Cárdenas guardaba silencio en relación a Coyoacán, mientras mandaba una corona a la tumba de Ernesto Maldo. Las actividades de los garridistas no desaparecieron, aunque si bajaron en intensidad. Una nueva era de dinamismo ideológico en contra del clero y los “fanáticos” se vislumbraba, el pretexto fue el funeral de Maldo: los *Camisas Rojas* declararon que continuarían su campaña antirreligiosa porque, debido al fanatismo religioso, habían perdido a Álvaro Obregón y a un compañero del Bloque. Pocos días después, un grupo de jovencitas desfilaron por las calles de la ciudad con flores rojas, según éstas, las flores simbolizaban la sangre derramada del mártir.³⁵⁷

Los ánimos seguían caldeándose. Las protestas contra los *Camisas Rojas* siguieron; mientras, éstos seguían irrumpiendo en reuniones religiosas. *Redención* seguía culpando a los “cristeros” de los actos cometidos, mientras la multitud anti-*Camisas Rojas* se manifestaba destruyendo el edificio y cuartel general de los garridistas. Finalmente, Cárdenas intervino. Reprendió al clero y le atribuyó todos los actos “conservadores, violentos, antirrevolucionarios y escandalosos”. Cárdenas declaró que las acciones de “los títeres del clero” no influirían en él. Sin embargo, con ello daba a conocer que solamente la Secretaría de Gobernación, a través del PNR, podría hacer propaganda oficial. De esa manera, no sólo se cerraron las puertas al clero, sino también a los garridistas. Pronto se comenzó a pedir la disolución de los Bloques. Nunca pudieron quitarse de encima el fantasma de los acontecimientos de Coyoacán y éste los acompañó hasta la muerte.³⁵⁸

³⁵⁵John W. F. Dulles, op. cit., p.571.

³⁵⁶Carlos R. Martínez Assad, 2006, op. cit., p.55.

³⁵⁷Alan Kirshner, op. cit., p.86.

³⁵⁸Ibid., p.87-92.

Se llegó así al 11 de junio de 1935, cuando la injerencia, en forma y fondo, de Calles en los asuntos exclusivos del presidente -y luego de “los tamborazos”-, orilló a Cárdenas a tomar una decisión definitiva: las limpias. Comenzó por el PNR, le siguió su gabinete, los gobernadores, el Poder Legislativo, el Ejército y, finalmente, el propio *Jefe Máximo de la Revolución Mexicana*. Se había desplazado a los callistas. La derrota del garridismo no vendría sino por su afinidad al *Jefe Máximo*: la caída de uno significó la destrucción del otro. El viejo “pacto” había expirado con la destrucción del bicefalismo y la intrínseca informalidad le estaba pasando factura a los hombres fuertes renuentes y ciegos al cambio –del que quizá, simplemente, no se habían dado cuenta-, como el mismo Tomás Garrido Canabal: el hombre fuerte de Tabasco.

c. Las huellas más profundas del agrarismo: Sixto Adalberto Tejeda Olivares y Veracruz.

La biografía de Adalberto Tejeda Olivares nos permite aglomerar lo esencial de una época. A través del recuento de su vida, como hemos venido haciendo, tenemos la posibilidad de acercarnos a la Revolución Mexicana en el estado de Veracruz. La vida de Adalberto Tejeda resume la historia de Veracruz en la primera mitad del siglo XX. Funcionario maderista, imbuido de radicalismo generoso y honradez, pero también de incertidumbres y flaquezas, Adalberto Tejeda consagra las reformas sociales en Veracruz, su estado natal, poniéndose al frente de un poderoso movimiento campesino –de fidelidad y apoyo político y militar-, ante las necesidades que la situación demandaba. Es decir, se conjuntan cualidades personales con la situación del estado y el país –reivindicación y organización social- para que, en Veracruz, surgiera un movimiento local capaz de marcar el rumbo nacional.

Pero aquí no sólo pretendemos hacer una biografía de Tejeda. A través de una perspectiva histórica amplia, nuestra intención es, de fondo, considerar la situación, el entorno, la época y el lugar en que se relacionó con las organizaciones campesinas veracruzanas –el sustento real de su poder- y de qué manera pudo, gracias a eso, entrelazar sus experiencias, negociaciones y tendencias locales y regionales con los acontecimientos a nivel nacional.

En el recuento de estas nuevas formas de intermediación y nexo que aparecieron luego de la dispersión del poder político nacional, y que durante la década de 1920 fueron la única forma de cohesión e identidad que el sistema político reconocía, el análisis -como ya hemos apuntado antes- se desarrolla en dos niveles: uno, las complejas relaciones que se tejían entre los hombres fuerte -como Adalberto Tejeda- y las instancias del poder nacional; dos, los nexos que unen a los hombres fuertes con sus subalternos, sus aliados locales y sus bases sociales. En suma, el contexto ayuda a comprender mejor la Revolución como un proceso complejo, heterogéneo y regional.

Las rebeliones armadas que acontecieron durante los gobiernos posrevolucionarios son otro excelente vértice a través del cual podemos acercarnos más al recuento de estas formas de intermediación y nexo entre las autoridades federales y los poderes regionales. Las rebeliones de 1920, 1923, 1926 ó 1929, por ejemplo, dejaron al descubierto que el gobierno federal aún no contaba con los medios efectivos para controlar los ápices del país, viviendo bajo la constante amenaza de asonadas militares. Desde que inicio la Revolución, la inseguridad de las autoridades centrales originó que buscaran a los generales y hombres fuertes que controlaban ciertos

territorios para trocar con ellos su independencia política por ventajas económicas, o bien, de autonomía. Fue durante las décadas de 1920 y 1930 cuando florecieron personajes como Saturnino Cedillo, en San Luis Potosí, y su férreo cacicazgo; Lázaro Cárdenas en Michoacán, Tomás Garrido Canabal en Tabasco o el mismo Adalberto Tejeda en Veracruz, quienes, fortaleciendo las organizaciones populares de sus territorios, se hacían de un poder propio.

i. El hombre y su entorno: las raíces del cacicazgo.

Sixto Adalberto Tejeda Olivares nació en pleno porfiriato, el 28 de marzo de 1883, en el pueblo minero de Chicontepec, al norte de Veracruz, y murió en la ciudad de México el 8 de septiembre de 1960, víctima de cáncer. Fue el primogénito de Eutiquia Olivares, nativa de Chicontepec, y de Luis Tejeda Guzmán, terrateniente medio, originario de Jalacingo. Un mes después de su nacimiento, su madre lo asentó en la oficina de registro público. En ausencia del padre, compareció en su representación Manuel Jaimes Argüelles, vecino de Altotonga relacionado desde hacia tiempo con los Tejeda Guzmán. Más tarde fue también su padrino de bautizo, y permaneció cerca de su ahijado a lo largo de toda su vida. Era pues, hijo natural, condición muy común en la época y a la que Adalberto jamás le dio importancia.³⁵⁹

Veracruz es un estado lleno de contrastes. Desde su faja larga e irregular, con un litoral de 648km. sobre la costa del Golfo de México, la boca del río Pánuco hasta la del Tonalá o Tenochampa, cuenta con una superficie de 72 215km², de éstos, 58 000 son aptos para el aprovechamiento agropecuario. Su perfil, su relieve y su clima están determinados por la Sierra Madre Oriental, que penetra al estado en el sur. Entre sus montañas, se encuentran profundas y peligrosas barrancas y valles que albergan a la mayor parte de la población, en la Huasteca.³⁶⁰

El estado de Veracruz es el estado con mayor número de tierras húmedas. Cuenta con más de 40 ríos que bajan de las sierras del Golfo de México, entre los que destacan el Papaloapan y el Coatzacoalcos –que representan el 30% de la red fluvial del país. La variedad de climas es impresionante y, a pesar de encontrarse en la zona tórrida de “tierra caliente”, contrasta con zonas como la Huasteca donde las lluvias son escasas y la tierra sólo se dedica a la ganadería.

Por su actividad agropecuaria, Veracruz está dividido en tres grandes zonas: la región tropical del sur, muy húmeda y con poca densidad de población, en donde la actividad se ha concentrado en

³⁵⁹Romana Falcón y Soledad García Morales, *La semilla en el surco*, México, El Colegio de México, 1986, p.38 y 39.

³⁶⁰Romana Falcón, *El agrarismo en Veracruz*, México, El Colegio de México, 1977, p.27.

las zonas petroleras de Coatzacoalcos y Minatitlán, así como en la explotación de bosques de maderas preciosas; la zona central, donde se encuentra concentrada la población y están las mejores comunicaciones y las mejores condiciones para la agricultura y la ganadería; por último, al norte se encuentra la Huasteca, seca y poco poblada. Por ejemplo, en las zonas frías de las mayores alturas de la sierra se sufre de la escases de lluvias a diferencia de las zonas de tierra caliente y húmeda donde, a pesar de lo accidentado de la orografía, la lluvia abundante posibilita una gran variedad de cultivos.³⁶¹

En los contrastes del estado, rodeado de las más ricas tierras y de los más valiosos tesoros del porfiriato -pero también de la tierra más seca y abandonada-, en la Huasteca, se encuentra Chicontepec, el lugar de nacimiento del hombre fuerte de Veracruz, el coronel Adalberto Tejeda.

Su pueblo, Chicontepec, es un pueblo indígena de la Huasteca meridional de Veracruz, que si por algo se distinguía era por su ancestral aislamiento del mundo -la ubicación de Chicontepec hizo que por muchos años estuviera aislado del centro del estado, pues no tenía más vías de comunicación que los caminos de herradura por donde transitaban las bestias de carga con mercancías destinadas al comercio con las poblaciones cercanas.³⁶² Enclavado en las sierras montañosas de Huayacocotla y Otontepec, cerca de los límites del estado de Hidalgo, contaba con apenas 1 300 habitantes, la gran mayoría eran indígenas de habla náhuatl.

Chicontepec era un punto de destierro. Llegar ahí resultaba una verdadera travesía ante la inexistencia de vías férreas y la carencia de ríos navegables. Por estas condiciones, Xalapa, la capital de Veracruz, estaba aún más lejos que la misma ciudad de México; para realizar un viaje de Xalapa a Chicontepec había que desplazarse al puerto de Veracruz, y de ahí tomar una embarcación hacia Tuxpan, para después internarse en la sierra, a pie o caballo, por caminos de herradura muy estrechos y peligrosos –verdaderos *enemigos del indio* que en tiempo de lluvias resultaba mortal atravesarlos, pues los limitaban profundos precipicios y el suelo resultaba sumamente resbaladizo. De esta manera se llegaba a Álamo, Cerro Azul, Tierra Blanca, Tepetzintla, Tlacolulan, La Puerta, Ahuateno y, finalmente, Chicontepec. Por aquellos días, los pueblos enteros permanecían realmente aislados uno del otro; incluso, los más importantes como Huayacocotla solían quedar completamente cortados del camino a la cabecera cantoral.

³⁶¹Ibid., p.28.

³⁶²Soledad García Morales, *Personajes Veracruzanos: Adalberto Tejeda 1883-1960*, [en línea], s/páginas, México, Gobierno de Veracruz, dirección URL: http://portal.veracruz.gob.mx/portal/page?_pageid=153,4202648&_dad=portal&_schema=PORTAL, [consulta: 8 de noviembre de 2012].

Pero si el camino por tierra era duro, más lo era por mar: de Veracruz a Tuxpan, en donde las pequeñas embarcaciones estaban sujetas a los continuos *nortes* del golfo –vientos con espesas lloviznas- que impedían el desembarco de los pasajeros por varios días, toda una travesía. De allí que resultara más cómodo y accesible viajar a la ciudad de México y de allí tomar el ferrocarril que va hasta el estado de Hidalgo, dejarlo en Apulco y viajar, a través de caminos de herradura, hasta Huayacocotla, e iniciar el recorrido por territorio veracruzano.³⁶³

Había poca gente en el pueblo de Chicontepepec aún cuando, como en todo Veracruz, la población había aumentado rápidamente. A mediados del siglo XIX “había 23 500 habitantes en el cantón de Chicontepepec que, para los albores de la Revolución, había llegado a 74 000 mil. En esas mismas fechas el pueblo de Chicontepepec pasó de 1 300 habitantes a casi 3 000 y con sus 3 191km² de territorio, el cantón resultaba más poblado que el resto de Veracruz: 23.2 personas por km².”³⁶⁴

Durante los primeros años de Adalberto Tejeda, la villa de Chicontepepec era cabecera de cantón. Veracruz se encontraba dividido en dieciocho cantones y en cada una de las cabeceras vivía un *jefe político*, que era la máxima autoridad de ese territorio -Luis Tejeda Guzmán, padre de Adalberto, era jefe político de Jalacingo. A pesar de ser cabecera cantonal, sus autoridades apenas llegaban a las de subprefecto, los miembros del ayuntamiento y subrecaudador de rentas. Ni siquiera contaba con juzgado de primera instancia; todos los asuntos jurídicos eran trasladados a Tuxpan, a 32 leguas de distancia. Chicontepepec, asentado sobre un terreno sumamente desigual y rodeado de barrancas, apenas contaba con una parroquia de tres naves y las casas consistoriales. La desigualdad generaba que las casas, fabricadas en su mayoría de zacate, se hallaran colocadas sin orden alguno, por lo que, desgraciadamente, solamente había una calles que atravesaba el pueblo a lo largo. Chicontepepec estaba encerrado en sí mismo. Dado el abismo geográfico y la carencia de caminos hacia la zona central de Veracruz, sus vínculos económicos y políticos se suscribían a las huastecas de los estados colindantes. Los caminos que partían del pueblo llevaban a Tuxpan y Tantoyuca en Veracruz, Huauchinango en Puebla, y Tenango de Doria y Zacualtipan en Hidalgo. De allí que sus relaciones comerciales se establecieran básicamente con los puertos de Tuxpan en Veracruz, y de Tampico en Tamaulipas.³⁶⁵

El aislamiento de Chicontepepec no era caso único; todo lo contrario. Dedicaba sus tierras a nutrir a sus habitantes, sembrando maíz y frijol. También producían caña de azúcar de buena calidad,

³⁶³Romana Falcón, 1986, op. cit., p.19 y 20.

³⁶⁴Ibid., p.20.

³⁶⁵Ibid., p.21.

algodón, café y chilotles. Ya entrado el siglo XX, los hacendados comenzaron a encontrar buenos rendimientos en el tabaco, hasta que la Revolución alcanzó a Chicontepec. Ya en los albores de la lucha, y con la falta de buenos caminos, los arrieros aprovechaban los viajes que realizaban los mestizos –y algunos indígenas- para introducir al pueblo jabón, cerveza, licor, harina y otros productos que distribuían en las casas comerciales de los pueblos más importantes.

Ya para el ocaso del porfiriato, y como en todo el país, la propiedad de las tierras estaba en manos de los mestizos y el progreso tecnológico prácticamente no había entrado al pueblecillo. El trabajo de campo se seguía haciendo sin conocimiento del arado; la tierra se seguía preparando mediante el sistema de “roza” y la tala del monte. Esto caracterizó un hecho muy interesante: la hacienda huasteca, a diferencia de la morelense y de la del centro de Veracruz, no se había visto en la necesidad de devorar los terrenos contiguos, dado el escaso valor relativo a que estaban condenadas sus tierras, por el aislamiento y la falta de modernización. Pero hubo una razón de mayor profundidad social que también contuvo el avance inmoderado de la gran propiedad territorial: en la Huasteca, cualquier intento de los terratenientes por ampliar los linderos de sus propiedades se topa con la férrea resistencia y dura combatividad de los pueblos indígenas. Éstos aún poseían su propia forma de concepción del mundo. Chicontepec –pueblo indígena- seguía preservando sus costumbres prehispánicas, su lenguaje, el vestido, las formas propias de organización social e incluso de autoridad política –en la comunidad se elegía a sus propias autoridades de entre la gente de mayor edad. Chicontepec luchaba para permanecer relativamente intocado por la división y venta forzosa de todo tipo de propiedades comunes, disposición de la administración liberal de Porfirio Díaz. Para los habitantes de Chicontepec, que la región estuviera aislada y encerrada les permitía desarrollar una estructura política, económica y social propia y paralela a la del gobierno formal.³⁶⁶

Durante el porfiriato, la economía mexicana dependía aún, casi totalmente, de la agricultura. Por ello, no es de extrañar que fuera en el ámbito rural donde se desarrollaban los problemas económicos y sociales más serios del país: el deslinde de lotes baldíos, la desamortización de las tierras de los pueblos indígenas, el latifundismo, la opresión y la violencia de patrones sobre trabajadores rurales, la baja productividad agrícola –debido a la existencia de inmensos territorios improductivos- y la falta de inversión, la falta de medios de comunicación y mercados en gran

³⁶⁶Ibid., p.26.

escala, etc.³⁶⁷ Con esto, la particular organización de los pequeños pueblos veracruzanos traería severas crisis: el gobierno porfirista dispuso que toda propiedad que no fuese particular y que estuviese exenta de circular libremente en el mercado, constituía un obstáculo para el mejoramiento de sus propietarios -particularmente los indígenas- y, sobre todo, para el desarrollo de México.

En Veracruz estas políticas se aplicaron sin miramientos, no obstante las profundas fricciones que estaban provocando. Fue entonces que se atizó la hoguera y un gran número de levantamientos comenzaron a surgir por todo el territorio: indígenas tomaron las armas para defender sus tierras comunales, pero la maquinaria porfirista los reprimió y las comunidades, sin más, perdieron sus tierras. Sin embargo, el surco se había marcado en los campos de la Huasteca y, desde entonces, las comunidades indígenas quedaron provistas de una intensa tradición de lucha agraria.³⁶⁸

Este Chicontepec –aislado e indígena- era el de la familia Olivares López. Ignacio Olivares y Guadalupe López tuvieron tres hijas, Librada, Eutiquia y Benita, que mantenían a través de una tienda de abarrotes y artículos de ropa ubicada en la calle principal del pueblo, pero su mayor fama provenía del pan y el jabón que elaboraban, puesto que dichos productos eran escasos y debían importarse de pueblos de mayor importancia. Hasta la tienda de las hermanas Olivares López llegaban los mineros para aprovisionarse de comestibles y los indígenas en busca de viveres. Entre aquellos con quienes establecían actividades mercantiles estaba Luis Tejeda Guzmán, que intercambiaba productos de tierra caliente de la Huasteca por los de clima frío, los cuales introducía a Jalacingo, de donde era oriundo.

De la unión de Luis Tejeda y Eutiquia Olivares nació, el 23 de marzo de 1883, Sixto Adalberto: el segundo varón y el tercer hijo.³⁶⁹ Esta fue la unión de un componente del sector medio de la Huasteca con un miembro de la oligarquía de Jalacingo. La calidad de Sixto Adalberto como persona, y como prominente revolucionario, fue profundamente marcada por sus raíces familiares: por un lado, el Chicontepec indígena, aislado, religioso y pobre que conoció desde la tienda de su madre; por el otro, el peso económico y político de los Tejeda de Jalacingo y sus propias formas y costumbres para destacar.

³⁶⁷ Antonio Santoyo, *La mano negra: poder regional y Estado en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, p.45.

³⁶⁸ Romana Falcón, 1986, op. cit., p.29-30.

³⁶⁹ Hubonor Flores Ayala, "Adalberto Tejeda, biografía de un agrarista radical", *Veracruzanos en la Independencia y la Revolución*, México, Universidad Veracruzana, 2010, p.301.

En Jalacingo, los Tejeda se enfrentaban una realidad orográfica, económica, política, social y cultural muy diferente a la de la tierra caliente de la Huasteca. En Jalacingo era común desafiar climas fríos, frecuentes vientos y abundantes lluvias. Las condiciones climatológicas y las numerosas corrientes fluviales que ahí convergen hacen especialmente fértil estas tierras para los cultivos de trigo, haba, cebada, centeno, maíz, frijol, manzanas, peras, duraznos, membrillo, ciruela, nueces y piñones, todos con enorme demanda en la región, en Veracruz y en la República.

A diferencia de Chicontepec, Jalacingo tenía la fortuna de encontrarse cerca de la estación del ferrocarril de Teziutlán, lo que les abrió las puertas a los mercados nacionales. Por si fuera poco, por la cercanía, los Tejeda Guzmán podían trasladarse con relativa facilidad a Xalapa, centro rector de la vida política y cultural de Veracruz. Del asentamiento de los Tejeda en Jalacingo se sabe muy poco³⁷⁰, pero con el paso de los años entraron a formar parte de la oligarquía regional. A mediados del siglo XIX, Francisco Tejeda contrajo nupcias con Dolores Guzmán, descendiente de una familia española aún más pudiente, con quien tuvo siete hijos: Carlos, Miguel, Eleuterio, Pedro, Ausencia, Gonzalo y Luis, este último padre de Adalberto. Para entonces, Francisco Tejeda gozaba de una posición económica sólida, cimentada en el comercio y las tierras que poseía en la región de Cosamaloapan, pues las actividades mercantiles y la agricultura eran los pilares de la economía en Jalacingo.³⁷¹

La bonanza económica de los Tejeda Guzmán les permitió proporcionar a sus hijos una educación en extremo refinada para el México pobre y analfabeto de entonces. Eran contadas las familias mexicanas que tenían los medios para proporcionar a sus hijos una educación superior. En ese ramo, los Tejeda Guzmán de Jalacingo gozaban de buena educación y Carlos, quien llegó a ser el más preparado –realizó estudios en la capital de la República como médico cirujano, graduándose en 1889–, se convirtió en un prominente representante de México ante el Congreso Internacional de Medicina celebrado en Moscú. Miguel Tejeda estudió teología, se trasladó a Alemania y se ordenó sacerdote para terminar dando clases de teología en el seminario de Xalapa y párroco de Altotonga. Eleuterio se recibió de ingeniero, y junto con Ausencia, radicó en Alemania donde prosiguió sus estudios. Gonzalo y Luis se circunscribieron al ambiente regional, pero, también, lograron dejar huella, tanto en Jalacingo como en Sixto Adalberto.

³⁷⁰Romana Falcón, 1986, op. cit., p.32.

³⁷¹Ibid.

Gonzalo fue un hombre inconforme con la marginación de la mayoría del pueblo, insistía en presionar a los miembros de las clases acomodadas para obtener recursos que después repartía entre los indigentes.³⁷² Luis Tejeda Guzmán nació en 1856 durante los años de la reforma liberal – tenía 27 años cuando nació Adalberto. No existe documentación que le acredite educación profesional, pero se sabe que recibió enseñanza informal como contador, que le permitió el desempeño en actividades mercantiles, en las que se inició desde muy joven debido a que ese era el giro de su familia. Fue a éste a quien se le encargó la dirección de los negocios familiares: debía encargarse personalmente de las transacciones mercantiles hacia la sierra de la Huasteca y, allí, además de velar por los intereses de los Tejeda Guzmán, conoció a Eutiquia Olivares.

Al tiempo, Luis Tejeda encaminó su interés mercantil con un gusto por la política local. Puede ser que esto se le facilitara por la influencia que la familia de su madre, los Guzmán de Braulio Melesio de Jesús, tenían en toda la región y, ante la ausencia relativa de bancos y casas financieras, los ricos de la región, como los Guzmán, se convertían en los prestamistas y, más tarde, en los más asiduos porfiristas.

Justo durante la infancia de Adalberto, y gracias a la estructura de poder y las redes de la oligarquía regional, Luis Tejeda ocupó la jefatura política del cantón, mientras que su hermano, Pedro Tejeda, fue electo varias veces diputado por Veracruz al Congreso de la Unión, así como miembro de la legislatura local. Pero más que esto, fue decisiva la influencia informal que Francisco Tejeda, el abuelo de Adalberto, pudo ejercer en la región. Asimismo, la conjunción de todos y cada uno de los cargos que llegaron a desempeñar los Tejeda debió, sin lugar a dudas, haber facilitado sus operaciones mercantiles.³⁷³

De esta manera, resalta evidente el contraste entre la fertilidad, la bonanza, las excelentes comunicaciones y la ubicación privilegiada -cerca de Xalapa- de Jalacingo, con el encerrado, pobre y tradicional Chicontepec. En Jalacingo la tierra estaba profundamente concentrada en 18 haciendas que poseían el 42% del total de la tierra cantoral; de éstos, el 34.5% estaba en manos de tan sólo 7 hacendados. Don Melesio Guzmán era un hombre de holgada riqueza con el que mantuvo una estrecha relación Luis Tejeda, a tal grado que cuando éste murió, Melesio incluyó en su testamento a Sixto Adalberto Tejeda Olivares. En suma, resulta hasta natural, dada la sistematización, que los Tejeda Guzmán se instalaran en el gobierno local debido a su influencia

³⁷²Ibid., p.33.

³⁷³Ibid., p.34.

económica –que rebasaba el marco formal- y su refinamiento intelectual, rasgos que destacaron en la personalidad de Adalberto Tejeda.³⁷⁴

Don Luis Tejeda Guzmán, su padre, como jefe político del cantón de Jalacingo –y, sobre todo, por una ley porfirista-, debía establecer su residencia en la cabecera del cantón, aunque nunca dejó de realizar viajes a Chicontepec para estar al tanto de su familia. Eutiquia y sus hijos permanecieron en el tranquilo pueblo minero horneando pan y fabricando jabones para la tienda de sus hermanas. Viendo pasar el tiempo sin la menor novedad, Adalberto se familiarizó con las transacciones, con la compra y venta de víveres y con el ir y venir de los indígenas de la región que hablaban otro idioma, tenían diferentes facciones, vestían diferente y se mostraban desconfiados ante la presencia de los mestizos.³⁷⁵

Chicontepec tenía un orgullo: su sistema educativo, al que asistían un gran número de muchachos de todo el cantón. Una Escuela Cantonal para varones denominada Porfirio Díaz –bajo la dirección de su padrino, el maestro Argüelles-, donde Adalberto Tejeda estudió, a la edad de seis años, la primaria³⁷⁶ –siempre estuvo convencido que el sistema de su padrino ejerció sobre él una influencia profunda y los primeros fundamentos de su ideología, pues, objetivamente, “enseñaba no para la escuela, sino para la vida”³⁷⁷; a partir de que Adalberto se integró a la escuela primaria, Veracruz había sido penetrado por una nueva corriente educativa encabezada por Enrique Rébsamen, Enrique Laubscher y Carlos Carrillo, y que muy pronto se propagó por todo el cantón. Este nuevo método era revolucionario, pues se intentó que los maestros no recargaran la memoria de los alumnos con datos triviales y detalles inútiles; se pretendía que la educación primaria fuera el elemento que trajera paz y orden a la nación, hacer de México una nación verdaderamente integrada. Para su fin, la educación pública se uniformó y se centralizó. Además, se le dio mayor importancia a la enseñanza de la historia para afianzar el culto a los héroes y, con esto, emularlos. Muy pronto, la educación veracruzana se imbuyó de esta nueva corriente.

La escuela Cantonal marcó a Adalberto Tejeda en varias formas. En Chicontepec, recibió como instrucción elemental: lengua materna, moral práctica, instrucción cívica, caligrafía, aritmética, geografía, historia universal, ciencias naturales, francés, inglés, dibujo, música –sus pasatiempos favoritos llegaron a ser la ejecución del violoncello y la equitación³⁷⁸-, canto y gimnasia. Gracias a

³⁷⁴Ibid., p.38.

³⁷⁵Ibid., p.39.

³⁷⁶Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.301.

³⁷⁷Ibid.

³⁷⁸Romana Falcón, 1977, op. cit., p.32.

la reforma en la educación, aprendió a leer y escribir de forma simultánea. Con ello, Tejeda siempre estuvo convencido que la primera reforma, la prioritaria, debía ser la educativa; sin un elevado nivel cultural, los trabajadores no podrían transformar su vida. Antes que nada –según lo recalca el mismo Tejeda- se necesitaba una reorganización moral y educativa del cuerpo social.

A la escuela Porfirio Díaz asistían muchachos de todos los estratos de la sociedad de Chicontepec. Allí, Tejeda convivió con varios de sus correligionarios, principalmente los hermanos Enrique y Emilio Meza Llorente, que lo acompañarían más tarde en las armas. Pero, sin lugar a dudas, mucho más trascendental fue el hecho de que, a través de esta pequeña escuela, Tejeda tuvo la oportunidad de tratar con muchos de los humildes campesinos que más tarde formarían sus huestes.

Careciendo el poblado de escuelas de segunda enseñanza, buscó continuar sus estudios en la ciudad de México. Aproximadamente a la edad de 9 años quedó huérfano de padre –sin embargo, la influencia ya había sido asentada-, con este acontecimiento su madre se hizo cargo de la familia, y un tío, el sacerdote Miguel Tejeda, lo ayudó a estudiar ingeniería civil en la capital del país.³⁷⁹ Aquel Adalberto que había visto pasar los días en una tienda de un pequeño pueblo, aislado, ajeno al tiempo, también conoció de cerca muchas historias de su padre, sus tíos y la autoridad patriarcal de su abuelo; sabía de los viajes que habían emprendido los Tejeda, que había un mundo más allá de Chicontepec, los cargos políticos que habían ejercido, el comercio, la superación y el progreso intelectual.

Con la muerte del padre, los ingresos de Eutiquia disminuyeron y la familia tuvo que trasladarse a la ciudad de México en busca de mejores oportunidades.³⁸⁰ Adalberto ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria y, después de ésta, cursó la carrera de ingeniero –sin descuidar un solo momento su formación humanística basada en teorías socialistas, anarquistas y en el cooperativismo muy en boga en esos días-; sin embargo, la falta de recursos económicos le impidió conseguir el grado, por lo que tuvo que volver a Chicontepec para trabajar como deslindador de las tierras de los latifundistas. Influido por los círculos estudiantiles antiporfiristas de la ciudad de México y su trabajo –a través del cual conoció de cerca los problemas de su

³⁷⁹Matías Hiram Lazcano Armienta, *Adalberto Tejeda, caudillo revolucionario*, [en línea], Revista Clío, número 8, 8pp. (33-40), México, Revista de la Facultad de Historia de la Universidad Autónoma de Sinaloa, febrero-mayo de 1993, dirección URL: http://historia.uasnet.mx/Revista_clio/Revista8/6_Adalberto_LazcanoArmienta.pdf, [consulta: 8 de noviembre de 2012].

³⁸⁰Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.302.

comunidad y el despojo de tierra que llevaban a cabo los mestizos adinerados en contra de los indígenas-,³⁸¹ muy pronto buscó que *la bola* se topara con él.

En la ciudad de México, Adalberto entabló lazos con los Tejeda Perdomo, descendientes del segundo matrimonio de su abuelo Francisco. En los azares de la vida, conoció a su tía María Tejeda Perdomo, se enamoraron y ni los lazos sanguíneos pudieron evitar que en 1911 se casaran. A los 28 años de edad, debido a la difícil situación económica que atravesaba, tuvo que volver, junto con su esposa, a la Huasteca veracruzana.³⁸²

Sabedor de las carencias de su estado, Tejeda tomó partido en favor de los indígenas porque muchos de ellos no podían defenderse, carecían de los medios para pagar por justicia, no sabían leer ni escribir y ni siquiera hablar español; consciente de la situación deplorable por la que atravesaban, Adalberto se convierte en simpatizante del movimiento revolucionario encabezado por Francisco I. Madero. Por si fuera poco, Veracruz destacó, desde temprano, por establecer los cimientos para que ahondara, como en pocos puntos del país, el cauce social de la Revolución.

A pesar de sus ideas progresistas, su formación y simpatías con el ideal revolucionario, al triunfar el maderismo, Adalberto todavía no había entrado a la Revolución. Al llegar a su pueblo natal, fungió como síndico en el gobierno maderista³⁸³, pero el asesinato del presidente Madero radicalizó las condiciones y, de inmediato, el huertismo llegó a Chicontepec; depuesto el ayuntamiento revolucionario, Tejeda fue estrechamente vigilado por los huertistas, su casa fue saqueada. La única preocupación de Tejeda era poner a salvo a su familia, por lo que los instaló en el puerto de Veracruz.³⁸⁴ Esta vez, para como estaban las cosas, ni el círculo familiar impediría que se uniera a la lucha armada.

En 1912, cuando Tejeda estaba por asumir el cargo maderista de síndico, las huastecas se encontraban sumidas en una profunda confusión por la cantidad de pequeñas bandas que merodeaban el campo. Era el momento propicio para deshacerse de quienes estaban en el poder y transformar las condiciones de opresión.

Conforme pasaban los meses, los constitucionalistas tomaba cuerpo y Tejeda no pretendía quedarse fuera del grupo, comenzó en este pequeño escenario de efervescencia su vida

³⁸¹ Soledad García Morales, op. cit., s/páginas.

³⁸² Romana Falcón, 1986, op. cit., p.43.

³⁸³ Humberto Musacchio, *Milenios de México-Diccionario enciclopédico de México*, Italia, Diagrama Casa Editorial, 1999, tomo II, pp.2958 y 2959.

³⁸⁴ Romana Falcón, 1986, op. cit., p.46.

revolucionaria: desde 1911 había ingresado a los “*Voluntarios de Chicontepec*” dentro de las huestes maderistas.³⁸⁵ Para el 2 de diciembre de 1913, ya alistado bajo las órdenes del general Alfredo Aburto Landero –originario de Ixhuatlán-, emprendió la marcha a Chicontepec para luchar contra las tropas del usurpador Huerta.³⁸⁶ Meteóricamente, se iniciaba en las armas como capitán primero de caballería al mando del escuadrón montado de los “*Voluntarios*” que, junto con las fuerzas de los generales Agustín Galindo y Daniel Cerecedo Estrada, lograba reunir cerca de 2 000 hombres.

La Huasteca, heredera de la combatividad de los indígenas desposeídos, ya se había vestido de rojo con anterioridad. Para entonces, Chicontepec era territorio huertista al mando del mayor Manuel Vázquez, pero las fuerzas carrancistas lograron el repliegue de los federales. La tarde del 2 de diciembre, en un intento desesperado, el mayor Manuel Vázquez, se retiró hacia Tantoyuca con un ejército severamente diezmado. El general Cándido Aguilar –el principal jefe revolucionario de Veracruz-, desde octubre de 1913, había creado, por órdenes de Carranza, la División de Oriente para coordinar a las múltiples fuerzas rebeldes que operaban en las huastecas -la que muy pronto se convertiría en la única pieza capaz de conferir cierta unidad y coherencia a la Revolución en todo Veracruz, por la unión estrecha que se dio entre Aguilar y el “*Primer Jefe*”.³⁸⁷ Dos meses después, Tejeda ingresó a la División de Oriente junto con el radicalista Heriberto Jara en lo que prometía ser la síntesis del fermento revolucionario veracruzano y el núcleo político que lograría el dominio absoluto de esa entidad.

Como sucedía regularmente, los triunfos eran efímeros y Chicontepec cambió varias veces de manos en los días siguientes. Pero, gracias al valor demostrado en la guerra de Chicontepec e inmediaciones, Adalberto Tejeda fue nombrado comandante de la plaza de su pueblo natal, nunca más Chicontepec pasaría a manos enemigas.³⁸⁸ Por fin, cargado de radicalismo, y de manera oficial, Tejeda se incorporaba, con una carrera ascendente, a la Revolución.

La región oriental del país, donde está el puerto de Tampico, había figurado como uno de los principales objetivos del carrancismo debido a su importancia estratégica –por aquí cruzaban las rutas de comercialización del petróleo- y que constituía la vía de salida principal al Golfo de México, así como una importante vía hacia la capital del estado y hacia el centro del país. Esta

³⁸⁵Romana Falcón, 1977, op. cit., p.32.

³⁸⁶Romana Falcón, 1986, op. cit., p.43.

³⁸⁷Carmen Blázquez Domínguez, *Breve historia de Veracruz*, México, FCE-COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 2000, p.184.

³⁸⁸Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.303 y 304.

zona, además, era petrolera y los carrancistas, conocedores de la importancia *—de vida o muerte—* que tiene el petróleo para mover a los ejércitos, formaron un cinturón en torno de ella. La División de Oriente ganaba cada vez más brillo y a la gloria militar le siguió el ascenso político: Cándido Aguilar fue designado gobernador y comandante militar de Veracruz.³⁸⁹

Pero, a Adalberto Tejeda y a la movilización que surgió en 1910 en Chicontepepec no se les puede entender tomando únicamente en cuenta los sucesos del estado de Veracruz, esa *unidad* es, todavía, muy general y corre el riesgo de simplificar los hechos históricos. Como excelsamente lo planteara Romana Falcón: “para comprender el trasfondo social que permitió a Tejeda iniciarse como revolucionario, a fin de caracterizar su movimiento y de aquilatar su originalidad como dirigente, es imprescindible arrojar luz sobre sus pares.”³⁹⁰

En efecto, para comprender la profundidad y la singularidad del movimiento tejedista —y en general, de “las revoluciones locales”— se vuelve decisivo el papel que la sociedad de Chicontepepec, en su conjunto, estaba jugando. Los otros dirigentes de la región —como Vicente Salazar, Francisco de Paula y Nicolás Mariel, Manuel Peláez y Pedro Antonio Santos— llevarían a cabo procesos igual de importantes que el que Tejeda desarrollaría en su zona natural de influencia; en cada una de estas *microsociedades* estaba ocurriendo algo decisivo para su futuro inmediato: la lucha no se desarrollaba únicamente contra el viejo orden. No se trató sólo de la lucha de los más desamparados, de los campesinos burlados y desposeídos, de los obreros oprimidos o de los indígenas hartos de la miseria y la marginación —que efectivamente sí existía—; no fue sólo una guerra contra quienes los habían desamparado, los habían burlado y desposeído, quienes los oprimían, los mantenían en la miseria y los marginaban —esto será decisivo en el devenir de los acontecimientos a nivel local, pero sobre todo, para nuestro interés específico, a nivel nacional. En suma, no se trata únicamente de describir las rupturas —que de hecho existen— con el viejo orden porfirista, sino más bien, es un intento por describir y entender las continuidades entre el viejo y el nuevo régimen. En otras palabras, creemos que, en efecto como lo plantearon muchos estudiosos de la cuestión regional, en esta etapa se destruía en la medida que se conservaba y se conservaba en la medida que se construía. Visto así, la Revolución en Veracruz dista mucho de ser lo que “oficialmente” se ha planteado.

³⁸⁹Romana Falcón, 1986, op. cit., p.43.

³⁹⁰Ibid., p.48.

Estas sociedades, por completo, se levantaron en contra del viejo orden, los campesinos e indígenas formaron alianzas *-desde abajo-* de todo tipo con *“la crema y nata”* de la localidad. Muchos movimientos disimiles, particulares, específicos, únicos, pero que en esencia buscaban el mismo fin en la medida que presentaban las mismas tendencias y patrones, surgieron por todos los rincones de Veracruz –y de la República Mexicana-; los caciques de siempre comenzaron a hondear la bandera de la Revolución y se autoproclamaron revolucionarios; la excelente visión y capacidad de estos hombres para reclutar a los que *nada tienen y por eso nada han de perder* es la prueba más fiel de lo que estamos exponiendo: las raíces más profundas de dominación tradicional se hicieron presentes -como antaño, *el que tiene más indios es el más rico*, en la esclavitud, a la siembra de una tierra de la que no gozaban, la construcción de caminos que no usaban, mandados, como bestias de carga- y esta vez servían como la fuerza de las tropas militares que acompañaban a los caciques.

De esta manera, los principales impulsores de la caída de Díaz, de Huerta, de Carranza y de quienes constituían el nuevo orden, fueron, increíble y contradictoriamente, los que se habían beneficiado de ese viejo orden: los hacendados opulentos, los ricos propietarios acaparadores de tierra, los funcionarios arbitrarios e inamovibles. A la inconformidad y el hartazgo, se unió la dominación tradicional: lazos de afinidad tan profundos como endeble. Mucha de la historia revolucionaria inmediata de estos pueblos y de sus líderes regionales sería marcada por estas alianzas *desde abajo*.

Las fuentes básicas del financiamiento revolucionario en la Huasteca eran los particulares. Muchos líderes revolucionarios huastecos, como el mismo Adalberto Tejeda, se encargaron de mantener económicamente a su tropa³⁹¹ y para ello se valían de todo lo que estuviera a su alcance –incluso, más la excepción que la regla, los líderes cobraban a los indígenas la defensa que hacían. El mismo Alfredo Aburto Landero -por quien Tejeda se integró a la Revolución-, Alfonso Blanco, Agustín Galindo y Vicente Salazar habían reunido y donado parte de su peculio a la causa revolucionaria.

El origen pudiente de los revolucionarios huastecos no era casualidad. Muy pocos recursos fluían del mando central del carrancismo hacia sus partidarios en estas remotas localidades. De allí que, solamente aquellos con recursos y contactos sociales suficientes pudieran, primero, reunir sus propias milicias; segundo, sobrevivir; tercero, estar al tanto de la Revolución en otras zonas tan alejadas como la suya y; cuarto, saber aprovechar las oportunidades que la guerra brindaba.

³⁹¹Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.303.

Características, por lo demás, encuadradas en la formación de Adalberto Tejeda: la tienda de su madre le había permitido entrar en contacto con indígenas, productores y comerciantes, haciéndolo un personaje bien conocido en la región. Su carrera le daba la educación que le permitía romper con la barrera geográfica y cultural de su pequeño pueblo minero. Por el lado paterno, era hijo de un jefe político y de una familia de peso económico, político e intelectual.³⁹² Adalberto Tejeda ensalzaba las credenciales de los jefes revolucionarios huastecos para sobresalir en la Revolución y llevar a Chicontepec por los senderos donde consideraba que una revolución debía orientarse. Gracias a esa vocación se alejaría de muchos de sus pares huastecos, pero también esa misma vocación lo acercaría a muchos otros.

Por si esto fuera poco, a la promisorio figura revolucionaria de Adalberto Tejeda se le sumó la fuerte tradición de lucha agraria que tenían los indígenas de su zona y que entrañaban lo que más tarde sería el programa tejedista: reparto de tierras, anticlericalismo, respeto a la estructura política indígena, reconocimiento de sus propias autoridades y defensa nacionalista frente a la avasalladora presencia norteamericana. El estallido de la Revolución en esta región fue alimentado por el malestar –ante la pobreza y la escasez, la miseria y la humillación- y la combatividad agraria -Veracruz ha sido caracterizado por ser un centro de radicalismo mexicano. Será, precisamente, Adalberto Tejeda quien abrace la causa del agrarismo indígena.³⁹³

Para julio y agosto de 1914, justo en el debacle huertista, Adalberto Tejeda dirigió una expedición sobre la sierra de Huayacocotla y Zacualpan obteniendo la rendición y el desarme de 700 federales.³⁹⁴ El originario de Chicontepec se encontraba en una etapa de euforia en la que ascendía rápidamente. En esos meses, Aguilar le confirió el nombramiento de mayor de caballería y, de acuerdo a las victorias, el 2 de agosto, Cándido Aguilar le dio un puesto clave en la estructura de poder en Veracruz al hacerlo jefe de su Estado Mayor³⁹⁵. Doce días después, y a propuesta del gobernador veracruzano, Carranza lo nombró coronel de caballería, su máximo título en activo.³⁹⁶ A partir de entonces, el coronel contó con los contactos suficientes para ir tejiendo su red de relaciones políticas que lo colocarían como el personaje más destacado de Veracruz en la década de 1920 y 1930.

³⁹²Romana Falcón, 1986, op. cit., p.53.

³⁹³Ibid., p.55.

³⁹⁴Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.304.

³⁹⁵Humberto Musacchio, op. cit., p.2958 y 2959.

³⁹⁶Romana Falcón, 1986, op. cit., p.62.

Adalberto Tejeda había recibido la influencia de su lugar de nacimiento, a través de sus padres, maestros, vecinos, amigos, compañeros de la escuela Cantonal Porfirio Díaz, su preparación en la ciudad de México, los círculos antiporfiristas, los lazos que entabló con Heriberto Jara y con Cándido Aguilar –de especial importancia, pues desde 1914 en que se le designó gobernador, promulgó una legislación obrera muy avanzada, cimentó un gran movimiento campesino y desató un fuerte anticlericalismo por todo el estado, que se volvería una verdadera pasión para Tejeda-, el particular tinte que tomó la Revolución en Veracruz, el socialismo y el cooperativismo en boga, su seriedad y responsabilidad, su alejamiento de los rancheros huastecos como Francisco de Paula y Nicolás Mariel, Pedro Antonio Santos, Manuel Peláez y Vicente Salazar, que no pocas veces intentaron detener el avance social de la Revolución y hacer de ella una mera renovación política de élites.

Para estos momentos, el coronel Tejeda era reconocido como uno de los más prominentes revolucionarios de Veracruz por lo que, derrotado Victoriano Huerta, asistió a la Convención de Aguascalientes en representación de sus fuerzas revolucionarias de su estado. Sin embargo, la convención nacional de las fuerzas revolucionarias de 1914 no pudo evitar la escisión entre los revolucionarios: esta vez los bandos se definieron entre, por un lado, Zapata y Villa y, por el otro, el constitucionalismo del *Primer Jefe*.

De estas resoluciones surgieron complejas, variadas y cambiantes coaliciones en las que los líderes de las huastecas se vieron inmersos. El 3 de noviembre de 1914, Cándido Aguilar y Tejeda juraron lealtad a Carranza. Con ello, en los azares de la lucha de facciones, Tejeda pudo romper con su estrecho marco huasteco y acercarse como nunca antes, aunque de manera secundaria, al *Primer Jefe* y, posteriormente, presidente constitucional.³⁹⁷

Las pretensiones del carrancismo por establecer un gobierno nacional tuvieron un fuerte eco en las huastecas. El coronel Tejeda se mantuvo al margen de las luchas decisivas entre el villismo y el carrancismo, pues, como jefe del Estado Mayor de Cándido Aguilar, dedicó su energía a labores políticas. No fue sino hasta el verano de 1915 cuando, en el norte de su estado, logró que los villistas se retiraran de Tantoyuca. Para agosto de 1915, el *Primer Jefe* pudo retirarse del puerto de Veracruz y establecer su gobierno nacional en la ciudad de México.

³⁹⁷Ibid., p.63.

Sin embargo, a pesar del triunfo de Venustiano Carranza, el gran reto centralista seguía latente: el gobierno no lograba un verdadero control militar a lo largo y ancho del país y muchos grupos, con miles de hombres diseminados por todo México, seguían levantados. En Veracruz, seguían en pie algunos reductos villistas de Vicente Salazar. Pero más importante que este hecho fue el auge que alcanzaron las fuerzas de Manuel Peláez y de las que el coronel Tejeda, junto con Higinio Melgoza, Azuara, Lárraga y el coronel Josué Benigno, tuvo que encargarse a partir de 1915, cuando nació su segundo hijo, Luis, y trasladó a su familia a la ciudad de México.³⁹⁸

Decidido a someter los reductos rebeldes, desplegando una campaña por el norte de Veracruz, Tejeda comenzó a mostrar su postura frente a las compañías extranjeras que extraían el petróleo de su estado: quería recuperar, para la nación, la riqueza natural. En ello, Sixto Adalberto sólo era un ápice en Veracruz de lo que el *Primer Jefe* ya disponía desde el centro: modificar, en detrimento de las empresas extranjeras, las condiciones legales y políticas en las que venían operando con grandes ventajas. En Veracruz, la acometida hizo florecer al pelaecismo. Acorraladas, las compañías voltearon hacia Manuel Peláez como su “protector” ante los avances del pillaje y las fuerzas constitucionalistas.³⁹⁹

Para finales de 1915, ya como coronel, Tejeda fue designado jefe de Operaciones Militares en la Huasteca veracruzana.⁴⁰⁰ A través de este nombramiento, Tejeda logró la cohesión y la estructuración interna de su grupo: la relación de las diferentes partidas con el coronel, sus formas de financiamiento, la composición social de sus huestes y de sus dirigentes, así como su integración a la Revolución en el resto del país. Todo ello se tradujo en los cimientos y la personalidad política de su carrera.

Para la primera semana de 1916 ya había desalojado a Peláez del campo petrolero El Potrero del Llano, así como de Álamo, Castillo y Temapache. El 4 de enero logró abatir grupos rebeldes en Tuxpan y el 9 logró arrebatar Tantoyuca a los rebeldes de Vicente Salazar.⁴⁰¹ Estaba viviendo su momento de gloria como pacificador veracruzano, cuando los encargados de la misma empresa en Tamaulipas recomendaban concertar sus acciones con las de Tejeda. Aumentó, entonces, la confianza del gobierno federal en sus dotes como pacificador: se le envió, junto con su ejército

³⁹⁸Ibid., p.66.

³⁹⁹Ibid., p.67.

⁴⁰⁰Matías Hiram Lazcano Armienta, op. cit., s/páginas.

⁴⁰¹Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.305 y 306.

indígena –movilizado por la eterna promesa de tierras-, a apaciguar rebeldes a la sierra de Puebla y se le confió la misión de tomar parte en las pláticas de rendición de Pablo González.

Pero, para su desgracia, después de su fortuna en las campañas anteriores, y hasta después de marzo de 1917 en que el coronel se retiró del campo de batalla, no logró los resultados esperados –ante una guerra muy difícil, agotadora, desesperante, sin apoyos y que no parecía tener fin- e, incluso, inició la desbandada, en la que el mismo Manuel Peláez participó, del bando carrancista para unirse a los nuevos vencedores. Adalberto Tejeda supo desde un principio, y en los albores del Congreso Constituyente de 1916 –al cual fue llamado como diputado electo y no pudo asistir⁴⁰² por encontrarse pelando, bajo las órdenes de Aguilar, contra los rebeldes en Santa Cruz de Juárez⁴⁰³-, a qué bando debía rendir sus fuerzas en los azares de la guerra. Así, el 10 de febrero de 1917, por orden directa de Carranza y ante el eminente salvajismo del pelaecismo, Tejeda volvía a ocupar la jefatura del Estado Mayor de la primera División de Oriente para continuar, de lleno, con la dura tarea de pacificación.⁴⁰⁴

Sin embargo, su activa vida militar dio un súbito viraje cuando, en abril de 1917, tuvo que entregar el mando de la división a su amigo -y destacado antiporfirista de la más radical estirpe- Heriberto Jara, para ser electo senador⁴⁰⁵ –donde inmediatamente empezó a manifestar sus ideas jacobinas sobre las concesiones a las compañías petroleras extranjeras.⁴⁰⁶ En adelante, su vida se desarrollaría en la comodidad de la ciudad de México. Entonces, se despedía de sus días de campaña en la Revolución.⁴⁰⁷

ii. Las bases sociales del tejedismo.

Desde que servía en campaña, Tejeda contrajo alianzas para desarrollar las bases de poder que finalmente lo encumbrarían como el hombre fuerte de Veracruz. Según Romana Falcón y Soledad García, fue en los años antipelaecistas que el coronel constituyó un grupo que giraba en torno a dos tipos de alianzas, con estilos y lealtades políticas que se diferenciaban y complementaban entre sí. Por un lado, tuvo a sus pares: profesionistas como los hermanos Emilio y Enrique Meza Llorente, comerciantes de solvencia económica como Agapito Barranco, y otros jóvenes de la clase

⁴⁰²Humberto Musacchio, op. cit., p.2958 y 2959.

⁴⁰³Heather Fowler Salamini, "Caudillos revolucionarios en la década de 1920: Francisco Múgica y Adalberto Tejeda", *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, cuarta reimpresión, p.226.

⁴⁰⁴Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.306.

⁴⁰⁵Humberto Musacchio, op. cit., p.2958 y 2959.

⁴⁰⁶Heather Fowler Salamini, op. cit., p.226.

⁴⁰⁷Romana Falcón, 1986, op. cit., p.71.

media lugareña, como Samuel Kelly Cano; en el otro extremo, y ello sería lo distintivo y socialmente profundo, el tejedismo fue una movilización de pueblos indígenas que nunca formaron parte de una estructura militar jerarquizada. Para ello, Tejeda no sólo aprovechó bien su influencia familiar y de clase, sino que además, mostró una sensibilidad y genuino interés por resolver las difíciles condiciones de estos campesinos, y por establecer alianzas sólidas con los líderes naturales de los grupos étnicos que, de acuerdo a sus tradiciones, surgían de sus entrañas.

Con la tierra como el núcleo de su vida política, Tejeda buscó relacionarse con líderes indígenas - autoridades tradicionales que se organizaban en un sistema de poder piramidal- como Higinio Melgoza de Santa María Ixcatepec, Joaquín Vera y Enrique Cristóbal de Tepetzintla, José Guadalupe Osorio de Chicontepec, Carolino Anaya de Misantla y Juan Paxtían de San Andrés Tuxtla, fueron quienes cimentaron las bases sociales del tejedismo y las que, en mayor medida, hicieron de este movimiento una continuación de cacicazgos indígenas. El acierto de Tejeda fue respetar a las autoridades tradicionales de los grupos indígenas, tener la sensibilidad para entender las peculiaridades de estos núcleos y sus milicias, y su capacidad política para moverse en ese medio, con lo que demostró que consolidar una base de apoyo con estos grupos es todo un arte, forjado desde aquellos días, ajenos al tiempo, de estudio en la primaria Porfirio Díaz y en la pequeña tienda de las hermanas Olivares López.⁴⁰⁸

Como en casi todo México, el reparto de tierras en Veracruz durante la etapa preconstitucional fue moderado. Carranza nunca fue un agrarista entusiasta, pero el 6 de enero de 1915, para deslegitimar al zapatismo, promulgó una ley agraria de mayúscula trascendencia. La ley ordenaba la restitución de tierras a través de las autoridades locales –principalmente jefes militares-, pero sólo de manera provisional, pues sería una comisión nacional la encargada de definir las solicitudes de tierra. Adalberto Tejeda llevó a cabo una notable labor de restitución de tierras a las comunidades indígenas –por ejemplo, durante su tarea pacificadora en 1916, y como jefe de Operaciones Militares de Tuxpan, repartió 35 000 hectáreas a los ejidatarios.⁴⁰⁹ Al restituir las tierras, Tejeda ponía en evidencia un firme agrarismo y daba respuesta a uno de los más graves malestares que plagaban su zona. Con ello, además, tendía un puente que explica su lucha y nos arroja una razón más del porqué los humildes campesinos formaron las huestes de su

⁴⁰⁸Ibid.

⁴⁰⁹Romana Falcón, 1977, op. cit., p.32.

movilización. Dicho de este modo, se lograba cimentar la base social del tejedismo y la ascendencia personal del coronel en la región.⁴¹⁰

Higinio Melgoza fue el caso más representativo de la fuerza campesina del tejedismo. Sin lugar a dudas, Melgoza fue uno de los hombres más cercanos y de mayor confianza para el coronel de Chicontepec. A este jefe de Santa María Ixcatepec, como en general ocurría en las alianzas de lealtad y autonomía, Tejeda le permitía, naturalmente, una enorme libertad política dentro de sus pueblos e incluso sobre los territorios aledaños. Cuando Tejeda se traslada a la ciudad de México como senador, Melgoza entabla una relación con un jefe totalmente antagónico al coronel Adalberto, Nicolás Mariel, pero con sensibilidad a los males de los indígenas -¡hasta había aprendido náhuatl para profundizar sus nexos con las congregaciones!

Con esto, de inmediato, Heriberto Jara encontró oposición a sus decisiones como jefe de la Primera División de Oriente por la actitud que Melgoza había asumido desde que se declaró a las órdenes del general Mariel. Para Jara, estos líderes debían formar parte del ejército regular, pero difícilmente estos hombres accederían a dejar sus propias comunidades. Muy pronto pidió a la Secretaría de Guerra que se retirara a Melgoza del territorio, pero consciente de su importancia como mediador con las comunidades indígenas, urgió para que se le sustituyera con otro jefe indígena adepto a sus órdenes -del gobierno central- y no representara un peligro. Sin embargo, Melgoza ya era muy poderoso en su zona de operaciones y resultaba imposible para Jara poder moverlo, pues se corría el peligro de perder el nexo estabilizador de Santa María Ixcatepec – y, en cierta forma, de los territorios aledaños-, por lo que Melgoza se mantuvo en activo.⁴¹¹

Las autoridades de la ciudad de México ocupaban en estos momentos un lugar secundario y bajo estas condiciones, la figura de Adalberto Tejeda cobra singular importancia. El coronel chicontepecano era el enlace entre la región y el centro, dos mundos tan alejados geográfica, política y culturalmente. El signo más evidente de su independencia local fueron, precisamente, estas milicias campesinas lo suficientemente fuertes –alrededor de 20 000 hombres armados- para tener dominio del territorio y ser potencialmente peligroso.⁴¹²

El ejército particular de Adalberto Tejeda nunca formó parte de un cuerpo militar, jamás pudo disponerse de estos hombres como si fueran parte de un ejército regular, moviéndolos a donde

⁴¹⁰Romana Falcón, 1986, op. cit., p.90 y 91.

⁴¹¹Ibid., p.74.

⁴¹²Ibid., p.188.

fuera conveniente, retirándolos de la zona de donde eran oriundos, ni mucho menos cambiándolos de oficial; antes bien, formaban un conglomerado de soldados que debían su lealtad personal a determinado oficial que los había reclutado, que los conocía personalmente, y del cual esperaban protección. De hecho, cabalmente, el grupo tejedista, más que un grupo cohesionado internamente, eran una serie de personajes con sus propios seguidores y con relativo aislamiento entre sí. La cooperación que se brindaban sólo era aquella que giraba alrededor de Tejeda y, por esta razón, su unidad política y militar dependía de un equilibrio inestable –como en el caso potosino, su fortaleza era, al mismo tiempo, su más grande debilidad. Las relaciones que el coronel había tejido eran como en, prácticamente, al menos de principio, todos los cacicazgos informales y el verdadero cemento era la ascendencia que Tejeda tenía con cada uno de los líderes. Las debilidades intrínsecas de este tipo de alianzas muy pronto comenzarían a cobrar factura por las rivalidades latentes;⁴¹³ sin embargo, el coronel sabría modificar su circunstancia.

Tejeda, conocedor de las rivalidades, declaraba que uno de los principales obstáculos para la estabilidad y el control gubernamental sobre la Huasteca veracruzana era, precisamente, estas pugnas en el seno de su grupo, pues, más allá de la figura personal de los líderes, las pugnas enfrentaban, en la mayoría de las ocasiones, a los habitantes de los poblados y los municipios veracruzanos. Ni siquiera Tejeda estuvo exento de estas rivalidades entre los líderes.

A Adalberto lo perseguía una sombra. No de Manuel Peláez –a quien dedicó gran parte de su tiempo en campaña-, sino de Francisco Mariel con quien libró una lucha sin cuartel. Maderista, antihuertista y carrancista como él, Mariel había amasado un creciente poder durante la ausencia del chicontepecano como senador y, según el mismo coronel, “Mariel rayaba en los excesos de robar maíz en municipios veracruzanos para darse abasto como comerciante” -además de que llegó a extender su influencia sobre Chicontepec. A esto, Tejeda trató de ejercer presión sobre el gobernador Aguilar para que sacara a Mariel de la zona, pero el poder de Carranza impidió que esto sucediera –Mariel había sido protegido del *Primer Jefe* desde 1914. La obsesión de Tejeda por acabar con el poder de Mariel llegaría a los extremos, cuando Mariel mandó a asesinar a uno de los personajes más cercanos a Tejeda: el jefe indígena de Tepetzintla, Joaquín Vera.

Con estos acontecimientos, resulta fácil pensar que las tensiones no cedieron en la Huasteca, y para desgracia de Adalberto, su lejanía, viviendo en la ciudad de México, provocó que perdiera cada vez más terreno. Ello alimentó las razones que le llevaron a empuñar las armas en 1919

⁴¹³Ibid., p.79.

contra Carranza en los albores de la sucesión presidencial de 1920. En Tlaxcalantongo se cerró una etapa de la historia de México, se encumbró al coronel chicontepecano y se destruyó a Mariel; la situación, esta vez, estaba inclinada en favor de la dinastía de los sonorenses y, por lo demás, Tejeda supo elegir muy bien su nuevo bando.⁴¹⁴

Como en pocos puntos del país, en Veracruz se sintió fuertemente un aire de renovación gracias a la efervescencia de los trabajadores y al interés de los jefes revolucionarios por consolidar su base popular, todo al cobijo de tintes ideológicos de corte socialista y anarquista. Tejeda, por ejemplo, como otros jefes revolucionarios, buscó que el poder que la Revolución estaba generando echara raíces entre los sectores más amplios de la población. La coyuntura proporcionó que las transformaciones sociales que se habían propuesto empezaran a tomar forma a lo largo y ancho del país. Fue en Veracruz donde Carranza se refugió durante la lucha de facciones y fue, precisamente, ahí donde fueron tomando cuerpo las cláusulas que habían iniciado el movimiento en 1910: reforma agraria y mejoramiento de las condiciones del trabajador, así como garantías a su actividad política y organizativa.

Como tantos otros *jefes natos*, Adalberto Tejeda contribuyó, en un principio a su escala y en sus posibilidades, a que las directrices sociales permearan en su zona de influencia. En los rincones más apartados del México de entonces, el peso de las autoridades nacionales, e incluso de las estatales, no se dejaba sentir. Los jefes de armas se convertían en las únicas y verdaderas fuentes de poder. Tal autonomía permitió a Tejeda llevar a cabo transformaciones sistemáticas en la sociedad veracruzana. Ello fue posible gracias a que logró cultivar la confianza y la estimación de las máximas figuras en la entidad: Cándido Aguilar y Heriberto Jara. Como jefe del Estado Mayor de Aguilar, logró ampliar su círculo de amistades y relaciones políticas entre los revolucionarios de Veracruz. Incluso llegó a tener contacto con el *Primer Jefe* y su séquito de seguidores. Cuando Aguilar se encontraba en campaña, Tejeda logró ser el conducto a través del cual se informaba al gobernador sobre los posibles brotes de villismo y en general de todas las cuestiones políticas de la entidad, siempre con un objetivo: romper su estrecho marco huasteco y fortalecer sus lazos con revolucionarios de todo orden. Para ese momento, las huastecas seguían en pleno hervor y las condiciones de asolamiento sentenciaban hambre y miseria; bajo esas condiciones, Tejeda logró fortalecer su figura al salir en auxilio de la población de su región abandonada por la guerra, la falta de siembra, el bandolerismo y el enriquecimiento de las compañías petroleras extranjeras.

⁴¹⁴Ibid., p.81 y 82.

Por esos días, el coronel chicontepecano llamó la atención de Aguilar y Jara sobre las difíciles condiciones de “la olvidada Huasteca veracruzana” y sobre una potencial segregación de las regiones huastecas de Veracruz, San Luis Potosí e Hidalgo para formar un “estado huasteco”; dos aspectos lo obsesionaban: poner obstáculos a la vorágine de las empresas petroleras y regresar a las comunidades indígenas sus tierras o dotarlas de otras. Al tiempo, los esfuerzos de Tejeda dieron fruto: Aguilar, ya como yerno de Carranza y con todos los hilos de la política veracruzana en sus manos, instó al gobernador interino, Heriberto Jara, a que atendiera el plan rector del coronel de Chicontepec para que, nombrándolo “representante del gobierno del Estado” en la región, remediara, a través “del conocimiento que tiene de las comarcas en cuestión”, la posible “amputación territorial del estado”.⁴¹⁵

Inmediatamente después de haber sido nombrado representante del gobierno en la región, Adalberto Tejeda comenzó, con mano libre, su organización política y administrativa. Asumido como el intermediario entre el gobierno y los segregacionistas, el coronel resultó sumamente fortalecido con el papel que estaba jugando. Entre los principales promotores del nuevo estado huasteco se encontraban Enrique Meza Llorente –su gran amigo desde los años en la primaria y su suplente ante el Congreso Constituyente de Querétaro- y Benito Ramírez. Por esos días, al coronel Tejeda se le había encargado la agotadora tarea de pacificar a las huastecas, por lo que sus amigos y dependientes tuvieron que detener su proyecto separatista ante el inminente riesgo que una división territorial representaría para los intentos de paz. Con este triunfo, Adalberto Tejeda se convertía en uno de los puntos de apoyo para la dominación de Veracruz: muy pronto el ex jefe del Estado Mayor de Cándido Aguilar comenzó a designar a sus propios candidatos como representantes en la legislatura por parte de la huasteca veracruzana. Fue así como Enrique Meza, Benito Ramírez, Damián Alarcón y muchos otros tejedistas surgieron en sus curules.⁴¹⁶

Como siempre, Tejeda preparó su juego con anticipación. Se distinguió por el tino de sus lealtades: desde 1919, cuando iniciaba su campaña para gobernador –en la que no escatimó esfuerzos al acercarse a personajes políticos clave-, y, sobre todo, en 1920, vislumbró que si tenía alguna posibilidad de escalar en Veracruz, no sería dentro del carrancismo –sabía que por ese camino su futuro era incierto-, sino en las filas del movimiento opositor. Se comprometió con el Plan de Agua Prieta, organizó a obreros y campesinos en apoyo de Obregón, y, en Jalapa, combatió a los carrancistas.

⁴¹⁵Ibid., p.85.

⁴¹⁶Ibid., p.87.

iii. 1920-1930: el hombre fuerte de Veracruz.

Cuando el país amenazaba con volverse a desgarrar, en los últimos días de 1919, siendo todavía un político relativamente desconocido, Adalberto Tejeda lanzó su candidatura a la gubernatura de Veracruz. Sin lugar a dudas, no habría triunfado de no ser, primero, por su excelente lectura de las transformaciones políticas a nivel nacional y, segundo, por la revuelta de Agua Prieta; en otras palabras, por su tino al elegir bando en las contiendas.⁴¹⁷ Como sucedió en muchas otras regiones del país, en Veracruz, el triunfo de los sonorenses aclaró las cosas para el futuro hombre fuerte.

Profundas escisiones fueron madurando en torno a la figura de Carranza. El grupo triunfante manifestaba con claridad una resquebrajadura que, desde el Congreso Constituyente de Querétaro, había establecido profundas divisiones entre aquellos hombres de ideas y letras, los civilistas, y quienes habían empuñado las armas, los militares. Carranza, quien más hizo hincapié en esta distinción, desarrolló una crisis en torno a la sucesión presidencial de 1920. El origen: la imposición de un ilustre desconocido, el ingeniero y embajador de México en Washington, Ignacio Bonillas en la presidencia, algo que el general Obregón –el caudillo más prestigiado de la Revolución- y su grupo sonorense nunca aceptarían.⁴¹⁸

Carranza pensaba que la aguda rivalidad entre los generales causaría trastornos si cualquiera de ellos era favorecido, y que si Obregón lo fuese, los hombres de Pablo González –el tercero en discordia- se levantarían en armas, y declaraba: “no debemos elegir a un militar, sino a un civil, y éste ha de ser un hombre de cultura, de amplia preparación, capaz de resolver los grandes problemas diplomáticos que se nos presentarán”. Esta idea había sido polémica y recibía el apoyo de un buen número de la desorganizada opinión pública civil, pero también había quienes, como los sonorenses, creían que la idea de Carranza significaba *continuismo* y no estaban dispuestos a quedarse fuera.⁴¹⁹

El 1º de junio de 1919, Álvaro Obregón le envió un telegrama al presidente Carranza donde le anunció su deseo de competir por la presidencia de la República –algo que molestó seriamente al *Barón de Cuatro Ciénegas*, pues en sus páginas había muchas referencias a *desaciertos* de su régimen⁴²⁰-; para noviembre ya se encontraba en plena campaña por todos los rincones del país con el fin de tejer alianzas y compromisos con prominentes líderes políticos, funcionarios, jefes

⁴¹⁷ Heather Fowler Salamini, op. cit., p.227.

⁴¹⁸ Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.307.

⁴¹⁹ John W. F. Dulles, *Ayer en México: una crónica de la revolución (1919-1936)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, séptima reimpresión, p.28.

⁴²⁰ *Ibid.*, p.24.

militares y caciques locales esparcidos por todo el país. De hecho, así lo hizo y, muy pronto, se convirtió en un elemento aglutinador de todas las fuerzas progresistas anticarrancistas. Por si fuera poco, el general sonoreense cuidó y preparó tan bien su maniobra que, además, buscó el apoyo de los marginados, de los trabajadores, del Partido Laborista y su líder Luis Napoleón Morones.⁴²¹

Veracruz era un estado de alto valor estratégico, por ello debía ser tratado cuidadosamente. Veracruz, además, se había distinguido porque, durante los años del carrancismo, las fuerzas rebeldes seguían armadas y en pie su lucha contra el gobierno federal. Esta situación fue propicia para que Obregón penetrara con la idea de vencer el continuismo del carrancismo. Para invitar a Manuel Peláez a unirse al obregonismo, se comisionó a un antiguo revolucionario de la Huasteca potosina, Rafael Curiel. Asimismo, Obregón designó a Manlio Fabio Altamirano y al general Celestino Gasca para entablar pláticas con Félix Díaz y sus seguidores. De esta manera, en Veracruz, el caudillo estaba ya en tratos con Manuel Peláez, Félix Díaz, Roberto Cejudo, Pedro y Clemente Gabay, Higinio Aguilar, Gaudencio de la Llave y Luis Medina Barrón. Además, Obregón había logrado el apoyo de un buen número de militares y políticos veracruzanos; como sabía que podría ocurrir un levantamiento armado, puso especial atención en los militares con mando de tropa. Acudió a los jefes de Operaciones Militares para que, beneficiándose de la estructura piramidal que impera en el ejército, éstos sirvieran de enlace en busca del apoyo de sus respectivos generales y jefes. Es deber de los buenos revolucionarios -les decía "el comandante militar más grande de la historia de México"- evitar una imposición planeada.⁴²²

Entre los adeptos que logró el sonoreense en Veracruz se encontraba el coronel Adalberto Tejeda, quien desde muy temprano se instaló en el puerto de Veracruz y convirtió el Hotel México en su cuartel general. Desde allí, realizaba labores anticarrancistas a través de su Club *Sufragio Efectivo*.⁴²³

Tejeda no desperdició un solo momento de la agitación y buscó ganarse parte de la guardia civil y del aparato policiaco. Sus actividades eran del conocimiento del yerno del Primer Jefe y gobernador del estado, Cándido Aguilar, en quien el presidente confiaba para que fuera uno de los principales impulsores de "*Mister Bonillas*"⁴²⁴, como le habían apodado los obregonistas en claro

⁴²¹ Romana Falcón, 1986, op. cit., p.102.

⁴²² John Dulles, op. cit., p.30.

⁴²³ Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.307.

⁴²⁴ También le apodaron "Flor de Té", que, según una canción popular de esos días, era el sobrenombre de una pastorcita abandonada y vagabunda "que ignoraba dónde nació y cuáles fueron sus padres".

tono de burla. Tejeda logró muy pronto hacerse del apoyo de medio centenar de la policía y otro tanto de la guardia civil, bien armados y pertrechados.⁴²⁵ Para el triunfo de los sonorenses, Tejeda, además, tuvo que romper con su antiguo jefe, Cándido Aguilar, –el que habría de ofrecer asilo a Carranza⁴²⁶–, quien día con día veía como el territorio bajo su mando se reducía. Sin embargo, el carrancismo se negaría a morir y el *Primer Jefe*, tratando de repetir su hazaña de 1915, buscaría replegar sus fuerzas en Veracruz.⁴²⁷ Tlaxcalantongo, Puebla, sería testigo de “*cómo muere un presidente de la República*”.⁴²⁸

La situación era amenazante. El gobierno federal había provocado la hostilidad del estado de Sonora cuando, desde 1919, Carranza declaró que el río Sonora era propiedad de la nación y el gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, replicó que pertenecía al estado. El gobernador De la Huerta siguió su lucha contra el gobierno federal –hasta el grado en que Carranza desconoció el gobierno del estado y ordenó que Ignacio L. Pesqueira tomara el cargo de gobernador–; mientras tanto, la campaña seguía en todo su vigor.

El obregonismo dio una muestra de su convicción y combatividad y el día 8 de abril de 1920 publicó un manifiesto donde acusaba a Carranza de haber convertido el Poder Ejecutivo en un “partido político militante” que violaba la Carta Magna de 1917 y de haber impuesto a los gobernadores de San Luis Potosí, Tamaulipas, Querétaro y Guanajuato, violando el deseo popular, y reproducirlo en los próximos comicios federales con la imposición de Ignacio Bonillas. El manifiesto finalizaba con un llamado a la lucha armada en contra de Carranza. El documento fue suscrito por cuatro representantes de Veracruz: Francisco Reyes, diputado por Misantla, Damián Alarcón y Enrique Meza Llorente, diputados por el puerto y el senador Adalberto Tejeda –quien también era socio, desde el 9 de febrero de 1920, del Centro Director Obregonista.⁴²⁹

Fue por esos días que Obregón fue citado a declarar en la ciudad de México sobre el “juicio Cejudo” donde, temiendo por su vida debido a una posible traición del general Calles y perseguido por agentes carrancistas, huyó disfrazado de ferrocarrilero, gracias a la ayuda de Margarito Ramírez –a quien después compensaría con la gubernatura de Jalisco–, en el tren México-Iguala. Con un sombrero de ferrocarrilero, una linterna de mecha y un abrigo que hacía imperceptible la falta de su brazo derecho, Obregón se escondió entre unos guacales de gallinas en un furgón que

⁴²⁵Romana Falcón, 1986, op. cit., p.102.

⁴²⁶Carmen Blázquez Domínguez, op. cit., p.187.

⁴²⁷Romana Falcón, 1986, op. cit., p.105.

⁴²⁸John Dulles, Op. cit., p.48.

⁴²⁹Romana Falcón, 1977, op. cit., p.27.

salió de la estación de Buenavista para Iguala, Guerrero, a las 6 de la mañana del 12 de abril. Los intentos por encarcelarlo en Santiago Tlatelolco no dieron resultado, pero, de inmediato, se giró la instrucción de aprehenderlo y encarcelarlo. Al mismo tiempo, Obregón, que ya dormía bajo un árbol en Mexcala, Guerrero, recibía la ayuda del jefe de Operaciones Militares de ese estado, Fortunato Maycotte –quien se unía al inminente levantamiento armado-, y, preparando las armas, declaraba: “en vista de la conducta del gobierno de Carranza, la campaña política no puede continuar y tendremos que recurrir a las armas para salvaguardar las virtudes que el gobierno trata de destruir”; dijo, también, ponerse a las órdenes del gobernador del estado de Sonora.⁴³⁰

La rebelión comenzaba. El movimiento rebelde se extendió con gran rapidez. Para el día 15 de abril de 1920, la rebelión fue secundada por Zacatecas, a través del gobernador Enrique Estrada, por Michoacán, en voz de su gobernador Pascual Ortiz Rubio, por Tabasco, Sinaloa, Guerrero, Morelos, Oaxaca, Hidalgo, Tlaxcala, Chiapas, Chihuahua, Jalisco y la parte norte de Veracruz.⁴³¹ La lucha armada se acompañó, como comúnmente sucedía, de un “plan” que pretendía explicar y justificar lo que ocurría. En Sonora, Adolfo de la Huerta, Salvador Alvarado y Plutarco Elías Calles, expidieron, el 23 de abril de 1920, el Plan de Agua Prieta.

En Veracruz, la situación era cada vez más difícil para el gobierno carrancistas. En la Huasteca se habían pronunciado en favor del movimiento Manuel Peláez y Arnulfo R. Gómez. Para el último día del mes de abril, todo el ejército en Veracruz estaba totalmente en contra de Carranza.⁴³² Asimismo, la situación general del país favorecía ya abiertamente a los sonorenses, quienes iban demostrando que el ejército estaba con ellos. Prácticamente ningún jefe militar de importancia puso resistencia al avance del obregonismo, por lo que Carranza, ante la llamada “*huelga de los hombres del ejército*”, tuvo que abandonar la ciudad de México. Sabía que las condiciones le eran muy adversas.⁴³³ En la huida, el viejo jefe cargó con todo lo que pudo y se fue a Veracruz en busca de la ayuda del general Guadalupe Sánchez, uno de los pocos que le permanecían leales.⁴³⁴

El 7 de mayo de 1920, un conjunto de trenes, incluyendo el *Tren Dorado* presidencial, salieron de la ciudad de México hacia Veracruz, había comenzado el *éxodo*. Con 8 millas de largo, cargó con todo, literalmente, lo que pudo. Por desgracia para ellos, no llevaban suficiente agua para las

⁴³⁰Ibid., p.34-36.

⁴³¹Romana Falcón, 1986, op. cit., p.104 y 106.

⁴³²Ibid.

⁴³³Ibid., p.105.

⁴³⁴John Dulles, op. cit., p.41.

personas ni para los trenes, los medicamentos eran escasos y las posibilidades de éxito se reducían.⁴³⁵

A sólo dos días del éxodo carrancista, Álvaro Obregón hacia su entrada triunfal a la ciudad de México. Pablo González, nombrado *Comandante Supremo de todas las Fuerzas Revolucionarias*, sacrificó “sus intereses políticos por los de la nación” y se retiró de la contienda presidencial. En mayo de 1920, Adolfo de la Huerta fue designado presidente provisional, y se encargaría de convocar a una elección popular para presidente constitucional. México volvería a ser dominio de los generales. Ni Carranza, ni su yerno, ni quienes los acompañaban, sabían que el mismo día que comenzó el éxodo, Obregón había recibido la protesta de lealtad del general que lo persuadiera de viajar a Veracruz: Guadalupe Sánchez y su grupo, en el que figuraba Adalberto Tejeda. El rompecabezas estaba completo.⁴³⁶

A estas alturas, los aguaprietistas controlaban prácticamente todo el territorio nacional. La huida no terminaría bien para el *Primer Jefe*. En Aljibes, Puebla, en medio de disparos y traiciones, con una pierna rota, sin poder moverse y sin esperanzas, el *Primer Jefe de la Revolución Constitucionalista* murió.⁴³⁷

Fue en la batalla de Aljibes, Puebla, donde el coronel Adalberto Tejeda haría su mayor contribución a la victoria sonorensis al desempeñarse “eficazmente en el triunfo de las armas”. Fue allí donde Carranza se enteró de la defección de Guadalupe Sánchez, donde rechazó la amnistía y el salvoconducto que Obregón y Pablo González le ofrecieron y, por ende, donde se “firmó” la traición y el asesinato del presidente Venustiano Carranza. En Aljibes, pues, comenzó la carrera meritoria del coronel Adalberto Tejeda por la gubernatura de su estado natal.

La muerte del *Primer Jefe* permitió la instauración del triunvirato sonorensis. Como prueba del enorme poder que Obregón ostentaba, en Veracruz, Guadalupe Sánchez fue ratificado como jefe de Operaciones Militares de la zona y, más tarde, fue ascendido a general de división en reconocimiento por su decisiva labor en la rebelión aguaprietista y por su cercanía con Obregón. Más aún, el *Manco de Celaya* le permitió intervenir y regular los asuntos políticos del estado. Serían los cercanos de Sánchez quienes, como Adalberto Tejeda, escalarían en los puestos de mando. El jefe de Operaciones Militares presentó, no ante el presidente De la Huerta sino ante

⁴³⁵Ibid.

⁴³⁶Romana Falcón, 1986, op. cit., p.106.

⁴³⁷John Dulles, op. cit., p.51.

Obregón, una terna para ocupar el cargo de gobernador interino de Veracruz: Adalberto Palacios, Tomás Barragán y Antonio Nava. La designación recayó en este último, quien rindió su protesta como gobernador ante Guadalupe Sánchez, y no ante los poderes formales.

Sin embargo, lo realmente importante no era la designación del gobernador provisional, sino la designación del candidato que habría de decidir el destino veracruzano de diciembre de 1920 a diciembre de 1924. Adalberto Tejeda sabía que Obregón y Sánchez eran los elementos decisivos en la lucha por la gubernatura. Pero, en los más remotos rincones del país, ni siquiera el gran *Caudillo* podía controlar los resquicios y las ambiciones de los muchos vencedores que se sentían, de la misma manera que el coronel de Chicontepec, con las credenciales para regir los destinos de Veracruz. Para julio de 1920, los aspirantes se habían reducido a tres: Adalberto Tejeda, Gabriel Gavira y Jacobo Rincón.⁴³⁸

Sixto Adalberto Tejeda Olivares tenía 37 años de edad y, en realidad, no lo respaldaba una sólida carrera militar y su pasado revolucionario no era tan brillante como el de otros jefes. A lo más, podía presumir de un par de cargos de elección popular –en ninguno había alcanzado demasiada notoriedad- y había estado confinado a la Huasteca; pero, por otro lado, era bien conocida su reputación como político serio y radical, su proximidad con Heriberto Jara –quien también estaba del lado sonoreense-, su conocimiento de los hilos políticos con que Cándido Aguilar manejó Veracruz durante el tiempo que fungió como jefe de su Estado Mayor, su prominencia entre los indígenas de la Huasteca y, a la par, los dos elementos que inclinaron la balanza: su activa participación en Aljibes y la predilección que por él tenía el general Guadalupe Sánchez. Ante tal evidencia, ni la larga y brillante historia revolucionaria de Gavira ni el apoyo de hacendados, comerciante, empresarios y la Iglesia de Rincón, podrían hacerle, siquiera, sombra al coronel Tejeda.⁴³⁹

Fue en julio de 1920 cuando, gracias al apoyo del miembro más destacado del Partido Liberal Constitucionalista (PLC) en Veracruz, el general Guadalupe Sánchez, se designó a Tejeda como candidato a la gubernatura. El viejo entendido de trocar lealtad por autonomía se hacía más evidente con esa designación: un estado estratégico como Veracruz debía quedar en una sólida cadena de lealtades, es decir, en manos de un hombre en quien confiara Guadalupe Sánchez.

⁴³⁸Romana Falcón, 1986, op. cit., p.111.

⁴³⁹Ibid., p.112.

Como afirma Romana Falcón: “era mediante estos pactos entre el grupo de Sonora y los poderes locales, como funcionaba entonces toda la estructura del poder en el país”.⁴⁴⁰

Aprovechando los disturbios civiles y las luchas provenientes de la falta de un gobierno central fuerte, desde que comenzó su campaña, Tejeda puso especial atención en el centro de decisión y financiamiento político más importante: la capital de la República. La buena voluntad del chicontepecano para buscar y apoyar el régimen de Obregón y Calles, sobre todo en tiempos de crisis nacional, superó todas las desavenencias.⁴⁴¹ Pero, de la misma manera, nunca descuidó su posición dentro de Veracruz. El coronel puso mucha atención en procurarse la adhesión del Congreso local –el cual había sido respetado después del triunfo del movimiento aguaprietista-, pues, legalmente, éste tenía la última palabra para calificar las elecciones para gobernador. Tuvo que gastar algunas sumas de dinero en, como él mismo lo señalaría, “las atenciones que es necesario brindar a nuestros diputados”.⁴⁴²

Sin embargo, el encumbramiento no fue tan sencillo como parece. Tejeda se vio inmerso en uno de los problemas más espinosos de su campaña: la obtención de fondos. Con la promesa de ulteriores favores y beneficios políticos, el coronel de Chicontepec comenzó a recaudar fondos para su campaña política; solicitó recursos a sus familiares paternos, amigos, paisanos, antiguos correligionarios, funcionarios, personajes de solvencia económica y, aunque no de manera directa, a una petrolera noruega que, aparentemente, le debía 3 000 pesos -el candidato no dejó pasar la ocasión para recuperar el monto de un trabajo topográfico de deslinde de predios. Pero, sus cercanos fueron más allá solicitando a los noruegos prestamos y donativos –que manejaban como “servicios” o “comisiones”- que, por lo demás, podrían convertirse en peligrosas exigencias informales para el candidato.⁴⁴³

Muchos cacicazgos aún detentaban un enorme poder. El caso más representativo fue el de un antiguo enemigo de Tejeda que seguía en activo: Manuel Peláez. Los pelaecistas pusieron sus empeños y sus armas en obstaculizar el ascenso al poder de Tejeda, uno de los revolucionarios que más lo había combatido.

En suma, el chicontepecano, para llegara a la gubernatura, tuvo que resolver varios problemas espinosos: consolidar el apoyo de Guadalupe Sánchez, del Congreso local, de ciertos personajes

⁴⁴⁰Ibid.

⁴⁴¹Heather Fowler Salamini, op. cit., p.236.

⁴⁴²Romana Falcón, 1986, op. cit., p.113.

⁴⁴³Ibid., p.115.

del gobierno central, obtener fuentes de financiamiento y enfrentarse con antiguos rebeldes y dominios caciquiles.

El camino del triunfo estaba lleno de escollos. Opositores a Tejeda, como Gavira, buscaron el apoyo de Obregón anunciándole que el tejedismo y el Congreso local –instaurado desde los años del carrancismo- estaba derrocando ayuntamientos y en su lugar imponía Juntas de Administración Civil que claramente beneficiaban a Adalberto Tejeda; además recriminaban al gobernador interino por haberse convertido en un simple jefe de propaganda del tejedismo. Era evidente la fuerza y la importancia que estas juntas tenían como arma de manipulación de los municipios para el tejedismo. Pero, llegar a ser el gobernador de Veracruz no iba a resultar tan fácil: en agosto, a unos días de que se realizaran las elecciones locales, De la Huerta llamó al gobernador interno, Nava, a la ciudad de México para comparecer acerca de las acusaciones realizadas por los seguidores de Gavira. Un día antes de las elecciones del 8 de agosto, De la Huerta desapareció los poderes de Veracruz y designó como gobernador sustituto a Garzón Cossa. Para rematar, al día siguiente, un juez de la ciudad de México ordenó la suspensión de la jornada electoral -¡que ya se estaba llevando a cabo!-, en tanto el Senado no determinara sobre la constitucionalidad de los poderes locales. La maniobra parecía estar orquestada en contra de Tejeda. Pero, muy pronto, cuando el humo se disipó, se vio que la destitución de Nava solamente buscaba apaciguar la oposición a Tejeda, pues, el nuevo gobernador, Garzón Cossa, siguió auspiciando la campaña tejedista, incluso con el erario. Había sido, en efecto, como suele ocurrir, sólo un cambio de persona. Casi un mes después, el 5 de septiembre de 1920, se llevaba a cabo nuevas elecciones, esta vez los tres candidatos se anunciaban “ganadores indiscutibles”. Lo único que quedaba era esperar a que las “atenciones” tejedistas brindas a los diputados hicieran efecto.⁴⁴⁴

Fue entonces el turno de Obregón. Temiendo que el candidato más conservador, Jacobo Rincón, lograra gran poder en Veracruz –como efectivamente lo estaba logrando-, Obregón instó a Tejeda y Gavira a formar un frente común para derrocar al tercero en discordia. A mediados de octubre, y por decisión del centro, se integró un nuevo congreso local en el que se eliminó a los diputados de Rincón. Con ello, los seguidores de Tejeda quedaron en franca mayoría. Acto seguido, el coronel de Chicontepec procedió a desestimar su palabra y a violar el compromiso de frente común que había prometido a los gaviristas. De esta manera, Tejeda era virtual vencedor. Esta táctica, la de

⁴⁴⁴Ibid., p.118.

deshacerse de quienes lo habían apoyado, sería una de las más populares del tejedismo. Con todo, finalmente la Comisión Electoral del Congreso veracruzano asignó a Tejeda 27 118 votos, a Rincón 16 229 y a Gavira 15 289.⁴⁴⁵ Adalberto Tejeda llegaba al poder arrastrando una profunda deuda con los sonorenses y con el jefe de Operaciones Militares.

Con una plataforma personalista, sustentada por aquellos políticos profesionales, paisanos, amigos y ciertos líderes leales, con los que ya tenía exigencias informales, Tejeda obtenía el ambicionado puesto de gobernador constitucional de su estado. Dramáticamente, y en buena medida por la libertad política que auspició, cambiaría las condiciones sociopolíticas veracruzanas.

Declarado gobernador constitucional para el periodo que abarcaría del 1º de diciembre de 1920 al 30 de noviembre de 1924, Adalberto Tejeda Olivares debió tener en cuenta, desde un principio, que junto con el cargo que se le había conferido recibía también un conjunto de problemas que demandarían la concentración de todos sus esfuerzos para enfrentarlos y solucionarlos adecuadamente.⁴⁴⁶

Tejeda aportó a la gubernatura gran dinamismo político, carisma, dedicación y la capacidad de organización que tienen las clases bajas. Drásticamente cambió el ambiente político permitiendo, por primera vez en Veracruz, la organización ilimitada de todos los grupos políticos y sociales. Su formación política, la justicia social y el pluralismo democrático lo inspiró, permitiendo a todos los campesinos, obreros, arrendatarios y hasta a los comunistas, organizarse libremente para luchar por sus intereses. Esta actitud produjo una efervescencia social en el estado, lo que comenzó a alertar al presidente Obregón.⁴⁴⁷

En efecto, este primer gobierno tejedista se caracterizó por el abrupto ingreso a la arena política de actores que tradicionalmente habían sido excluidos: los trabajadores del campo y de la ciudad. El experimento de movilización y organización social, sobre todo de los desposeídos, hizo gran mella al intentar revolucionar los cimientos de la sociedad en su beneficio. Sin embargo, este ensayo de política popular no fue único, sino paralelo a los que estaban ocurriendo en San Luis

⁴⁴⁵Ibid., p.119.

⁴⁴⁶Sergio Florescano Mayet, *Veracruz y Adalberto Tejeda ante los movimientos populares (1920-1922)*, [en línea], revista La Palabra y el Hombre, no. 74, pp. 25 (57-82), México, Universidad Veracruzana, abril-junio 1990, dirección URL: <http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/1792/1/199074P57.pdf> [consulta: 22 de noviembre de 2012].

⁴⁴⁷Heather Fowler Salamini, op. cit., p.227.

Potosí, Michoacán, Yucatán, Tamaulipas y Tabasco, por ejemplo. No hay duda de que el gobernador Adalberto Tejeda avivó esta efervescencia revolucionaria y moldeó estos sucesos.⁴⁴⁸

A los pocos días de ocupar el cargo, Tejeda se dio cuenta de lo importante que es tener una base política amplia: se apartó del Partido Liberal Constitucionalista –aún obregonista- y se acercó más al PNA y PLM, que patrocinaba el secretario de Gobernación, Calles.⁴⁴⁹ Más aún, abrió todos los frentes formales e informales que le permitirían ir tomando en sus manos las riendas de Veracruz. En esta misma maniobra concentró sus fuerzas para deshacerse de la influencia de sus antiguos respaldos. En Veracruz se vivía una diarquía. El punto medular estuvo en el jefe de Operaciones Militares de la zona, Guadalupe Sánchez, quien estaba “recomendando gente competente, eficiente y leal” para ocupar los cargos dentro de la gubernatura tejedista y que, en los círculos oficiales, se rumoraba que se trataba de una imposición de voluntad al gobernador. Naturalmente, este acontecimiento muestra la influencia decisiva de los militares en la política y la red informal de pactos, alianzas y compromisos que daba cierta coherencia a la vida pública veracruzana y que habían colocado, por lo demás, al gobernador en su puesto. Guadalupe Sánchez, quien negaba rotundamente los rumores, le explica al gobernador:

“Tú sabes bien que después de haber estado varios años en un puesto más o menos elevado, se crea una gran cantidad de amigos, que naturalmente acuden a mí cuando necesitan alguna referencia o alguna recomendación; yo me he creído [...] ayudar a los que han servido bajo mis órdenes [...] pero naturalmente tú quedas en completa libertad de aceptarlas o negar al interesado lo que pida [...] deseo [...] que jamás haya una diferencia entre tú y yo...”⁴⁵⁰

Tres días después, el gobernador veracruzano les respondía a su “muy estimado tío Lupe” con palabras de “afecto, de respeto y extrema cordialidad”, le aseguraba que “jamás podría existir división entre ellos, pues los unía una vieja amistad”. Pero, a pesar de sus palabras, Tejeda no tardaría en sacudirse la tutela del militar. Sánchez había adquirido una considerable riqueza en el comercio y también propiedades mientras estaba asignado en Veracruz. También había buscado activamente el apoyo de las clases terratenientes en sus preparativos para iniciar su campaña política para gobernador en 1924.⁴⁵¹

La primera acción del gobernador fue la destitución de un recomendado de Sánchez en un cargo de primera importancia –la Tesorería General del Estado- con la que Tejeda quedó complicadamente libre de toda responsabilidad. Enrique Soto había sido nombrado

⁴⁴⁸Romana Falcón, 1986, op. cit., p.120.

⁴⁴⁹Heather Fowler Salamini, op. cit., p.227.

⁴⁵⁰Romana Falcón, 1986, op. cit., p.121.

⁴⁵¹Heather Fowler Salamini, op. cit., p.227.

provisionalmente por encargo del jefe de Operaciones Militares, cuando se integró una terna para hacer una designación definitiva, Soto quedó fuera y, además, tuvo que enfrentar una auditoría por “la manera imprudente” en que giró fondos para defender “pecados ajenos” de los regímenes pasados. Para el gobernador lo más importante era que Sánchez no se volviera en su contra, por tal razón le explica: “Yo he lamentado profundamente este incidente [...] pues pretendo y seguiré pretendiendo especialmente la mejor armonía de la ley entre todos los elementos de Administración [...] me congratulo que tú hayas cooperado y sigas cooperando...”⁴⁵² A través del Congreso local, repitió la misma táctica con los furibundos remanentes aguilaristas y gaviristas, e incluso con algunos que habían pertenecido a la administración de Nava y Garzón Cossa.

Para lograr sus objetivos, el gobernador Tejeda tendió una red de espionaje e información política por todo Veracruz mediante “comisiones de seguridad”. La función formal de éstas era perseguir y castigar a quienes se dedicaban a los juegos de azar; costumbre extendida por Veracruz y de la cual Tejeda era enemigo personal. A su “departamento confidencial” lo elevó de categoría y le confió funciones judiciales. Para ello, encomendó al jefe del departamento –Juan Fortuny– proceder sin obstáculos en la aprehensión y castigo de los infractores. En realidad, estas comisiones sirvieron primordialmente para cuidar las condiciones políticas de los municipios, brindar toda clase de informes sobre actividades subversivas en contra del tejedismo o de los sonorenses, vigilar a los seguidores de la oposición –Cándido Aguilar, Gabriel Gavira y Jacobo Rincón– y, sobre todo, para mantener seguros y leales los territorios que quedaban bajo la responsabilidad de las autoridades y hombres fuertes locales. Se estaba dando, de la única manera posible, coherencia al sistema político caudillista.

Una de las cuestiones que Tejeda debió enfrentar desde los primeros días de su gobierno fue la situación jurídico-política en que se encontraban las diversas autoridades municipales. En 1919 todavía existían muchos focos rebeldes por todo el norte veracruzano que seguían generando la inquietud del estado. Muy pronto el gobierno estatal tendría la necesidad de exterminarlos. De todos los mecanismos políticos que echó a andar Tejeda para dominar Veracruz, fue el férreo control de los ayuntamientos lo que probó ser su mejor arma, con la que logró destruir los focos rebeldes y extender su dominio hasta los más remotos rincones.⁴⁵³

⁴⁵²Romana Falcón, 1986, op. cit., p.122.

⁴⁵³Sergio Florescano Mayet, op. cit., p.68.

Desde el principio, el coronel dejó muy claro que no estaba dispuesto a permitir que el poder se le escapara por las urnas. Sus métodos iban desde la “alquimia” electoral hasta la remoción de los cargos en los ayuntamientos; a través del Congreso local –y según su juicio-, dictaminaba cuáles autoridades eran legítimas y cuáles no. Cuando, a juicio del Congreso local, los funcionarios debían ser derogados, Tejeda tenía, por el decreto del 6 de diciembre de 1920, la potestad para nombrar simplemente Juntas de Administración Civil que ocuparan las vacantes en los cargos. La sumisión al tejedismo quedaba manifiesta en la medida que éste extendía su dominio sobre más localidades veracruzanas. Las fuertes tensiones que este decreto generó no tardarían en llegar a oídos del presidente Obregón, quien, mediante un intermediario, le manifestó su total desacuerdo con la política que estaba llevando a los municipios y le solicitaba remediar “estos escándalos y que se respete el voto”.⁴⁵⁴

El gobernador veracruzano respondió al presidente Obregón que lo que en Veracruz estaba pasando no tenía nada que ver con los “informes alarmantes sin fundamento” que manejaban sus detractores –“malos manejos e intereses particulares”- y que los cambios que estaba realizando únicamente respondían a la necesidad de corregir “las irregularidades establecidas en los ayuntamientos desde los días del aguilarismo”, para llegar a la pretendida imposición del ingeniero Bonillas.

Pero, la maquinaria ya estaba bien ensamblada: contra todo pronóstico, el gobernador siguió decidido en las remociones. A tan sólo seis meses de haber tomado el cargo, el gobernador Tejeda ya presumía la remoción de 45 presidentes municipales y el nombramiento de administración civil en 52 poblaciones. En conjunto, el gobernador se aseguraba la adicción de más de la mitad de los municipios veracruzanos, los que usó para afianzar sus alianzas con políticos, líderes y caciques que dominaban con mano libre -en un sistema de poder piramidal- los diversos rincones de Veracruz, tal y como había venido haciendo desde la Revolución. Con ello, lograba reafirmar a estos hombres en sus respectivos distritos, en la medida que consolidaban su dependencia al ejecutivo local. Las Juntas de Administración Civil fueron una fuente básica de poder, en ello residió buena parte de su éxito; pero, al mismo tiempo, gracias a las rencillas internas del movimiento popular, también serían la semilla de la destrucción del tejedismo.⁴⁵⁵

⁴⁵⁴ Romana Falcón, 1986, op. cit., p.124.

⁴⁵⁵ Ibid., p.125 y 126.

Como buen líder revolucionario, el coronel Tejeda sabía que si quería echar a andar el corazón de su programa de gobierno –la reforma agraria y la organización política del campesinado- debía, por fuerza, tener bajo su control cierto poder armado. Como ocurría con los campesinos de San Luis Potosí o los trabajadores de Tabasco, Tejeda armó y pertrechó a los campesinos veracruzanos.⁴⁵⁶ Más aún, fueron los mismos campesinos quienes pidieron al gobernador armarse para hacer frente a las agresiones que sufrían por parte de las guardias blancas de los terratenientes. Tejeda satisfizo la demanda y empeñó sus esfuerzos en reforzar, ensanchar y dar independencia, por principio, a la guardia civil creada desde los días del aguilarismo⁴⁵⁷. Las llevó a los distritos rurales y les confirió funciones de policía encargada de la protección de los campesinos que solicitaban tierras y entraban a formar parte de las organizaciones agrarista.

Al cabo del tiempo, las fricciones llegaron a ponerse al rojo vivo en Veracruz, Tejeda comprendió que con una fuerza tan reducida no podría mantener el control del estado y menos su proyecto popular. Eventualmente, ordenó la formación de “cuerpos voluntarios”, campesinos bajo la supervisión de la guardia civil y la policía. Estos cuerpos campesinos se convertirían en uno de los pilares sobre los que descansó el movimiento agrarista veracruzano. Sus esfuerzos se centraron en lograr la independencia de la guardia civil con respecto a la jefatura militar; su objetivo, y lo que en ese tiempo era de mayor valor, fue: fidelidad.

En Veracruz, como acontecía prácticamente en todas las regiones del país, se vivía uno de los momentos más débiles en toda la estructura política mexicana. A pesar de todos los intentos, Tejeda no tuvo durante los primeros tres años de gobierno la capacidad para realmente regir los destinos veracruzanos. Prueba de ello fue que, desde su triunfo en las urnas, en el centro del estado, los grupos y camarillas que le eran adversos se habían unido en un frente opositor. Por otro lado, la falta de control que experimentó el coronel se debió, en mayor medida, a la lucha desatada entre hacendados, empresarios y comerciantes en contra de las organizaciones de obreros y campesinos, de la que Adalberto Tejeda tomó partida en favor de los grupos populares. Para agregar sal a la herida, Tejeda ni siquiera pudo recuperar fácilmente el control de su región natal debido al dominio caciquil pelaecista y del general Mariel, que aún asolaban la Huasteca. Para Tejeda era evidente la necesidad de asentar su régimen sobre bases más amplias y sólidas que el respaldo coyuntural que podían ofrecerle las instancias del poder central. Eliminando los obstáculos a la organización de los trabajadores, a través de libertades, y conociendo a la

⁴⁵⁶Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.309.

⁴⁵⁷Sergio Florescano Mayet, op. cit., p.74.

perfección cuáles serían los pilares sociales sobre los que asentaría el nuevo régimen, fue en busca del *pueblo*.⁴⁵⁸

Durante sus dos primeros años de gobierno la estrategia política del coronel chicontepecano estuvo dirigida principalmente a organizar a los grupos de obreros urbanos y de inquilinos, y a atraerlos a su campo político. El estado ardía en la inquietud sindical y el gobierno, con mucha frecuencia, se puso de parte de los trabajadores –“porque le considera constitucional”⁴⁵⁹ - en sus demandas. El momento fue el propicio para esta táctica.⁴⁶⁰

Exponente digno y generoso de la Revolución Mexicana y del socialismo, el coronel Adalberto Tejeda propició el fortalecimiento y la radicalización ideológica de las organizaciones populares - fermento ideológico que ya existía entre los más bajos escaños de la sociedad. Con el fin de encausar el *Proceso* histórico, el gobernador veracruzano promovió la efervescencia revolucionaria entre los trabajadores. Sin embargo, también lo fue por la necesidad intrínseca de sobrevivencia de su frágil gobierno. Probablemente, el arrojó de las primeras organizaciones gremiales –surgidas en uno de los estados de mayor desarrollo industrial de todo México, como la industria textil en Orizaba y su tristemente famosa huelga de Río Blanco de 1906 o el extremismo ideológico tabacalero - estaba influido por su histórica combatividad y sesgo radical –la primera organización obrera de alcance nacional surgió precisamente en Veracruz en 1912-, propios de uno de los estados que tradicionalmente sirvió de filtro entre el país y las ideas revolucionarias europeas. No es casualidad que Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto en Yucatán, Tomás Garrido Canabal en Tabasco, Emilio Portes Gil en Tamaulipas y Aguilar, Jara y el coronel Tejeda en Veracruz, propusieran la organización de las masas como una de las condiciones para el éxito de la Revolución. Para Tejeda, el campo, desorganizado y sin cotas de poder, fue la prioridad.

La Confederación Regional Obrera de México (CROM), fue un acto de primera importancia para los gobiernos de la posrevolución, pues unió a los gobiernos con los trabajadores. A pocos meses de su creación en 1918, la CROM y Luis Napoleón Morones lograron un gran avance entre los trabajadores veracruzanos. Precisamente, la región central del estado, de una marcada concentración de población, donde los campesinos no tenían tierra, a diferencia de los extremos norte y sur, fue el terreno propicio para hacer de la reforma agraria el corazón de una movilización campesina. Nuevamente, los que *nada tienen que perder* son quienes engrosan las huestes con la

⁴⁵⁸Romana Falcón, 1986, op. cit., p.131 y 132.

⁴⁵⁹Sergio Florescano Mayet, op. cit., p.71.

⁴⁶⁰Heather Fowler Salamini, op. cit., p.228.

máxima y eterna promesa de la Revolución. Fue en esa región donde se atenuó la demanda, donde el movimiento campesino tomó especial relevancia y donde las particularidades exacerbaron la heterogeneidad y contrastes del movimiento de los trabajadores de la tierra en Veracruz. Fue allí donde Adalberto Tejeda concentró sus esfuerzos: durante su primera administración se distribuyeron 160 190 hectáreas a 154 ejidos, que beneficiaron a 23 938 individuos.⁴⁶¹

Los trabajadores del campo, a diferencia de los obreros que ya contaban con un movimiento armado en pugnas por el liderazgo, no contaban con una organización parecida a la CROM, ni siquiera existía un claro líder en el poder. Hábilmente, el gobernador Tejeda organizó a su gusto lo que todavía no estaba conformado. Lo que no debe interpretarse como un rompimiento o siquiera un alejamiento entre el gobernador y los obreros; antes bien, el coronel siempre buscó, a través de la expedición de leyes en el Congreso- como la polémica, discutida y retroactiva Ley sobre la participación de utilidades que buscaba crear cooperativas de obreros en las industrias⁴⁶² o la Ley de Enfermedades Profesionales y no Profesionales⁴⁶³-, sus nexos con las organizaciones laborales.

Rápidamente, después de que Adalberto Tejeda buscó sus nexos con los trabajadores veracruzanos, las tensiones se hicieron cada vez más amenazantes. Los empresarios no estaban dispuestos a someterse a las disposiciones del gobernador y, casi de inmediato, buscaron el apoyo de los poderes federales, los cuales todavía estaban débilmente sostenidos. La ley de reparto de utilidades, en lo que quizá fue su parte más radical, hacia retroactiva la participación de utilidades hasta el 5 de febrero de 1917. El presidente Obregón, a través del secretario de Gobernación, Calles, pidió mitigar el radicalismo tejedista. Como prueba de la debilidad del gobernador veracruzano, la ley desapareció la parte sobre la retroactividad. Dicha ley no obtuvo los resultados espectaculares que el gobernador esperaba. Pero, aunque aún no se ganaba la lealtad de los obreros organizados,⁴⁶⁴ en efecto, lo que sí logró, desde temprano, fue dejar muy clara la posición del gobierno.

Para el todavía débil gobierno tejedista, 1922 representó un año de oportunidades. La aguda escasez de viviendas -y la carencia de servicios sanitarios, de agua, de aire y de luz- que entonces se produjo, había sido hábilmente aprovechada por los propietarios de casas para elevar el costo

⁴⁶¹Ibid., p.230.

⁴⁶²Ibid., p.228.

⁴⁶³Carmen Blázquez Domínguez, op. cit., p.189.

⁴⁶⁴Heather Fowler Salamini, op. cit., p.228.

de los alquileres, lo que desembocó en *la revuelta inquilinaria* -movimiento de lucha por la vivienda- del puerto de Veracruz; fue entonces que apareció la circunstancia excelente para hacerse de un grupo de apoyo. Precisamente, el puerto de Veracruz se distinguía por ser el principal centro de actividad antitejedista; allí, Tejeda, oponiéndose a la represión, auspició la formación de un sindicato inquilinario,⁴⁶⁵ pero los esfuerzos del coronel no rindieron los frutos esperados.

Un sastre hidalguense, “*mesías del caos, amo de la destrucción y tuerto*”, de nombre Herón Proal, se posicionó del movimiento, independizándolo de las autoridades e inyectándole una vitalidad y extremismo incontenibles, manifestó, como su arma más decisiva, “el no pago de rentas”. Muy pronto los gritos de prostitutas, marineros y otros grupos explotados –más las tensiones con los propietarios de las casas habitación-, llegaron a oídos del presidente Obregón;⁴⁶⁶ mientras, Tejeda, como pudo, trató de esquivar las presiones provenientes de la capital de la República y logró un convenio entre las partes. Pero, ni Proal ni los propietarios cedieron y la situación se volcó amenazante a los ojos del presidente Obregón, quien alejó momentáneamente a Tejeda de Veracruz y giró órdenes a Guadalupe Sánchez, que ya preparaba su campaña para las elecciones locales de 1924, de aplacar al movimiento inquilinario. Con la responsabilidad que formalmente debería recaer en el ejecutivo local –que al tiempo promulgaría una ley que, aunque conciliadora y en apoyo a los inquilinos, dejaba a las partes insatisfechas-, el jefe de Operaciones Militares aprehendió a Proal y prohibió terminantemente las manifestaciones y los mítines. En tanto, sin cerrar el tema de los inquilinos, los disgustos entre Álvaro Obregón –que alegaba la armonía- y el gobernador Tejeda –acusado de alentar el conflicto- iban en aumento. Este pasaje no se resolvió.

En el fondo, el gobernador veracruzano logró una de las conquistas más trascendentales en la historia de los movimientos populares en Veracruz: con fondos del sindicato rojo inquilinario, pero a título personal de Proal, nació la *Comisión Organizadora de la Central Campesina*, donde figuró Úrsulo Galván. El coronel se encargó de apoyar política y financieramente la organización de los trabajadores de la tierra, a los líderes campesinos les ofreció cargos menores en el gobierno, su encomienda era clara: ganarse, a través de las armas, la conciencia de los campesinos.

Tejeda comenzó, entonces, las labores organizativas en la zona sur de Veracruz donde, a decir de los dirigentes campesinos encargados de la empresa, “urgía” la restitución efectiva de las tierras a

⁴⁶⁵Humberto Musacchio, op. cit., p.2958 y 2959.

⁴⁶⁶Heather Fowler Salamini, op. cit., p.228.

los pueblos desposeídos y, sobre todo, hacer frente al predominio que ejercían los caciques y los terratenientes –apoyados por los federales al mando de Guadalupe Sánchez- que impedían la organización de los trabajadores. A través de varios frentes, el gobernador activó la organización campesina: instó a viejos conocidos a formar el mayor número posible de comités solicitantes de tierras, los que tuvieron mayor eco en la región costera central y al sur del estado, que en su región natal de la Huasteca. A través de la Comisión Local Agraria (CLA) imprimió folletos titulados “¿Cómo podrán los pueblos obtener sus tierras?” De esta manera, consolidaba la estructura agrarista con la que sostendría su gobierno.⁴⁶⁷

Mientras Tejeda seguía en la búsqueda del *pueblo*, las tensiones con el jefe de Operaciones Militares en la zona, Guadalupe Sánchez, iban en aumento, moldeando la forma y el contenido que adoptaría el nuevo régimen dentro de Veracruz. Pronto la lucha por el poder sería directa, mostrando el cierto grado de injerencia que las autoridades de la federación tenían en el estado veracruzano. A Guadalupe Sánchez, que tenía propiedades y hasta intereses en una de las cervecerías más importantes del estado, se le asoció con los hacendados y empresarios que luchaban por mantener el viejo orden y deshacerse del tejedismo. De hecho, el entendimiento entre hacendados y federales llegó a constituir el mayor obstáculo para el movimiento agrarista que Tejeda auspiciaba, pues los terratenientes recibían apoyo político y armamentista del jefe militar.⁴⁶⁸ Las persecuciones, aprehensiones y los asesinatos por parte de los militares y de las guardias blancas en contra de los campesinos y sus dirigentes se volvieron cotidianos en todo Veracruz. Más aún, Guadalupe Sánchez contaba con el respaldo de Obregón. Tejeda sabía que para ese momento no contaba con la fuerza suficiente para poder hacer frente al general Sánchez y envió a algunos de sus más cercanos colaboradores a la capital del país para solicitar al presidente Obregón y al secretario de Gobernación, Calles, que trataran de arreglar sus desavenencias con el jefe militar.

Por otro lado, las elecciones locales que se celebrarían en agosto de 1922, constituían un foco más de lucha entre los veracruzanos. Había mucho en juego: Sánchez quería controlar el congreso dado que sería éste el encargado de calificar las elecciones de 1924, en las que planeaba participar; para Tejeda era indispensable contar con un respaldo a sus medidas legislativas de corte popular. Dado que el presidente mostraba preferencia por el jefe militar –a quien consideraba más apto que Tejeda para controlar la región-, el gobernador optó por acercarse al

⁴⁶⁷Romana Falcón, 1986, op. cit., p.145.

⁴⁶⁸Heather Fowler Salamini, op. cit., p.230.

general Calles, uno de los probables contendientes en los próximos comicios federales. Cultivando a sus posibles partidarios en la próxima contienda presidencial, Obregón y Calles –para quienes se anunciaba un enfrentamiento con el Partido Nacional Cooperatista, principal promotor de la candidatura de Adolfo de la Huerta por la presidencia de la República, y del que Sánchez era un importante representante- apoyaron a los candidatos tejedistas para que logran el reconocimiento federal para la legislatura.⁴⁶⁹

Los intentos de Tejeda por hacerse de una fuerza armada iban en contra de la lógica que se estaba dictando desde el centro del país. Obregón manifestaba decididos intentos por tener profundas redes unificadoras. A fin de afianzar al Estado, urgía poner límite al poder armado informal que la Revolución había propagado. Con respecto a Veracruz, Obregón decidió poner límites a la guardia civil y desarmar a los campesinos. Pero, Tejeda no contemplaba desarmar su guardia, lo que llevó a que aumentaran las fricciones con el presidente Obregón. Los enemigos del régimen veracruzano esperaban la destitución del chicontepecano. Todo estalló en marzo de 1923, en Puente Nacional, en un enfrentamiento entre campesinos y autoridades estatales, por un lado, y terratenientes y fuerzas federales, por el otro.⁴⁷⁰

Ese mismo año, en vísperas de la sucesión presidencial, Adalberto Tejeda logra mantenerse en el palacio de gobierno. Calles había recibido el visto bueno de Obregón para ser, naturalmente, quien lo sucediera en la presidencia. El Partido Nacional Cooperatista había anunciado que contendría con Adolfo de la Huerta por la presidencia. La peligrosa pendiente por la que se deslizaba el país fue, ciertamente, la ocasión para que Tejeda se destapara como ferviente callista.

Enterado de que se procedería al desarme y licenciamiento de su guardia civil, Tejeda inmediatamente buscó comunicar a Calles y Heriberto Jara, probable candidato a la gubernatura veracruzana, que la idea del desarme y el licenciamiento estaban siendo precipitadas y se basaban en noticias de una “prensa apasionada y reaccionaria”. Tejeda argumentaba que las guardias civiles eran el único medio efectivo por el cual las autoridades civiles podían llevar a cabo su administración, debido a la preponderancia que *de facto* tenían los militares en la vida política; pero, en realidad, buscaba, sobre todo, que Jara moviera toda su red de amistades y apoyos políticos en la ciudad de México para sacar a Guadalupe Sánchez de Veracruz. La idea había sido barajada desde la inminente amenaza al gobierno central: el mejor argumento del tejedismo fue la

⁴⁶⁹Romana Falcón, 1986, op. cit., p.149 y 150.

⁴⁷⁰Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.310.

notable fuerza que los opositores al gobierno obregonista estaban ganando en Veracruz y cómo la usarían para sostener sus campañas electorales, teniendo por seguro, según sus palabras, el derrumbamiento del gobierno federal.

Fue en Gobernación donde el coronel encontró su más entusiasta respaldo, pero no fue el único. Luis Napoleón Morones y el Partido Laborista Mexicano (PLM) —extensión política de la CROM— pidieron directamente a Obregón que no suprimiese la guardia civil veracruzana, pero el presidente siguió firme en su decisión, haciendo evidente su intención de que Tejeda no constituyese la única fuente de autoridad en Veracruz. Pero, la CROM no se detuvo ante la negativa de Obregón y buscó hacerse oír en Gobernación, además de que habían comenzado actividades protejedistas en el Congreso, pues, de concretarse la destitución de poderes en Veracruz, sería éste quien la aprobaría. En tanto, Obregón continuaba firme en culpar a Tejeda de la situación que imperaba en Veracruz.

Pero, como sucedió en el resto del país, la amenaza a Obregón y a su decisión de dejar a Calles en la presidencia, muy pronto aclararían las cosas para el gobernador veracruzano. Ciertamente, ante una situación contradictoria, Obregón, de apoyar a Sánchez —por quien tenían una obvia preferencia—, beneficiaba, al mismo tiempo, a quienes ponían en duda su autoridad y lo amenazaban con perder el control del país de la misma manera en que él lo había logrado: un golpe de Estado. Veracruz por ningún motivo podía ser entregado a los cooperatista. Se anunciaba, pues, que el conflicto seguiría vivo.

iv. La unicidad política.

Preparándose para hacer frente a la ofensiva de los terratenientes y a la difícil situación por la que se pasaba, Adalberto Tejeda buscó fortalecer sus apoyos populares. Con la firme idea de organizar una agrupación que representara a todos los campesinos de Veracruz, el gobernador buscó a Úrsulo Galván, José Cardel y Sóstenes Blanco, para que de inmediato se organizara dicha agrupación. Se formó así una mancuerna que dejó una de las huellas más profundas en la sociedad rural veracruzana. El 23 de marzo de 1923, se inició en Xalapa la Magna Convención Campesina. Allí, con líderes de la zona central del estado y Galván como su presidente, nació la Liga de

Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del Estado de Veracruz,⁴⁷¹ instrumento político con el que promovió su programa.⁴⁷²

Con auspicio de Tejeda, subió el fermento revolucionario en mítines, protestas, paros, huelgas, enfrentamientos entre alijadores y estibadores y los dueños de las fábricas, entre los remanentes del movimiento inquilinario, entre los representantes del viejo orden y quienes se empeñaban en desgarrarlo. Como “anarquía pura”,⁴⁷³ 1923 fue un año caótico donde nadie era capaz de controlar los acontecimientos. Sucedió, entonces, que los terratenientes buscaron fortalecerse ante la organización campesina y, centrando sus esfuerzos en el corazón geográfico del movimiento campesino, vigorizaron su poder armado e iniciaron labores para formar una organización política. Como la Liga debía enarbolar la unicidad del sistema político local, Tejeda amenazó con aplicar la reforma agraria a gran escala, armar a todos los campesinos y eliminar a las guardias blancas. La ciudad entera se paralizó. La tensión seguía al rojo vivo.

El 1º de septiembre de 1923, durante el informe anual de Obregón ante el Congreso, Jorge Prieto Laurens, presidente del Partido Cooperatista, acusó al presidente de intervenir en la campaña presidencial y le demandó erradicar el tejedismo de Veracruz. Esta situación trajo como consecuencia medidas paradójicas del gobierno: en Veracruz, Obregón cuidó su simpatía con el jefe de Operaciones Militares –seguramente por su genuino disgusto hacia el “radicalismo irresponsable” de Tejeda-, al mismo tiempo que se aseguraba una plaza de tan alto valor estratégico. Al día siguiente, por invitación de Sánchez y de la cúpula antitejedista, Obregón viajó a la Huasteca donde, sin la presencia de Tejeda, se concretó a criticar enérgicamente las acciones del gobierno veracruzano. Inmediatamente, como era de esperarse, la oposición exigió la renuncia al gobernador Tejeda. Sin embargo, como lógicamente el gobierno lo estaba impidiendo, no cabía la posibilidad de que Obregón entregara el estado a los cooperatistas. ¡Habría sido suicida!

La crítica de Obregón no buscaba entregar el estado a sus opositores electorales, buscaba ganar tiempo, frenar el radicalismo de Tejeda, afirmar a Sánchez que dentro del obregonismo tenía un lugar asegurado y tratar de impedir el rompimiento con De la Huerta. La situación era muy contradictoria y, en más de una vez, las múltiples interpretaciones a las que se prestaba, ocasionaba más caos. La derogación de autoridades no se consumó.⁴⁷⁴ Al mismo tiempo, Sánchez

⁴⁷¹ Carmen Blázquez Domínguez, op. cit., p.186.

⁴⁷² Heather Fowler Salamini, op. cit., p.234.

⁴⁷³ Romana Falcón, 1986, op. cit., p.154.

⁴⁷⁴ Ibid., p.160-163.

perdía terreno debido a desplazamientos de oficiales y regimientos ordenados desde el centro. Por lo demás, la situación parecía que estaba a punto de llegar a su desenlace.

Afortunadamente para los movimientos populares veracruzanos y para el mismo Tejeda, Guadalupe Sánchez, como cooperatista, sería uno de los principales promotores de la rebelión delahuertista en contra de Obregón y Calles.⁴⁷⁵ El triunvirato sonoreense se había fracturado en uno de sus vértices. Adalberto Tejeda, haciendo uso de su excelente tino, definió su postura, la cual no podría haber sido otra: enemigo del jefe de Operaciones Militares, Tejeda y su Liga de Comunidades Agrarias, aprovechando la coyuntura, pusieron a disposición del gobierno central un millón de pesos de los ingresos estatales del petróleo⁴⁷⁶ y a su guardia civil y a las pocas milicias campesinas con que contaban, además de las que, de inmediato, formaron.

La respuesta del centro fue satisfactoria: Obregón le pidió al gobernador veracruzano que organizase la resistencia⁴⁷⁷ con “todas las clases rurales y demás laborantes”. Con 2 000 rifles provenientes de la federación, Adalberto Tejeda, al frente de un contingente de campesinos, junto con Heriberto Jara, volvió a tomar las armas, esta vez en contra de Adolfo de la Huerta. Úrsulo Galván y la Liga se encargaron de las vías férreas y los pequeños poblados del centro y sur de Veracruz.⁴⁷⁸ La lucha estaba por definir, de nueva cuenta, la situación en favor del chicontepecano y, de paso, pondría a Jara al frente del Ejecutivo veracruzano.

Dadas las condiciones que hasta aquí hemos venido planteando, no cabe duda que el delahuertismo fue, al menos en esta parte del país, más que una mera lucha por el poder. En Veracruz, la rebelión se orientó en beneficio de los sectores acomodados, quienes la secundaron con el propósito de derrocar el tejedismo y la amenaza que les representaba.

Cuando la rebelión fue apagada, las organizaciones populares veracruzanas habían demostrado lealtad y valor, pero, sobre todo, quedó clara la necesidad que el gobierno tenía aún de estas fuerzas irregulares para resolver las crisis. La victoria colocó a las fuerzas populares en una posición que no habían tenido antes: su autonomía aumentó y su poderío se asentó sobre cimientos sólidos.⁴⁷⁹ Tejeda logró concretar un viejo deseo: los campesinos no fueron desarmados al dejar de requerir sus servicios, incluso se fortalecieron durante la gubernatura jarista (de

⁴⁷⁵Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.311.

⁴⁷⁶Heather Fowler Salamini, op. cit., p.235.

⁴⁷⁷Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.311.

⁴⁷⁸Romana Falcón, 1986, op. cit., p.165.

⁴⁷⁹Ibid., p.167.

diciembre de 1924 a diciembre de 1928) con la creación -entre varias agrupaciones agrarias de Puebla, Distrito Federal, Chihuahua, Morelos, Querétaro, Michoacán, Jalisco, Durango, Sinaloa, Tlaxcala y Veracruz- de la Liga Nacional Campesina (LNC), que desde un principio dejó muy claro que se trataba de una extensión del poder de los más prominentes líderes campesinos de Veracruz, del Partido Comunista y de Tejeda, entonces secretario de Gobernación callista.

Entre 1920 y 1928 se sentaron las bases del florecimiento del movimiento agrario en Veracruz. Adalberto Tejeda, luego de pasar por las Secretarías de Comunicaciones y tres años en el principal asiento ministerial del presidente Calles⁴⁸⁰ –sitial entre los hombre más poderosos de México-, volvería, con un ascendiente dentro y fuera de su estado natal, en diciembre de 1928, a ocupar el cargo de gobernador.⁴⁸¹

Durante los años en Gobernación, nada hizo mayor eco en Tejeda que la cuestión clerical. Excelente aliado del presidente, como muchos otros jefes natos revolucionarios de la época, el coronel se oponía al “*fanatismo*” y le achacaba la infinidad de males que perpetuaban la ignorancia, sumisión y pobreza de la población.⁴⁸² Concedor de la Carta Magna de 1917, sobre todo del artículo 130, con su actitud, se sentía con la preparación suficiente para comprender las *auténticas necesidades* del pueblo. Para él, el mejor gobierno era el gobierno ilustrado. “Enemigo implacable de la religión católica”, como secretario de Gobernación, estaba dispuesto a llevar los conflictos entre la Iglesia y el Estado hasta sus últimas consecuencias. En 1926, por las restricciones a la Iglesia, el registro y la limitación en el número de los ministros de culto, la guerra contra los seguidores de Cristo Rey comenzaba. Adalberto Tejeda se encargó de ser una fuerte influencia sobre el presidente Calles, propiciando que éste adoptara la actitud más hostil contra el clero.⁴⁸³

Desde esos días en la cartera ministerial, Tejeda ya planeaba la forma en cómo habría de volver al gobierno de Veracruz. Los obstáculos eran muy variados. Quizá el de mayor peso fue que, a pesar de todos los nexos que ya había tejido con el sector campesino, su campaña no lograba enganchar a éste u otro sector determinado de las sociedad. La Liga de Comunidades Agrarias no se había hechos sentir en los comicios porque creía, gracias a los nexos cada vez más estrechos con el Partido Comunista, que estos eran superfluos y propios de “regímenes burgueses”. Sin el peso

⁴⁸⁰Humberto Musacchio, op. cit., p.2858 y 2959.

⁴⁸¹Romana Falcón, 1986, op. cit., p.168.

⁴⁸²Hubonor Flores Ayala, op. cit., p. 312.

⁴⁸³Romana Falcón, 1986, op. cit., p.170-172.

específico de la Liga, lo más que logró presentar el coronel fue una plataforma personalista; más allá, el Partido Socialista Veracruzano de Obreros y Campesinos, por el cual se presentó Tejeda a las elecciones, nada tenía que ver con las verdaderas organizaciones de clase veracruzanas. En el mejor de los casos, estos “partidos”, como en el resto de las regiones, sólo eran maquinarias electorales de y para el poder.⁴⁸⁴

Otro de los obstáculos que tuvo que enfrentar Tejeda fue la prohibición expresa que hacia la Constitución sobre la reelección en los cargos públicos, una de las banderas originales de la Revolución. Afortunadamente para el coronel, Obregón estaba en la misma situación y en el ambiente político ya se clamaba por reformar la Carta Magna con el fin de permitir la reelección, siempre que ésta no fuese inmediata. Pero la reelección obregonista fue un arma de doble filo. Conforme se agigantaba la “*sombra del caudillo*”, se abría la brecha entre obregonistas y callistas. Tejeda, quien había padecido la oposición de Obregón durante los cuatro años de su gobierno, tenía relaciones cada vez más recias con el célebre *Manco de Celaya*. Era obvio que más le valía cortejar el apoyo del caudillo sonorensé. El mejor puente que podía tender fue su enérgica postura como secretario de Gobernación en torno al opositor antirreeleccionista en la contienda presidencial, el general Arnulfo R. Gómez, jefe de Operaciones Militares en Veracruz, región donde Gómez tenía mayor arraigo.

En los albores de la sucesión presidencial, Arnulfo R. Gómez había hecho patente su interés por participar en los comicios para renovar el poder Ejecutivo, pero el obregonismo no estaba dispuesto a perder la magnífica oportunidad. De inmediato, el secretario de Gobernación, Tejeda, arremetió contra los antirreeleccionistas en lo que llamó “excesos”, al mismo tiempo que defendía al presidente Calles de las acusaciones sobre la parcialidad de la maquinaria gubernamental que auspiciaba el retorno de Obregón. Esta situación acercó al veracruzano con el sonorensé.⁴⁸⁵

Pero ante todo, Tejeda seguía siendo un callista. Fue entonces que el diputado federal Arturo Campillo Seyde comenzó a mover sus hilos políticos para derrocar al gobernador Heriberto Jara y, con ello, poner la situación veracruzana a su favor y ganarle la partida al secretario de Gobernación. Para ese momento, la gubernatura de Jara estaba casi derrocada debido a que había perdido el apoyo de todos los personajes y grupos de interés dentro y fuera de Veracruz.

⁴⁸⁴Ibid., p.172.

⁴⁸⁵Ibid., p.173.

Muy pronto, como se había predicho, ante la negativa del secretario de Gobernación, la legislatura local derrocaría a Heriberto Jara. Sin embargo, los campillistas no lograron colocar a uno de los suyos como gobernador interino. Con una enorme capacidad de maniobra, fue el coronel de Chicontepec quien logró capitalizar los esfuerzos campillistas y dio el toque final para su regreso. Tejeda convenció al presidente Calles para que dejara en sus manos la apremiante situación de Veracruz. En tanto, el presidente no reconoció las dos gubernaturas interinas que surgieron: ni la de Andrés Gómez, ni la de Roberto Morales. En vez de eso, el presidente autorizó a su secretario de Gobernación presentar una terna para gobernador interino ante la Cámara de Senadores. Con el sartén por el mango, el triunfo fue para un cercano de Tejeda: Abel S. Rodríguez.⁴⁸⁶

Los meses previos a las elecciones locales fueron de mucha agitación. Los contendientes hicieron uso de todas sus armas, pero aún faltaba la parte decisiva, la parte informal: que Obregón no se opusiera al regreso del coronel. A Abel Rodríguez le tocó poner los andamios que facilitarían la reinstalación del tejedismo. Por principio, se desafió a los diputados y ayuntamientos campillistas. Con argumentos como la anticonstitucionalidad de la reelección, Campillo Seyde logró que el Partido Socialista Veracruzano de Obreros y Campesinos retirara la candidatura de Tejeda y, a cambio, sostuviera la suya. Pero, justamente, como furibundo obregonista y presidente de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, Seyde apoyó las reformas constitucionales para que Obregón pudiera reelegirse. Con ello, su principal argumento en contra de Tejeda se venía abajo.

Por esos días, también se reformó la constitución de Veracruz para permitir la reelección local. En abril de 1928, Tejeda renunció a Gobernación para competir por la gubernatura y gracias a un pacto de repartición de poderes, pudo hacer un acuerdo con el grupo obregonista para postular en Veracruz la fórmula Tejeda-Obregón.⁴⁸⁷ Era evidente que Obregón había dado el visto bueno a su candidatura, pero lo era más que Tejeda no contaría con verdadero respaldo del próximo gobierno. Nuevamente, sería la coyuntura lo que cambiaría su suerte.⁴⁸⁸

Después del gobierno interino del profesor Abel Rodríguez, Tejeda ganó las elecciones para gobernar por segunda ocasión del estado de Veracruz, esta vez de 1928 a 1932. Fue durante el segundo gobierno, con la muerte de Obregón, cuando ocurrió el esplendor del tejedismo:

⁴⁸⁶Ibid., p.175.

⁴⁸⁷Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.312.

⁴⁸⁸Romana Falcón, 1986, op. cit., p.177 y 178.

*“la alianza íntima que Tejeda estableció con los agraristas, la movilización y concentración de los trabajadores, el hecho de que los dirigentes del movimiento agrario y otros personajes cercanos al gobernador fueran ocupando municipios y curules legislativas, así como la directiva del Partido Nacional Revolucionario en la entidad, la consolidación e independencia de las milicias campesinas y, sobre todo, las profundas reformas en la estructura de la propiedad hicieron de éstos los 'años dorados' del agrarismo veracruzano y de Tejeda”.*⁴⁸⁹

Tejeda hizo gala de su habilidad política. Sirviéndose de todos los procesos, redefinió su postura al interior de Veracruz y en el centro del país. Los años que estaban por venir no fueron de calma, pero sí decisivos para el coronel chicontepecano. La profunda crisis política que desató José de León Toral —y los demás chacales anónimos—, el 28 de julio de 1928, dio origen al “*Maximato*”, periodo donde Plutarco Elías Calles se consolidó como el “*Jefe Máximo de la Revolución*”, por encima de la estructura formal de gobierno. Paradójicamente, fueron los acontecimientos de “La Bombilla” los que suscitaron profundas reformas que institucionalizarían la Revolución. En lapso de poco más de un año hubo que contener a los obregonistas, seleccionar a un presidente interino y después al candidato para el periodo 1930-1934, enfrentar la revuelta escobarista, poner fin a la rebelión cristera y crear el mecanismo político por medio del cual los diversos aspirantes al poder dirimieran sus diferencias en una atmosfera relativamente civilizada, sin volver a recurrir a las armas.

La primera reacción del secretario de Gobernación, Tejeda, a través del Partido Tejedista Veracruzano, fue aconsejar a Calles para que extendiera su periodo presidencial dos años más, pero en un marco legal no como, efectivamente, ocurrió. La idea se resumía en “el fomento al caudillaje”. A poco menos de un mes de su último informe de gobierno, Calles anunció que por ningún motivo seguiría el consejo del veracruzano, pues violaba la Constitución. En realidad, Calles consideraba que, ante un ambiente caótico y fervientemente obregonista, una decisión como ésa podría alimentar los riesgos de una nueva revuelta.⁴⁹⁰ Había, efectivamente, evidencia de que ese tipo de ambiciones se *cobraban* con sangre. Una de las máximas proclamas maderistas de 1910 se selló con la sangre del caudillo más poderoso de todo el país. Luego, entonces, la habilidad política de Tejeda para reelegirse en Veracruz fue magistral.

Con las aguas del río revueltas, el coronel trató de obtener la candidatura a la presidencia de la República después del periodo de interinato, su viejo anhelo. A través del Partido Socialista Veracruzano, Adalberto Tejeda pretendió tender un puente que buscara el apoyo de Calles; la

⁴⁸⁹Ibid., p.179.

⁴⁹⁰Romana Falcón, 1986, op. cit., p.180.

negativa de este último alejó, por decisión propia, al veracruzano del círculo más cerrado en torno al *Jefe Máximo*, sin darse, a lo largo del *Maximato*, un rompimiento definitivo.⁴⁹¹

El enfrentamiento entre Tejeda y el *Jefe Máximo* se notó en la formación del PNR, sólo unos meses antes de que se eligiera al candidato oficial a la presidencia. El 1º de diciembre de 1928, Emilio Portes Gil, viejo obregonista y hombre fuerte de Tamaulipas, había sido designado presidente interino; ese mismo día quedó integrado el Comité Organizador del nuevo partido, haciéndose extensiva la invitación a “todos los partidos, agrupaciones y organizaciones políticas de la República, de credo y tendencias revolucionarias”. Fue entonces que Tejeda sugirió que la organización del nuevo partido debía ser algo más que una mera confederación o amalgama de partidos regionales de poder; para el coronel la organización debía tender, como en Veracruz, a la legítima organización de masas, siendo un canal efectivo para las demandas populares, asegurando, finalmente, la genuina representación dentro del partido de los obreros y de los campesinos.⁴⁹² Sin lugar a dudas, la sugerencia distaba mucho de la primigenia concepción callista recogida de otras experiencias y contenidos regionales.

En Veracruz, como en prácticamente todo el país, la avanzada que prometía el PNR era dominante. Una de sus funciones centrales fue, desde luego, ir incorporando y sometiendo a los núcleos de poder regionales de todo México. La supervivencia de éstos dependía de qué tan clara tuvieran la situación y de su capacidad para adaptarse. El coronel de Chicontepec, por lo menos en un principio, buscó otro camino: establecer sus organizaciones populares y cerrar el paso al PNR en Veracruz. Mientras, Campillo Seyde se quedaba sin el mayor de sus sustentos. El coronel, por su parte, había comenzado tratos para que no se repitieran los errores, los conflictos y la incapacidad de gobernar de su primer periodo de gobierno: *la sombra del caudillo*.

La primera medida había apuntado a la lealtad del Congreso local. Alejado de Úrsulo Galván y de la liga –aliados al Partido Comunista–, Tejeda no podía permitirse dejar al azar un tema tan relevante como la lealtad futura de los diputados. Antes de asumir sus cargos, el 12 de octubre de 1928, 17 de los 19 diputados habían firmado un pacto de obediencia extrema al tejedismo. En tanto, las organizaciones populares campesinas de Veracruz habían entrado en un profundo conflicto con Calles y sus planes inmediatos: la creación del partido del Estado. Habían propuesto, entre otras cosas, que fueran los campesinos, y no el ejército regular, los depositarios del poder

⁴⁹¹Ibid., p.181.

⁴⁹²Ibid.

armado. Asimismo, lo más importante para los comunistas veracruzanos fue la formación de un partido político: el Bloque Unitario de Obreros y Campesinos (BUOC), que agrupó a diversos organismos del país, pero básicamente a sus dos fuerzas dominantes: la LNC y al PC. Inmediatamente, presentaron a Pedro Rodríguez Triana como su candidato y alternativa presidencial al proyecto callista. Cuando parecía que Tejeda se alejaba cada vez más de la liga, con un gobierno federal sin los medios para controlar el país, el general Escobar comenzó una revuelta que redefiniría la alianza del coronel chicontepecano con el movimiento campesino. La coyuntura le daba otra oportunidad.

Durante su segundo mandato, Tejeda reafirmó su política agraria radical e intensificó el reparto agrario con el apoyo de los campesinos.⁴⁹³ En marzo, cuando el PNR nacía y se nombraba candidato presidencial a Pascual Ortiz Rubio, estalló el movimiento escobarista. De la misma manera que en 1920 y 1923, Veracruz desempeñó un papel central. Como en la pasada rebelión delahuertista, de inmediato Tejeda puso a disposición del gobierno central cerca de 4 000 guerrilleros bien armados al mando de Lindoro Hernández, que pronto fueron duplicados y pertrechados por el presidente Portes Gil. Apenas 72 horas después de la toma de Xalapa por el general rebelde Jesús M. Aguirre, el gobierno pudo entrar tranquilamente al puerto de Veracruz. De inmediato se inició la recuperación de todo el estado.

El 20 de marzo, fusilado el general Aguirre, se dio por suprimido el levantamiento rebelde en Veracruz. Tejeda se apuntaba un triunfo más.⁴⁹⁴ Las guerrillas campesinas veracruzanas volvieron a mostrar su efectividad, pero sobre todo su lealtad al régimen constitucional al salvar, una vez más, al gobierno federal. La ayuda que brindaban los agraristas veracruzanos era tan efectiva que se comisionó a muchos líderes de la LNC para levantar en armas a los campesinos de diversas zonas de la República para apoyar al gobierno. Dando un giro de 180⁰, Galván se separó de los comunistas, aseguró a las autoridades federales el apoyo de la liga veracruzana y de la LNC y entorpeció la campaña presidencial de Rodríguez Triana. Esta decisión fue factor de fortalecimiento de las organizaciones populares y del gobernador. La relación entre Galván y Tejeda fue cada vez más estrecha; la misión de Tejeda fue apoyar a los líderes de la liga para que empezaran a adueñarse de los diversos cargos políticos estatales; la del líder agrarista fue poner al servicio del coronel la lealtad y eficacia de las milicias campesinas, mientras éstas tejían las redes que unieran los diversos centros de poder para las reformas. Empezaba la verdadera

⁴⁹³ Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.313.

⁴⁹⁴ Ibid.

independencia y autonomía local –con las milicias al mando exclusivo del ejecutivo local- y la etapa dorada del tejedismo y del agrarismo veracruzano.⁴⁹⁵

Durante su primer mandato, Tejeda había entregado 123 239 hectáreas a los campesinos; para su segundo periodo casi logró triplicar la cifra con 334 493 hectáreas, todo gracias al apoyo de sus fuerzas irregulares, el brazo armado del tejedismo.⁴⁹⁶

Las milicias campesinas, sin embargo, enfrentaban un doble problema que les impedía una verdadera hegemonía sobre Veracruz –en contraste con el férreo dominio que estableció Saturnino Cedillo sobre San Luis Potosí- y que terminaría por minar su solidez. Al interior de éstas había profundas quejas sobre grupos que se extralimitaban en sus funciones; muchos de éstos constituían un germen intestino que carcomía al movimiento campesino debido al caciquismo de muchos de sus dirigentes intermedios. Al exterior, las milicias enfrentaban una no menos dolorosa batalla por las limitaciones a su autonomía que le imponían las autoridades federales. Se trataba de recuperar para las autoridades federales el control del poder armado, una razón de Estado. Muy pronto la autonomía de las milicias sería trastocada por el desabastecimiento de armas que la Secretaria de Guerra, la presidencia y el *Jefe Máximo* les hacían.

Para estas alturas, Joaquín Amaro tenía la firme encomienda de concentrar el poder militar que la Revolución había esparcido por todo el territorio nacional; su primera tarea fue reorganizar este cuerpo irregular de acuerdo con las formas como se reglamentaba el ejército federal. Para la primavera de 1931, las fuerzas estaban organizadas en batallones y compañías, y bajo el control de Miguel M. Acosta en la jefatura de Operaciones Militares, misma que se encontraba en plena cooperación con el gobernador veracruzano. Asimismo, se prohibió a los agraristas sacar las armas del cuartel cuando no estuvieran en servicio. Sin embargo, en realidad los cuerpos militares campesinos siguieron manteniendo una notable libertad y a Tejeda como su jefe nato. Afortunadamente para el coronel, el movimiento que encabezaba en Veracruz no basó su poder y su capacidad para implantar reformas exclusivamente en su fuerza armada, incluso cuando, de hecho, fue la pieza fundamental. Más bien, el tejedismo logró montarse una maquinaria política más acorde con sus principios.⁴⁹⁷

⁴⁹⁵Romana Falcón, 1986, op. cit., p.185-187 y 189.

⁴⁹⁶Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.314.

⁴⁹⁷Romana Falcón, 1986, op. cit., p.192.

Para poder modificar a la sociedad veracruzana, Tejeda buscó que el movimiento campesino tuviera un gran poder. La clave: organizar y movilizar, como muchos de sus contemporáneos, a los sectores populares, mientras comprometía su palabra con sus dirigentes y les facilitaba buena parte del gobierno. La ganancia era doble: con una complicada “*alquimia electoral*”, tomaron la mayor parte de los asientos de la legislatura veracruzana –incluso, a finales de 1931 extendieron su cargo por un mes más para poder sesionar durante las elecciones de 1932 y asegurar respaldo al ejecutivo- y los “municipios/ayuntamientos rojos” –en los que comúnmente movía las cabeceras a su conveniencia y que representaron el puente de unión entre la cúspide del poder estatal y los habitantes de los pequeños pueblos veracruzanos-, a través del control del PNR local –los mediadores en esta negociación-, determinaron la acción del sistema judicial y de los organismos encargados de la dotación de tierras.

Tejeda fue más allá cuando obligó a las autoridades locales, electas en 1932, a firmar una renuncia con la fecha en blanco, que permanecería en poder de la Liga de Comunidades Agrarias.⁴⁹⁸ Siempre creyeron en éstos como brazos ejecutores de “un proyecto socialmente avanzado”. Mientras Tejeda colaboraba y garantizaba el resultado de las elecciones, protegía a su grupo y aseguraba la filiación agrarista a su gobierno. Al mismo tiempo, afirmaba la fidelidad de sus funcionarios. Así como brindó su apoyo a sus favoritos imponiendo y respetando a los líderes naturales y hombres fuertes campesinos, muy a menudo Tejeda destruyó, con armas tanto legales como informales, los focos opositores a su gobierno; desaforó a diputados, senadores y presidentes municipales que simplemente no le eran leales,⁴⁹⁹ sustituyendo a estos últimos, como antaño, por Juntas de Administración Civil que él mismo, ya como mera rutina administrativa, supervisaba. Tejeda pensaba que la democracia no tenía cabida cuando los trabajadores tenían un bajo nivel educativo, es decir, para el gobernador la democracia debía esperar, mientras él ofrecía aplicar sus principios y consolidar su poder para imponerse a sus *enemigos de clase*.⁵⁰⁰

A pesar de sus intentos, Adalberto Tejeda no logró la anhelada unión de las fuerzas proletarias de veracruzanas; todavía, el agrarismo tejedista estuvo lejos de ser una movilización homogénea de los campesinos del estado. Tejeda estaba convencido de que la educación debía ser el pilar sobre el cual se cimentara la labor revolucionaria y el progreso del pueblo. Desde su perspectiva, la educación debía ser, por fuerza, práctica, añadiendo conocimientos técnicos que pudieran ser

⁴⁹⁸Ibid., p.198.

⁴⁹⁹Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.314.

⁵⁰⁰Ibid., p.193.

útiles para la producción del país; de acuerdo con esto, fomentó la educación rural, el número de escuelas rurales se duplicó entre 1929 y 1932, y la población con escolaridad aumentó a lo largo de todo el periodo. Y, como no podía ser de otra forma de acuerdo al tinte que había tomado la obra revolucionaria, desplegó una campaña de “*desfanatización*”, erradicación de vicios como el alcoholismo o la prostitución; alumnos y maestros adoptaron la bandera en boga y emprendieron acciones en contra de la Iglesia. Las acciones fueron desde propaganda anticlerical hasta enfrentamientos directos, agresión, destrucción e incendios a los edificios de los católicos. Para junio de 1931 se promulgó una ley que reducía el número de curas a uno por cada cien mil habitantes.⁵⁰¹ Según el censo de 1930⁵⁰², en Veracruz habitaban 1 377 293 personas, por lo que el número total de sacerdotes era apenas de 13. La enfrenta había alcanzado su cúspide. El coronel Adalberto Tejeda había fungido como nexo e intermediación con el gobierno federal.

⁵⁰¹Hubonor Flores Ayala, op. cit., p.314 y 315.

⁵⁰²Quinto Censo de Población, [en línea], México, Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, INEGI, 15 de mayo de 1930, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1930/ver/QCPEVER30I.pdf, [consulta: 7 de diciembre de 2012].

d. Ensayo de un gobierno incesante: Lázaro Cárdenas del Río y Michoacán.

“Creo que para algo nací [...] Vivo siempre fijo en la idea de que he de conquistar fama. ¿De qué modo? No lo sé. [...] Tan sólo de libertador de la patria.”
Del primer diario personal de Lázaro Cárdenas, 16 de junio de 1912.*

Lázaro Cárdenas del Río fue el hombre fuerte del estado de Michoacán. Caso muy especial en este recuento de la conformación del nuevo mapa del poder político regional, el general Cárdenas trascendió al ámbito nacional no sólo por su innegable influencia en el derrotero de los acontecimientos político-históricos de la Revolución -a través de la forma en que los poderes locales intermediaron con el centro-, sino que, dado que su importancia va más allá del simple nexo y la negociación, y es lo que lo distingue del resto de caciques, caudillos y jefes natos locales, Cárdenas es, ciertamente, un verdadero parteaguas.

Si algún personaje del siglo XX ha sido trabajado es, precisamente, Lázaro Cárdenas. Tenemos una enorme cantidad de trabajos sobre Cárdenas *el hombre*, *Cárdenas el general*, *Cárdenas el gobernador*, *Cárdenas el presidente*; en fin, un sinnúmero de literatura sobre *la obra cardenista*. Y es que parece que no hay otro actor político que haya sido merecedor tan vasta producción literaria, lo cual, por lo demás, nos sitúa en un caso privilegiado para los fines de este trabajo. En palabras del Maestro Samuel León, “antes de 1934 todos fueron antecedentes y, después de 1940, consecuencias”⁵⁰³. Así, sin más, el general Lázaro Cárdenas destacó hasta lograr, indudablemente, la construcción de un poder político hegemónico, condición necesaria para instrumentar, efectivamente, *un gobierno incesante*.

En mucho, siempre ha existido ante la figura del general Cárdenas una petición que necesariamente nos conduce a repensar el cardenismo. No sabemos hasta qué punto la vocación equivale a la realidad, que el Estado existe para procurar el bien de la sociedad y no para procurarse a sí mismo, simular o disimular; más aún, si quien gobierna es un hombre como Lázaro Cárdenas o los cardenistas. No ha sido el interés de este trabajo responder a esa cuestión. No sabemos, efectivamente, si Lázaro Cárdenas perseguía, en realidad, sus fines y ambiciones personales o si las profundas crisis y problemáticas del México contemporáneo se originaron entonces –empero, hay quienes están dispuestos a *quemar su casa con tal de ver la de enfrente arder*. Creemos, por lo demás, que el ensayo de gobierno -como el gobierno mismo- es y será,

*Visto en Fernando Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana, II. El caudillismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p.27.

⁵⁰³Samuel León y González (coordinador), *El cardenismo 1932-1940*, México, Fondo de Cultura Económica, serie: Historia Crítica de las Modernizaciones en México, 2010, Tomo 5, p.14.

simple y llanamente, respuestas de su tiempo a problemáticas de su tiempo. Nuestro objetivo queda satisfecho en el momento mismo que afirmamos lo que, efectivamente, si sabemos: hechos, los que, innegablemente, existieron.

i. La influencia: entre el crecimiento económico y la frustración social.

Lázaro Cárdenas del Río fue el hombre fuerte de Michoacán y, más tarde, el hombre legítimamente fuerte de la Federación, transición esencial para entender el Sistema Político Mexicano contemporáneo.

El estado de Michoacán se encuentra en el lado oeste de México. Tiene una extensión territorial 59 864km², y representa 3.03% de la superficie total de la República. Los estados que colindan con Michoacán son: al norte, Jalisco y Guanajuato; al noreste, Querétaro; al este, los estados de México y Guerrero; al sur, parte de Guerrero, y al oeste Colima y parte de Jalisco. A grandes rasgos, Michoacán se divide en cuatro zonas: la del norte, que comprende la Ciénega de Chapala y el Bajío; la del centro, ubicada en el Altiplano; otra es la de Tierra Caliente y finalmente la del sur; estas tres últimas son las más extensas.⁵⁰⁴

Según el *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos*⁵⁰⁵, realizado en 1910, la población total de nuestro país era de 15 160 369 habitantes, a los que Michoacán de Ocampo aportaba 991 880 habitantes. Ocupa el decimosexto lugar por área entre las entidades de la República, el sexto por población y el noveno por densidad. Sus costas son rectas, uniformes y desprovistas de todo género de accidentes, y poco útiles por las grandes dificultades que representaba la Sierra Madre del Sur a la comunicación en las zonas pobladas de la costa. La constitución de su suelo está integrada esencialmente por rocas ígneas, sedimentarias y metamórficas, reflejo particular de un estado lleno de contrastes.

Asentado en el núcleo montañoso de la Sierra Madre del Sur, el estado de Michoacán ofrece en su aspecto general una gran desigualdad geográfica. A causa de lo quebrado del terreno, los ríos forman numerosos saltos. El clima varía con la situación orográfica y la altura: frío en las serranías, templado y semicálido en los valles y planicies, y caliente en el Sur y en el litoral. La flora y la fauna son exuberantes. La agricultura constituye la principal riqueza del estado: se cultivan cereales,

⁵⁰⁴Álvaro Ochoa Serrano y Gerardo Sánchez Díaz, *Breve historia de Michoacán*, México, Fondo de Cultura Económica, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 2003, pp.13.

⁵⁰⁵Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos, [en línea], México, Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento, INEGI, 27 de octubre de 1910, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1910/1910_p1.pdf, [consulta: 20 de septiembre de 2012].

gramíneas, frutas, arroz, café, caña de azúcar, añil y morera. La Hacienda fue la unidad productiva en torno a la cual giró el desarrollo agropecuario y la economía rural de Michoacán. Las selvas del estado dotaron de madera a la República. La cría del ganado estaba cobrando auge a la par de la explotación minera, pero la falta de medios de comunicación había obstaculizado profundamente el aprovechamiento de las riquezas del estado.

De acuerdo con el *Censo General de Habitantes*⁵⁰⁶ (el cuarto de su tipo), en 1921, la población total de la República Mexicana era de 14 334 780 habitantes, le corresponde una densidad relativa de 7.27 habitantes por kilómetro cuadrado. A esa cifra, Michoacán de Ocampo aportaba 935 018 habitantes. Para entonces, existen en Michoacán numerosos criaderos minerales de diversa naturaleza, entre los que se pueden señalar: antimonio, azufre, bismuto, cinabrio, cobre, fierro, jaspe, manganeso, mármol, ópalo, oro, plata, plomo, pórfido y zinc; siendo los más explotados el oro, plata y plomo. Por esos días, la explotación minera estaba experimentando un profundo auge económico pues, durante el año de 1922, se explotaron en el estado 2 768 kilogramos de oro, 58 275 kilogramos de plata y 6 365 kilogramos de plomo; por lo que Michoacán ocupó, por la producción de oro, el tercer lugar entre los estados más productores de este metal.

La agricultura y la minería siguen siendo las principales industrias con 410 haciendas y 4 231 ranchos distribuidos por toda la entidad. La industria fabril seguía explotándose a pesar de las convulsiones político-sociales, principalmente el algodón y la lana. Existen, además, fábricas de loza y alfarería; de muebles y objetos de arte; ingenios para la extracción de los distintos derivados de la caña de azúcar; fábricas de jabón y molinos de semillas oleaginosas; fábricas de pastas alimenticias; de vinos y cervezas; molinos de trigo; talleres mecánicos de carpintería, ebanistería y de toda clase de artículos de indumentaria; herrerías y hojalaterías; y, en una palabra, se fomentan las pequeñas industrias necesarias a la vida de los pueblos, llevando corrientes de caudales para bienestar de las clases capitalistas y laborantes. Por último, y gracias a que la agricultura y vegetación son exuberantes, debe mencionarse el corte de maderas preciosas y de construcción, y la selección de ganados de distintas especies, que también son valiosas fuentes de recursos.

Las vías de comunicación han crecido respecto a 1910; sin embargo, aún no es un tema del todo resultado, pues, debido a la topografía abrupta, existían severas limitaciones que, empero, no

⁵⁰⁶Censo General de Habitantes, [en línea], México, Talleres Gráficos de la Nación, Departamento de la Estadística de la Nación, INEGI, 30 de noviembre de 1921, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1921/EUM/RCGH211.pdf, [consulta: 20 de septiembre de 2012].

tardarían en ser superadas debido a la importancia que tiene para el desarrollo social y económico. Prueba de ello es que, para entonces, varias vías férreas ya comunicaban al estado: Maravatío-Zitácuaro, México-Acámbaro, Pénjamo-Ajuno, Acámbaro-Uruapan, y México-Irapuato-Guadalajara-Manzanillo. Asimismo, existía la red de Telégrafos Nacionales, teléfonos del gobierno y servicio postal. Dada la topografía muy accidentada, son pocos los caminos y carreteras, mismo problema que sufren los ferrocarriles.⁵⁰⁷

El *Quinto Censo de Población*⁵⁰⁸ se realizó en 1930, para entonces la población total de nuestro país había aumentado a 16 552 722 habitantes. En Michoacán de Ocampo ocurría también un incremento en el número de su población, la cual ascendía a 1 048 381 habitantes. Los principales productos agrícolas del estado seguían siendo el maíz, el trigo y la caña de azúcar. La superficie cosechada de los mismos, junto con la de los demás cultivos que se practican, fue, en el período de mayo de 1929 a mayo de 1930, de 339 655 hectáreas, y el valor de la producción de 18 318 175 pesos, incluyendo estos datos los relativos a sus 18 principales cultivos. El suelo seguía siendo rico en yacimientos minerales; en el año de 1929 se extrajeron 828 999 toneladas de mineral, comprendiendo dicha cifra: oro, plata, plomo y cobre. El valor de la producción minera, en el mismo año, fue de 8 666 017 pesos. La actividad industrial, sin ser de las más intensas de la República, no fue tampoco de las más débiles. En el año de 1929 la producción total del estado tuvo un valor de 19 588 267 pesos. Los Ferrocarriles Nacionales de México extendieron algunas de sus líneas a varias poblaciones del estado, comunicándolas entre sí y con puntos de otras entidades de la República; pero, en general, la comunicación seguía siendo un tema inacabado por la conformación escabrosa del suelo. Las carreteras de trazo antiguo y caminos de herradura siguen siendo la forma en que se llena este servicio.

Así como los contrastes, según narra William C. Townsend, las circunstancias familiares definitivamente marcaron a Lázaro Cárdenas. En el pueblo de Jiquilpan de Juárez, Lázaro Cárdenas tuvo un verdadero hogar donde nacer. Esto no significa que sus padres tuvieran una buena posición o muchos recursos; por el contrario, sus ingresos eran sumamente pequeños para sus necesidades. Abandonando un pequeño cuarto alquilado, y por dote de una tía lejana de su

⁵⁰⁷ Ibid.

⁵⁰⁸ Quinto Censo de Población, [en línea], México, Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, INEGI, 15 de mayo de 1930, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1930/EUM/QCPRG30I.pdf, [consulta: 20 de septiembre de 2012].

madre, doña Felicitas del Río, la familia Cárdenas vivió en una cómoda -aunque modesta- casa, donde se crió el futuro Presidente.⁵⁰⁹

Aquel pueblo que lo vio nacer tiene fuertes características propias. En un lugar donde la mortalidad infantil fue por siglos muy aproximada al cincuenta por ciento, maravilló que los padres de Lázaro –don Dámaso Cárdenas Pinedo y doña Felicitas del Río Amezcua- no perdieran a ninguno de sus ocho hijos –Margarita, Angelina, Lázaro, Dámaso, Josefina, Alberto, Francisco y José Raymundo- durante la infancia de éstos. Sin embargo, no significa, en ningún sentido, que Jiquilpan se encontrara en mejores condiciones que el resto de Michoacán, -aunque su elevación sobre el nivel del mar le dé mejores y más saludables climas que el de cualquier pueblo de las regiones calientes e insalubres de las partes bajas de aquel México-; tampoco quiere decir que las condiciones socioeconómicas hayan sido mejores, ni que existieran mejores servicios médicos, más aun, había comunidades en las que éstos no existían. Jiquilpan no poseía hospital, pero de vez en vez, por temporadas, tenía un médico residente. Por tal motivo, don Dámaso, sin ninguna preparación más que su decidido esfuerzo, curaba a la gente -sus curaciones le habían hecho de gran reputación-, especialmente a los campesinos pobres. Esto no era sino el modo en que respondía a las necesidades imprevistas y nunca fue la manera como se ganaba el sustento, pues lo mismo atendía a quienes no podían pagar nada que a quienes le retribuían con un peso o dos, con una gallina o una canasta de fruta. Pronto, todas estas muestras de su padre sirvieron al joven Lázaro para combatir las enfermedades y la mortalidad de madres e hijos; su promesa: justicia social, emancipación de trabajadores y campesinos, y dignidad nacional.

Francisco Cárdenas, nacido en Zapotlán el Grande, Jalisco, abuelo de Lázaro, era tejedor. Lo más natural para Dámaso habría sido seguir el mismo oficio de su padre y sus antecesores y, a su tiempo, transmitirlo a su hijo Lázaro. Pero, el negocio de tejedor producía muy pocos ingresos, ya que las cobijas finas de lana y los elegantes rebozos, cuando se vendían, apenas producían un poco más del costo del material invertido. Así que don Dámaso probó fortuna rigiendo una pequeña miscelánea en el pueblo, con lo que no le fue tan bien. Más tarde, de a poco, logró una sociedad con un pariente de la familia Pinedo (la familia de su madre) en una fábrica de jabón y contrajo nupcias con Felicitas Del Río. La sociedad no duro mucho, pues, en ese entonces, conforme la popularidad, adquirió una mesa de billar y fundó “Reunión de Amigos”, lugar del primer fonógrafo de bocina que conoció Jiquilpan, esparcimiento, dados, alcohol, cigarrillos, burlas, platicas

⁵⁰⁹William C. Townsend, *Lázaro Cárdenas-Demócrata Mexicano*, México, Grijalbo, 1987, cuarta edición, p.30.

obscenas y profanas. Enemigo desde entonces del cigarrillo, Lázaro encaró, con su influencia y autoridad, estos vicios.⁵¹⁰

Más afortunados que muchas familias de Jiquilpan, los Cárdenas sobrevivían con quince pesos al mes, una vaca lechera, un pozo y una pequeña bomba en su patio que les permitía tener agua suficiente para las necesidades familiares, en lugar de acarrearla del río que pasaba por las afueras del pueblo. Muchos vecinos sacaban agua de ese pozo. Ya como Presidente, Lázaro se empeñó en una intensa cruzada para llevar el agua por medio de tuberías a cientos de pueblos del país.

El abuelo Francisco poseía un pedazo de tierra en el monte de San Francisco dedicado a la siembra. El joven Lázaro acompañaba a su abuelo hasta el “*montón de piedras*”, como denominaban al pedazo de tierra que poseían, y allí trataban de obtener alguna cosecha del estéril suelo. La cercanía de su pobre haza con las tierras del valle hacían evidente el contraste: las segundas pertenecían a un solo hombre, mientras los vecinos labraban, como *semiesclavos*, sólo las cimas o las faldas de cerros pedregosos, donde nada crecía. Llegaría el día en que Lázaro restituyese aquellas extensiones a los descendientes de los primeros propietarios. Las experiencias adquiridas en el “*montón de piedras*” no habrían de ser en vano.⁵¹¹

Por aquel entonces Jiquilpan tenía dos escuelas. El desagrado que la coeducación generaba antes de la Revolución hacía que, donde las mujeres tenían acceso a la educación, existiera una escuela de niñas y una de niños. La escuela de niños tenía al frente al profesor liberal Hilario de Jesús Fajardo. Su tarea era la de enseñar, él solo, a cinco cincuenta muchachos. Allí Lázaro aprendió que “el árbol es el mejor amigo de los niños, los cobija con su sombra, da salud y frutos y enriquece a los países”.⁵¹²

Lázaro era un muchacho extraño. Callado y retraído, buscaba de preferencia la compañía de los mayores. Se acercaba a los amigos de su padre para que le platicaran de botánica e historia. Leía los pocos libros que tenía a su alcance en Jiquilpan y se reunía con hombres ilustrados.⁵¹³

Jiquilpan era, como todos los pueblos de la región, muy religioso. Aunque don Dámaso no era muy cercano a la Iglesia, doña Felícitas veía que sus hijos fueran, de vez en vez, a misa. Fue entonces que los males del fanatismo religioso se hicieron presentes a los ojos de Lázaro. Pensaba,

⁵¹⁰Ibid., p.33 y 33.

⁵¹¹Ibid., p.34.

⁵¹²Enrique Krauze, *Lázaro Cárdenas-General misionero*, México, Fondo de Cultura Económica, serie: Biografía del Poder, 2002, Quinta reimpresión, número 8, p.7.

⁵¹³Fernando Benítez, op. cit., p.14.

entonces, que sólo la diversión y el descanso que la fiesta proporcionaba a los trabajadores era lo mejor que la religión tenía que ofrecer. Por aquellos días de solemnidad, Modesto Estrada, el viejo sastre del pueblo, narraba al joven Lázaro sus aventuras en combate y campañas militares, de ellas se alcanza a rastrear su tenacidad en combate -o testarudez, a criterio de quien la juzgue.

La disciplina de su padre nunca pensó para Lázaro en el sacerdocio, por tal motivo, el joven fue enviado con el recaudador de rentas, Donaciano Carreón, amigo de don Dámaso, donde entró como empleado. Aquel recaudador era un hombre de pensamiento político liberal que simpatizaba con el movimiento antirreeleccionista del coahuilense Francisco I. Madero para derrocar a Porfirio Díaz e instituir las reformas democráticas. Gracias a él, el joven Lázaro tuvo acceso a la literatura liberal y la semilla revolucionaria había sido plantada, pronto produciría abundante cosecha. Desde ese puesto, Lázaro era testigo de las injusticias, vejaciones y abusos que el régimen de Díaz estaba cometiendo con los campesinos más pobres, sometiéndolos, por igual, a la leva.⁵¹⁴

Cuando el movimiento de Madero triunfó, Jiquilpan había sido muy poco afectado por los movimientos militares surgidos para el derrocamiento de Díaz. Los combates se habían desarrollado o muy en el norte o muy en el sur, con lo que Jiquilpan había estado prácticamente aislado del resto del país. Más aún, para ir a la Ciudad de México era necesario montar a caballo hasta las orillas del lago de Chapala y cerca del pueblo de Sahuayo embarcarse en una lancha para cruzar hasta la otra ribera. De allí, montar nuevamente a caballo para abordar el tren de Guadalajara a Querétaro y viajar un día y una noche hasta la capital. A causa de las enormes limitaciones, las nuevas ideas revolucionarias llegaban con mucho retraso a Jiquilpan.⁵¹⁵ Con todo, el llamado de las armas no se haría esperar y el joven Lázaro, con todo su aprendizaje, muy pronto se uniría a la Revolución.⁵¹⁶

En la soledad de su despacho, donde comúnmente escribía, anotaba y plasmaba sus ideas -aquellas que si no se escriben se van y no se sabe hasta cuando vuelvan-, acompañan al general dos cuadros escenográficos obra de Diego Rivera y Clemente Orozco. En el de Orozco, a espaldas de donde el general escribe, aparece un Gandhi desarmado que, con la sola fuerza de su voluntad y la de su pueblo, rompe las cadenas del imperio británico. En el otro, el de Rivera, un

⁵¹⁴William C. Townsend, op. cit., p.35-37.

⁵¹⁵Según narra Fernando Benítez, "El Imparcial", el mejor periódico del país -aunque no hiciera honor a su nombre-, tardaba seis días en llegar a los tres rios que habían en Jiquilpan.

⁵¹⁶William C. Townsend, op. cit., p.38.

esplendoroso Ricardo Flores Magón alza su puño, mientras los fusiles lo defienden. Al pie de esa icónica escenografía, Lázaro Cárdenas escribía sobre la libertad, la paz, la fuerza de voluntad, la fuerza del pueblo, las ideas liberales y los fusiles.⁵¹⁷

En el último tercio del siglo XIX, y durante los albores del porfiriato y la revolución maderista, la propiedad comunal y privada rural michoacana se componía de 163 comunidades, 352 haciendas y 3 695 ranchos y pequeñas propiedades. Las tierras comunales estaban principalmente en Pátzcuaro, Uruapan, Maravatío, Jiquilpan, Huetamo, Coalcomán y Puruándiro, y las haciendas y ranchos en Morelia, Zinapécuaro, Zitácuaro, Tacámbaro, Ario, Zamora, Apatzingán y La Piedad. Mientras el gobierno de Porfirio Díaz se establecía a nivel nacional, el general Mariano Jiménez, oriundo de Oaxaca y cercano a Díaz, se establecía como el gobernador michoacano. Durante su gestión (1885-1892) la propiedad comunal se redujo considerablemente. El gobierno estatal practicó una política agraria encaminada a fraccionar y privatizar dichos terrenos. Nombró comisiones repartidoras, integradas por funcionarios de cada pueblo que, como norma general, no se ajustaban a los planteamientos jurídicos cumpliendo con la política a través de fraudes, engaños y despojos que en seguida originaron fuertes conflictos sociales y agrarios.

Los terratenientes aprovecharon los repartos de las tierras comunales indígenas para ampliar sus propiedades. Como ocurrió en muchas regiones del país, los hacendados nacionales y extranjeros extendieron su propiedad hasta terrenos de las comunidades colindantes que, junto con los efectos de las nacionalizaciones y ventas de las leyes de Reforma, provocó una excesiva concentración de tierras. Dos sectores sociales se beneficiaron particularmente de la desamortización y el despojo: algunos jefes militares liberales y algunos comerciantes y agiotistas que especularon pretendiendo revender más tarde. Del primer grupo sobresalen los generales Epitacio Huerta, Porfirio García de León, Felipe Berriozábal y Epifanio Reyes; del segundo grupo, Agustín Luna, Manuel Cárdenas, Cayetano Gómez, Isidro García Carrasquedo, Juan Calderón y Feliciano Vidales.⁵¹⁸

Como en prácticamente todo el país, en Michoacán el plan modernizador del porfiriato comenzó a arrojar contradicciones y disparidades. Todavía en 1911, millares de pueblos no habían sido alcanzados por la revolución y en mucho conservaban su antigua apariencia. Jiquilpan era uno de ellos. Situado al noroeste de Michoacán, en las vecindades del lago de Chapala, Jiquilpan tenía más

⁵¹⁷Adolfo Gilly; Lázaro Cárdenas; Cuahtémoc Cárdenas, *Tres imágenes del general*, México, Taurus, 1997, pp.21.

⁵¹⁸Álvaro Ochoa Serrano, op. cit., p.153-155.

vecindad con Guadalajara que con Morelia, su propia capital. La ruta para salir de Jiquilpan era una recorrido hacia la pequeña aldea ribereña de La Palma, en vapor hasta Ocotlán para, finalmente, tomar el ferrocarril a Guadalajara. Jiquilpan no era otra cosa que un pueblo soñoliento en las faldas del cerro de San Francisco. Vivían principalmente de los obrajes, talleres donde se fabrican rebozos y sarapes. Había también curtidores que preparaban suelas, vaquetas, sillas de montar, y algunos herreros. Nada parecía haber cambiado en cien años.⁵¹⁹

Jiquilpan seguía siendo un cuadro familiar desde la colonia. Los operarios de los obrajes ganaban 25 o 50 centavos y los dueños percibían 3 o 4 pesos diarios. Los curtidores y los herreros, quienes vivían con cierto desahogo, ganaban 5 pesos diarios. Jiquilpan era muy famoso por su leche, por sus “trancas” -unos macizos panes de huevo- y por sus quesos. Pero, sumido en un sistema tradicional que no anunciaba la modernidad porfirista ni participaba de la Revolución, Jiquilpan sufría una gran pobreza. Sus mil habitantes –excluidos niños y mujeres- la pasaban sembrando terrenos pedregosos donde nada florecía, ayudando con la arriería, el comercio ambulante, la emigración temporal, una vaca, dos o tres cerdos y varias gallinas.⁵²⁰

En Jiquilpan, los vecinos estaban ligados por estrechos lazos de parentesco y amistad, conscientes de que ésa era la única forma de sobrevivir en un ambiente carente de oportunidades, sumergido en la miseria y al margen de grandes haciendas, que más bien eran imperios ganaderos y agrícolas.

La propia ubicación geográfica de Michoacán lo conformó como un lugar de tránsito obligado entre el norte y el centro del país. La destacada intervención de varios michoacanos se debió a esa situación. Sin embargo, Michoacán fue una de las entidades donde, a la postre, los grupos vinculados al centro porfirista quedaron sumamente debilitados; allí, la construcción de un poder local fue lento; políticos frágiles, desde el general Gertrudis Sánchez hasta el ingeniero Pascual Ortiz Rubio, ocuparon la gubernatura del estado. Michoacán no fue cuna de ninguno de los ejércitos revolucionarios, ni tampoco aportó contingentes significativos a las fuerzas revolucionarias, más bien, fue una zona contrarrevolucionaria donde destacó el bandolerismo de fuerzas rebeldes, como las de José Inés Chávez García, Jesús Cíntora y José Altamirano. Es en ese escenario de incertidumbre, de inestabilidad y de bandidaje que la figura de Lázaro Cárdenas, como jefe de operaciones militares y gobernador, fiel a las fuerzas centrales, toma importancia.⁵²¹

⁵¹⁹Fernando Benítez, op. cit., pp.7.

⁵²⁰Ibid., p.8.

⁵²¹Samuel León, op. cit., p.19.

Si bien Michoacán no fue escenario de grandes batallas revolucionarias, existe evidencia de que entre 1915 y 1918 sus secuelas tocaron las viejas estructuras porfirista de la sociedad michoacana. Las fincas fueron saqueadas e incendiadas. En 1915 los destructores fueron villistas. De 1916 a 1918 Inés Chávez asoló el norte del estado. En 1918 la fiebre afectó a la población e incrementó el número de defunciones. Con ello, la población se concentró en las ciudades y las fincas fueron abandonadas. Las haciendas dejaron sin laborar la mayor parte de sus tierras. Todas estas secuelas de la guerra lograron derribar el aparato político del antiguo régimen, la consecuencia inmediata fue la aparición de nuevos grupos políticos que empezaron a mover y disponer el poder estatal. El poder de los terratenientes comenzó a ser minado y gran parte de la población tuvo que migrar para protegerse de la guerra, de la violencia y del pillaje. Muchos de los que se quedaron formaron, para protegerse, *defensas rurales* -un recurso muy importante tanto para las facciones locales como para el propio Estado. Sin embargo, las reglas del juego aún no estaban bien definidas y los gobernadores las asentaban según su propio interés. Todos y cada uno de éstos responden a grupos particulares.⁵²²

ii. Lázaro Cárdenas del Río: el hombre fuerte de Michoacán.

Lázaro Cárdenas del Río nació en Jiquilpan de Juárez, Michoacán, el 21 de mayo de 1895; creció rodeado de una familia y un entorno de clase media ilustrada y con intereses en la cultura. Hijo de Felicitas del Río Amezcua y Dámaso Cárdenas Pinedo, la primera devota sincera, el segundo indiferente a la Iglesia. De mediana posición económica, no fueron campesinos. Su padre tenía una tienda, “*Reunión de Amigos*”, que ofrecía semillas, una mesa de villar, esparcimiento y hierbas milagrosas para sanar el cuerpo.⁵²³ El ambiente familiar lo marcaría indeleblemente: heredero de la bonhomía de su padre, la piedad de su madre y el silencio expectante, como de esfinge indígena, de su tía Ángela.⁵²⁴ El núcleo familiar y las enseñanzas de sus profesores de la infancia, le transmitieron valores de lealtad a la patria que, sin duda alguna, fueron la piedra angular de su conducta política y de sus ideas nacionalistas.⁵²⁵ A la escuela oficial, aunque era “*gratuita*”, no asistían los hijos de los peones o de los campesinos pobres, ocupados, como estaban, en ayudar a sus padres. Asistían los hijos de los artesanos, de los comerciantes y de los rancheros.⁵²⁶ El mismo

⁵²² Enrique Guerra Manzo, *Caciquismo y orden público en Michoacán, 1920-1940*, México, El Colegio de México, 2002, p.30 y 31.

⁵²³ Enrique Krauze, op. cit., pp.7.

⁵²⁴ Ibid.

⁵²⁵ Verónica Oikión Solano, *El cardenismo en Michoacán*, [en línea], Revista Metapolítica, núm. 62, 6pp. (86-91), México, El Colegio de Michoacán, noviembre-diciembre 2008, dirección URL: http://www.colmich.edu.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=102&Itemid=, [consulta: 25 de septiembre de 2012].

⁵²⁶ Fernando Benítez, op. cit., p.14.

Cárdenas relata sus años de infancia en la escuela oficial de don Hilario de Jesús Fajardo, en la que llegó a cuarto grado, quien “los sábados por la tarde [...] nos llevaba a la Alameda en donde jugábamos pelota [...] Al reunirnos al pie del centenario salate que existió en la propia Alameda, hacía citas de la gran admiración que guardaba por el señor Morelos y el señor Juárez.”⁵²⁷

A los 13 años, tras terminar su educación primaria, la temprana muerte por pulmonía de don Dámaso le hizo trabajar; desde entonces, Lázaro sería la cabeza de su familia: la madre Felicitas, siete hermanos, la tía Ángela (quien temporalmente perdiera la voz a los 20 años al caer de un caballo) y la Nana Pachita⁵²⁸; aprendió tipografía y un año más tarde, en 1909, fue meritorio en la Oficina de Rentas de Jiquilpan, allí conocería a Manuel Medina. Tras muchos oficios, perfeccionó su caligrafía “izquierdilla” que usaría toda la vida.⁵²⁹ Por las noches, el joven Lázaro fue aprendiz de la imprenta “La Económica”⁵³⁰, propiedad de Donaciano Carreón; con la paga de diez pesos mensuales, más dos pesos que le agregaba los sábados por la tarde, logra completar sus modestos ingresos. Tiempo después, éste la puso en venta, por lo que Lázaro y otros amigos (Salvador Romero, Martín Nava, J. Refugio Argueta, Jesús Castañeda y Agustín Carreón) pidieron al dueño que les traspasara la imprenta y formaron una cooperativa, pagándole en plazos.⁵³¹

En noviembre de 1910 los aires revolucionarios soplaron en México apasionando a los jóvenes con la misma fuerza con la que la política y el poder extravían a los maduros y a los viejos. Fue entonces que estalló la Revolución con profundo eco en ciertos pueblos de Michoacán. Desde su estallido, llegó a oídos de Lázaro y sus coterráneos el llamado a las armas de don Francisco I. Madero. La Revolución ya estaba en las conciencias. Sin embargo, esta fase no tuvo mayor consecuencia en el estado.⁵³²

Sería hasta el 1º de junio de 1913, como prácticamente iba ocurriendo en todo el país, que la Revolución alcanzaría al pueblo de Jiquilpan. Allí se distinguieron el doctor Gustavo Maciel, Francisco Tinajero, Trinidad Mayés y campesinos de las comunidades de Totolán y Los Remedios que reclamaban la restitución de sus tierras, que les tenía absorbida la Hacienda de Guaracha. En Zamora, se levantaron en armas Irineo y Melesio Contreras y con 50 hombres entraron en Jiquilpan, la cual tomaron sin resistencia.⁵³³ Pedro Lemus, lugarteniente del jefe revolucionario en

⁵²⁷Lázaro Cárdenas, *Obras: I-Apuntes 1913/1940*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, pp.5.

⁵²⁸Lázaro Cárdenas, op. cit., p.8.

⁵²⁹Enrique Krauze, op. cit., p.7.

⁵³⁰O “La Popular”, según la obra citada de William C. Townsend.

⁵³¹Verónica Oikión Solano, op. cit., p.86.

⁵³²Enrique Guerra Manzo, op. cit., p.27.

⁵³³Lázaro Cárdenas, op. cit., p.8.

Michoacán, José Rentería Luviano, ocupa la ciudad y encarga a la imprenta donde labora el joven Cárdenas la publicación de cinco mil ejemplares de un manifiesto con el título “Mexicanos”.⁵³⁴ En La Económica se acata la orden y Cárdenas promete entregar los ejemplares al día siguiente en Guaracha, a 12 kilómetros de la imprenta. Mientras los colaboradores de Cárdenas entregaban los manifiestos en Guaracha, las fuerzas federales de Huerta atacaban a Rentería en lo que fue la primera batalla revolucionaria ocurrida por aquellos lugares. Días más tarde, una columna de rurales repele a Lemus y recupera Jiquilpan. Los huertistas acuden a la imprenta de Cárdenas, vuelcan las cajas, confiscan los impresos y queman el archivo. Posteriormente, el 18 de junio, obedeciendo al miedo de su madre por su potencial detención y sus deseos por encontrarse con los revolucionarios, el joven Cárdenas sale de la ciudad a pie, por el camino de Totolán, con dirección a Los Reyes para refugiarse en la hacienda de La Concha, en Apatzingán, de donde era administrador su tío materno, José María del Río. Al poco tiempo, doña Felicitas se entera de que Lázaro se había refugiado el resto del mes de junio con su tío, tía y primos; pero, finalmente, su verdadero refugio sería la Revolución.⁵³⁵

El 3 de julio de 1913, con la ayuda del texano Leonard Neill, yerno de su tío –quien iba a entrevistarse en Apatzingán con “un revolucionario”⁵³⁶–, partió rumbo a Buenavista, por el camino de San Juan de los Plátanos, con la firme intención de incorporarse a la Revolución con las fuerzas del general y compadre, aunque distanciado, de Emiliano Zapata, Guillermo García Aragón. Dando con el paradero del divisionario y después de una entrevista, exhibiéndole su preciada letra *izquerdilla*, el joven que salió de Jiquilpan, quedó incorporado al Estado Mayor con el despacho de Capitán Segundo, encargándose de la correspondencia del general.⁵³⁷ Sin un solo disparo y sin otro antecedente que el de su buena letra, Lázaro saltó, en media hora, cuatro grados.⁵³⁸ Así inicia su carrera militar. Desde entonces, Cárdenas empieza a conocer los problemas agrarios de los indígenas: en Cherán donde tiene su primer acercamiento. Dos meses después, Lázaro Cárdenas se topa de frente con los sinsabores de la lucha. El 13 de septiembre, a las 9 de la noche, en medio de la lluvia y la oscuridad, su columna es atacada por 600 hombres bien armados al mando del general huertista Rodrigo Paliza. La lucha se extiende por tres horas. El joven capitán Segundo

⁵³⁴Samuel León y González, op. cit., p.16.

⁵³⁵Ibid., p.14-17.

⁵³⁶William C. Townsend, op. cit., p.44.

⁵³⁷Lázaro Cárdenas, op. cit., p.20.

⁵³⁸Fernando Benítez, op. cit., p.36.

salva la vida al escapar en las ancas del caballo de Ernesto Prado. La Revolución le tiene preparada la revancha.⁵³⁹

La guerra, con sus victorias, derrotas y enseñanzas, tomaría nuevo curso para Lázaro en octubre de ese año. Mientras el general García Aragón optaba por internarse en Guerrero para unir sus fuerzas a las de Ambrosio Figueroa, Cárdenas se integra a la columna del, nombrado por Venustiano Carranza, gobernador de Michoacán, Martín Castrejón, con quien los sustos están a la orden del día: combates, balaceras, *corretizas*. Desde Apatzingán le llegan las primeras insinuaciones de indulto, las rechaza. Su lealtad en la batalla de La Nopalera le vale un caballo ruano, regalo del general Castrejón.

En noviembre de 1913, las débiles fuerzas de los “fronterizos”⁵⁴⁰ situados en Michoacán vuelven a dispersarse. En esa ocasión Lázaro Cárdenas deja las armas y vuelve con su madre a Jiquilpan. Su encuentro fue muy breve, pues se sabía fichado desde que las huestes federales habían cateado la casa de su amigo Agapito Mejía, quien le entregaba sus cartas a doña Felicitas. Debido a la preocupación de su madre y para su protección, parte a Guadalajara donde permanece escondido. En el anonimato, para el 5 de marzo de 1914, escribía en su Diario: “hoy ingresé a la fábrica de la Cervecería La Perla, trabajando en el acomodo de botellas con sueldo de 75 centavos”⁵⁴¹; sin embargo, desde que llegó a Guadalajara, nunca se separó definitivamente de *la bola*.

Desde enero de 1914, ya en Guadalajara, tiene encuentros con Eugenio Zúñiga, coronel de las fuerzas del general Guillermo García Aragón y con Manuel Medina, quien anduvo en la Revolución junto a los hermanos Jesús y Antonio Contreras. Tras cinco meses de anonimato en Guadalajara, regresa a Jiquilpan donde, aún, tienen órdenes de aprehenderlo. Se esconde en su antigua casa y luego en las huertas de unos amigos. Es aprehendido y escapa gracias a la ayuda de los Medina. Sus largas noches ocultas en los tapancos de los huertos de sus amigos no terminarían sino con la victoria, a fines de junio de 1914, de las fuerzas revolucionarias.⁵⁴² Lázaro Cárdenas ya no huiría más ni de las fuerzas federales de Victoriano Huerta ni de su promisorio futuro revolucionario. Era inútil: “a las 4 de la tarde de hoy (19 de junio) llegaron a Sahuayo fuerzas revolucionarias al mando

⁵³⁹ Enrique Krauze, op. cit., p.10.

⁵⁴⁰ Llamados así como sinónimo de revolucionarios, por la gente de Michoacán que veía a la Revolución como algo “tan alejado” y “ajeno” a ellos.

⁵⁴¹ Lázaro Cárdenas, op. cit., p. 45.

⁵⁴² Enrique Krauze, op. cit., p.11.

del general José Morales Ibarra [...] En la noche de este día me le hice presente, ofreciéndole mis servicios.”⁵⁴³

Como un nuevo llamado del destino, el 23 de junio Lázaro sirve de enlace entre el general Morales y Zúñiga, al que conocía de las fuerzas del general García Aragón. En vísperas de grandes combates entre los revolucionarios del Ejército Constitucionalistas y el ejército federal del “*usurpador*” Huerta, Cárdenas se une, de manera definitiva, a la Revolución.

El 8 de julio de 1914 ya era capitán primero al frente del tercer escuadrón del 22º Regimiento de la División de Caballería incorporada –bajo el mando del norteño Lucio Blanco- al cuerpo del Ejército del Noroeste. Al tiempo, tuvo que enfrentarse, en Jalisco, con las fuerzas del general José María Mier. Siguiendo su camino hacia la Ciudad de México, es uno de los testigos de la firma de los Tratados de Teoloyucan y, momentos después, con la desintegración del ejército federal del antiguo régimen, toma la capital. Su brigada recibe órdenes, por parte de Zúñiga, de repeler los ataques Zapatistas en Iztapalapa, Coyoacán y Xochimilco.⁵⁴⁴ Para el 11 de septiembre recibe alta como mayor⁵⁴⁵; es entonces que, en los azares de la guerra, se unifica a la Convención de Aguascalientes.

Después de la Convención de Aguascalientes militó en el villismo. La guerra logra las muertes del general Zúñiga y García Aragón, con lo que Cárdenas se encuentra bajo las órdenes de Federico Morales. Sus superiores sonorenses, Ramón Sosa y Juan Cabral, reciben órdenes de incorporarse al ejército del gobernador de Sonora, José María Maytorena. Cárdenas los sigue con lealtad, pero con desazón, pues no simpatizaba con el villismo y, de la misma manera que sus superiores, buscaba la manera para separarse de la Convención. Morales, Sosa y Cabral se separan de la Convención y los subalternos -como el mayor Cárdenas- quedan en libertad de elegir bando. Es entonces que comienza su camino hacia el triunvirato sonorenses de Obregón, Calles y De la Huerta.

En 1915 se une al constitucionalismo. Ya como teniente coronel, el jiquilpense con su 22º Regimiento de Caballería, se coloca en territorio del general Plutarco Elías Calles, cuyas fuerzas tenían asiento en Agua Prieta Sonora.⁵⁴⁶ Allí, la mañana del 28 de marzo de 1915, el joven de apenas 19 años, con el grado de teniente coronel, estrecha la mano del duro, estricto y lúcido ex

⁵⁴³Lázaro Cárdenas, op. cit., p.49.

⁵⁴⁴Enrique Krauze, op. cit., p.12.

⁵⁴⁵Samuel León y González, op. cit., p.16.

⁵⁴⁶Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México, México, Editorial Porrúa Hermanos, 1995, sexta edición corregida y aumentada, 3892pp.

profesor de Guaymas. La mutua simpatía comenzó entonces: la del padre, el maestro y la del hijo, el alumno.⁵⁴⁷ Cárdenas apuntaba en su diario:

“... y ya frente a él (Calles), le manifesté los antecedentes de nuestra presencia en Sonora; [...] Para esa fecha los principales jefes del constitucionalismo, zapatismo y villismo, habían desconocido los acuerdos de la Convención y el gobernador Maytorena se había declarado villista. Manifesté al propio general Calles, que no habíamos tenido ninguna acción de armas [...] y ninguna adhesión o manifestación de solidaridad de parte nuestra al comando del gobernador Maytorena, ni sentimiento de ninguna naturaleza con él o con sus fuerzas adheridas al villismo. Que siendo nosotros de origen constitucionalista, que habíamos luchado en la Revolución bajo la bandera del señor Carranza, no hacíamos más que incorporarnos a contingentes afines. El general Calles nos recibió con agrado y se dispuso la entrada de nuestra fuerza a la población de Agua Prieta [...] con el 22º y el 23º (Regimiento) se constituyó un solo cuerpo con el número 22 [...] quedando bajo mi mando y como segundo el mayor Samuel Cárdenas.”⁵⁴⁸

Una semana después del primer encuentro, luego de un “fructífero” asalto en Anivácachi en que se destacó con sus 300 hombres,⁵⁴⁹ Cárdenas recibe como regalo el caballo negro (entero) del general Elías Calles. A partir de entonces la guerra se vuelve cotidiana. Cárdenas destaca por su conducta ejemplar: el 19 de julio logra tomar Naco con 300 hombres y procede a destruir todo el licor,⁵⁵⁰ “la prostitución y el juego, vicios explotados por Maytorena y sus amigos políticos”.⁵⁵¹

A mediados de septiembre Cárdenas recibe el grado de coronel. Entre el 16 y 19 de septiembre, es emboscado en Santa Bárbara. Resistiendo el ataque de 800 hombres sin tregua y sin víveres, Calles lo destaca ante Obregón como un “bravo jefe”.⁵⁵²

Agua Prieta tenía una gran importancia militar, al ser una ciudad que se encontraba en la línea divisoria con los Estados Unidos, sólo podía ser sitiada en semicírculo, además de ofrecer la ventaja de proporcionar abastecimientos y, en último caso, servir como puerta de escape en el supuesto de que el enemigo pudiera demostrar superioridad. De no ser así no valdría la pena su defensa.⁵⁵³ El 1º de noviembre Cárdenas ya está a cargo del primer sector de la defensa de Agua Prieta. El *Chamaco*, como lo llamaba Calles, defiende la ciudad de las fuerzas villista con éxito.⁵⁵⁴

Dentro de Agua Prieta las cosas tenían el sabor del *nuevo orden*, pues Calles había dictado leyes y hasta se le denominaba “República de Agua Prieta”, se habían cerrado *cabarets* y se combatía el vicio en todas sus formas. Todo se había centralizado alrededor de la figura del general Calles.⁵⁵⁵

⁵⁴⁷ Enrique Krauze, op. cit., p.13.

⁵⁴⁸ Lázaro Cárdenas, op. cit., p.80-82.

⁵⁴⁹ Enrique Krauze, op. cit., p.14.

⁵⁵⁰ Lázaro Cárdenas, op. cit., p. 93 y 94.

⁵⁵¹ Enrique Krauze, op. cit., p.14.

⁵⁵² *Ibid.*, p.15.

⁵⁵³ William C. Townsend, op. cit., p.48.

⁵⁵⁴ Enrique Krauze, op. cit., p.15.

⁵⁵⁵ William C. Townsend, op. cit., p.48.

Para el día 6 conoce al general Obregón, presentado a él por el general Calles. De esta forma nació un fuerte lazo afectuoso. Cárdenas despertó confianza e inspiró valor a los hombres de Calles, éste le brindó muchas oportunidades de mostrar su valor, Cárdenas nunca falló.⁵⁵⁶

Tras el éxito encontrado frente al ejército villista, Cárdenas regresa a Jiquilpan donde encuentra a su madre enferma y la envía a Guadalajara, a sus hermanos Dámaso, Alberto y Francisco los incorpora a su Estado Mayor y al más pequeño, José Raymundo, lo envía a estudiar a California, EE.UU.

Regresa a Sonora, en marzo de 1916, a enfrentarse contra los yaquis, donde rinde testimonio del reformismo de Calles, de su política anticlerical y su oposición abierta al alcohol, la prostitución y demás “vicios” de la sociedad. Tras la enfermedad de doña Felicitas en Guadalajara, Cárdenas pide a Calles su baja temporal para solucionar “problemas familiares que le urgen”⁵⁵⁷. Calles lo concede pero, casi de inmediato, se lo suspende por el eminente peligro que representa Francisco Villa en Chihuahua y que considera más urgente que cualquier asunto familiar. Dos años después Cárdenas apuntaba:

“Mi madre murió el 21 de junio de 1918, en la ciudad de Guadalajara, en la casa número 70 de la calle Morelos. Hacía dos años que la habíamos trasladado de Jiquilpan a Guadalajara para atenderla de la enfermedad que padecía. Yo me encontraba en Sonora en la campaña contra Maytorena y Villa, y desde hacía dos meses antes de su muerte me avisaron había entrado en agonía y pedía verme. No pude salir luego. En esos días organizaba la 'Columna Expedicionaria de Sonora', para marchar al frente de ella a Michoacán, a la campaña contra el rebelde Inés Chávez García [...] Le había pedido al señor general Calles solicitara del Señor Carranza me comisionara en Michoacán para cooperar en la campaña contra los rebeldes; solicitud que me fue aceptada. El 21 de junio de 1918, a las 11 horas, llegué con las fuerzas a la ciudad de Guadalajara. Inmediatamente me trasladé a ver a mi madre, que me reconoció y me hizo algunas recomendaciones, entre ellas: 'cuida de tu chiquita Alicia'. Falleció a las cuatro de la tarde del propio día 21 de junio. Tuvo aliento para esperar mi llegada.”⁵⁵⁸

Para 1917 se encuentra entablado varios combates contra las fuerzas de Villa, por lo que nada tuvo que ver con los ideales de la nueva Constitución; sin embargo, dieciocho años más tarde fue tarea suya la de poner en práctica sus artículos más radicales.

Las derrotas sufridas a manos del villismo dan cuenta de que Cárdenas no es un extraordinario militar, su máxima garantía no fue la astucia, sino el arrojo.⁵⁵⁹ Al tiempo, recibe correspondencia de viejos amigos y familiares desde Michoacán presentándole la situación caótica que atraviesa su

⁵⁵⁶Ibid., p.49.

⁵⁵⁷Lázaro Cárdenas, op. cit., p.119.

⁵⁵⁸Ibid., p.144 y 145.

⁵⁵⁹Enrique Krauze, op. cit., p.18.

estado. Se traslada a Michoacán, ha pedido permiso para combatir a los bandidos que asuelan su estado natal y Calles le concede mil quinientos hombres para la misión pacificadora. Se enfrenta a Jesús Cíntora en la región del Balsas y Tierra Caliente; a José Altamirano en el centro y; a Inés Chávez García, quienes lograron vencerlo y estuvieron a punto de ponerle fin a su vida, pues, por desgracia, en Los Naranjos midió mal el terreno y sus efectivos no fueron suficientes para hacer frente al enemigo y, destrozados, no le quedó más opción que huir por las vías del ferrocarril. Con todo, la vida le preparó el desagravio. Cárdenas no acabó de entender que la cautela es tan importante como el valor.⁵⁶⁰ Para 1918 Chávez García y Altamirano, víctimas de la influenza española, habían muerto.⁵⁶¹

El 29 de noviembre de 1918 Cárdenas se pone bajo las órdenes de Arnulfo R. Gómez, general muy cercano a Calles y gran amigo de Obregón, la batalla ahora sería en las Huastecas. Durante ese tiempo (1919-1920), Cárdenas es testigo de la explotación a que es sometida la nación en manos de las compañías petroleras extranjeras. Los días transcurren en aparente calma hasta el 23 de abril de 1920 cuando Adolfo de la Huerta proclama el Plan de Agua Prieta del triunvirato sonorense en contra de la imposición que Venustiano Carranza trataba de efectuar con el embajador Bonillas; de inmediato, el coronel Cárdenas secunda el movimiento.

Para mayo de 1920 Cárdenas ya es general brigadier, uno de los más jóvenes de todo México. El 20 de mayo tiene la orden de marchar hacia la Sierra de Puebla a interceptar la columna del presidente Carranza. Un día antes de cumplir 25 años, “el caudal del río El Espinal le impide el paso, cuando al fin la creciente cede, llega a Coyutla, ignorante de los sucesos de Tlaxcalantongo.”⁵⁶² El presidente Venustiano Carranza ya había muerto en su intento por llegar a Veracruz y el Plan de Agua Prieta había triunfado. Para Enrique Krauze, la historia le sonreía: Cárdenas, más allá de todo, tenía “buena estrella”. Su posicionamiento local y nacional despegaría como nunca a partir de ese momento, paralelamente, sería el nexo entre el centro, su estado y las regiones donde era enviado a pacificar.

A mediados de junio de 1920, por órdenes del presidente interino Adolfo de la Huerta, ocurre un hecho muy relevante en la carrera política y militar del general Cárdenas: se convierte en jefe de Operaciones Militares y gobernador interino de Michoacán por tres meses,⁵⁶³ en sustitución del

⁵⁶⁰William C. Townsend, op. cit., p.59.

⁵⁶¹Lázaro Cárdenas, op. cit., p.150 y 151.

⁵⁶²Enrique Krauze, op. cit., p.18.

⁵⁶³William C. Townsend, op. cit., p.60.

ingeniero Pascual Ortiz Rubio, quien pasó a formar parte de la cartera ministerial de Adolfo de la Huerta.⁵⁶⁴ La figura de jefe de Operaciones Militares era de vital importancia para el centro, ya que en estos jefes, su lealtad y en su desempeño recaía el equilibrio o la posibilidad de debilitar el poder de los gobernadores.⁵⁶⁵ El resto del año se lo pasaría mediando con conflictos electorales.

El tiempo en la gubernatura es muy corto y apenas logra dos cosas: una ley de salario mínimo y encarrilar a uno de los candidatos a la gubernatura. Francisco J. Múgica, amigo de la familia Cárdenas, gana las elecciones locales. Esta primera experiencia política le abrió un camino más definido en su liderazgo como intermediario entre el gobierno central –que desde noviembre era obregonista-, Michoacán y las regiones en las que se desempeñó como jefe de Operaciones Militares.

Cárdenas piensa retirarse a trabajar, cree que el tiempo es propicio para solicitar licencia, separarse del servicio militar y establecer en Michoacán un negocio de maderas. A Calles, como ministro de Gobernación de Álvaro Obregón, le solicita, además, un crédito, a través del ferrocarril, en la Moneteria de Morelia. Pero, sin tiempo, el destino ya había sido marcado para el jefe de Operaciones Militares. A fines de 1921 se le designa jefe de Operaciones Militares en el Istmo de Tehuantepec. El gobierno requería tropas leales y eficientes, intermediarios capaces de proveer estabilidad en las zonas más conflictivas. Naturalmente, su carrera sigue en ascenso. En su nuevo nombramiento, Cárdenas comenzaba su servicio de agente de nexos e intermediario de las zonas que van desde Oaxaca a Puerto México, haciendo una “labor pacificadora”, con el gobierno central. Por aquellos días, Cárdenas solicita el empleo de comandante del Resguardo de Salinas Cruz para su hermano Francisco. Tratándose del *Chamaco* –con quien tiene “sincera amistad”-, Calles da curso a la solicitud.⁵⁶⁶ Cárdenas comenzaba a mostrar un rasgo general de estas nuevas formas de negociación y nexos: el nepotismo.⁵⁶⁷

Para 1922 Cárdenas vuelve a Michoacán. Esta vez, su amigo, el gobernador Múgica ha entrado en un conflicto directo con el poder central, su gestión apenas duraría año y medio. Las medidas que ha implementado como gobernador son abiertamente radicales y sobresalen del proyecto que Obregón estaba implantando desde su trinchera; entre las medidas que desobedece, destaca un

⁵⁶⁴Adolfo Gilly, et al., op. cit., p.27.

⁵⁶⁵Samuel León, op. cit., p.17.

⁵⁶⁶Enrique Krauze, op. cit., p.20.

⁵⁶⁷John Dulles narra cómo Cárdenas solicitó, como “un favor personal”, al Presidente provisional, Emilio Portes Gil, el cargo de director de la colonia penal de las Islas Marías para su ideólogo Francisco J. Múgica. Visto en John W. F. Dulles, *Ayer en México: una crónica de la Revolución (1919-1936)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, séptima reimpresión, p.353.

incipiente reparto de tierras, un anticlericalismo fiero, aún cuando Múgica se había formado en el Seminario Diocesano de Zamora, y una avanzada Ley del Trabajo. Su proyecto gubernamental, además de contar con una débil base social, chocó con los intereses de terratenientes, clero y gobierno federal.

Con todo, Obregón dispuso que se aprehendiera y presentara ante él a Francisco Múgica. Para ejecutar la disposición, se ordenó a Cárdenas custodiarlo hasta la Ciudad de México. Sin embargo, en el camino a la capital Cárdenas recibe un telegrama del presidente Obregón con una orden terrible: se le informaba que Múgica debía morir en ese trayecto. Alterando aquella nueva resolución, Cárdenas propicia la escapatoria de su amigo.⁵⁶⁸

No obstante la derrota del gobierno muguista, éste se convertiría en una importante experiencia para la facción agrarista que comenzaba a tomar forma en el estado. Lázaro Cárdenas y Múgica tendría el suficiente tiempo para pensar el camino que debía seguir el agrarismo en Michoacán. Cárdenas recibiría una excelente lección en la caída de su amigo: es imposible gobernar la entidad (y, a la postre, la nación) sin hacerse de una base social y política en cada uno de los rincones michoacanos.⁵⁶⁹

En 1923 se acercaba una profunda crisis política debido a la sucesión presidencial del año próximo. John Dulles⁵⁷⁰, que retoma de *El Universal* una anécdota de Jorge Prieto Laurens, nos cuenta que cierta ocasión, con motivo de la eminente sucesión presidencial de 1924, en un paseo en automóvil por el Bosque de Chapultepec, Obregón discutía con Calles y De la Huerta quién lo sucedería. El presidente observó: “Tú y yo, Plutarco, no debemos dejar la política, porque nos moriríamos de hambre; en cambio Adolfo sabe cantar y dar clases de solfeo. En esas condiciones, ¿quién crees tú que debe seguir después de mí en la presidencia de la República?” Calles se quedó callado, al tiempo que De la Huerta contestaba: “Bueno, después de ti debe seguir Plutarco”. Y en efecto, todo parecía indicar que no habría resquicios para la sucesión presidencial de Plutarco Elías Calles. Parecía que ante la decisión de Obregón, no había forma de evitar que Calles se sentara en la silla presidencial.

A no ser por una rebelión armada, ¿cómo podría alguien hacer a un lado un candidato apoyado por el Partido Cooperatista Nacional, el Partido Laborista Mexicano, el Partido Nacional Agrarista y

⁵⁶⁸ Enrique Krauze, op. cit., p.21.

⁵⁶⁹ Enrique Guerra Manzo, op. cit., p.35-37.

⁵⁷⁰ John W. F. Dulles, op. cit., p.162.

el Partido Socialista del Sureste, es decir, Morones, Díaz Soto y Gama, Felipe Carrillo Puerto, Jorge Prieto Laurens y Portes Gil? Calles era, sin más, el *Ungido*. El *Triángulo de Sonora* actuó en armonía. Era comúnmente aceptado que Obregón apoyara a Calles; Adolfo de la Huerta, quien decía ser partidario de la candidatura de Calles, se describió a sí mismo como “caudillo de los callistas”. La renuncia a la candidatura por De la Huerta comenzaba a ser un tema de importancia nacional. Muchos veían en don Adolfo el hombre ideal para suceder a Obregón, aunando a las antipatías que despertaba Calles. Pero don Adolfo seguía firme en su decisión de no volver a la presidencia.

Para julio de 1923 la presión era tan grande que De la Huerta declaraba, una vez más, ante la prensa su negativa a figurar en la lista de candidatos a la Presidencia de la República a pesar del respaldo que estaba atrayendo.⁵⁷¹ Sin embargo, el Triángulo que habían formado los sonorenses se rompería en uno de sus vértices: de 508 generales del ejército federal defecionaron 102; de los 2 758 jefes, 576 se pasaron al bando rebelde; de 8 583 oficiales, 2 477 se integraron a las filas del delahuertismo, junto con 23 224 miembros de la tropa, formada por 50 030 efectivos.⁵⁷² A pesar de que los números eran contundentes, el gobierno central supo mantenerse gracias a la fidelidad jurada de sus intermediarios.

Durante octubre y noviembre aumentó el enfrentamiento entre delahuertistas y oficialistas. El 20 de noviembre, Jorge Prieto Laurens, luego de los resultados de la Convención del Partido Cooperatista para elegir candidato a la presidencia, dio a conocer que Adolfo de la Huerta aceptaba formalmente la postulación por parte de este partido. De la Huerta señaló que lo hacía en respuesta a los “cargos calumniosos” que se le formulaban por parte de Alberto J. Pani, en especial, en contra de su actuación como secretario de Hacienda y su oposición a los llamados *Tratados de Bucareli*, que derribaban sus negociaciones con Washington para el logro del reconocimiento diplomático sin condiciones y objeciones a la política interna mexicana. Asimismo, hizo énfasis en la “imposición” de Calles como candidato oficial por parte de Obregón, a quien culpó, además, de haber manipulado los procesos electorales en los estados, actos que, decía, lesionaban la soberanía de tales entidades.⁵⁷³

⁵⁷¹Ibid., p.164.

⁵⁷²Carlos R. Martínez Assad, *Breve historia de Tabasco*, México, FCE/COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 2006, segunda edición, p.165.

⁵⁷³Pablo Serrano Álvarez, *La rebelión delahuertista*, [en línea], INEHRM, 2013, dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-rebelion-delahuertista-articulo>, [consulta: 27 de septiembre de 2012].

La estrategia combativa de Adolfo de la Huerta fue viajar a Veracruz para encontrarse con el General Guadalupe Sánchez, líder del movimiento en dicha entidad; desde allí siguió la marcha de los acontecimientos. Múltiples adhesiones al movimiento por parte de divisionarios de mucho mérito pronto trajeron como resultado fuertes derrotas al gobierno. El Plan de Veracruz fue el sustento del movimiento y en él se llamó a De la Huerta “*Jefe Supremo de la Revolución*”.⁵⁷⁴

La correspondencia de fuerzas cambiaría cuando los rebeldes comenzaron a sufrir escasez de municiones y pertrechos de guerra. En tanto, Cárdenas recibe una orden muy arriesgada: deberá trasladarse con únicamente mil doscientos soldados de caballería a la zona de Jalisco a hostilizar la retaguardia de uno de los generales más brillantes de la Revolución: el *Granito de oro*, Rafael Buelna, quien actuaba a las órdenes del general, y jefe de Operaciones Militares en Jalisco, Enrique Estrada.

En los azares de la guerra y arriesgando mucho, Cárdenas es herido en el vientre y con ello cesa el fuego. Buelna, al enterarse de la situación de Cárdenas, envía al general Arnáiz en su búsqueda. Cárdenas se había desangrado por ocho horas sin recibir atención médica, se sabía perdido y que su hora había llegado; su vida estaba a disposición de Buelna y de Estrada. Pero, para su fortuna, los designios de éstos eran otros: se decidió que se trasladara a Cárdenas desde la punta del cerro de “El León”, donde yacía herido, hasta el cuartel general. Buelna dispone que se le hagan las debidas curaciones, pero, debido a lo delicado de la herida, se le traslada al hospital del doctor Carlos Barriere, en Guadalajara. El general jiquilpense salva la vida una vez más -Enrique Krauze está convencido de que le respetan la vida por sentimientos “*Ilanamente humanitarios*”. Al poco tiempo, *Lázaro se levanta y anda*. Muy pronto, en Colima, Cárdenas tiene la oportunidad de tomar la vida de Estrada, pero, en lugar de eso, flanquea su salida por Manzanillo al exilio en California, pagando su deuda con la misma moneda⁵⁷⁵ A los ojos de Obregón, el caudillo invicto y el estratega militar de mayor peso durante la Revolución, Cárdenas era “*cumplido, pero incompetente*”.⁵⁷⁶

En febrero de 1924, por fin, el movimiento fue perdiendo fuerza y De la Huerta se vio obligado a abandonar Veracruz, huyó a Tabasco intentando resistir y, sin éxito, salió derrotado rumbo a

⁵⁷⁴Francisco Galindo Ochoa, *Los movimientos armados en México 1917-1994*, México, El Universal, 1994, Tomo I, p.190-194.

⁵⁷⁵Enrique Krauze, op. cit., p.21-25.

⁵⁷⁶Verónica Oikión Solano, op. cit., p.87.

Estados Unidos. La mayor parte de los generales del movimiento delahuertista fueron pasados por las armas, mientras que miles de soldados quedaron muertos en los campos de batalla.⁵⁷⁷

El 24 de marzo Cárdenas es ascendido a general de brigada. En 1925 es designado, esta vez ya Calles como presidente, jefe de Operaciones Militares en las Huastecas y el Istmo con cuartel general en Veracruz. Durante tres años sería testigo de la explotación de los trabajadores, de los campesinos y de los pozos por parte de las compañías petroleras extranjeras.⁵⁷⁸ Vivió allí uno de los periodos de formación de su pensamiento, tal vez tan intenso como los años que pasó en la Revolución.⁵⁷⁹

Todo este peregrinaje por la República dotó a Cárdenas de excelentes relaciones con el centro; con Obregón y Calles mantenía una estrecha relación, les servía como nexo entre *los de afuera* y *los de adentro*, entre la periferia y el centro, entre *los de abajo* y *los de arriba*. La lealtad, mostrada en sus campañas pacificadoras, le significó, por lo demás, excelentes redes de amistad a través de las que se estructuró, de alguna manera, como en los otros casos de las demás regiones, la vida política nacional durante los años de posrevolución.

Desde 1926 Michoacán, uno de los estados más católicos, se encontraba, por esa causa, en plena revuelta, en vista de lo cual Cárdenas fue el responsable de apaciguarlo. En los albores de la guerra, Cárdenas, al frente de las tropas del gobierno, decidió usar una nueva estrategia. Según narra su biógrafo Townsend, cuando Cárdenas capturó a unos cuantos cristeros les proporcionó buenos rifles en sustitución de las viejas escopetas que venían usando, y les dijo que regresaran a sus hogares y utilizaran sus nuevas armas en su propio beneficio, dedicándolas a la caza y nunca a matar seres humanos. Perplejos –dice Townsend- los ex prisioneros regresaron a sus casas e informaron de lo acontecido al cura que fungía como su jefe. Cárdenas hizo saber a los cristeros que estaba dispuesto a negociar no sólo como jefe militar, sino también, a partir de 1928, como gobernador del estado de Michoacán y siempre dispuesto a escuchar sus quejas. Pronto se difundió la actitud entre los cristeros de Michoacán y el general jiquilpense logró la paz con la Iglesia de su estado.

Desde la mañana hasta la noche era asediado el cuartel general de Cárdenas por todo género de quejosos, no solamente asediaban los cristeros, sino también los campesinos descontentos, y no

⁵⁷⁷Francisco Galindo Ochoa, op. cit., p.194.

⁵⁷⁸Enrique Krauze, op. cit., p.25.

⁵⁷⁹Adolfo Gilly, et al., op. cit., p.35.

solo de Michoacán, sino de los estados limítrofes. Cárdenas siempre los escuchó y atendió personalmente. De esa forma, don Lázaro ganó la campaña de Coalcomán; sin derramar más sangre, logró pacificar la región. A diferencia de los otros caudillos, Cárdenas no acostumbró mandar al paredón a ninguno de sus cautivos, su método no era *el sonorese*, sino *el michoacano*.⁵⁸⁰

Lázaro Cárdenas no sólo fue llamado para tratar con los cristeros, sino también para fungir como intermediario entre el gobierno central y la última gran revuelta que surgió en México. Emilio Portes Gil era un abogado tamaulipeco que había sido designado presidente provisional por el Congreso a raíz del asesinato de Obregón y tanto don Lázaro como otros representantes de las altas esferas políticas estimaron que un gobierno de civiles sería el que lograría más éxito. Pero, los generales Escobar y Manzo, así como otros generales reaccionarios, no compartían la idea del gobierno en manos de civiles. Cuando estos generales se alzaron en armas, el general michoacano se puso a la disposición del gobierno. La rebelión duró dos meses, fracasando en abril de 1929. Hasta entonces Cárdenas pudo regresar a Michoacán.⁵⁸¹

Entre 1927 y 1929, bajo la plena definición de Cárdenas como jefe regional, se estableció, propiamente, el grupo cardenista. Es decir, al ejercer una dominación carismática de carácter legal y moderno sobre una amplia base social, se confrontó con grupos poderosos en un ambiente de acentuada movilización social, al mismo tiempo que concilió intereses para avanzar en la integración del Estado. Este personalismo fue el elemento más significativo en la construcción del poder regional en general y en el caso particular de Cárdenas en Michoacán.⁵⁸²

Calles había sido el maestro militar y político de Cárdenas, que admiraba en aquél su fortaleza, pero, sobre todo, su reformismo radical en la gubernatura de Sonora. Pero, debido a los vaivenes de la guerra, había carecido del maestro ideológico. Aquél lo encontró en Múgica. Once años mayor que Cárdenas, Múgica era un hombre que había cambiado su formación, hasta el tuétano, del ideario social cristiano por el credo socialista. Destacado de la Revolución: firma el Plan de Guadalupe, participa en el reparto de tierras de Lucio Blanco, se integra al gobierno de Carranza en Veracruz, ensaya medidas radicales en Tabasco y es, junto con Andrés Molina Enríquez, el alma ideológica de los artículos radicales de la Carta Magna de 1917. De profundo anticlericalismo, Múgica era un viejo conocido de la familia Cárdenas que, como gobernador de Michoacán, había

⁵⁸⁰William C. Townsend, op. cit., p.63 y 74.

⁵⁸¹Ibid., p.81 y 82.

⁵⁸²Verónica Oikión Solano, op. cit., p.88.

recibido muchos favores de Lázaro. En tanto, el ideólogo le alecciona con “el socialismo como doctrina adecuada para resolver los conflictos de México”. Cárdenas le aprende muy rápido: para 1926 ya “leía a Gustavo Le Bon, a Karl Marx” y sobre la Revolución Francesa. La admiración se vuelve mutua: generoso, sobrio, sencillo, prudente, cauto, enérgico, modesto, comprensivo con el dolor ajeno. Esa era la descripción que Múgica hacía sobre Cárdenas.⁵⁸³

Con todo, el mayor aprendizaje no venía ni de los libros ni de Múgica. Como hemos anotado antes, Cárdenas estuvo peregrinando por todo México en sus años al servicio de los revolucionarios, para después ser jefe de Operaciones Militares en la zona de Veracruz, por tres años. El servicio en la Revolución y los tres años en *la tierra del oro negro* fueron de inmenso valor como preparación para el futuro gobernante, pues fue allí, en las campañas pacificadoras, como jefe de Operaciones Militares, y en Veracruz, muy cerca de Tampico, donde Cárdenas entró en plena relación con los problemas de México, de los campesinos, los trabajadores y los petroleros. Durante los últimos tres años da testimonio del comportamiento de las compañías petroleras: “las compañías hacían alarde de contar con 'apoyos poderosos', sintiéndose en 'tierras de conquista'. Defraudaban al fisco, haciendo uso de instalaciones subterráneas conectadas al puerto. Nada bueno dejaban en los lugares que explotaban: ni una escuela, ni un teatro, ni un hospital. Sólo yermos.”

Los fallidos intentos de soborno -50 000 dólares y un lujoso Packard, por ejemplo,- sólo generarían que Cárdenas acariciara la idea de echar, de expulsar, de abolir la existencia de aquel “Estado dentro del Estado”.⁵⁸⁴ A Cárdenas no le preocupaba tanto viajar en un viejo automóvil como le preocupaba la situación de los obreros mexicanos de las compañías petroleras extranjeras.

Cuando Cárdenas llegó a Tampico le sorprendió de que los trabajadores extranjeros de las empresas petroleras comieran en comedores diferentes a los de los empleados mexicanos. Al principio creyó que esto obedecía a cuestiones del idioma, pero más tarde comprobó que eso nada tenía que ver. Cuando ocasionalmente oficiales de su Estado Mayor llegaban a campos petroleros a la hora de la comida eran invitados a los comedores de los trabajadores extranjeros. Cuando se convenció de que las diferencias de comedor no obedecían a cuestiones culturales y del idioma, ordenó a su Estado Mayor que cuando fueran invitados a sentarse a comer lo hicieran con sus compatriotas mexicanos. También observó que, cuando un mexicano y un extranjero hacían el mismo trabajo, al trabajador extranjero se le pagaba el doble y recibía mejores habitaciones que

⁵⁸³ Enrique Krauze, op. cit., p.28.

⁵⁸⁴ Ibid., p.30.

los mexicanos. Nunca olvidaría lo ocurrido cuando unos campesinos mexicanos pidieron permiso a una compañía petrolera para conectar una llave de agua que atravesaba por su propiedad, ante la negativa de los extranjeros, los campesinos tuvieron que seguir acarreándola desde el río que pasaba a las orillas del pueblo.⁵⁸⁵ La relación Cárdenas-compañías petroleras extranjeras se estaba delineando y el conocido final estaba muy cerca. Los mejores años y el fruto de las alianzas políticas estaban por llegar, primero en Michoacán, después en todo el país.

iii. El gobernador: más constructores que combatientes.

Con el apoyo de su mentor político, a pesar de los resquicios de Obregón, Cárdenas figuró como candidato único a la gubernatura de Michoacán desde 1927. Nadie se aventuraría a enfrentarse a un favorito de Calles. Desde Villa Cuauhtémoc, Veracruz, el 10 de enero de 1928, Lázaro Cárdenas lanzó su candidatura al gobierno de Michoacán mediante un manifiesto dirigido al pueblo. En resumen: subordinar el interés personal al bien colectivo⁵⁸⁶, su gobierno sería “de amigos y no para los amigos”.⁵⁸⁷ Al impulsar su trayectoria política afianzó su propia personalidad de hombre fuerte. Su red de relaciones estaba consolidada para ese año, y contaba con una base social sólida. Por tanto, Cárdenas se consideró con madurez y aptitudes políticas para la toma del poder.⁵⁸⁸ Su proyecto y programa de gobierno se concentraron en cuatro aspectos fundamentales, a saber: la reforma agraria, la organización social, educación para toda la población y construcción e infraestructura.⁵⁸⁹

Tratando de aprender de los errores de su ideólogo, el 15 de septiembre de 1928 Cárdenas, de treinta y tres años de edad, llegaba a la gubernatura de Michoacán por un periodo de cuatro años. Desde el primer año de su gobierno, marcado por la guerra cristera, supo que si quería seguir una línea reformista debía tomar medidas que le permitirán fortalecer su poder en la entidad. Las diferencias no las marcaban las ideas, sino las bases sociales que las apoyaran. La idea misma era crear una poderosa base social. No se repetirían los errores del mugiquismo de 1921. Por ello, desde el 18 de enero de 1929 gira una invitación a Múgica para asistir al Congreso de Unificación Obrera y Campesina que tendría lugar a fines de ese mes en Pátzcuaro. Cárdenas había experimentado en cabeza ajena.

⁵⁸⁵William C. Townsend, op. cit., p.69 y 70.

⁵⁸⁶Samuel León y González, op. cit., p.20.

⁵⁸⁷William C. Townsend, op. cit., p.75.

⁵⁸⁸Verónica Oikión Solano, op. cit., p.88.

⁵⁸⁹Samuel León, op. cit., p.20.

Las experiencias marcarían el derrotero: unicidad pura. Jóvenes maestros —aglutinados en el Bloque Estatal de Maestros Socialistas de Michoacán—, viejos muguquistas, varios miembros del Partido Comunista y de la desbandada Liga de Comunidades y Sindicatos Agraristas del Estado de Michoacán (LCSAEM) de 1922, mujeres -que engendraron en sus espacios sociales acciones verdaderamente combativas mediante la Federación Femenil Michoacana- y hasta los trabajadores intelectuales —formando el Sindicato de Obreros Intelectuales de Michoacán—, auxiliarían en la creación política e ideológica de una nueva organización. Bajo el lema “Unión, Tierra, Trabajo”, en enero de 1929, nace el brazo político local del cardenismo en Michoacán: la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (CRMDT)⁵⁹⁰, organización que le funciona para ampliar las bases de apoyo a su régimen y como uno de los instrumentos para impulsar su programa social (reforma agraria, educativa y laboral). En sus funciones, “un verdadero partido político local único”⁵⁹¹: fuerte, gracias a su base laboral militante; disciplinado, por la lealtad al liderazgo confederal y por la estructura vertical de la organización, y con un sentido social y de clase para llevar a cabo el programa de gobierno.⁵⁹²

Asimismo, impidió el surgimiento de otro militar en su territorio, asumiendo él mismo el puesto de jefe de Operaciones Militares en Michoacán en 1929 cuando más sacudidas ocasiona la rebelión cristera; igualmente, nunca descuidó sus buenas relaciones con el centro, particularmente con Calles, incluso a costa de alejarse de la gubernatura por dos años⁵⁹³ —primero, en 1929, combatió la rebelión escobarista en Sonora; segundo, de noviembre de 1930 a agosto de 1931, para ocupar la dirección del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Nacional Revolucionario y, después, de agosto a noviembre del mismo año, para cubrir la cartera ministerial del presidente Pascual Ortiz Rubio.

Si bien, en un principio la fortaleza del general Cárdenas provenía de su participación en el movimiento revolucionario y su vinculación cada vez más estrecha con el general Plutarco Elías Calles, para este momento su fortaleza va a tener como piedra angular la organización de las masas campesinas a través de su brazo político, la CRMDT. El flamante gobernador ya no requería de la representación de un jefe de Operaciones Militares debido a que él mismo representaba al

⁵⁹⁰ Enrique Krauze, op. cit., p.39.

⁵⁹¹ Samuel León y González, op. cit., p.20.

⁵⁹² Verónica Oikión Solano, op. cit., p.89.

⁵⁹³ Enrique Guerra Manzo, op. cit., p.48 y 49.

centro y, a la vez, construía su poder local con sus bases sociales de apoyo.⁵⁹⁴ Había encontrado la clave: organizaba de la periferia al centro y *de abajo para arriba*.

El brazo político de Cárdenas contaba con un proyecto agrario y obrero listo para ejecutarse en Michoacán: resolución amplia del problema de tierras, mayor agilidad en los trámites, establecimiento de bancos de refacción, jornada laboral de ocho horas, salario mínimo de 1.50 pesos, asistencia médica y escuela obligatoria en las haciendas. La grey social de la CRMDT la constituían empleados, más que obreros: choferes, boleros, mozos, vendedores de lotería y meseros. Los maestros, agrupados en el Bloque Estatal de Maestros Socialistas de Michoacán, tenían un papel dirigente. Las mujeres y los jóvenes estaban representados también por sus respectivos bloques, pero el núcleo central de la CRMDT lo constituyeron los agraristas. “Cuatro años después de su fundación la poderosa organización contaba con cuatro mil comités agrarios y 100 000 miembros. Esta era la primera organización de masas *inducida* por el gobierno y ligada verticalmente a él.”⁵⁹⁵ Cárdenas contaba, entonces, con la máxima prueba de su poder local; más aún, con la prueba más importante para la puesta en práctica de su proyecto gubernamental.

La CRMDT fue la máxima expresión regional de la idea que Cárdenas tenía sobre la unificación de todos los trabajadores de la entidad - campesinos, indígenas, obreros, maestros, artesanos, profesionistas, empleados de servicios, etcétera. A principios de la década de 1930, Michoacán seguía siendo un estado fragmentado y dividido económica y políticamente en diversas regiones, cuya vinculación a las zonas urbanas era muy pobre. Como ya mencionamos, la población total de la entidad para 1930 era de 1 048 381 habitantes, de esto, solamente cuatro ciudades superaban los 10 000 habitantes (Morelia con 40 000, Uruapan con 17 000, Zamora y La Piedad con 13 000 cada una), el resto se asentaba en el campo. La escasez de obreros era innegable. Ante tales hechos, el objetivo central de la CRMDT, como apéndice del gobierno, fue organizar a las masas rurales.⁵⁹⁶

El gobierno financiaba los trabajos de la confederación mediante “ayudas estatales” -que no se registraban en los libros oficiales-, establecimiento de casas, ayuda para transportar por tren sus delegaciones estatales, hospedaje proporcionado por los ayuntamientos, entre otras prebendas. Muy pronto, la organización adquirió, por todo el estado, la hegemonía que le permitió excluir, de hecho, a cualquier otra organización, o intento de formarla, representativa de los obreros y

⁵⁹⁴ Samuel León y González, op. cit., p.20.

⁵⁹⁵ Enrique Krauze, op. cit., p.39 y 40.

⁵⁹⁶ Enrique Guerra Manzo, op. cit., p.59.

campesinos: la CRMDT era la “*única institución que respondía a los anhelos de los trabajadores michoacanos*”. En Michoacán, como venía sucediendo en el resto de las regiones, bajo ningún caso se conformó una organización paralela, competitiva. En la medida que la confederación acaparaba un mayor número de puestos de elección popular, su intransigencia para compartir el poder con organizaciones rivales se incrementó. Tal era su fortalecimiento que el 95% de los puestos de elección popular, desde presidentes municipales hasta jueces menores de instancia, estaban ocupados por los miembros de esta confederación cardenista. La CRMDT no admitía individuos que se le opusieran, mucho menos organizaciones independientes y generó una lucha que produjo divisiones hasta en las más humildes comunidades.

Para 1931, el gobierno dio un paso definitivo en el fortalecimiento de su brazo político al sentenciar: “dentro de comunidades agrarias no podrá legalmente constituirse sindicato, ya que éste tiene por objeto la defensa económica y social de los trabajadores contra el capitalista. Los ejidatarios (en cambio) trabajan y administran por sí mismos los ejidos”. Así, la fundación de sindicatos y la organización y transformación ideológica del campesinado para solicitar tierras estaba siendo efectuada exclusivamente a través de la CRMDT y de su “apoyo a las medidas legislativas del general Cárdenas”.⁵⁹⁷

Entonces, como gobernador, comenzó el peregrinaje por todos los rincones de Michoacán y con él una estampa típica: el estruendo de la *tuba* y la *tambora*, sones, corridos, bandas, ricas corundas, plática con los maestros, saludo a los adultos, caricias y besos a los niños, sabiduría al escuchar; en fin, la fiesta por la visita del gobernador.⁵⁹⁸ Allí donde la CRMDT agitaba, Cárdenas acudía con su prestigio mesiánico. El gobernador marcaba siempre el rumbo, designaba los cargos y decidía quién “debía reconocerlo” y quién no, siempre mantenía preferencia por los miembros de su confederación. Con todo el poder que Cárdenas estaba afianzando ya se postraba como el gran intermediador y árbitro. La forma en que esta confederación fungió como un nuevo mecanismo para los núcleos agraristas solicitantes de tierra, se expresó de muchos modos: asesoraba para las gestiones de dotación de tierra y presiones para la agilización de trámites; propuestas ante el gobierno estatal para la creación de cooperativas en las regiones donde sus características propiciaban este método de producción; aprobación en el Congreso local de leyes para los trabajadores agrícolas y ejidatarios; canalización de las demandas públicas en las regiones

⁵⁹⁷ Enrique Krauze, op. cit., p.41.

⁵⁹⁸ *Ibid.*, p.41.

gobernadas por miembros de la confederación; auxilio para las comunidades agrarias, para construir defensas civiles y solicitar armas ante el gobierno.

De ese modo, la CRMDT logró tres objetivos básicos: 1) centralizó el poder en la entidad mediante el control de diferentes órganos públicos, particularmente el de las presidencias municipales, que constituían las instancias básicas en que se expresaban tradicionalmente las facciones en pugna en las diversas regiones michoacanas; 2) se convirtió en el instrumento de poder en manos del gobernador Cárdenas, mediante el cual reforzaba la aplicación de su política social, particularmente el reparto agrario⁵⁹⁹ y; 3) a diferencia, por ejemplo, de la corta visión política que mostraba Saturnino Cedillo en San Luis Potosí, Lázaro Cárdenas logró, a través de esta organización eminentemente política y sin una tradición de verdaderas instituciones, formalizar y legalizar su base real de poder. En suma, el ensayo de un gobierno nacional.

La CRMDT tenía un papel fundamental en la política cardenista. Hemos venido planteando que la política posrevolucionaria a nivel nacional no se puede entender sin el papel que jugaron los diferentes estados y regiones y sus respectivos hombres fuertes y *jefes natos* en muchos de ellos; pues bien, asimismo, la forma en que Cárdenas construyó su poder local en Michoacán no se puede explicar sin la presencia política de sus regiones y los grupos hegemónicos de cada una de ellas. El control político que logró del Congreso local, y lo que le significó la CRMDT, se debe particularmente a sus alianzas y redes con muchos de los líderes regionales del estado, los cuales, de la misma forma que los hombres fuertes a nivel regional, eran verdaderos intermediarios entre sus respectivas zonas locales de influencia y el gobernador. Estos intermediarios fueron quienes organizaron a las masas en los sindicatos y federaciones regionales que luego se adhirieron a la CRMDT y al Partido Nacional Revolucionario. Por ejemplo, Juan Gutiérrez controlaba la región de Zamora, Ernesto Prado la Cañada de los Once Pueblos, Dámaso Cárdenas la ciénaga de Chapala, etcétera.⁶⁰⁰

Desde Villa Cuauhtémoc, Veracruz, Cárdenas había declarado: “resolver el problema de la tierra es una necesidad nacional y un impulso al desarrollo agrícola”. Prometía realizarlo “sin vacilaciones”. Impulsaría, además, la enseñanza pública; y desarrollaría una acción muy activa para lograr el

⁵⁹⁹ Enrique Guerra Manzo, op. cit., p.63.

⁶⁰⁰ Ibid., p.64.

exterminio de los cristeros. Había que proceder positivamente y crear “una organización campesina [...] un sólo frente [...] que responda [...] en la lucha social”.⁶⁰¹

Cárdenas, poseedor de una gran experiencia por sus años al servicio de su mentor político y militar, tenía las armas para llevar a cabo todo lo que había prometido, acciones que parecían afectar intereses locales y foráneos. A través de su poderoso brazo político, la CRMDT, se las ingenió para hacerse de una base social en su estado e implementar una política abiertamente agrarista, justo cuando el *ala veterana de la Revolución* -para entonces ya sumamente poderosa debido a que concentraba el poder político nacional gracias al nuevo partido del Estado- articulada en torno al *Jefe Máximo*, Calles, había dado la orden a los estados de ponerle fin a las dotaciones ejidales y brindar mayor protección a la propiedad privada.⁶⁰²

Con esto, en cuatro años, Cárdenas puso en marcha su programa social:

“(en la esfera agraria) dotó a 181 poblados con 141 663 hectáreas, para aproximadamente 15 753 ejidatarios, cifra que superaba en 10 000 hectáreas el total repartido entre 1917 y 1928. Promovió una Ley de Tierras Ociosas en 1930 que declaraba de utilidad pública las tierras de labor que no fuesen cultivadas por sus dueños. En 1931 decreta la Ley de Expropiación por Causa de Utilidad Pública, pero el gobierno federal la revirtió considerando que ello otorgaba demasiada autonomía al gobierno local -algo impensable, ciertamente, antes de la creación del PNR. El 19 de junio de 1931 Cárdenas expidió un decreto que anulaba contratos celebrados durante el porfiriato entre 20 comunidades indígenas de la Meseta Tarasca y varias empresas extranjeras que explotaban los bosques de esa región, por ser desfavorables para las primeras. Además, se instrumentaron otras medidas que apuntaban a la reforma agraria, como la formación de cooperativas para los trabajadores agrícolas y forestales; construcción de 112 presas y 135 canales de riego; ampliación de carreteras [...] Por lo que corresponde a la esfera laboral, a principios de de 1929 se impulsaron reformas a la Ley del Trabajo mediante varios decretos. Las reformas pretendían, entre otras cosas, brindar una mayor protección al trabajador, fortalecer a los sindicatos como actores centrales de la vida laboral, incrementar la participación del obrero en las Juntas de Conciliación y Arbitraje y otorgar exclusividad de contratos a los sindicatos reconocidos legítimamente. En la cuestión educativa, el gobierno de Cárdenas extendió la cobertura del servicio mediante la construcción de 1 023 escuelas con capacidad para atender a 70 000 infantes, y establecieron también escuelas técnicas, agrícolas e industriales.”⁶⁰³

Lo que Cárdenas estaba haciendo en Michoacán rompía con la “línea” marcada hasta ese momento. Cárdenas se estaba haciendo de una poderosa base con un sentido ilimitado, legítimo y providencial de mando que no traduciría en actitudes personales de violencia radical. El heredero de Calles, de Múgica y de la generación iniciadora de la Revolución, era también, el encargado, sintetizada en su obra, de, ahora, cumplir con sus postulados y, para lograrlo, había de mezclarse en todos los ámbitos de la administración pública.⁶⁰⁴ Michoacán, como Tabasco, era un *laboratorio*

⁶⁰¹ Enrique Krauze, op. cit., p.36.

⁶⁰² Enrique Guerra Manzo, op. cit., p.50.

⁶⁰³ Ibid., p.49 y 50.

⁶⁰⁴ Enrique Krauze, op. cit., p.42.

de la Revolución porque los modos y formas de ejercer el poder regional se proyectaron años después a nivel nacional.⁶⁰⁵ Hizo lo que después resultó ser, en cierto modo, un ensayo inicial y en *pequeño* de las políticas que implementaría a partir de 1934 desde la presidencia de la República.⁶⁰⁶

Cárdenas no sólo se valió de su brazo político para echar a andar su proyecto gubernamental, sino también de la subordinación de los poderes Judicial y Legislativo locales. Interviniendo en todos los ámbitos de la administración pública, mezclándose en las atribuciones de los Poderes Judicial y Legislativo, en su afán por escuchar y atender a todo ser humilde que se acercaba a plantearle sus querellas o sus problemas, se enteraba de las cuestiones judiciales y ofrecía que habría pronto y eficaz remedio a la queja. Asimismo, negoció las precandidaturas para diputados locales y federales entre los hombres fuertes del estado y, a la postre, logró la mayoría en el Congreso local.

Durante los cuatro años del gobierno de Cárdenas, la Cámara de Diputados local se integró casi por los mismos individuos, es decir, los diputados que entraron con él en noviembre de 1928 se reeligieron en 1930.⁶⁰⁷ El Poder Judicial y Legislativo estaban subordinados a Cárdenas: en 1928, el Congreso anuló las elecciones para regidores municipales en los municipios donde no ganaron los candidatos cardenistas, avalando aquellos que resultaron favorables. De esta manera, a través del Congreso o de la CRMDT, Cárdenas maniobraba para derribar autoridades municipales que no le eran favorables.⁶⁰⁸ A los diputados los trataba como simples empleados, aniquilando toda iniciativa que pudieran tener, se limitaban a votar, sin discusiones, todos los decretos que les mandaba, una práctica que se volvió común en el Congreso federal ya como presidente de la República, a partir de 1934.⁶⁰⁹

Como gobernante, Cárdenas tuvo una preocupación especial por la educación. Esto puede verse en que Michoacán fue de los pocos estados que dedicaba a ese ramo más del 40% de su presupuesto, en la cantidad de escuelas construidas y en el impulso que dio a la educación agrícola, técnica e indígena. También estableció la coeducación en la Escuela Nacional de

⁶⁰⁵Verónica Oikión Solano, op. cit., p.8.

⁶⁰⁶Adolfo Gilly, et al., op. cit., p.38.

⁶⁰⁷Enrique Krauze, op. cit., p.43.

⁶⁰⁸Enrique Guerra Manzo, op. cit., p.54.

⁶⁰⁹Durante la XXXVI Legislatura federal (1934-1937) se presentó, por parte de la Cámara de Diputados, el Ejecutivo federal, las Legislaturas locales y el Senado, un total de 332 iniciativas, de las cuales se aprobó un total de 289; del total aprobadas, al Poder Ejecutivo, que presentó un total de 255, se le aprobó 245. Para la XXXVII Legislatura federal (1937-1940) se presentó un total de 577, de las cuales se aprobó 493; del total aprobadas, al Poder Ejecutivo, que había presentado 372, se le aprobó 362. La eficacia de Cárdenas como iniciador de leyes fue de 0.961% y 0.973%, respectivamente. Visto en Javier Hurtado, *El sistema presidencial mexicano*, México, Universidad de Guadalajara/FCE, 2001, p.273.

Morelia.⁶¹⁰ Cárdenas entendía que antes que ver por la libertad electoral o la división de poderes en cualquier nivel, el Estado tenía una misión revolucionaria y tutelar, por ello actuó desde todos los frentes. Entre 1928 y 1932 se crearon, en conjunto, 472 escuelas. Cárdenas estaba empeñado en una educación social que permitiera a “los niños convertirse en verdaderos seres humanos, en hombres de empresa y de acción”, en el alfabeto antes que el catecismo. Había que “socializar la escuela” en consonancia con “las necesidades colectivas y los deberes de solidaridad humana”, esta era “la nueva ideología revolucionaria”. Su acometida tenía por objeto “desfanatizar” y “desalcoholizar”, enseñar oficios, convertirse en verdaderos “agentes de cambio revolucionario”, “focos de fermentación ideológica”, ayuda a su programa agrario y social, una verdadera obra integral.⁶¹¹ Más tarde, Cárdenas expresaba su convicción diciendo: “la madre patria será fuerte y los hombres comprenderán mejor lo que es la libertad cuando la cultura se convierta en herencia de las masas”.⁶¹²

Pero los agentes de cambio revolucionario tenían muchos obstáculos, desde el alcohol y los fanatismos, hasta hacendados que no se quedarían con los brazos cruzados y maestros no revolucionarios. La CRMDT tuvo que emprender una cruzada de depuración ideológica normalista donde excluyó a todos los “egoístas” renuentes a la “ideología avanzada”. El excelente proceder colocó la pieza que faltaba: en la Universidad Nicolaíta no socializó las profesiones, sino a los alumnos. Nuevos símbolos sobre una misma mentalidad.⁶¹³

Con todo, Cárdenas acumula los meritos suficientes para alcanzar la cúspide de su carrera militar; el 11 de mayo de 1931 es promovido al grado de General de División. Surgen, entonces, varias consideraciones: destaca su percepción de una realidad donde imperaba la incertidumbre, opta por incorporarse a la Revolución, tiene una gran claridad al concentra su participación en la principal institución política de esa época, el ejército. Gracias a su incorporación militar y su presencia en varias regiones, tiene un amplio conocimiento de la situación del país, lo que le va a permitir efectuar una lectura política y social de diversos estados de la República. El papel de los jefes militares en las regiones fue determinante para la incipiente fuerza del centro; “estos personajes eran los cónsules de la Revolución”. Lázaro Cárdenas perteneció a estas figuras hasta

⁶¹⁰Victoria Lerner, *Historia de la Revolución Mexicana: la educación socialista*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1999, cuarta reimpresión, tomo XVII, pp.14.

⁶¹¹Enrique Krauze, op. cit., p.46-48.

⁶¹²William C. Townsend, op. cit., p.82.

⁶¹³Enrique Krauze, op. cit., p.49-52.

que logró construir su perfil de hombre fuerte en su estado natal, Michoacán; jugaba, pues, un, muy interesante, doble rol.⁶¹⁴

La excelente relación que Cárdenas guardó hasta junio de 1935 con Calles buscó el acomodo institucional. Cárdenas guardaba un profundo respeto y admiración por el sonoreense; además, sabedor de la experiencia fallida del gobierno mugiquista, desarrolló una vía moderada e institucional que evitara el enfrentamiento con el gobierno central. Sabedor, también, que sin poder y mando no se puede hacer avanzar las ideas esenciales para la obra de la Revolución. Cárdenas sabía que si quería echar a andar su proyecto reformista, además de contar con una formalizada y fuerte base social, debía evitar perder el poder, lo cual implicaba, sobre todo, conservar buenas relaciones con el gobierno central y, ya con el *Maximato*, con el mentor Plutarco Elías Calles, el nuevo hombre fuerte de la nación.

Fuera de Michoacán, en esos momentos, hay una clara preeminencia hegemónica del grupo callista; pero, paradójicamente, con la finalidad de fortalecerse, Calles había dado margen de acción a hombres de poder en distintas regiones del país⁶¹⁵; como ya lo hemos apuntado antes, mientras éstos juraban lealtad a Calles, reconociéndolo, ahora, como *Jefe Máximo*, y le servían como intermediarios y nexos estabilizadores en las regiones, recibían de Calles, el poder real detrás del presidente, autonomía y manos libres a sus decisiones locales. En el caso de Michoacán, como estaba ocurriendo en otros estados, generó un eje de dominación regional donde Cárdenas tuvo innegable autonomía frente al centro, lo que le dio amplitud de maniobra para llevar a cabo su programa de reformas sociales y cubrirse de los resquicios de los detentadores del poder económico.⁶¹⁶

El gobierno central ya no requería de la presencia de un jefe militar en Michoacán, el nuevo gobernador, Lázaro Cárdenas, representaba, él mismo, al centro y, a la vez, construía su poder local con sus bases sociales de apoyo. La milicia, la región y el centro son tres pilares esenciales que explican la fuerza que había adquirido Cárdenas, pero faltaba un cuarto: el mediador.⁶¹⁷

El gobierno de Ortiz Rubio se caracterizó por una serie de crisis políticas naturales a la dualidad de poder, al bicefalismo del Ejecutivo, a las imposiciones ministeriales de Calles. Cárdenas actuó muy cauteloso. Por un lado, a pesar de que el presidente Ortiz Rubio era abiertamente antiagrarista,

⁶¹⁴Samuel León, op. cit., p.18.

⁶¹⁵Verónica Oikión Solano, op. cit., p.89.

⁶¹⁶Ibid., p.89.

⁶¹⁷Samuel León, op. cit., p.20 y 21.

intentó defenderle de sus opositores, como Manuel Pérez Treviño, argumentando lealtad y respeto a las instituciones; pero al mismo tiempo, como buen intermediario, ocupa la presidencia del CEN del PNR en noviembre de 1930 y la Secretaría de Gobernación en octubre de 1931. Asimismo, conector del poder real de Calles, evita cualquier malentendido con éste y le hace partícipe de sus dudas buscando, de su mentor, consejos. El buen estado de sus relaciones le permitió gobernar en Michoacán, a diferencia de Múgica quien no corrió con el mismo éxito. Cárdenas no era visto por el gobierno central como un agrarista radical, nunca se opuso abiertamente a los dictados del gobierno federal, siempre se las arregló para negociar, ser un nexo e intermediario eficiente con Calles. Gracias a esto, Cárdenas logró cubrir su gubernatura en buenos términos, ocupar la jefatura de Operaciones Militares en Puebla, hacerse cargo de la Secretaría de Guerra y Marina del presidente Abelardo L. Rodríguez y, finalmente, en 1934, tras una campaña innovadora en los usos políticos, pasar a la Presidencia de la República.⁶¹⁸

⁶¹⁸ Enrique Guerra Manzo, op. cit., p.64-68.

e. Un modelo de partido oficial: Emilio Portes Gil y Tamaulipas.

i. El hombre.

Hombre fuerte, gobernador de Tamaulipas y, a su tiempo, presidente interino de México. El licenciado Emilio Portes Gil fue un político que tuvo, como afirma Pedro Salmerón, ciertamente, *la fortuna de estar en el tiempo preciso y en el lugar indicado en un momento crítico de la construcción del Estado mexicano moderno*: el tránsito de una política personalista a una de instituciones. Con el asesinato de Obregón, una brecha ambiciosa se topó con el abogado tamaulipeco. La muerte del máximo caudillo de la Revolución Mexicana generó una profunda y amenazante crisis política; el primer paso para solucionarla vino, precisamente, con la designación del licenciado Emilio Portes Gil como secretario de Gobernación y, posteriormente, como presidente provisional de la República Mexicana. La figura de Emilio Portes Gil está al marco del simbolismo político.

Para Antonio Luna Arroyo, el tamaulipeco, además, conocía, sin temor a equivocación, todos los hilos que tejían la red simbólica de la experiencia humana: iniciado en el instinto y afirmado en la experiencia, dice. Antes, incluso, de aleccionar en la abogacía, ya tenía firmes conocimientos de la lucha diaria, ya tenía una clara comprensión de la vida pública, ya conocía la estructura orgánica a través de la cual se relacionan los gobernantes y los gobernados; posteriormente, como abogado, afirmó las normas que guían la acción colectiva y los problemas de la nación. Estudioso, de vocación, de las realidades nacionales; un orador, un escritor, un militante, meditando y conversando en público, Portes Gil permaneció, en sacrificio y éxito, en la acción constructiva. Nunca un traidor de la obra revolucionaria, ni enriquecido a costa de los numerosos cargos políticos que desempeñó, siempre que tuvo la oportunidad se “refugió” en su despacho de abogado postulante. Estudioso de la política, reconoce sus muchos errores; por vocación, conocedor de la victoria y la derrota como meros escalones de la vida pública, opositor de la arbitrariedad y la humillación, conocedor y promotor del bien común; así, airoso, fue Emilio Portes Gil.⁶¹⁹

⁶¹⁹ Antonio Luna Arroyo, “Un ensayo crítico y biográfico de Emilio Portes Gil”, *Autobiografía de la Revolución. Un tratado de interpretación histórica*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, colección Memorias y testimonios, 2003, primera edición facsimilar, pp.4-6 y 10.

Organizador de pensamiento y acción, el licenciado Emilio Portes Gil narra en *Quince años de política mexicana*⁶²⁰ cómo fue que la crisis política de 1928 lo llevó a ocupar el cargo de representación popular más importante de la República y de su vida. Por esos días, a raíz del asesinato del general Álvaro Obregón, los principales jefes militares y políticos del obregonismo asumieron actitudes de franca rebeldía en contra del presidente Calles, a quien responsabilizaban públicamente del crimen. Resta decir que, la situación era por demás angustiosa. Muy pronto, el prestigio del gobierno federal se desmoronó y tanto la autoridad como la participación –si quiera por omisión⁶²¹- de Calles se ponía en tela de juicio. Para entonces –sigue narrando el licenciado victoriano-, la pasión política, ante el cadáver del Caudillo, significaba una seria amenaza para la tranquilidad del país. Las acciones que se llevaran a cabo en ese momento serían, sin lugar a dudas, las que encumbrarían hombres y derrocarían pasiones.

Emilio Portes Gil era entonces el gobernador de Tamaulipas y, con esa investidura, como reconocido partidario del *Manco de Celaya*, reunió a los personajes más caracterizados del obregonismo, como Aarón Sáenz y Arturo H. Orcí, para exteriorizar su sincera preocupación por el momento que estaba atravesando la serenidad de la República; al mismo tiempo, les manifestó su deseo de conferenciar con el presidente Calles, de expresarle cuál era el sentir de los partidarios del extinto presidente electo. Acordó, con los partidarios de su causa, integrar una comisión para dirigirse a Palacio Nacional con el objetivo pactado.

Ante el presidente Calles, el gobernador tamaulipeco externó su sentir respecto a los últimos acontecimientos que asolaban al país: “el motivo [...] es el deseo de cambiar impresiones sobre los lamentables sucesos políticos de las últimas horas. La muerte del general Obregón ha planteado para el país una grave crisis que urge prevenir [...] Hemos creído de nuestro deber expresar a usted que no tenemos confianza alguna en los jefes de la Inspección General de Policía que se han avocado al conocimiento de los hechos”.

Con un tono de reproche, el presidente Calles exigió a su interlocutor una razón para su desconfianza. El gobernador de Tamaulipas expuso que sabía con anticipación –y de la propia voz del general Obregón- que el jefe de la Inspección General de Policía, general Roberto Cruz, no era partidario del obregonismo y que había venido significando un abierto adversario en la lucha

⁶²⁰Emilio Portes Gil, *Quince años de política mexicana*, México, Ediciones Botas, 1941, p.549.

⁶²¹El presidente no había hecho ninguna advertencia o reprimenda enérgica a su Secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Luis Napoleón Morones, cuando éste dirigió ataques insolentes e injurias amenazantes a Obregón el 30 de abril de 1928, con motivo de la celebración del día del trabajo; ni haber tomado postura alguna cuando el Subsecretario de Guerra y Marina, general Miguel Piña, lanzó los más denigrantes calificativos en contra del sonoreense.

presidencial. Con mucho tino político, el presente Calles instó a Portes Gil a que propusiera quién, para el gusto de los interés de su comisión, debía llevar las riendas de la investigación del crimen. El general y jefe de Operaciones Militares en Sinaloa, Antonio Ríos Zertuche, fue la persona propuesta por el grupo obregonista. De inmediato, con el cambio en la Inspección General de Policía, un ambiente de serenidad se apoderó del país.

Emilio Portes Gil aprovechaba sus visitas al presidente Calles para manifestarle “el sentir de la calle”, que los laboristas, miembros de su gabinete, a quienes, abiertamente, no culpaba del crimen, debían ser removidos por el franco antiobregonismo que profesaban. El presidente, un tanto persuadido, ordenó que se aceptaran las renunciaciones de los laboristas. Majestuosamente, con esa determinación, Calles había logrado salvarse de cualquier sospecha que lo hiciera aparecer como instigador o responsable directo de los hechos. Sin embargo, los anticallistas buscaron, por todos los medios y con todos los recursos que estuvieron a su alcance, relacionarlo con el magnicidio; al cabo del tiempo, durante el trascurso del juicio de León Toral, nada ni nadie logró siquiera concretar la más insignificante sospecha de la más leve participación –como hemos dicho, si quiera por omisión- del presidente Calles. El trabajo de la Inspección General de Policía y de las Comisiones de Seguridad -de insospechable filiación obregonista-, evitó que la tragedia se extendiera a mayores consecuencias. Bajo severas acusaciones, que de meras sospechas no pasaron, Calles, gracias al licenciado Portes Gil –según él mismo se lo atribuye-, había salido limpio.

A finales del mes de julio comenzó a volverse cada vez más poderoso el rumor de que Calles pretendía extender su periodo de gobierno. Hasta la capital llegaron los gobernadores de Sinaloa y Sonora, Manuel Paez y Alejo Bay, en compañía de los generales Francisco R. Manzo, jefe de Operaciones Militares en Sonora; Fausto Topete, candidato electo a la gubernatura de ese estado y algunos otros connotados miembros de la milicia. Su objetivo era hacer ver a Calles que debía separarse de la política nacional, pues hasta los rincones del norte del país habían llegado los murmullos de su intento por prolongar su mandato presidencial. Según narra el mismo Portes Gil, Calles nunca tuvo la intención de desacatar la Constitución, sus intenciones eran, ciertamente, otras.

Desde el principio, el nuevo secretario de Gobierno, Portes Gil, creyó que la única persona capaz de solucionar la crisis política era, justamente, el presidente Calle; no sólo porque reunía la fuerza de la ley como representante del Poder Ejecutivo, sino también por su destacado papel

revolucionario y su, recién salvada, autoridad moral. El 18 de agosto de 1928, Portes Gil asume la Secretaría de Gobernación del presidente Calles. En su primer acuerdo hizo del conocimiento del presidente los “errores que se venían cometiendo en dicha secretaría al extremar la aplicación de las leyes en materia de cultos [...] aquella política intransigente había conducido al país a una sangrienta lucha fratricida, que tanto había desprestigiado al régimen [...] y que no debía combatirse la violencia con violencia, sino por medios educativos...”, en tanto se giraba una circular a los gobernadores de los estados para que se sujetaran estrictamente a las leyes y no se cometieran más actos de violencia en contra de los creyentes. Hemos decidido comenzar esta última parte del recuento de los cinco casos de los hombres fuertes locales y regionales con esta anécdota narrada por el propio Portes Gil porque nos ha parecido una de las más claras evidencias del papel intermediario y negociador que hombres como don Emilio jugaron, primero, desde sus trincheras locales y, más tarde, en el ámbito nacional. Por lo demás, así era Emilio Portes Gil y bajo esas circunstancias, con la anuencia del obregonismo opositor a Calles, se establece una transición de simbiosis entre lo local y lo nacional; el hombre, la mejor garantía.

ii. Al tema: la formación revolucionaria.

Emilio Portes Gil nació en Ciudad Victoria Tamaulipas el 3 de octubre de 1891 y murió el 10 de diciembre de 1978 en el Distrito Federal, a la edad de 87 años. Descendiente directo del ilustre Simón de Portes, honrado y talentoso político de la República Dominicana que salió de su país, debido a sus ideas progresistas, para atracar en Tamaulipas, y de Adelaida Gil, con quien contrajo matrimonio, heredando esas ideas y transmitiéndolas a su hijo Emilio.⁶²² Huérfano desde muy temprana edad, él mismo se formó en las severas disciplinas del estudio y del trabajo. Realizó su instrucción primaria en Ciudad Victoria, en la Escuela Normal entre 1906 y 1910 -siendo profesor de escuela a los 18 años- y se tituló como abogado de la de la Escuela Libre de Derecho de México en 1915, venciendo toda clase de privaciones y dificultades.

Afiliado a la Revolución en Tampico, a través del Club Anti-Reeleccionista y más tarde la Sociedad Democrática Estudiantil, desde 1909. Fue director del periódico *El Cauterio* entre 1912 y 1913; en 1914 se traslada a Veracruz para ponerse a las órdenes del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista –desempeñando los cargos de escribiente de asesor, oficial de jefe de sección en el Departamento de Justicia Militar y, en 1915, a los 24 años, al presentar su examen profesional, fue designado por Carranza, subjefe del Departamento de Justicia en la Secretaría de

⁶²²Antonio Luna Arroyo, op. cit., p.6.

Guerra y Marina con el grado de general brigadier asimilado.⁶²³ Más tarde, abogado consultor y miembro de la Comisión de Revisión de Leyes Militares de la Secretaría de Guerra y Marina; juez de primera instancia y magistrado del Supremo Tribunal de Justicia de Sonora en 1916.

Destacado como uno de los políticos más notables, director de *El Diario* entre 1918 y 1920, firmante del Plan de Agua Prieta en 1920, gobernador interino de Tamaulipas del 8 de mayo al 8 de junio de 1920, diputado federal por su estado natal en la XXVII, XXIX, XXX y XXXI legislaturas; abogado general de los Ferrocarriles Nacionales. Con la magnífica preparación que Portes Gil llevaba en la Cámara, su serenidad, su dinamismo y su constante estudio de los problemas políticos y sociales, fácil es suponer que su éxito tendría que ser completo -como, de hecho, lo fue. A Portes Gil se le atribuye la derrota parlamentaria del cooperatismo en 1923 y el triunfo completo de la Revolución sonorensis, abanderada por los generales Obregón y Calles.⁶²⁴

Gobernador constitucional de Tamaulipas del 5 de febrero de 1925 al 4 de junio de 1928 y secretario de Gobernación en el gobierno de Plutarco Elías Calles del 18 de agosto al 30 de noviembre de 1928. Tras la muerte del presidente electo, Álvaro Obregón, con sólo un paso, el Congreso lo nombró presidente provisional y tomó posesión el 1º de diciembre de 1928. Durante su gobierno se rebeló en el noroeste el general José Gonzalo Escobar –inmediatamente después se nombró secretario de Guerra y Marina al general Calles-, se fundó el Partido Nacional Revolucionario -instituto político que se encargaría de unificar a los dispersos y heterogéneos grupos políticos de la Revolución, además de dirimir en su seno los conflictos-, se inició el “*Maximato*”, fueron promulgados el Código Penal y la Ley Orgánica del Ministerio Público, se dio asilo al general nicaragüense Augusto César Sandino, se realizó una campaña nacional antialcohólica, se obtuvo la autonomía para la Universidad Nacional de México, concluyó el movimiento de los cristeros, se creó el Comité Nacional de Protección a la Infancia, se inauguró el Puerto Aéreo y se convocó a elecciones presidenciales para terminar el periodo que él mismo iniciara.

Durante este periodo se persiguió a los militantes del Partido Comunista Mexicano y rompió relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Destacado por su honradez, integridad y por su constante respeto a la Constitución, don Emilio dejó la presidencia a Pascual Ortiz Rubio el 4 de febrero de 1930 y en el gabinete de éste ocupó la Secretaría de Gobernación entre el 5 de febrero

⁶²³Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.424 y 425.

⁶²⁴Ibid., p.423 y 424.

de 1930 y el 28 de agosto de 1931. Fue presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PNR del 22 de abril al 14 de octubre de 1930, enviado plenipotenciario en Francia y primer representante de México ante la Liga de las Naciones Unidas en 1932; procurador General de la República entre 1932 y 1934, secretario de Relaciones Exteriores del 1º de diciembre de 1934 al 15 de junio de 1935 en el primer gabinete del general Lázaro Cárdenas, nuevamente presidente del CEN del PNR del 15 de junio de 1935 al 19 de agosto de 1936, embajador en Ecuador en 1946 y en la India en 1951; es el principal autor de la Ley Federal del Trabajo. Presidente de la Comisión Nacional de Seguros en 1959 y presidente del Comité Técnico Consultivo de la Comisión Nacional Bancaria y de Seguros entre 1971 y 1978. Presidente del Ateneo Nacional de Artes y Ciencias de México; del ilustre Colegio de Abogados de Puebla; de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; de la Sociedad de Amigos del Libro Mexicano. Doctor Honoris Causa por la UNAM, las Universidades de Santo Domingo, Jackson Mississippi y Buenos Aires.⁶²⁵

Prominente orador político y conferenciante de altura; llenó los dos marcos de la oratoria: cuando hablaba a las masas ponía las ideas a su alcance, y, ante auditorios selectos, elevaba en contenido y forma su discurso. Más allá, como los hechos que marcaron su vida, destaca su incansable laboriosidad en bien de la educación. “Amigo de sus amigos”, “político” leal y agradecido, afanado defensor de la audiencia pública, fiel a los principios de la rectitud, la moral y la Revolución; evitó a toda costa que se derramara sangre cuando más de 40 000 hombres combatían el gobierno provisional que presidía: “di órdenes para que no se fusilara a nadie, que se repastara la vida y los intereses de todos.”⁶²⁶

iii. El entorno: Tamaulipas y los vientos de la Revolución.

El general Porfirio Díaz fue presidente de México por primera vez entre 1876 y 1880, regresando a ocupar el mismo puesto en 1884; desde esa primera reelección, ocuparía el cargo hasta 1911. Durante su gobierno, el estado de Tamaulipas experimentó un inédito dinamismo económico en el campo como resultado de su clara orientación productiva capitalista. Por ese motivo, en varias partes del campo hubo importantes inversiones de capital destinados a desarrollar comarcas completas y fomentar la colonización; asimismo, se modificó la tenencia de tierra con el arribo de nuevos empresarios agrícolas, nacionales y extranjeros. La modernización de las comunicaciones,

⁶²⁵Humberto Musacchio, *Milenios de México-Diccionario enciclopédico de México*, Italia, Diagrama Casa Editorial, 1999, tomo II, pp.2423 y 2424; *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, México, Editorial Porrúa, 1995, tomo III, sexta edición corregida y aumentada, pp.2774; Antonio Luna Arroyo, op. cit., p.7 y 8.

⁶²⁶Antonio Luna Arroyo, op. cit., p.11.

la creciente integración económica regional, el comercio y la explotación petrolera, por ejemplo, generaron también un efecto positivo en el campo tamaulipeco. Como en el resto del país, en Tamaulipas la inversión extranjera en el campo logró trastocar la tenencia tradicional de la tierra al acaparar grandes extensiones en sitios susceptibles de riego.⁶²⁷

Ese modelo porfirista de apropiación de la tierra, con base en la influencia económica y política, tuvo en Tamaulipas un excepcional ejemplo vivo: grandes compañías extranjeras como la Celeste Irrigation Company, La Sauteña, La Clementina, la Mexican Land Company y la American Land and Cuttle Company o la Blalock de México -así como el ex presidente de la República y compadre de Porfirio Díaz, Manuel González-, acapararon paulatinamente diversas haciendas y predios rurales en los distritos del sur y centro del estado -por ejemplo, el ex mandatario González y su hijo llegaron a sumar 200 000 hectáreas. Por su parte, el ex gobernador de Coahuila, Miguel Cárdenas, inició la explotación de las tierras aledañas al fecundo río Mante.

Como sucediera en el San Luis Potosí cedillista, la producción de la fibra de ixtle tuvo un rápido incremento en la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia de la gran demanda de fibras duras por parte del mercado mundial, en especial el europeo. Para 1887 la producción estatal era de 3 348 toneladas, mientras que para 1910 se alcanzaron 22 116 toneladas. Por desgracia, la crisis de 1907-1908 y los efectos violentos de la Revolución paralizaron su producción y demanda. En tanto, en los alrededores de Ciudad Victoria, a partir de 1900, se produjo por siete décadas henequén, hasta que finalmente éste colapsó. También, durante el porfirato, se produjeron regulares cantidades de algodón y diversos productos silvícolas.⁶²⁸

Sin lugar a dudas, el paradigma positivista de “orden y progreso”, profesado durante el porfirato, intensificó la construcción extensa de red ferroviaria en el país, lo que consolidó el mercado interno nacional y lo proyectó al exterior. El estado de Tamaulipas fue particularmente beneficiario de este paradigma por su excelente ubicación geográfica, junto a la frontera con los Estados Unidos y en el litoral del Golfo de México. Desde la primera línea construida, el Ferrocarril Nacional Mexicano, que conectó, precisamente, a Nuevo Laredo con la ciudad de México – beneficiado con los privilegios de la excepción fiscal-, y más tarde a Monterrey con Matamoros, la extensa red ferroviaria no paró en su desarrollo: el Ferrocarril Central Mexicano de 1889 enlazó a

⁶²⁷Octavio Herrera, *Breve historia de Tamaulipas*, México, FCE-COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 1999, pp.207 y 208.

⁶²⁸Ibid., p.209.

la ciudad de México con el puerto de Tampico, a través de San Luis Potosí, y también lo comunicó a Monterrey por Ciudad Victoria.⁶²⁹

Hacia la década de 1880, a través de concesiones otorgadas por el gobierno tamaulipeco, la Waters Preece Oil Company instala una refinería en Árbol Grande, cerca de Tampico, con lo que se da inicio a la industria petrolera en Tamaulipas. Al tiempo, muchas compañías e inversiones extranjeras multinacionales comenzaron a explotar el suelo tamaulipeco en busca del preciado *oro negro*. En 1908, la empresa S. Person and Son, que después se convertiría en la Compañía Mexicana del Petróleo El Águila, S.A., inició sus actividades en el puerto; le siguieron la Standard Oil Company, La Corona, la Huasteca Oil Company, la Texas Oil Company y la Sinclair Company. Al cabo de tres años ya se exportaban de manera cotidiana hidrocarburos por Tampico, que para entonces ya poseía un canal de navegación para barcos de gran calado.

Pero en Tamaulipas no solo se desarrolló la industria petrolera. El ramo de la minería se reactivó, pero esta vez para usos industriales, especialmente en la sierra de San Carlos; sin embargo, de la misma manera que otras actividades encaminadas a satisfacer la demanda mundial, la crisis de 1907-1908 paralizó su desarrollo. Empresas de extracción minera como la W. H. Wentworth, la Compañía Minera de Tamaulipas, J. H. Andrews, la Compañía Minera de San Nicolás, la Compañía Guadalupe Mainero, la Tamaulipecta Mining Company, entre otras más pequeñas, se encargaron de explotar los yacimientos minerales de la Sierra Madre Oriental. El cobre lo extrajo principalmente la empresa neoyorkina San Carlos Cooper Company, propietaria de los yacimientos de San José, con capacidad para extraer 200 toneladas diarias de cobre -con 700 obreros, máquinas de vapor y aire comprimido- que enviaba a Estados Unidos vía Linares.⁶³⁰

La *pax porfiriana* -y el evidente crecimiento de la economía- permitió la creación del Banco de Tamaulipas, establecido en Tampico en 1902. Esta nueva institución financiera obtuvo la anuencia del gobierno federal para realizar transacciones hipotecarias y emitir sus propios billetes, expandiendo sus operaciones a Ciudad Victoria; para 1910 ya tenía sucursales en Nuevo Laredo, Matamoros, Jiménez, Tula y Ocampo. Ocurrió, entonces, un *boom* económico.

Luego de un extenso letargo, el puerto de Tampico inició su reactivación comercial. El Ferrocarril Central Mexicano, así como el canal de navegación -que permitió recibir grandes barcos comerciales- y la extensa infraestructura portuaria -la erección de un faro e importantes

⁶²⁹Ibid., p.209-211.

⁶³⁰Ibid., p.211.

instalaciones aduanales-, representó, para la reactivación de la actividad comercial en Tamaulipas, una inquieta actividad de exportación e importación que logró competir en importancia con Veracruz. El *boom* se sistematizó: se desecó parte de la laguna del Carpintero para contrarrestar la insalubridad y el mosquito transmisor de la fiebre amarilla que imposibilitaba el crecimiento de la población de Tampico. Con el *oro negro*, Tampico comenzó a adquirir un aire cosmopolita, a la par que comenzaban a construirse áreas industriales.⁶³¹ Estas nuevas condiciones económicas no tardarían en representar un fuerte atractivo laboral para los diversos flujos migratorios.

En 1873 existían en Tamaulipas 141 599 personas, aumentando a, según el *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos*⁶³², 249 641 personas para 1910. Este notable incremento en el número de su población se convirtió en la pauta demográfica que caracterizaría al estado gracias a su natalidad natural como al innegable estímulo de sus factores económicos. Las nuevas oportunidades laborales atrajeron tanto a migrantes nacionales como extranjeros; Tampico, Nuevo Laredo y Tula se convirtieron en las ciudades con mayor desarrollo urbano. El mejoramiento de la salud pública fue la gran novedad del fin de siglo.

Imbuido en el ambiente constructivo y positivista del porfiriato, el gobierno local estableció en la capital tamaulipeca el Instituto Científico y Literario del Estado, en 1888, con la intención de crear una institución capaz de proveer estudios de nivel medio y superior. Al tiempo, se fundaron escuelas normales tanto en Matamoros como en Ciudad Victoria. Más adelante, se creó la carrera de maestro rural y, además, en el campo de la educación preescolar, se logró ser pionero de los jardines de niños. Para 1899 se había logrado que Ciudad Victoria fuera la sede del Primer Congreso Pedagógico para la creación de la Dirección General de Instrucción Pública de la entidad, cuyo objetivo central fue la unificación de los esfuerzos para lograr que Tamaulipas fuera uno de los pocos estados del país con un reducido índice de analfabetismo.⁶³³ Pero, a pesar de todo el *boom* económico y los logros en el campo de la educación pública, la inherente inconformidad con un régimen de más de 30 años terminaría por ser el prolegómeno del desmoronamiento.

En 1884 Porfirio Díaz retorna a la presidencia evidenciando, al poco tiempo, su firme intención por perpetuarse en el poder. Ante la ausencia de oportunidades políticas para las nuevas generaciones, las concesiones otorgadas a compañías deslindadoras, la gran explotación de

⁶³¹Ibid., p.213.

⁶³²Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos, [en línea], México, Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento, INEGI, 27 de octubre de 1910, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/pais/divi_terri/TamaulipasI.pdf, [consulta: 31 de enero de 2013].

⁶³³Octavio Herrera, op. cit., p.215.

campesinos a manos de una reducida oligarquía terrateniente, la ausencia de garantías individuales en el país, la corrupción de la administración pública y la violación a los principios constitucionales de 1857, un grupo de liberales encabezados por Camilo Arriaga, convocó en 1905 a una reunión nacional en San Luis Potosí. Con la anuencia de delegados de todo el país, entre ellos los representantes de Nuevo Laredo, Tampico y Tula, se detonó un alzamiento en el noreste desde Laredo, Texas, donde un grupo de anarquistas, con bajo nivel de convocatoria, fue repelido por las fuerzas federales. Esta primera demostración del descontento hacia el régimen, aunque había sido derrotada, sentó las bases de la Revolución en el norte del país.⁶³⁴

En marzo de 1908, Porfirio Díaz le concedió al periodista norteamericano James Creelman una entrevista que apareció en la *Pearson's Magazine* de Nueva York, y fue traducida y publicada en México en el periódico *El Imparcial*: en dicha entrevista, sorprendentemente, Porfirio Díaz declaraba “estar de acuerdo con el sentimiento natural de los pueblos democráticos por cambiar a sus dirigentes”, mientras que manifestaba sus “deseos por dejar la presidencia si ya esta nación está lista para una vida de libertad definitiva”, y sentenciaba: no importa lo que al respecto digan mis amigos y partidarios, me retiraré cuando termine el presente periodo y no volveré a gobernar otra vez. Para entonces tendré ya ochenta años, doy la bienvenida a cualquier partido opositor en la República mexicana.⁶³⁵

Aunque las declaraciones del presidente fueron interpretadas de diversas maneras, su carga política abrió grandes expectativas en varias personalidades y grupos en el verano de ese año. Toda la oposición se convenció de una mayor apertura política y electoral y, casi de inmediato, comenzó a organizar su estrategia para la inminente contienda.

La reacción más consistente a la entrevista Díaz-Creelman fue la del empresario coahuilense Francisco I. Madero. En diciembre de 1908 dio a conocer su libro *La sucesión presidencial en 1910*. Al calor del verano, apareció el Partido Antirreeleccionista, encabezado por el propio Madero, al que se aglutinaron los tamaulipecos Emilio y Francisco Vázquez Gómez, originarios de Tula y que figurarían en el nuevo gabinete revolucionario. Sin ningún antecedente político, Madero comenzó una extensa campaña política por todo el país que lo llevó a visitar Tampico y Ciudad Victoria. En menos de un mes, don Francisco inició sus giras por la República abarcando 28 ciudades entre el

⁶³⁴Ibid., p.220.

⁶³⁵Pablo Serrano Álvarez, “Extractos de la entrevista Díaz-Creelman”, *La emergencia de la Revolución, el anhelo por la democracia*, México, [en línea], s/páginas, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2013, dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-revolucion-articulo>; http://www.inehrm.gob.mx/pdf/extractos_diazcreelman.pdf, [consulta: 31 de enero de 2013].

18 de junio de 1909 y el 2 de abril de 1910.⁶³⁶ Sin embargo, haciendo caso omiso de sus propios dichos, Díaz encarceló a Madero en San Luis Potosí y se reeligió por séptima ocasión. Habría de comenzar la Revolución Mexicana, con ella corría el último y fatídico capítulo del antiguo régimen.

El sufragio popular entregó la presidencia a Francisco I. Madero, sin embargo, nunca pudo dismantelar por completo el antiguo régimen ya que permaneció intacto el ejército. Por el contrario, ordenó el desmantelamiento de los ejércitos irregulares que surgieron de la Revolución. Paradoja ésta -y el no incluir a los revolucionarios en el nuevo gabinete presidencial- que le costó la presidencia y la vida. Sin embargo, en el terreno tamaulipeco, como secretario de Gobernación, Emilio Vázquez Gómez interfirió en favor del licenciado Espiridión Lara para que éste ocupara la primera magistratura del estado en 1911. Al tiempo, como en el resto del país, los aires de la Revolución cambiaron de dirección y los Vázquez Gómez perdieron su simpatía con Madero, apoyaron a Pascual Orozco y se alinearon a la contrarrevolución. Sin ese sostén, Lara tuvo que renunciar al cargo en noviembre. Matías Guerra, un viejo representante de la vieja guardia porfirista, le sustituye.⁶³⁷

En febrero de 1912 se convocó a elecciones en Tamaulipas para la renovación de los poderes estatales. Fermín Legorreta, postulado por el Partido Liberal de Tamaulipas, tomó la delantera en las preferencias, pero poco antes de las elecciones falleció; la campaña la retomó el mandatario en turno, Matías Guerra, quien, con la anuencia de Madero, triunfó en las elecciones, a pesar del profundo descontento y las impugnaciones en su contra.

En tanto, en la Sierra Madre, el profesor Alberto Carrera Torres tuvo que desmovilizar a sus tropas y se unió a los hermanos Cedillo en Valle del Maíz, San Luis Potosí. El profesor presentó su candidatura para la diputación federal por el distrito de Tula, pero, con la salida del gobierno de los Vázquez Gómez, las cosas no marcharon en su favor y, finalmente junto con los Cedillo, se declaró en rebeldía. Los intentos golpistas dieron frutos y, con el asesinato de Madero, en febrero de 1913, el gobernador Guerra se apresuró a presentar su fidelidad al usurpador Huerta. Una mordaz crítica pondría en bancarrota la institucionalidad del estado y fin a los días de Matías Guerra como primer mandatario de Tamaulipas.

Pasando por alto los requisitos legales, Victoriano Huerta nombró a Antonio Rábago nuevo gobernador de Tamaulipas. El nuevo gobierno estaría marcado por su autoritarismo castrense, la

⁶³⁶Ibid.

⁶³⁷Octavio Herrera, op. cit., p.222.

represión a sus opositores y por la ausencia de apoyo local⁶³⁸ –pieza que, como se sabe, es fundamental para el sostenimiento de cualquier gobierno.

Ya con los Cedillo como sus aliados en la rebeldía y sin rodeos, el profesor Alberto Carrera Torres retomó sus ideales agraristas radicales y las armas, para lo cual expidió, el 4 de marzo de 1913, la Ley Ejecutiva de Reparto de Tierras. Con ello desconocía al gobierno militar, condenaba sus nexos con el viejo régimen y prometía que, tan pronto sus tropas se apoderaran de las haciendas, serían repartidas a razón de 100 000 metros cuadrados por familia; además de exonerar a los peones del pago de sus deudas. Por otro lado, Luis Caballero, un propietario rural de la villa de Jiménez y jefe de fuerzas rurales del centro del estado bajo el gobierno maderista, emprendió su propia lucha bajo las órdenes de Lucio Blanco en contra del usurpador Huerta. En esta ocasión, luego de la *Decena Trágica*, las fuerzas revolucionarias habían logrado ciertamente unificarse, aliarse heterogéneamente, en torno a la figura del constitucionalista Venustiano Carranza, y su Plan de Guadalupe, contra Victoriano Huerta.⁶³⁹

Lucio Blanco, influido por su ideólogo y jefe de Estado Mayor, Francisco J. Múgica, organizó el primer reparto agrario de la Revolución, a expensas de una hacienda propiedad de Félix Díaz, y ya se aprestaba a fraccionar La Sauteña, cuando Carranza lo desautorizó y entregó su mando a Pablo González quien, desde noviembre de 1913, se encargó del ataque a Ciudad Victoria, en posesión del gobernador huertista Rábago. Con esto, Pablo González logró atacar Nuevo Laredo y Tampico. En muy poco tiempo las batallas se intensificaron y los federales lograron huir a Tula, donde Huerta nombró como nuevo gobernador de Tamaulipas al general Ignacio Morelos Zaragoza. El acoso de los constitucionalistas estaba por terminar con la resistencia huertista. El nuevo presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Woodrow Wilson, no veía que la figura de Huerta coincidiera con la política continental estadounidense. Pronto surgirían pretextos para su intervención directa en territorio mexicano.⁶⁴⁰

Para abril de 1914, los constitucionalistas lograron ocupar Monterrey, con lo que se recuperó el noreste. A ese efecto, sobrevino una nueva serie de ataques a Nuevo Laredo y Tampico donde destacaron las figuras de Pablo González y Alberto Carrera Torres, junto con los hermanos Cedillo quienes lograron el dominio absoluto de San Luis Potosí. En julio de ese mismo año, el gobierno federal se derrumbó y los constitucionalistas tomaron la ciudad de México. Con el derrocamiento

⁶³⁸Ibid., p.223 y 224.

⁶³⁹Ibid., p.225.

⁶⁴⁰Ibid., p.226.

del régimen usurpador, sin un referente sobre el cual conformar una alianza militar, muy pronto las notables diferencias entre las facciones revolucionarias desembocarían en una aguda crisis política y después en un enfrentamiento militar directo.

Mientras las diversas facciones se reunían en una magna convención en Aguascalientes, en Tamaulipas, Luis Caballero y el profesor Alberto Carrera Torres continuarían con posiciones divergentes. Con un origen de pequeño propietario y funcionario local, el primero era conservador, mientras el segundo era un idealista e intelectual que proyectaba la sombra de la revolución popular. Caballero, sin importar lo acordado en la Convención, seguía adicto a Carranza desde que fuera favorecido con la gubernatura y la comandancia militar del estado. En tanto, Carrera Torres, siguiendo las órdenes de Venustiano Carranza, había ido al Istmo de Tehuantepec a licenciar algunas tropas, mientras rechazaba la gubernatura de Chiapas y se reincorporaba a las fuerzas de Pablo González, obteniendo el grado de general de brigada, maniobra a través de la cual conservó su lealtad. Nuevamente, Carranza le ofreció la gubernatura de alguna entidad, pero el jefe tamaulipeco lo rechazó y se retiró al cuarto distrito a esperar la eminente guerra, esta vez había tomado partida en favor de Francisco Villa⁶⁴¹, el *Centauro del Norte*. Enconados enfrentamientos se suscitarían desde entonces entre Francisco Villa y el general Álvaro Obregón, que no terminarían sino con la derrota absoluta del villismo. Es entonces que Luis Caballero extiende su gubernatura hasta 1917, nombrado por Carranza en función de su lealtad y meritos militares. Pero, para su desgracia, una reñida lucha de Poderes Locales se iniciaría.

El general Luis Caballero era, a la vez que gobernador de Tamaulipas, jefe de Operaciones Militares, y al lanzar su candidatura, pidió licencia, dejando en su lugar a su yerno, el general Raúl Gárate, que fue substituido poco después por el licenciado Fidencio Trejo Flores, también adicto al gobernador con licencia.⁶⁴²

Como gobernador de Tamaulipas, Luis Caballero profesó una política contestataria frente al agrarismo radical del profesor Carrera Torres al crear una comisión agraria orientada principalmente a proteger la pequeña propiedad, fundar instituciones de crédito agrícola y arrendar las tierras incultas a los campesinos comprometidos a trabajarlas, pero sin que ello se considerara, bajo ningún caso, como reparto agrario. De la misma manera, Caballero otorgó facultades a los municipios para que atendieran las diferencias entre trabajadores y patrones,

⁶⁴¹Ibid., p.228.

⁶⁴²Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.244.

prohibió las tiendas de raya, propuso el establecimiento de tiendas de artículos de primera necesidad en épocas de escasez, imprimió dinero para hacer frente a las necesidades de su gestión y, como uno de sus máximos logros, pudo centralizar la educación al convertir el Instituto Literario del Estado en la Escuela Normal y Preparatoria haciendo depender a todas las escuelas de la Dirección de Educación Pública del estado. Esta experiencia tamaulipeca permearía en la creación de la Secretaría de Educación Pública.⁶⁴³ Impulsó la educación pública bajo la hábil dirección de los maestros Lauro Aguirre, Alfredo Uruchurtu, Arturo Pichardo y otros muchos, quienes hicieron una verdadera renovación no sólo en los programas que implantaron, sino también en otros aspectos de gran beneficio para la niñez tamaulipeca. Pero, para su desgracia, cometió severos errores.

El gobernador no se ocupó en nada de la Reforma Agraria y, al tiempo, las autoridades cometieron múltiples atropellos en todo el estado. Muy pronto, la saña se convirtió en la característica de la administración de Luis Caballero. Las casas de juego funcionaron en Tampico desde que se hizo cargo de la administración y los ingresos que aportaban despertaron la codicia en más de uno. Tampico se encontraba en gran auge petrolero, y por el puerto salían enormes cantidades de petróleo, llegando a ser el segundo puerto de tonelaje en el mundo, durante los años de la primera guerra mundial, y esas fabulosas sumas no ingresaban a las arcas públicas, sino que eran distribuidas entre los altos jefes del gobierno local y federal.⁶⁴⁴

La bonanza del gobernador Caballero enfrentó un último obstáculo, del cual se desencadenaría una serie de factores que le impidieron su permanencia en el poder. En 1917, año de la promulgación de la nueva Constitución Política nacional, el gobernador Caballero ordenó la ejecución, en el panteón de Ciudad Victoria, del profesor y luchador agrario Alberto Carrera Torres –hecho que desató las protestas de los elementos revolucionarios de Tamaulipas–, con ello esperaba recuperar la plaza de Ciudad Victoria y terminar con los resquicios a su gobierno indefinido⁶⁴⁵; paradójicamente la oposición surgiría del seno mismo del constitucionalismo.

Con el triunfo del carrancismo, proclamada la Constitución Federal de 1917 y derrotada la Convención, en Tamaulipas se enfrentaron electoralmente dos grupos de la misma facción triunfadora. El momento político significó la reconstrucción institucional del estado: por un lado, el ex gobernador constitucionalista Luis Caballero, a la cabeza del Partido Liberal o Verde - identificado con el obregonismo y los hacendados, rancheros pudientes, presidentes municipales,

⁶⁴³Octavio Herrera, op. cit., p.231.

⁶⁴⁴Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.244.

⁶⁴⁵Ibid.

nombrados por él-, y por los grupos reaccionarios del estado. La otra parte la representaba el general matamorenses César López de Lara, quien se incorporó al Partido Demócrata o Rojo, de clara identificación carrancista y de gran arraigo entre las organizaciones obreras de Tampico, Laredo, Matamoros, Reynosa y Ciudad Victoria.⁶⁴⁶ Una situación como la que se vivía en Tamaulipas hizo nacer en el pueblo la esperanza de que el general López de Lara pudiera llegar al gobierno en el periodo que se iniciaría en el año de 1918. La lucha entre estos dos candidatos sería sangrienta, las balas serían su carta de presentación.⁶⁴⁷

En las elecciones de febrero de 1918, Caballero se adjudicó el triunfo, pero el gobernador carrancista Alfredo Ricaud, quien apoyaba a López de Lara, se negó a reconocer el triunfo y desconoció los actos de ambos contendientes, quienes habían instalado dos legislaturas. Al tiempo, buscaron solucionar el asunto en una junta en la ciudad de México –a la que asistieron, entre otros, los candidatos en pugna, Pablo A. de la Garza, Procurador General de la República, Luis G. Cervantes, Eliseo Céspedes, Ramón Elizondo y el diputado Emilio Portes Gil–pero los intentos terminaron con una balacera sin precedentes en el Bosque de Chapultepec.⁶⁴⁸ Manuel Aguirre Berlanga, titular de la Secretaría de Gobernación, telegrafió el desconocimiento que hacían los gobiernos federal y local de las legislaturas recientemente instaladas.

En tanto, en Tamaulipas las cosas no eran muy diferentes; Luis Caballero, luego del fallido intento de asesinato a su contrincante, al mando de 3 000 hombres, y como último de sus severos errores, decidió levantarse en armas el 22 de abril, pero el gobierno federal envió tropas al mando de los generales Manuel M. Diéguez y Carlos Osuna para dispersar a los rebeldes. Tras varios intentos por soportar los embates –incluso se planteó un giro ideológico hacia el antiguo régimen-, a menos de un mes de combate, Caballero, caído en desgracia,⁶⁴⁹ tuvo que deponer la rebelión a principios de 1920. En cuanto a López de Lara, éste se disciplinó y logró ser designado gobernador del Distrito Federal.⁶⁵⁰

⁶⁴⁶Octavio Herrera, op. cit., p.231.

⁶⁴⁷Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.244.

⁶⁴⁸Según narra el mismo Emilio Portes Gil, él se había vuelto partidario de López de Lara y en ese ataque a las afueras del Bosque de Chapultepec, cerca del Monumento a los Niños Héroes, recibió dos balazos en la cabeza, para su fortuna sus agresores perdieron la vida. Emilio Portes Gil fue conducido a la Cruz Roja por Aarón Sáenz y “después de la delicada operación que me fue practicada en el cuello, cerca del nudo vital y arriba de la oreja izquierda [...] para extraer las dos balas que tenía alojadas en la cabeza, pude salir con nuevos bríos para continuar la lucha política [...] del pueblo tamaulipeco”.

⁶⁴⁹El mismo Portes Gil, cuando gobernador de Tamaulipas, en 1925, recibió en su despacho de gobierno al general Caballero. Según narra, al recibirlo “me dijo: señor gobernador, usted y yo somos enemigos desde 1917. Quiero que olvidemos el pasado, porque me cupo el honor que usted siempre me atacó de frente y sin cobardías [...] estoy pobre y vengo a solicitarle tres cosas: primero, que me devuelva la casa, única propiedad que tengo; segundo, que me condone usted todas las contribuciones que adeudo; tercero, que me dé usted garantías para residir en Jiménez, mi tierra natal. Inmediatamente lo consulté con el señor presidente Calles [...] (quien me contestó) 'lo autorizo a usted para que dé posesión al general Caballero de su casa' [...] la segunda petición la resolví de inmediato y para la tercera llamé por teléfono al general Guillermo Nelson, jefe de Operaciones Militares en el estado para que diera toda clase de garantías al general [...] inmediatamente después se despidió de mí, con un abrazo, el general Caballero”.

⁶⁵⁰Octavio Herrera, op. cit., p.231.

Luego de tan graves sucesos, el 26 de abril, Tamaulipas obtuvo, de manos del Senado, la anulación de las elecciones de febrero y, para el 11 de mayo, se designó al carrancista Andrés Osuna como gobernador provisional. Sin embargo, a pesar del evidente apoyo presidencial, Osuna tuvo un precario control del estado y no convocó a elecciones, lo que originó su desconocimiento por parte del Congreso de la Unión. Sin más salida, Carranza tuvo que promover su remplazo con el general Francisco González Villarreal. El nuevo gobernador se vio urgido a concretar la integración de la XXVII Legislatura local, al tiempo que, reunido el Congreso, redactó y expidió una nueva constitución política en 1920, en consonancia con la Carta Magna de 1917, expedida en Querétaro.

El año de 1920 se volvió fundamental en los acontecimientos desencadenados a nivel nacional. Con la eminente sucesión presidencial y el intento de Carranza por transmitir la presidencia a un incondicional suyo, el ingeniero Ignacio Bonillas, el malestar del general Álvaro Obregón cundió haciendo un poderoso eco por todos los rincones del país. Una nueva cacería estaba a punto de comenzar. En Tampico, víctima de innumerables provocaciones a su campaña, Álvaro Obregón contó con un fuerte aliado: Emilio Portes Gil, un antiguo litigante de los obreros y diputado federal en 1917. Como sucedió en prácticamente todo el resto del país, el tamaulipeco se adhirió al Plan de Agua Prieta promovido por la triada sonorenses –Obregón, era el genio catalizador; Calles, el estadista frío y resulto y De la Huerta, el conciliador- con los resultados que alcanzaron todos y cada uno de aquéllos que eligieron ese bando. A partir de entonces, el licenciado Portes Gil sería un férreo obregonista. En Tamaulipas, el plan desconocía el gobierno del carrancista Rafael Cárdenas.⁶⁵¹ El litigante, Emilio Portes Gil, alcanzaría el dominio de Tamaulipas y, aunque interina, bajo la sombra de Calles, del país:

*“Pero no fue un vulgar cuartelazo, sino un movimiento general en defensa de los principios de la Constitución de 1917 y de sus leyes reglamentarias. La imposición en contra de la voluntad nacional, de la candidatura del ingeniero Bonillas a la Presidencia de la República y la imposición de gobernadores en varios estados (incluido Tamaulipas), también contra la voluntad ciudadana, dio origen a que el ejército se levantara no para deponer a un gobierno legítimo, sino para que no se frustraran los anhelos del pueblo de México de que se cumpliera el programa de la revolución constitucionalista”.*⁶⁵²

La rebelión de Agua Prieta, aquella “huelga de generales”, se propagó en Tamaulipas al defecionar el jefe militar de las Huastecas, general Arnulfo R. Gómez, a quien se unió Manuel Peláez. En seguida, la fuerza del general Marcelo Caraveo ocupó Ciudad Victoria e hizo huir al

⁶⁵¹Ibid., p.237.

⁶⁵²Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.294.

gobernador Cárdenas; mientras tanto, Emilio Portes Gil iba en camino a Nuevo Laredo, desde Sonora, con la encomienda de encargarse del gobierno del estado. Los acontecimientos que se suscitaron a partir de ese momento habrían de dar un vuelco a la situación sociopolítica de Tamaulipas.

Como narra el propio Portes Gil, su encumbramiento no fue sencillo: viviendo una situación insoportable, perseguido por la policía y ya cateado su despacho jurídico, el litigante tamaulipeco permaneció escondido por un tiempo en los sótanos de la casa de su amigo Epigmenio Narváez. Sin más remedio, salió furtivamente a refugiarse en Pánuco, por la laguna de Chairel, en una canoa de remos prestada por un pescador de Tampico, y llevando a su madre en la travesía. En Tamós, haciendo cola con otros políticos que igual que él huían, tomó el tren a San Luis, dirigiéndose a Estados Unidos. Durante su huida, conoció a Salvador Alvarado y a otros tantos perseguidos por el régimen. A la espera de que las autoridades de migración le permitieran el ingreso a Estados Unidos -y sin pasaporte-, el coronel Jorge Bórquez, jefe del Resguardo de Nuevo Laredo, pudo lograr que el litigante tamaulipeco cruzara la frontera sin requisito alguno. De Nuevo Laredo se dirigió a San Antonio -donde, además de encontrarse con Salvador Alvarado, pudo saludar al general Villarreal, al licenciado Vasconcelos y a otros tantos grandes de la Revolución-, acto seguido, se dirigió a Nogales y Hermosillo para ponerse a las órdenes de Adolfo de la Huerta y del general Calles, quienes acaudillaban la rebelión aguaprietista.⁶⁵³

*“A Hermosillo llegué el 20 de abril. Inmediatamente entrevisté al señor De la Huerta, quien con fecha 28 del mismo mes me expidió nombramiento de gobernador provisional de Tamaulipas. El nombramiento me autorizaba para intervenir en todos los asuntos federales y del estado, a fin de incorporar al nuevo régimen a los revolucionarios que andaban levantados en armas en contra del gobierno del señor Carranza”.*⁶⁵⁴

Inmediatamente después de arribar a Nuevo Laredo, el licenciado Portes Gil llamó al coronel Bórquez y al licenciado Pedro González -que desde hacía algún tiempo estaban organizados en contra del gobierno carrancista- para preparar la defensa de Nuevo Laredo. Para fortuna del gobernador provisional, la ciudad de Monterrey había sido ocupada por esos días por las fuerzas de los generales Porfirio González y Antonio I. Villarreal. Para entonces, como hemos dicho, las fuerzas de Marcelo Caraveo habían logrado la salida del gobernador carrancista Rafael Cárdenas. De esta manera, el gobernador Portes Gil pudo abordar un tren hasta el epicentro de los hechos.

⁶⁵³ Ibid., p.295.

⁶⁵⁴ Ibid.

Se había dado un gran paso en las aspiraciones del gobernador tamaulipeco y del triunvirato sonorense. Así lo explicaba don Emilio:

“los jefes militares a pesar del deber que tienen de apoyar al gobierno legítimamente constituido, y ante la disyuntiva de ser instrumentos para la violación de los principios revolucionarios, y principalmente del sufragio efectivo que se pretende burlar, no han vacilado en seguir el camino de lealtad a esos principios, aún teniendo que desconocer al presidente de la República, que ha tratado de violarlos [...] Yo he sido nombrado gobernador provisional de Tamaulipas, con amplias facultades para organizar las fuerzas del estado.”⁶⁵⁵

Al llegar a Ciudad Victoria, Emilio Portes Gil, al cobijo de su investidura, nombró al general Marcelo Caraveo jefe de la plaza. De inmediato ordenó a Arnulfo R. Gómez comenzar la concentración de las fuerzas anticarrancistas. Buscó a Francisco S. Carrera Torres -quien desde 1914 se encontraba en franca lucha contra el carrancismo-, Juan Andrew Almazán, Mucio Pérez y Francisco Medrano, entre otros. Siguiendo las órdenes del presidente De la Huerta, el estado de Tamaulipas quedó totalmente tranquilo, habiendo huido vergonzosamente el general Ricardo González y el huertista Carlos S. Orozco, que tantos atropellos habían cometido en la región.

Sin embargo, el licenciado Portes Gil no logró formalizar su administración debido a que, en general, pasó por alto las esferas fácticas de poder en el estado y se enfrascó en constantes enfrentamientos con los regentadores de casa de juego y cantinas de Tampico y la frontera, protegidos por fuertes intereses económicos ligados a políticos y militares de altas esferas. Sin más tiempo, el gobernador Portes Gil fue removido y sustituido por el senador José L. Morante, quien modificó la constitución local y sentó las bases para el regreso a la gubernatura del general César López de Lara, quien estaba decidido a convertirse en el hombre fuerte de Tamaulipas.⁶⁵⁶

Apenas se encendió la mecha, el fuego corrió. Como había sucedido en San Luis Potosí, Michoacán, Tabasco o Veracruz, en Tamaulipas hubo quienes se sumaron al Plan de Agua Prieta vaticinando la poderosa emergencia de Álvaro Obregón. López de Lara había sido un carrancista por muchos años, pero las nuevas condiciones políticas a nivel nacional lo habían empujado al bando aguaprietista. Finalmente, en 1921, alcanzó la gubernatura constitucional del estado.

De mentalidad orientada más al liberalismo del antiguo régimen que a la ola revolucionaria, López de Lara fincó las bases de su gobierno en el apoyo de los líderes comerciales, los terratenientes y algunos sectores selectos de la clase obrera de Tampico, pero sesgó la incorporación abierta de los obreros y campesinos a su proyecto político. Cegado, a los comerciantes les toleró los negocios

⁶⁵⁵Ibid., p.296.

⁶⁵⁶Octavio Herrera, op. cit., p.237.

vinculados al consumo del alcohol, fue incapaz de establecer acuerdos con los trabajadores petroleros, ya que no les fue permitido organizar sindicatos independientes –en buena medida por la influencia que sobre ellos ejercía el diputado federal Portes Gil, quien, más tarde, se convirtió en su enemigo.

Para el gobernador López de Lara la solución del problema agrario en Tamaulipas no implicaba forzosamente la disolución de los latifundios, por la escasez de población rural -apenas 150 000 campesinos-; pero su análisis cuantitativo no consideraba factores cualitativos: tres cuartas partes de los mismos estaban sujetos al régimen de las haciendas y sólo 5.5% de la población del campo vivía en congregaciones. En contra de esto, fomentó la propiedad privada, la distribución de tierras federales y el estímulo a proyectos de colonización, y apoyó a la agricultura comercial con fondos oficiales a través de comités municipales de propietarios rurales. Naturalmente, durante su gobierno los hacendados gozaron de garantías, se mantuvo a raya a los agraristas y se dejó a peones y agricultores sin tierra.

La autonomía de López de Lara lo colocó como reaccionario, mientras que disolvía la Comisión Local Agraria y le entregaba sus funciones a los terratenientes. Por tal motivo, el diputado Emilio Portes Gil lo denunció ante el Congreso nacional, pero el presidente Obregón impidió que se le investigara en un afán por mantener la lealtad del gobernador, ya que el estado de Tamaulipas era considerado de un gran valor estratégico dado su ubicación geográfica. El célebre *Héroe de Celaya* pretendía cerrar filas ante un inminente quiebre en el triangulo sonorenses. Sería con el levantamiento de Adolfo de la Huerta que, sin olfato político, César López de Lara apostara por el bando equivocado. Su caída significó el ocaso político de la elite terrateniente en Tamaulipas y el arribo al poder del licenciado Emilio Portes Gil y del agrarismo.⁶⁵⁷

iv. La década de 1920: la hegemonía.

En el mes de julio de 1920, al verificarse las elecciones de Diputados y Senadores para integrar la XXIX Legislatura Nacional, el licenciado Emilio Portes Gil fue electo representante por el distrito de Tampico, no obstante que no realizara ningún trabajo para el efecto ni había aceptado su candidatura. Como elocuente orador, don Emilio ganó la elección de manera abrumadora, pero su credencial estuvo a punto de ser rechazada, pues algunos líderes del Partido Liberal Constitucionalista deseaban que entrara al Congreso un sonorenses, el coronel Carlos T. Robinson,

⁶⁵⁷Ibid., p.239.

cuyo principal atributo era, precisamente, ser oriundo de Sonora, calidad indispensable para figurar en el candelero político.

Sin embargo, el licenciado Portes Gil estaba dispuesto a luchar por la aprobación de su credencial, incluso acusaría a sus opositores de seguir los pasos del extinto ex presidente Venustiano Carranza. Su lucha no fue sencilla. Habló con la gran mayoría de los diputados para convencerlos de que su nombramiento provenía de la legítima decisión de más del 90% de los electores de Tampico. Al final, sus opositores rehuyeron al enfrentamiento directo con aquellos que lo apoyaban –como Luis L. León, Eduardo Neri, Agustín Arroyo, Felipe Carrillo Puerto, Antonio Díaz Soto y Gama y algunos otros laboristas que comandaba Luis Morones. Pese a todo, semanas después, su credencial fue aprobada sin discusión alguna. Más aún, el mismo Emilio Portes Gil narra cómo, en pláticas, obtuvo el apoyo del secretario de Gobernación, general Calles, y del secretario de Hacienda, Adolfo de la Huerta. Empero, apenas fue aprobada su credencial, éste solicitó una licencia por tiempo indefinido:⁶⁵⁸

“Cuando me fui a despedir del general Calles, no dejó de extrañarle mi proceder, pues según él me indicó, se hacía necesario apretar filas, porque los peleceanos eran ya un serio problema para el régimen, y al preguntarme si ya me había despedido del Presidente, le manifesté que no pensaba hacerlo, en atención a que él había apoyado a mi contrincante (Carlos Robinson) para que entrara a la Cámara. El general Calles me dijo que por ningún motivo me fuera sin despedirme del general Obregón, y acto seguido, sin consultármelo, tomó el teléfono para suplicarle me recibiera ese mismo día, pues deseaba yo despedirme de él. De Gobernación me fui a la Presidencia [...] el presidente Obregón me recibió [...] le manifesté que me iba a Tampico, pues deseaba alejarme de la política y dedicarme al ejercicio de mi profesión [...] me despedí de él sin recibir ninguna muestra de atención de su parte.”

Así, estuvo instalado en Tampico hasta que en el mes de octubre de 1922, el general Calles hizo un recorrido por la Huasteca y llegó hasta donde estaba el licenciado Portes Gil. Organizándole una recepción con un grupo de amigos, el licenciado Portes Gil y el jefe de Operaciones Militares, Arnulfo R. Gómez, el general Calles le preguntó si no deseaba regresar a la ciudad de México, pero el litigante tamaulipeco replicó que estaba muy feliz en Tampico ya que su bufete le estaba reeditando mucho dinero. Calles insistió en la necesidad de tenerle dentro de la Cámara de Diputados, sin embargo, Portes Gil se mantuvo en su decisión.

Pocos días después del regreso a la ciudad de México del general Calles, don Emilio recibió un citatorio de la Presidencia para presentarse de inmediato en la capital del país en virtud de que había sido designado miembro del Consejo Directivo de los Ferrocarriles Nacionales de México. Su

⁶⁵⁸Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.332.

primer impulso fue renunciar a ese nombramiento, pero su madre –de quien siempre escuchaba consejos: “tal costumbre de ocurrir al consejo de la autora de mis días, siempre que tenía yo alguna crisis espiritual y me sentía angustiado”⁶⁵⁹- lo persuadió de viajar a la ciudad de México a entrevistarse con el presidente Obregón.

En la ciudad de México fue recibido por el general Obregón quien le manifestó su pésame por la separación de su cargo en la Cámara de Diputados reafirmandole su respaldo y explicándole el “malentendido” del supuesto apoyo a su contrincante Carlos T. Robinson. El licenciado tamaulipeco le manifestó que sólo había viajado a la ciudad de México para agradecerle tan bondadosa distinción y pedirle que lo excusara de aceptar el puesto, empero, Obregón le manifestó claramente que aceptar tal designación ya era una obligación y una orden. Entonces, de grado o por fuerza, una vieja amistad de varios años entre ambos se reanudaría.

Los enfrentamientos en las cúpulas de poder a nivel nacional no pararon. Iniciados ya los preparativos para la sucesión presidencial de 1924, pugnas entre el licenciado Emilio Portes Gil – desde entonces férreo motor callista- y el Partido Liberal Constitucionalistas –“enemigo solapado del régimen”, en palabras del propio licenciado tamaulipeco- marcaron la primera etapa de la designación del próximo titular del Poder Ejecutivo Federal. Sin miramientos, en los primeros días del mes de octubre de 1922, don Emilio arremetió en contra del Partido Liberal Constitucionalista –para entonces ya “engolosinado por sus triunfos y opositor solapado del general Obregón”. La organización, que tenía presencia en todos los estados, a decir de Portes Gil, significaba ya un serio peligro para la estabilidad del régimen, ya que muchos de sus representantes habían claudicado de los principios revolucionarios que otrora sustentaban. Calles y De la Huerta eran la esperanza de la minoría radical de las Cámaras; pero su acción era nula, pues se hallaban arrinconados en sus respectivas secretarías debido al gran poder que habían conseguido los peleceanos.

Para el 22 de octubre, desde la tribuna del recinto legislativo, Emilio Portes Gil se encargó de convencer al general Obregón sobre la nueva actitud de los peleceanos: los acusó de traicionar los principios revolucionarios, sentenció la actitud claudicante e inmoral de los dirigentes del poderoso partido en el poder y los culpó de traficar con los intereses y principios nacionales que habían inspirado el movimiento social de México; les imputó el retraso en la Ley del Trabajo y obstruir la labor agraria del presidente Obregón; además, denunció el enriquecimiento ilícito de

⁶⁵⁹Ibid., p.333.

algunos de sus dirigentes. El escándalo no se hizo esperar. Aquella jornada fue memorable por los gritos, protestas, amenazas, insultos e impropiedades que avasallaron el recinto:

“los peleceanos me amenazaban desde sus curules y muchos se acercaban hasta la tribuna tratando de sacar sus armas. Yo permanecí inmóvil y cada vez que se hacía el silencio seguía con mi discurso redoblando el ataque en contra de los ministros peleceanos que estaban en el Gabinete [...] Al día siguiente, León, Soto y Gama, Jesús Moreno, Manrique y yo, continuamos con vigor y apasionamiento el ataque contra el Partido Liberal Constitucionalista [...] Pocos días después, Rafael Zubarán (secretario de Industria, Comercio y Trabajo) presentó su renuncia al Gabinete...”⁶⁶⁰

Durante el mes de diciembre la lucha fue encarnizada. El licenciado Portes Gil no dudó, según sus propias palabras, en enfrentarse con los soldados peleceanos que trataban de ultrajar la Cámara de Diputados y disponer, arbitrariamente, del propósito, y hasta de la vida, de los diputados. Actos de terror y barbarie se apoderaron del recinto, la intromisión de la fuerza armada originó un descontento mayúsculo en el licenciado Portes Gil y éste tuvo que denunciarlo al calor de las, cada vez más, tormentosas sesiones. Los ataques virulentos aumentaban a medida que se acercaba la elección de la Comisión Permanente. Sólo hacía falta una pequeña chispa para que aquello terminara en balazos. Pero, al final, se impuso la cordura y se logró, a iniciativa de Hermilo Pérez Abreu, senador Liberal Constitucionalista, nombrar una comisión de cada uno de los grupos contendientes y firmar un pacto de no agresión y acatar el resulta de las votaciones para elegir la Comisión Permanente. Así, el día 30 de diciembre, por mayoría de dos votos, la planilla encabezada por el licenciado Portes Gil salió airoso; don Emilio presidiría dicha comisión. Se había dado al traste con la hegemonía del Partido Liberal Constitucionalista “y desde aquel momento el gobierno que presidía el general Obregón pudo, sin trabas ni dificultades, reanudar sus labores en bien del proletariado nacional y dictar medidas para hacer respetar los derechos de los campesinos”.⁶⁶¹

En los primeros días del mes de enero de 1923, el general Calles, secretario de Gobernación, a través de un acuerdo firmado por el presidente Obregón, hacía del conocimiento del licenciado Portes Gil su nombramiento como nuevo Procurador General de la República, en sustitución de Eduardo Neri. Sin embargo, don Emilio le manifestó, nuevamente, que no podía aceptar tal nombramiento debido a que no cumplía con el requisito de la edad mínima –que era de 35 años y apenas contaba con 31. Calles, riendo y con ese aire ostentoso producto de las condiciones típicas e intrínsecas que los puestos de representación popular dotan en el país, le replicó que la edad, o

⁶⁶⁰Ibid., p.336.

⁶⁶¹Ibid., p.337.

cualquier otro requisito no cubierto, no era impedimento real para no aceptar tal distinción. Al tiempo, tuvo que darle la misma explicación al presidente Obregón: “cosa rara en nuestro medio político”, le respondió el mandatario en virtud de su inusual sinceridad.

En otra ocasión, el general Calles le manifestó su deseo de que ocupara la Secretaría de Gobernación, que había dejado vacante José Inocente Lugo; sin embargo, nuevamente, Emilio Portes Gil se rehusó a ocupar ese cargo, alegó que deseaba hacer carrera política en el Parlamento. Deseaba, decía, continuar preparándose antes de ocupar un cargo tan importante, además consideraba que sería más útil en la Cámara. El general Calles no dejó de molestarse por la decisión del licenciado tamaulipeco, sobre todo por lo apremiante de aquel momento. Para Portes Gil resultaba imperioso permanecer en su campaña de diputado a la XXIX Legislatura por Tamaulipas, la que no resultaría menos incierta.⁶⁶²

Aquella campaña por Tamaulipas, para obtener la credencial como diputado a la XXIX Legislatura, fue azarosa. El gobernador de Tamaulipas, el general César López de Lara, que fuera amigo de Portes Gil, auspicio la candidatura de su contrincante, Luis Ramírez de Alba, por el distrito de Tampico. Sin embargo, el apoyo que Portes Gil recibió de los organismos obreros y del pueblo de la región, fue unánime. Pero la lucha, nuevamente, fue sangrienta. Nadie estaba dispuesto a perder el mínimo palmo de terreno. La policía cometió los peores atropellos contra los portesgilistas, pero el apoyo del pueblo de Tampico fue tan grande y tan entusiasta que lograron desarmar a un gran número de gendarmes y posesionarse de una de las demarcaciones de la policía. Con un ayuntamiento impotente y sin capacidad para aplicar la ley, los portesgilistas lograron apoderarse de todas las casillas electorales. Así, se consumó el distanciamiento entre el gobernador de Tamaulipas y don Emilio, poco habría de importar la amistad que los unió en 1917 en contra de la candidatura de Luis Caballero.

En las Cámaras se intensificó la lucha, desde un principio Portes Gil contaba con la mayoría de los diputados. Jorge Prieto Laurens, líder del Partido Cooperatista, se empeñó en lograr el triunfo de Luis Ramírez de Alba, no obstante que Portes Gil había logrado más del 90% de las preferencia de los votantes. Para ese momento, el licenciado tamaulipeco había abandonado la presidencia y militancia del Partido Cooperatista –que había adquirido una formidable hegemonía gracias a la lucha que habían desarrollado en contra del Partido Liberal Constitucionalista. Los trabajos para la sucesión presidencial comenzaron a polarizar aún más a los grupos parlamentarios; las divisiones

⁶⁶²Ibid., p.352.

no se hicieron esperar, había dos tendencias muy marcadas: una en favor del general Calles y otra en favor de don Adolfo de la Huerta. Los sonorenses dominarían la política nacional; en medio de ellos estaban sus simpatizantes –don Emilio era considerado el motor principal del callismo⁶⁶³- y la presión por la incertidumbre.⁶⁶⁴

Con la eminente sucesión presidencial, la situación que prevalecía en el país era de gran incertidumbre y de grandes inquietudes. Para nadie era un secreto el distanciamiento entre el presidente de la República y su ministro de Hacienda. La situación amenazaba con terminar con la armonía de los tres grandes sonorenses, lo que traería, como consecuencia, además de una segura ruptura, una serie de dificultades que influirían poderosamente en la marcha de la Revolución. Pero, también, oportunidades. Mientras, en las Cámaras la situación era insostenible por las profundas pugnas entre los partidarios de Adolfo de la Huerta y de Plutarco Elías Calles. A pesar de toda la negación y desprendimiento que habían demostrado antes, esta vez ocurriría un enfrentamiento directo. Los laboristas, los agraristas y los socialistas del sureste –todos de filiación callista- acusaban a De la Huerta de traición a la Revolución y al presidente Obregón.

Emilio Portes Gil había sido electo presidente del Partido Nacional Cooperatista en 1922 con el apoyo de delahuertistas y callistas; sin embargo, en los aires de la sucesión presidencial de 1924, el licenciado tamaulipeco, incapaz de reunir todos los ánimos cooperatistas en la figura del general Calles, el 4 de septiembre, sin mayor preámbulo, renunció a la presidencia de esa agrupación. Ante la inaplazable rebelión, el licenciado Portes Gil había escogido bando. En una carta enviada a la vicepresidencia del partido, Portes Gil explica:

“... en mi labor dentro del Partido Cooperatista [...] he tratado de desarrollar [...] una labor sana, tendiente a la implantación de los principios pregonados por la Revolución, y ninguno desconoce [...] mi tendencia futurista francamente a favor de la candidatura del ciudadano general Plutarco Elías Calles, que indiscutiblemente representa los anhelos del proletariado mexicano. Ahora bien, dentro de la agrupación de que he sido presidente y miembro, se ha venido desarrollando [...] una labor para desprestigiar a ese hombre de la Revolución [...] no comulgando con esos procedimientos [...] desde este momento presento mi formal e irrevocable renuncia del puesto de presidente del partido y miembro del mismo...”⁶⁶⁵

Apadrinado por Jorge Prieto Laurens, al cobijo de la presiones y sin mayor salida, a fines de noviembre, De la Huerta aceptó su candidatura a la presidencia en la Convención que celebró, en el teatro Hidalgo, el Partido Cooperatista. Temeroso porque “su cabeza fuera cercenada” –como sucedió al general Villa- abandonó la capital y se refugió en Veracruz, donde lo esperaba el general

⁶⁶³Ibid., p.356.

⁶⁶⁴Ibid., p.353.

⁶⁶⁵Ibid., p.363.

pro delahuertista Guadalupe Sánchez, ya en actitud de franca rebelión. La lucha sería intensa. La prisa ("*la sombra del diablo*") los conduciría, sin importar que 60 000 hombres los secundaran, al fracaso más lamentable.

Ya en Veracruz, De la Huerta expidió un manifiesto desconociendo al gobierno del presidente Obregón. El nuevo cuartelazo estaba decidido a derrocar los Poderes Federales y poner, como una novedad, en manos de tres generales el destino de la República y el nombramiento de un presidente provisional: "el grito del cuartel como factor supremo para resolver los problemas nacionales".⁶⁶⁶

La rebelión fue liquidada en tres meses; los saldos: la vergüenza de que 60 000 hombres del ejército se levantaran en armas; la pérdida de 20 000 vidas, entre quienes se contaron los generales Salvador Alvarado, Manuel M. Diéguez, Fortunato Maycotte, Carlos Green y Rafael Buelna; así como los diputados Rubén Basáñez, Francisco Olivier y otros varios miles de ciudadanos. Además, como sucede en todas las asonadas, la destrucción de vías férreas, voladuras de puentes, saqueos y robos en las poblaciones. Sin lograr su cometido, sin conseguir derrocar al gobierno legítimamente constituido, la rebelión delahuertista fue sofocada gracias al gran genio militar de Obregón, quien con 35 000 hombres, más las defensas campesinas, impidió que, por primera vez en nuestra historia, un cuartelazo derribara al gobierno.⁶⁶⁷

Con la derrota del delahuertismo y la defección de López de Lara, el presidente Obregón designó al general Benecio López Padilla gobernador y jefe de Operaciones Militares en Tamaulipas; pero muy pronto, apenas en febrero de 1924, el Senado nombró al diputado Candelario Garza como gobernador interino. Durante su interinato, Candelario Garza trató de hacerse de un soporte propio de poder político y para ello comenzó los trabajos de la reforma agraria en la entidad, en concordancia con la Carta Magna y la Ley carrancista del 6 de enero de 1915. Los efectos de la reforma se sintieron primero en Columbus, una propiedad estadounidense en el municipio de Altamira; inmediatamente después, intensificando los trabajos, reorganizó la Comisión Local Agraria y, a este efecto, repartió 19 227 hectáreas en muy corto tiempo. Sin embargo, con la rebelión de López de Lara –quien buscaba hacer valer su derecho de ejercer el Poder Ejecutivo del

⁶⁶⁶Ibid., p.371.

⁶⁶⁷Ibid., p.376.

estado-, Gregorio Garza Salinas, presidente de la Gran Comisión del Congreso local, asume el poder local. Con esta maniobra, el licenciado Emilio Portes Gil eliminó a sus rivales políticos.⁶⁶⁸

Para este momento, se había hecho innegable la necesidad de contar con una base sólida de poder que permitiera mantenerse por encima de los demás competidores; Emilio Portes Gil, conocedor de la situación, organizó, para su candidatura a la gubernatura, una maquinaria que fue capaz de hacer confluír a las distintas fuerzas políticas de la entidad, que actuó como un aglutinante social al incluir a la clase media urbana, a los obreros, campesinos y hasta terratenientes y vestigios del viejo régimen: el Partido Socialista Fronterizo.⁶⁶⁹

El Partido Socialista Fronterizo jugó un papel fundamental en las aspiraciones portesgilistas. Operativamente, el partido concertaba los diversos intereses sociales e institucionalizó el plebiscito para legitimar sus decisiones y obtener los consensos necesarios. Como modelo de partido oficial, el Partido Socialista Fronterizo, basado en la férrea disciplina –que sirvió como vehículo de reclutamiento, de movilidad social, de control de masas y de medio para la aplicación de programas de gobierno-, a mediano plazo, corporativizó el régimen político estatal y creó una burocracia administradora del poder. Fue la visión y experiencia legalista del licenciado Portes Gil lo que le permitió mantener relaciones con todas y cada una de las fuerzas políticas al interior y exterior de Tamaulipas. El licenciado Portes Gil logró mantener relaciones clientelares con los obreros, y de patronazgo con los campesinos; asimismo, atrajo a los sectores urbanos, entregándole a cada uno su cuota de poder. Lisa y llanamente, “el sistema político impuesto por Emilio Portes Gil en Tamaulipas monopolizó los intereses de la sociedad a través de mecanismos burocráticos y partidarios, bajo la invariable sanción de su hegemonía personal, cuya vigencia, salvo una breve interrupción, se prolongo desde 1925 hasta 1947, por lo que adoptó el papel de intermediador entre la política de la entidad y el Estado nacional posrevolucionario”.⁶⁷⁰

Al verificarse las elecciones presidenciales, el primer domingo del mes de julio de 1924, resultó electo para el cargo el general Plutarco Elías Calles, quien tomó posesión de la presidencia el 1º de diciembre. Ese mismo año, al celebrarse las elecciones en el estado de Tamaulipas, resultó electo

⁶⁶⁸Octavio Herrera, op. cit., p.240.

⁶⁶⁹Ibid.

⁶⁷⁰Ibid., p.241.

Emilio Portes Gil, su presencia política dentro y fuera de su estado lo habían consagrado como la carta más fuerte del callismo en Tamaulipas.⁶⁷¹

Tras acceder al poder el 5 de febrero de 1925 y con el único objetivo de consolidar su fuerza, el gobernador Emilio Portes Gil concentró sus esfuerzos en la conformación de una liga campesina y una coalición obrera. Con un programa de gobierno orientado hacia la reforma agraria y la implantación de una legislación laboral basada en el artículo 123 constitucional, el gobernador Portes Gil buscó, más que como ideólogo o reformista, su permanencia; de allí que, sin mayor explicación, sus acciones de transformación social siempre hallaran una justificación política. Imbuido en el pragmatismo político, las decisiones agraristas del gobierno portesgilista, aunque espectaculares, no pretendieron destruir la propiedad privada ni dismantelar el latifundio como modelo económico, considerando, en todo momento, a la tenencia ejidal como una transición a la pequeña propiedad y, ciertamente en comparación con otros procesos agraristas desarrollados al mismo tiempo en el país –Michoacán, por ejemplo-, limitados.⁶⁷²

Las acciones en el campo agrarista del gobernador Portes Gil se centraron, como el modelo tejedista veracruzano, en la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos, establecida en 1926. Sin tener postulados radicales orientados a la distribución equitativa de la tierra y al enfrentamiento directo con los terratenientes, la liga encaminó sus objetivos en acciones moderadas como el mejor uso de la tierra ejidal, la construcción de escuelas y la formación de cooperativas, y su inserción en el financiamiento de las agencias agropecuarias del estado. Asimismo, con el establecimiento de una liga campesina en Tamaulipas, se frenó la influencia de Úrsulo Galván –agrarista veracruzano y aliado del líder cromista Luis Morones-, quien estaba dispuesto a extender su dominio a territorio portesgilista.⁶⁷³

El pragmatismo en el ejercicio del poder queda manifiesto en la selectividad de la política agrarista. Emilio Portes Gil llevó a cabo los repartos de tierra principalmente en el centro de Tamaulipas, donde los terratenientes eran políticamente menos poderosos, permitiéndole un mayor espectro de acción; sin embargo, nunca descuidó una buena relación con éstos y atrajo a algunos de sus representantes más poderosos hacia su gobierno, entregándoles, por las afectaciones, como en el caso de Jacobo Martínez dueño de la hacienda de Santa Engracia, a

⁶⁷¹Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.381.

⁶⁷²Según datos del mismo Octavio Herrera, durante el régimen portesgilista se repartió 125 000 hectáreas, aunque en forma selectiva, siempre buscando el mejor acomodo político.

⁶⁷³Octavio Herrera, op. cit., p.242.

efecto de indemnización, terrenos urbanos en Tampico o pagos con cargo directo a los fondos del estado. Obviamente, ignoró el usufructo patrimonialista de tierra que hacia el presidente de la nación, Plutarco Elías Calles, en El Mante y el gigantesco acaparamiento de la hacienda La Sauteña en el norte de la entidad.

Esta reforma agraria tampoco logró penetrar al cuarto distrito (Tula), donde Francisco Carrera Torres ejercía su dominio. Con el concertado estilo potosino cedillista y con la autonomía que le brindaban las armas, Carrera Torres promovía su propia reforma agraria: las colonias agrícola-militares. Los colonos, al mando de Carrera Torres, no permitirían la injerencia del gobernador en los asuntos que, a decir de éstos, les atañían específicamente. Por tal razón, cuando Portes Gil quiso imponer su autoridad en el cuarto distrito, los colonos militares asesinaron al comisionado José Dolores Álvarez y a su comitiva. Con tales hechos, el presidente Calles designó a Carrera Torres jefe de Operaciones Militares en San Luis Potosí, pero éste logró mantener su influencia en el cuarto distrito tamaulipeco.⁶⁷⁴

Anticipándose a su tiempo y con las buenas relaciones que de antemano mantenía con los obreros del estado, Portes Gil creó las Juntas Locales de Conciliación y Arbitraje y expidió el Código Estatal del Trabajo, disposiciones que más tarde se integraron a la Ley Federal correspondiente. De igual manera, para consolidar la adhesión de los obreros del estado a su proyecto político, el gobernador tamaulipeco no dejó de interceder a favor de los trabajadores en las negociaciones en pro del mejoramiento colectivo promovido por el sindicato de la compañía El Águila. Asimismo, se ocupó de la educación rural y trató de combatir el alcoholismo; para su desgracia, poco pudo hacer contra el “vicio”, especialmente en la frontera con Estados Unidos, donde se experimentaba el auge de la ley seca.⁶⁷⁵

La lucha que los cristeros libraban en contra del gobierno en los estados de Jalisco, Michoacán, Aguascalientes, Guanajuato y Querétaro se iba debilitando cada vez más. Convencidos de que la lucha no lograría derribar al gobierno legítimamente constituido, dirigieron sus esfuerzos en contra del presidente recientemente electo, el general Álvaro Obregón. Así fue como, el día 17 de noviembre, al pasear por el Bosque de Chapultepec el general Obregón, un grupo de fanáticos

⁶⁷⁴Ibid., p.242 y 243.

⁶⁷⁵Ibid., p.243.

arrojó una carga de dinamita sobre su automóvil, habiendo salido ileso el sonorenses y sus acompañantes.⁶⁷⁶ Sin embargo, el mensaje ya era claro.

La policía dio alcance al automóvil de los agresores, aprehendiendo en la avenida Insurgentes a Juan Tirado y Naun Lamberto Ruíz, quienes confesaron que los autores intelectuales del atentado habían sido el ingeniero Luis Segura Vilchis y el sacerdote Miguel Pro Juárez, quienes, sin siquiera un juicio o alguna investigación, fueron fusilados en el patio de la Inspección General de Policía. El general Obregón asistió esa misma tarde a la corrida de toros que se presentaba. Más tarde continuó su campaña. Erróneamente, el asunto se creyó cerrado.

Desde los días en que renunció a la presidencia del Partido Cooperatista –acción que llevó a cabo en franco apoyo al presidente Obregón y a la designación de Calles como su sucesor-, el licenciado Emilio Portes Gil estaba fortaleciendo su cercanía con los poderes a nivel nacional; por esta razón y su figura civil con probada capacidad de liderazgo, pudo acceder al primer nivel de gobierno nacional, tras la crisis política que se originó por el asesinato del presidente electo, en 1928. Así, luego de su paso por la Secretaría de Gobernación, fue designado presidente interino de México, cargos que desempeñó entre 1928 y 1930. Durante ese periodo fue juez y parte de relevantes acontecimientos como la pacificación de la Cristiada, el apaciguamiento a la rebelión escobarista, la lucha por la autonomía de la Universidad Nacional y el hecho de coadyuvar, como modelo oficial, a la fundación del Partido Nacional Revolucionario. En cuanto a la esfera local, la indiscutible fuerza política adquirida le permitió probar en 1929 el mecanismo sucesorio del gobierno del estado, a través de su partido, el Partido Socialista Fronterizo, con la designación y posterior elección de Francisco Castellanos. También marcó el camino del ingeniero Marte R. Gómez –uno de los portesgilistas más conspicuos- como secretario de Agricultura, quien después se encumbró en otros cargos importantes.⁶⁷⁷

Cuando Álvaro Obregón regresó de su gira presidencial, a su llegada a la capital del país, se organizó una junta para conocer los puntos de vista sobre las reformas constitucionales de algunos connotados abogados, entre ellos, evidentemente, el licenciado tamaulipeco Emilio Portes Gil. Como el general Obregón conocía los trabajos emprendidos por el gobernador tamaulipeco, a don Emilio se le encargó revisar y elaborar el proyecto del Código de Trabajo y del Seguro Social, un trabajo ya llevado a la práctica en Tamaulipas.

⁶⁷⁶Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.406.

⁶⁷⁷Octavio Herrera, op. cit., p.244.

En tanto, las maquinaciones de los fanáticos no desistieron. El general Obregón, en su calidad de presidente electo, fue invitado a un banquete que la diputación guanajuatense, presidida por el licenciado Francisco Medrano, ofrecía con motivo de su rotundo éxito. El 17 de julio, en su casa de la avenida Jalisco, el presidente se reunía con Portes Gil para tratar sus instrucciones sobre la Ley del Trabajo, habiendo invitado al tamaulipeco a que le acompañara a la comida –y negándose este último alegando motivos de salud de su esposa-, el sonoreense se marchó a San Ángel, al restaurante La Bombilla, su última morada.

Un caricaturista, fanático religioso, instrumento de algunos frailes -de la monja Concepción Acevedo y el cura Jiménez-, José de León Toral asesinó por la espalda al prestigiado divisionario sonoreense. Acto seguido, el banquete se convirtió en un campo de tiro. La anarquía y el escándalo se apoderaron del lugar. El magnicida fue sometido a la última pena y los demás a sufrir algunos años de prisión. En tanto, el cura Jiménez, quien bendijo la pistola del crimen, logró huir, pero fue aprehendido cuando Portes Gil estaba al frente de la Procuraduría General de la República. De inmediato, con los restos del último de los caudillos de la Revolución en su casa de la avenida Jalisco y algunos militares y jefes de Operaciones aprestando salida a sus estados para levantarse en armas en contra de Calles, Portes Gil atinó estas declaraciones:

“yo creo que ante la grave crisis que se ha presentado, hay que tener serenidad y reflexionar conscientemente sobre lo que debemos hacer los obregonistas. Las acusaciones tan ligeras y apasionadas que se hacen al presidente de la República y a los laboristas son, en mi concepto, sin fundamento y para proceder ordenadamente yo les propongo que se nombre una comisión que entreviste al general Calles y le haga ver lo grave de la situación.”

Hemos incurrido, en muchas ocasiones, en la idea de que la candidatura del licenciado Portes Gil a la silla presidencial fue sugerida por el general Calles, quien deseoso de conservar su influencia dentro del gobierno, oportunamente inició trabajos para lograr tal propósito. Don Emilio, a la sazón de buen observador del momento político, sostiene, quizá de una manera tan denodada en esfuerzos y por ello irónica –dado que consideraba “moral” e “incensurable” que los gobiernos tomaran parte, forzosamente, en las elecciones–, de su propio puño y letra, que hubo una serie de factores que jugaron, aunque por otras vías, un papel vital en tal encumbramiento; y, sin embargo, no desdeñamos el papel real y tan importante, sin lugar a dudas, que jugó en su selección y designación el nuevo *Jefe Máximo*.

Horas aciagas se vivían. Los principales jefes militares y políticos del obregonismo asumían actitudes de franca rebeldía en contra del presidente Calles, a quien acusaban pública y

directamente del crimen. La situación era angustiosa y la credibilidad y prestigio del gobierno se discutía en mítines callejeros. El 17 julio, frente al cadáver del sonorenses, con la pasión desbordada, el gobernador de Tamaulipas reunió a las personas más caracterizadas del grupo obregonista, entre quienes figuraban Aarón Sáenz, Arturo H. Orcí, Marte R. Gómez y Luis L. León, para manifestarles su preocupación por el momento que atravesaban y el severo peligro que significaba para el orden público. Declaró, además, que muchos líderes obregonistas estaban asumiendo actitudes de franca rebeldía en contra del gobierno callista y, en cuyo caso, era su deber conferenciar con el presidente de la República cuál era su sentir respecto a los sucesos políticos de las últimas horas. La comisión se integró con Portes Gil a la cabeza.

La conferencia se prolongó. Portes Gil hizo saber al presidente Calles que “la opinión pública” sonaba por las calles atizando el fuego en contra del gobierno y de los laboristas, cuyo líder, Napoleón Morones, secretario de Industria, Comercio y Trabajo, había expresado férreamente su oposición a la candidatura del general Obregón. Además, hizo del conocimiento del general Calles que la comisión que presidía no confiaba en los jefes de la Inspección General de la Policía, los acusaban de enemigos del extinto caudillo y de adversarios en su lucha electoral. Proponían al general Ríos Zertuche, amigo del general Obregón y jefe de Operaciones Militares en Sinaloa. Acto seguido, el general Calles ordenó dicho nombramiento. Emilio Portes Gil le había ganado tiempo al general Calles; de inmediato un ambiente de serenidad se esparció por los espíritus obregonistas:

“creí entonces –y sigo creyendo ahora- que aquella determinación del presidente Calles lo salvó a él, principalmente, de cualquier sospecha malévol, que lo hiciera aparecer como instigador o responsable del crimen. Siempre consideré que el general Calles fue ajeno de manera absoluta a ese hecho y, seguramente, quien más lamento el asesinato del general Obregón fue él, dados los vínculos de franca y sincera amistad que unía a esos dos hombres.”⁶⁷⁸

El presidente Calles permaneció sereno. Las más aclamadas imputaciones, la dialéctica acusatoria y las más enconadas perpetraciones por ningún motivo lograron que el jefe del Ejecutivo perdiera la ecuanimidad y la entereza. Jamás se probó, durante el proceso de Toral, la más leve participación del presidente Calles. Los obregonistas abarrotaron todos los espacios de la oficina inquisitoria, pero para su desgracia no lograron imputar nada al presidente Calles. Su desilusión era inmensa, cuando los encargados de la Inspección finalmente daban la noticia de que no había nada que significase culpabilidad de los altos funcionarios del gobierno. La insospechable reputación y filiación obregonista de Ríos Zertuche, Aarón Sáenz y H. Orcí, logró que las

⁶⁷⁸Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.411.

consecuencia del magnicidio no dieran al traste con la paz pública. Quizá todos y cada uno de los ataques que el general Obregón recibió durante su campaña desde la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, por parte del Luis Napoleón Morones, hayan beneficiado y servido, según el propio Portes Gil, como prueba irrefutable de que ésta no era apoyada por elemento oficial alguno, lo que, sin duda, daba más vigor a su postulación. Su triunfo era ya incontrastable, su asesinato era ya un hecho. Los anticallistas usaron esos dichos como prueba para fincarle responsabilidades al general Calles, pero no eran bastantes para formar una convicción.

Los días que siguieron diezmaron más la autoridad del presidente; se hallaba debilitado y su autoridad estaba casi extinguida, fuera de unos cuantos amigos muy cercanos, ya casi nadie lo visitaba. Su casa de la colonia Anzures se encontraba desierta; Calles, tirado en una cama a causa de un fuerte ataque de gripe, seguía firme en su decisión de mantener a los laboristas dentro de su gabinete —a pesar del franco ambiente hostil en su contra—, según él, no echaría al *ruedo* a sus amigos y colaboradores por un cargo injusto. El licenciado Portes Gil insistió en la necesidad de aceptar la renuncia de Morones y los otros laboristas del gobierno. Aferrándose a la idea de la lealtad y el bien del gobierno, don Emilio, finalmente, persuadió al sonoreense para que aceptara la renuncia de sus colaboradores implicados, como *secreto a voces*, en el crimen de San Ángel. Al día siguiente, toda la prensa publicó en primera plana la salida de los laboristas del gabinete. Nuevamente se había ganado tiempo.

Por todo, el día 18 del mes de agosto de 1928, el licenciado Emilio Portes Gil es nombrado, por el presidente Calles, secretario de Gobernación, había, pues, dado el primer paso. Su primer acto fue, al calor de la crisis política, denunciar los atropellos y vejaciones que en dicha secretaría se venían cometiendo en materia de cultos religiosos. El presidente, “cansado de tanta imbecilidad cometida por sus colaboradores”, dio autorización para que el nuevo secretario de Gobernación actuara con toda libertad y desarrollara la política de conciliación que considerara conveniente.⁶⁷⁹ Las aguas turbulentas empezarían a retomar su pacífico cauce.

Bajo las circunstancias hasta aquí relatadas, desde el día del asesinato del general Obregón, surgió la candidatura de Emilio Portes Gil para la presidencia provisional de la República. Los trabajos se iniciaron en la Cámara de Diputados por parte de los diputados potosinos Aurelio Manrique y Antonio Díaz Soto y Gama, líderes del Partido Nacional Agrarista, quienes se habían ostentado como los más adictos partidarios del general Obregón. Según el mismo candidato, su postulación

⁶⁷⁹Ibid., p.415.

no provino del general Calles, porque en aquel momento el presidente no tenía ningún control sobre el Congreso. Así, dicha candidatura surgió de los opositores al general Calles, aunque, ciertamente, éste último no tardó en ver con buenos ojos tal propósito. Los objetivos se hicieron comunes. Al parecer, el Centro Director Obregonista, de la voz de Manrique –uno de los principales promotores de las acusaciones contra Calles-, vio en Portes Gil la persona más indicada para ocupar la presidencia provisional, la garantía mayor para su grupo:

“Emilio, nosotros (se refería a él, a Soto y Gama y a sus compañeros del PNA) creemos que la muerte del general Obregón fue fraguada por elementos adictos al general Calles y es por esto por lo que no podemos tener la menor confianza en él [...] nosotros tenemos plena confianza en ti, porque siempre has dado pruebas de tu carácter independiente y sabemos que en un momento dado sabrás colocarte a la altura de las circunstancias. En esa virtud, tengo autorización para decirte que serás nuestro candidato para ocupar la presidencia provisional de la República [...] pero que, ante todo, debes desligarte de la perniciosa influencia del presidente”⁶⁸⁰

Después de varias entrevistas con Manrique, Portes Gil logró exponer, al grupo que impulsaría su campaña, que él no era ni había sido antes, por ningún motivo y bajo ninguna circunstancia, un incondicional de Calles. Ponía, las más de las veces, sus cartas personales y entrevistas con el Jefe del Ejecutivo, como muestra de sus dichos:

“Le recordaba hechos a este respecto. Entre otros, le citaba una carta que él reconoció y que escribí al presidente en el año de 1926, cuando había llegado él a adquirir una enorme suma de poder y un prestigio internacional que lo habían convertido en un dictador sin límites; carta en la cual le hice ver la necesidad de derogar la famosa Ley Agraria [...] que estaba sembrando un gran desconcierto entre los campesinos, por sus tendencias francamente opuestas a los principios avanzados de la Revolución. Tal carta motivó, pocos meses después, la derogación de dicha ley y la expedición de otra, de que fuimos autores el señor Marte R. Gómez y yo [...] Aludía yo también [...] a mis últimas entrevistas con el señor general Calles, en las cuales le había hablado con toda franqueza sobre los errores que en mi opinión era indispensable remediar para evitar que se fuese a creer que el gobierno tuviera alguna culpabilidad en el crimen de San Ángel; entrevistas que dieron como resultado el cambio inmediato del Inspector de Policía [...] y la aceptación de las renuncias del secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Luis Morones y del grupo laborista [...] Todo eso, le decía, creó que me acredita como un hombre que no se prestará jamás a ser instrumento de nadie; pero también juzgo que romper mi amistad con el general Calles [...] es algo que no está en mi contextura moral.”⁶⁸¹

Era inútil. Manrique y su grupo habían tomado ya una decisión y parecía que irían a un movimiento de rebeldía en contra del gobierno. Sin embargo, luego de la lectura del mensaje político del general Calles con motivo, precisamente, de la muerte del Caudillo -contenido en el último informe presidencial, el 1º de septiembre de 1928-, todo parecía indicar que la opinión dominante en el país fue que un civil fuera investido con la más alta magistratura nacional. En todos los sectores oficiales y particulares, según lo describió el periodista Froylán C. Manjarrez, en

⁶⁸⁰Ibid., p.418.

⁶⁸¹Ibid., p.420.

su obra *“La jornada institucional”*, la figura del licenciado tamaulipeco Emilio Portes Gil surgió como el más indicado para sustituir al general Calles aquel primero de diciembre. Naturalmente, el tamaulipeco no fue el único que se mencionó como candidato; sin embargo, en todos los sectores revolucionarios, el nombre de Emilio Portes Gil sonaba invariablemente. Amén de “su personalidad como gobernador de Tamaulipas y secretario de Gobernación, que se había destacado poderosamente como líder en las luchas políticas y como hombre de gobierno en su gestión administrativa, revolucionaria y creadora en su estado natal”.

Fueron las organizaciones obreras del país, uno de los sectores más caracterizadamente revolucionarios, quienes, en primer término y con mayor empeño, proclamaron la candidatura del licenciado Portes Gil, dado el empuje que había obtenido a su paso por el gobierno de Tamaulipas. En seguida, los partidos que habían apoyado la candidatura del coronel Adalberto Tejeda para gobernador de Veracruz, hicieron suya la proclama de que fuera designado presidente provisional el licenciado Portes Gil; y a esta iniciativa se sumaron innumerables agrupaciones políticas de otros estados. Personalmente, el presidente Calles no tenía un candidato para recomendar y dado el empuje que la figura del litigante tamaulipeco venía sumando, se llegó a la conclusión de unificar el criterio en las Cámaras.

Por su parte, los jefes de Operaciones Militares ratificaron su compromiso de mantenerse al margen del movimiento político nacional y respetar la decisión del Congreso. En esa virtud y sin haber realizado gestión alguna para tal efecto, anulando toda sospecha, el día 25 de septiembre de 1928, habiendo reunido el Congreso Federal, por unanimidad de 277 votos, casi la totalidad de ambas Cámaras –sólo Manrique y Soto y Gama no emitieron su voto debido a la negativa del tamaulipeco de romper lazos de amistad con Calles-, fue designado el licenciado Emilio Portes Gil, con apenas 37 años de edad, presidente provisional de los Estados Unidos Mexicanos, para tomar posesión de su encargo el 1º de diciembre.

La decisión fue, sin duda, atinada; se trataba de un civil y no se introducía ningún tipo de rivalidad en el ejército, pero, al mismo tiempo, Portes Gil, hombre fuerte de Tamaulipas, contaba con una poderosa base de poder en su estado natal –campesinos y obreros- que le brindaba la fuerza mínima necesaria para desempeñar su cargo. Su mayor ventaja fue siempre tener abierta comunicación con Obregón y Calles; finalmente, el tamaulipeco era distinguido como uno de los

más fervientes opositores a quien en ese momento era ya el blanco de todas las furias obregonistas: Luis Napoleón Morones.⁶⁸²

Pocos días después de haber sido designado por el Congreso para ocupar la presidencia provisional, en una de las pláticas tenidas con el presidente Calles, abiertamente, el licenciado Portes Gil se negó a acatar una resolución emitida por su interlocutor sobre la cuestión agraria. En dicha resolución, el general Calles había instruido a su secretario de Hacienda, Luis Montes de Oca, para que incluyera en el presupuesto de 1929 la cantidad de \$10 000 000 que se destinarían a pagar las indemnizaciones que, por concepto de expropiación de tierras para dotación y restitución de ejidos, se hicieran durante dicho ejercicio fiscal. El presidente provisional manifestó al general Calles los inconvenientes de dicha resolución, alegando que ni la Constitución de la República ni la Ley del 6 de enero, ni el Reglamento Agrario, contenían disposición alguna que obligara al gobierno a indemnizar al contado tales expropiaciones. Además de que, como finalmente se pudo probar, los diez millones de pesos no alcanzarían para indemnizar las tierras que se expropiarían durante su gestión –las que ascendieron a 80 millones de pesos, dado que, en efecto, el programa agrarista del gobierno de Portes Gil tendría una mayor intensidad que la que dieron Obregón y Calles-:

“General, yo voy a asumir la Presidencia en momentos verdaderamente aciagos para mi país; sin el prestigio que el general Obregón y usted tenían cuando llegaron a ese puesto. Seguramente que en tres o cuatro meses más se viene algún levantamiento armado; pues ya hay entre varios elementos militares cierto descontento. Creó de mi deber prevenirlo y estar preparado para cualquier alteración del orden público [...] y la única garantía que tendrá el gobierno en este caso será el apoyo de los campesinos, a quienes por ningún motivo debemos negar las tierras que solicitan.”⁶⁸³

Los acontecimientos posteriores, lo ocurrido en marzo del año siguiente, en que más de 30 mil hombres del ejército, encabezados por los generales Escobar, Aguirre, Manzo, Topete y otros, se levantaron en armas, permitieron al presidente Portes Gil justificar tal acto.

Así, el licenciado Portes Gil había sido el elegido para, en aquellos difíciles momentos, ocupar el lugar que la mano del asesino le había impedido ocupar al general Obregón. Su actuación estaría inspirada, según un mensaje emitido a la prensa el mismo día de su designación, por los más altos principios de equidad y justicia sociales; su labor estaría encaminada a continuar la política desarrollada por el general Calles y procuraría el cumplimiento del programa social delineado por

⁶⁸²Lorenzo Meyer, “La etapa formativa del Estado mexicano contemporáneo”, [en línea], *Historia Mexicana*, vol. XXIII, núm. 92, 24pp., México, COLMEX, abril-junio de 1974, Dirección URL: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/E8C8E6SQCK47L45P9GTJY6LRI3JB7J.pdf, [consulta: 1 de abril de 2013].

⁶⁸³Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.425.

el extinto presidente electo. Más aún, procuraría, con especial atención, la función electoral que habría de desarrollarse durante ese tiempo. En aquellos días de angustiosa inquietud, había que buscar a un estadista y no a un caudillo; a un funcionario con la serenidad y ecuanimidad y no a un turbulento jefe de partido; a un hombre con el arraigo necesario dentro de la Revolución, y, sin embargo, capaz de comprender a quienes no pertenecieran a ella; a un hombre, en fin, comprensivo de la ley y amante de la justicia.

v. La unicidad política del portesgilismo: un modelo de partido oficial.

La fundación, en 1929, del Partido Nacional Revolucionario, fue, sin lugar a dudas, uno de los acontecimientos políticos que marcarían el devenir histórico del movimiento revolucionario mexicano. Su instauración señala un triunfo, el triunfo del imperio de la legalidad y de las instituciones; abrió un nuevo horizonte al desarrollo de la vida política nacional, a través de, no sólo la unificación de los elementos revolucionarios sino de, normas fijas. El PNR nació al calor de la “necesidad biológica” del momento generalizado de aflicción, de desorientación y de duda, como una verdadera “confederación de partidos políticos y hombres fuertes locales y regionales”.⁶⁸⁴

Con motivo del mensaje político de Calles contenido en su último informe como presidente de México, enraizado en el asesinato del que fuera llamado a ser “*el último de los caudillos*”, en 1928, y careciendo la Revolución de un organismo político que fusionara los dispersos elementos revolucionarios y disciplinara debidamente las tendencias dislocadas de los poderosos grupos regionales, asechados por el gran poder que los hombres habían adquirido, el licenciado Emilio Portes Gil, cuando secretario de Gobernación, escuchaba del presidente Calles ideas alusivas a la formación de un partido capaz de realizar la unión de la *familia revolucionaria*, ser el sostén y la guía de todos los órdenes del pensamiento revolucionario; en esas entrevistas, el general Calles pidió a su ministro que le explicara cómo funcionaba el Partido Socialista Fronterizo en Tamaulipas. Las bases del Partido Nacional Revolucionario, según destaca Portes Gil, serían, en lo general, adecuaciones de los Estatutos del Partido Socialista Fronterizo.

El Partido Socialista Fronterizo de Tamaulipas, brazo político del portesgilismo, como organismo oficial del gobierno local, “funcionaba desde hacía cinco años (no sólo) por el gran beneficio (que representaba) para el pueblo tomar parte en las contiendas electorales, sino, principalmente,

⁶⁸⁴ *Ibid.*; Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada: la formación del nuevo Estado en México*, México, Siglo XXI editores, 2005, decimoprimer edición, p.97-103.

desde el punto de vista social por la labor eminentemente cultural y de orientación” que, según don Emilio, se desarrollaba en la colectividad. Logró, continúa el litigante tamaulipeco, “terminar con las pugnas entre los grupos políticos que, desde tiempo inmemorial, se venían sucediendo y que frecuentemente llegaban a la violencia y al derramamiento de sangre”. Calles debió quedar convencido. El mismo Portes Gil le explicaba a Calles de esta manera:

“El partido Socialista Fronterizo en Tamaulipas tenía una doble función: la propiamente electoral y política, y la social. En cuanto a la primera, la designación de candidatos a los puestos de elección se hacía por medio de plebiscito, en los que los campesinos, los obreros y los demás integrantes de la organización elegían libremente a sus candidatos. En estos casos, ni las autoridades, ni los dirigentes del partido, intervenían para nada y jamás ejercían coacción para lograr la libre emisión del sufragio. Mi propósito al formular los Estatutos del Partido [...] fue el logro de una democracia funcional, en la cual participasen todos los organismos sociales que tuviesen alguna representación. De esta manera se logró la integración de ayuntamientos, patronatos para obras de beneficio público, de sociedades de padres de familia; de juntas de beneficencia y ligas antialcohólicas de mujeres, en las que estuvieron representados todos los sectores populares; sindicatos, comités agrarios, cooperativas, ligas de poseedores, cámaras de comercio, de industria y sociedades mutualistas [...] Ante la designación de candidatos, las autoridades se limitaban a otorgar garantías y, como los precandidatos eran miembros de la organización y adictos al régimen, se declaraba triunfantes a quienes realmente habían obtenido la mayoría de votos. Pasado el plebiscito [...] volvía la tranquilidad a las filas de las organizaciones. (Mientras) el programa social y cultural no dejaba de desarrollarse [...] todos los domingos se reunían en las ciudades, pueblos, villas, congregaciones, rancherías, centros ejidales, sindicatos y cooperativas, los agremiados para presentar el desarrollo de un programa cultural que incluía conferencias accesibles y útiles sobre civismo, antialcoholismo, cooperativismo, educación, deportivas, representaciones teatrales, de temas revolucionarios, números de canto y baile. Funcionaban, sostenidos por el partido, centros culturales obreros [...] que llegaban al alma del pueblo. En todas las escuelas se izaba la bandera y se cantaba el himno nacional y el de Tamaulipas. Bajo el patrocinio del partido, funcionaban escuelas nocturnas de alfabetización para adultos.”⁶⁸⁵

Según el mismo creador, mientras funcionó el PSF se constituyó un código de conducta gubernamental, postulando, en general, el respeto, la cortesía, la atención, la legalidad, la honradez, la tolerancia, la moral, la justicia, la equidad y el ineludible “cumplimiento del programa social de la Revolución”.

Ante la necesidad patente de fundar ese gran partido unificador, por aquellos días, se comenzó la tarea de su organización. Se sentaron las bases, se adoptaron los documentos básicos del PSF, se redactó el proyecto de constitución y, finalmente, se convocó a la gran Convención Nacional del Partido Nacional Revolucionario, partido oficial del gobierno revolucionario. Don Emilio Portes Gil exalta su labor como uno de los grandes pilares constitutivos e intelectuales del nuevo partido nacional, dado que la convención tenía, además, la tarea de designar a su candidato a la primera

⁶⁸⁵Emilio Portes Gil, 2003, op. cit., p.615; En 1927, según estadísticas aportadas por el propio secretario de Gobernación y tomadas de la Secretaría de Educación Pública, Tamaulipas ocupaba el primer lugar entre los estados, por el número de escuelas que sostenía, por los mejores sueldos que pagaban, por el porcentaje de niños que asistían, así como por el menor número de analfabetos.

Magistratura del país, representada en la figura de un presidente interino. Sin lugar a dudas, el PSF fue una de las organizaciones fundadoras del PNR, y Tamaulipas fue uno de los pocos estados en los que la implantación del nuevo partido nacional no encontró oposición organizada. Don Emilio sabía cómo descifrar los tiempos venideros.

Conviene, hasta aquí y para los objetivos de este apartado, reservar la discusión y desarrollo de la jornada constitutiva del Partido Nacional Revolucionario para abordarlo más adelante en el segundo gran apartado de este trabajo: *“El Partido del Estado: confederación de hombres fuertes y partidos locales.”*

SEGUNDO MOMENTO: hacia la centralización.

3. El Partido del Estado: confederación de hombres fuertes y partidos locales.

3.1 La crisis política de 1928: una nueva amenaza de diseminación.

La Revolución Mexicana fue una extendida y heterogénea ola de violencia que al irse sofocando puso a los vencedores frente a nuevos retos en lo que debió ser su etapa constructiva. Entre dichos desafíos, muy pronto se manifestó la necesidad de contar con un nuevo mecanismo político que llenara el vacío dejado a raíz de la destrucción de un régimen eficazmente instaurado por más de 30 años. Como un primer intento, la Constitución de 1917 trató de aportar una respuesta legal a esa incógnita, postulando un régimen presidencial y sentando las bases democráticas sobre las cuales se debe llevar a cabo el cambio de gobernantes. Pero, el México que provenía de la Revolución, sin poder desentenderse de sus intereses específicos, con su marcada tradición de violencia, con su estructura social y con su liderazgo político-militar, casi intactos no podía ver en la Constitución más que un criterio legalista e irrelevante con la realidad histórica del momento. Con estos hechos, sobrevino una consecuencia inaplazable: el uso de las armas fue el modo en que se trató de llenar el vacío de poder.

Desde el Plan de Guadalupe se manifestó la necesidad de un mecanismo político que lograra que la Revolución se encausara positivamente, sacudiéndose las guerras fratricidas que constituían su rasgo más característico. Muchas alzadas, cuartelazos y movimientos armados –Venustiano Carranza, Adolfo de la Huerta, Francisco R. Serrano, Arnulfo R. Gómez, Álvaro Obregón, hechos y destinos trágicos- trascendieron en la búsqueda de ese mecanismo redentor.⁶⁸⁶

El mecanismo político que finalmente surgió y que fuera trascendental para la estabilidad no fue producto del genio filosófico o político de algún hombre, sino, antes bien, la consecuencia natural del desarrollo histórico, durante el cual todos los protagonistas dieron diferentes respuestas en función de la realidad que les atañía. Las fuerzas que se desataron con la Revolución, el legado revolucionario, las colonias agromilitares de Cedillo, las ligas de resistencia garridistas o la confederación de trabajadores cardenista -la miseria del pueblo movilizada de acuerdo a las necesidades de los jefes políticos y militares-, la autoridad de los hombres fuertes regionales y locales, la debilidad del Estado mexicano, la incipiente estabilidad del gobierno Central -

⁶⁸⁶ Tzvi Medin, *El minimato presidencial: historia política del maximato*, México, Ediciones Era, serie: Problemas de México, 2003, novena reimpresión, p.13 y 14.

experiencias regionales y locales que determinaron y dieron contenido a los acontecimientos ocurridos a nivel nacional-, todo era parte del rompecabezas de la realidad nacional que se fue estructurando de uno u otro modo hasta lograr la mecánica política final: fase cúspide y trascendental en la génesis histórica del régimen político mexicano.

Como afirma Tzvi Medin, la Carta Magna de 1917 dio legalidad a la herencia política y social de la Revolución. Pero, por desgracia, la nueva Constitución fue más una expresión de aspiraciones irrealizables que los verdaderos principios de una reglamentación legal que rigiera la vida diaria de la nación.⁶⁸⁷ Así, por ejemplo, a pesar del artículo 27º constitucional, los avances en la reforma agraria fueron meramente marginales en relación a la magnitud que el problema venía arrastrando incluso antes de 1910.⁶⁸⁸ De la misma manera, en lo político, a pesar de la consigna revolucionaria de “Sufragio efectivo y No reelección”, los cargos de representación popular fueron impuestos por la fuerza de las armas y, a partir del asesinato del célebre *Manco de Celaya*, ya firmado con su sangre, mediante formas de imposición más pulidas.⁶⁸⁹

En un principio el general Álvaro Obregón Salido se había visto forzado a retirarse al terminar su periodo presidencial. De la misma forma que Venustiano Carranza -que había tratado de dejar a un incondicional suyo, el ingeniero Ignacio Bonillas-, Obregón trabajó, luego de 1926, buscando una solución que lograra transformaciones en la medida que conservaba ciertos vestigios del viejo régimen. El *caudillismo revolucionario* de la década de 1920 fue la forma y sustancia a través de la cual se dotaba de cierta estabilidad al sistema; naturalmente, al cabo de cierto tiempo, se buscó que ese principio estabilizador se legalizara. Una interpretación diferente de la Constitución permitiría la reelección, luego de un periodo de ausencia en el cargo: al amparo de *la sombra del caudillo*, para 1927 se reformó la Carta Magna y Obregón pudo reelegirse. Asociar los hechos con el derrotero que condujo al porfiriato era inevitable. Como Obregón, Porfirio Díaz entregó la presidencia a uno de sus incondicionales, su compadre Manuel González, en 1880, para regresar a la presidencia en 1884 y no abandonarla, sino por la vía armada: “...no hay más camino que las armas”.

En realidad, para estos momentos, no se trataba tanto de imponer los designios del centro sobre las regiones, pues los gobiernos federales, sabedores de sus carencias, trataron de sacar el mayor

⁶⁸⁷ *Ibid.*, p.16.

⁶⁸⁸ En el capítulo 2 del primer apartado hemos hecho una descripción de la situación de los campesinos en cinco diferentes estados de la República desde los albores de la Revolución maderista hasta los años, en algunos casos, del ascenso del presidente Cárdenas.

⁶⁸⁹ Tzvi Medin, *op. cit.*, p.16.

provecho de las organizaciones y sometimientos, de grado o por fuerza, que los poderes locales y regionales ostentaban entonces. Mientras tanto, Obregón, por su parte, sobre el trasfondo de la conformación del movimiento obregonista, no tardó mucho en comprender que le sería necesario “sacrificarse” –según sus propias palabras- nuevamente.

Desde 1924, de hecho, el sonorese ya había cotejado las opiniones que su posible reelección generaría: desde la ciudad de México, sentenciaba que, de quererlo así, podría reelegirse, pues, según él, no había, en el artículo 83º constitucional, escollo alguno que se lo impidiera. Según el mismo Obregón, el Congreso Constituyente había redactado la Constitución de tal forma que una serie de interpretaciones diversas permitieran la reelección de Carranza. Asimismo, Obregón sentenciaba que, aunque el artículo 83º señalaba que el periodo presidencial duraría cuatro años y que el presidente *nunca* podría ser reelecto, en el artículo 82º, que se refiere a los requisitos para que un ciudadano pueda ser candidato a la presidencia, no se señalaba la necesidad de no haber sido presidente anteriormente. De esa manera, el sonorese trata de señalar que no existe, si quiera, la necesidad de modificar la Carta Magna para posibilitar su reelección.

Con todo, Obregón jamás descuidó el momento para señalar que, aunque no exista impedimento legal para su reelección, existen consideraciones morales que le impedirían regresar al Poder Ejecutivo; sin embargo, tampoco desaprovecha el momento para dejar muy claro que su “patriotismo” lo pondrá donde el deber lo llame.⁶⁹⁰ Sin embargo, se logra que los artículos 82º y 83º de la Constitución, por 199 votos a favor y 7 en contra -primero en la Cámara de Diputados y más tarde, por unanimidad, en el Senado-, se reformen en cuanto a la sucesión presidencial.⁶⁹¹ “Renunciamos de manera consciente –dice Portes Gil- al democrático ideal de la no reelección”.

Aunque Calles no deseaba modificar la Carta Magna para permitir la reelección a la presidencia, la mayoría obregonista del Congreso la hizo posible, siempre y cuando los periodos no fueran consecutivos. Más tarde, de la mano del senador obregonista, Higinio Álvarez García, de Colima, se aprobó otra reforma que alargaría el periodo presidencial de cuatro a seis años.⁶⁹² Obregón había tomado las *riendas* de su futuro político, seguía sometiendo, mientras prometía encausar los intereses políticos lesionados por el callismo e intentaba hacerse del poderío del cromismo. Resultaba bastante extraño tener que transgredir el principio de la “no reelección” para consagrar

⁶⁹⁰Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución. Un tratado de interpretación histórica*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, colección Memorias y testimonios, 2003, primera edición facsimilar, p.403 y 404.

⁶⁹¹Tzvi Medin, op. cit., p.23.

⁶⁹²John W. F. Dulles, *Ayer en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, séptima reimpresión, p.304.

el principio del “sufragio efectivo”. En el vaivén de los tiempos todo está permitido y Obregón sólo atinó a prometer que cuando estuviera en el poder expediría “una ley electoral y otra de partidos políticos”. Su solución.

La campaña electoral para la sucesión de 1928 fue trágica. Obregón estaba dispuesto a enfrentarse a antiguos amigos y colaboradores de su causa. La situación se repetía con el cambio de gobierno. Ante la tentativa del “obregonato”, las opciones se reducen a Francisco R. Serrano - que, dicho sea de paso, fue la principal opción de Obregón y Calles, ya que era uno de sus mejores amigos y un hombre muy sagaz, valiente y una pieza fundamental en el gobierno de Obregón y, para entonces, en el gobierno de Calles-, y a Arnulfo R. Gómez, el candidato “repuesto” de Calles. Muy pronto, a los ojos de Obregón, el general Serrano se perfila como la mejor opción,⁶⁹³ había sido jefe del Estado Mayor de Obregón y secretario de Guerra y Marina del mismo -tiene el apoyo de gran parte del ejército-; sin embargo, tiene un defecto: se desgasta por las noches; le gustaban mucho las mujeres, la parranda y el alcohol. Por esa razón se le envió a regenerarse a París, con todo y su esposa. Finalmente, las tentaciones de París fueron más poderosas que las buenas intenciones de Obregón y Calles y, al cabo de un tiempo, el mismo Serrano pidió volver a México porque, según lo cita Tzvi Medin, ya hasta usaba drogas -razón por la cual terminó su simpatía con Obregón.

El otro contrincante de Obregón era, como ya dijimos, Arnulfo R. Gómez, que se desempeñaba en ese momento como jefe de Operaciones Militares en Veracruz, pero a éste se le acusaba de representar los intereses de los terratenientes y del carrancismo. Sin más opciones, Obregón “se vio obligado” a aceptar las exigencias y propuestas para su reelección.⁶⁹⁴ Y es que, posiblemente, no había otro de su talla. Lo que no significaba, bajo ninguna circunstancia, que sus adversarios políticos desistirían. Más tarde, Obregón advertía:

“Un imperativo de mis deberes cívicos me impone la obligación indeclinable de hablar de nuevo a la nación para hacer saber cuál será mi conducta en relación con el problema que se aproxima, de la sucesión presidencial [...] Los intereses de la patria y los intereses colectivos, que son los mismos, valen mucho más que los intereses personales y que nuestras propias vidas [...] El programa de la Revolución, hecho ley, no podía desarrollarse, naturalmente, en cuatro años [...] Llegó el día en que yo habría de realizar la más cara ilusión de mi vida en materia política y el día 30 de noviembre de 1924 [...] hacía entrega del poder que la nación me confiara por cuatro largos años [...] acto inusitado [...] edificante en nuestra historia [...] Todas mis actividades se encaminaron, desde mi retorno a la patria chica, [...] a consagrar el resto de mi vida al trabajo y al hogar [...] (pero) las adhesiones y manifestaciones de simpatía que de todas partes del territorio nacional estoy recibiendo a cada momento, exhortándome para que tome parte en la lucha política como candidato

⁶⁹³John W. F. Dulles, op. cit., p.303.

⁶⁹⁴Tzvi Medin, op. cit., p.25.

[...] *basta para que acepte el alto honor que me han asignado como candidato a la Presidencia de la República*".⁶⁹⁵

Vito Alessio Robles se encontraba de embajador en Suecia cuando recibió la noticia de que el Congreso había modificado la Constitución para permitir la reelección de Obregón. De inmediato, regresó a México y se echó a la tarea de organizar la Gran Convención del Partido Antirreeleccionista. Mientras la contienda electoral avanza, el 23 de junio, el Partido Antirreeleccionista lanza a Arnulfo Gómez como su abanderado, en tanto, Francisco Serrano emite un *Manifiesto a la Nación* donde renuncia a la jefatura del Distrito Federal para buscar la presidencia. El apoyo será grande. Para el día 26 de junio, Obregón hizo lo propio, anunciado su resolución de regresar a las actividades políticas "en respuesta al llamado de la nación". Ante esta situación, el ahijado político de Calles, Luis N. Morones, líder del Partido Laborista y presidente de la CROM -que para este año tenía verdadero peso político-, hace saber su intención de ser el candidato que desafíe a los generales. Los tres aspirantes ofrecen lo mismo, en esencia: resolver "la cuestión religiosa" -"todo para todos"-, a tal grado que ofrecen el mismo objeto a los diversos grupos sociales. Muy pronto, como símbolo del momento, las campañas se envilecen. El único que no habla sobre el gobierno de Calles es, precisamente, Luis Morones y esto, por lo demás, hace creer que su campaña es financiada desde Chapultepec; aunque, a ciencia cierta, el presidente Calles, temiendo que se repitiera el movimiento aguaprietista, sólo fue un instrumento de enlace entre el célebre *Caudillo de la Revolución* y el tan aspirado cargo.⁶⁹⁶

Los meses pasaron y, sin cama para tantos, *la sombra del caudillo* se dejó sentir el 2 y 3 de octubre de 1927; siendo, sin duda, la esencia de la política mexicana, el reflejo de todo lo que aquí hemos relatado: la realidad de la década de 1920. Los hechos son la prueba fiel de lo que se había gestado por 17 años, la herencia de la Revolución de 1910. Tres Marías, cerca de Huitzilac, Morelos, es testigo presencial de *la expresión* del sistema político de nuestra nación durante el caudillismo revolucionario de 1920. Los encargados de la peligrosa tarea de oponerse a las ambiciones reeleccionistas, tanto Serrano como Gómez, éste último fusilado el 5 de noviembre, fueron muertos -junto con 12 hombres más-⁶⁹⁷ cuando, bajo su nombre, en Balbuena, intentaron un cuartelazo que, como una obra maestra de *ineptitud* -que ni Obregón ni Calles desconocían-,

⁶⁹⁵ Emilio Portes Gil, op. cit., p.401-405.

⁶⁹⁶ John W. F. Dulles, op. cit., p.304.

⁶⁹⁷ Ibid., p.326.

no tenía ninguna oportunidad de triunfo.⁶⁹⁸ Hoy todavía pueden verse, desde la vieja carretera, las cruces con las que los familiares marcaron el lugar de las muertes.

*“Tanto el general Serrano como el general Gómez supieron que se lanzaban a una lucha que era a vida o muerte. Exponían su vida con la esperanza de cobrar la vida de sus enemigos. Si el general Obregón hubiera caído en manos de Serrano, éste hubiera fusilado a su antiguo jefe, como su antiguo jefe estuvo de acuerdo en que se fusilara a Serrano cuando éste cayó preso. No había duda ni secreto sobre el particular. En una entrevista dramática que tuvo el general Serrano con el general Obregón y en la cual le anunció que aceptaría su candidatura, Serrano ofreció que haría una campaña de caballeros y Obregón le explicó que no podría ser así, que se separaban para luchar y que lucharían como la fatalidad de las circunstancias imponía entonces que se luchara en México... La bandera de la sublevación fue el antirreeleccionismo, pero el país no siguió a los rebeldes a pesar de la popularidad que esa bandera tiene en México, porque se consideraba que la madurez política del general Obregón era una garantía para el país, mientras que Serrano con una conducta personal poco edificante y Gómez con una ligereza que daba escasas garantías no podían ser opositores serios de un caudillo que estaba en la cúspide de la madurez”.*⁶⁹⁹

Las campañas se ensucian más. La oposición se encarga de hacer una burla de Obregón; la falta del brazo derecho es motivo de analogía política. Se teme la derrota en la contienda, pues se sabe que Obregón tiene mucho arraigo y que los grupos agraristas, que se le negaron a Morones, estaban en sintonía con el obregonismo. Al cabo de un tiempo, Morones espera retirar su candidatura “a cambio de condiciones”, buscando salvar lo más posible su posición política. El líder cromista profirió su más violento discurso contra Obregón el 2 de mayo de 1928. Si luego de los acontecimientos terribles que la campaña iba cosechando a su paso Morones seguía combatiendo por todos los medios en la arena política, era porque, sencillamente, buscaba salvar algún mínimo de posiciones políticas que eran insalvables por la vía de la conciliación, vetada por el mismo caudillo, quien, según sus propias palabras, “no quería siquiera hablar con él”.

Obregón ya se había planteado desaparecer a Luis Morones, para lo cual había llevado a cabo entrevistas con los más prominentes líderes cromistas, como Ricardo Treviño y Celestino Gasca, presionándolos para separarse de Morones. Estos líderes no se separaron del cromista, pero sabedores de que su organización dependería del apoyo que el caudillo nacional les brindara, lograron que la Convención del Partido Laborista aprobara la candidatura presidencial de Obregón. Más aún, el mismo Calles se abstuvo de apoyar públicamente la candidatura de Morones –con quien tenía “una fuerte y sincera amistad personal”. Muy pronto, la decisión de los militares – Almazán, Escobar, Cárdenas, Cedillo y Aguirre- en pro de Obregón determinó que el presidente Calles se definiera por el *Manco de Celaya*. Calles se vio obligado a acatar la candidatura del

⁶⁹⁸José Emilio Pacheco, *Crónica de Huitzilac*, México, Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas, Secretaría de Educación Pública, Cuadernos Mexicanos, _____, p.16.

⁶⁹⁹Carta del 2 de diciembre de 1955 de Marte R. Gómez, citado en John W. F. Dulles, op. cit., p.328 y 329.

caudillo nacional a pesar de que era previsible que ello provocaría grandes daños a su propia base de poder político, pero también sabía que era preferible pactar, en lugar de oponerse al célebre caudillo de la Revolución y futuro presidente de México.⁷⁰⁰

El domingo 1º de julio de 1928 se llevó a cabo elecciones presidenciales en México. Mientras que en la capital del país se sentía un clima veraniego y las lluvias persistentes inauguraban el mes, en los círculos políticos y en la opinión pública se presagiaba una tempestad. Como era de esperarse, el general Álvaro Obregón resultó electo presidente para el sexenio 1928-1934.

Según narra el Doctor Pablo Serrano Álvarez, Obregón era candidato único a la Presidencia del país. Al concluir su campaña en la ciudad de México, semanas antes de las elecciones, se retiró a su hacienda Quinta Chilla, en Sonora, para esperar los resultados de los comicios. Posteriormente, ya como presidente electo, el domingo 15 de julio regresó a la ciudad de México. Al marco de la rebelión cristera y con base en experiencias anteriores perpetradas por fanáticos religiosos y enemigos políticos ocultos, existían serios rumores de que su vida corría peligro. Los vientos veraniegos soplaban malos presagios. Un hombre, verdugo del presidente electo, ya había decidido convertirse en mártir de la causa católica para ejecutar a Obregón, guiado por el ejemplo de los fusilados hermanos Miguel y Humberto Pro Juárez y las elucubraciones de María Concepción Acevedo de la Llata –la Madre Conchita- acerca de la imperiosa necesidad de asesinar a Calles y al presidente electo para terminar con su cacería religiosa.⁷⁰¹

La Madre Conchita era una “guía espiritual” para los jóvenes –varios de ellos fabricantes de bombas- que iban a su casa, inspiraba gran confianza y era muy fuerte su influencia sobre los muchachos. Ciertamente, muchos de sus seguidores la consideraban una “santa”: le tenían gran fervor y estaban decididos a luchar por la Iglesia. Deseaban ser mártires, arriesgarse y crear peligros.⁷⁰²

Para mayo de 1928, la casa de la Madre Conchita -ubicada en el número 133 de la calle Chopo- fue objeto de tantas sospechas que la religiosa tuvo que cambiarse al número 68 de la calle Zaragoza. Ya en su nueva casa, la Madre Conchita sólo permitió la entrada a los íntimos de su grupo.

⁷⁰⁰Tzvi Medin, op. cit., p.27.

⁷⁰¹Pablo Serrano Álvarez, *La muerte de un caudillo*, [en línea], México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2010, Dirección URL: http://www.bicentenario.gob.mx/index.php?option=com_content&id=126:la-muerte-de-un-caudillo, [consulta: 19 de marzo de 2013].

⁷⁰²John W. F. Dulles, op. cit., p.336.

En marzo de 1928 la monja conoció a un maestro de dibujo, José de León Toral, de 26 años. Nacido en Matehuala, San Luis Potosí, este joven de espíritu religioso se educó en Monterrey y en la ciudad de México, donde había mostrado intereses por el fútbol e ingresado a distintas organizaciones católicas. A invitación de Humberto Pro, José de León Toral había colaborado en la Liga Defensora de la Libertad Religiosa y, cuando Humberto Pro murió, el joven potosino lo sucedió como jefe de la liga en uno de los distritos de la ciudad de México. Sin lugar a dudas, el fusilamiento de los hermanos Pro y de Luis Segura Vilchis perturbó considerablemente a Toral. Al principio, el joven católico no pensaba que los buenos católicos debían matar; sin embargo, comprendía a los pocos que peleaban por el “bien” de la Iglesia y las persecuciones que él, día con día, veía aumentar. A tan sólo un mes de la muerte del padre Pro, resolvió pasar de pasivo a activo, decidiéndose a “dar su vida por Cristo”. En los días siguientes, José Toral se acercó más a la Madre Conchita, por quien sentía una atracción y estaba muy influido. Fue entonces que, al calor de la consternación por las persecuciones religiosas, Toral pensó que la Madre Conchita no se disgustaría si la muerte sobrecogía a Obregón o a Calles. De inmediato, se dedicó a pensar cómo matar a *Manco*. Se sentía iluminado, con una misión divina: resolvió convertirse en “el instrumento de Dios”.⁷⁰³

Según la narración del Doctor Serrano Álvarez, José de León Toral pidió prestada una pistola *Star* 32 con diez cargas de bala a Manuel Trejo,⁷⁰⁴ después practicó su uso descubriendo que, como mal tirador, no podía dar al blanco, excepto a corta distancia. El domingo del arribo del presidente electo, asistió a su recepción en la estación Tacuba de ferrocarriles, desde donde el *Manco de Celaya* recorrería Paseo de la Reforma para dirigirse al Centro Director Obregonista en la avenida Juárez, para luego trasladarse a una comida en su honor en el Parque Asturias, con 10 mil personas.⁷⁰⁵ Toral tuvo tres posibilidades para dispararle, pero alejado de su víctima —y debido a su mala puntería—, en ninguna se sintió seguro para proceder.

Al día siguiente, Toral buscó otra oportunidad en Palacio Nacional, en el Centro Director Obregonista y hasta en la misma residencia del caudillo en el número 185 de la avenida Jalisco (hoy Álvaro Obregón). Compró un cuaderno de dibujo para realizar una caricatura de su víctima y tener un pretexto para acercarse a él, pero en ese momento tampoco tuvo éxito. Más tarde, ese mismo día, buscó al padre José Jiménez para que le permitiera pernoctar en una farmacia, pero,

⁷⁰³Ibid., p.338.

⁷⁰⁴Pablo Serrano Álvarez, op. cit.

⁷⁰⁵John W. F. Dulles, op. cit., p.338.

sin encontrarlo, se dirigió a la casa de la Madre Conchita a “fortalecer su espíritu”. De regreso a la farmacia encontró al padre Jiménez, quien hizo los arreglos para que Toral pasara la noche en un cuarto de la casa de la señora Dolores Azcona, en la calle Justo Sierra.

El martes 17 de julio, Toral asistió a los servicios espirituales que se brindaban la calle Zaragoza, en la casa de la Madre Conchita –luego de que ese mismo año la policía disolviera su convento-; en un cuarto convertido en capilla, recibió los servicios católicos, desayunó, leyó los periódicos y realizó varios dibujos. A las 13 horas se encontraba en las inmediaciones de la casa de Obregón, estudiando los movimientos del político sonoreense.

Dentro del número 185 de la avenida Jalisco, el presidente electo despachó diversos asuntos en el transcurso de la mañana. Los rumores de su fatídico final hacían que revisara su apretada agenda. Ese día tenía una reunión de homenaje con los legisladores federales guanajuatenses en el restaurante “La Bombilla”, en San Ángel, propiedad del español Emilio Cazado. Retrasando una cita con el presidente Calles, Obregón se dispuso a asistir a la comida con los legisladores. El homenajeado acostumbraba comer temprano, por tal razón, antes de las 13 horas, habían arribado a su casa el diputado sonoreense Ricardo Topete y el gobernador de Hidalgo, Matías Rodríguez, para acompañarlo a San Ángel. Al parecer, el *Manco de Celaya* estaba de muy buen humor y hasta bromeó con sus acompañantes sobre un posible atentado con bombas, como el ocurrido un año antes en el Bosque de Chapultepec –y que le costara la vida a los hermanos Pro Juárez-, diciendo que ahora tendría que ser con “bombitas”, dado que se dirigían a “La Bombilla”.⁷⁰⁶ Además, se volvió hacia uno de sus compañeros de transporte y, con tono irónico, le dijo: “¿no tiene usted miedo de ir con nosotros?”⁷⁰⁷

La comitiva partió de la avenida Jalisco y siguieron a la izquierda por la avenida Insurgentes, hacia el sur. Toral abordó un taxi y los siguió, alcanzándolos en avenida Tizapán (hoy Baja California), sin saber hacia dónde se dirigían, aunque intuyó, según sus declaraciones posteriores, que era a “La Bombilla”.

El sonoreense llegó a su homenaje en un automóvil Cadillac, vestía un traje gris y con amabilidad y bonhomía aceptó tomarse fotografías con los anfitriones. En el jardín del restaurante se colocaron cuatro mesas, en la cabecera lucía un arreglo floral con alusión: “*Homenaje de honor de los guanajuatenses al C. Álvaro Obregón*”. En la mesa principal se sentó al centro el homenajeado, a

⁷⁰⁶Pablo Serrano Álvarez, op. cit.

⁷⁰⁷John W. F. Dulles, op. cit., p.340.

su izquierda Aarón Sáenz, el diputado Enrique Fernández y Ricardo Topete; a su derecha, el licenciado Federico Medrano, presidente de la Confederación de Partidos Revolucionarios Socialistas de Guanajuato; el licenciado Arturo H. Orcí y el presidente de la Corte, Jesús Guzmán Baca.⁷⁰⁸ El menú seleccionado fue coctel, entremés a la mexicana, crema portuguesa de tomate, huevos con champiñón, pescado a la veracruzana y un favorito del homenajead: pastel “Bombilla”. Mientras la comida se servía, la orquesta típica del maestro Alfonso Esparza Oteo interpretaba melodías de Guty Cárdenas y de Chuco Corona. No se había dispuesto ninguna seguridad en el evento, excepto por la presencia de tres agentes y el cuidado de los escoltas y amigos que acompañaban al presidente electo.

León Toral llegó minutos después que Obregón al restaurante. Vestido con un traje café, una corbata rojiza, su cuaderno de dibujos y un lápiz, entró sin ninguna dificultad al lugar. Preguntó por un tal señor Cedillo y se le informó que posiblemente estaba en el jardín, por lo que penetró con facilidad. Había bebido un cuarto de cerveza. Pasó al baño, desenfundó la pistola, le retiró el seguro y se la colocó a la altura del abdomen con el cañón hacia abajo. Salió al jardín para dibujar a Obregón, Sáenz, al maestro Alfonso Esparza Oteo y las barbas de Manrique. Todo permaneció en calma.⁷⁰⁹

Con toda normalidad, Ricardo Topete preguntó quién era el que estaba sentado dibujando, a lo que se le informó que era un caricaturista de los periódicos que estaban haciendo un retrato del presidente electo. Topete se tranquilizó. Toral se percató de la desconfianza de Topete por lo que, apresurando su plan, se levantó y se encaminó a la mesa de honor. Se dirigió a Topete y le preguntó cuál de los bocetos le parecía mejor. De inmediato, se acercó a Sáenz para mostrarle su caricatura y la del general Obregón, a lo que Sáenz le respondió que luego lo buscara para quedarse con ellos. Enseguida, se dirigió a Obregón para mostrarle su dibujo. El general movió la cabeza para ver el trabajo del artista y le sonrió, en ese instante Toral tomó con su mano derecha la pistola para realizar el primer disparo a cinco centímetros; luego fueron cuatro más en la espalda y uno más en el muñón. Seis tiros en total. Eran las 14:20 horas, justo en el momento en que se servía el postre “Bombilla” –muy del gusto de Obregón- y la orquesta interpretaba “Limoncito”; confundiendo con el sonido de las armas, seguramente se podía escuchar:

*Limoncito, limoncito,
pendiente de una ramita...*

⁷⁰⁸Ibid.

⁷⁰⁹Pablo Serrano Álvarez, op. cit.

*Al pasar por tu ventana
me tirates un limón;
el limón me dio en la cara
y el sumo en el corazón...
...y el amor para que dure
ha de ser disimulado.*

La confusión se apoderó del lugar. Obregón abrió los ojos, se inclinó hacia delante y hacia la izquierda y se golpeó la cabeza con la mesa, mientras recibía más disparos en la espalda; luego se desvaneció en el suelo. El caudillo estaba bien muerto. Toral quedó petrificado luego de los hechos, sólo apuntó su arma al suelo y esperó a ser aprehendido, estaba en éxtasis religioso. El diputado Enrique Fernández Martínez lo desarmó y, en seguida, fue rodeado por Topete, Manrique, Otero, Valadez, Díaz Soto y Gama, Jaimes, Márquez y Robinson. Le dieron una golpiza hasta dejarlo tendido en el suelo. Jaimes quería acribillar al asesino, pero Manrique lo impidió, pues necesitaban saber la trama del crimen. Las puertas del lugar se vigilaron. Topete recogió el arma asesina. El cuerpo del presidente fue trasladado al asiento trasero de su Cadillac y llevado a su domicilio. Calles fue informado de inmediato. Los presagios se hacían realidad.⁷¹⁰ Aquel día de julio de 1928 marcó el inicio de una de las mayores crisis de los gobiernos surgidos de la Revolución.

Por su parte, el magnicida fue trasladado a la Inspección General de Policía por los coroneles Juan Jaimes y Tomás Robinson, y el diputado Enrique Fernández, allí ya los esperaba el general Roberto Cruz, jefe de la Inspección. Toral, con los ojos cerrados y ensangrentado por la golpiza, no podía o no quería hablar, sólo se había identificado como “Juan”, lo que pareció estar confirmado por las iniciales “J. L. T.” que se hallaban en una de sus prendas de vestir.

La noticia corrió por toda la ciudad de México. Cuando el Cadillac llegó con los restos del sonoreense, la casa con el número 185 estaba abarrotada por algunos mirones y por entristecidos y encolerizados obregonistas. El cadáver fue colocado en una habitación de la planta baja, donde ya se encontraba el médico Enrique Osornio –quien había amputado el brazo de Obregón en 1915- para dar fe de su fallecimiento. Luego se procedió a realizar la máscara mortuoria.

Entre la multitud y con gritos de “¡Queremos justicia!”, el presidente Calles llegó a la residencia visiblemente molesto. Entró a la habitación donde yacía Obregón y dijo: “¿querías ser presidente? Tal por cual, pues no llegaste”. Al escuchar esto, el general Higinio Álvarez García se molestó y

⁷¹⁰Ibid.

sacó su pistola, pero Osornio intervino para calmar los ánimos. Calles ordenó que se enviaran inmediatamente fuerzas policiales a la casa de Obregón para sacar los archivos del extinto caudillo, como si escondieran grandes secretos. Sin embargo, Manrique enfrentó a Calles y, oponiéndose a dicha orden, le dijo que el obregonismo no había muerto y acusó a Morones, miembro de la cartera ministerial de Calles, de urdir el crimen. El caos comenzó a apoderarse de la residencia.⁷¹¹ Afuera, en la avenida Jalisco, las conjeturas comenzaban a sonar más fuerte; para algunos el crimen había sido obra de Morones, otros, más aventurados, culpaban abiertamente al presidente Calles.

El mismo John Dulles retoma los hechos narrados por Luis Napoleón Morones a *El Universal* el 12 de agosto de 1956: Plutarco Elías Calles salió rumbo a la Inspección General de Policía para interrogar a Toral. Le preguntó quién lo había mandado a cometer el crimen, a lo que Toral respondió que había actuado solo y que lo había hecho para que “Cristo nuestro señor pueda reinar México”. Calles lo cuestionó sobre las razones de no haber procedido contra el presidente y si contra Obregón, a lo que Toral le dijo que era indispensable destruir los cimientos para que el edificio cayera, única forma de extirpar la persecución religiosa: “pensamos que usted es el edificio y el general Obregón los cimientos”. Calles se encolerizó. Topete había recogido el arma del asesino y se la entregó a Calles diciéndole: “Aquí está la pistola, que usted conoce”.⁷¹²

Calles volvió a la casa de Obregón, que estaba más abarrotada de mirones que cuando partió a la Inspección. Alrededor de las 4 de la tarde, apenas un par de horas después de los hechos, las ediciones extraordinarias de los diarios ya estaban causando revuelo por todas las calles de México. La muerte del presidente electo conmocionó y alarmó como nunca antes a la ciudad. Con un Calles bastante malhumorado y envuelto en la más pura y recia desconfianza de aquéllos que habían visto caer a su líder, esa misma tarde, Portes Gil, Orcí, Zertuche, Manzo y Sáenz se presentaron en el Palacio Nacional para entrevistarse con el presidente y manifestarle sus intereses con respecto a la investigación del crimen. Ese mismo día, el jefe de Operaciones Militares en Sinaloa, Antonio Ríos Zertuche, pasó a ocupar la dirección de la Inspección General de Policía y, con ello, llevar las riendas de la investigación del homicidio.

Los restos del general Obregón fueron llevados al Salón de Embajadores del Palacio Nacional, con las ceremonias protocolarias, una larga fila de personas pasó frente al caudillo. El 18 de julio, entre

⁷¹¹Ibid.

⁷¹²John W. F. Dulles, op. cit., p.343.

memorables discursos, multitudes y ofrendas florales, hubo una gran procesión funeral donde se llevó el féretro hasta un tren que lo llevaría a Sonora para ser inhumado en Huatabampo, de acuerdo con los deseos que el general había expresado a menudo.

La noche del homicidio, José de León Toral sufrió severas torturas. Con el cuerpo suspendido, colgado de los dedos de los pies y de las manos, se le infligió gran sufrimiento, empero, se rehusó a dar información. Valiéndose de una nota proveniente de una lavandería china, Orcí ayudó a localizar la casa de Toral. Cuando los hombres de la Inspección llegaron a la casa de la familia Toral encontraron a su esposa encinta e ignorante del paradero y crimen de su esposo. Los investigadores fueron informados de muchos aspectos de la vida del homicida por la esposa y los padres de éste. Todos sus familiares fueron arrestados por la policía. Con ello, al día siguiente, mientras los restos de Obregón recibían homenajes y viajaban a Huatabampo, a Toral se le enfrentaba con los datos recabados por la Inspección. Fingiendo la tortura de la señora Toral y permitiéndole escuchar sus gritos de dolor, José de León empezó a confesar y, para relatar cómo planeó el homicidio, pidió que se le concediera hablar con un par de personas de la calle Zaragoza. Le fue concedida su visita a ese “lugar religioso”. La Madre Conchita abrió las puertas de su domicilio y permitió la entrada de Toral, Orcí y los policías de la Inspección que custodiaban al asesino.⁷¹³

“He venido a ver si le creen a usted. Vine para ver si usted desea morir conmigo”, le dijo Toral a la monja. Parecía sereno y satisfecho de ser un “mártir”. La Madre Conchita habló sobre “el perdón” ante las autoridades de la Inspección de Policía. Mientras Toral intercambiaba sus conjeturas con la religiosa, la policía la arrestaba, junto a otras veinte monjas. Durante las subsecuentes investigaciones, la Madre Conchita asumió parte en el asesinato y pidió a la Inspección cesar las investigaciones, pues, según la religiosa, los principales implicados –José y ella- ya habían sido capturados. Tan sólo dos días después, la familia Toral y el resto de las monjas fueron dejados en libertad. Se resolvió que los sospechosos fueran sometidos a un jurado en San Ángel, cerca del lugar del crimen. A Toral, el artífice material del crimen, se le condenó al fusilamiento, mientras que la Madre Conchita fue sentenciada a pasar sus próximos años de vida en la cárcel.⁷¹⁴

Al cabo de un tiempo, los representantes de la Iglesia católica emitieron un comunicado donde expresaban su desaprobación por el magnicidio. A nombre del Subcomité Episcopal, el obispo de

⁷¹³Ibid., p.347.

⁷¹⁴Emilio Portes Gil, op. cit., p.408.

San Luis Potosí aclaró que el clero mexicano no estaba mezclado y pidió, para la defensa de los demás religiosos mexicanos, que se juzgara personalmente a la Madre Conchita de acuerdo a su “enajenación mental”. El único respaldo que los perpetradores podían tener en aquel momento tan crudo en la guerra cristera les había negado indulgencia.

El panorama político que presentaba el país en aquellas horas aciagas revestía caracteres de suma gravedad. Los principales jefes políticos y militares del obregonismo asumían actitudes de franca rebeldía en contra del presidente Calles, a quien acusaban públicamente del crimen. La situación se tornaba muy angustiosa. El prestigio del gobierno se deterioraba y la autoridad de Calles se debatía en mítines callejeros, la pasión política significaba una seria amenaza para la tranquilidad del país y los amigos del general Obregón abiertamente manifestaban sus deseos de rebelarse en contra del gobierno constituido.⁷¹⁵ En vista de la exaltación de los sentimientos políticos y de la furia de los enemigos de Calles y Morones que habían estado cerca de Obregón, se levantó más el tumulto de acusaciones. La escena era de anarquía y escándalo. Muchos políticos, generales y funcionarios discutían en forma acalorada, acusaban a Calles y a los laboristas de ser los autores intelectuales del crimen. El blanco más socorrido de comentarios desfavorables fue el célebre líder Luis Morones. Sin embargo, muchos cargos se lanzaron a Calles; sus enemigos alegaban que había provocado y, a la postre, sostenido la rebelión cristera “para justificar el asesinato de Obregón y culpar al clero”. En mucho, se sostiene la tesis de que Morones trataba de fomentar agitación a fin de provocar una atmosfera propicia para el crimen. Muchos de los militares, jefes de Operaciones, anunciaban su salida inmediata a sus respectivos estados para levantar sus ejércitos en contra del gobierno.⁷¹⁶

La crisis política que se dejó sentir en 1928 amenazaba de nueva cuenta con echar abajo el camino recorrido en la reconstrucción y modernización del país. El asesinato del *Caudillo nacional* implicaba la desaparición del único principio de estabilidad y unidad conocido, después de la Revolución, en la tradición política mexicana. Con Obregón moría la hegemonía política alcanzada hasta entonces. El magnicidio amenazaba con abrir una nueva etapa de incertidumbre, descontento y diseminación política y social. Parecía que la única posibilidad era la guerra civil, agravada por el hecho de que en el ámbito nacional se había corrido la opinión de que tanto Morones como Calles estaban involucrados en el crimen. La mayor parte del ejército era obregonista y se vislumbraba desde el primer momento un levantamiento armado. Muchos jefes

⁷¹⁵Ibid., p.409.

⁷¹⁶Ibid., p.408.

de operaciones, el día que murió Obregón, dijeron que se iban a sus jefaturas a levantarse en armas porque temían que los mandara a fusilar Calles; estaba presente la idea de que el presidente estaba detrás del asesinato.⁷¹⁷

*“En nombre de todas las agrupaciones obregonistas del país, elevamos la más enérgica protesta por este asqueroso asesinato político que acabó para siempre con la vida del caudillo más avanzado de la Revolución Social Mexicana [...] esperamos de él (Calles) que sabrá exigir de las autoridades encargadas [...] descubrir los autores intelectuales e instigadores de esta tragedia [...] creemos que la muerte del general Obregón fue fraguada por elementos adictos al general Calles y es por esto que no podemos tener la menor confianza en él...”*⁷¹⁸

Los horas que siguieron diezmaron más la autoridad del presidente; se hallaba debilitado y su autoridad estaba –casi- extinguida, fuera de unos cuantos amigos muy cercanos, ya casi nadie lo visitaba -su casa de la colonia Anzures se encontraba desierta-; en fin, tan sólo un día después de los hechos, el 18 de julio, y como prolegómeno de un discurso presidencial memorable, en medio de ese ambiente colérico y de profunda desconfianza, el presidente Plutarco Elías Calles emitió, mostrando una gran sabiduría política, una declaración a la nación en los siguientes términos:

*“El inaudito crimen en que ha perdido la vida el presidente electo de la República, señor general don Álvaro Obregón, por la cobarde trama que envuelve, por el desconcierto social que provoca y por el vergonzoso precedente que exhibe, ha cubierto a la nación de duelo justificadísimo, y no habrá espíritu honrado en cualquier parte que no lo repruebe con la más honda indignación. México pierde al estadista más completo de los últimos tiempos [...] ante tan reprobable acontecimiento, cumple a mi deber [...] patentizar a la nación mi más categórica reprobación del villano crimen, y exponerle [...] cuáles son los sentimientos que [...] guiarán mi conducta. Debo exponer que el gobierno [...] castigará con el peso de la ley no sólo al autor material del incalificable crimen, sino a descubrir y castigar también a quienes pudieran resultar los directores intelectuales [...] El criminal ha confesado ya que su funesta acción fue movida por el fanatismo religioso [...] pero mi gobierno [...] aporta nuevas energías y anuncia a la nación que los principios liberales del movimiento social revolucionario [...] no pueden decaer jamás; que es criminalmente iluso [...] pensar siquiera en que este país pudiera volver a los viejos periodos de oscurantismo; y que la Revolución [...] está siempre en marcha [...] Aprovecho los actuales dolorosos momentos a fin de hacer el más amplio llamamiento a todos los grupos revolucionarios, para sostener con más firmeza todavía su bandera de reivindicaciones, y los excito para que se agrupen, en unión indestructible y fuerte, a la realización de sus nobles ideales, abandonando todo sentimiento mezquino de circunstancias y latiendo al unísono en un espíritu de concordia, de cooperación y de energía [...] construyendo con fe, ardor y constancia el edificio grandioso de la prosperidad nacional [...] Me es consolador poder anunciar que en toda la República el orden se mantiene inalterable...”*⁷¹⁹

Con la repentina muerte del vencedor de Villa y Carranza, el grupo revolucionario, y el propio sistema político caudillista, habían perdido su centro de gravedad. Los días en que el sistema político encontraba estabilidad, unidad y coherencia en la personalidad de un hombre parecía que

⁷¹⁷Tzvi Medin, op. cit., p.29 y 30.

⁷¹⁸Emilio Portes Gil, op. cit., p.418.

⁷¹⁹Plutarco Elías Calles, “La desaparición del caudillo”, *Pensamiento político y social-antología 1913-1936*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, segunda edición abreviada, p.161 y 162.

habían terminado. La vencedora diarquía sonorenses Obregón-Calles había llegado a su final y Calles, a punto de abandonar la presidencia, simplemente no pudo llenar el nuevo vacío de poder y sólo su habilidad para concertar arreglos con cierta parte del grupo obregonista y su dirección en la creación de nuevas instituciones políticas, le permitieron mantenerse al frente del grupo revolucionario por algunos años más y, lo que es más importante, conducir al sistema político a una nueva fase en busca de su modernización.⁷²⁰

La habilidad e imaginación política del hombre inculcado del asesinato del *Manco de la Revolución* son dos elementos que, por lo demás, debemos ponderar en el análisis de un periodo de tanta efervescencia como éste. El merito de Calles consistió en saber leer de qué manera habrían de moverse en adelante los hilos de la política a nivel nacional. Con un excelente olfato político y haciendo uso de sus conocimientos sobre las experiencias vividas en las distintas regiones del país, Calles supo ganarse tiempo para reorganizar toda la estructura del poder y, finalmente, triunfar sobre aquellos que aún creían en el uso de las armas como el medio más idóneo para competir por el poder.

Calles ganó tiempo de varios modos: en primer lugar, renunciando a permanecer en la presidencia –como muchos se lo aconsejaban– más allá del 30 de noviembre y dejando en manos de un obregonista –el general Antonio Ríos Zertuche– la investigación del crimen para dar al traste con la teoría de la conspiración; en segundo lugar, sacrificando a Luis Morones, uno de sus aliados más importantes, y a la CROM para evitar así que se le acusara de compartir el poder con uno de los más furibundos antiobregonistas.

Parado en terrenos más sólidos, Calles pudo exigir entre junio y septiembre a los comandantes de las zonas militares que renunciaran a cualquier pretensión de ser uno de ellos el próximo presidente provisional o constitucional –alegaba que la candidatura de uno desataría la de los demás, lo que irremediablemente llevaría a la guerra.⁷²¹ El éxito se coronaría un par de días después, apenas el 25 de septiembre de 1928, cuando, con 277 votos a favor y sólo dos abstenciones –las de los diputados potosinos Aurelio Manrique y Antonio Díaz Soto y Gama–, un civil, abogado de profesión, Emilio Portes Gil, se designó presidente provisional.⁷²² El mismo Portes Gil hace votos por demostrar que su candidatura y designación no tuvieron nada que ver

⁷²⁰Lorenzo Meyer, “La etapa formativa del Estado mexicano contemporáneo”, [en línea], *Historia Mexicana*, vol. XXIII, núm. 92, 24pp., México, COLMEX, abril-junio de 1974, Dirección URL: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/E8C8E6SQCK47L45P9GTJY6LR13JB7J.pdf, [consulta: 1 de abril de 2013].

⁷²¹Ibid.

⁷²²Emilio Portes Gil, op. cit., p.426.

con la influencia de Calles, pero, irónicamente, él mismo dice que en México “el gobierno tiene que tomar parte forzosamente en las elecciones”. Es muy difícil aceptar sus esforzados intentos por demostrar que fue nombrado sin la intervención del nuevo *Jefe Máximo*.

Más allá de todo, con la súbita desaparición de Obregón salieron a la luz viejos problemas no resueltos. El sistema político demostró, una vez más, su excesiva fragilidad: la fragmentación del poder político. Los hombres fuertes seguían siendo indispensables -con ellos se iba la estabilidad- y la falta de legitimación del poder gubernamental. Con el vacío que representó la falta del caudillo advendría un profundo, inevitable y grave trastorno social.

3.2 Mensaje político del 1º de septiembre de 1928: “nación de instituciones y leyes”.

Cuando el presidente electo, Álvaro Obregón, fue asesinado, las cosas no pintaban tan bien en el país: por un lado, una gran parte del ejército amenazaba con levantarse en armas ante el potencial *madruguete* callista, mientras el resto de los obregonistas gastaban sus esfuerzos en culpar del magnicidio al general Calles; por otro lado, la presidencia de la República se encontraría acéfala, al tiempo que existía una profunda crisis en la estabilidad nacional y algunos levantamientos armados seguían asolando las regiones del país. Bien se dice: *donde hay conflicto, hay oportunidades*. La coyuntura marcaba grandes oportunidades para quien supiera verlas. Calles jugaba un juego muy peligroso; tal parece que aquéllos que lo habían ganado todo –y, a la postre, perdido- estaban en las mejores condiciones para exigir: mientras unos exigen, otro les concede – el nombramiento en la Inspección General de Policía, del general obregonista Antonio Ríos Zertuche, cuya intención era conciliar, no fue casual-; y, sin embargo, pese a todo, los mejores años del callismo estaban por venir.

Primero Obregón y después Calles, dos formas de caudillaje que serían liquidadas, en una aparente paradoja, por los propios instrumentos de dominio social que los hicieran tan poderosos. Quién diría que alguna vez Obregón iba a tener que tragarse las palabras que dirigió al cadáver destrozado del general Francisco R. Serrano -aquél que fuese íntimo suyo-, el hombre era inteligente y tolerante, un subordinado a la autoridad del general, pero, para su desgracia, cometió el *error* de desafiar la *democracia* del caudillismo revolucionario. Serrano y Arnulfo R. Gómez, un viejo y conocido amigo de Calles, tratan de enfrentarse electoralmente a Obregón y éste –a la sazón del famoso califa de Bagdad, Harún al-Rashid, citado en los cuentos de *Las mil y una noches*, uno de los monarcas más absolutos que existieran- resolvió deshacerse de ellos. Al parecer, sin que lo supieran, la cacería electoral había comenzado.

Obregón pudo sentenciar lo mismo que el monarca: “Quiero su cabeza, ahora mismo”. En efecto, una vez que los 13 cuerpos destrozados en Huitzilac, Morelos, fueron llevados al Hospital Militar, Obregón sólo buscó el de su amigo y frente a él, en el anfiteatro, la crueldad lo orilla a decirle: “Ésta es tu cuelga”. El odio seguía siendo amor, transformado en angustia desesperante. Para ese momento, Obregón quizá no lo sabe, pero él es, ahora, *el último condenado*. El célebre caudillo sonorense se sentía soberano; sin embargo, ya había sido emplazado. El crimen político es tal y, sin embargo, si el corazón tuvo fibras sentimentales, el rostro carece de músculos que lo manifiesten. El asesinato de Obregón marca un final y un comienzo. El *Caudillo*, que fuera

reelegido presidente, carga las sospechas de todos. Sobre el *Manco de Celaya*, al parecer, no hay, ahora, nadie.

Es julio de 1928, con un clima veraniego, ha llegado el presidente electo a la ciudad de México. La ciudad huele a rencor -lo que Obregón ya adelantaba cuando se despedía de su gente en Quinta Chilla, Sonora-, los presentimientos, los remordimientos, la consciencia no lo dejaban llegar en paz. Con las guerras civiles como esencia de la política mexicana⁷²³, el presidente electo está expuesto a tener un final trágico. Con los malos augurios, el hombre recio está siendo amedrentado, el regocijo del triunfo no le sabe al presidente. El martes 17 amaneció húmedo luego de una pertinaz lluvia que cayó sobre la Ciudad de México durante la noche, le han organizado una reunión sus amigos guanajuatenses: sus últimos momentos.

La amenaza es latente, ahora Obregón es el núcleo del peligro. La algarabía se apodera de “La Bombilla”, Obregón ha sido asesinado. Su chacal es un hombre pálido, un fanático religioso, un dibujante que se ha escurrido entre los invitados sin ser detectado. Es tal la sagacidad del hombrecillo que se postra frente a Obregón y le muestra su caricatura, el general la observa y, como gesto de pago, da una sonrisa al artista. Rápidamente, la felicidad de Obregón se vuelve llanto. Una ráfaga de balas hacen al general sonorenses resbalar de la silla, la orquesta sigue tocando la famosa composición del maestro Alfonso Esparza Oteo, “Limoncito”. Así se decidía el futuro de la nación.

Este acto marcó una división entre la historia *antes y después de Obregón*; marca, sin duda, el fin de una etapa y el comienzo de otra. ¿Los motivos detrás del fanático religioso? Las opiniones son muchas: unas apuntan a la lógica, los cristeros por medio de este hombrecillo fanático; otras son más suspicaces, el líder cromista Luis N. Morones, e, incluso, al mismo Calles -quien puede, quizá, ser partícipe por omisión-; este proceso de búsqueda de un culpable es el matiz que el momento de *renovación* necesita.

Los restos mortales de Obregón fueron llevados a su domicilio en la avenida Jalisco y luego salieron a Huatabampo, donde fueron enterrados como última voluntad del sonorenses. Calles vio, allí, al hombre fuerte reducido a nada; el hombre con quien compartió tanto, quien lo llevara de la

⁷²³Tzvi Medin, *El minimato presidencial: historia política del maximato*, México, Ediciones Era, serie: Problemas de México, 2003, novena reimpresión, p.28.

mano, con quien ganó, ése que tuviese tanto poder, ahora era víctima y no victimario. En adelante, Calles estaba solo y se quedaba para *cargar* el peso de los odios y las culpas.⁷²⁴

Con esta nueva situación, desde luego, muchos cambios se avecinaban. Los acontecimientos de aquel 17 de julio de 1928 en La Bombilla representaron más que la privación de la vida a un hombre; representaron la muerte de una fórmula política de estabilidad, se profetizó caos y crisis en la unidad nacional, porque, al fin y al cabo, se había tumbado a un gobierno en perspectiva; el *engranaje* ya no *engranaba*, el caudillo había muerto y con él la estabilidad y unión que sólo podía asegurarse, a partir de la periferia, a través de esta figura carismática. Los arreglos con el gobierno central parecían haber muerto con el hombre fuerte de la nación. Todo parecía indicar que el asesinato no sólo le arrancó la vida a un hombre, sino la unidad a una nación. Obregón era el hombre capaz -reconocido como tal- de lograr que los *engranes* -venidos *desde abajo* y *desde afuera*- dotaran unidad a la nación en un momento de caos, de alzamientos, rebeldías, cuartelazos y de pequeñas ambiciones que surgían por todas las regiones del país, herencia patriarcal, tan valorada por propios y extraños, forma y sustancia, de la Revolución; Obregón era el hombre con la suficiente disciplina para disciplinar. Es este caudillo, dueño del poder, quien dio identidad a la nación y, por esta razón, existió un mecanismo infalible de unidad, la única unidad que había conocido el México posrevolucionario.

En medio de un sistema político organizado en torno al poder personal, perder esa figura estabilizadora parecía altamente amenazante. Los cambios venideros obligarían a la élite revolucionaria a pensar en nuevos mecanismos de cohesión y control político para conservar su posición.

Mientras tanto, Plutarco Elías Calles se mostraba conciliador; ha accedido a los señalamientos por parte de los deudos políticos del extinto presidente electo; renunciaciones y nombramientos, injurias, tormentos al autor material del crimen, averiguaciones y desconciertos, palabras necias y oídos sordos, todo es parte del ambiente que se respira en la ciudad de México. La actitud del llamado "traidor" sonoreense no da tiempo a pensar: leyendo perfectamente el mapa político, se ha hecho de la cercanía de sus acusadores, ha logrado tender un puente conciliador con el más recalcitrante núcleo obregonista, atrajo a Portes Gil y a Aarón Sáenz, les ha permitido volver a sentirse fuertes como antes del asesinato; Calles, armando un repliegue táctico, ha optado por dejarlos vivir, por fomentar su oposición, por conceder y no por destruir. Se ha ganado, para sí mismo, tiempo. Pero,

⁷²⁴Ramón Puente, *Hombres de la revolución: Calles*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p.116.

¿le pasaría algo al general Calles?, ¿por qué no acabó con los obregonistas?, ¿la falta de apoyo cien por ciento político y militar, el miedo, la consciencia... qué pasó? Calles ha permitido el ascenso de los obregonistas; es todo un genio político. Lejos de aplastar a los rebeldes, ha aprovechado sus ambiciones y las ha enfocado a su apoyo personal. Se ha hecho de más adeptos que, traicionando sus motivos colectivos, han optado por las pasiones personales. El propio Portes Gil, ya en esos días, a un mes del asesinato, declaraba que Calles era reconocido como el heredero del caudillo, como *Jefe Máximo*, como el punto de integración nacional que evitaría la guerra fratricida. Portes Gil señala:

“muerto el general Obregón, cuya memoria respeto y cuyo programa acepto [...] sólo el general Calles puede, con autoridad bastante, marcarnos el derrotero que habremos de seguir [...] La Revolución tuvo dos grandes líderes, revolucionarios sinceros y esforzados, y seguirlos representó, consciente o irreflexiblemente, ir con la Revolución [...] (hablo) por devoción al recuerdo de Obregón muerto y por lealtad al cariño de Calles vivo.”⁷²⁵

Es el 1º de septiembre de 1928. El Congreso está repleto, la *oposición* abarata las curules y el presidente Plutarco Elías Calles tiene que presentarse a rendir su último informe sobre el estado general que guarda la Administración Pública del país. Cuatro años atrás se presentó de la mano del caudillo ahora asesinado; hoy, al margen de la oposición, es momento de enfrentarse a todos. Sin embargo, Calles no se ha presentado solo, se ha mostrado cumplido con sus detractores, ha accedido a los obregonistas, ha llegado a acuerdos con la milicia y, retomando las riendas, fácilmente, ganó el combate: hasta 1930, habrá un interinato donde un reconocido civil obregonista tomará la presidencia de la República. El licenciado tamaulipeco Emilio Portes Gil ha sido el *ungido*. Así, pone el primer dique a las ambiciones subversivas. Calles le ha ganado a la mayoría.

Ésta es la última vez que Calles se dirigirá como Presidente a los Ciudadanos diputados y senadores y al pueblo de México, es el estado que guarda la nación. La nación, ¿qué estado pude guardar sino es el de rencor?, ¿qué va a decirles Calles? En sus mensajes, Calles se muestra decepcionado de los frutos de la Revolución, habla extensamente de sus fracasos, declara que se han hecho algunos progresos en el orden social pero, moralmente, ningún: por el campo de su consciencia parecen presentarse todas las lacras de la sociedad enferma de una ancestral apatía, plagada de rutinas, degenerada por las tiranías, viciosa, pobre en medio de una naturaleza

⁷²⁵Declaraciones a *El Universal* el 21 de agosto de 1928, citado en Tzvi Medin, op. cit., p.34.

pródiga, ignorante en un siglo lleno de resplandores.⁷²⁶ Las galerías están llenas de público y los congresistas, desde sus curules, no quieren perder una sola palabra de aquel notable discurso. El ambiente del recinto se compone por una rara mezcla de odio y admiración; palabra tras palabra, a cada gesticulación, con cada pausa, entre cada aplauso, motivado, con cada frase, Calles se está ganando las simpatías de los presentes.

El general sonorense debió estar inseguro, pero a medida que el discurso avanza se muestra más firme, hasta parece que lo disfruta. Sus enemigos tienen que tragarse, en silencio con la ecuanimidad que requiere aquel acto, la frase más contundente de aquellas palabras: “Con la muerte del general Obregón ha terminado el último caudillo”. Expresa sus palabras de esta manera:

*"Todo esto determina la magnitud del problema; pero la misma circunstancia de que quizá por primera vez en su historia se enfrenta México con una situación en la que la nota dominante es la falta de 'caudillos', debe permitirnos, va a permitirnos orientar definitivamente la política del país por rumbos de una verdadera vida institucional, procurando pasar, de una vez por todas, de la condición histórica de "país de un hombre" a la de "nación de instituciones y de leyes". (Aplausos.) La solemnidad única del instante merece la más desinteresada y patriótica consideración y obliga al Ejecutivo a ahondar ya no sólo en las circunstancias del momento, sino en características mismas de nuestra vida política y gubernamental hasta el día, para procurar, como es nuestro deber, que una exacta comprensión y una justa valorización de los hechos señale los derroteros que consideramos salvadores de la paz inmediata y futura de nuestro país, de su prestigio y desarrollo, y salvadores también de conquistas revolucionarias que han sellado con su sangre centenares de miles de mexicanos"*⁷²⁷.

El apoyo se extiende. El discurso de Calles seguía dando frutos. Calles había logrado hacerse del poderío que requería. El asesinato de Obregón marcó el fin del *caudillismo revolucionario* —el argumento más sólido del discurso del 1° de septiembre de 1928—; para Calles, “Álvaro Obregón” es sinónimo de “hombres únicos”, la *muerte* de éste significa la *vida* de las instituciones, el imperio de las leyes y la resurrección de Calles. El famoso discurso antes del IV Informe es tan emblemático que le permite revivir. Con el discurso, el sonorense le daba la bienvenida a la vida institucional. Según sus propias palabras, el gobierno de los hombres había caído y el gobierno de las leyes se alzaba. Pero, por desgracias, como lo retomaremos más adelante, los vientos casi nunca mantienen una dirección estable y el *ser* no siempre puede armonizar con el *deber ser*. Un fragmento de Solón establece esta dicotomía del *ser* y *deber ser*: ¿es más conveniente ser gobernado por las mejores leyes o por el mejor hombre?⁷²⁸

⁷²⁶Plutarco Elías Calles, “El nuevo partido político reparará los errores políticos de la Revolución”, *pensamiento político y social*, México, SEP/FCE, 1992, segunda edición abreviada, p.203-211.

⁷²⁷Plutarco Elías Calles, *El inicio de una nueva etapa institucional*, México, Materiales de Cultura y Divulgación Política Mexicana, 1987, p.16.

⁷²⁸Norberto Bobbio y Michelangelo Bovero, *Origen y fundamentos del poder político*, México, Grijalbo, 1985, p.30 y 31.

Días antes del discurso, mientras se veía abandonado y su autoridad estaba prácticamente extinta, en la medida que las horas pasaban, al calor de una situación política muy peligrosa para la República, el presidente Calles mostraba una gran sabiduría política. Por esos días recibió tantos y tan variados consejos que a menudo eran contradictorios entre sí.⁷²⁹ En su autobiografía, Emilio Portes Gil narra cómo fue que los cristeros no dejaron un segundo de trabajar en la búsqueda por alcanzar sus cometidos: “la relación clerical que trabaja noche y día y jamás descansa, para el logro de sus perversos fines, surgió urdiendo nuevas maquinaciones para hacer fracasar a la Revolución”. Incluso, es natural pensar que para éstos fuera un tanto menos complicado elucubrar el crimen dado que, desde los primeros intentos por desaparecer “*los cimientos*” de la cacería religiosa, no se distrajeron en poner sus esfuerzos en otro objetivo. Las cámaras, especialmente la de Diputados, eran férreos centros de poder obregonistas entristecidos y furiosos que, por grado o por fuerza, amenazaban con secundar las intenciones de los jefes políticos y militares de rebelarse contra el gobierno del presidente Calles. Muchos, como Manrique y Topete, alegaron que *la mano* de Calles y Morones estaban detrás del fanático religioso.

En los días en que tuvo lugar el asesinato de Obregón, en la ciudad de México había muchos políticos de gran influencia a nivel regional y local. El gobernador de Tamaulipas, Emilio Portes Gil, adversario de Morones y fiel partidario de Obregón, se la había pasado dando muchas valiosas sugerencias al presidente acerca de cómo resolver la situación. Resulta muy significativo que Calles escuchara con mayor atención los consejos del tamaulipeco a la sazón de que éste fue uno de los pocos amigos íntimos de Obregón que no lo acusaron de estar envuelto en la muerte del caudillo.

El 18 de julio, Calles emitió algunas declaraciones a la nación –publicadas en *El Universal* el día 19– donde llamaba a la concordia, cooperación, cordura y unidad; se comprometía al cabal castigo para los autores materiales e intelectuales del crimen y prometió, como punto culminante en sus proposiciones, que la obra social de la Revolución proseguiría.

El secretario de Guerra y Marina, Joaquín Amaro, hizo un llamamiento a las fuerzas armadas, para que observaran estrictamente el cumplimiento del deber. En tanto, el jefe del Centro Director Obregonista, Aarón Sáenz, pidió a su grupo “observar prudencia y serenidad”. En medio de este clima, el 20 de julio, algunos grupos de campesinos y trabajadores que habían respaldado los trabajos reeleccionistas de Obregón, denunciaron su sospecha sobre Luis Morones y el Partido

⁷²⁹John W. F. Dulles, *Ayer en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, séptima reimpresión, p.351.

Laborista, hicieron notar que los cromistas habían declarado públicamente que el caudillo sonorenses no llegaría a la presidencia, a pesar de ser candidato único. La presión llegó a tal extremo que Calles se vio obligado a recibir la renuncia del Secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Luis Morones. Más tarde, Celestino Gasca, director de los Establecimientos Fabriles Militares y Eduardo Moneda, director de los Talleres Gráficos de la Nación, siguieron el ejemplo del líder de la CROM. Al mismo tiempo, todos rechazaron cualquier culpa o responsabilidad en los acontecimientos de “La Bombilla”.

Es entonces que el presidente Calles reflexionó, en ese momento de tensión, prudente considerar las opiniones de Emilio Portes Gil: el ingeniero Luis León volvió al gabinete, otra vez, como secretario de Agricultura. En tanto, el litigante y hombre fuerte de Tamaulipas se aprestó a ocupar el cargo principal del gabinete, el de secretario de Gobernación. Como era de esperarse, con la anuencia de Calles, lo primero que realizó Portes Gil desde su posición en la cartera ministerial estuvo relacionado con el problema religioso. Aun cuando Portes Gil era un defensor estricto de la Constitución y del programa revolucionario, reconocía que un número considerable del gobierno procedía incorrectamente contra los creyentes católicos. Sabía que sus abusos y su falso proceder sólo acrecentaban el problema: ideaban razones ridículas para imponer multas u obligar a hacer pagos; robaban reliquias religiosas de valor; saqueaban casas particulares a razón de meras sospechas de sublevación.⁷³⁰

El nuevo secretario de Gobernación giró una enérgica circular a todos los gobernadores de los estados. En ella, les dio instrucciones sobre su actuación en la cuestión religiosa, prescribiéndose que se sujetaran estrictamente a las leyes y evitaran que se cometieran actos de violencia, para lo cual debería cesar toda labor persecutoria en contra de los creyentes y se debería respetar sus garantías.⁷³¹

Fue en el mes de agosto cuando Calles llevó a cabo las maniobras preparatorias al “Informe presidencial” que debía presentarse el 1º de septiembre, al abrirse el periodo ordinario de sesiones del Congreso. Por esos días, los gobernadores de Sonora y Sinaloa, Alejo Bay y Manuel Páez, fueron a visitar a Calles. Los acompañó Francisco R. Manzo, jefe de Operaciones Militares en Sonora y Fausto Topete, hermano de Ricardo y gobernador electo de Sonora. Su mensaje fue claro y virtualmente un ultimátum: para ellos, Calles no podía prolongar su periodo presidencial. En

⁷³⁰Ibid., p.353.

⁷³¹Emilio Portes Gil, *Autobiografía de la Revolución. Un tratado de interpretación histórica*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, colección Memorias y testimonios, 2003, primera edición facsimilar, p.416.

tanto, muchos otros gobernadores seguían llegando a la capital del país y le recomendaban a Calles que prolongara su periodo presidencial cuando menos dos años más.

El 5 de agosto el Partido Tejedista Veracruzano (que apoyaba al ingeniero Adalberto Tejeda para la gubernatura de Veracruz) recomendó que el artículo 83 constitucional, que había sido reformado para hacer que el término del ejecutivo fuera de seis años y no de cuatro, se hiciera retroactivo para aplicarlo al gobierno de Calles. Pronto, muchos grupos alzaron sus voces a favor de la idea, entre ellos estuvieron: los gobernadores de Puebla, Yucatán, Nayarit y Tabasco; las municipalidades de Veracruz, Hidalgo y San Luis Potosí, el Partido Socialista Veracruzano, el Club Unionista Álvaro Obregón de Orizaba, el Comité pro Paz de Tuxpan y el Partido Socialista de Oriente (de Tecamachalco, Puebla). Para el día 11 de agosto, más de cien grupos políticos apoyaban la extensión del periodo de Calles. Entre los que deseaban que Calles continuara como jefe del Ejecutivo estaban Luis Montes de Oca y José Manuel Puig Casauranc, así como el embajador Dwight Morrow.⁷³²

De esta manera, el escenario estaba listo para el mensaje presidencial con el que se abrían las sesiones ordinarias del Congreso. Hubo un gran despliegue de militares por todas las calles aledañas a Palacio Nacional hasta la Cámara de Diputados, dando colorido a tan memorable asunto. Dentro de la Cámara se encontraban no sólo los diputados y senadores, sino también, como era costumbre, los principales miembros del Poder Judicial, los diplomáticos representantes de las naciones extranjeras, los generales con mando de fuerza en uniformes de gala; las galerías estaban atestadas de políticos y amigos. El mensaje se transmitió por radio a toda la República. El tono de voz de Calles era el apropiado para la triste y solemne ocasión.

El presidente Calles explicaba a sus oyentes que sometía por escrito los informes relativos a las labores administrativas desarrolladas por los diversos órganos del Poder Ejecutivo. Siguiendo las palabras que le había preparado el doctor Puig Casauranc, Calles discutió la situación política del país y los pasos que habían de darse. Aun cuando lamentaba la muerte del caudillo, veía en ello una gran oportunidad para que México se sacudiera la sombra de los hombres fuertes, de los hombres únicos e indispensables, de los caudillos. Exhortó a su auditorio para que estableciera, con el fin de regular toda la vida política, instituciones verdaderamente democráticas, reales partidos nacionales orgánicos. Hizo un llamado muy especial al ejército para examinar la situación y les pidió actuar en beneficio de la paz del país, presente y futura. Mientras hablaba de la “nación

⁷³²John Dulles, op. cit., p.354.

de instituciones y leyes”, Calles hizo una fuerte declaración acerca del rechazo al gobierno de caudillos. Dijo, también, que no pretendía continuar su gobierno más allá del 30 de noviembre y no regresaría a la presidencia bajo ninguna circunstancia.

En aquel solemne mensaje, el presidente Calles, conocedor de la profunda importancia del momento, sistematizó su pensamiento en torno a los avances que su administración estaba teniendo en pro del “programa reconstructivo nacional, sin perder nunca de vista las finalidades avanzadas de la Revolución”. Calles juzgaba de suma trascendencia su mensaje, invitaba a los oyentes a prestarle mucha atención para meditar detenidamente acerca de las responsabilidades que les reservaba el futuro inmediato de la historia. En un instante, el ponente comenzó su argumentación acerca del asesinato del presidente electo en lo que llamó “una pérdida irreparable que deja al país en una situación particularmente difícil”. Para Calles, el mayor de los males desencadenados por el asesinato provenía de la total carencia de “personalidades de indiscutible relieve, con el suficiente arraigo en la opinión pública y con la fuerza personal y política bastante para merecer por su solo nombre y su prestigio la confianza general”; más todavía, la desaparición de aquel hombre de prestigio no sólo ponía en predicamento la naturaleza política del sistema, sino, a juicio del presidente Calles, su existencia misma.

Más adelante, el presidente Calles dice estar consciente de los avances sociales que la acción revolucionaria ha traído a la nación; sin embargo, también es consciente, según sus propias palabras, de que existe una urgencia cada día mayor de acomodar derroteros y métodos políticos y de gobierno a la nueva etapa que se había comenzado a recorrer. Y, sin más, atina a sentenciar una de las frases más significativas de aquel discurso y que le valieran el aplauso encarnizado de los presentes:

“se enfrenta México con una situación en la que la nota dominante es la falta de 'caudillos' [...] procurando pasar, de una vez por todas, de la condición histórica de 'país de un hombre' a la de 'nación de instituciones y de leyes' [...] porque el paso de México, de la condición de país de hombres únicos a la de pueblo de normas puras institucionales, significará no sólo posibilidad cierta y garantía de paz material estable, sino seguridad de paz orgánica, cuando todas las fuerzas y las voluntades todas y todos los pensamientos de los distintos grupos del país puedan hallar ya nos sólo en la voluntad, torpe o movida por intereses de facción o desinteresada o patriótica de un caudillo, el respeto y la garantía de sus derechos políticos y de sus intereses materiales legítimos, sino que sepan y entiendan y palpen que sobre toda voluntad gubernamental, susceptible de interés o de pasión, rigen en México las instituciones y las leyes.”

Luego del acalorado momento, de los aplausos y la rechifla, el presidente, empeñando su “honor ante el Congreso Nacional, ante el país y ante el concierto de los pueblos civilizados”, prosigue con su discurso. Todo parece indicar que está limpio en consciencia, que no actúa al cobijo del interés

personal, que sólo lo mueve un sentimiento patriótico y un deber como “salvador de la paz inmediata y futura de nuestro país”. Es más, sentencia firmemente la necesidad, definida y categórica, de pasar de un sistema de "gobiernos de caudillo", "de país a base de hombres necesarios", a un más franco "régimen de instituciones". Está decidido: no buscará la prolongación de su mandato aceptando una prórroga o una designación como presidente provisional, sino que ni en el período que siga al interinato, ni en ninguna otra ocasión, aspirará a la Presidencia del país. De inmediato, una lluvia de aplausos estruendosos cimbró el recinto.

El presiente Calles ha atinado en sus declaraciones. Frase tras frase, el rencor se vuelve simpatía. Le recuerda a aquel auditorio cómo estorbaron los caudillos el desarrollo pacífico evolutivo de México, como país institucional, en el que los hombres fueran meros accidentes sin importancia real, al lado de la serenidad perpetua y augusta de las instituciones y las leyes; asimismo, llama a aprovechar la oportunidad única para “pasar de la categoría de pueblo y de gobierno de caudillos, a la más alta y más respetada y más productiva y más pacífica y más civilizada condición de pueblo de instituciones y de leyes”.

De acuerdo a lo establecido por la Constitución, Calles pidió al Congreso nombrar un presidente provisional, asegurando a su auditorio que la resolución del Poder Legislativo contaría con el apoyo moral y material del Gobierno y del Ejército. Asimismo, solicitó al Congreso fijar fecha para la elección de un presidente constitucional –no un caudillo, “puesto que no lo hay”- y aconsejó que la fecha de la elección fuera tal que diera la oportunidad a todos los que aspiraban entrar en la lista. Más aún, la elección debía ser justa y honesta y el voto debía ser tan efectivo que las cámaras federales representaran todos los matices políticos y todos los intereses legítimos del país.⁷³³

Finalmente, Calles, el presiente saliente pero nuevo *Jefe Máximo*, hace un llamado a que los gobernantes que surjan de las resolución constitucional y de la resolución directa del pueblo, para el período del interinato y para el período ulterior, civiles o militares, no sean escogidos con burla o por sorpresa de la opinión pública, ni llevados a sus puestos por la consideración de una fuerza exclusivamente personal o de caudillos, sino por sus virtudes cívicas o las facultades de administración y de gobierno que tengan. Es decir, que no sean los hombres, como venía sucedido en la vida política de México, los que den su única relativa fuerza, estabilidad y firmeza a las instituciones públicas.

⁷³³Ibid., p.357.

El caudillo ha muerto... viva el Jefe Máximo. Ésta era la única fórmula que podía, por el momento, asegurar el orden nacional, y los que no la aceptaran, como algunos militares y políticos obregonistas, serían aplastados o marginados de la vida política.⁷³⁴

Hasta aquí ha sido analizado el primer momento desatado por el asesinato del presidente electo, Álvaro Obregón, y distinguido algunas de sus principales consecuencias, a saber: se evitó la rebelión armada por parte del grupo obregonista cuando el mapa político y militar no estaba lo suficientemente claro; se lesionó la posición política de la CROM, sin que esto significase un debilitamiento en las bases de poder del presidente Calles; se dividió y venció a la mayoría del grupo obregonista, pues en la medida que Calles logró hacerse del apoyo de Portes Gil y Sáenz, logró tender un puente con sus enemigos más recalcitrantes; se designó a un civil como presidente provisional; y el reconocimiento de Plutarco Elías Calles como el único y autentico heredero de Obregón, como el *Jefe Máximo*. Al tiempo, el proceso institucional sustituiría al carisma personal; sin embargo, el proceso en sí mismo sería tan contradictorio que, de hecho, el mismo Calles se convirtió en una víctima de éste.

Paralelamente a la designación de un presidente provisional, el licenciado Emilio Portes Gil, se publicó en la prensa nacional que Calles, como su investidura informal de *Jefe Máximo*, se pondría al frente de un nuevo proyecto: la formación de un partido oficial, el *Partido Nacional Revolucionario*, del que él sería el jefe. El 1º de diciembre se anunció en un manifiesto la constitución del Comité Organizador del PNR con las firmas de don Plutarco, Luis León, Aarón Sáenz, Pérez Treviño, Basilio Badillo, Bartolomé García, Manlio Fabio Altamirano y David Orozco. Con el caudillo muerto y el *Jefe Máximo* reconocido, el instrumento de la imposición había sido concebido.⁷³⁵ La idea rondaba la cabeza del *Jefe Máximo*: conceder de las experiencias locales y regionales de organismos políticos únicos, la “confederación de partidos y hombres fuertes locales y regionales” estaba por tomar forma y fondo, un verdadero partido de partidos.

⁷³⁴Tzvi Medin, op. cit., p.35.

⁷³⁵Ibid., p.38.

3.3 La posibilidad: “Calles no está ya en el poder, pero el poder sigue estando en Calles”.

3.3.1 El hombre y su circunstancia.

En el estado de Sonora corría una leyenda de divisa terrateniente: la de los “Elías”. En una familia con gran ascendiente económico –que, en su momento más espléndido, llegaría a poseer 250 mil hectáreas-, Plutarco Elías Campuzano nació el 25 de septiembre de 1877, en Guaymas, Sonora. Su padre había sido Plutarco Elías Lucero y su madre María de Jesús Campuzano, quienes muy pronto se vieron abrumados por las pérdidas, día con día, en sus propiedades debido a angustiosas desatenciones, ataques apaches, abigeatos y, por si fuera poco, la Ley de Baldíos agravó más sus males. La economía familiar se les había venido encima y el padre, desde joven, encontró su mejor refugio en el alcohol y se olvidó de la crianza de su hijo; mientras que, en 1880, doña María de Jesús muere. Es así que, el pequeño Plutarco quedó a cargo de su tía materna María Josefa Campuzano y su esposo Juan Bautista Calles, con quienes se muda a Hermosillo y cursa su educación básica.⁷³⁶

Introvertido, serio, profundo, hermético, realista, frío, reflexivo, aplomado, racional, congruente, de gruesa voz que inspiraba respeto, a veces sonreía, pero nunca reía; su cara es simétrica y dura, ajada, de rasgos agresivos, de ojos pequeños y sin expresión, de hombros anchos, con el porte de un dictador y actitud sombría, don Plutarco fue un político silencioso, prefería acortar la distancia entre el dicho y los hechos; estaba predestinado, por tiempo e historia, a unirse a la guerra revolucionaria y encauzarla, a formar una dualidad constructiva que, por principio, parecía irrompible con el máximo caudillo glorioso de la Revolución. Don Plutarco *reforma desde el origen* y encausa a su familia: la revolucionaria.

En Hermosillo, Juan Bautista, quien comercia licores y que en su familia tenía varios profesores de escuela, es quien se encarga de la crianza y educación del pequeño Plutarco; de él, en lo que Enrique Krauze llama una “transferencia natural”, hereda el apellido “Calles”.⁷³⁷

Proveniente de París, llegó a México la educación fundada en la razón positiva y la ciencia era, naturalmente, un signo de los tiempos y hasta una moda; pero, en Sonora, había un aliciente más para la premura positivista: la educación católica. Al calor de las ideas provenientes de Francia, el joven Plutarco –ahora, a secas- Calles sigue los cursos especiales para maestros en la Academia de

⁷³⁶ Enrique Krauze, *Reformar desde el origen: Plutarco Elías Calles*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, serie: Biografía del poder, núm. 7, primera reimpresión, p.7-9.

⁷³⁷ *Ibid.*, p.10.

Profesores y se forma, a través del conflicto educacional entre la Iglesia y el Gobierno, alegremente ateo. Muy pronto, cual verdadero producto de la pedagogía sonorenses, Plutarco acoge la enseñanza como profesión: es inspector, en 1893, de las Juntas de Instrucción Pública en Sonora, profesor en la Escuela para Varones número 1 y ayudante de párvulos en el Colegio de Sonora. Una huella vocacional lo perseguiría toda su vida. Durante esas andanzas, conoce a Adolfo de la Huerta, originario, también, de Guaymas.

A los 20 años de edad, regresa a Guaymas para impartir clases en el quinto año de la Escuela número 1. Se reencuentra con su padre, reasume su verdadero apellido paterno -pero sin renunciar al "Calles"-, se va con él a Arizpe -donde lo único que le aprende proviene de su inclinación por el alcohol- y, contrariado por su identidad, se casa, por lo civil, con Natalia Chacón y procrean doce hijos. A partir de entonces, por cerca de dos años, le viene el infortunio: además de profesor, trabaja como tesoreros municipal de Guaymas, inspector general de educación y administrador de un hotel. Ya sea por supuestos faltantes o por incendios, en ninguno de los tres empleos logra mantenerse. Finalmente, en 1902, se va de labriego, pero, sin saber sembrar, todos los años sufría pérdidas. Cansado de los males, no volvería a trabajar la tierra: sin *dudar*, su verdadero destino lo aguardaba en la Revolución.

*La sombra de la duda
circunda ya mi frente
también cubre a mi alma
con fúnebre crespón.
Aléjate... ¡maldita!
¿no ves que tu insistencia
sumerge en mil pesares
mi ardiente corazón?*⁷³⁸

Por un amigo suyo, Santiago Smithers, se va de gerente al molino harinero *Excelsior*, pero, en 1910, el Banco de Sonora embarga el molino y Calles decide, junto con su amigo, dedicarse ahora a la compra-venta de harinas, pasturas y semillas. En su almacén se llevan a cabo algunas reuniones maderistas con las que Calles simpatizaba. Empero, en abril de 1911 el negocio cierra y Plutarco vuelve al alcohol. Para entonces, ya tenía cinco hijos: Rodolfo, Plutarco, Natalia, Hortensia y Ernestina.

Cinco meses después, incorporado al maderismo, aquel profesor, empresario y labriego será comisario en Agua Prieta por encargo del gobernador José María Maytorena. Su labor ahora era

⁷³⁸Fragmento del poema titulado "Duda" de Plutarco Elías Calles, citado en Plutarco Elías Calles, *Pensamiento político y social*, México, SEP/FCE, 1992, segunda edición abreviada, p.10.

de control político: debía mantener el orden y administrar la justicia y la aduana. Su carácter enérgico, disciplinado y de una pieza, muy pronto, lo colocan en el buen ojo del gobernador Maytorena. Sin más *dudas*, con la Decena Trágica todo se aclara para el profesor: la Revolución finalmente lo alcanzaría.

Después de poner un telegrama a Maytorena en el que lo llama a rebelarse, comienza a organizar voluntarios para iniciar una campaña. De inmediato, se le concede un pequeño regimiento que le reconoce su calidad intelectual y liderazgo. Según Enrique Krauze, Calles proclama: “son preferibles las tempestades que provoca la rebelión popular a las consecuencias de una paz sostenida por los fusiles de una dictadura militar”.⁷³⁹ Como uno de los más activos organizadores en la campaña militar contra el nuevo gobierno, a partir de entonces, su carrera militar sería meteórica.

El ejército sonorenses tenía al mando al general Álvaro Obregón Salido; el jefe de Operaciones Militares en esa zona era Juan Cabral; por el centro estaba Salvador Alvarado y; al sur se encontraba Benjamín Hill. Calles es teniente coronel y ocupa Agua Prieta. Luego de un fracaso en Nacozari –que Obregón había desautorizado, pero de lo que Calles no estaba enterado- se refugia en Nogales. En tanto, las desavenencias entre Maytorena y Carranza se agudizan. Calles no vacila, recibe su ascenso a coronel. Se le ve muy cercano al *Primer Jefe*: es nombrado comandante militar de la plaza de Hermosillo y jefe de las fuerzas fijas de Sonora. Las desavenencias se heredan: Calles jura lealtad a Carranza; en tanto, Maytorena busca el apoyo de Pancho Villa para defender la soberanía de su estado. Plutarco le sale al paso, sabe que el rompimiento es más que un hecho. Su filiación carrancista lo fortalece. Finalmente, como ambos lo predecían, el 1º de octubre de 1914, la guerra entre callistas y maytorenistas estalla.

Al tiempo, llega la revancha: inmediatamente después de resistir victoriosamente contra los *Dorados de Villa* en Naco, Calles es ascendido a general brigadier y permanece en Agua Prieta adiestrando brigadas y sorteando intermitentes reyertas maytorenistas. El 4 de agosto de 1915, Carranza lo designa gobernador interino y comandante militar del estado de Sonora: era el final de la revolución armada y comenzaba su revolución personal, la pedagógica, la de las ideas y las reformas hacia el progreso;⁷⁴⁰ la de “*Tierra y libros para todos*”.⁷⁴¹

⁷³⁹ Enrique Krauze, op. cit., p.19.

⁷⁴⁰ *Ibid.*, p.27.

⁷⁴¹ Plutarco Elías Calles, op. cit., p.11.

En definitiva la circunstancia habían marcado al hombre; era tiempo de que el hombre modificara su circunstancia: reformó la instrucción pública abriendo escuelas en todos los poblados con más de 500 habitantes. En el fondo, seguía siendo un profesor: obligó a las compañías mineras e industriales a abrir escuelas, mientras su gobierno instauró un sistema de becas, bibliotecas, gabinetes, escuelas normales y de adultos. Como buen comisario que fue, reformó la justicia, promoviendo una nueva legislatura civil y penal. En honor a sus días de labriego, reformó la agricultura, principal elemento de riqueza por la abundancia de ríos y la riqueza de las tierras. Promovería la creación de un banco agrícola oficial el estado de Sonora, abriría caminos, favorecería la competencia comercial en beneficio del consumidor, propondría un nuevo régimen fiscal, crearía instituciones de beneficencia, inculcaría hábitos de aseo mediante conferencias públicas y además impulsaría el mutualismo entre los obreros.⁷⁴²

En efecto, la circunstancia marca al individuo. Cuatro días después de haber tomado el poder soltó el primer bombazo: un decreto que prohibía la importación, venta y fabricación de bebidas embriagantes. El ideal moralizante creció. Al decreto, muy pronto, se le adicionó la prohibición de juegos donde mediaran apuestas –autorizando a que la policía aprehendiera no sólo a los tahúres, sino también a los mirones-; concede amnistía a los villistas y clausura “las planchas” en las penitenciarias. En otro decreto, Calles hace pasar al dominio público todos los bienes de aquellos que apoyaron moral o materialmente la rebelión de Orozco, Huerta o la Convención. En el Sonora callista, la Revolución se materializó en decretos. Todas sus promesas se llevaron a cabo a través de éstos: se ordenaba una vasta creación de escuelas, se establecía el catastro, se publicaba una completísima Ley Orgánica de los Tribunales del Estado, se fijaba el sueldo mínimo para jornaleros y peones, se declaraba de utilidad pública la exportación de todas las fuentes productivas del estado que permanecieran inactivas, etcétera. Cuando De la Huerta se convierte en gobernador interino, en 1916, en Sonora había 56 decretos: Calles había emitido casi 6 por mes.

Entre el 25 de junio de 1917 y mayo de 1919, ocupa la gubernatura constitucional de Sonora. Mientras promulgaba cinco leyes reglamentarias (la de Juntas de Conciliación y Arbitraje, la de Indemnizaciones, la de Administración Interior del Estado, la del Trabajo y Previsión Social y la Ley Agraria), dejó al estado sin un solo cura católico. Con todo, su mayor obra fue pedagógica: fundó las escuelas Cruz Gálvez de Artes y oficios para los huérfanos de la Revolución. Su interés: prevenir y reparar en la sociedad el abandono que él mismo había sufrido. Nació la leyenda de “Papá

⁷⁴²Enrique Krauze, op. cit., p.29.

Calles”.⁷⁴³ Krauze asegura que don Plutarco siempre tuvo fresco el recuerdo de su “alcohólico” y “desobligado” padre, por ello nunca desatendió a un solo de sus hijos o de los huérfanos de la Cruz Gálvez y, más aún, Sonora fue un laboratorio político que anticipó su actitud como presidente: es el maestro en el poder que -aprovechando su abandono, su vida de maestro, empresario, comisario, administrador, comerciante, campesino- busca *reformar desde el origen* a la sociedad.⁷⁴⁴

Tiempo después, como prolegómeno de su proyección en el nivel nacional, Carranza lo designa secretario de Industria, Comercio y Trabajo, pero muy pronto, tan sólo 8 meses después, renuncia para sumarse a la campaña presidencial de Álvaro Obregón. La ruptura estaba firmada. A partir de entonces, luego de la rebelión del *Triángulo de Sonora*, primero como secretario de Guerra de De la Huerta y, más tarde, de Gobernación del *Manco de Celaya*, comenzaría la historia del callismo.

En el fondo, más que la amistad o la simpatía, los sonorenses se tienen por historia y política, porque así les conviene. Álvaro Obregón Salido y Plutarco Elías Calles redefinen la lucha armada de 1910. La dualidad parece irrompible, pero, para su desgracia, quien menos sabe del otro es el *Caudillo*. Obregón no conoce al hermético Calles. En el fondo se desprecian: el militar desprecia al administrador. Sin embargo, siempre se necesitaron y, por razones pragmáticas, guardaron la cordialidad, aquella que hizo, más tarde, a uno el *ungido* del otro.

El 1º de diciembre de 1924, derrotada la rebelión delahuertista, Plutarco Elías Calles, desde el Estadio Nacional, toma posesión como presidente de la República. Hasta aquí, no pretendemos hacer un recuento de los cuatro años del gobierno callista (reformas constructivas, la crisis con los Estados Unidos, la diplomacia con Inglaterra y la Unión Soviética, Obregón, el ejército, los laboristas, los agraristas, las luchas internas, la guerra cristera, etcétera)⁷⁴⁵ -por no ser el objetivo de este apartado-, nuestra intención es, sencillamente, denotar la formación del futuro Jefe Máximo de la Revolución, por ser, en efecto, determinante en el depositario de los más grandes anhelos centralizadores del poder político y de la fase de reconstrucción de la Revolución, para dar pie al *Maximato* y la formación del nuevo partido del Estado. En suma, nuestro objetivo queda satisfecho con señalar un origen revolucionario compartido -con Obregón- y la búsqueda de un mecanismo político a través del cual dirimir, sin ahogar en sangre al país, el mayor de los conflictos

⁷⁴³Ibid., p.33.

⁷⁴⁴Ibid., p.37.

⁷⁴⁵En nuestra opinión, uno de los mejores análisis del periodo presidencial de Calles se encuentra en *Estado y sociedad con Calles*, de Jean Meyer, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, tomo 11 de la serie Historia de la Revolución Mexicana, de El Colegio de México, México, 2002, tercera reimpresión, 371p.

políticos—agravado tras el asesinato del hombre *indispensable* del sistema— entre la *familia revolucionaria*: la cruenta sucesión del gobierno, la violenta transmisión de poderes.

3.3.2 Hay que cortar el mal a tiempo.

En medio de un ambiente sumamente violento, donde la sangre fluye como agua que se ha *fusionado*, que ha dejado su estado sólido para ser el *líquido vital* que corre por la vereda del cerro, cobijado por la injuria, por la miseria, por una extendida y heterogénea ola de terror, cada vez se hacía más evidente una necesidad. Las armas ya eran anacrónicas con la realidad histórica del momento. Madero, Carranza, De la Huerta, Serrano, Gómez y, ahora, Obregón son ejemplos de destinos trágicos en la búsqueda de un mecanismo político que permitiera encauzar, conducir, guiar, la obra revolucionaria. Era el momento de Calles.

La sorpresa, la incertidumbre y el desconcierto habían oscurecido el panorama en la ciudad. La desaparición de Obregón, al cobijo de un sistema cuya hegemonía y unidad se sustentaba exclusivamente en el poder que ejercía el carisma del caudillo, suponía que cualquier cosa podía pasar; la más obvia, quizá, un golpe de Estado con el pretexto de una supuesta complicidad del régimen callista con León Toral. El momento se ensombreció por la tragedia, aquélla que no reconoce otra salida que la convulsión. El país acaba de perder su centro de unidad nacional y de cohesión política; con Obregón, como sucediera en 1911 a bordo del *Ipiranga*, se moría el único principio de identidad que habría de dar cohesión al grupo revolucionario y coherencia al sistema político. Obregón era el sistema mismo, unificaba y era el centro de lealtad y afinidad política, el agrupaba a las masas y líderes regionales. Más que la muerte de un hombre, que la muerte del *Caudillo más glorioso de la Revolución* o que la muerte del presidente electo, aquel 17 de julio de 1928 se firmó *oficialmente* la muerte de un sistema personalista que no había, ni en sus momentos más generosos, logrado *cuajar*. La situación era amenazante: podía preverse una nueva ola de violencia separatista.

Fiel a sus formas, Calles conservó la cabeza fría, reflexionó y, con entereza, actuó. Sabio, con cada paso que dio, se alejó del reclamo de la herencia violenta de la Revolución. Cediendo, permitió que los obregonistas dirigieran la investigación del crimen y se alejó de sus amigos laboristas; reunidos en Palacio Nacional, solicitó unidad a los 32 generales más connotados —que ya se estaban aglutinando en secreto en el Hotel Regis— y propuso que el presidente interino fuera un civil enemigo de la desacreditada CROM, identificado con el obregonismo y capaz de conciliar y

unificar los intereses de los grupos políticos divergentes: el tamaulipeco líder del Partido Socialista Fronterizo, Emilio Portes Gil.

La celeridad con la que actuó Calles inclinó la balanza en su favor: con autoridad y destreza *notó* que era el momento preciso para introducir una gran reforma política tendiente a crear un mecanismo político por medio del cual la familia de la Revolución –tanto nacional como regional– solucionara sus conflictos. Para hacer del conocimiento de la nación sus intereses, escogió el 1º de septiembre –fecha de su último informe como presidente– y, con solemnidad, sentenció *la muerte del gobierno de los hombres únicos, de los caudillos*, y anunció el advenimiento de una nueva era. No alojaba ánimos continuistas. Está, según sus propias palabras, resultó a abandonar la presidencia el último día de noviembre. Sobre la sangre de Obregón fincaría un nuevo proyecto: el de las instituciones y las leyes.

“...voy a poner en mis palabras toda la franqueza, toda la sinceridad de que soy capaz [...] Yo creo que el ejército es únicamente un elemento de cooperación para la resolución de los trascendentales problemas que tenemos actualmente, y nosotros, los miembros del ejército, no debemos considerarnos como el factor único y decisivo, porque existen otros factores dignos de tomarse en consideración, y sobre todos ellos el factor opinión pública. Mi objeto al reunirlos ha sido pedir de ustedes una cooperación franca, absoluta, desinteresada para conseguir la finalidad que venimos buscando y que no es otra que el bienestar del país [...] El plan que en mi concepto debe seguirse para lograr la finalidad a que antes me refiero: el bienestar del país y el aseguramiento de su porvenir por medio de transmisiones del poder quietas, pacíficas, que nos lleven a una vida netamente institucional [...] El ejército debe conservar la respetabilidad que se ha creado, guardando una perfecta unificación, porque si esa unificación se quebranta, nada conseguiremos [...] desunido el ejército, vendría como consecuencia ineludible la desunión de toda la familia revolucionaria [...] Tienen que presentarse los dos problemas fundamentales de que hablamos en el informe presidencial: la designación del presidente provisional y la candidatura para presidente constitucional [...] yo estimo que en este periodo, el ejército debe mantenerse al margen de la situación, que ninguno de sus miembros debe presentarse como candidato, porque ese solo hecho traería la división...”⁷⁴⁶

La mirada de Calles se dirigía hacia el fortalecimiento de mecanismos institucionales, particularmente mediante la unificación de la *familia revolucionaria*. En mucho, como ya lo hemos apuntado, las rebeliones militares demostraban las deficiencias del juego político; las vías para solucionar los desacuerdos eran, invariablemente, las armas.

El momento de tensión, de agravio, de amenazas para la endeble estabilidad política concertada alrededor del *Caudillo*, la coyuntura que significó la crisis política de 1928, Calles la transformó en un puente entre la tradición de caudillaje y la democracia política. El momento reclamaba convulsión, agitación, rebelión; que no haya ocurrido así tiene un merito positivo para don Plutarco y para la paz relativa del país. Don Plutarco había ganado tiempo y había amortiguado la

⁷⁴⁶Plutarco Elías Calles, op. cit., p.175-177.

reacción al magnicidio. Más que nunca, Calles aplicó toda su habilidad política para reconquistar confianzas soterradas. El genio lo logró. Todo fue muy rápido. Los resultados se materializarían apenas un par de meses después.

Con su *ejemplo de civismo*, el éxito de Calles fue tal que –insisto–, muy pronto, el sonorese fue reconocido como el único capacitado para resolver la situación nacional, como el único con la potestad para dirigir los designios de la nación, como el único con la suficiente estirpe para ser llamado –por Portes Gil y Marte R. Gómez– el “jefe” de la Familia Revolucionaria.⁷⁴⁷ El “único” en una era que debía carecer de *únicos*. Nadie puede negar el resultado natural: desde entonces, Calles obtuvo una gran –quizá la más grande hasta entonces– fuerza política.

Por otro lado, en el papel, don Plutarco respetó sus dichos y no volvió jamás a la presidencia; sin embargo, entrabamos a una nueva etapa: el *Maximato*. En *Galatea rebelde a varios pigmaliones*, José Manuel Puig Casauranc llamó a esta nueva etapa “de dualismo político”, de “diarquía”, de “bicefalismo”.⁷⁴⁸ En efecto, existía el poder del presente formal (Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio y Abelardo L. Rodríguez) y un poder real, factico, *de hecho*, representado, precisamente, por Plutarco Elías Calles, el *Jefe Máximo de la Revolución*. Ciertamente, como lo apuntara Jorge Cuesta: “Calles no está ya en el poder, pero el poder sigue estando en Calles”.⁷⁴⁹

Don Plutarco había sido enormemente robustecido, la muerte del *Caudillo* lo colocó como el nuevo “hombre imprescindible” y el “redentor” de la nación. Sin ocupar formalmente la *silla presidencial*, Calles se perfilaba para obtener el control político del país. La ambición personal encontraba correspondencia directa y proporcional con el respaldo recibido. A partir de entonces, con la contradicción del “*poder tras el trono*”, en el país comenzaría el ensayo de un proyecto de renovación, de una efectiva forma de dominación legal, institucional, y la superación del abigarrado ascendente de los hombres fuertes.

La desaparición de Obregón no sólo había firmado con sangre el principio de “no reelección”; en el fondo significaba la desaparición del único principio de unidad y estabilidad conocido, hasta entonces, en la tradición política mexicana; es decir, el único elemento de cohesión en una sociedad fragmentada y sin tradiciones institucionales ni democráticas. Pero, también, es

⁷⁴⁷Pedro Salmerón, “La fundación”, *El Partido de la Revolución: institución y conflicto, 1928-1999*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p.47.

⁷⁴⁸José Manuel Puig Casauranc, *Galatea rebelde a varios pigmaliones: de Obregón a Cárdenas. Antecedentes del fenómeno mexicano actual*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2003, edición facsimilar, p.95 y 267-270.

⁷⁴⁹Citado en Enrique Krauze, *op. cit.*, p.113.

innegable que significó un avance cualitativo en la construcción del Estado Mexicano.⁷⁵⁰ Tras esto, Calles había sido reconocido como el *heredero* del *Caudillo*. Con todo el poder conferido, don Plutarco adquiriría el poder necesario para imponer sus decisiones. Retomó el control absoluto de los hilos de la política nacional. Sobre el cadáver del *Manco*, mirando a detalle las experiencias locales de organismos políticos únicos, echó los cimientos para la construcción del organismo conciliador de la *familia revolucionaria*: el Partido Nacional Revolucionario, pieza fundamental en el apuntalamiento de la concentración del poder político, de la hegemonía política nacional y, consecuentemente, de la modernización del Estado y del Sistema Político Mexicano.

⁷⁵⁰Pedro Salmerón, op. cit., p.33.

3.4 La unicidad política: la formación del Partido Nacional Revolucionario.

Como hemos visto, concretamente, en los cinco casos que hemos trabajado, en los estados no sólo existe el hombre fuerte, sino -con excepción del San Luis Potosí cedillista, por tratarse de un cacicazgo tradicional o conservador-, también una sola organización política. En el caso de Lázaro Cárdenas en Michoacán, existía su Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo; en el Veracruz tejedista existió la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del Estado de Veracruz; Tomás Garrido Canabal se fortaleció con Liga Central de Resistencia de Villahermosa y con el Partido Socialista Radical Tabasqueño; mientras que en Tamaulipas, Emilio Portes Gil creó el Partido Socialista Fronterizo. Organizaciones políticas locales todas que, sin oposición, como partidos únicos, enarbolan verdaderos sistemas políticos locales únicos. Con esto como base, podemos afirmar la profunda influencia de los procesos regionales sobre el centro. Es decir, que las experiencias de unicidad política nutren y construyen la Historia también de la periferia al centro.

En este estudio sostenemos que las fuerzas centrífugas desatadas por la Revolución de 1910 dotaron de forma y contenido, en 1929, al “partido de la Revolución” que, basándose en los sistemas políticos locales y regionales, se convertiría en el andamiaje capaz de sostener la construcción y modernización del Estado y el Sistema Político Mexicano contemporáneo. Esta visión trata de demostrar que el partido como tal no fue, por principio, la poderosa organización política responsable del éxito alcanzado en la centralización del poder, sino que, más bien, su mérito radica en convertirse en una confederación de hombres fuertes y organizaciones políticas locales y regionales independientes y, más tarde, en su habilidad para eliminar, dominar o incorporar éstos a su merced.

3.4.1 Antes del Partido Nacional Revolucionario.

Antes de que las diversas agrupaciones políticas se coaligaran en 1929 en el Partido Nacional Revolucionario, entre 1917 y 1928, destacaron en la escena política cuatro agrupaciones nacionales, que sólo por convención se ha dado en llamar “partidos”: el Partido Liberal Constitucionalista (PLC)- instrumento político de Álvaro Obregón, surgido en 1916-; el Partido Nacional Cooperatista (PNC) –fundado por Jorge Prieto Laurens en 1917-, el Partido Laborista Mexicano (PLM) –brazo político de la CROM y de Luis N. Morones en 1919- y el Partido Nacional

Agrarista (PNA) –fundado en 1920 por Antonio Díaz Soto y Gama. Todos acabaron por ser instrumento de los nuevos caudillos revolucionarios.

A lado de las agrupaciones nacionales o separadas de ellas, varios grupos y líderes políticos habían organizado “partidos” en diversos estados de la República, y aunque algunos tuvieron casi exclusivamente fines electorales, otros alcanzaron gran fuerza como instrumentos de dominación o presión política a nivel regional. Entre ellos, podemos mencionar el Partido Liberal Independiente, de Sonora, fundado en marzo de 1918 por el general Jesús M. Garza; el Partido Socialista de Yucatán, transformado después en el Partido Socialista del Sureste al extender sus actividades a Campeche y Tabasco, fruto de las ideas revolucionarias del general Salvador Alvarado, y estructurado por Felipe Carrillo Puerto y Bartolomé García Correa en marzo de 1918, en Motul; el Partido Socialista Agrario de Campeche, nacido, a la sombra del Partido Socialista del Sureste, a principios de 1919; el Partido Laborista del Estado de México, el Partido Revolucionario del Estado de México instrumento del general Abundio Gómez; el Partido Socialista del Estado de México de Carlos Riva Palacio; el Partido Laborista Colimense, el Partido Socialista del Trabajo de Veracruz, el Partido Laborista de Jalisco, el Partido del Trabajo de San Luis Potosí, el Partido del Trabajo del estado de Puebla, y otros pequeños grupos similares en diversos estados de la República, todos ellos filiales del Partido Laborista de Morones; el Partido Socialista Michoacano formado en abril de 1919 por Miguel A. Quintero y Miguel Reyes; el Partido Liberal Jalisciense, formado a principios de 1920 por José Guadalupe Zuno; la Confederación de Partidos Revolucionarios Guanajuatenses, fundada en 1923 por Enrique Colunga, Agustín Arroyo Ch. e Ignacio García Téllez; el Partido Socialista Fronterizo, creado en Ciudad Victoria, Tamaulipas, en mayo de 1924, por Emilio Potes Gil; la Confederación de Partidos Revolucionarios del Estado de Nayarit de abril de 1924; el Partido Nacional Antirreeleccionista de la Ciudad de México, formado en Junio de 1927; el Partido Revolucionario Coahuilense formado en junio de 1926, entre muchos otros.

Pero no solamente existían los “partidos”, sino diversas organizaciones que en determinados momentos asumían una actitud política. Un lugar especial merece las ligas de comunidades agrarias (como las de Veracruz, Tabasco o Tamaulipas), diversas confederaciones obreras y diversos grupos que adquirieron militancia política.⁷⁵¹

⁷⁵¹Daniel Moreno, *Los partidos políticos del México contemporáneo*, México, Editorial América, 1973, tercera edición, p.119 y 120.

Como afirma Vicente Fuentes Díaz, ciertamente, “no fueron organizaciones estables, formadas conforme a una concepción definida de la vida pública, ni se preocuparon por educar a sus miembros ni por constituirse en fuerzas permanentes de orientación en la vida nacional. Su objetivo, al amparo de los prohombres de la época, fue el de participar casi exclusivamente en las luchas electorales y de obtener cargos públicos.”⁷⁵²

Pensados como mecanismos electorales, emplearon métodos viciados, conquistando adeptos y votos a través de la violencia, la corrupción y el fraude. Por regla general, sus contiendas versaban sobre bagatelas y ni los principios ni el programa valían nada. Sus militantes sólo actuaban por el incentivo de una prebenda o un cargo público. Su campo de acción estaba, efectivamente, limitado, pues, al cobijo de un sistema donde los problemas nacionales se definían por las armas, estas organizaciones no representaban una auténtica tendencia política ni representaban una verdadera alternativa a la presentada por el gobierno de los caudillos. Más aún, estos partidos vieron la luz pública por la injerencia de algún jefe político o militar y, de la misma manera, desaparecieron por la voluntad o el capricho de un solo hombre. Un partido que se vincula exclusivamente a la suerte de un hombre, muere con la debacle de su caudillo.⁷⁵³

El tema de los partidos políticos regionales llena por sí solo los archivos históricos; pero, en realidad, no existían, en el sentido moderno de la palabra, verdaderos partidos políticos. Es decir, como lo fue por primera vez en la historia, la socialdemocracia alemana a fines del siglo XIX. Durante esta época, no es posible hablar de partidos en México. Más bien, hubo comités, clubes y sociedades; muchas veces los partidos se confunden con personas, o desaparecen al poco tiempo de nacer; resulta difícil distinguirlos por su ideología, a menudo se distinguen más por matices geográficos o sociológicos. Por ejemplo, el Gran Partido Oriental Veracruzano reunía a más de 150 partidos y clubes, el Partido Socialista Radical Tabasqueño congregaba a 544 agrupaciones y 164 ligas de resistencia, el Partido Liberal Progresista Chihuahuense contaba, en marzo de 1928, con 242 delegaciones. En el Estado de México, en el registro electoral de 1925, eran más de 200 los partidos reconocidos, había 107 en el Distrito Federal, y para todo el país se identifican, en 1928, 8 000 partidos.⁷⁵⁴

⁷⁵²Vicente Fuentes Díaz, *Los partidos políticos en México*, México, Editorial altiplano, 1969, segunda edición, p.217.

⁷⁵³Ibid., p.218.

⁷⁵⁴Jean Meyer, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, *Estado y sociedad con Calles*, México, El Colegio de México, 2002, serie Historia de la Revolución Mexicana, tomo 11, tercera reimpresión, p.97.

3.4.2 La idea y el partido.

El 17 de julio de 1928 se cerró una era, así lo explicó, el 1º de septiembre, el presidente Plutarco Elías Calles durante su último informe de gobierno. Los acontecimientos de aquella tarde en “La Bombilla” significaron, más que la penosa muerte de uno de los militares más gloriosos de la Revolución y más que la extinción del presidente electo de la República, la desaparición del principio de unidad y estabilidad del sistema político. Pero, al mismo tiempo, cancelando con sangre la posibilidad de que se repitiera el período porfirista, representó, como afirma Arnaldo Córdova, el acontecimiento concluyente del desarrollo político de nuestro país en la era posrevolucionaria. Con este suceso, se abrió una profunda y prolongada crisis del Estado mexicano –resuelta efectivamente hasta 1935- que marcó la superación definitiva del caudillismo y del poder personal como forma del liderazgo político nacional, llevando a la Revolución hacia su total institucionalización.⁷⁵⁵ De esa manera, el asesinato del presidente abrió la posibilidad de transitar hacia la dominación institucional.

Mientras se desarrolló, al cobijo de una potencial guerra civil, la crisis logró convertirse en la mayor prueba que el gobierno de Calles tuvo que afrontar, pues logró amenazar directamente al propio sistema. Sin embargo, se sortearon las condiciones y el presidente logró aprovechar la coyuntura para iniciar la transformación del “país de caudillos” al “país de instituciones”, según su famoso discurso.

Para don Plutarco, se había vuelto evidente la necesidad de consolidar el aparato estatal posrevolucionario, pero aquello estaba lejos de cumplirse: diversas esferas locales de poder debilitaban al gobierno nacional, sus decisiones no lograban imponerse, los militares seguían siendo los árbitros de los problemas y, tanto a nivel nacional como local, los conflictos seguían resolviéndose a través de las armas. Naturalmente, con el “derecho” adquirido en la guerra y las subvenciones que esto significaba, los peligros más inmediatos eran el resquebrajamiento del poder central y el Ejército, pues un buen número de los principales jefes militares pensaba que el modo legítimo de resolver las crisis era, en efecto, la asonada.

El magnicidio de 1928 eliminó la vía hacia la construcción de un Estado cuya legitimidad fuera tradicional, y dejó abierto, solamente, el difícil camino hacia el reino de las leyes. En adelante, la tendencia sería solamente una: la institucionalización.

⁷⁵⁵ Arnaldo Córdova, *La Revolución en crisis: la aventura del maximato*, México, Cal y Arena, 1995, p.23 y 24.

Como lo explica Tzvi Medin, la Constitución de 1917 dio legalidad a la prolongada herencia violenta de la Revolución Mexicana. Desde su promulgación y hasta 1928, en un ambiente carente de instituciones, la vida política se desarrolló alrededor del presidente y el poder que podían ejercer el ejército y los hombres fuertes. Nombres como los aquí desarrollados –Cedillo, Tejeda, Portes Gil, Cárdenas y Garrido- y muchos otros, agudizaban los fracasos por centralizar el poder. Desde que Venustiano Carranza gobernó como presidente constitucional, una de las principales preocupaciones de los gobiernos revolucionarios fue el combate a las tendencias centrífugas desatadas en 1910. Sin embargo, la contradicción inherente al desarrollo del proceso revolucionario –el que da estabilidad al sistema mientras vive de la debilidad del Estado-, abonaba más el quebradero de cabeza para el gobierno. Los movimientos de jefes de zonas militares, el surgimiento y fortalecimiento de cacicazgos y todos los intentos por centralizar el poder político son miembros de una misma ecuación, que, a nivel local, se nutría por el surgimiento de organismos políticos que, como “partidos” únicos, más de las veces, desprovistos de verdadera tradición institucional, asumían el rol de instrumentos de control de los caciques y los caudillos. La unicidad política en las regiones sería, al tiempo, una excelente experiencia preliminar para los cambios y los tiempos venideros.

En 1928 se puso en peligro la frágil unidad del grupo gobernante. Los gobiernos caudillistas, hasta entonces, no habían creado ni prácticas democráticas ni mecanismos de sucesión en los cargos de elección popular que fuesen aceptables para la poderosa hegemonía del Ejército. La muerte de Obregón fue la ocasión para configurar mecanismos que el grupo hegemónico aceptara como legítimos. Después del mensaje político con motivo del IV Informe Presidencial del general Calles, la transición del gobierno de “*hombres únicos*” al de “*Instituciones y leyes*”, con Calles como el *Jefe Máximo* -reconocido heredero de la grandeza del *Caudillo*- y con las experiencias provenientes de la periferia, se cristalizaba en una sola tarea: la formación del organismo político de la *Familia Revolucionaria*.

La crisis nublaba el panorama. En los meses previos al discurso que sentenciaba la muerte del caudillo como hito de vida para las instituciones políticas, don Plutarco sopesó sus opciones: ceder su sitio a un jefe militar que le fuera fiel, hacerse reelegir y prorrogar su mandato como efectivamente se lo habían solicitado un buen número de políticos, o buscar que se modificaran las prácticas con relación a la sucesión presidencial y preparar la instauración de mecanismos de tipo institucional que pudieran llegar a ser considerados como legítimos.

Una idea muy sonada y retomada por Pedro Salmerón nos viene muy bien en esta parte: “Calles, consciente de que no podía ocupar el lugar dejado por Obregón, planeó la construcción de un partido que fuera su instrumento personal para imponer su poder sobre el presidente o los sucesivos presidentes, única posibilidad de perpetuar su poder aunque fuera dándole una máscara institucional.”⁷⁵⁶ Sin embargo, esta idea, para Emilio Portes Gil y el propio Salmerón, no concuerda con el momento que estaba atravesando Calles luego de la extinción del *Caudillo*. Resulta, al principio, muy difícil saber el alcance real de esta supuesta pretensión del sonoreense. Por otra parte, lo que sí fue evidente es el hecho mismo: don Plutarco había puesto un profundo interés discursivo en la urgencia de unificar a los grupos revolucionarios en una misma organización política; por aquellos días, la soledad, el desprestigio y la desconfianza lo asistían.

Con serenidad, gran visión política y gracias a que todavía contaba con el apoyo de un cierto número de grupos y de “partidos” locales reunidos en torno a varios caciques, de inmediato, según Emilio Portes Gil -un testigo directo y privilegiado-, Calles se puso a estudiar los orígenes, estructura y funcionamiento de los partidos europeos, estadounidenses y los principales partidos regionales de México. Su preocupación hizo un eco muy especial en el Partido Socialista Fronterizo, el Partido Socialista del Sureste y las Ligas de Resistencia del Tabasco garridista.⁷⁵⁷

Según recuerda don Emilio, varias semanas antes del mensaje que daría ante el Congreso, Calles ya había madurado la idea de crear una amplia formación política que uniese a todos los revolucionarios. Según el licenciado tamaulipeco, el presente le indicó que, después de muchas reflexiones sobre la grave situación que se había creado como consecuencia de la inesperada muerte del general Obregón, había meditado sobre la necesidad de crear un organismo de carácter político en el cual se fusionaran todos los elementos revolucionarios que sinceramente deseasen el cumplimiento de un programa y el ejercicio de la democracia. Según esta versión, Calles señaló los males que las divisiones habían traído para el país y sugirió que la organización de un partido de carácter nacional serviría para construir un frente revolucionario ante el cual se estrellarían los intentos de la reacción y se evitarían los desórdenes que se provocan con cada elección.⁷⁵⁸

⁷⁵⁶Pedro Salmerón, “La fundación”, *El Partido de la Revolución: institución y conflicto, 1928-1999*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p.51.

⁷⁵⁷Carlos Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución*, México, Siglo XXI Editores, 2004, quinta edición aumentada, p.165.

⁷⁵⁸Emilio Portes Gil, *Historia vivida de la Revolución*, México, Cultura y Ciencia Política, 1976, p.522-525;

Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada: la formación del nuevo Estado en México*, México, Siglo XXI editores, 2005, decimoprimer edición, p.65 y 66.

Las tesis del sonoreense no encontraban frente a ellas, sin embargo, otra alternativa que pudiera ser aceptable por las diversas fuerzas sociales. Luego de todo el andar y de cuatro años al frente del ejecutivo, Calles supo de la urgencia de consolidar el aparato estatal posrevolucionario sobre bases más sólida que meras alianzas personales. Desde entonces, las autoridades no dejaron de preconizar la necesidad de consolidar la unidad de los “revolucionarios”. El punto definitivo del proyecto de Calles debía conducir a la integración de una gran formación política de todos aquellos que habían participado en el movimiento armado, de un “partido de la Revolución”⁷⁵⁹, cuya implantación debía permitir que se desarrollaran condiciones favorables a la consolidación del aparato estatal. Por lo demás, la idea se sustenta en la pretensión por reunir a la mayor parte de los “partidos” nacionales, regionales y locales en una sola organización y, con ellos, como consecuencia no pronosticada, paulatinamente, someter tanto a militares como civiles a los designios del centro.⁷⁶⁰

La formación del Partido Nacional Revolucionario “surgió de una necesidad biológica en momentos de aflicción, de desorientación y de duda”;⁷⁶¹ no obedece a una ideología o principios políticos comunes, más bien, fue la respuesta concreta del grupo gobernante a un problema particular. Pragmáticamente, a la sazón del cambio, el propósito explícito fue el de garantizar la sucesión pacífica de poderes mediante mecanismos pacíficos que sustituyeran el uso de las armas y el derramamiento de sangre y, al mismo tiempo, que trasladaran las resoluciones de las diferencias políticas del campo de batalla a la tribuna legislativa o a las plazas públicas. En el fondo, el poder político se encontraba fragmentado y repartido en las diversas regiones del país, mientras que el grupo gobernante se encontraba desunido y disperso. Los caciques regionales eran quienes realmente poseían el control y ejercían el poder político. Faltaba la institución política que cohesionara ese poder disperso para formar un Estado fuerte y consolidarlo. Las adhesiones políticas eran exclusivamente a personajes; en definitiva, sin instituciones y sin verdaderos partidos políticos nacionales, sólo existía una manera para llegar a la cúspide y ejercer el poder: contar con la mayor fuerza militar.

Desde ese enfoque, el nuevo partido del Estado –creado por el poder y para el poder- tendría una doble función: por una parte, primordialmente, unificaría al grupo que mantenía el poder político. Se trataba de un partido que estableció alianzas con los poderes regionales para conformar un

⁷⁵⁹Luis Javier Garrido, op. cit., p.73.

⁷⁶⁰Ibid., p.70.

⁷⁶¹Emilio Portes Gil, op. cit., p.521.

poder centralizado. Por ello, convocó a las organizaciones locales y regionales de todo el país; de allí que, Pablo González Casanova y Luis Javier Garrido ven la formación del Partido Nacional Revolucionario como una “confederación” de partidos, caciques, caudillos y hombres fuertes regionales, “un partido de partidos regionales”.⁷⁶² Por la otra, el partido tenía la función de obtener el respaldo popular, a fin de presentarse como el único representante legítimo de los intereses de la nación. El PNR nació como el partido predominante que legitima, ante la sociedad y ante el grupo en el poder, los proyectos del Estado; pero, más allá de todo, sostenemos que éste no fue, por principio, la poderosa estructura nacional que implantaba sus decisiones en las regiones. Resulta muy importante comprender que el logro del nacimiento del nuevo partido tenía una gran contribución de las regiones hacia el centro; en efecto, dado que cada jefe nato local contaba con una organización política única en su estado, la unicidad del PNR surgió, ciertamente, de la falta de una verdadera oposición local y, por consiguiente, nacional. Afirmar que con el surgimiento del PNR se institucionalizó la política del país sería negar lo que hasta aquí hemos venido planteando. El proceso modernizador del sistema político y del Estado no fue instaurado, de hecho, por este organismo político del centro a la periferia, sino al revés.

El PNR buscó someter a los miles de “partidos” políticos a su autoridad. Los principales “partidos” locales, convertidos entonces en el órgano oficial del PNR en cada entidad, absorbieron poco a poco a las otras pequeñas formaciones políticas estatales o municipales. Ejemplos como el Partido Socialista del Trabajo del Estado de México (de Carlos Riva Palacio), el Partido Socialista de Tlaxcala o la Confederación de Partidos Socialistas de Oaxaca que, sin dejar de existir como tales, comenzaron a fungir autoritariamente como los comités estatales del PNR. Algunas de estas organizaciones tenían un largo camino recorrido, como el Partido Socialista del Sureste, pero otras que fueron creadas en el curso de 1929, como el PNR del Centro de San Luis Potosí o el PNR de Durango, se desempeñaron de la misma manera. La mayor parte de los dirigentes de éstos eran considerados “jefes natos” y les imponían su voluntad. Ese fue el caso de Cedillo con el PNR del Centro, de Margarito Ramírez con el Gran Partido Revolucionario de Jalisco o del propio Portes Gil con el Partido Socialista Fronterizo. Las características de esas organizaciones estatales, que a menudo estaban militarizadas, fueron dando así al PNR, desde un principio, un sello marcado como una confederación de partidos caciquiles.⁷⁶³

⁷⁶²Pablo González Casanova, *El Estado y los partidos políticos en México*, México, Ediciones Era, 2002, séptima reimpresión, p.112; Luis Javier Garrido, op. cit., p.96-103.

⁷⁶³Ibid., p.97.

Que quede claro: sin los generales, Calles nada podía hacer. La elección de Portes Gil como presidente provisional, la formación de un “frente único revolucionario”, su propio continuismo, todo dependía de la anuencia de quienes detentaban el poder regional. Sorprende, pues, la habilidad política de Calles para aprovechar en su beneficio una serie de circunstancias sobre las que no tenía, de hecho, control. Calles logró una justificación institucional para sus ambiciones de poder; no obstante, sembró las bases para un profundo cambio en el sistema, cambio tan poderoso que terminó por exterminarlo a él.⁷⁶⁴

El Partido Nacional Revolucionario fue un frente nacional que aglutinó en su seno inclusive a los grupos más disímolos de la sociedad mexicana. Sin embargo, su fuerza nacional radicaba, efectivamente, en el poderoso número de hombres fuertes de los estados y las organizaciones locales que éstos controlaban, que se le adhirieron y a los que más tarde habría de domesticar y disciplinar. El PNR nació para conciliar a la *familia* de Calles, la *Familia Revolucionaria*. Calles pensaba unificar en el partido a todos los “partiditos” locales, a la mayoría de los grupos y organizaciones sindicales existentes y a todas las fuerzas dispersas que significaran tendencias revolucionarias.⁷⁶⁵

La fuerza política del nuevo partido guardaba una relación directa y proporcional con el número de organizaciones nacionales, regionales y locales que lograba sumar a su proyecto. Dado que nadie podía oponerse a la voluntad de los caciques, desde el primer momento, el PNR surgió con una fuerza política única e incontrastable.⁷⁶⁶ En definitiva, con el partido de la Revolución se adquirió una gran cohesión. El Estado estaba formado su partido e impedía a las fuerzas antagónicas que formaran sus propios partidos para luchar por el poder ejercido por ese Estado.

A partir de este momento, todas las pugnas políticas del grupo en el poder debían pasar por el partido. En el fondo, con el PNR se rebasaban los tiempos; la dominación política personal y carismática anterior se había extinguido con Obregón; en adelante, el Partido Nacional Revolucionario apuntalaría la modernización del sistema político y sentaría, en definitiva, el paso decisivo para la concentración del poder político nacional, pieza fundamental en la conformación del Estado mexicano contemporáneo.⁷⁶⁷

⁷⁶⁴ Alejandra Lojous Vargas, *Los orígenes del partido único en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, serie de Historia Moderna y Contemporánea, núm. 11, 1979, p.32.

⁷⁶⁵ Pablo González Casanova, op. cit., p.73.

⁷⁶⁶ Alejandra Lojous Vargas, op. cit., p.41.

⁷⁶⁷ Sergio Hernández Díaz y Marco Antonio Jacobo Gutiérrez, “Calles y la institucionalización del poder político”, *El proyecto histórico del PNR*, México, Partido Revolucionario Institucional/IEPES, 1990, p.88.

Con el nuevo partido se homogeneizaría al grupo revolucionario. A partir de ahora, las luchas debían dirimirse dentro de éste; dentro del PNR, todos los “revolucionarios”; fuera de él, los “reaccionarios” o, en el mejor de los casos, “nada”. Estaba llamado a ser el *partido del Estado*⁷⁶⁸, el único partido, el hegemónico. Sólo dentro del partido se podía figurar en la esfera pública; las lealtades ya no serían para un hombre, sino para una institución. La *institución indispensable* desplazaba al *hombre indispensable*. Con el tiempo, “al caudillo perpetuo sucedió el partido perpetuo”.⁷⁶⁹

⁷⁶⁸Pablo González Casanova, op. cit., p.112.

⁷⁶⁹Ibid., p.114.

3.5 El Comité Organizador y las mediaciones con los partidos locales y regionales.

El Mensaje de Calles del 1º de septiembre había sentado, al menos de manera implícita, las bases para la construcción de un partido político que se asumiera como unificador de todos los grupos “revolucionarios”. Con el problema de la sucesión presidencial resulto, Calles emprendió la marcha rumbo a la materialización del proyecto, el cual, debió estar sumamente influenciado por una serie de estudios que encomendó a Puig Casauranc sobre la formación y desarrollo de los partidos orgánicos de Francia, Inglaterra y Estados Unidos; pero, asimismo, y no menos importante, el presidente obtuvo directamente la más amplia información sobre la formación y organización del Partido Socialista del Sureste, de Bartolomé García Correa, y el portesgilista Partido Socialista Fronterizo. Es indudable que el proyecto del nuevo partido correspondía al análisis callista de la realidad mexicana –aunque resulta difícil determinar su alcance–, pero, también, es innegable que se nutrió de las experiencias de unicidad locales.

La idea de crear un “amplio frente político” de todos los “revolucionarios”, no tuvo, salvo casos como el de Tomás Garrido Canabal o Adalberto Tejeda, grandes resistencias de parte de los oficiales del ejército o de los políticos profesionales. Al parecer, entre las razones de don Plutarco, para la constitución de un nuevo gran partido, la sucesión pacífica es la que había convencido a los llamados “grupos de la Revolución”.⁷⁷⁰

Con la organización y disciplina de todos los “revolucionarios” en una organización única al mando del gobierno central, Calles consiguió apoyo para poder realizar un cierto número de reformas. Para el hombre de Guaymas, “lo primordial era la construcción del Estado mexicano posrevolucionario, y ésta debía pasar por la organización de un ejército leal al poder central, por el desarme de los grupos de agraristas y por la unificación de todos los 'partidos' que se reclamaban de 'la Revolución'”.⁷⁷¹

A fin de organizar los trabajos constitutivos del partido, el 22 de noviembre de 1928, el presidente reunió, en la casa del ingeniero Luis L. León, a cerca de veinte personalidades políticas identificadas con el callismo: David Orozco, Marte R. Gómez, Manlio Fabio Altamirano, Emilio Portes Gil, Aarón Sáenz, José Manuel Puig Casauranc, Bartolomé García Correa, Manuel Pérez Treviño, Gonzalo N. Santos, Ezequiel Padilla, Agustín Arroyo Ch., Melchor Ortega, Adalberto Tejeda

⁷⁷⁰Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada: la formación del nuevo Estado en México*, México, Siglo XXI editores, 2005, decimoprimer edición, p.72.

⁷⁷¹Ibid., p.73.

y Bartolomé Vargas Lugo. En esa reunión, el presente seleccionó, personalmente, a las personas que formarían, junto con él, el Comité Organizador del PNR, dándoles comisiones específicas para echarlo a andar. Por lo demás, se había colocado el cimiento sobre el que se erigiría el nuevo partido.

El 1º de diciembre de 1928, el mismo día que Portes Gil asumió la presidencia, se dio a conocer a la opinión pública el inicio de las labores que realizaría el comité. A través de un Manifiesto, *a nombre* de “la Revolución mexicana”, que fue difundido por la prensa nacional, se invitaba a todos los partidos, agrupaciones y organizaciones de “tendencia revolucionaria” a unirse a la fundación de “un sólo conglomerado de tendencia revolucionaria”⁷⁷², un partido, a través del cual se resolvieran, por nuevos métodos y procedimientos, los problemas políticos y electorales del país, y se señalaba que se convocaría a todos los que hubiesen respondido al llamado a una convención en la que se discutirían los documentos básicos del partido –Declaración de principios, Programa de acción y Estatutos-, así como la designación de un candidato para los comicios federales de 1930 y el nombramiento del Comité Directivo del Partido. El comité quedó integrado por don Plutarco (en la función de presidente del comité) y siete de sus más cercanos hombres: Luis L. León (secretario general), Manuel Pérez Treviño (secretario tesorero y segundo secretario de organización), Manlio Fabio Altamirano (secretario de propaganda y publicidad), Basilio Vadillo (secretario del interior), Aarón Sáenz (secretario de organización), David Orozco (tercer secretario de organización) y Bartolomé García Correa (cuarto secretario de organización).⁷⁷³

Según esto, desde la constitución del comité, pero con mayor urgencia desde la publicación de la convocatoria, los miembros debían convencer a todos los caciques, caudillos y grupos políticos de entrar a la nueva organización y aceptar el compromiso que significaba el “pacto” que en la convención se firmaría.⁷⁷⁴ Por ende, el comité debía mediar ante las diversas agrupaciones locales para que aceptasen la formación de ese frente común. Con ese fin, a partir de entonces, el comité se estableció en sus oficinas (Paseo de la Reforma esquina con avenida del Palacio Legislativo, núm. 2) y, de inmediato, comenzó a recibir a dirigentes políticos estatales y locales para discutir los documentos fundamentales del partido en ciernes.

⁷⁷²Sergio Hernández Díaz y Marco Antonio Jacobo Gutiérrez, “Calles y la institucionalización del poder político”, *El proyecto histórico del PNR*, México, Partido Revolucionario Institucional/IEPES, 1990, p.90.

⁷⁷³Luis Javier Garrido, *op. cit.*, p.75-77.

⁷⁷⁴El Comité Ejecutivo Nacional del partido constantemente manejó el término “disciplina” para denotar la necesidad de que los políticos locales aceptasen la guía del centro. Esta aceptación sería el origen de una centralización, de una coordinación de políticas regionales indispensable a cualquier estado moderno. La tarea era una: someter las zonas semiautónomas al poder nacional. La palabra “disciplina” estaba presente en todos los discursos, iba de boca en boca y resonaba en cada oído, aunque representaba una contradicción con la promesa de autonomía política local que se había hecho durante la Convención Nacional del PNR.

Un buen número de “partidos” nacionales, regionales y locales expresaron por consiguiente su adhesión a la idea de constituir una organización política única en el plano nacional. Con la encomienda de entrevistarse con los dirigentes de los múltiples “partidos” locales, el comité, por ejemplo, a través de García Correa, logró la afiliación de un buen número de trabajadores y de campesinos del estado de Yucatán. Por su parte, Aarón Sáenz, mencionado como el precandidato de los grupos obregonistas a la Presidencia de la República, obtuvo la fidelidad de un buen número de caciques y dirigentes campesinos y obreros del centro y del norte del país.⁷⁷⁵

Así, como explica Alejandra Lajous, los apoyos provenían no del reconocimiento de los beneficios de la institucionalización, sino del esfuerzo de los caciques por encontrar un nuevo caudillo: “debemos pensar que en este acto, tal vez inconsciente, los caciques-militares sólo pretendían instrumentar la continuación del sistema personalista, único que les era conocido y en el que sabían apoyar y justificar sus cacicazgos”.⁷⁷⁶

Ocho días después del anuncio de la formación del comité, Calles y Sáenz saldrían de la organización. Tras haber asistido a la puesta teatral “*El desmoronamiento*” –de Morones-, Calles, sin meter las manos para evitar el desmoronamiento no teatral, sino político de su antiguo aliado –quien aún no era capaz de entender las nuevas reglas del juego-⁷⁷⁷, y dejando ver que éste no formaría parte del nuevo partido, explicó que dejaba la presidencia del comité porque, después de haber indicado los trabajos para la construcción del partido que uniría a los grupos de la Revolución, un sincero deseo de abandonar la vida política lo asistía, pues, según sus propias palabras, quería “acabar con toda la suspicacia” que había alrededor de la obra del PNR.

Por su parte, Aarón Sáenz se alejaba de la organización del nuevo partido a fin de preparar su candidatura a la Presidencia de la República. Ese mismo día, con la publicación de un segundo Manifiesto, Manuel Pérez Treviño se convertía en el nuevo presidente del comité. Los trabajos se aceleraron y, el 5 de enero de 1929, el comité publicó la convocatoria a la Convención constituyente del PNR. En esta convocatoria, el comité se presentaba como el *legítimo heredero* de la Revolución y denotaba la necesidad de “institucionalizar” mecanismos para la vida política. La Revolución mexicana necesitaba, según la convocatoria, “un gobierno de vigilancia, de expresión y de sostén”, y esta función esencial es la que correspondía al PNR –“órgano de

⁷⁷⁵Ibid., p.83.

⁷⁷⁶Alejandra Lajous Vargas, *Los orígenes del partido único en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, serie de Historia Moderna y Contemporánea, núm. 11, 1979, p.38.

⁷⁷⁷Enrique Krauze, *Reformar desde el origen: Plutarco Elías Calles*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, serie: Biografía del poder, núm. 7, primera reimpresión, p.91.

expresión política de la Revolución"- que, para ese fin, convocaba "a todas las agrupaciones revolucionarias de los estados". En dicho documento, se convocó a una reunión en el "Teatro de los Héroes" de Querétaro, durante cinco días, a partir del 1º de marzo de 1929, señalando que la Asamblea estaría conformada por "todos los partidos y agrupaciones revolucionarias que se afiliasen al Comité Organizador antes del 10 de febrero".⁷⁷⁸

El PNR nació como un amplio frente de todos los "revolucionarios", que "agrupaba a 148 partidos de 28 entidades de la República. Luego de haber aprobado los documentos básicos del nuevo partido, los delegados firmaron un 'pacto de unión y solidaridad', por el cual las diversas organizaciones políticas representadas decidían unirse bajo la 'disciplina partidista". Poco después, se conformó el Comité Directivo Nacional que, a su vez, designó a los siete miembros del primer CEN del PNR. Así, el 4 de marzo de 1929, a las doce horas con veinte minutos, se declaró formal y legalmente constituido el Partido Nacional Revolucionario. El partido acaba de nacer.⁷⁷⁹

Hablando en nombre de la Revolución, los callistas presentaban su proyecto como "el único frente legítimo del movimiento armado de 1910", como el único heredero de la Revolución, como el único capaz de cumplir con la tarea revolucionaria; como la única organización política con el derecho legítimo para llenar el vacío político que dejó el régimen personalista anterior. El PNR, "frente único nacional", surgía del poder; pero, como lo hemos venido planteando, ni de *adentro* para *afuera*, ni de *arriba* para *abajo*. Más bien, el PNR surgía de la contribución de las fuerzas regionales hacia el centro, y, dado que cada jefe nato y organización política local que se adhirió al proyecto nacional callista no tenía contrapeso, la unicidad marcó al partido desde su origen mismo.

⁷⁷⁸Luis Javier Garrido, op. cit., p.77.

⁷⁷⁹Ibid., p.92.

3.6 El partido único.

El Partido Nacional Revolucionario se instauró en un país que nunca había conocido un verdadero pluralismo político. Cobijado por un sistema personalista, su génesis se ubica fuera del ciclo electoral y parlamentario. Las agrupaciones políticas que existieron antes del PNR son consideradas simples clientelas congregadas alrededor de un hombre influyente, por ende, jamás lograron armar un partido político con una estructura coherente y con una burocracia a nivel nacional; más aún, si hubo algún intento por lograrlo, bastaba la presión de algún caudillo para tumbarlo.

El origen del PNR –un “frente único”–, como consecuencia directa de la voluntad de los múltiples grupos en el poder, causó una clara tendencia a la centralización, pues, mientras partía de la “cima”, sus comités y secciones locales trabajaron bajo la dirección de un comité organizador ya preestablecido, que pudo reducir a su gusto la libertad de acción de éstos. Esto no significó otra cosa que la disciplina de todos los miembros.⁷⁸⁰

El Partido Nacional Revolucionario fincó su constitución y organización reales luego de la aparición del Comité Organizador en diciembre de 1928. La organización puso de manifiesto las características esenciales del partido. A través del primer documento expedido a razón de su convención constitutiva (el 5 de enero de 1929), se delimitaban aspectos fundamentales de la naturaleza del nuevo partido. Alejandra Lajous Vargas identifica cinco⁷⁸¹, a saber:

1. La identificación moral con la Revolución Mexicana y, en consecuencia, su justificación en ella.
2. Una vaguedad ideológica tornada en ecumenismo: dado que el PNR no surgió como resultado de una teoría, sino como solución a una crisis política concreta, resulta lógico que su institución sea vaga e indefinida, pues, al momento de su surgimiento tratando de obtener el máximo número de partidarios, no tuvo ningún empacho en abrir sus puertas a todos (“*todas las ramas de la Revolución*”).
3. Un respeto a la autonomía local: el PNR es una amalgama política nacional que, sin embargo, promete plena garantía a los intereses particularistas.
4. Una identificación total entre el partido y el gobierno, con la consecuente utilización de la maquinaria estatal para beneficio del partido: el gobierno le facilitó al partido toda la estructura administrativa del Estado, y le dio representantes en cada municipio. La participación de las autoridades gubernamentales (presidentes municipales) en la selección de los dirigentes del PNR (artículo 6º) es el punto clave para entender cómo se instrumentó, desde su nacimiento, la unicidad política del partido.
5. Una confusión entre los posibles miembros del PNR y el pueblo: la equivalencia que estableció el comité entre los miembros del partido y la población del país demostró la seguridad que el respaldo de los hombres fuertes regionales dada al partido como amos y señores en sus zonas de

⁷⁸⁰ Alejandra Lajous Vargas, *Los orígenes del partido único en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, serie de Historia Moderna y Contemporánea, núm. 11, 1979, p.82.

⁷⁸¹ *Ibid.*, p.43-45.

dominio. No cabe duda de que tenían totalmente comprometidos a los intermediarios políticos, los cuales empezaron rápidamente a organizar o crear sus agrupaciones políticas.

El CEN del PNR, presidido por Pérez Treviño, concedió por lo tanto una gran importancia a la consolidación de su autoridad sobre las diversas formaciones y grupos políticos. Para poder organizar las diferentes instancias partidarias, el CEN contaba con el apoyo de los caciques que habían participado en la creación del PNR y la revuelta escobarista fue una excelente prueba para constatar su fidelidad al *Jefe Máximo*. Los esfuerzos de Cedillo (San Luis Potosí), García Correa (Yucatán), Carlos Riva Palacio (Estado de México), Vargas Lugo (Hidalgo), Portes Gil (Tamaulipas) u Ortega (Guanajuato) fueron de gran importancia en la implantación de la nueva formación nacional.⁷⁸²

Alejandra Lajous Vargas señala que

*“el Partido Nacional Revolucionario fue el primer partido político en la historia de México, pues, gracias a las circunstancias históricas de su origen, surgió con una estructura con la fuerza necesaria para dominar la escena política, y, quizá sin proponérselo, se convirtió en un partido único [...] (Sin embargo), la calidad de partido único no descansó jamás en una doctrina de partido único. No dio al monopolio un carácter oficial, ni trató de justificarlo por la existencia de una sociedad sin clase o la voluntad de suprimir las luchas parlamentarias y la democracia liberal. De hecho, siempre se sintió molesto por el monopolio [...]”*⁷⁸³

No debe perderse de vista que la nota que caracteriza esta época es el fraccionamiento político y que, bajo ese tenor, resulta totalmente novedosa la creación de una burocracia capaz de organizar a las diversas fuerzas centrífugas en una relación jerárquica vertical que permita la centralización de las decisiones políticas.

Para los líderes, el ideal del partido seguía siendo el pluralismo, y no fue otra cosa sino la situación particular de México lo que originó el monopolio político. Estructuralmente, el PNR fue un partido de comités, más importante por sus cuadros que por sus miembros. Asimismo, inexistente fuera del partido, el pluralismo político se desarrolló libremente dentro del partido. Las elecciones estaban lejos de la democracia, pues éstas consistían prácticamente en plebiscitar un candidato único. El PNR fue un partido único en tanto logró confundir y asimilar a la élite partidista con la élite administrativa y con la élite política real. La burocracia del partido se volvió indiferenciable de la burocracia gubernamental, de esta manera se cerró la posibilidad para el surgimiento de otros

⁷⁸²Luis Javier Garrido, *El Partido de la Revolución Institucionalizada: la formación del nuevo Estado en México*, México, Siglo XXI editores, 2005, decimoprimera edición, p.96.

⁷⁸³Alejandra Lajous, op. cit., p.88 y 89.

partidos políticos. La naturaleza de su estructura se encargó de evitar esa posibilidad, mientras lograba su gran mérito: institucionalizar y centralizar la política, bases de todo estado moderno.⁷⁸⁴

Producto de las circunstancias históricas del momento, donde se garantizó a los caciques su autonomía y libertad dentro del partido, la estructura del PNR establece que sus adhesiones se llevaran a cabo a través de agrupaciones políticas nacionales, regionales y locales; es decir, los miembros del partido serían aquellos que formasen parte de alguna de las agrupaciones que se sumaron al partido. Sin embargo, esta falsa prerrogativa no lograría sobrevivir a la avanzada centralizadora con articulación vertical –medida tomada para impedir que dos organismos del mismo nivel pudieran comunicarse entre sí y, de esta manera, unir sus fuerzas contra el centro, mientras se repartían los poderes entre los escalones de dirección⁷⁸⁵- y, a través de la disciplina, terminaría por minar la presencia y dominio monopólico de los caciques, hasta convertirlos en instrumento suyo. Después de 1933, y por lo menos hasta 1938, con una organización ya más sólidamente establecida, la filiación al partido sería directa, es decir, individual y consciente.

El PNR se apoyó en comités y en secciones. Los comités buscaron atraer personalidades influyentes, esto es, a aquellos que podrían controlar grupos, sectores o localidades para beneficio del partido. Por debajo de estos comités, apelando a la cantidad más que nada, se encontraban sus secciones, las que intentaron lograr el mayor número de miembros para engrosar las filas del partido. Sin embargo, las secciones sólo tuvieron contacto con el pueblo en el estricto “sentido caciquil” que ya hemos descrito aquí: como intermediarios políticos. En teoría los comités y secciones estaban débilmente vinculados al CEN, pero en realidad eran completamente dependientes de éste. La dirección del PNR trató de colocar a callistas files al frente de los comités y en general eligió a los dirigentes de los partidos regionales más importantes en cada entidad, que no hicieron otra cosa que consolidar su posición dominante en su respectiva zona de influencia gracias a sus lazos con el poder central.⁷⁸⁶

Como explica Lajous Vargas, las tendencias del PNR fueron centralizadoras y descentralizadoras a la vez; pues, al cobijo de un intrincado proceso de sometimiento de los poderes regionales y locales, el partido buscó centralizar todas las decisiones y descentralizar a las clases sociales, es decir, mientras se ostentaba pluriclasista, mientras toleraba políticas locales contradictorias, las

⁷⁸⁴Ibid., p.89.

⁷⁸⁵Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, vigésima reimpresión, p.82.

⁷⁸⁶Luis Javier Garrido, op. cit., p.96.

decisiones eran, cada vez y en mayor medida, impuestas por el CEN del partido.⁷⁸⁷ En un principio el partido se fortaleció de las fuerzas centrífugas, años más tarde descentralizó a esas mismas fuerzas, hasta convertirlas en apéndice suyo. Empero, no se puede negar la influencia de los poderes regionales y locales en la formación del partido único.

⁷⁸⁷ Alejandra Lajous Vargas, op. cit., p.86.

Conclusiones.

Comenzamos este trabajo con las inquietudes surgidas en el aula de Instituciones Políticas, asignatura impartida por el Maestro Samuel León y González en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Recuerdo, perfectamente, el gran interés que despertaba la cuestión del largo e intrincado proceso de institucionalización del sistema político caudillista durante la segunda década del siglo pasado: los elementos vertidos en este texto atisban sucesos y realidades, mientras procuran ofrecer sentidos. Ahora, a casi dos años, ofrecemos las siguientes conclusiones:

Con vehemencia, la sangre exige sangre. El año de 1928 es, por mucho, un *cisma*. El general sonorense, Álvaro Obregón, ha ganado la presidencia de México por segunda vez. Los acontecimientos procuran seguir su camino y, como en política las cosas raramente suceden en vísperas, el destino alcanzar su trágico final. Sus enemigos declarados se le han adelantado. El *único* caudillo de la Revolución, el que se ha atrevido a reelegirse, ha muerto. Un extraño tufo de sudor, lagrimas y sangre han consagrado el principio antirreeleccionista de 1910. Los vientos soplan y, para los que saben escuchar –como el general Calles–, susurran: nunca otro Porfirio Díaz.

Una explicación cuya máxima atribución sea la sabiduría política del *callismo*, desgraciadamente tiende a simplificar los hechos y, en apariencia, es sumamente determinista. No fue del todo así. Aquí hemos sostenido que, como en efecto sucedió en 1910, la muerte del único caudillo capaz de dar identidad y unidad al sistema político, significó el cisma de 1928, *el pie de entrada* a una nueva revolución. Por principio, partidos no faltaban en México, antes bien sobraban. Con un país atestado por un sinnúmero de fuerzas políticas regionales dirigidas por caudillos y caciques –que se alzan con la llegada de nuevos gobiernos–, no menos fortuito, el general Calles y su “mecanismo de pacificación política” serán el centro indiscutible de la vida política nacional y los acontecimientos más valiosos para la institucionalización del sistema político mexicano.

Uno. **Si algo existió claramente durante el gobierno del presidente Porfirio Díaz fue concentración y ejercicio autoritario del poder.** Con la afirmación de la autoridad personal sobre las incipientes instituciones que regían la conducta de la vida política, menospreciando la ley, desafiando un entramado cúmulo de cuestionamientos, protestas, enfrentamientos, desafíos, críticas o resistencias –características inherentes del porfiriato–, y con la lealtad personal como directriz del comportamiento, Díaz integró y acrecentó gradualmente el poder, haciendo al régimen cada vez más centralizado y autoritario; empero, lo que no significó, a propósito, que se

haya tratado de una paz política inalterable: es notable el logro del régimen al mantener la autoridad central y el alto grado de estabilidad política, alcanzado entre 1884 y 1906, inclusive cuando un gran número de conflictos graves surcaron cada rincón del país.

Dos. La Revolución Mexicana de 1910 modificó la estructura de poder del antiguo régimen; sin embargo, paradójicamente, conservó, en el proceso que desató, su esencia informal-personalista -tan valiosa para el porfiriato-, sometiéndola a una mezcla de destrucción-conservación-construcción. Después de poco más treinta años (1876-1910), el sistema personalista, encarnado en el genio y figura del porfiriato, había logrado mediana estabilidad y paz –aunque obligada-, y don Porfirio había alcanzado la cumbre de su dominio: las relaciones políticas, personales y discrecionales que tejó con cada uno de los poderes locales, de acuerdo a la situación particular prevaleciente en cada región, buscaban la implementación de la autoridad central, identificada, con frecuencia, como un proceso constante y forzado de centralización política, cuya máxima expresión se revestía en un “pacto” entre el centro y la periferia. El ejercicio del poder no funciona por azar, surge de la perfecta cohesión. En otras palabras, dichas relaciones discrecionales fueron decisivas para entender la naturaleza y el carácter de la mecánica política porfirista; pero, incluso después de la etapa más encarnizada de la lucha revolucionaria, permanecieron, como *modus operandi*, intactas hasta la tercera década del siglo XX.

Tres. El movimiento revolucionario dispersó el poder político nacional rígido y centralizado en la figura de Porfirio Díaz. Una de las dificultades que suscitó el movimiento armado de 1910 fue, efectivamente, la dispersión de la nación: por todos los rincones del país, se gestaron múltiples movimientos revolucionarios, la sociedad se alzó en armas y constituyó un nuevo ejército amenazantemente politizado. El choque de la Revolución con el orden establecido desató numerosas fuerzas políticas centrífugas. Con el exilio de don Porfirio, desapareció la capacidad personal del Poder Ejecutivo para ser respetado como el árbitro supremo e incuestionable de todas las decisiones políticas importantes, figura central que había conferido unidad y coherencia a todos los actores y procedimientos políticos a través de tres décadas.

Cuatro. Con la dispersión de la nación, surgieron nuevas formas de negociación, intermediación y nexos acordes con la nueva situación política nacional, logrando ser la única forma de cohesión y unidad que el sistema político reconocería. Con el desgaste del ejecutivo, la consecuencia inmediata fue, ciertamente, el fortalecimiento de las fuerzas centrífugas: los movimientos políticos estatales y locales lograron imponer sus puntos de vista e intereses con el poder ejercido

mediante las armas. El asesinato del presidente Madero y la derrota del general Huerta agudizaron el vacío de poder, pues ningún jefe revolucionario o sus huestes consiguieron el grado de profesionalización o centralización del mando que don Porfirio había ostentado. Los hombres que ejercían el poder por medio de las armas y que se colocaron al frente de los movimientos regionales buscaron llenar el vacío de poder dominando esos territorios y ejerciendo su poder personal *de facto*. Surgió un México diverso. Los poderes regionales hicieron posible que las autoridades federales dieran alguna estructura a la vida política nacional. Estos jefes revolucionarios mediaron entre el centro político del país y sus regiones para mantener la tranquilidad en los territorios que controlaban.

Cinco. **Los procesos de movilización, negociación, construcción y modernización surgieron de una presión que provenía de la sociedad y sus relaciones microsociales (*desde abajo*) y de la periferia (*desde afuera*).** La Revolución Mexicana no se desarrolló homogéneamente en el país, las formas a las que recurrió a nivel regional le dieron contenidos y significados diferentes, aunque orientados hacia el mismo fin. Las experiencias venidas *desde afuera* y *desde abajo* constituyen la cuestión clave para entender que la homogeneidad del Estado –un afán por igualar las diferentes concepciones de organización política, de vida cultural y de desarrollo económico- se topa con la heterogeneidad de las regiones: la Revolución Mexicana no tuvo el mismo arraigo ni la misma intensidad en el norte, por ejemplo, que en el sur del país. Por lo demás, es innegable que la cuestión regional está vinculada a la modernización del Estado y del Sistema Político Mexicano: la Revolución Mexicana no fue un movimiento único, nacional y general, sino, antes bien, un compuesto de levantamientos armados, heterogéneos, disímiles, con características propias, raíces y objetivos desiguales. Para decirlo en otras palabras, las experiencias locales se presentan como “el nexo” y operan al cobijo del impacto que tuvieron en los acontecimientos a nivel nacional, lo que nos permite comprender sus alcances y limitaciones. Las formas de sistematización de las experiencias locales y regionales –expresadas en la figura de los hombres fuertes únicos- representan su influencia en la dinámica nacional.

Seis. **Fueron las experiencias locales y regionales de unicidad política las que determinaron y dieron contenido a la creación del partido del Estado y a la inminente investidura de un hombre único nacional, el Jefe Máximo, y no al revés.** El presidente Plutarco Elías Calles acertó en la lectura que realizó de la coyuntura política que se generó, los acontecimientos políticos -desatados a raíz del asesinato del Caudillo- que le exigían la institucionalización del sistema y la organización de los

ímpetus desatados por las oportunidades que representaba; sin embargo, la forma y el fondo del partido del Estado, el Partido Nacional Revolucionario, provenían de las experiencias locales y regionales de unicidad política.

No es cualquier cosa. El nuevo partido representa el acontecimiento más trascendental para la institucionalización del sistema: por primera vez un partido no depende de una sola personalidad y, mientras incorpora a todas las fuerzas revolucionarias para convertirse en el centro de la vida política nacional, desplaza la fuerza de las armas para resolver las pugnas -mediante su férrea disciplina y el sometimiento a una institución con reglas bien definidas-, designando candidatos a los diferentes puestos de representación popular.

Bibliografía.

- Benítez, Fernando, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana, II. El caudillismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, 255pp.
- Blázquez Domínguez, Carmen, *Breve historia de Veracruz*, México, FCE-COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 2000, 184pp.
- Brading, David A. (compilador), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, cuarta reimpresión, p.336.
- Cárdenas, Lázaro, *Obras: I-Apuntes 1913/1940*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, tomo I, 446pp.
- Censo General de Habitantes, [en línea], México, Talleres Gráficos de la Nación, Departamento de la Estadística de la Nación, INEGI, 30 de noviembre de 1921, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1921/EUM/RCGH21I.pdf, [consulta: 9 de abril de 2013].
- Córdova, Arnaldo, *La formación del poder político en México*, Ediciones Era, México, vigésimo novena reimpresión, 2007, 99pp.
- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana: la formación del nuevo régimen*, México, Ediciones Era, 2003, decimotercera reimpresión, p.263.
- Córdova, Arnaldo, *La Revolución en crisis: la aventura del maximato*, México, Cal y Arena, 1995, p.23 y 24.
- Dalton, Margarita, *Breve historia de Oaxaca*, México, FCE/COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 2004, 302pp.
- *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, México, Editorial Porrúa, 1995, tomo III, sexta edición corregida y aumentada, 929pp. (1939-2868).
- *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, México, Editorial Porrúa Hermanos, 1995, tomo IV, sexta edición corregida y aumentada, 1023pp. (2869-3892).
- Dulles, John, *Ayer en México: una crónica de la revolución (1919-1936)*, Fondo de Cultura Económica, México, séptima reimpresión 2003, 711pp.
- Duverger, Maurice, *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, vigésima reimpresión, 461pp.
- Elías Calles, Plutarco, *Correspondencia personal (1919-1945)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, primera reimpresión, 547pp.
- Elías Calles, Plutarco, *Pensamiento político y social (1913-1936)*, México, SEP/FCE, 1992, segunda edición abreviada, 256pp.
- Espinosa de los Monteros, Roberto, *Tomás Garrido Canabal: el paladín infatigable*, [en línea], INEHRM, 2011, dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-tomas-garrido-canabal-articulo>, [consulta: 17 de octubre de 2012].
- _____, *El positivismo en México*, núm. 140, México, UNAM, 2005, 235pp.
- _____, *El proyecto histórico del PNR*, México, Partido Revolucionario Institucional/IEPES, 1990, p.69-75.
- Falcón, Romana, *El agrarismo en Veracruz*, México, El Colegio de México, 1977, p.27.
- Falcón, Romana y Soledad García Morales, *La semilla en el surco*, México, El Colegio de México, 1986, p.105.
- Falcón, Romana, "Revisionismo revisado", [en línea], revista Estudios Sociológicos, vol. 5, núm. 14, 11 pp. (341-351), México, El Colegio de México, mayo-agosto 1987, Dirección URL: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/YNRSCRDEVX9D28AUF BX7QCFBA4587L.pdf, [consulta: 6 de junio de 2013].
- Falcón, Romana, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, El Colegio de México, 1984, p.13.
- Florescano Mayet, Sergio, *Veracruz y Adalberto Tejeda ante los movimientos populares (1920-1922)*, [en línea], Revista La Palabra y el Hombre, no. 74, pp. 57-82, México, Universidad

- Veracruzana, abril-junio 1990, dirección URL: <http://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/1792/1/199074P57.pdf>, [consulta: 22 de noviembre de 2012].
- Flores Salgado, José (coordinador), *Crecimiento y desarrollo económico de México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2010, colección Conmemorativa de las Revoluciones Centenarias, 272pp.
 - Fonseca Larios, Maricela, *Saturnino Cedillo, el cacique y su circunstancia*, [en línea], INEHRM, 13 de enero de 2012, dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-saturnino-cedillo-articulo>, [consulta: 18 de septiembre de 2012].
 - Fuentes Díaz, Vicente, *Los partidos políticos en México*, México, Editorial altiplano, 1969, segunda edición, 398pp.
 - Galindo Ochoa, Francisco, *Los movimientos armados en México 1917-1994*, Tomo I, El Universal, México, 1994, 112pp.
 - García Morales, Soledad, *Personajes Veracruzanos: Adalberto Tejeda 1883-1960*, [en línea], s/páginas, México, Gobierno de Veracruz, dirección URL: http://portal.veracruz.gob.mx/portal/page?_pageid=153,4202648&_dad=portal&_schema=PORTAL, [consulta: 8 de noviembre de 2012].
 - Garner, Paul, *Porfirio Díaz*, México, Editorial Planeta, 2003, primera edición en español, p.30.
 - Garrido, Luis Javier, *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo estado en México (1928-1945)*, México, Siglo XXI Editores, 2005, undécima edición, 380pp.
 - Gilly, Adolfo, *“La revolución interrumpida”*, México, Ediciones El Caballito, 1975, séptima edición, 397pp.
 - Gilly, Adolfo, Lázaro Cárdenas y Cuauhtémoc Cárdenas, *Tres imágenes del general*, México, Taurus, 1997, 21pp.
 - Gobierno del estado de Tabasco, *El garridismo, esplendor y fin*, [en línea], México, 2007-2012, dirección URL: http://www.tabasco.gob.mx/estado/hist_16garridismo.php, [consulta: 17 de octubre de 2012].
 - Gobierno del estado de Tabasco, *Historia del estado de Tabasco: clima*, [en línea], México, 2007-2012, dirección URL: <http://www.tabasco.gob.mx/estado/geo-clima.php>, [consulta: 17 de octubre de 2012].
 - González Casanova, Pablo, *El Estado y los partidos políticos en México*, México, Ediciones Era, 2002, séptima reimpresión, 257pp.
 - González Compeán, Miguel y Leonardo Lomelí (Coordinadores), *El Partido de la Revolución: institución y conflicto, 1928-1999*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p.70.
 - González y González, Luis, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968, 365pp.
 - Guerra, François-Xavier, *México: del antiguo régimen a la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995, tercera reimpresión, tomo 1, p.74.
 - Guerra Manzo, Enrique, *Caciquismo y orden público en Michoacán, 1920-1940*, México, El Colegio de México, 2002, p.30 y 31.
 - Herrera, Octavio, *Breve historia de Tamaulipas*, México, FCE-COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 1999, p.207 y 208.
 - Hurtado, Javier, *El sistema presidencial mexicano*, México, Universidad de Guadalajara/FCE, 2001, 436pp.
 - Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal, Gobierno del Estado de San Luis Potosí, *Enciclopedia de los Municipios de México/Estado de San Luis Potosí*, [en línea], México, dirección URL: <http://www.e-local.gob.mx/work/templates/enciclo/sanluispotosi/hist.htm> [consulta: 18 de septiembre de 2012].
 - Jarquín, María Teresa y Carlos Herrejón Peredo, *Breve historia del Estado de México*, México, FCE/COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 1996, primera reimpresión, 219pp.

- Juárez Martínez, Abel, *Veracruzanos en la Independencia y la Revolución*, México, Universidad Veracruzana, 2010, 540pp.
- Kirshner, Alan M., *Tomás Garrido Canabal y el movimiento de los camisas rojas*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, 190pp.
- Knight, Alan, "La revolución mexicana: ¿burguesa, nacionalista, o simplemente 'gran rebelión'?", [en línea], revista Cuadernos Políticos, no.48, 38 pp. (5-32), México, ediciones Era, octubre-diciembre 1986, Dirección URL: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.48/48.3.AlanKnight.pdf>, [consulta: 6 de junio de 2013].
- Krauze, Enrique, *Lázaro Cárdenas-General misionero*, México, Fondo de Cultura Económica, serie: Biografía del Poder, 2002, Quinta reimpression, número 8, 223pp.
- Krauze, Enrique, *Porfirio Díaz: Místico de la autoridad*, México, Fondo de Cultura Económica, serie: Biografía del Poder, 1987, número 1, p.59-63.
- Krauze, Enrique, *Reformar desde el origen: Plutarco Elías Calles*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, serie: Biografía del poder, número 7, primera reimpression, p.7-9.
- Lazcano Armienta, Matías Hiram, *Adalberto Tejeda, caudillo revolucionario*, [en línea], Revista Clío, número 8, 8pp. (33-40), México, Revista de la Facultad de Historia de la Universidad Autónoma de Sinaloa, febrero-mayo de 1993, dirección URL: http://historia.uasnet.mx/Revista_clio/Revista8/6_Adalberto_LazcanoArmienta.pdf, [consulta: 8 de noviembre de 2012].
- León y González, Samuel (coordinador), *El cardenismo 1932-1940*, México, Fondo de Cultura Económica/INEHRM, serie: Historia Crítica de las Modernizaciones en México, 2010, Tomo 5, 519pp.
- Lerner Sigal, Victoria, *Génesis de un cacicazgo: antecedentes del cedillismo*, México, UNAM/FCPyS, 1989, Colección Posgrado, número 5, 318pp.
- Lerner Sigal, Victoria, *Historia de la Revolución Mexicana: la educación socialista*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1999, cuarta reimpression, tomo XVII, 199pp.
- Lerner Sigal, Victoria, *Los fundamentos socioeconómicos del cacicazgo en el México posrevolucionario*, [en línea], 70pp., México, El Colegio de México, 1977, dirección URL: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache/media/YAAY1NNPE89QLK4B5VIBAFPLRVYNJN.pdf, [consulta: 18 de septiembre de 2012].
- Lojous Vargas, Alejandra, *Los orígenes del partido único en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, serie de Historia Moderna y Contemporánea, núm. 11, 1979, p.13.
- López-Portillo y Rojas, José, *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Porrúa, 1975, segunda edición, p.62.
- Martínez Assad, Carlos R., *Breve historia de Tabasco*, México, FCE/COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 2006, segunda edición, 295pp.
- Martínez Assad, Carlos R., *El camino de la rebelión del general Saturnino Cedillo*, México, Editorial Océano, 2010, p.10.
- Martínez Assad, Carlos R., *El laboratorio de la Revolución. El tabasco garridista*, México, Siglo XXI Editores, 2004, quinta edición aumentada, 356pp.
- Martínez Assad, Carlos R., *Los rebeldes vencidos*, México, FCE/UNAM, 1990, p.22.
- Martínez Assad, Carlos R., *Los sentimientos de la región*, México, INEHRM/Océano, 2001, p.21.
- Medin, Tzvi, *El minimato presidencial: historia política del maximato*, México, Ediciones Era, serie: Problemas de México, 2003, novena reimpression, 170pp.
- Medina Peña, Luis, *Hacia el nuevo Estado*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, sexta reimpression, p.50 y 51.
- Meyer, Jean, Enrique Krauze y Cayetano Reyes, *Estado y sociedad con Calles*, México, El Colegio de México, Historia de la Revolución Mexicana: 1924-1928, 2002, tomo 11, tercera reimpression, 371pp.
- Meyer, Jean, *La Cristiada, la guerra de los cristeros*, México, Siglo XXI Editores, 1973, p.287-289.

- Meyer, Lorenzo, “La etapa formativa del Estado mexicano contemporáneo”, [en línea], *Historia Mexicana*, vol. XXIII, núm. 92, 24pp., México, COLMEX, abril-junio de 1974, Dirección URL: http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/E8C8E6SQCK47L45P9GTJY6LRI3JB7J.pdf, [consulta: 1 de abril de 2013].
- Monroy Castillo, María Isabel y Tomás Calvillo, *Breve Historia de San Luis Potosí*, México, FCE-COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 1999, Primera reimpresión, 335pp.
- Moreno, Daniel, *Los partidos políticos del México contemporáneo*, México, Editorial América, 1973, tercera edición, 396pp.
- Moreno Toscano, Alejandra y Samuel León y González, *75 años de sindicalismo mexicano*, México, INEHRM, 1986, 225pp.
- Musacchio, Humberto, *Milenios de México-Diccionario enciclopédico de México*, Italia, Diagrama Casa Editorial, 1999, tomo II, 553pp. (593-1092).
- Ochoa Serrano, Álvaro y Gerardo Sánchez Díaz, *Breve historia de Michoacán*, México, FCE/COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 2003, 288pp.
- Oikión Solano, Verónica, *El cardenismo en Michoacán*, [en línea], Revista Metapolítica, núm. 62, 6pp. (86-91), México, El Colegio de Michoacán, noviembre-diciembre 2008, dirección URL: http://www.colmich.edu.mx/index.php?option=com_content&task=view&id=102&Itemid=, [consulta: 25 de septiembre de 2012].
- Olea, Héctor R., *La tragedia de Huitzilac*, México, B. Costa-Amic Editor, 1971, p.80.
- Ortega y Gasset, José, *Obras completas 1902-1925*, España, Taurus/Santillana, 2004, tomo I, 1039pp.
- *Plan de Agua Prieta*, [en línea], 8 pp., México, Senado de la República, Instituto de Investigaciones Jurídicas UNAM, 2010, dirección URL: <http://www.senado2010.gob.mx/docs/bibliotecaVirtual/1/2615/35.pdf>, [consulta: 21 de septiembre de 2012].
- Portes Gil, Emilio, *Autobiografía de la Revolución. Un tratado de interpretación histórica*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, colección Memorias y testimonios, 2003, primera edición facsimilar, p.4-6 y 10.
- Portes Gil, Emilio, *Historia vivida de la Revolución*, México, Cultura y Ciencia Política, 1976, p.522-525.
- Portes Gil, Emilio, *Quince años de política mexicana*, México, Ediciones Botas, 1941, pp.549.
- Puente, Ramón, *Hombres de la revolución: Calles*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, p.116
- Puig Casauranc, José Manuel, *Galatea rebelde a varios pigmaliones: de Obregón a Cárdenas. Antecedentes del fenómeno mexicano actual*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2003, edición facsimilar, p.95 y 267-270.
- Quintana, Alejandro, *Maximino Ávila Camacho y el Estado unipartidista*, México, Ediciones de Educación y Cultura, 2011, primera edición en español, 263pp.
- Quinto Censo de Población, [en línea], México, Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, INEGI, 15 de mayo de 1930, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1930/EUM/QCPRG30I.pdf, [consulta: 20 de septiembre de 2012].
- Rabasa, Emilio, *La Constitución y la dictadura*, [en línea], 194pp. (p.180-182), México, Comité de Asuntos Editoriales de la LVII Legislatura, Cámara de Diputados, 1999, Dirección URL: http://www.diputados.gob.mx/cedia/biblio/virtual/dip/rabasa/Rabasa_Const.pdf, [consulta: 24 de mayo de 2013].
- Raby, David L., “La Educación socialista en México”, [en línea], Cuadernos Políticos, número 29, 13pp. (75-82), México, editorial Era, julio-septiembre de 1981, Dirección URL: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.29/29.8DavidRaby.pdf> [consulta: 15 marzo de 2013].

- *Reforma publicada en el Diario Oficial de la Federación el 13 de diciembre de 1934, "Artículo 3º, Textos constitucionales", [en línea], 16pp., Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Dirección URL: http://www.inehrm.gob.mx/pdf/documento_art3constitucional.pdf, [consulta: 15 marzo de 2013].*
- *Rojas, Beatriz, et al., Breve historia de Aguascalientes, México, FCE/COLMEX, serie: Breves Historias de los Estados de la República Mexicana, 2000, segunda reimpresión, 223pp.*
- *Santoyo, Antonio, La mano negra: poder regional y Estado en México, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, p.45.*
- *Serrano Álvarez, Pablo, La emergencia de la Revolución, el anhelo por la democracia, México, [en línea], s/páginas, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2013, dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-revolucion-articulo>; http://www.inehrm.gob.mx/pdf/extractos_diazcreelman.pdf, [consulta: 31 de enero de 2013].*
- *Serrano Álvarez, Pablo, La rebelión delahuertista, [en línea], México, INEHRM, 2013, Dirección URL: <http://www.inehrm.gob.mx/Portal/PtMain.php?pagina=exp-rebelion-delahuertista-articulo>, [consulta: 11 de abril de 2013].*
- *Serrano Álvarez, Pablo, Porfirio Díaz y el porfiriato, 146pp., [en línea], México, INEHRM, 2012, Dirección URL: http://www.inehrm.gob.mx/cdigital/libros/cronologias/porfirio_porfiriato.pdf, [consulta: 12 de abril de 2013.]*
- *Tercer Censo de Población de los Estados Unidos Mexicanos, [en línea], México, Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento, INEGI, 27 de octubre de 1910, dirección URL: http://www.inegi.org.mx/prod_Serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1910/1910_p1.pdf, [consulta: 20 de septiembre de 2012].*
- *Townsend, William C., Lázaro Cárdenas: Demócrata Mexicano, México, Grijalbo, 1987, cuarta edición, 467pp.*
- *Valadés, José C., Breve historia del Porfirismo, México, Editores Mexicanos Unidos, 1971, p.26*